UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

NOTICE: **Return or renew all Library Materials! The *Minimum* Fee for each Lost Book is $50.00.**

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.
To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

JAN 0 8 1991
JUN 2 4 1992
DEC 2 3 1993
MAR 2 7 1995
JUL 2 9 1995
SEP 0 6 1996
MAR 0 9 1998
SEP 1 7 1998
FEB 1 4 2001
AUG 1 4 2001
OCT 3 1 2002
OCT 0 3 2003
SEP 2 9 2004
MAR 1 4 2005
DEC 3 0 2010
NOV 0 6 2013
5-27-2014

L161—O-1096

8.056.1
ALB
v.1

25A-5°

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

REVISTA QUINCENAL,

DE MORAL, LITERATURA, BELLAS ARTES Y MODAS.

DEDICADA AL BELLO SEXO

Y DIRIGIDA

POR DOÑA GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

TOMO I.

HABANA.

IMPRENTA DEL GOBIERNO Y CAPITANIA GENERAL POR S. M.

CALLE DEL TENIENTE-REY NUM. 13.

1860.

BIBLIOTECA NACIONAL JOSE MARTI Habana, Cuba

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

LO BUENO Y LO BELLO.

Que es *lo bueno?* ¿Que es *lo bello?* El título dado á la publicacion periódica que hoy comienza su vida, nos pone en el deber de definirlos bajo el aspecto particular que los hemos considerado; sin dejar por ello de echar una mirada sobre la general latitud de sus acepciones.

Lo bueno, tal como hemos querido indicarlo, pertenece especialmente al mundo moral, al dominio de la libertad humana. La razon, directora de esa libertad, como ella de las pasiones, es regida á su vez por una ley suprema principio y revelacion del deber y del derecho, por medio de la cual establece Dios en el mundo moral la armonía que visiblemente nos presenta en el mundo físico. Aquella ley sin embargo, no es una ley fatal de necesidad, una ley de servidumbre, sino que dejando á la libertad sus esenciales prerogativas de deliberar y elegir, ilumina á la razon con el resplandor de la verdad para que pueda conocer *lo bueno*, y mover el albedrio á seguirlo, por lo suaves resortes del sentimiento íntimo, de aquella voz divina que sabe hacerse oir aun entre el tumulto de las pasiones, y á la que llamamos conciencia. *Lo bueno*, por tanto, es todo aquello que la ley moral muestra á la razon como verdadero, justo y conveniente, no consistiendo lo malo sino en la resistencia que la libertad opone á aquella verdad, á aquella justicia y á aquella conveniencia.

Asi como *lo bueno*, de este modo considerado, pertenece á la vida moral, *lo bello* es propio y como congénito de la vida intelectual, en cuyos dominios ha colocado Dios todas las revelaciones de la universalidad de la estética. Imágen el hombre del supremo Artista de quien es hechura, posée la admirable facultad de imitarle concibiendo y produciendo *lo bello*, si bien con la diferencia de que el Artista Divino halla en sí mismo la ley y el tipo de sus obras, y el artista humano tiene que consultar aquella ley eterna y trabajar por acercarse incesantemente á la perfeccion de su modelo. Asi es que la literatura y las artes, por medio de las cuales realiza el hombre las bellezas ideales, están sujetas á reglas imprescindibles que les imponen el órden, la unidad, la proporcion y la claridad, sin cuya observancia el génio humano no alcanza á producir la belleza artística en su perfeccion posible. *Lo bello*, pues, es en el mundo intelectual lo que *lo bueno* en el mundo moral: es la armonía que resulta de la observancia de leyes eternas; armonía en que resáltan por una parte la sublimidad de las obras de la inteligencia, en la imitacion en la belleza perfecta; y por otra la santidad de las obras de la moral (ó sea conocimiento y amor de *lo bueno*) en la constante tendencia hacia el bien absoluto.

Pero ¿puede *lo bueno* carecer de belleza, y

lo bello de bondad? Seguramente no. En general nunca deja de ser *lo bueno* el fondo ó base de *lo bello*, ni deja de ser *lo bello* esmalte natural de *lo bueno*. Diremos mas: considerados en su esencia *lo bueno y lo bello* vienen á convertirse en una sola cosa bajo dos aspectos distintos, segun se la relacione con el entendimiento ó con la voluntad.

En este concepto, el título que hemos puesto á nuestro *Album*, indica que dominará en él un pensamiento *esencialmente religioso*, toda vez que *lo bueno y lo bello* á que consagramos sus columnas; esto es, las obras del sentimiento moral que nos proponemos fomentar y enaltecer, y las obras del sentimiento artístico que pretendemos estimular y difundir, no son en resumen sino dos manifestaciones de una sola verdad: *la aspiracion del alma hacia Dios*.

¡Oh si! sabedlo de una vez ¡hombres frívolos ó *positivistas*, que juzgais al arte fútil invencion humana de mero pasatiempo! Sabed que está unida á la Religion, y que como ella tiene á Dios por origen y por término. Sabed que siendo revelacion divina, refleja maravillosamente no solo cuanto la naturaleza visible tiene de mas magnífico, sino cuanto encierra de mas misterioso el pensamiento y de mas íntimo el corazon. Por eso un escritor distinguido (1) ha dicho de la poesía (reina de las artes) que ella sola desenvuelve todos los mundos reales y todos los mundos inteligibles. Por eso otro ha llamado *ministerio sagrado* el ejercido por el artista cristiano, que con los instrumentos de la forma, del color, de la palabra y de la melodia, nos habla elocuentemente de la belleza absoluta, produciéndonos un placer que fortifica nuestra inteligencia en la verdad y nuestra voluntad en el bien. (2)

El génio, ese don divino, ese poder misterioso que tiene por dominio el universo estético, cooperador de Dios en la produccion de *lo bello*, es lo mas grande, lo mas augusto, lo mas incomprensible que, despues de la Religion, existe sobre la tierra. Su soberanía se estiende de pueblo en pueblo, de siglo en siglo, pues las obras marcadas con su sello llevan derechos eternos de universalidad y de vida. No existe nacion, segun observa Maynard, que no conceda al arte un origen divino, explicando con eso todo lo que hay de milagroso en el entusiasmo del artista, en esa facultad fecunda, casi divina, que hace al *fiat* del hombre gloriosa representacion del *fiat* de la omnipotencia.

Existen, es verdad, ficticios entusiasmos, falsos artistas profanadores de *lo bello*, como hay mentidos virtuosos, profanadores de *lo bueno* Pero del mismo modo que los hipócritas no rebajan el mérito de los justos al disfrazarse con sus apariencias, antes bien rinden tributo á la bondad de las virtudes con cuya sombra tratan de hermosearse, asi tambien lejos de amenguar la gloria del verdadero artista los que usurpan las fórmulas del arte sin espresar con ella *lo bello*, muestran evidentemente que son tan celestiales los resplandores de aquella gloria purísima, que deslumbra y atrae aun á los mismos que, no siendo capaces de comprenderla, solo pueden parodiarla.

Una de las mas sublimes inteligencias de nuestro siglo (1) ha dicho, definiendo la ciencia, que es el conocimiento de las realidades de la naturaleza y de la historia; nosotros podemos decir tambien, por conclusion, definiendo el arte, que es la intuicion de la belleza de todo lo real y de todo lo posible.

G. G. de Avellaneda.

(1) Cousin.

(2) El Conde Franz de Champagni

(1) Lacordaire.

LA CRUZ

¡Nada simboliza tanto lo *bueno* y lo *bello* como el sagrado signo de la Redencion! Do quiera que se alza la cruz allì nace una idea útil, moral y profunda, que nos eleva sobre las miserias terrenales en que demasiado amenudo permanece concentrada nuestra existencia. El apostol de la virtud, el hijo de Dios no la regó en vano con su sangre preciosa. A traves de los siglos, de las revoluciones, y de los trastornos sociales ha llegado ella hasta nuestros dias revestida del carácter sagrado que impone respeto hasta á los que se creen filósofos porque sometidos á las doctrinas materialistas carecen de alas en el corazon para remontarse à las regiones del culto espiritual. Los pueblos al abolir leyes tan viejas como el mundo, y al destruir instituciones tan antigüas como el cristianismo, se inclinan con veneracion ante la Cruz, como ante las sublimes verdades que deben vivir siempre despues de conocidas. Cansados á veces de siglos enteros de infortunio se han sublevado contra su triste suerte, y dominados por la sed de venganza que todo lo arrolla en su furia han osado poner una mano sacrílega sobre los ministros del dogma salvador, pero nunca, nunca sobre el símbolo magestuoso que lo representaba. La cruz ha permanecido en pié cuando todo se desmoronaba en torno suyo, y sus brazos extendidos parecian proteger aun misericordiosamente á la trastornada humanidad.

No pretendo en estas rápidas líneas remontarme hasta su origen, sino bosquejar su bendita influencia desde que la muerte de Jesus la convirtió de árbol de la infamia en arbol de salvacion. Antes la cruz no existia en el sentido admirable que para nosotros encierra ahora. Un madero de su forma habia servido para el suplicio de los criminales, para padron de afrenta y para instrumento de crueldad. Pero el madero santo destinado á recordarnos la grandeza de Dios y su infinito amor al hombre, que lo indujo á hacerse hombre tambien para que su criatura viéndole de cerca, y oyéndole, y mirándolo sufrir por su causa lo conociera y comprendiera mejor, no se elevò en la tierra hasta que las arpas de Sion anunciaron con sus dolientes armonías el fúnebre desenlace del gran drama del Gólgotha, y María mezcló sus lágrimas con las de Magdalena á los pies del cadáver de aquel que sin haber pecado jamas, acoge no obstante con igual contento el ruego del justo que el del pecador pesaroso de haberle ofendido.

Desde entonces en la cruz se ha encarnado, digámoslo asì, lo bello y lo bueno en sus mas puras y perfectas atribuciones. Los paganos osaban prosternarse ante sus ìdolos con pensamientos de venganza y de amor adúltero. Hermione pidió á los dioses la muerte de Pirro, y Clitemnestra la de Agamemnon. A divinidades que representaban el culto del sensualismo podia dirigirse con toda confianza la voz de culpables pasiones y el delirante grito del extravio moral. Júpiter adúltero, como Clitemnestra, aprobaria sus devaneos, y Juno celosa como Hermione, disculparia sus rencorosos arrebatos. Pero ¿quién se atreverá á llegar con ideas de impureza ó de exterminio ante el signo de la castidad y del perdon, de la bondad infinita y de la misericordia eterna?

¡Bendita cruz! ¡Bien haya el que te lleva sobre los hombros sin quejarse hácia el Calvario de la expiacion, necesaria hasta al mortal mas virtuoso! La paciencia que inspiras es muy superior á la decantada firmeza Catoniana, pues léjos de conducir al suicidio guia á la conformidad. Los antiguos estudiaban á Platon y apesar de la pura moral del Homero de la filosofía, sacaban de su dialéctica argumentos que los autorizaban á disponer de la propia existencia. Los modernos leemos el Evangelio y sacamos de sus elocuentes parábolas la resignacion del cristiano, que hasta en el círculo de hierro de la desgracia en vez de darse cobarde muerte aprende á soportar las penalidades de la vida. ¡Qué inmensa distancia hay de la doctrina del fundador de la Academia Ate-

niense á la del fundador de la religion verdadera! ¡Cómo demuestra hasta el análisis de la duda que el primero solo fué un hombre sabio y que el segundo fué todo un Dios!

Cuando la espada decidia de los destinos del mundo, que el clarin guerrero resonaba de contínuo, y en lugar de aprender á leer se aprendía á batallar, el pacífico viagero proseguia su ruta por veredas extraviadas, temiendo tropezar á cada momento con una tropa aventurera que lo despojara arbitrariamente. Internándose en el bosque para evitar fatales encuentros palidecia al menor ruido. En vano movian alegremente los árboles sus verdes copas, cantaban los pájaros á porfia, y esmaltaba de flores la naturaleza su rústico sendero. El miedo á los merodeadores desterraba de su mente las ideas poéticas y de su alma la de licia que de otro modo hubiera experimentado en medio del augusto silencio de la selva.

De repente, á la tristeza de su semblante sucedia la expresion del gozo. Acababa de ver asomar una cruz por entre las ramas, como ofreciéndole abrigo y tranquilidad á su sombra. El sagrado madero coronaba efectivamente la ermita donde el solitario vivia para la oracion, ó el monasterio donde vivian piadosos varones para la sabiduría y enseñanza pública. En cualquiera de ambos asilos hallaba el fatigado caminante el reposo que buscaba. Los barones feudales que se atacaban sin cesar unos á otros, se detenian con respeto en el umbral que presidia aquel imponente signo. Por eso han llegado hasta nosotros tan preciosos manuscritos que hubieran desaparecido de otra manera, y tantas tradiciones verídicas que nos han iniciado en la historia de los pasados tiempos.

Hace mas de siete siglos que un noble peregrino conocido despues con el nombre de "Pedro el Ermitaño." volvió de Palestina tan compadecido de las persecuciones que sufrian los cristianos en Oriente, tan indignado con las profanaciones de que era objeto allí el santo sepulcro, que el Papa Urbano II lo autorizó para emprender la primera cruzada. Entonces Pedro no se valió de súplicas ni de amenazas para atraer partidarios á su magnánima empresa. Descubrióse los piés, ciñose una cuerda á la cintura, y tomando una cruz en la mano la mostró significativamente en las poblaciones que atravesaba, con lo cual inflamándose la multitud en religioso entusiasmo se apresuró á seguirle. La cruz dió pues su nombre á los campeones de la guerra santa, que colocándola sobre su pecho la bañaban gustosos con su sangre.

La misma gloriosa divisa ostenta la órden religiosa y militante de que tantos caballerescos rasgos nos refieren las leyendas de la edad media. Los Templarios llevaban en su blanco manto una cruz roja. El alfanje de los infieles parecia embotarse sobre aquel augusto y respetable símbolo. Durante mucho tiempo la honraron los Templarios con sus proezas y su bravura. Pero la serpiente del orgullo se deslizó al fin en su pecho bajo el emblema de humildad que lo ornaba. Segun opinion general, de su rebeldía y de su soberbia provino la destruccion de su órden. Bossuet dice, sin embargo, que aunque confesaron sus crímenes en las torturas los negaron en el suplicio. ¡Quizá solo existieron realmente en la imaginacion de sus enemigos!

Sin necesidad de retroceder á épocas tan remotas vemos á la cruz convertir en héroes hasta á simples campesinos. Cuando á favor del falaz tratado de Fontainebleau introdujo Napoleon I sus ejércitos en España, los que (apenas descubrió el secreto de su traicion) levantaron en masa á la noble Iberia contra el soberano extrangero que le imponian, no fueron ni los discursos de sus hombres de estado ni las proclamas de sus bizarros capitanes. Fueron los clamores de los ministros de sus templos, que elevando en el aire la sagrada cruz electrizaban al pueblo hispano, lo guiaban hácia el enemigo, lo inducian á perecer antes que dejar profanar sus altares y renunciar á sus derechos, y lo hacian invencible exhortándolo á combatir en nombre de Dios, de la Religion y de la Patria.

Pero no es conduciendo á los hombres al campo de batalla donde mejor resalta la gran-

deza de la cruz. Es consolándolos en la agonía cuando la divina aureola rodea su cúspide.

El pobre reo convicto yace en capilla aguardando su postrer instante. ¡Qué horrible desesperalo asalta al pensar lleno de vida y de salud en que dentro de pocas horas ha de ser un cadáver! ¡Cuánto le pesa entonces el mal en que incurrió y que rescatar quisiera con sus agudos gemidos, con sus convulsivos sollozos! ¡Como se desgarra su corazon recordando el amor de su esposa, de sus hermanos y de su madre que trató de educarlo para el bien, que quiso preservarlo de la tentacion y que con tanta dulzura lo llamaba "Hijo mio! ¡Oh! mil muertes lo hieren antes que el ejecutor oprima su cuello, antes que el sol, las flores y la tierra entera desaparezca de su vista para siempre!

Sufre tanto que se esfuerza á dormir para olvidar. ¡En vano! Los fantasmas del insonnio lo circuyen, lo persiguen, lo torturan, y si al fin permiten que sus ojos se cierren, toman distintas formas para continuar la obra cruel de su anticipado suplicio. ¡Sí! El infeliz se ha dormido al cabo y visiones dulces, serenas, honradas, vienen á halagarlo pérfidamente. Allí está su madre reclinada en su antiguo sitial, allí está su esposa preparando la cena comun, allí están sus hermanos que festivos hablan del baile campestre á que asistieron en la víspera. La felicidad de que gozó ántes que la sed del oro lo arrastrara al crímen renace en su memoria. En lugar del áscua ardiente de los remordimientos, siente al hálito de la paz derramar en su pecho inefable quietud. Dócil y cariñoso, como en su infancia, siéntase á los pies de su madre, reclina en su regazo la cabeza, y le oye repetir deleitado las tiernas palabras "¡Hijo mio!"

En medio de su plácido ensueño despiértalo el tañido de las campanas del alba. Abre sobresaltado los ojos, recuerda su verdadera situacion, recuerda su delito, recuerda que el cadalso lo espera, y escuchando el sonido de su última hora se arroja de su mísero lecho gritando "¡Madre mia, sálvame, protégeme"! Pero nadie responde á su voz acongojada. Está solo con sus lágrimas, con su dolor, con su tardío arrepentimiento!

¡Ay! Me engañé. ¡No está solo! La cruz, con el màrtir divino que la ha santificado, lo acompaña piadosamente. Cuando el hombre castiga al criminal Dios lo perdona, cuando el pecador condena al pecador el santo de los santos lo absuelve. Si, allí está la cruz con su sublime carga diciéndole en su elocuente silencio: "Ven á mí que consuelo al desconsolado, que me compadezco del delincuente, y que sostengo al moribundo."

Entonces el reo acude en efecto á ella, la abraza llorando, la besa gimiendo, y en la exaltacion de sus potencias creer oir brotar de los labios del mártir que la ocupa una voz todavía mas tierna, mas afectuosa que la de su madre, diciéndole paternalmente: "¡Hijo mio!"

¡Oh! ¡Sagrada cruz! Nunca, repito, manifiestas como en tales casos tu sublimidad. ¿Vale por ventura el estoicismo con que Sócrates apuró la cicuta y Séneca se abrió las venas, la fé que inspiras y los consuelos que proporcionas? No seguramente, y todos te bendecimos porque al preservarnos del orgullo en la próspera hora, nos dévuelves la esperanza en la de la amargura.

En fin; el pobre criminal no prorumpe en impíos anatemas contra su destino, gracias á la salvadora cruz que logra reconciliarlo con él, comunicarle verdadera contricion, y poner término [mostrándole el cielo que le sonrie sobre el patíbulo] á las espantosas angustias descritas con terrible verdad por Víctor Hugo en su obra titulada; Ultimas horas de un reo condenado á muerte."

El hombre, que en su necia soberbia suele jactarse de que se basta á sì mismo, elije no obstante á la religion por baluarte de su honradez. Miradle detenerse sobrecogido al atravesar solitario campo. ¿Qué ha visto que así le impone? Una cruz alzándose sobre un monton de piedras como para decir al transeunte" Aqui se cometió un asesinato. Guárdate de los malos y no los imites." Y aquel tosco madero regado por las lluvias, combatido por los venda-

balés, carcomido por la intemperie, encierra en sí propio tal magestad, que el mortal virtuoso lo saluda con respeto, mientras que el malhechor toma otro rumbo por no tropezar con él.

¡Cuan hermosa y augusta aparece la cruz coronando los cementerios, bañada por la pálida claridad de la luna y elevando hácia el cielo sus misericordiosos brazos! La poesía del estrellado espacio, el silencio de la muerte, el triste susurro de los cipreses, y el misterio de la noche aumentan su solemnidad. Es dulce entonces sentarse á su pié para llorar por los que ya no existen, elejirla por piadosa confidente de nuestros pesares, y figurarnos al sentir caer las gotas de rocío de dos brazos generosos sobre nuestra frente, que el ángel de los sepulcros mezcla con las nuestras sus lágrimas.

No solo ejerce la cruz una mision de paz y de consuelo; tambien la ejerce de civilizacion. Los misioneros la toman en una mano, asen con la otra el baston del peregrino y van por su medio á derramar la luz en las tinieblas de la barbarie. La ferocidad de las tribus salvajes no los aterra porque la cruz, al traerle á la memoria que Dios murió por sus hijos, les induce igualmente á morir por sus hermanos. Haciendo pues de antemano el sacrificio de sus vidas, los piadosos varones arrostran el martirio para dar la vista á los pobres ciegos que jamas contemplaron la verdad. De este modo esparce la cruz la claridad por el universo é inicia en el bien á los que antes ni siquiera lo conocian de nombre.

Agradecidos los humanos à los inmentos beneficios que le debemos, la cubrimos de flores y de galas particularmente en el risueño mayo, plácido mes consagrado á María. El pueblo, dotado en todas partes de instintos poéticos, afirma en Cuba que al mismo tiempo que la cruz de mayo florece en la tierra, aparece otra en el firmamento formada de estrellas esplendorosas. Yo no he visto nunca en el zafiro del espacio esa cruz refúlgente, pero la veo en el corazon de los verdaderos cristianos á quienes una fé sincera muestra esta y otras santas maravillas.

Ahora la cruz se halla en lucha con la media luna en los campos de Marruecos. ¿Quién que ame la patria, la religion de sus padres, y lo *bueno* y lo *bello* dejará en el territorio español de formar votos por el triunfo de la primera? ¡Nadie!

Felicia.

LA HERMANA

DE LA CARIDAD. (1.)

—o—

I

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su providencia.

Esos mesajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice: criaturas que forman la transicion del reino de la materia á la patria feliz de los espiritus.

¿Quereis saber el origen y prosapia de esas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo,
Y madre de los desvalidos,
Y Hermanas de la Caridad.

Viven en todos lo paises donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocio que fecunda toda la tierra; y los males son herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la blanca vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador: en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; en las poblaciones es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo horribles cataclismos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas. Hace un siglo que el so-

(1) Creemos complacer á nuestros suscritores reproduciendo las siguientes bellísimas páginas, tomadas de un libro precioso no muy conocido en esta Isla, y cuyo jóven autor y escelente amigo nuestro, don Severo Catalina, es uno de los mas distinguidos colaboradores con que cuenta el *Album Cubano*.

plo de la revolucion tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos; sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha premanecido incòlume esa raza de heroinas, magnífico monumento del catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente á la caridad cristiana es posible obrar tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus hermanas, aman en el hombre á Jesucrito, y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo, ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes.

La filantropía se compadece de las desdichas que vé ú oye; los ojos y los oidos son sus mensajeros: la caridad se compadece de las dedichas sin verlas ni oirlas; las siente en el fondo del corazon.

La filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que le salen al encuentro: la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí viven tambien sus hermanas.

Allí, junto al lecho del moribundo, ó junto á la cama del recien nacido, bosquejase la figura de una muger, cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes.

Su rostro apasible y sereno como su corazon, muestra las huellas del insómnio y de la austeridad.

Cuando en las horas lentas del padecer apenas hay para el mísero mortal un rayo de esperanza, aparece á sus ojos el angel de la blanca vestidura, de cuyos lábios brotan palabras de resignacion y de consuelo.

Cuando la mano de una madre monstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra madre mas tierna lo recoje y lo acaricia, y cuida de su existencia, y le enseña mas tarde á perdonar, á orar y á ser feliz.

II.

La caridad no tien patria.

Tampoco la tienen sus hermanas.

La caridad salva las distancias y atraviesa los mares, si en remotas tierras ò al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus hermanas salvan asimismo las distancias y cruzan el Océano en busca de los pobres y de los afligidos. Donde quiera que el sol deja sentir su influencia; donde quiera que alientan seres racionales, allí se llora; allì está la caridad; allí viven sus hermanas. Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar.

No hay en el mundo premio para sus beneficios ni corona para su heroismo.

Su premio y su corona estan mas altos.

Solamente en el corazon de una muger puede esconderse ese tesoro de caridad y de sentimiento.

Ella, que está organizada para compadecer y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrio de un hospital, como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por mas que el hombre llene de asechanzas su camino; ella, que cuando esposa y cuando madre dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen dulcifica y atenúa los infortunios en el resinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace inconcebible y absurdo el ateismo, la idea de hermana de la caridad hace absurdo é inconcebible el escepticismo.

Toda la arrogancia de los *espiritus fuertes* se confunde ante la túnica blanca de una muger que se sacrifica heroicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y los conquistadores producen el llanto y llenan los hospitales: una muger piadosa enjuga el llanto y cura los heridos.

Esos guerreros tienen mas fuerza; esa muger tiene mas corazon.

Los que denigran por sistema al sexo que llaman débil los que se burlan ridiculamente de todas las mugeres, devolviendo quizas á todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre, y si no han tenido la dicha de conocerla, que se acuerden de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y hermanas de la caridad.

Cuando en época muy reciente la guerra ensagrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el blanco ropaje de esas mugeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los dias del contagio y del conflicto, esas santas mugeres se multiplican, y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida y desolada.

Por eso las bendice la humanidad.

La humanidad escribirá en su historia, con carácteres de luz, el nombre venerando de *San Vicente de Paul.*

Severo Catalina

EXPIACIONES.

ALARICO EN ROMA.

Roma, desdeñando la paciente industria, el civilizador comercio, pidió á la guerra, á las extorsiones, á perfidias é iniquidades mil, el engrandecimiento, las riquezas, los placeres. El mundo fué suyo; pero Cartago la opulenta, Corinto la voluptuosa, Numancia la heróica, reducidas á escombros humeantes; Atenas, palacio de las bellas artes y de las letras, inundada en la sangre de sus hijos; las Galías, entregadas al fuego y á la cuchilla; damas y plebeyas, magnates ú obreros de cien paises, vendidos en los mercados, oprimidos de hierros, surcados por el látigo, todos elevaron al cielo durante siglos un clamor inmenso, un eco aterrador de cuantas aflicciones pueden atormentar á la humanidad, tan abundosa en padecimientos. El lujo de la reina del Tiber fué incomparable: la imaginacion se exalta con sus prodigios. Resplandecia el oro en los tejados de su Capitolio, chispeaba en el pavimento de sus pórticos, por donde se paseaba Hiliogábalo, luciendo diariamente un nuevo traje de púrpura salpicado de perlas y diamantes. En setecientos templos prodigó el mármol, el pórfido, los mosaicos, los metáles de valía. Poseyó tesoros que al mundo moderno le es imposible igualar. Sus patricios contaron los esclavos por millares. Tuvo un Lucio Vero que obsequiaba á doce amigos con un banquete que costó seis millones de sestercios. Pero ¿no encontró límites la rapacidad de los procónsules y de los pretores, y la desesperacion de las provincias?

Sí! en vano le sobraron á Roma, deleites que á nuestros dejenerados sentidos, á nuestra eclipsada fantasía, parecen fabulosos. En vano se recreó en festines á que Europa, Africa y Asia contribuian con sus peces mas gustosos, con su caza y volatería, con sus aromas y sus vinos. En vano presenció naumaquias de diez y nueve mil combatientes; concurrió á circos entoldados de seda y capaces para cien mil espectadores; vió las fieras de las mas apartadas regiones luchar y despedazarse para divertirla; y tuvo gladiadores esforzados; y combates sangrientos por intermedios de sus banquetes; y esclavos que sirvieran de alimento á las lampreas; y fiestas prolongadas meses enteros, durante las cuales se recreaba con el espectáculo de tigres y leones destrozando cristianos.

En vano en fin, hizo la apoteosis de la carne!

Llegó el 24 de agosto del año 410.

Sombras de Anibal, de Viriato y de Espartaco! ¡Sombras de víctimas innumerables, que tanto tiempo habeis fatigado á la Providencia con vuestras dolorosas quejas, levantaos! Sonó

al fin vuestra hora. ¡Alarico, el misterioso, el gran ministro de la cólera divina, ha llegado á la puerta Salara! Numerosos cual las olas, rujientes como el huracan, le siguen los escitas, los godos, los jermanos. En noches de invierno, entre las tinieblas, no muje mas fúnebre, mas temeroso el océano. ¿Lo oyes, Roma, vampiro de las naciones? Oyes como revienta el rayo, hiriendo á tus dioses ya despreciados?.....

.....

Penetra en la ciudad sublíme el torrente de los bárbaros: Menos furioso vuela por los valles y campos de Parténope el ígneo rio del Vesubio.

Patricia altanera, que ayer considerabas al esclavo igual á las bestias, ahí viene, henchido de injuria, á exigirte caricias que la fuerza le asegura.

Mira, acaudalado Patricio, como ruedan mutiladas las estátuas de escultores consumados, que pagaste liberalmente: como tu vino se mezcla con los charcos de sangre: cómo las llamas y el humo envuelven tu palacio.

Senador corrompido! ¿previstes jamas oprobio semejante? Para tí son aquellos grillos.

Vírgenes, no hay piedad! El ángel del pudor ha huido hace mucho tiempo de la patria de Mesalina!

Niños, felices vosotros á quienes la espada ahorra futuros años de ignominia y de miseria! No sereis hombres para llorar sin patria, sin porvenir!

Mendigo, refúgiate en el sepulcro: hasta tu cabaña han quemado.

Ay! pasa un dia, pasan dos y tres y seis, y sigue la carnicería y el estruendo de los templos, de los palacios, de las termas, arrasado todo por el hacha, devorado por el fuego; y se confunden el estertor de los moribundos y las carcajadas y los aullidos y las imprecaciones.

O pueblos! dudareis todavia? Recordad á Alarico en Roma! Terrible como el rayo, evidente como el sol, es la justicia del Cielo!

Emilio Blanchet.

(Matanzas 1858.)

PENSAMIENTOS MORALES

La verdad es el sol del mundo moral.

Lugar de tránsito y de prueba es el mundo. Dios lo puso entre la nada y la eternidad.

El acero hiere al pedernal, la persecucion á la virtud: de aquel brota la luz; de esta la gloria.

La muerte del cuerpo es la libertad del espiritu.

Nos burlamos de la ignorancia de los siglos pasados, sin advertir cuanta materia de risa preparamos á las generaciones venideras.

Os lamentais de ver tantos extremos de bajeza en los hombres: ah! no lo sabeis todo: hay quien no muestra alguna dignidad, sino por que teme degradarse sin provecho.

Al conceder grande estima al valor mostramos, mal nuestro grado, el aprecio que hacemos de la vida.

La tonteria y la vanidad son dos hermanas que casi siempre andan juntas.

No hay pasion mas seductora y terrible que el amor. Precédele la esperanza, le acompaña el deleite, síguenle los celos, y la locura que le guia, lo lleva por lo comun á una region árida y desierta, donde solo moran los remordimientos y el pálido fastidio.

Atraido por la novedad y esclavo del hábito, pasa el hombre la vida buscando la mudanza y deseando el reposo.

En los corazones grandes es el deseo de gloria lo que es la vanidad en las almas vulgares.

Habrá en toda sociedad mas dolores domésticos á medida que haya mas placeres públicos.

El peor de los opresores es el que tiraniza á nombre de la libertad.

La filosofía quiere hermosear la vida: la Religion la llena.

La independencia es la esclavitud del deber.

SECCION SEGUNDA.

A la Excma. Señora

CONDESA DE SAN ANTONIO.

SONETO.

—o—

Grato es cantar si inspiracion divina
Con chispa ardiente el corazon inflama,
Y á la virtud y la belleza aclama
Con voz que á amarlas poderosa inclina.
Así, aunque no con arpa diamantina,
Mi musa humilde á proclamar me llama
Lo bueno y bello de la ilustre dama
Que á las artes y letras patrocina.
¡Mitad preciosa del feliz Serrano!
Nuestras almas darásle por despojos,
Si mira el tropical Númen Cubano
Que de su senda abates los abrojos,
Firme apoyo brindándole en tu mano
Mientras que inspiracion le dan tus ojos.

Luisa de Franchi Alfaro de Herrera Dávila.

GALERIA DE MUGERES CÉLEBRES. [1]

SIMROU BEGGHUN.

No es privilegio esclusivo de la culta Europa enriquecer la historia de los monarcas con gloriosos nombres femeninos: resonando el de Simrou Begghum á las orillas del Ganges, no solamente se ha estendido por la India, sino que ha llegado hasta nosotros, probándonos que en todos los paises del mundo el talento y el valor son la verdadera *fuerza*, y que no es esta patrimonio particular de ningun sexo.

Situado entre las vastísimas posesiones de la India Británica está el principado de Serdanar, antigua provincia entre el Gánges y el Djemma, y teatro de las aventureras proezas de un soldado francés, que supo con su denuedo y destreza erigirse en ella un trono, mientras retemblando en sus cimientos el inmenso imperio del Mogol, anunciaba su próxima caida.

Llamábase Sombre aquel bizarro aventurero y Simrou Begghum la jóven persa con quien se casó allá por los años de 1776. Dejola muy presto viuda, y habiendo sido súbita su muerte, quedó desconocido el parage en que se ocultaban los grandes tesoros que habia en poco tiempo acumulado, y el gobierno de sus principados envuelto en los mayores conflictos. Simrou se propuso libertarlo de ellos, y vendiendo sus joyas, que eran de gran valor, regaló su producto al erario, poniéndose ella misma al frente del pequeño ejército que defendía á aquel naciente reino, cuya existencia al parecer debia ser tan precaria.

El valor y la constancia de la jóven persa lograron mantenerlo á pesar de los enemigos esteriores y de los interiores conflictos, protegiendo ademas generosamente al tierno heredero de aquellos dominios, que era un hijo de Sombre habido en una cristiana. Sin embargo, no entraba en las ideas de la heroina persa ceder á nadie el trono que solo subsistia por sus gloriosos esfuerzos, y se declarò Soberana con general aprobacion de los Serdanarienses, partiendo poco despues su poder con el distinguido francés Mr. de Levasseau, general de su ejército y no ménos célebre en aquellos paises por su valor personal que por sus conocimientos políticos.

El amor de la princesa Begghum hácia su nuevo esposo fué tan vehemente y sumiso que Levaseau, desdeñando el rango supremo á que se veia elevado y suspirando por su patria, logró decidirla á abandonar el reino para seguirlo secretamente á Francia. Descubiertos y aprisionados en su camino los dos fugitivos esposos se vieron bien presto separados, y Semron en el primer trasporte de su dolor intentó ahogarse con un grueso brillante que se tragó. Su esposo al saberlo, creyendo que efectivamente habria muerto, se suicidó en su prision; pero la princesa no habia conseguido su obeto: vivia aun, y no pasó mucho tiempo sin que se lo hiciese sentir á sus enemigos.

El príncipe desposeido, esto es, el jóven Sombre, habia tomado el timon del gobierno con el auxilio de sus partidarios, que juzgando un crímen contra el Estado la fuga de la princesa, pedian á grandes gritos su suplicio, no satisfechos con haberla sepultado en el mas inmundo calabozo. La animosa persa que pasados los primeros momentos de arrebato habia recobrado toda la osadía y firmeza de su carácter, logró evadirse de aquel encierro, y reuniendo en poco tiempo un considerable ejército decidido

[1] Esta interesante galería que comezamos á presentar desde el primer número de nuestro *Album*, continuará sin interrupcion en los sucesivos.

á morir por ella, batió completamente á sus enemigos, cojió prisionero á su rival, y para mas asegurar el poder supremo segunda vez conquistado, hizo espontánea donacion de sus estados á la compañía inglesa de las Indias para despues de sus dias.

Desde entonces solo se ocupó con infatigable celo del bienestar de sus súbditos, mejorando el gobierno, y reprimiendo vigorosamente los abusos. Su conversion á la fé catolica, que se verificó cuando celebró su segundo enlace, la puso en relaciones con las córtes de Roma y Francia, encontrando en ella los súbditos de esta última una decidida proteccion. El rey Luis Felipe recibió ricos regalos de la ilustre soberana de Serdanar, con una carta afectuosa, en estilo verdaderamente oriental, y un retrato al óleo de su autora, que fué expuesto en la sala de audiencia de París, donde acudió á contemplarlo la curiosa multitud. Simrou, aunque contaba ya cerca de un siglo cuando se hizo dicho retrato, conservaba una fisonomía espresiva y agradable, y se echaba de ver que no habia sido inmerecido su nombre (1)

Los tesoros acumulados por aquella princesa han sido graduados en diez millones de duros, y es de notar que léjos de haber sido avara, su liberalidad no la ha hecho ménos célebre que su talento, siendo del número de aquellos mas favorecidos por su generosidad los descendientes de su primer marido, no obstante el mal comportamiento que tuvo con ella Pablo Renato Sombre, su rival en el trono.

Cuando se escribió la biografia que nos ha suministrado las noticias que de tan notable mujer acabamos de dar á nuestros suscritores, aun vivia feliz y venerada en medio de sus súbditos, cuya suerte habia considerablemente mejorado; pero no hemos podido averiguar con certeza, si aun conserva el mundo á aquella decrépita princesa, cuyo ingenio parecia gozar el envidiable privilegio de no envejecer jamás. ***

(1) *Simrou* quiere decir *semblante de plata* ó de *brillo de plata*

RECUERDANZAS.

Hermosa noche del trópico,
Noche espléndida y serena,
De luz y de encantos llena,
De suspiros y de amor:
Bajo tu sombra ¡cuan suaves
Renacen memorias bellas,
Y embelesado con ellas
Siente y goza el corazon....!

Aromas tiene la tierra
Y estrellas el firmamento,
Vago suena el manso viento,
Duerme el ave y calla el mar.
Todo es paz, y todo es vida
De la luna á los reflejos,
Y las fuentes son espejos
Donde á Dios se vé brillar.

Tal parece que del seno
Perfumado de las rosas
Se levantan voluptuosas,
Bajo formas de muger,
Del amor de los poetas
Y el amor de las doncellas,
Las imágenes mas bellas
Que la mente alcanzó á ver.

Tal parece que en las alas
De la brisa, vaga errante
De algun infeliz amante
El melancólico adios;
La plegaria postimera,
Que de lágrimas bañada
Alguna alma enamorada
Fervorosa eleva á Dios.

¿Quien no escucha en estas noches
De eterna paz y embeleso,
El eco errante de un beso
Entre las flores sonar;
Y del beso y de las flores
Al percibir el perfume,
De algun ángel no presume
El espiritu aspirar....?

Dibujan los tersos lagos
En sus brillantes cristales,
Bajo formas ideales
Que en vano busca el pincel;
La nube que se desliza
Por el eter vaporosa....
Y es ella, gentil y hermosa,
La imágen de una muger.

Julieta! la que en un sueño
El mundo y su vida encierra;
Vision que cruzó la tierra
Como un suspiro fugaz:
Mártir de amor que la Italia
Recuerda, admira y respeta;
Y en el arpa del poeta
Aun la escucha suspirar.

Al pie del sauce, Edelmira,
La enamorada del moro,
Preludiando en arpa de oro
Solloza y canta á la vez;
Y á la luz de las estrellas
En queja doliente implora,
Calme Dios en el que adora
La vengativa altivez.

Solitaria en sus jardines,
Por vez primera medita
La inocente Margarita
De Fausto en el torpe amor;
Y abrumada bajo el peso
De memorias tormentosas,
Vé morir las blancas rosas
De su mas bella ilusion.

¿Quien sabe si cada rayo
De luna, si cada estrella
Que brilla radiante y bella
Del cielo en el manto azul,
No es la imagen misteriosa
De una doliente hermosura,
Que refleja su alma pura
De los astros en la luz....?

En noches así brillantes,
¡Ay, cuanto, debieron, cuanto,
Derramar copioso llanto
Las que lograron gozar,
Con el azul de los cielos,
Y la esencia de las flores,
Del amor de los amores
El deleite espiritual....!

¡Pudieran así los ojos
En el espacio insondable
Seguir la huella impalpable,
De tanta hermosa muger,
En cuya pálida frente
La mano del hado imprime
El sello eterno y sublime
De un amante padecer....!

¡Pudieran así un instante
Reflejarse en la memoria,
La melancólica historia
Y el lamentable dolor,
De Safo la apasionada,
Y de la heróica Lucrecia,
Que fueron de Roma y Grecia,
La una estrella y la otra flor.....!

Mas diérale al alma espanto
En estas fugaces horas
De imágenes seductoras,
De sueños de amor y miel;
Ver asomar las figuras
De las que nunca lloraron,
Ni gota á gota apuraron
Del desencanto la hiel.

Quédense, siempre, en el polvo
Del olvido sepultadas,
Con sus coronas doradas,
Y su efímero esplendor,
Las que rompiendo la copa
Del placer en sus escesos,
Ympùdicas, con sus besos
Profanaron el amor.

Las que el fuego de la patria
No sintieron en su pecho,
Y el mundo fué campo estrecho
A su insaciable ambicion:
Que escucharon como estátuas,
Ympávidas y serenas,
Del esclavo las cadenas,
Y el látigo del Señor.

Borra ¡oh noche! con tu sombra
Para encanto de la tierra,
Esos recuerdos que encierra
Nuestra vida por su mal:
Mas no me nieguen su lumbre
Tus astros cual nunca bellos,
Y el alma comtemple en ellos
Lo que tiene de inmortal.....!

Rafael M. de Mendive.

Enero de 1860.

LA MONTAÑA MALDITA.

[TRADICION SUIZA.]

Aun no era llegada la estacion de las nieves, pero se presentaba el otoño tan crudo como el mas riguroso invierno. Jamás se habia visto en Suiza un tiempo tan nebuloso y frio en aquella época del año. Marchitas aparecian ya las herbosas faldas de sus magníficas cordilleras; oíase silbar incesantemente al ábrego en el fondo de sus románticas grutas, haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes, que debian convertir en breve los ricos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo; y se precipitaba ya por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, que á manera de vellon alfombraba el seno de muchos de sus mas fértiles valles. En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores: en las de clima mas benigno, luchaba todavía la vejetacion contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se echaba de ver que la ruina de aquella iba á consumarse muy pronto. ¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasion de tan rígido y adelantado invierno! ¡Desgraciada la pobre Marta que aun no ve concluida la humilde casita de madera que levanta con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos dias!

Mas nada les importa á los ricos la estemporánea crudeza de la estacion. Dígalo sino Walter Muller, el opulento propietario de la *Blümlisalp*, que puede abrigar con las pieles de sus vacas y de sus ovejas toda la colosal montaña en cuyas faldas se asientan sus numerosos *chalets* (1). Dígalo Walter Muller, que guarda en su granero provision bastante para abastecer á un ejercito durante un año de carestía, y que quema mas leña diariamente en sus cocinas y chimeneas que la que ha menester Marta para construir diez casas mayores que la que logra ver comenzada á los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos de su laboriosa vida. Y sin embargo, Marta, la pobre anciana que aun no tiene techo que la abrigue, la que ha pasado veinte años sirviendo asalariada en las queseras agenas, y que achacosa y casi ciega no puede ya trabajar para ganar el pan en los dias de su vejez, Marta es la madre de Walter Muller, y Walter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nacido entre sus lágrimas, criado con su leche, robustecido á precio de sus sudores! Marta expió con quince años de penosos sacrificios, impuestos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasía á un pérfido y traidor amante, y está expiando todavía, despues de otros veinte años de abandono y de miseria, la falta de amar con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predileccion al desnaturalizado Walter. Esos veinte años que han pasado desde que dejó el lado de su madre, le han bastado para hacerse riquísimo. No hay, entre todos los ganados de aquella comarca, ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la Blumlisalp; asi como no se encuentra en toda Suiza montaña mas fértil y florida que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas reses de Walter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la Blumlisalp se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros dias (1). Pero Marta no osa llegar á la Blumlisalp, temerosa de desagradar á su hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanías de la florida montaña, y contemplar á distancia sus laderas riquísimas, cubiertas por los ganados y rebaños del opulento propietario.

¿Era por ventura, la avaricia la que inspiraba á Walter tan inconcebible conducta con la mujer á quien debia la existencia? ¿Temia acrecentar sus gastos llevando á su madre junto á sí para hacerla partícipe de su opulencia? No por cierto; ni aun esta villana escusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico es el ganadero de la Blumlisalp. Aunque no ama á nadie, ni ha conocido jamás el íntimo placer de aliviar las desventuras agenas, gusta de mostrarse espléndido, cuando se le presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionarse recreos. Si convida á comer á los propietarios de las cercanìas, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa: si obsequia con un baile campestre á las muchas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas, en las que siempre se acredita de galan y rumboso: si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosas las gentes de veinte leguas á la redonda, porque se ha hecho proverbial la

(1) *Chalet* es el nombre que se da en Suiza, á unas casas de madera en que se aposentan pastores y ganados, durante el mal tiempo.

(1) *Blumlisalp* significa *montaña florida ó floreciente*

generosidad de Walter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta estravagante en su desprendimiento ostentoso, que ha llegado á hacer objeto de envidia, para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa ternera blanca que tiene en su ganado, y para la que ha hecho construir un establo tan estenso y tan rico que merece de los pastores el nombre de *palacio*. En él se aposenta, como único dueño, el gallardo animal por quien manifiesta el ganadero predileccion decidida; de él le sacan á pacer con respetuosos cuidados tres hombres dedicados esclusivamente à su servicio; y en él le visita Walter todos los dias, haciéndole cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es frio y destemplado.

Jamás se le ha ocurrido pensar en su madre, sin hogar en el mundo, en alguna de las muchas veces que ve á su ternera blanca tan magníficamente alojada. Jamás al preparar el abrigo de la bestia favorita, se le ha venido á la mente la desnudez y miseria en que se encuentra la que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

Increible se hace semejante indiferencia en el corazon de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle, aunque infructuosamente, algun linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana, agriada por el infortunio, se haya vuelto regañona y arisca hasta el punto de fatigar á su impaciente hijo? No: cuantos la conocen ponderan la blandura de su condicion, y los buenos modales que la distinguen entre la gente de su clase. Pero acaso los vicios de Walter le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! tampoco: el gran pecado de aquella infeliz es su escesiva indulgencia con el hijo que adora: ¿Supondremos pues que se averguenza este de deber la vida á una flaqueza de Marta, y que castiga la falta cuyo fruto ha sido el mismo? Por terrible que nos parezca esta hipòtesis es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud, toda vez que no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza á la infortunada vieja, cuidándose mas de su ternera blanca que de la desvalida madre que no tiene techo bajo el cual guarecerse.

—Habito, decia jactanciosamente el propietario de la Blumlisalp, en la mas fértil montaña de todo el canton de Thun, y tengo en mi ganado la mas hermosa res que ha pacido jamás en sus opulentas faldas.

—El cielo os ha favorecido singularmente, le respondió un dia su vecino Nicolás Heber, porque tambien os ha dado la madre mas buena que existe en el mundo.

Walter se desentendió, mas nunca desde entonces volvió á convidar á Nicolas á sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba á nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar á todos para persuadirlos de que era una apariencia engañosa.

Cuando algunas comadres solian preguntarle maliciosamente, por qué tenia el capricho de no querer vivir con un hijo tan escelente como pintaba el suyó,

—¿Qué quereis? respondia ella: por mucho que se amen dos personas, no siempre congenian lo bastante para asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca á mi hijo, y él por su parte se ha acostumbrado á no tener mujeres en su casa: ya veis que con treinta y cinco años no se ha casado todavìa.

Si llevando mas léjos la curiosidad, ó la barbarie, le preguntaban en seguida á cuanto ascendía la pension que le tenia señalada su opulento hijo para que pasase con comodidad su achacosa vejez, contestaba con prontitud que le era tan antiguo el hábito de una vida laboriosa, que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas lo permitian. Tengo lo necesario, añadía, y no he menester que Walter se prive de nada por mí. Bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la providencia; pero soy mas dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase colmada de sus dones una vejez ociosa, sintiéndome ágil todavía.

De este modo se espresaba por lo comun la desgraciada madre, mas se quejaba amargamente al cielo cuando podia hacerlo sin testigos.—¿Qué le he hecho, Dios mio, esclamaba, para que así me aborrezca? ¿No lo crié á mis pechos, pagando esta dicha á precio de mi honra, y del cariño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase?—En el instante mismo en que exhalaba su dolor estas justísimas quejas, se le ocurria á Marta que estaba escitando con ellas la indignacion de Dios contra su hijo, y solia interrumpirse bruscamente, poniéndose de rodillas y achacándose á sí misma toda la culpabilidad de Walter.—Yo lo he echado á perder, bendito Dios, prorrumpia sollozando: yo he sido una madre débil, y obrais con toda equidad al imponerme por pena de mi pecado el desamor de mi hijo. No le tomeis cuenta de él, Dios mio, porque

no hace mas que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegacion no la preservaban, empero, de vivas inquietudes y pesares, al ver la crudeza del tiempo y que su casita estaba muy léjos de encontrarse habitable. ¿Por qué no recurrir á mi hijo? se dijo últimamente á sí misma. Acaso ignora que me hallo sin asilo, que paso estas frias noches guarecida por caridad de los pastores en algun establo. ¿He de contentarme siempre con andar acechando su casa, como si fuera un ladron, para verle de léjos cuando sale á cazar con su rico traje verde, con el que está tan hermoso? No por cierto: iré á abrazarlo con la confianza que debe tener una madre en la casa de su hijo. Tal vez provino la frialdad con que me recibió cuando fuí á decirle mi proyecto de levantar una casita con mis ahorros, del disgusto que le causaría el que me presentase tan uraña y tan encogida que hasta los criados se reian de mi necia turbacion. Pues no, lo que es ahora iré con franqueza, con serenidad; diré en alta voz: ¡soy su madre! y entraré sin pedir permiso, y me arrojaré á sus brazos, y le cubriré de besos, y le anunciaré que voy à vivir à su lado hasta que se concluya mi casita.—Venid en buen hora, me dirá: ¿qué otra contestacion puede darme? Nunca me he atrevido á confesarle que estoy muy pobre, que ya no puedo trabajar á causa del deterioro de mi salud y de la cortedad de mi vista, pero esta vez le hablaré muy claro, se lo diré todo, y no será tan desnaturalizado como muchos creen. ¡Qué dicha la mia si logro ver confundidos á todos los que censuran á mi hijo! Si puedo decir en alta voz: ¡Walter Muller es un hombre de bien á carta cabal, y su madre tiene á orgullo el haberle dado la existencia!

Alentada con tales proyectos y esperanzas, se decidió Marta á visitar al ganadero, y escogió para verificarlo el dia 20 de Octubre, en que cumplian 35 años del nacimiento de aquel. Tambien el amor maternal tiene sus coqueterías, así es que la buena mujer pasó toda una semana preparando sus atavíos para aquella solemne y suspirada entrevista. Arregló lo mejor que pudo la saya de bayeta verde y el corpiño negro de pana, que habia estrenado en el bautizo de su hijo, y que guardaba desde entonces como una preciosa reliquia.

—No hay para qué avergonzarlo, decia, presentándome á él como andrajosa mendiga. Debo ir ataviada cual lo estuve el dia mas feliz de mi vida: el dia que lo llevè en mis brazos al templo del Señor, para que ingresara en el gremio de los fieles.

Llegado el momento solemne se hizo peinar Marta por una de las mas hábiles muchachas de aquellos contornos: colocó sobre sus cabellos grises, alisados y entretegidos con cintas de estambre, una gran cofia blanca con abultados follages; vistiò su trage verde de corpiño negro; se calzó sus fuertes zapatos; tomó su baston de viage con regaton de hierro, y emprendió su marcha á la mitad del dia, despues de encomendarse á los santos de su particular devocion, y muy especialmente á la bienaventurada Vírgen.

Se proponia llegar à la casa de Walter en la misma hora que lo habia echado al mundo treinta y cinco años antes; mas hubo de apresurar sus pasos al observar que el dia, que amaneció sereno, se iba anublando á toda prisa, comenzando á soplar un viento recio y frio que hacia en estremo desagradable y fatigante la ascension de la montaña.

Walter, mientras tanto, reposaba de las gratas fatigas de la noche anterior, en que habia solemnizado con baile y opípara cena la víspera de su cumpleaños. Eran mas de las dos de la tarde cuando dejó por fin sus mullidos colchones, y viendo lo desapacible del tiempo, y que caia menuda pero incesante lluvia, mandó encender sus chimeneas y que le sirviesen la comida; pues desistía de su primera intencion, que era celebrarla con sus pastores en los bosquecillos que bordan todavia las amenas orillas del lago *Oeschi*. Por merced estraordinaria, en gracia de la festividad del dia, admitió á su mesa el altivo propietario á sus criados favoritos, y duró dos horas el banquete con que le plugo refocilarlos.

¡Viva Walter! ¡Viva el generoso ganadero de la hermosa Blumlisalp gritaban los pastores al levantarse medio borrachos de la mesa; y el amo, que apenas habia probado los añejos vinos ni los variados manjares, fastidiado de su propia opulencia, fuè á tenderse bostezando en un ancho sillon cerca del fuego; mientras sus servidores lo encomiaban á porfia, tambaleándose unos, tiesos otros como postes, para dar pruebas de que no les hacian efecto la cantidad y calidad de las recientes libaciones.

La lluvia continuaba y el viento iba arreciando por momentos.—¡Qué agradable es, dijo el ganadero, oir caer el agua y silbar el viento, estando al abrigo de un robusto techo, y al calor confortante de una buena chimenea!

—Pero qué horroroso, respondió el pastor Franz que se habia acurrucado á sus pies, para los que no tienen ni techo ni fuego.

—¡Quita allá con tus reflexiones, borrachon! esclamó Walter: nunca faltan techo y hogar al hombre trabajador, y los holgazanes no merecen se haga mencion de ellos.

En aquel instante entró otro pastor á quien prestaban atrevimiento los vapores del vino.—Señor, dijo con lengua estropajosa, ahí fuera está una vieja que quiere hablaros.

—¿Qué se le ofrece? preguntó el ganadero arrellanándose mas en su gran sillon.

—Dice que es vuestra madre, replicó el beodo: querrá echar un trago á vuestra salud, y por San Beàt que bien lo ha menester, pues està tiritando de frio.

El propietario de la Blumlisalp se removió de nuevo en su sitial, como si le picasen chinches, y dijo luego con desabrido tono:—¡Pues bien! llevadla vosotros á la cocina y que se caliente y se refocile como mejor le parezca.

Obediente á esta órden el anunciador de Marta, tomaba sus medidas para atinar á salir tropezando lo menos posible, cuando sin aguardar contestacion se presentó ella, empapados sus vestidos, pálido su semblante, temblando todos sus miembros.

G. G. de Avellaneda.

(*Se continuará*)

EN UN ALBUM.

Si, por cansada y confusa,
Mi loca imaginacion
Trovas al labio rehusa,
Acude en mi auxilio, Cusa,
Y serás mi inspiracion.
Pues no ha de sufrir sonrojos
De la imagiuacion loca
Quien oponga á sus antojos
Las miradas de tus ojos,
Las sonrisas de tu boca.
Al ver tanta bizarría,
Tanta hermosura y donaire
Y tan graciosa alegría,
Pienso que respiro el aire
De la bella Andalucía.
Y de la vírgen cubana
El talle esbelto y gentil
Une, en mi mente lozana,
La palmera de la Habana
Con el laurel del Genil.
Pues si en estos campos crecen
Cedros y palmas, tambien
Cedros y palmas florecen,
Y frescas brisas los mecen,
En aquel risueño eden.
Que, emulando sus primores
En dos regiones lejanas,
En mugeres y en amores,
En cantos, brisas y flores
Son dos provincias hermanas.
Tu lo sabes: la corriente
Del Guadalquivir undoso
Retrató tu pura frente,
Y se perfumó su ambiente
Con tu cabello sedoso.
Tu pequeño pié cubano
Estampó su linda huella
Junto á la de otro pié enano,
Y estrechó tu ebúrnea mano
Otra mano tambien bella.
Tez trigueña, negros ojos,
Y delicada cintura,
Y lábios frescos y rojos,
Fueron, sin causarla enojos,
Emulos de tu hermosura.
Y el aroma delicado,
El tíbio ambiente, la luz
Y el límpio cielo azulado
De tu Cuba, habrás hallado
En el eden Andaluz.
Como en tu Cuba encontré
De mi patria, Andalucía,
El sol que niño admiré,
Las brisas que respiré
Y la mar que me mecía.
Las pintadas mariposas
Que en mi niñez perseguí,
Los jazmines y las rosas,
Y las mugeres hermosas
A quienes mis cantos dí.
Tu has vuelto á tu pátria, yo,
Lejos de la patria mia,
No estoy descontento, no,
Que el cielo en Cuba me dió
Una nueva Andalucía.
Pues, emulando primores,

Aunque destellan lejanas,
En mugeres, en amores,
En brisas, cantos y flores
Son dos provincias hermanas.

Juan de Ariza.

Habana 19 de Noviembre de 1858.

EL APARECIDO. (1)

I

—Dúlcia, Dúlcia, muger á quien tanto he amado, á quien he proclamado reina en cien torneos, por quien tanto he sufrido y suspirado..Dulcia ingrata, ¿que se han hecho tus juramentos solemnes? ¿Porque se han cerrado para mi tu corazon y tus ventanas?

—Adalberto, Adalberto, amargas son tus palabras.....ay! tan amargas como es inexorable la fuerza de los hados que condenan nuestro amor. Tú que tantos enemigos has vencido, véncete á ti propio, ¡oh Adalberto! y sujeta tu corazon impetuoso como sujetas con fuerte mano á tu corcel impaciente.

—Dúlcia, Dúlcia, las promesas empeñadas ante Dios son santas é inviolables, y si faltas á las tuyas serás sacrílega é impía, como el caballero que no cumple lo que jura al recibir sus armas.

—Adalberto, Adalberto, arroja lejos de ti ese dolor sombrío, como arrojarías un dardo envenenado que se hubiera clavado en tu armadura. Piensa que hay muchas mujeres en el mundo y que mañana entregaré mi mano á Galceran de Cruilles.

—Dúlcia, Dúlcia, si tal hicieras yo moriria de dolor.

—Adalberto, Adalberto, si yo tal creyera mereceria que te rieses de mi necedad. Pero nada de eso; tú serás como siempre animoso y fuerte, y hasta espero que asistirás á mi boda.

—Iré, yo te lo juro Dúlcia, y no soy de los que infringen sus juramentos. Iré aun cuando ya esten doblando por mì las campanas del monasterio que fundó mi padre. Iré á danzar contigo, Dúlcia. Hasta mañana.

—Hasta mañana, pues, Adalberto.

Dúlcia cierra la ventana en que apareciera un momento para responder por última vez á las quejas de su antiguo amante, y la ventana rechina sobre sus goznes con un sonido lúgubre, mientras que Adalberto se va lentamente alejando.

II

El sol con sus fulgentes rayos disipa las tinieblas. Todo es dicha y alegria en la naturaleza. Cantan los pájaros, cantan los árboles balanceándose, y cantan las campanas que enseñan su lengua de metal desde el gótico campanario.

La muchedumbre se agolpa á las puertas de la iglesia, de donde sale un brillante cortejo. Entre un grupo de caballeros vestidos con lujosos trajes, aparece Galceran de Cruilles dando la mano á Dúlcia. Ya son esposos: la bendicion de Dios ha caido sobre sus frentes inclinadas, uniendo sus corazones.

El pueblo acompaña á los novios hasta su casa saludandoles con entusiastas vitores, á los que responden los escuderos de Galcerán arrojando á la multitud monedas á puñados. Pronto empieza en el palacio la fiesta de boda, fiesta pomposa como todas las de aquella buena edad.

A la ceremonia del desposorio ha sucedido el torneo, al torneo el festin, y al festin, cuando ya las sombras han vuelto á enlutar la tierra, las alegres y prolongadas danzas. Los convidados se agrupan y escojen sus parejas á las que acompañan hasta el centro de la sala, iluminada por un ejército de luces.

Dúlcia brilla entre todas las hermosas como la luna entre estrellas, y oye con placer las palabras tiernas y amantes que Galcerán murmura á sus oidos. Miéntras tanto la sala hierve llena de bullicio y agitacion, como el mar movido por la tempestad.

III

—Amada mia, ¿porque se clavan tus miradas en aquel rincon de la sala? Asì pregunta á su Dúlcia el enamorado esposo.—Galcerán responde ella, ¿no ves alli á un caballero envuelto en un manto negro?—El desposado dice sonriendo.—No, es una sombra.

Y la sombra, sin embargo, se va aproximando lentamente y sin ruido á la silla que ocupa la bella

---

[1] Imitacion de una balada alemana.

recien casada. Ella la sigue con los ojos, se extremece, palidece y deja caer la cabeza sobre el hombro del esposo. Adalberto de Jaimarit está de pié ante ella.

Adalberto tiende la mano á Dúlcia y la arrastra á la danza. Dulcia se ha estremecido de nuevo al contacto de aquella mano, fria como la de una estatua de mármol.

"Adalberto, ¿por que has venido?" murmuró Dúlcia.—"Pues que, Dúlcia, ¿no me convidastes á tu boda? Te juré que vendria y aqui estoy.—La música suena, y se disponen á danzar las parejas.

—"Adalberto, frias están tus manos como el hielo."—"Dúlcia mas frio tienes tú el corazon."—Adalberto, por que has venido?—"¿Por que me convidaste Dúlcia?" Y sigue la música tocando, y siguen las parejas danzando.

"Adalberto! no se porqué, pero me das miedo."—"Y tu Dúlcia me inspiras compasion."—"En nombre de Dios vete."—"En nombre de Dios he venido"—"Rotos están nuestros lazos."—"Solo Dios puede romper un juramento." Y sigue tocando la música y siguen danzando las parejas.

—"Adalberto, déjame."—"Me dijistes que viniera, Dúlcia.—Pero que quieres?—Convidarte á mi vez.—A que?—A venir á mi mansion.—Y cual es tu mansion.—La tumba.

—"Poder de Dios! tu no eres Adalberto,"—"Si, soy Adalberto á quien tu esposo ha muerto esta mañana en desafio"—"Dúlcia lanza un ¡ay! de terror y de angustia que se pierde entre el ruido de la música que suena y de las parejas que danzan.

El baile se suspende por que la novia ha caido al suelo. Todos se precipitan, la levantan....y la hallan cadáver! El caballero que bailaba con ella ha desaparecido. La música no suena ya y han acabado las danzas.

V. B.

LA PRIMERA VIOLETA.

Tiempo ha que te aguardaba
¡Oh feliz estacion de Dios bendita!
Y por los campos con afan vagaba
Porque adornar ansiaba
Con tu primera flor mi sien marchita.

Ya brota al fin.... oh! si! con embeleso
Surgir la miro, del vergel adorno,
Medio escondida entre el follaje espeso,
Por esquivar el beso
Del Fabonio gentil que vuela en torno.

¡Sé bien venida, dulce mensagera
De los meses de luz! ¡Flor pudorosa,
Que eres de mi jardin gala primera,
Y de la primavera
Hija modesta y por modesta hermosa!

Tú naces á su soplo, y los amores
Despiertan por do quier: cantan las aves,
Visten los campos vívidos colores,
Y derramando olores
Baten las alas céfiros suaves.

Tú naces á su soplo, y cristalinas
Fuentes te aclaman con murmúrio blando.
Tú naces, y en tropel las golondrinas
Pueblan nuestras colinas
Los desiertos del Africa dejando.

Tú naces, y me anuncias que del cielo
Huyen las sombras y las nieblas frias,
Que ya mis ojos no verán el hielo,
Sino pompa en el suelo
Y luz brillante en prolongados dias.

Tú naces, y me anuncias que las horas
No contaré de interminables noches,
Pues rápidas vendrán tibias auroras,
Cuyas brisas sonoras
De flores mil quebrantaràn los broches.

Mas no, ninguna como tú esperada
Será ¡oh Violeta! y como tú querida....
Ninguna por el sol acariciada
Con luz tan regalada,
Ni con tan grato aroma enriquecida.

Oh! vive, pues!—Mi corazon doliente
Mezcle á tu aroma férvido suspiro.
Mas nunca ¡oh flor! para adornar mi frente
Te arranque irreverente
Mi loco afan de tu feliz retiro.

Elena Gomez de Avellaneda y Cerro.

Madrid.—Abril de 1859.

EL ULTIMO ACTO DE LA TRAVIATA.

POR

Marieta Gazzaniga y Adelaida Cortessi.

A fines del año de 1857, se levantaron en la Habana los partidos que denominaban Fresolinos y Gazzanigos. Yo tenia en esa época una amiga Gazzaniguista roja, resuelta á batirse como una amazona por defender el mérito de su ídolo. Mi amiga era hermosa, yo poeta de corazon, la Gazzaniga artista de sentimiento; no habia que dudarlo, me coloqué en las filas de sus entusiastas admiradores. El último acto de la Traviata era la perla del repertorio de Marieta y en verdad que era una perla riquìsima. La Gazzaniga no se identificó jamás con el genio de Verdi, ni representó La Dama de las Camelias cual la creara Dumas, pero nos dió á conocer una traviata que ella solo habia concebido y puesto en ejecucion. Era la mujer que desafiaba al destino y se rebelaba contra Dios, como Jacob luchando con el ángel; la hija en fin de la desesperacion. Ella manda con imperio y dureza á los que la sirven, se agita con delirante conmocion en los brazos de Alfredo y acusa al ser Omnipotente que la manda morir tan jóven. Entre este canto que se queja pero que no se resigna, y la música conmovedora de Verdi, cuyas notas brotan empapadas en lágrimas, se forma un poema que revela lo sublime entre sollozos y gritos de impiedad. No es el canto de David que ruega lleno de uncion, sino la voz de los Israelitas levantando ídolos falsos en el desierto. Y à pesar de todo, el genio ardiente que la anima nos estremece y arrastra, de tal manera, que adora nuestra alma lo que la razon y la moral condenan. Mas aunque asi nos arrebata yo no veo en Marieta Gazzaniga sino rasgos brillantes inspirados por un corazon de fuego; mas no esa unidad que es el resultado preciso de la armonía del estudio y el arte, que la fabula simboliza en el eslabon y el pedernal. Esa Violeta, en fin, no es la concepcion del pueblo cristiano, sino del incrédulo que acusa á su Dios. Para comprobar mas claro que la Gazzaniga demostraba lo contrario de lo que debia, basta citar algunas palabras del poeta, que en boca de la Traviata pone este verso.

A ley, deh perdona, tu accoglila, ó Dio!

Una mujer que pide perdon en los últimos momentos de su agonía, no es natural que lance ese vigoroso grito que atruena los oidos. Y sin embargo, habia tal sensacion en Marieta; en esta misma exageracion habia tal naturalidad, que estremecia á los espectadores, y los vivas y aplausos resonaban por todas partes.—Ese grito espontáneo lo comprendia mas rápidamente la multitud, que sin darse cuenta se entregaba á las emociones. De manera que en este lunar que la Gazzaniga ponia en la historia de Dumas, consistia su triunfo; porque era un lunar que hacia resplandecer con la fuerza de su genio, asi que podemos decir que lo trasformaba en estrella. Todas estas impresiones sentidas por mi amiga Gazzaniguista duplicaban mi placer. Dos almas unidas comprenden al genio mas que una sola. El partido de la Gazzaniga dió por resultado el triunfo de la escuela melodramática. Entre otras cosas dignas y óportunas se regaló á Marieta en el último acto de la Traviata una copa de oro que queria decir:—"Cuando brindes en el banquete de la vida, cuando en tus hermosos valles de Italia sentada bajo los limoneros, suspires por lo pasado, cuando en momentos de inspiracion, creas oir los aplausos que te hemos tributado, y sigas con tu pensamiento el rastro de los dioses, cuando como Ceres al volver el rostro, mires ese mundo de flores y coronas que han caido ante tus pies, torna los ojos hácia el Oeste, y piensa en tus amigos de Cuba."

La temporada del año de 1858 dió el mismo resultado. Entonces sucedieron á los Fressolinos, los Gassieristas, y si he de decir verdad la juventud entusiasta estaba por Marieta Gazzaniga.

Por fin partió. El espectáculo lírico quedó en un sueño profundo á causa de los ardores del verano. Con la proximidad del invierno volvieron á nacer los deseos de gozar de la ópera. Adelaida Cortessi apareció por primera vez en la Safo. Era la ópera en que, despues del último acto de la Traviata, habia brillado mas la Gazzaniga. Un sin número de espectadores estaban en la creencia de que ninguna otra prima donna podria reemplazarla en esa partitura de Pacini. Segun su opinion iban á burlarse del fiasco. Estaba lleno de Gassieristas y Gazzanigos el teatro. Yo creo que ninguna prima donna se ha presentado en circunstancias mas desfavorables. Se presentaba ante dos partidos fanáticos, que estaban estremecidos aun con las palpitaciones de sus ídolos; y ya muchos dictaban de antemano su irrecusable fallo condenandola sin haberla oido. El teatro de Tacon estaba ocupado por una numerosa concurrencia: era una copa donde no cabia

una gota mas. Se alzó el telon, se dirigieron ávidas á la escena todas las miradas. Apareció Adelaida Cortessi cuyo nombre apenas habia resonado entre nosotros. Su gallarda figura dominó á los espectadores, que quedaron suspensos al resonar su voz, como los hijos de Chipre cuando Venus brotó de los mares entre ondas de luz y coronada de flores. Pero cayó el telon y ni una palmada habia resonado en el teatro.

J. Fornaris.

(Continuará)

A LAS CUBANAS.

Respiro entre vosotras ¡oh hermanas mias!
Pasados de la ausencia los largos dias,
Y al blando aliento
De vuestro amor el alma revivir siento.

Oh! si! que en el encanto de vuestros ojos
Treguas logran del pecho crudos enojos,
Cual dulces brisas
Refrescando mi frente vuestras sonrisas.

Oh! sí! que en la dulzura de vuestro acento
Parece que se embota todo tormento,
Y al alma herida
Vuestro cariño lleva sávia de vida.

Mi gratitud quisiera por cada halago
Las perlas de ambos mares rendir en pago,
Y aun cuanto encierra
De mas hermoso y rico la vasta tierra.

Mas ¡ay! de las que vengo, tierras lejanas,
Solo una lira traigo, bellas cubanas:
¡Solo una lira
Que al soplo de las auras triste suspira!

El que antes exhalaba ferviente canto
Raudales apagaron de acerbo llanto,
Y hoy cuando vibra
De postracion gemidos al aire libra.

Asi, empero, os la rindo, pues no poseo
Mayor bien en el mundo, mejor trofeo;
Y acaso aun rotas
Sus cuerdas os respondan con dulces notas.

Quizas en este ambiente de poesía
Para cantaros cobre nueva armonía,
Y al sol de Cuba
Vuestro amor bendiciendo su canto suba.

Si; porque en esta zona de resplandores
Génios en sus corolas guardan las flores,
Dando alegria
Su hálito, que perfuma la fantasía.

Si; porque en esta Antilla llena de hechizos
Hay silfos, que se mecen en vuestros rizos,
Y á cuyo aliento
Se despliegan las alas del pensamiento.

Si; porque en esta patria de la hermosura
Se aspiran en los vientos gloria y ventura,
Y hay en sus sones
De amor y de entusiasmo palpitaciones.

¡Oh hijas bellas de Cuba! ¡oh hermanas mias!
Que aqui término el cielo ponga á mis dias,
Y aquí el sonido
Postrero de mi lira vague perdido.

G. G. de Avellaneda.

(Enero 18 de 1860.)

SECCION TERCERA.

HISTORIA DE LOS TRAGES MUGERILES.

Sabido es que nuestra madre Eva, despues de comer del fruto prohibido, echó de ver su desnudez, y con las hojas de un árbol hizo un trage, cuya forma se ignora, pero que seguramente no era una basquiña, un albornoz, unas enaguas y aun menos un miriñaque.

Mas tarde las mugeres se cubrieron con las pieles de los animales muertos en la caza por sus maridos ó hermanos; despues aprendieron á hilar la lana y á tejerla; pero como habitaban paises cálidos y no habian descubierto aun las plantas de donde se pueden estraer los hilos ya hechos, pre-

firieron tejerse túnicas, porque con ellas sentian menos el calor. Las judias no llevaron por mucho tiempo mas que trajes de lino debajo: las babilonias, al reves, el de lino encima del de lana. En aquella época se fabricaban ya tejidos tan lijeros como la gasa, y en Oriente fue donde mas cundió su uso: en Roma solo las cortesanas se atrevieron al principio á gastar ropas trasparentes; pero muy pronto entraron tambien en la moda las mugeres honradas.

En Francia se usaba entonces con corta diferencia el traje de las romanas, solo que las mugeres llevaban en la mano un báculo ó baston, á cuyo estremo se veia una cabeza de animal. Constanza, segunda muger de Roberto rey de Francia, en un acceso de cólera reventó los ojos á Estéban su confesor, de un bastonazo.

En tiempo de San Luis, y durante los reinados siguientes, las damas nobles hacian bordar en los trajes las armas de su casa: las viudas ponian en la parte inferior de la falda un escapulario blanco con lágrimas negras.

En aquella época el lujo llegó á ser tan grande, que Felipe el Hermoso creyó necesario dar leyes para reprimirlo. Los duques, los condes y los barones mas ricos, no podian regalar á sus mugeres sino cuatro trajes por año: las señoras menos ilustres ó poderosas no debian tener mas que uno: pero pronto cayeron en desuso estas leyes.

En el reinado de Cárlos V un sastre madrileño hizo para una dama valenciana un vestido en que entraron cinco varas de paño de Bruselas: la cola arratraba mas de dos y las mangas se unian á la cola. Sin embargo, un concilio de Monpetller habia prohibido bajo pena de escomunion, los vestidos que terminaban en una cola de serpiente.

En tiempo de Cárlos VI de Francia, las camisas de tela eran poco comunes, y las que mas se usanban de sarga. Mucho se criticó el lujo de Isabel de Babiera, que tenia dos de hilo. Era tal la importancia que les daban, que aquellas que las poseian fundaban todo su conato en que se viesen por debajo de las mangas y por el cuello.

En el siglo XV las mugeres empezaron á llevar descubierto el cuello y parte de la garganta: en los reinados siguientes, las alianzas con familias italianas difundieron en Francia el gusto por las modas de aquel pais. Entonces se comenzaron á llevar mangas cortas, y la falda menos larga para que se viera el pié.

Francisco I y Cárlas IX se casaron con infantas de la casa de Austria, y las modas españolas vinieron á derrocar á las italianas.

Antes de que se inventasen los alfileres en 1349, las mugeres usaban palitos de madera muy delgados y flexibles para prenderse sus tocados.

Las primeras blondas que vinieron de Venecia y Génova, alcanzaron tal boga, que en 1629 Luis XIII publicó una ley que prohibia usar las que costasen á mas de tres libras la vara.

Atoile dice en un periódico, que en 1593 en el bautizo del hijo de Mme. de Sourdis, Gabriela de Estrees se presentó vestida de un traje de raso negro, y tan cargada de perlas y joyas que no se podia tener en pie. Poco despues, añade mas adelante, me enseñaron un pañuelo de mano destinado para la misma Gabriela, que se habia ajustado en 1900 escudos.

En tiempo de Luis XV se comenzaron á reemplazar las mascarillas llamadas lobos, con una gran cantidad de lunares negros, que se pegaban al rostro: cada uno de ellos tenia su nombre: el de junto al párpado se llamaba apasionado: el de enmedio de la frente magestuoso: el que se ponia en el pliegue que forma la boca al reir, jugueton: el de la mejilla, galante: el de la nariz, descarado: el de los lábios, coqueto; etc. etc.

Las damas de la corte de Luis XV y Luis XVI, llevaron tambien bastones para sostenerse; ¡tan difícil les era andar con el peso de su traje y con la elevacion de sus tacones!

En tiempo de la república francesa se siguieron las modas griegas nuevamente, pero procurando acomodarlas al clima: entonces fue tambien cuando se quiso violentar á la naturaleza, colocando el talle debajo de los brazos.

Antiguamente el calendario era el regulador de los trajes. Tal mes, tal dia, á tal hora, se ponia uno de invierno, de primavera, de verano ó de otoño. El calendario, pues, era todo, y poco importaba que se muriese uno de frio ó que se ahogase de calor. El órden de modas para el verano en España en el siglo XVIII, era el en que salian vestidos los gigantes, tarascas y gigantillos que se sacaban en las procesiones del Còrpus en nuestras grandes capitales, y ninguna alteracion se hacia hasta el siguiente año.

***

REVISTA DE MODAS.

La moda, amables lectoras mias, es cual Iris brillante, que suele disiparse en el momento mismo en que nos detenemos estasiados para copiar sus matices. Nosotras, empero, anhelosas de traeros por tributo los cambiantes mas bellos y mas nuevos con qué hoy ostenta su pompa en las heladas márgenes del Sena, hemos salido á su encuentro cuando atravesando el atlántico, venia en alas de sus numerosos *courriers* á instalar sus veleidosas coqueterías en nuestras privilegiadas regiones, y aprisionándola con sus cadenas de flores en las nacientes páginas del *Album cubano de lo bueno y lo bello*, la rendimos hoy à vuestras plantas, despojada un tanto de los invernales atavios conque, á despecho de su natural ligereza, la obliga á abrumarse el clima de su patria, en estos meses de nieblas y de lluvias, de sabañones y de pulmonías. ¡Hermosas hijas de los trópicos! vosotras podeis ostentar siempre la blancura de vuestras espaldas, las profusas trenzas de vuestros cabellos, sin temer á otros riesgos que el ver las unas un tanto doradas por las caricias ardientes del rey de los astros, y los otros demasiadamente agitados por los besos de las brisas juguetonas, que llegan á mecerse en sus sedosas ondas y á beber murmurando sus perfumes. No receleis, pues, que, serviles ministros de la deidad caprichosa, os impongamos á todo trance las pieles y los terciopelos, los pesados sombreros y los entretelados *manteaux*. La moda no como despótica reina, sino mas bien como complaciente tributaria, viene á vosotras con sus trages de baile y de *demi-soiree*, tan fresca, tan lijera, tan vaporosa como solo se la encuentra en la tíbia y perfumada atmósfera de los aristocráticos salones de la Atenas moderna, y entre los calientes terciopelos de los abrigados palcos de sus teatros.

Sin embargo, á favor de su deliciosa novedad permitidnos someter á vuestra aprobacion las lindas telas de lana con dibujos menudos, y con pequeñas flores á lo Pompadour, y con rayas negras sobre fondos claros. Todas estas telas son espesas sin ser pesadas, y lo mismo que las *popelines* de un solo color obtienen merecida preferencia para trajes de corpiños montantes y abotonados, propios para los dias en que los punzantes soplos del Norte os obligan á desear algo de mas sólido y confortante que las trasparentes muselinas. Tambien mencionaremos honoríficamente, por verlo citado como de última distincion en el *Petit Courrier de dames*, un vestido de glasé color flor de malva, cuya falda larga y amplia está adornada por delante con pequeños volantes, igualmente festonados de terciopelo negro. Partiendo de los costados corren, ademas, toda la anchura de la falda dos grandes volantes, igualmente festonados. El corpiño de este traje, adecuado para visitas y paseo, es montante, con cinturon de tercipoelo igual á los festones, y mangas abiertas de forma pagoda, cuadradas, con terciopelitos dispuestos de una manera encantadora.

Vemos celebrado igualmente un vestido de seda verde esmeralda, adornado por debajo con seis plegados de la misma tela, y otros cuatro plegados mas arriba, á la altura de veinte centímetros. El corpiño alto, abotonado, mangas pagodas con adornos como la falda. Pero los trajes mas recomendados para baile son los de moiré antique blancos, y los lindísimos de tul con triple falda, recojida la superior de ellas. De esta última clase describe el *petit courrier* uno salpicado de estrellitas de plata, y abullonada la falda superior con guirnaldas de madreselva y eglantina. Se distingue, no ménos que el citado, por su esquisita elegancia, otro de tres faldas tambien, tul blanco, con prendidos de flores formando largos bullones, y prestando al vestido gran semejanza con los del tiempo do Luis XV. Los corpiños de estos trajes [ó túnicos como acá decimos] son escotados, principalmente en la espalda. que baja mucho, mangas cortas á la griega y bertas con flores iguales á las faldas.

Nada, sin embargo, de cuanto vemos de mas distinguido en los vários periódicos de módas que nos llegan de Paris, supera á juicio nuestro á los bellísimos trages que han salido estos dias de casa de nuestra amable Madama Garbeille. El de la novia señorita C.....es de moiré antique blanco, con doble falda, adornada cada una de ellas con cuatro tufos ó bullones salpicados de lazos de cinta. Corpiño de punta, berta tambien de punta con adórnos de espumilla y azahares. Otro hemos admirado, que lucirá la señora S.....M....y que merece sin duda ser colocado entre los mas bonitos. Se compone de grò blanco con bullones obliquos de tul, hasta la rodilla corriendo toda la anchura de la falda, y acompañando cada bullon un ramito de uvas deoro con verdes hojas de admirable efecto. La sobre falda forma puntas, ó sean picos, de tul, separados con festones de cinta blanca rizada, y á trechos ramitos de uvas de oro como los de

la primera falda. La berta de este delicioso traje es pequeña, redonda; formando puntas de tul con ernato al estilo de las faldas; como tambien las mangas.

No podemos tampoco pasar por alto el aereo traje hecho para la marquesa de U... por Madama Garbeille, y que es todo de tul con bullones hasta la rodilla, adornos de blondas y cintas azules. La sobre falda lleva alrededor triple hilera de cintas rizadas, y á cortas distancias un marabú graciosamente colocado. Berta á lo María Antonieta, formando tufos ovales con marabúses, cintas azules y blondas coquetamente dispuestas. Las mangas á la odalisca, con tufos ovales, estàn adornadas por el estilo de la berta.

Madama Garbeille no es solamente recomendable por la superioridad de sus obras, sino tambien por su *exactitud*, tanto mas digna de elogio cuanto es menos comun en la Habana, donde los artistas y operarios de toda clase, con raras y honrosas escepciones, no tienen por costumbre la mayor formalidad. Acaso la influencia del clima pueda mas que su buen deseo.

En punto á tocados, o sean adornos de cabeza, se nos dice que gozan de gran boga en Paris el bautizado con el nombre de *Princesa María*, y que consiste en una redecilla de oro con plumas blancas entremezcladas con *rosas del rey* de un rojo purpurino. No es ménos elegante un prendido de tul mosqueado de oro, y sujeto con agujas de diamante. Los adornos de pámpanos y corales tienen tambien originalidad y sientan perfectamente á las trigüeñas, pero no hallamos cosa comparable á las coronas de flores, que con ciertos peinados son de un efecto arrebatador. ¿Quien no ha admirado la gracia infinita con que se ostentan en la hermosa cabeza de la jóven condesa de S..A.....? ¿No es verdad, queridas lectoras mias, que no hay una sola de vosotras que no haya dicho para sí, al ver aquellas primorosas guirnaldas tan donosamente llevadas, *esas son las verdaderas coronas de la belleza: esas las que mejor simbolizan la blanda soberanía de las gracias*? Oh! si! mirad á la condesa de S..A.....con sus diademas de rosas, de violetas ó de jazmines, y de seguro no volvereis á poneros otro ningun adorno.

Solo me resta deciros, por hoy se entiende, que los chalés [ó sean pañolones] de encaje negro de Chantilly, con puntas redondas, asi como los de Alenson y de Inglaterra, son de estrema elegancia, y echados negligentemente sobre los hombros completan una *toilette* lujosa, sirviendo para la entrada y salida de los salones.

Con esto me despido de vosotras, lindas suscritoras del *Album Cubano*, hasta el próximo número, en que espero poder comunicaro secretos importantes de la voluble diosa que llamamos *La Moda*.

Celina.

REVISTA DE LA QUINCENA.

I.

Yo vivo en el Campo de Marte.

Ergo me toca encargarme de la *revista*.

Asi discurrió sin duda mi amiga Tula al encomendarme tan espinosa tarea.

Por delante de mi ventana pasan los soldados y los quitrines, y lo que es peor, las *guaguas*: en una palabra pasa todo, ménos las *novedades*.

No debo hacer la revista; pero ¿quién resiste á la exigencia de una dama?

Cojo, pues, mi sombrero rebajado, es decir, mi medio sombrero, *á la derniere*, y me lanzo á la calle en pos de los sucesos, ni mas ni ménos que un petardista cuando va á caza de *gangas*.

Ya estoy en plena calle y en el pleno ejercicio de mi mision; pregunto á todo el mundo ¿qué pasa? y todo èl mundo me mira de reojo y sigue corriendo.

Pasa mucha gente, pero todos corren; unos gritando como Arquímedes ¡*eureka*!, y otros ¡*anda*! ¡*anda*! como el judio errante.

Aquellos han resuelto el problema; estos pretenden resolverlo.

¿Buscarán el movimiento contínuo?

No: buscan la piedra filosofal, que es la resolucion del problema de la vida.

Seria conveniente dejar la solucion para el número inmediato, á fin de sostener el interés, pero oigo gritar á mis lectores:

¡El hombre es un geroglífico viviente! ¡El problema de la vida es.... ¡*vivir*!

Corro á casa y espido este parte telegráfico á Tula:

"Apuntes para la *Revista*.—Han pasado muchas personas.

"No cuento á los viejos porque ya habian *pasado*.

"Todos corren detras de la riqueza: sin duda por eso los mas ricos llevan los zapatos rotos.

"Tambien ha pasado el entierro de un hombre muy rico; en el cortejo iban muchos pobres.

"¿Se cambiarán estos pobres por ese rico?

"Yo voy *pasando.*"

II.

¿Una revista para el *Album cubano*?

¿A dònde está *lo bello*?

¿En dónde se encuentra lo *bueno*?

Voy en busca de *lo bueno* y me veo espuesto á morir atropellado por uno de esos funebres carricoches negros, que paran de puerta en puerta para llevar la pretendida salud á la humanidad.

¿Quién mora en esa casa?—Un jóven honrado que muere tìsico, víctima del trabajo.

¿Y en aquella?—Un jóven calavera que muere tísico, víctima de la disolucion.

¡La honradez y el cinismo heridos por un mismo golpe y asistidos por una misma mano!

Corolario.—El que se salva es el doctor que les refrenda el pasaporte.

¡Ah! los doctores cosechan *bienes* del campo de los *males*.

¿Es esto lo bueno?.....

Al buscar *lo bello* topo con una dama que se apea del quitrin; le doy la mano y me tapo los ojos. Su cara es un pergamino arrugado que revela un códice del siglo pasado.

¡Ah! ¡es N....! ¡Y la tradicion cuenta que dos oficiales se dieron de estocadas por ella!

¡Y los hombres de su época hicieron locuras por obtener una mirada de esos ojos que hoy parecen dos ciruelas pasas!

¡Y la sonrisa de su boca desalquilada, hizo palpitar muchos corazones!

¡Y ese cuerpo que hoy arrastra perezosamente al poner el pié en el estribo, se doblaba con la esbeltez de una palma al compas de la danza!....

¡Oh! ¡y esto es *lo bello*?

Entiéndase que el bello sexo lo componen solo las mujeres *bellas*.

Solo asi aceptaria el cargo de redactor del Album.

¡Tula tiene ocurrencias peregrinas!

En un periòdico redactado por damas no puedo yo escribir, porque apareceria como el gallo de la àldea.

Conste que en esta colmena de abejas literarias me declaro *zàngano*.

Y ya que de todos modos escribo esta crònica que ha de servir de portada á las revistas quincenales, aparezco con mi verdadero nombre: soy *Periquito entre ellas*.

Podré hoy no encontrar *lo bueno* ni *lo bello*, pero buscaré *lo nuevo*, y al efecto abro este rejistro de novedades que otra pluma, mas esperta ó mas femenina, continuará.

Un amigo, poeta hasta la médula de los huesos, dice que *lo bueno* reside en el corazon y *lo bello* en los ojos.

Pero otro, mas dado á la prosa, asegura que *lo bueno* reside en el estómago, y *lo bello* en el bolsillo.

El lector decidirà.

III.

Empiezo mi revista.

La novedad no es siempre lo nuevo: dígalo si no el norte, ese viajero que nos visita siempre de paso, con el único objeto de que la ropa de abrigo no se apolille en los escaparates.

El norte es una will fantástica, que cruza como una sombra y refresca nuestras sienes con sus alas.

El norte juega *al escondite* con los pulmones; se presenta y luego se escabulle como un duende.

El norte no da resultados mas que á los médicos y á los amantes.

Los *resfriados* son un gran auxilio para la ciencia y para el amor.

La ciencia los cura con *récipes* que hacen sudar á un mismo tiempo al individuo y á su bolsa.

El amor los cura homeopáticamente: con el *similia similibus*.

Y puesto que hace norte lo aprovecho para envolverme en mi paletó y entrar en el gran teatro.

El telon está levantado.—El color ceniciento de la cara del tenor me hace creer que están cantando la *Gemma*.

Por huir de la cara de Musiani busco en la platea otras caras que aparecen *blancas*, como aparece *negra* la del tenor.

El cuarto abono toca á su término: hoy es la funcion *octava* y si no miente el sistema de anuncios seguido en los carteles, toca á los abonados *pares*.

Estoy por las funciones pares; no sé si consiste en una ilusion de óptica mia ò en un capricho, pero en ese dia muchas mujeres me parecen bonitas.

Sin que por eso dejen de gustarme muchas de las que asisten á las funciones *nones*.

Tengo apuntes en mi cartera relativos á las concurrentes.

Algunas veces el interés del espectáculo se reconcentra para mí en la platea y concluye en la embocadura.

Entonces bien puede la Gassier hacer sus trinos prodigiosos, y la Cortessi sus magníficas evoluciones dramáticas, y Musiani despulmonarse para dar el *do de pecho*, porque nada oigo ni veo.

Entre paréntesis: el do de pecho de Musiani me recuerda á un maestro de esgrima cuya habilidad consistia en una sola estocada.—Verdad es que hace mas una buena que muchas malas.

No debe estrañarse mi enagenacion porque encuentro mas música en los ojos de I.... que en todas las partituras de todos los maestros.

¿No conoceis á I....? Pues vedla en el palco de la derecha.

¡Bien haya la marina española que no solo cuenta con glorias tan lejítimas como la de Trafalgar, sino que tiene vástagos como....

Verdad es que la marina ostenta bellezas de primer órden, como por ejemplo: mirad à la izquierda.... ¡Oh!....

¡Qué duo el de tenor y tiple!.... Pero sobre todo ¡qué cabeza la de P....!

Allí está: con su cabellera rizada y su boca entreabierta, y sus ojos dormidos que brillan de vez en cuando como relámpagos.

P.... es una hermosa cabeza de bacante; ¡ah! me acuerdo que viendola bailar me di por muerto: no pone los pies en el suelo.

Pero al hablar de *ellas* vuelvo los ojos á la derecha y los fijo despues en mi cartera: allí leo este apunte fisionómico:

Hay aquí mas de una bella
Que brilla por su frescura,
Por su gracia y su hermosura,
Mas ninguna como *ella*.
Puesta en el rostro la mano
La sien apoya en un dedo...
Pero pintarla no puedo:
Intentarlo fuera en vano.
Solo debo asegurar
Que cuantos la ven la admiran;
Pero hay cosas que se miran
Y no se pueden copiar.
Tipo sublime, ideal,
Toda encantos, gracia toda,
Es la reina de la moda
Que nunca tuvo rival.
Si se adorna, no aparece
Con los adornos mas bella,
Porque si usa joyas, ella
A las joyas embellece.
No se puede equivocar;
Todos deben conocerla....
¡Contempladla! ¡es una perla
Que nos ha devuelto el mar!
Es..... la que con su presencia
Luces al teatro dá:
Cuando en el palco no está
Brilla tambien *por su ausencia*.

Y al volver á la prosa tropiezan mis ojos con los de M.....; pero ella los separa y yo tambien.

M.. no tiene corazon; para ella no hay otro interes en el teatro que el que ofrecen las bambalinas y bastidores.

Y M.... es muy hermosa. ¡Qué lástima de hermosura!

Allí veo á E.... ¡una rubia encantadora con ojos de ángel!—¡Qué dichoso es V....!

En su palco, á la izquierda, muellemente recostada en la silla, distingo á *Leona*; no se llama así pero es la creacion de Soulié; sus magníficos ojos rasgados vagan por la platea y parece que acarician á su víctima.— ¿Quién será la víctima?

Huyendo de Leona topo con Barili que para cantar se enrosca.

Y huyendo del barìtono me deleito en contemplar á las poèticas niñas de O.... de C.... y de R..... y á las hermosas matronas de J.... y de A.... y á una deliciosa náyade de Puerto-Príncipe, que con sus ojos me roba muchas melodías de Bellini y de Donizetti.

¿A qué ocuparme de *Lucia* y de *Lucrecia*, de *Il Trovatore* y *Gemma*, de *La Gitana* y el *Barbero* si ya han pasado?

Verdad es que muchos dicen que algunas de esas óperas *no han pasado*.

Pide la palabra *Ernani*. La Ghione hizo de *Elvira*.—El público hizo el coro, pero un *coro* que no escribió el maestro.

Un entusiasta aplicò á la *soi disant* prima donna un sinapismo rimado, que acababa con estos dos lancetazos:

"Bravo, Angelina! muy bien!
Eso es cantar, Angelina!"

Nunca vi tanta *armonía* entre una artista que canta y un poeta que compone; entonces esclamé con Iriarte:

Música y poesía
En *una misma lira* tocaremos."

Max Maretzek me tira del faldon de la levita

para que no continúe hablando de la *troupe*, y paso á otro capítulo diciendo: "Mejor es no meneallo."

IV.

Para escubrir una revista sobra material.

Ahí está Chiarini con su circo provisional haciendo habilidades y payasadas.

El circo se llena todas las noches; la filosofía de las piruetas y de los saltos mortales está al alcance de todo el mundo.

Ya hemos averiguado para que sirve el cable submarino con que nuestros vecinos de la Union engañaron á la Europa.

El cable *submarino* no lleva despachos á Terranova, pero *lleva* á un acróbata del suelo al techo de un circo.

Ahí estan tambien, y á pares, las compañías de eso que llaman *Minstrels*.

Los negritos tienen gracia, pero el público los aplaude porque no entiende lo que dicen.—No hay como no entender una cosa para que parezca buena.

Dicen que cuadrúpedos de todas especies van á tomar por asalto los coliseos.

He aquí á los animales monopolizando el interés público.

El señor Donetti nos ha presentado en *apólogos* las miserias de la humanidad.

El cuadro de la vida se ha exhibido en Villanueva por espacio de algunos dias.

El señor Donetti no es mas que un Fedro ó un Esopo *en prosa*: solo le falta hacer que los animales hablen para que el mundo comprenda los puntos de contacto que con ellos tenemos.

Los monos sabios representan la verdad por medio de *fábulas* en accion.

La señorita *Batavia* y *Mad. Pompadour* y el mono *cocinero* no son mas que tipos en parodia de la gran familia humana.

Todas las habilidades que el público aplaude como un premio á la paciencia del señor Donetti, no son mas que lejítimos arranques de lo que cada cual hace diariamente, obedeciendo á una necesidad imperiosa.

Porque todo está subordinado al estómago.

Aquellos animales *trabajan* con el ojo fijo en la mano de su dueño, donde se esconde un bocado que sirve de estímulo.

Quítese el estómago á esos animales y no se moverán.

Ahora bien: quítese á los hombres el estómago, y ni el zapatero hará zapatos ni el abogado defenderá pleitos.

Los animales del señor Donetti no son mas que hombres con cuatro patas y con distinta piel.

O los hombres, deduciremos, no son mas que animales con dos pies.

El público se componía en su mayor parte de niños. Los niños son los únicos que comen y no trabajan.

Y asi veo comprobado el apotegma que antes senté, de que se aplaude lo que no se entiende.

Si quiere el lector mas novedades ahi tiene distintos *panoramas*, donde por poco dinero y sin mover mas que los ojos, se convierte en *touriste* y da vuelta al mundo.

He aqui la *enciclopedia* enseñada por un cristal.

V.

Va tomando proporciones la revista y debo pensar en concluirla, si quiera porque considero que todavía no la he empezado.

Tula me encargó que hablara de todo, y de nada he hablado.

En cambio, por modestia me prohibió que hablara en su periódico de la fiesta celebrada el 27 en el teatro de Tacon, y voy á ser consecuente.

Pero no hablaré de Tula, sino de la señora Avellaneda.

Los que no teneis alma de poeta, los que no sentís el fuego sagrado de la inspiracion, los que no habeis recibido del cielo ese *quid divinum* con que premia á sus escojidos, no podeis comprender lo que pasaría por el alma de nuestra poetisa en la noche del viérnes último.

Muchos y muy lejítimos laureles han ceñido la frente de la autora de *Saul*, de *Alfonso Munio*, de *Baltasar*, de *El Príncipe de Viana*, de *La verdad vence apariencias* y de tantas obras, producto de su inestimable ingenio.

Ella ha conmovido con los acordes de su lira dramática á multitud de personas agrupadas en un coliseo, pero se ha hecho aplaudir luchando, despues de haber producido una obra que esa concurrencia iba á juzgar.

Entonces la emocion del orgullo se enlazaba con la gloria del poeta.

Pero en la noche del 27 de Enero no habia lucha, no habia mas que emocion.

Aquel acto no me atreveré á describirlo, porque, como dijo Larra, "los sentimientos se sienten pero no se esplican."

Aquella noche fué la recopilacion de sus triunfos de poeta. De cada hoja de la corona que la representacion de un pueblo entero colocaba sobre sussienes, veria ella brotar de nuevo uno de sus envidiables triunfos.

Ella, como Safo, como Dante, como Quintana, iba á recibir ese premio que solo conquistan los grandes gènios.

Es imposible pintar el magnífico golpe de vista que presentaba el gran teatro de Tacon. Los palcos estaban adornados con graciosos pabellones de gasa y elegantes jarrones con flores; la platea, alfombrada y cubierta de sillas que ocupaban solo las señoras, parecia un precioso canastillo.

La Excma Sra. Condesa de San Antonio honraba la fiesta, luciendo en su palco sus gracias y ese gusto exquisito en el tocado que la ha hecho siempre distinguirse. Su ilustre esposo y algunas autoridades la acompañaban.

Si las mujeres de Cuba no tuviesen conquistada una fama en el mundo por su belleza bastaría haber tendido la vista por el salon; se perdia la mente vagando por aquella multitud de rostros hechiceros. Alli Páris se hubiera visto apurado para elejir.

Y digo *Páris* por no decir que me hubiera sucedido lo mismo.

La funcion estuvo muy bien combinada; no parecia sino que muchas naciones habian enviado uno de sus talentos, en su representacion, para rendir tributo á nuestra compatriota.

Los esposos Gassier, la Cortesi, Errani, Musiani, la Phillips, Gottschalk, White y Espadero se esforzaron para lucir sus grandes facultades en el divino arte.

La compañía dramática del Liceo representò el drama de la señora Avellaneda *La hija del rey Réné*; en él tomaron parte y fueron aplaudidos justamente las señoritas Odero y Zarza y los señores Ruiz, Ureña, Briñas y Rio.

Despues apareció en el escenario la Sra. Avellaneda, entre los señores condes de Santovenia y un semicírculo de bellas jóvenes. El señor director del Liceo leyó un discurso sobre el tema de la fiesta, y leyeron poesias la Sra. Perez de Zambrana y los Sres. Fornaris, Zafra, Leon y Borrero.

Llegó el momento solemne; la música de un himno compuesto por los señores Betancourt y García y cantado por los sócios, acompañó con sus acordes el acto en que los Sras. Condesa de Santovenia, marquesa de la Real Proclamacion y Doña Luisa Perez de Zambrana, ciñeron las sienes del gran poeta cubano con la magnífica corona de oro que la sociedad del Liceo le destinaba.

La Avellaneda profundamente conmovida se dirigió al público y leyó esta corta y sentida composicion, en la cual revela la agitacion de su alma en noche tan solemne:

"Si en estos que me dais dulces momentos,
¡Oh ilustres sócios del Liceo Habano!
No os revela mis vivos sentimientos
La profunda emocion que oculto en vano,
Romped, romped mi lira, que impotente
Nunca puede alcanzar de la armonía
Tonos que os den en vibracion valiente
La voz que al lábio el corazon envia.
Enalteciendo, cual alumnos fieles,
De artes y letras á las nobles musas,
Prodigais generosos los laureles
Que en tan bella region vierten profusas:
Y hoy que con uno coronais mi frente,
Dispensando la prez de la victoria
Al culto que les rindo reverente,
Suyo el triunfo será, vuestra la gloria!
Solo la gratitud debe ser mia
Y el alma encierra sus afectos santos....
Mas ¡oh! dejad que os muestre su energía
Con lágrimas de amor y no con cantos."

Quisiera decir todo lo que me ocurre acerca de la gloria de la poetisa coronada, pero se apercibe Tula de que infrinjo su precepto hablando de ella y me arranca la pluma de la mano.

Todo lo que dejo de decir lo saben ya mis lectores: que expresen por mí lo que siento y no me dejan explicar.

VI.

Estoy tan cansado de escribir como mis lectores de seguirme en mi tarea.

El cáriz anuncia *fiestas* y dará asunto de sobra para el nuevo revistero.

Diré en secreto que se prepara un gran baile de máscaras destinando su producto á la beneficencia; bastará saber que la Excma. Sra. Condesa de San Antonio es la que prepara la fiesta para pronosticar lo que esperarse puede en esa noche.

Tambien se dispone un *festival* (¿qué?) en el que el pianista Gottschalk lucirá su destreza, acompañado de un regimiento de músicos que llevarán el compás al son de los suaves acordes de un cañon de á treinta y seis.

Como supongo que la funcion se celebrará en el Campo de Marte disfrutaré de ella gratis.

Aunque no escriba iré á todas partes, porque habiendo en todas partes damas alli tiene que estar

Periquito entre ellas

EL AROMA DE LAS FLORES.

Las flores, esas hijas encantadoras de la Primavera, que esmaltan la tierra con mil variados colores, y la embalsaman con delicados aromas; las flores, dulce presente del cielo, son amadas de todos. El pastor adorna con ellas su cayado; los reyes embellecen con ellas sus palacios. No hay fiesta sin ramilletes, ni victoria sin corona. Tampoco hay poesía y amor en que no jueguen flores. ¡Hasta en el sepulcro se encuentran!

Pero esos seres deliciosos que nos atraen y encantan, nos castigan algunas veces, produciéndonos dolores de cabeza ú otras indisposiciones, debidas al escesivo goce de los mismos aromas; dándonos á entender que es preciso ser sóbrios en los placeres.

Al analizar los efectos que producen las flores en la economía humana, se ven que dichos efectos son en estremo variados. Unas escitan la alegría, otras la tristeza: estas prolongan el sueño, mientras que aquellas lo destierran. Hasta las hay cuyo solo olor es un verdadero veneno: el árbol conocido con el nombre de *manzanillo* (1), acarrea la muerte al imprudente que se duerme bajo su sombra.

Lo periódicos de Lóndres refieren, que una mujer fué hallada muerta en su lecho, y que los facultativos llamados para reconocerla, no encontraron otra causa que la del envenenamiento producido por las emanaciones de un precioso ramillete de flores de lis que habia en la habitacion; á pesar de ser aquel de pequeño tamaño.

(1) Arbol de las Antillas.

Creemos que no estará de mas recomendar la exclusion de las flores de todos aquellos sitios en que se trabaja ó se duerme, ó el encargar al ménos que se coloquen en parte alta, y no entregarse al estudio ni al sueño, sino despues de haberse aireado la habitacion por algun tiempo.

Sin embargo, no se ha de atribuir á los olores los fenómenos diversos que ofrecen ciertas mujeres histéricas, y aun algunos hombres hipocondriacos, los cuales creen sinceramente en la influencia perniciosa de tal ó cual flor, de tal ó cual aroma, como se creia otras veces en la influencia de los astros. Esta idea fija, conduce casi siempre á una manía, y las personas que las padecen presentan singularidades que cuestan trabajo comprender. Citaremos, en apoyo de este aserto, un hecho de que fué testigo el médico Tomás Capellini.

Una noble y elegante dama de Roma manifestó á dicho médico, que un dia no habia podido sufrir el olor de la rosa, y que desde entonces esa flor era su pesadilla y su tormento. Cuando esto contaba entró de pronto una de sus amigas que llevaba un capullo de rosa en su tocado. La romana palideció de repente, hizo algunos gestos, agitó los brazos y cayò desmayada en un canapé.... ¡Qué susceptibilidad de nervios! dijo el doctor.

Menester era que el olfato de la bella desmayada fuese muy delicado, y que el perfúme del capullo fuese muy ácre para producir un espasmo tan violento.

Acudióse inmediatamente á socorrer á la paciente; y se trató de alejar á la indiscreta amiga, manifestándola que ella era la causa de todo lo ocurrido. Pero esta probó su inocencia arrancando la flor de sus cabellos y entregándosela al facultativo.... ¡El fatal capullo de rosa era artificial!..

En general puede decirse, que lás flores cuyas emanaciones son nocivas, pertenecen á la familia de las plantas giratorias: las solàneas, las papaveráceas, las umbelíferas, etc... Las flores de olor delicado y suave, como la tuberosa, el narciso, la rosa, la violeta, el juzmin, pueden llegar á ser igualmente perjudiciales en un sitio reducido y poco ventilado. Hay una cosa bastante notable y es, que las plantas en estremo aromáticas, tales como sérpol, romero, espliego, orégano, menta, etc. no presentan estos inconvenientes: al contrario, sus emanaciones parecen reanimar la fuerza vital y darle nueva energía.

Para concluir diremos, que los medios mas naturales, y tambien los mas sencillos, para reme-

diar los accidentes causados por las flores, son los de sacar á las personas atacadas al aire libre, y rociarles el rostro con agua y vinagre.

F. P. R.

[*Correo de la Moda.*]

ANÉCDOTAS.

Protógenes, pintor célebre, tenia su taller en un arrabal de la ciudad de Rodas, cuando la sitiaba Demetrio. Ni la presencia de los enemigos, ni el ruido de las armas, que sin cesar resonaba en sus oidos, le hicieron dejar su habitacion ni interrumpir su trabajo. Se admirò el rey de ver esta tranquilidad, y le preguntó la razon. *Yo estoy persuadido*, le dijo Protógenes, *de que habeis declarado la guerra á los rodios pero no á las bellas artes.*

Preguntó Dionisio á Aristipo, ¿por qué iban los filósofo á ver á los reyes, y los reyes no iban á ver á los filósofos?—*Porque los reyes*, contestó Aristipo, *no saben lo que les hace falta, y los filósofos sí.*

Preguntáronle á Diógenes en qué pueblo de Grecia habia mas hombres; y respondió: *En Esparta hay niños, hombres en ninguna parte.*

Demóstenes estaba comiendo un dia en una taberna. Pasó por allí Diógenes, y procuró ocultarse para que no lo viera. Diógenes le dijo: *Mientras mas te ocultes en la taberna, mas te metes en ella.*

Un dia se arrojó un perro à Pirron para morderle y Pirron le rechazó. No faltó quien le dijera que aquella accion era contraria à sus principios: *Es cierto*, respondio, *pero ¡cuan dificil es desarraigar las preocupaciones antiguas!*

Asistiendo un dia el célebre Voltaire á la lectura de una tragedia, no dejaba pasar un verso ni una escena, cuando conocia alguna señal de imitacion, sin inclinarse; y como se admirasen de ello, esclamó: *No os parezca mal; tengo costumbre de saludar mis antiguos conocidos.*

—Habiéndose hecho á un albardero la pregunta, de si era su oficio de mucha ganancia, contestó: si todos los asnos llevasen albardas, ahorraria mas de doscieto ducados al año.

—El dia en que el Emperador Tito no habia hecho feliz à alguno de sus súbditos, esclamaba: "*Diem perdidi amici*: hé aquí un dia perdido, amigos mios." Lo mismo decia una hermosa dama aunque en diverso sentido de como esta esclamacion erausada por aquel escelente Emperador.

Hallándose en cierta ocasion un caballero francés sentado entre la célebre Mma. Stael y la bellísima Mma. de Recamier, les dijo galantemente:—Me encuentro entre la gloria y la hermosura.—A lo que contestó rápidamente la autora de Corina.—¡Qué lástima que no poseais ni á la una ni à la otra!—Esta contestacion dió mucho que reir á los asistentes.

Un ladron, terror de su comarca, caminaba hácia el suplicio, y el agonizante que le acompañaba le dijo: "Enmiéndese, hijo, este es el momento de orar, y de recurrir á Dios, que es la última esperanza del hombre. Pídale perdon por haberse ocupado en tan mal oficio."—"Mal oficio esclamó! el ladron con viveza: ¡en qué error está V. padre! Era muy bueno si me hubieran dejado trabajar en él."

Un hombre muy crédulo decia que no tenia fé en la vacuna.

—¿Para qué sirve? argumentaba muy formal, yo conocí un niño hermoso á quien su familia hizo vacunar, y dos dias despues se murió.

—¡Cómo! ¿dos dias despues? le preguntaron.

—Si señor, dos dias despues se cayò de un árbol y quedó muerto en el acto. ¡Haga usted vacunar á los chiquillos despues de ver eso!

Un consejero de Rouen, galanteaba á una señorita de la misma ciudad, que parecia corresponderle. Un oficial de la guarnicion trató de desbancarle pero no pudo. Montado en cólera un dia, vá á buscarle y le dice que ó deja de ofrecer sus obsequios á la citada señorita, ó se bate con él. El magistrado le responde que no se intimida por tan poca cosa: acepta el desafio. Acuden al dia siguiente al sitio señalado, y el togado dice que no sabiendo manejar la espada, elige la pistola. Saca, en efecto, dos de estas armas mortiferas, le hace elegir al ofi-

cial, y le dá municiones para cargarlas. Corriente ya las armas, cede tambien generosamente al militar el derecho de tirar el primero; dispara este, y cae su rival en tierra. Creyéndole muerto monta inmediatamente en una silla de posta que estaba prevenida al efecto, y parte á todo escape. Algunos meses despues encuentra á un amigo suyo de Rouen que le pregunta por qué habia salido tan de priesa de aquella ciudad.

—¿Pues qué? no supo V. el lance que tuve? Si fui yo quien mató al consejero N.....

—Vd. delira: el consejero está perpectamente bueno y acaba de casarse con la señorita X.....

El militar se quedó helado al pronto; despues comprendió la farsa, y..... concluyò por echarse á reir. Las balas eran artificiales, y el magistrado habia hecho el muerto para alejar á su rival.

Confesóse un jóven, que iba á recibir el sacramento del matrimonio, y notando que lo absolvia el cura sin imponerle penitencia, le advirtiò su olvido.—¡Ay hijo mio! esclamó al punto el confesor: bastante es la penitencia que tú mismo vas á imponerte, no necesitas mas.

Estando Demóstenes en Queronea, huyó y arrojó las armas para correr mas ligero y no caer en poder de Filipo. Se le agarró del vestido una zarza, y dió un grito diciendo: *dame la vida, por piedad!* Imaginaba que le cogia un enemigo. ¡Cuántos oradores muy valientes en la tribuna le imitarian en el combate!

Don Manuel el afortunado se divertía con sus ministros en la caza y jugando á la pelota, y despues les decia: *ya estamos cansados de jugar, descansemos con los negocios.*

ADVERTENCIAS.

En la administracion de este periódico y en sus puntos de suscricion se admiten tambien suscritores para la interesante obra de la Sra. Sinués de Marco, titulada *El Angel del Hogar.* El precio de cada entrega [que constará de 16 páginas en 4.°] es un real ft. que se abonará al recibir la entrega.

Varias obras de la Directora de este periódico Sra. Gomez de Avellaneda, se hallan de venta en la librería de Churlain y Fernandez, calle del Obispo número 114, y en la Secretaría del Liceo, á los precios siguientes:—*Poesias*, última edicion, con el retrato de la autora, un volúmen en 4.° elegante impresion, un peso cuatro rs. fs.

Espatolino, un volúmen iden 5 rs. fs.
Dos Mujeres, dos tomos: un peso f.
Baltasar, drama, seis rs. fs.
Tres amores, comedia, 5 rs. fs.

OTRA.

Esperamos de la benevolencia de los Sres. suscritores del *Album Cubano*, que sean indulgentes esta vez con la falta involuntaria en que hemos incurrido. Las imponderables dificultades que encuentra en esta isla la instalacion de un periódico, las preferentes obligaciones de la imprenta de que sale este primer número, y hasta la desgracia de una pérdida dolorosa que ha venido á afectar en estos dias á la directora del *Album*, todo se ha reunido para inutilizar el buen deseo de la redaccion. No habiendo sido posible que este número, que debió repartirse el primero del corriente, salga á luz hasta casi mediado el mes, el segundo no podrá darse ya hasta el 1.° de Marzo, continuando sin interrupcion el reparto del periódico todos los dias 15 y 1.°

El número presente y el que recibirán los suscritores *infaliblemente* en 1.° de Marzo, forman el primer mes de suscricion.

Desde la entrega siguiente á esta, los Sres. suscritores notarán mejoras considerables en la parte material del *Album Cubano*, que constará siempre de ocho pliegos de cuatro páginas cada uno, tamaño igual á este, conteniendo mas lectura que los cinco de impresion prometidos en el prospecto, por ser pliegos mucho mayores que el de aquella muestra, en razon de contarse entre los percances ocurridos al periódico, el haberse hecho imposible, inesperadamente, que la radaccion dispusiese del papel escogido antes.

Compensamos, en lo posible, á nuestros amables suscritores de la tardanza sufrida, dándole con el presente número una deliciosa pieza de música de mayor estension que las que acostumbran dar los periódicos, elegantemente impresa, y de mérito superior, que sabrán apreciar los inteligentes.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

CARIDAD EN LAS MUJERES.

"Sed sencillos como las palomas."—"Amaos unos á otros como yo os he amado."—"Bienaventurados los mansos y humildes de corazon."—"Imitad á vuestro padre celestial que hace brillar el sol lo mismo sobre los justos que sobre los inícuos."—Hé aquí las palabras del sabio de los sabios, del justo de los justos, del que pasó por el mundo haciendo milagros y derramando beneficios, del que vertió lágrimas de dolor volviendo los ojos hácia la culpable Jerusalen, y del que en la última agonía suplicó á Dios con inefable caridad que no castigase á sus verdugos.

Estos grandes y saludables preceptos que recomiendan la mas sublime caridad y que unió el Salvador al mas santo ejemplo, debieran estar, como dice el Libro de los Proverbios, grabados en las tablas del corazon de todos los hombres, fijos en los sueños de todas sus noches y presentes al despertar de todas sus mañanas. Pero en el alma de la mujer, sobre todo, parece que debieran estar mas presentes estas divinas máximas, en la mujer cuyo solo aspecto parece decir: "Yo soy la paciencia, la dulzura y la bondad: mi alma no abriga mas que sentimientos piadosos y puros; mi corazon no tiene mas que modestia, desinteres y caridad":—la mujer que parece haber sido hecha para venerar y aliviar con tiernas condescendencias á los ancianos, para amar con angélica ternura á los niños, para socorrer con inefable piedad á los indigentes, para consolar con adorable dulzura á los afligidos y para abrigar con lágrimas de amor á los pobres expósitos.

Es verdad que las mujeres son caritativas en general, y nosotros lo reconocemos y lo proclamamos con sumo placer; pero desearíamos que lo fuesen con toda la verdad, con todo el discernimiento y con toda la delicadeza que recomienda Jesucristo; esto es, que jamás evitasen conmoverse con las miserias del indigente ni llorar con las penas de los afligidos; que advirtieran que no basta dar un bolsillo con poco agrado, porque esto no es cumplir con el deber sagrado y dulce que la caridad nos impone, sino que amasen y consolasen á los tristes con actos generosos y con palabras suaves que nunca son tan agradables como en la boca de una mujer, y sobre todo, de una mujer que las acompaña con el ejemplo de tiernos sacrificios, sin los cuales no pueden existir verdaderas virtudes.—¡Cuántas veces hemos visto señoras ricas y bondadosas que, sin embargo, escusan la presencia de los pobres ó se niegan á oir la relacion de sus pesares y de sus necesidades! ¡Cómo olvidan estos corazones que es un deber de almas nobles el manifestar un interes afectuoso y una afabi-

lidad cortés á aquellos desdichados á quienes no cesa de perseguir la desgracia: y es un deber tanto mas grande cuanto que son muy pocos los que dispensan esta compasiva atencion á la parte infortunada de la sociedad!

¡Cuántas veces hemos visto tambien que los sufrimientos del infeliz sin hacer mas que una débil impresion han sido socorridos con la mayor liberalidad, porque se sabe que al dia siguiente se elogiará vivamente esta ostentosa caridad! Estos beneficios á vista de todos no tienen la mitad del mérito del dulce afecto y de la sincera piedad que nos lleva con modesto sigilo bajo el techo que cubre al infortunio, porque las acciones mas brillantes serán inútiles si no son hechas con un verdadero espíritu de caridad, y San Mateo lo esplica del modo mas bello cuando dice que Dios promete recompensa por un solo vaso de agua dado por su amor.

¿Y qué cosa habrá mas hermosa que una mujer que jamás permanece extraña á los padecimientos de sus semejantes? ¿qué cosa mas bella que una mujer llorando con los que lloran? ¿qué cosa mas interesante que una mujer que escucha pálida y conmovida la relacion de los dolores de un desgraciado? ¿y qué cosa mas grande, en fin, que quitarnos un dia á los piés de Dios una corona de buenas obras cuyas flores estén regadas con lágrimas de gratitud?

¡Oh mujeres! vosotras que teneis la voz dulce, el semblante hermoso, la sonrisa tierna y la mirada piadosa, sed sencillas como las palomas, dulces como los niños, buenas como los ángeles y caritativas y adorables como la madre de Dios, y este será el mas bello progreso de la grandeza moral del género humano.

Luisa Perez de Zambrana.

LA MUJER.

I.

Mucho se ha escrito sobre la mujer y mucho resta que decir todavía, segun observa con justicia el jóven escritor español que recientemente ha enriquecido la historia del bello sexo con un volúmen precioso dedicado exclusivamente á su estudio, y del cual dimos una muestra en nuestro número anterior. (1) No entra, sin embargo, en nuestro ánimo la idea de acompañar al Sr. Catalina por el vasto campo de su filosófica exploracion, ni la de prestarle nuevos y desconocidos datos, para ensanche y apoyo de sus hermosas teorías. Vamos simplemente á echar una mirada sobre los antecedentes de la mujer respecto á la Religion; esto es, al papel que le ha cabido representar en el augusto drama de las relaciones de Dios con la humanidad caida y regenerada.

II.

Concedemos sin la menor repugnancia que en la dualidad que constituye nuestra especie, el hombre recibió de la naturaleza la superioridad de fuerza física, y ni aun queremos disputarle la mayor potencia intelectual, que con poca modestia se adjudica. Nos basta, lo declaramos sinceramente, nos basta la conviccion de que nadie puede de buena fé, negar á nuestro sexo la supremacía en los afectos, los títulos de su soberanía en la inmensa esfera del sentimiento.

"Las almas grandes—ha dicho un poeta—aspiran á descender, no por laxitud, sino por instinto de la verdadera elevacion, que consiste en el sacrificio." Tal es precisamente el carácter de la mujer: ella posee aquella intuicion de la verdadera grandeza, aquel instinto del supremo heroismo que hace se complazca *descendiendo*; que hace que se glorifique *sometiéndose*, que hace, en fin, que con-

(1) El bello artículo que lleva por epígrafe *La hermana de la caridad.*

sagre su corazon altar secreto de holocaustos continuos. Pero no temais, no, que ese gran corazon en que se aposentan los inmensos afectos de hija, de esposa, de madre, exigiendo triple tributo de abnegaciones ignoradas, se postre ó se rompa por no ser bastante á contenerlos. Desbordan, es verdad, aquellos sentimientos y se derraman y se extienden por el mundo, pero es para servir de bálsamo á todas las úlceras que lo corroen: es para formar esas instituciones sublimes de beneficencia, que todas tienen á la mujer por fundadora ó tutelar. Oh! ella no es madre solamente en el sentido material de la palabra: la maternidad de su alma comprende al universo. La Providencia misma lo indicó así al hacer que naciera del seno virginal de María el divino representante del mundo regenerado.

III.

La dolorosa maternidad, expiacion en Eva, triunfo en María, [que fué, sin embargo, la mas mártir de todas las madres], ciñe las sienes de la mujer, penitente ó santa, con la aureola augusta del sacrificio: la reviste del sacerdocio mas sublime—porque es el que exige mayor abnegacion—del sacerdocio del amor. Oh! sí! Eva llorando la esclavitud de sus hijos, echados al mundo con dolores de sus entrañas; María rescatándolos, tambien con sus lágrimas, y abriéndoles las puertas del cielo con dolores de su alma, sintetizan, digámoslo así, toda la historia de su sexo. ¡Siempre el sacrificio, hasta en el triunfo! De este modo la mujer se alza reina por derecho divino: reina como primera en el dolor expiatorio: reina como primera en el dolor glorioso de la lucha y la victoria.

Notadlo bien, vosotros los que recordais sin cesar la flaqueza de la primera madre, poniéndola como eterna estigma sobre la frente del sexo; notad que María fué saludada *llena de gracia* por el mensajero celeste, ántes de que la gracia se hubiese encarnado en el hombre. Notad tambien que Adan delinquió con Eva, y con ella produjo descendencia corrompida; pero María *venció sola*, y sin intervencion de ningun Adan produjo descendencia divina. La gloria de María borró y cubrió con resplandores eternos la ignominia de Eva. La derrota de Adan necesitó de un Hombre-Dios para ser reparada.

IV.

El mundo, á pesar de las vulgaridades que circulan por su seno en detractacion del sexo femenino, no ha podido rehusarle los dictados de *bello, tierno* y *piadoso*, si bien desquitándose de este homenaje con llamarlo tambien *débil*. Apurado se veria, sin embargo, si le exigiésemos nos probase la justicia de esta última calificacion recorriendo el inmenso catálogo de los mártires de la fé, con la minoría vergonzosa en que encontrase al sexo en aquellas páginas sangrientas del heroismo religioso. ¡Y eso que las mujeres no aprenden á ser fuertes y á despreciar la vida!

Mucho tambien habria de costarle el encontrar en la historia de las naciones un pueblo, un siglo que no le suministrasen ejemplos gloriosos de mujeres magnánimas, ilustradas por hechos extraordinarios de patriotismo que les han merecido de la posteridad el título de heroinas.

¡Y eso que la mujer no está admitida á tomar parte en los intereses públicos, ni ha tenido jamás un Capitolio!

No es allí tampoco donde queremos buscarla, porque no están allí los títulos mas bellos de su grandeza.

Volved, volved los ojos á aquellos dias señalados por el mas grande de todos los sucesos del Orbe: á aquellos dias en que brilló la luz tanto tiempo esperada, difundiendo sus resplandores hasta *los que yacian á la sombra de la muerte.*

V.

El Redentor recorre la Judea dando voz á los mudos, movimiento á los paralíticos, vista á los ciegos, salud á los enfermos, y *anunciando el Evangelio á los pobres*, segun sus mismas palabras.

Los doctores de la ley le persiguen acusándolo de perturbador del órden público.

Las mujeres ignorantes se van en pos suya bendiciendo el vientre donde fué concebido.

El fariseo preciado de justo, que le recibe en su casa, no le ofrece agua para la ablucion prescripta por el uso.

La mujer pecadora llega á lavarle los piés con sus lágrimas y á enjugárselos con sus cabellos.

Pilato, débil ante el ciego furor de los ancianos y sacerdotes que le piden sangre inocente, la hace saltar bajo los golpes del látigo y abandona el Mesías al escarnio de sus soldados.

La mujer del gobernador romano salta de su lecho perturbada por misteriosos presentimientos de su corazon, y despacha mensajeros que le supliquen vivamente no permita sea derramada la sangre de aquel justo.

Y Pilato, y los doctores, y los sacerdotes, y los ancianos, y el pueblo, todos condenan al hijo de Dios, todos le envian al suplicio cargado con la Cruz.

Las hijas de Jerusalen le siguen gimiendo y regando con sus lágrimas las últimas huellas del mártir divino.

VI.

Oh! mirad levantada la Cruz entre el cielo y la tierra, que une con sus brazos sangrientos. La víctima santa, enclavada en aquel madero, (que de instrumento de muerte queda convertido á su contacto en símbolo de vida) tiende sus moribundas miradas en torno de su lecho de agonía.... ¿Qué se han hecho tantos discípulos honrados con su amor, ilustrados con su doctrina? ¿Dónde están aquellos hombres privilegiados escogidos por él para ministerio augusto; revestidos por él de potestad contra el infierno? ¡Uno solo está allí!..... uno solo!..... Pero en cambio *hay tres mujeres*. Ninguna de ellas se halló presente á la gloria del Tabor: todas acuden á participar del sacrificio del Gólgota.

Luego, cuando la noche extiende su lúgubre manto sobre la ciudad deicida, ¿quiénes velan en medio del silencio, preparando perfumes para embalsamar con piadosas manos los sacrosantos restos?—Mirad! mujeres tambien. Por eso merecen que una de ellas escuche ántes que nadie aquel anuncio solemne, de felicidad para todas las generaciones humanas.—"Mujer! no está aquí el que buscas: ha resucitado como dijo."

Y no esto solo: otro júbilo, otra gloria mayor nos estaba reservada. La mujer que fué la primera en recibir la noticia del triunfo, fué tambien la primera que contempló con sus ojos al *primogénito de entre los muertos*.

Era justo: ella le habia acompañado en el suplicio y le buscaba en el sepulcro.

VII.

Hemos visto ántes á Eva y á María, á la madre culpable y á la madre Santísima; ofreciendo igualmente al cielo abundante tributo de maternales dolores. Vemos ahora á María y á Magdalena, á la Vírgen sin mancha y á la cortesana arrepentida, ofreciendo igualmente á la admiracion del mundo el sublime ejemplo del heroismo del amor.

Las dos se nos presentan al pié de la Cruz, y allí la una, y junto al sepulcro la otra, oyen de labios divinos y de labios angélicos aquel vocativo—¡mujer!—que tiene en ambos casos significacion gloriosa.

Mujer! hé ahí á tu hijo; le dice el Redentor á María, simbolizando en San Juan á todos los hombres. Notadlo: no la llama madre suya, porque la reina de los mártires no representa allí solamente á la augusta madre del Mesías; representa á la *Mujer*..... á la mujer rehabilitada, á la mujer santificada, á la mujer co-redentora, cuyo grande corazon puede contener la maternidad del universo.

Mujer! dice tambien el ángel á Magdalena, *el que buscas no está aquí; ha resucitado como dijo.*

Tampoco la amante penitente es llamada por su nombre: el vocativo de que se sirve el nuncio celeste es el mismo empleado por el

Redentor al dirigir á María sus últimas palabras: *mujer*! Porque lo mismo que la Vírgen sin mancha, la pecadora absuelta *por que amó mucho*, personifica allí á todo el sexo: á ese sexo que acompañó á Jesus hasta el Calvario, que le bendijo cuando le maldecian los hombres, que le buscó en la tumba cuando le olvidaba en ella un pueblo entero colmado de sus beneficios, y que, conquistándose para siempre las calificaciones de *piadoso y amante*, mereció la dicha de ser el primero en saber que la muerte habia sido vencida por el amor, y abiertas para el amor las eternas puertas de la gloria.

VIII.

María y Magdalena, la pureza y la penitencia, ciñen á la par en la divina epopeya del cristianismo la corona inmarcesible del heroismo del sentimiento, y sintetizan tambien á su sexo, grande siempre por el corazon.

Leed las sagradas páginas del Evangelio y en ellas hallaréis toda la historia de la *Mujer*, y por ellas comprenderéis cuán noble, cuán bello, cuán augusto es el papel que le ha tocado representar en la historia de la humanidad.

María llena de gracia, Magdalena llena de amor; María madre y modelo de todas las generaciones redimidas, Magdalena hermana y modelo de todas las almas penitentes; ambas amantes, ambas doloridas, ambas al pié de la Cruz, simbolizan igualmente al sexo glorioso al que concedió el Eterno la soberanía en todos los afectos, y por los merecimientos de todos los sacrificios, las primicias de todos los triunfos.

G. G. de Avellaneda.

LA MUSICA.

¿Habeis oido alguna vez en el silencio de la naturaleza las notas de un instrumento, llevadas á vuestro oido por el viento de la soledad? ¿Esas notas no os han producido una série de encantadoras ilusiones? No os parecia oir en lontananzas infinitas la conclusion de la frase musical comenzada, como una série de variaciones que se repiten de eco en eco? Y si por casualidad nuevas notas han llegado hasta vuestros oidos, no habeis descubierto con sorpresa que el final de la melodía correspondia en vuestro pensamiento, punto por punto á el del artista? Confieso que nunca me ha conmovido mas vivamente el sentimiento del infinito que en esos momentos en que el oido, esperando la nota que ha de suceder á las primeras, cree oirla en las esferas de los mundos invisibles.

Veamos cuál es el papel de la música actualmente respecto á la sociedad. El mismo que el de la poesía y el de la pintura. "Las bellas artes, es decir, la realizacion bajo formas materiales *de lo bello y de lo bueno*, dice un sábio fisiólogo, exaltan la sensibilidad y procuran al hombre esos nobles goces que léjos de agotarle le mantienen en una calma armoniosa. Su cultura es y ha sido mirada por la historia como un elemento de moralizacion." Además se puede afirmar, que de todas las artes la música es tal vez la que debe tener mas dichosa influencia sobre el físico y moral de los individuos. Bien es verdad que lleva siempre el sello del pueblo que la cultiva, pero puede decirse que es la lengua mas universal, puesto que es una lengua cuyos elementos, las sílabas, no son palabras, ni sonidos articulados, sino algo de abstracto, sensaciones que se combinan segun las leyes de nuestra organizacion física y que por lo tanto son mas fáciles de seguir. Además, la razon que coordina estas sensaciones y les da un sentido, una trascendencia moral, no toma parte sino en cuanto tienen de mas imper-

sonal, de mas indeterminado y por lo tanto de mas espontáneo.

Popularizar la música no es otra cosa que multiplicar las relaciones del hombre con el hombre. Cada instrumento, còmo cada cifra en aritmética, tiene un valor absoluto y un valor relativo; se basta á sí mismo para producir la armonía, pero unido á muchos otros tiene un valor doble ó triple, segun el rango que ocupa en la ejecucion de una obra musical. La necesidad de multiplicar las emociones, impulsa, pues, invenciblemente á los hombres que cultivan este arte, á reunirse para realizar la belleza en mayor escala, para obtener mayor variedad en el seno de la unidad. ¿No es este un medio de hacer mas frecuentes las relaciones de los hombres entre sí, de mantener esos sentimientos de benevolencia que forman el encanto y la fuerza de la sociedad? Hoy dia hace parte de la enseñanza popular: debe contribuir á dar á los hijos del pueblo la costumbre de las emociones puras y elevadas, á inspirarles en su niñez esos sentimientos de órden y armonía que tienen un eco necesario en la vida interior del hombre, de modo que preludian con la asociacion de voces esa asociacion de brazos y corazones sobre que reposa su porvenir. En las clases que tienen iguales placeres, el mismo arte reune una multitud de individuos que, sin él, no hubiesen tenido tal vez entre sí mas que raras é insignificantes relaciones. La multitud siempre curiosa, siempre ávida de goces morales, se agrupa en esos conciertos que á cada instante se encuentran en nuestras grandes ciudades. La música entra en una nueva era, este es un hecho que no puede negarse; pero este hecho oculta un fenómeno social mucho mas notable todavía. La Francia aplaude con trasporte á los grandes artistas de Alemania é Italia, miéntras que los suyos son recibidos con igual entusiasmo por las naciones vecinas, y hasta por esta América vírgen, que en el cámbio de productos intelectuales recibe todavía mas de lo que dá. El artista es el representante de su nacion; esos sentimientos de simpatía que excita entre los extranjeros, tienden siempre á hacer mas fuertes los lazos de afeccion mútua, de estima recíproca que deben reinar entre todos los pueblos. La coincidencia de los hechos que acabamos de señalar con el desarrollo extraordinario de esas generosas sociedades que se dedican al alivio de todas las miserias de la especie humana, con esa simpatía de todos los pueblos hácia la desgracia de cada uno, con esos impulsos espontáneos que se manifiestan tan frecuentemente en cada pais para socorrer á sus vecinos presa de alguna cruel afliccion, ¿no prueban que la humanidad entra en una nueva era, que no va siempre descendiendo hácia el mundo material, como algunos dicen, sino que la vida se esparce simultáneamente por todos sus miembros, que el sentimiento de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello se apodera cada dia mas de ella, que despues de haber desarrollado su inteligencia por medio de las ciencias, su fuerza por la industria y la política, desarrolla su corazon por la caridad y las bellas artes; que se acerca, por fin, esa fase de la civilizacion en que todos los elementos sociales vendrán á coordinarse en una magnífica unidad, como todos los elementos de la armonía vienen á identificarse y confundirse en el acorde perfecto (1)? ***

CARTA

Á LA SRA. DA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA DE VERDUGO.

Muy apreciable amiga mia:

¿Con qué le gusta á V. la Filosofía? ¿Con qué el estudio del hombre le agrada á V. tanto ó mas que el estudio de la naturaleza?—¡Cuidado no se rebele contra V. todo el sexo

[1] Esta comparacion no es nueva: "Ut enim in fidibus aut tibiis, atque ut in cantu ipso ac vocibus concentus est quidam tenendus ex distintis sonis, quem immutatum aut discrepantem aures eruditæ ferre non possunt, isque concentus ex dissimilium vocum moderatione concors tamen efficitur et congruens; sic ex summis et infimes et mediis interjectis ordinibus, ut sonis, moderata ratione, civita consensu disimisllimorum concinit; et quæ *harmonia* à musicis dicitur in cantu, ea est in civitate concordia [Ciceron: De República.]

fuerte, que llega en sus pretensiones hasta excluir á la mujer de cuanto es grave y trascendental!—

Mas, pese á sus decantadas prerogativas, la que en las difíciles circunstancias de la vida le sirve de luz, de amparo y de guia: la que ha recibido del cielo el sublime encargo de dirigirlo en sus primeros pasos, de despertar sus primeros sentimientos, de inspirarle las primeras ideas: la que ejerce sobre él una influencia irresistible,—y lo atrae, lo inspira, lo abate, lo exalta, lo domina;—esa debe fundar su poderoso prestigio en cualidades muy excelentes, que sin duda la habilitan para intervenir en cuanto tiene gravedad y trascendencia en la vida; que indisputablemente le dan aptitud para resolver los elevados problemas de la ciencia, y le conceden un legítimo derecho para salir del ajustado círculo en que la encierra no la ley divina sino el egoismo del hombre, no las exigencias sagradas del hogar de la familia sino su propio desinteres, su celestial condescendencia, su heróica abnegacion. ¡Oh! pese á las mezquinas declamaciones de ciertos escritores, la muger está llamada á intervenir directamente en los destinos sociales, y hace ya mucho tiempo que sin cesar interviene.

No era menester que V. me asegurase que amaba la filosofia: aunque sea V. poetisa eminente en todos los géneros, ya se echa de ver á cada paso su natural propension á elegir para sus cantos asuntos sérios, filosóficos. "Dios y el hombre", "La Cruz", "La Felicidad", "El dia final" son composiciones que encierran la mas severa filosofía. Pero ¿qué digo? Hasta en la "Hija de las flores", ese tesoro de pensamientos risueños, de imágenes delicadas, hasta en la "Hija del Rey René" tambien, ese bello idilio, ese primoroso aunque inverosimil capricho de la fantasía, es V. filósofa; y lo es hasta probar con argumentos mas irrefutables que los de Pirron y de Hegel, que *no saben nada los sábios.*

Verdad es que hay filosofía no solo en el estudio del hombre sino en el de la naturaleza, y mucho mas aun en el de Dios, porque en todo se encuentra encadenamiento de causas y efectos; en todo se descubren las leyes admirables dictadas por la sabiduría infinita; en todo resplandece una armonía constante, una unidad maravillosa; pero si el filósofo lo abraza todo en su investigacion y sus reflexiones, y puede elevarse sin esfuerzos [y sin necesidad del progreso panteista] desde el átomo hasta Dios, es mas propio de su consideracion y de su estudio aquello que por la nobleza de su ser se aproxima mas al objeto final de sus aspiraciones, al *ser perfecto*, orígen de toda verdad y término de toda filosofía.

Pero el estudio del hombre para que sea útil no debe hacerse como lo hacen los filósofos, [se lo digo á V. muy reservadamente]. Si recorre V. los millares de capítulos que sobre el asunto han escrito esos señores, estoy seguro de que en el mejor y mas meditado no acaba V. de conocer á su prójimo; y si á la vez consulta V. á varios, entónces termina por desconocerlo. Si una sola de tantas pinturas hubiera sido fiel y exacta, las demas estarian abandonadas.

Sin duda estudiará V. al hombre como se presenta á sus ojos, es decir, observándolo; pues por lo regular los filósofos no hacen lo mismo, sino que lo toman de su cuenta, y comunmente lo reducen á materia pura ó á espíritu puro; sin reparar que el verdadero ser humano con toda su belleza y sus dotes encumbradas, desaparece desde el momento que se separan las dos naturalezas que lo constituyen. ¡Ay de las bellas artes con tan extraña filosofía!

Si busca V. al hombre en solo el cuerpo ¿cómo y con qué rasgos lo pinta agitado ó moviéndose solamente bajo el influjo de sus sentimientos, de sus ideas, de sus pasiones? Si lo busca solo en el espíritu ¿cómo y con qué rasgos lo representa sometido al influjo de sus instintos, de sus actos primarios, de sus necesidades materiales? Y la belleza ¿en cuál de las dos partes la afianza?

La Estética enseña que lo bello consta de dos elementos, uno material ó sensible y otro racional ó ideal, perfectamente equilibrados: parece que la Estética ha buscado el tipo de

lo bello en el ser humano, se entiende de lo bello relativo. Que el poeta, el artista no vea mas que el elemento sensible, y la belleza de sus obras se transformará en puro sensualismo; que no vea mas que el elemento racional, y la belleza se perderá en el idealismo. Por esto el arte se separó de la filosofía y formuló sus reglas especiales, bien que acomodadas siempre al espíritu filosófico; y ya por esto la Estética se llama la ciencia de lo bello, y la filosofía de las bellas artes.

Hablarémos, amiga mia, de estas cosas, que son muy agradables por poco que se profundicen, ó mejor dicho, cuando se profundizan poco. Miéntras tanto que *El Album de lo bueno y lo bello* no vea un ataque á las sanas doctrinas, ni un agravio á la *hermosa ciudadana de Aténas*, en las ideas breves y al parecer suversivas que acabo de manifestar; y disponga V. de su mas atento amigo y S. S. Q. B. S. P.

Ramon Zambrana.

Febrero 8 de 1860.

CIENCIA, ESTUDIO, GENIO.

Grande, sublime, imperecedera como Dios, esa es la *Ciencia*.

Investigador, profundo, humanitario, ese es el *Estudio*.

Creador, audaz, brillante, ese es el *Genio*.

Ciencia, Estudio, Genio, triple poder que eleva al hombre sobre el hombre.

¿Veis esa antorcha luminosa que disipa las tinieblas, que abre cada vez horizontes nuevos, ámplios, inmensos; horizontes que apénas la vista alcanza? ¿Al golpe mágico de una vara no brotó á torrentes el agua de una piedra, ántes estéril y seca, fértil y provechosa entónces? Esa es la Ciencia. No es régia cual la de Moisés su estirpe sino que es divino su orígen, y el mundo se regenera con los vivos manantiales de su luz.

Fija, perenne está allí la constancia; la atencion la acompaña; vigilias continuas corren unas tras otras: los dias se suceden: el pensamiento se agiganta y marcha: la razon misma se acrecienta: se alcanza la verdad que afanoso se buscaba, y triunfante se la proclama. Conquista es esa del *estudio*; conquista bella, pura, porque no tiene mártires ni despojos; solo tiene glorias y laureles.

La humanidad sonrie regocijada. El canto de las aves, la fragancia del bosque, los cambiantes que flotan en las nubes, las montañas de esmeraldas que á ellas tocan, las armonías espléndidas de la naturaleza inspiran al hombre. En esa inspiracion una luz resplandeciente irradia de su mente, recorre el mundo, atraviesa siglos y naciones, fecunda y creadora derrama por todas partes gérmenes de vida. ¡Es el *Genio*! Adoradle, porque el genio es un destello de Dios; es Dios que refleja en el hombre rayos de su omnipotencia.

Ciencia, Estudio, Genio, fraternales poderes, fuentes espansivas que jamás se agotan, raudales perennes de venturosos dones, sublimes privilegios del rey de la creacion.

Flores y plácemes; veneracion y gloria á los varones eminentes que los alcanzaron. Execracion eterna á los que impíos y obsecados cortar quisieron el magestuoso vuelo de sus alas.

M. Costales.

PENSAMIENTOS FILOSOFICOS Y MORALES.

La locura es la imágen mas espantosa del alma separada de Dios.

El trabajo es el centinela de la virtud.

Todo pueblo es un buque cuyas áncoras están en el cielo.

Hay en la desgracia, como en el genio y en la virtud, un punto culminante al que pocos hombres pueden llegar.

El consejo pérfido es como una piedra arrojada á lo alto, que cae con frecuencia sobre el mismo que la tira.

Mayor gloria merece el que alcanza á sujetar sus pasiones, que el que conquista ciudades.

El chismoso trabaja para labrar su ignominia.

Pensar es moverse en el infinito.

Las ganancias mal adquiridas son pérdidas.

La virtud es como la corteza del Cinámomo, que despide mayor fragancia cuanto mas se la tritura.

Quien hace sus buenas obras con ostentacion, les quita á los ojos de Dios el mérito que procura darles á los ojos de los hombres.

La limosna es un préstamo hecho á Dios que lo devuelve con usura.

Aprende á vivir bien y sabrás morir.

SECCION SEGUNDA.

ROMANCE INEDITO

DE LOPE DE VEGA. (1)

Salió Ines ántes que el sol;
Y los campos que la gozan
Madrugan á componerse
Pensando que ella es la aurora.

Tan hermosa vá la niña
Que á las flores más hermosas
Daba envidia y daba vida,
Por ser más bella que todas.

La flor, honor del Abril,
Abre sus primeras hojas,
Quedando, porque las mira,
Llenas de olor y de aljófar.

Los pájaros en sus nidos
La cantan y la enamoran;
El rio su márgen riega,
Y el monte su frente adorna.

Los árboles que la cubren
Agradecidos arrojan
Sus pimpollos que la sirvan
De matizadas alfombras.

Escondido entre jazmines
Célio la espera y la adora,
Y ella, que se ofende ingrata,
El sitio deja y se torna.

El sol salió de envidioso,
Y porque Ines se remonta
Célio se quedó á la luna
Y todo el campo á la sombra.

(1) Tomado de un Códice.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

SAFO.

Al considerar la gloria con que el nombre de Safo ha llegado hasta nuestros dias al cabo de tantos siglos, no puede uno ménos de sentir vivos deseos de leer las poesías de aquella mujer ilustre. Muy alta idea de ella debieron tener los griegos, puesto que la llamaron su décima musa. Los escritores célebres de la antigüedad la han citado con entusiasmo, y hasta el mismo Longin, crítico

imparcial y severo, la presenta como el modelo mas perfecto en su género. Fácilmente se concibe hasta que punto debia brillar. Dotada del alma mas sensible y ardiente, la naturaleza no le dejó eleccion. Pintaba lo que tan bien sentia, la ternura y los transportes del amor: tuvo la suerte de los hombres grandes, la persiguió la envidia; y la de las almas tiernas, pues fué abandonada é infeliz.

Esta mujer, no ménos admirable por su talento que por su carácter, nació en Mitilene, capital de Lesbos, como seiscientos años ántes de la era cristiana.

La opinion mas general es, que Scamandrodymo fué su padre y que su madre se llamaba Cleis. Tuvo tres hermanos, Larichus, á quien celebró en sus versos, Eurigius, de quien nunca hizo mencion, y Charuxus á quien reconvenia por la pasion violenta que sentia hácia la cortesana Rodope, que hizo construir una pirámide con los regalos de sus amantes.

Safo era morena y de una estatura regular, no era muy hermosa, pues los escritores que mas la elogian convienen en este punto, del que solo se puede juzgar por los retratos que se han sacado de algunos bustos antiguos. El fuego de su alma, orígen de su gran talento, se veia pintado en sus miradas é imprimia en todas sus facciones un carácter de pasion y energía superior á la misma belleza.

El amor fué el único sentimiento que reinó en su corazon y en sus composiciones. Casada casi al salir de la infancia, tuvo una hija llamada Cleis, como su abuela. Una pronta viudez la constituyó en nueva situacion, que por su extremada juventud, su gusto por la libertad y tal vez por su complexion, era para ella peligrosa.

Muy pronto sus poesías excitaron á las jóvenes á los placeres, animándolas al mismo tiempo á disputar á los hombres el talento. Su fama fué tan brillante y rápida que ni la envidia la pudo alcanzar. Tuvo por discípulas á las mujeres mas célebres de la Grecia, y entre ellas á la jóven Erinna, que lo fué casi tanto como su misma maestra.

Muchas mujeres adquirieron fama por haber sido sus amigas, y en cuanto á los hombres tuvo infinitos adoradores, entre los que se cuentan á los tres poetas mas famosos de su siglo, Archiloco, Hiponax y Alceo.

Así corrian los hermosos dias de su vida, gozando de los homenajes halagüeños de ambos sexos, y del doble placer de reinar por el amor y la admiracion.

¿Podia creerse que á pesar de esto, su primer detractor fuese un hombre? ¿En qué consiste que las mujeres que se han dedicado á las letras no han encontrado tanta envidia entre las de su sexo como en los hombres, que no dejan tampoco de perseguirse entre sí? Será que sean naturalmente de peores inclinaciones, ó que las damas sientan la necesidad de protegerse y unirse, cuando se trata del interés y la gloria de su sexo? La primera desgracia de Safo, fué el agradar demasiado á los-tres poetas ya citados. Ateneo no nos dice si alguno de ellos fué preferido, pero si juzgamos por lo despreciable y cruelmente que usaron de la sátira, ninguno lo mereció; sobre todo Alceo, que tanto dió á conocer sus zelos y se dejó llevar tan indignamente de los arrebatos que le inspiraba su despecho contra la que habia amado. Era uno de los primeros ciudadanos de su república, militar y á la cabeza de un partido entónces muy poderoso.

Nació como Safo en Mitilene y se honraba de tener á aquella célebre mujer por compotriota y por rival. Ella, á su vez, le llamaba el cantor de Lesbos, pero sin duda no creyó que los versos de aquel poeta, ya sexagenario, pudiesen compensar la falta de juventud y gracia, de lo cual se ofendia Alceo como amante y como poeta; no tardando en censurar amargamente las costumbres y escritos de la misma cuyo corazon y talento habia ensalzado con entusiasmo. Pero los jóvenes de Mitilene se declararon al momento contra Alceo, y prestaron á Safo en esta ocasion un apoyo que habia ganado por su gloria, y quizá tambien por la naturaleza de sus debilidades.

El jóven Faon apareció entónces en Mitilene: era el hombre mas hermoso de Lesbos

y atrajo todas las miradas ganando todos los corazones. Safo obtuvo una preferencia tan deseada como peligrosa. Alceo, mas furioso, fulminó nuevas sátiras contra ella; las bellas ya mas crédulas con esta circunstancia, hallaron fundadas las acusaciones de Alceo, y hasta sus amigas la vendieron. Damofila, una de sus discípulas mas queridas, la hirió en lo mas profundo de su corazon, atrayendo con sus artificios á Faon y haciéndole dudar de la fidelidad de su amada, de quien consiguió alejarle, aunque sin salir de Mitilene.

Safo apareció entónces mas admirable que nunca: en su corazon destrozado no se hallaba mas sentimiento que el de un amor verdaderamente heróico aunque mal colocado, y en todos sus admirables versos recordaba sin cesar el nombre de Faon; con los acentos de un alma apasionada que se cree feliz en medio de sus tormentos, por el valor que presta al objeto que la hace sufrir. Jamás pronunció la menor palabra contra el culpable ni contra sus enemigos, inclusa la misma Damofila. Faon volvió á amarla, pero solo por amor propio, y únicamente sensible al placer de oir resonar su nombre por toda la Grecia, inmortalizado en composiciones sublimes de ternura y poesía, que no merecia inspirar. Por consiguiente, la renovacion del amor de Faon solo fué un nuevo tormento para la desgraciada, á quien abandonó por segunda vez; y Ovidio en la pintura que hizo de su desesperacion, ha agotado los rasgos mas interesantes que puede presentar la mas elocuente poesía.

Safo, en medio de sus conciudadanos que venera, objeto del odio y de la censura pública, cansada ya de dirigir las cartas mas apasionadas á un ingrato que se rie de su dolor, llega á Sicilia y cae á los piés de aquel hombre que la rechaza con desden.

Este exceso de ingratitud puso el colmo á su desesperacion y quiso libertarse de su amor renunciando la vida. Subió á lo mas alto de un promontorio situado sobre el mar, y desde allí, despues de haber contemplado las olas, ménos agitadas que su alma, se arrojó al abismo, dejando al mundo una memoria eterna de su talento y de sus desgracias. Esta muerte ilustró para siempre la famosa roca de Leucade, que no se puede contemplar sin recordar con ternura el nombre de una mujer tan célebre y tan desventurada.***

LA LIRA ROTA.

Epistola a mi amiga Tula.

Pretendes ¡ay! amiga Tula, en vano
Que mi lira olvidada
Vuelva á pulsar; no puedo darte nada
Para el ALBUM CUBANO
Que tanto y tanto encerrará en su seno,
Como escrito por tí, de *bello* y *bueno*.
No soy aquél que cabe el Manzanares
Canté con entusiasmo,
Bebiendo inspiracion en tus cantares;
La inercia y el marasmo
Me dominan á orillas de Almendares,
Que sujeto al deber y al reglamento,
En las *públicas obras* engolfado,
Voy dando hora tras hora cumplimiento,
Sin recordar los sueños del pasado,
A los asuntos y espedientes graves
Que por dicha no sabes.....
¡Ay! cuánto con su prosa martirizan,
Cuánto y cuánto el ingenio esterilizan!
Y así vivo contento
Sin tener en tortura el pensamiento,
Que el mar crucé riñendo con Talia
Para ganar *el pan de cada dia*.
Ya ves: para cantar me doy por muerto;
¡Soy vate *jubilado*!..... Y es lo cierto
Que quisiera escribir alguna cosa
O en dulces versos ó en amarga prosa;
Mas sin que sepa, Tula, en qué consiste,
Ha tiempo que mi lira se resiste,
Rotas sus cuerdas, á exhalar sonidos;

Del caso es la verdad que ahora siento
Faltarme inspiracion, sobrando aliento.
Pasados ya los dias
De amores, de esperanzas, de alegrías,
Busco la lira en vano;
Y ¿á qué buscarla cuando ya la mano
De torpe y de cansada
A producir no acierta ni un sonido?
¿A qué quitarle el polvo del olvido
Si yo la abandoné de maltratada?
Cantaba á todo: á la sonora fuente,
A las fragantes flores,
Y tambien ¡inocente!
Cantaba á los purísimos amores,
Y al dulce ruiseñor que siempre aclama
A la fresca y florida primavera,
Y á la tórtola triste que en la rama
Con sus lamentos llama
A su amante perdida compañera.
Cantar necesitaba
Porque cantando así me desahogaba.
Vino la reflexion: con ella vino
Esa inquietud de la ambicion ingrata
Que nos tuerce el camino,
Que forja sueños y que el sueño mata:
Ese impulso fatal que al hombre lleva
A perder su quietud, su dulce calma,
Tras una vida nueva
Llena de azares que poetiza el alma.
Quiere escalar el cielo
En su loca ambicion, y sube y sube,
Cruzando el éter en su raudo vuelo,
Entre la parda nube
Que á su sabor lo envuelve y que lo arrastra...
¡Pierde una madre y busca una madrastra!
Nada despierta de un sopor profundo
Al estro mio, muerto ya, infecundo.....
¿Me dirás que el amor y las mujeres
Aun deben inspirarme?—¡Brava cosa!
Me gustan los placeres,
Mas no los canto pues los tomo en prosa.
En cuanto á las mujeres, todavia
Que encienden te confieso el alma mia;
Mas despues de seguir con loco empeño,
Con ilusion, la realidad de un sueño,
Temo que acaben de romper mis lazos
Haciendo el pobre corazon pedazos.
Desencantado ya sigo el camino
Que me traza el destino,
Hablando sin cantar, pues adelanto
Con la lengua algo mas que con el canto:
Dice esta en un minuto sobre el tema
Mucho mas que la pluma en un poema.
Yo no quiero cantar, y volveria
Por darte gusto á mis antiguas mañas,
Pero la lira mia
Buscándola quizá la encontraria
Cubierta en un rincon de telarañas.
¡Déjola en paz! el canto me da enojos
Que todo oscuro ya lo ven mis ojos,
Porque al través lo ven mis desengaños
Del negro prisma de los treinta años.
Y tengo otra razon que me sujeta,
Que contiene mi voz, que no me inspira:
El mundo no es la patria del poeta;
Indiferente el mundo oye su lira.
¿A qué cantar si tiene al vate en poco
El vulgo necio que del mundo es dueño?
¿No ves que el canto en su entusiasmo loco
A la estúpida gente arrulla el sueño?
¡Olvidada mi lira yazga inerme!
¿De qué sirve cantar si el mundo duerme?

Teodoro Guerrero.

LA MONTAÑA MALDITA.

TRADICION SUIZA.

(*Conclusion*).

—¡Señora! exclamó Walter: ¿qué venís á hacer aquí con un tiempo como este?

—Muy crudo es en verdad, contestó Marta con desfallecida voz; pero hoy cumples treinta y cinco años, hijo mio, y la que te dió á luz en esta misma hora no debia dejarla pasar sin bendecirte y felicitarte.

—Era excusado ese trabajo, replicó el ga-

nadero sin ponerse en pié ni ofrecer silla á su madre; pero ya que os lo habeis tomado, id con mis pastores á tomar algun refrigerio.

—Me siento bastante fuerte, dijo la anciana dando diente con diente y pudiendo apénas sostenerse: descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y es la única gracia que te pido que me dejes estar á tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohin de fastidio, pero mandó que acercasen silla á la chimenea, y expresó con una seña que permitia á la anciana el ocuparla. Tiempo era ya, pues la pobre mujer iba á caer en tierra, sucumbiendo al frio, á la fatiga y á la emocion de su alma en aquellos momentos.

—Ha sido locura impropia de vuestra edad, dijó ásperamente Muller, subir la montaña en un dia tan malo: si algo necesitábais pudísteis decírselo á vuestro compadre Heber, que me vé con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo, era verte y oirte, hijo mio, repuso con timidez y turbacion la desgraciada madre.

—¿Y qué pensais hacer ahora? preguntó el ganadero: ¿cómo regresaréis á vuestra casa con un tiempo tan atroz?—No tengo casa, dijo balbuciente la anciana. Esperaba que me harias la merced de recibirme en la tuya hasta que.....—Walter no la dejó acabar la comenzada frase.—¡Imposible! exclamó: no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar mas de eso. Os daré algun dinero para que os proporcioneis asilo, pero debeis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó á Marta aquella inaudita dureza la prestó momentánea energía, y con voz mas firme que hasta entónces, pronunció estas palabras.—¿Me arrojarás de tu hogar, á mí, á tu madre, en el mismo dia, á la misma hora en que tuve la desgracia de echarte al mundo, para modelo de ingratitud y de barbarie? ¡Walter! ¿es cierto que me echas de tu casa á perecer helada delante de tus puertas?

—¡Vive Dios! gritó enfurecido el ganadero. No en vano me he enojado con tan intempestiva visita. ¿Reconvenciones ahora? ¿Cuál es la ingratitud que me echais en cara? ¿qué es lo que os debo? Si me arrojasteis al mundo no fué ciertamente por hacerme bien; y cuando á fuerza de trabajos he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi nacimiento, venís á recordármelo con impudencia, y me acusais de ingratitud porque no me postro á vuestros extravagantes caprichos. ¡Acabemos, señora! si quereis vacas ó comestibles, haré se os lleven al paraje que indiqueis; pero dejadme tranquilo y terminemos al punto esta desagradable entrevista.

—¡Cruel! ¡cruel! prorumpió la anciana con indescribible acento: mátame y no me hables así. ¿Quieres afrentarme delante de tus criados?..... ¡Oh! ¡eso es horrible, Walter! ¡eso es odioso!

—¡Retiraos, pues! dijo con ademan imperioso el inhumano.

—¡Walter! tornó á exclamar Marta: ¡tienes el corazon de tigre! sin duda he cometido imperdonable delito al dar existencia á un mónstruo como tú.

—¡Marchaos! volvió á gritar Muller con gesto amenazador: no me obligueis á trataros como no quisiera. ¡Marchaos pronto, señora, y no volvais jamás á poneros en mi presencia!

Quiso obedecer la anciana, mas no se lo permitieron sus fuerzas, y perdiendo la dignidad que por un momento le prestaran la indignacion y el dolor, se abatió completamente hasta recurrir á la mas humilde súplica.

—¡No me arrojes de tu casa, hijo mio! dijo juntando sus manos. Mira, ¡ya es de noche! ¡está lloviendo.....hace frio! ¡No me arrojes de tu casa á semejante hora, con este crudo tiempo! ten compasion de tu madre! Perdóname si te he ofendido: yo te amo, Walter, como á las niñas de mis ojos..... tú eres lo único que amo en este mundo: no seas implacable conmigo. Recuerda que te has abrigado en mis entrañas; que te has criado á mis pechos, y que he trabajado quince años para que nada te faltase. Si ahora soy un ser inútil, una vieja, impertinente, ten indulgencia y perdóname.

—¡Os he dicho que me dejeis tranquilo Vive Dios! exclamó el ganadero dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal susto á la pobre vieja que se echaron á reir los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena. Marta, empero, no recobró con todo esto su cólera y su energía, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me iré muy lejos apénas sea de dia: me iré, Walter, te lo prometo, repetia la infeliz. Solo te pido que me dejes pasar la noche debajo de tu techo, aunque no sea mas que por ser aniversario de la primera que tú pasaste en mis brazos. Si no quieres verme me ocultaré de tu vista; ¿No tienes en un hermoso establo á tu ternera blanca? Pues bien, yo me iré con ella: dormiré á su lado, y te la

cuidaré, hijo mio. Ya sé que es un gallardo animal que te merece cariño. Me alojaré en su establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedís! dijo Walter con una carcajada que repitieron en coro los pastores. ¡El establo de mi ternera blanca!..... Tened entendido que ese establo es un palacio, segun lo llaman en el pais, y que reina en él, con propiedad absoluta y exclusiva, mi hermosísima ternera. Nadie entra allí, señora, nadie sino yo y los servidores de mi favorita: así pues, cesad de molestarme y emprended vuestro camino, ántes que arrecie la tempestad y se haga mas oscura la noche.

—Un silencio de algunos minutos sucedió á estas palabras aun se reian los borrachos, pero aquel rumor quedaba apagado entre los silbos del viento que aumentaba por instantes su espantosa violencia. De repente se pone en pié la anciana, cuya estatura parece haber crecido, segun le presta magestad la expresion extraordinaria é imponente que adquiere de improviso toda su persona. A la rojiza luz que levantan en aquel momento los leños de la chimenea, se ilumina con reflejos siniestros aquella cara descarnada y amarilla; aquellos cabellos grises, que escapándose de la cófia se extienden empapados por las hundidas mejillas y la arrugada garganta; y se ven centellear, bajo dos cejas contraidas por la indignacion, los negros ojos de aquella mujer ultrajada y escarnecida, que se ha enderezado al fin vigorosa y terrible, con toda la energía de la desesperacion; con toda la potestad sagrada de la maternidad. Tiende sobre la cabeza del desnaturalizado Walter sus brazos luengos y flacos, y con voz tan entera y robusta que domina los bramidos de la tormenta: *Maldito seas!* pronuncia lentamente. *Malditas tus riquezas y la montaña que habitas!*

No dice mas: nadie osa responderle: todo queda sumido en pavoroso silencio, y ella sale de la inhospitalaria casa sin echar una mirada al hijo perverso á quien acaba de entregar á la venganza divina.

La noche era profunda: la llovizna incesante: el viento penetrante y frio: Marta comienza, sin embargo, á bajar la montaña con paso firme, y á medida que va descendiendo, aquellas amenas laderas tan celebradas por su fertilidad y lozanía, se van cubriendo de un manto de nieve, que las envuelve como el blanco sudario de un cadáver. Cuando los piés de la vieja se asientan en el último recuesto, un estrépito horroroso arranca de su tranquilo sueño á todos los moradores del valle, y las montañas vecinas de la Blümlisalp devuelven en prolongados y pavorosos ecos aquel fracaso terrible.

Al dia siguiente multitud de gente, venida de todas las inmediaciones, contemplaba con asombro y dolor un espectáculo extraordinario. *La Montaña florida* se habia convertido en triste monumento de esterilidad y ruina. Sus abundantes pastos desaparecieron bajo las espesas capas de hielo y enormes trozos de piedra desprendidos con estruendo de las rocas que la dominan por el lado del norte. Bajo aquellos fragmentos yacian sepultados tambien Walter Muller, sus casas, sus pastores y sus rebaños. ¡La destruccion habia sido completa!

Al pié de la montaña se encontró el cadáver de la pobre Marta, y la tradicion asegura que un ángel del Señor lo estuvo custodiando hasta que se le dió, por los habitantes del valle, digna y bendecida sepultura.

Mas en balde esperaron aquellas buenas gentes un año y otro año, un lustro y otro lustro que volviese á cubrirse de sus espléndidas galas la hermosa *Blümlisalp*. Jamás desde entónces se han derretido sus perdurables nieves; jamás yerba alguna se ha visto florecer en sus escombradas laderas; jamás han vuelto á trepar por ellas pastores ni ganados; y los caminantes del pais á quienes sorprende la noche por aquellas cercanías, se santiguan compungidos y apartan la vista con terror de *la montaña maldita*. Sin embargo, todavía la designan los guías de Suiza con el bello nombre que antiguamente mereció, y del cual se pasman los viajeros cuando contemplan aquel coloso escueto y pedregoso, de cuyos eternos hielos se desatan incesantemente, precipitándose por ásperas vertientes, atronadoras cataratas. ¡Tal es el aspecto que presenta en nuestros dias *la montaña florida*, la célebre *Blümlisalp!*

G. G. de Avellaneda.

A UNA PALOMA VIUDA.

Gime con dolor profundo,
Tierna paloma, á tu esposo,
Pues ni placer ni reposo
Podrás tener ya en el mundo.

Gime, gime sin cesar
El dulce bien que has perdido,
Y huye del huérfano nido...
Que ya no puedes amar.

Porque ese trono de glorias
Y de amor quedó desierto,
Y es cenotafio de un muerto
Que encierra tristes memorias.

Las memorias de un amor
Unico, eterno y ardiente...
Llora, paloma inocente...
No hay remedio á tu dolor.

¿Mas para qué has de llorar
Si brota sangre tu herida
Y va limando tu vida
Diente agudo de pesar?

Solo es posible sufrir
Tan crudo y amargo duelo
Cuando nos brinda el consuelo
Inefable de morir.

Mucho tiempo no podrás
Soportar tu acerba suerte....
Si solo anhelas la muerte
Muy pronto la encontrarás,

Ya á los filos del dolor
Que te fatiga inhumanó,
O ya por la diestra mano
De algun fiero cazador.

Tu afan mitiga: sufrir
Bien se pueden los dolores,
Cuando nos brinda sus flores
La esperanza de morir.

Clara Aurora.

Enero 17 de 1860.

LA HERMANA DE VELAZQUEZ.

I.

La velada de San Juan.

Serena y bella era la noche del 24 de Junio de 1629. La alameda que aun hoy se estiende á orillas del Manzanares, era entónces mas frondosa y se llamaba *Alameda del rio*: en las noches de verano allí tenian lugar las misteriosas citas de los galantes caballeros de la corte de Felipe IV, con las bellas tapadas. Pero en la noche de que vamos hablando la concurrencia era tan numerosa que se hacia difícil todo secreto, y los farolillos de colores alumbraban suficientemente el paseo, animado mas que de ordinario por los gritos de los vendedores de rosquillas, panales de azúcar y aloja. Veíanse aquí y allá tiendecitas levantadas bajo la enramada, y en las que cenaban amantes parejas ó alegres amigos, entre los cuales no faltaba algun poeta de los muchos que florecieron durante el reinado de Felipe IV.

Al pasar las damas por delante de las luces de los faroles, lucian á despecho del misterioso manto con que coquetamente aparentaban cubrirse, las joyas que adornaban sus cabellos y la hermosura de sus negros y rasgados ojos.

Oíanse por todas partes palabras perdidas, suspiros de amor que se cruzaban en el perfumado ambiante, risas joviales y advertencias recatadas, formando todo un estraño ruido difícil de pintar.

—Junto al álamo grande (decia una dama á la amiga en cuyo brazo se apoyaba) le he visto parado é inmovil como quién espera.

—Mi marido está aquí! articulaba otra volviéndose con disimulo al galan que la seguia.

—¡Cuánto te amo! murmuraba un apuesto doncel al oido de una encubierta gran señora.

—Mirad! aquella es la duquesa de.....

—Estoy desesperado.....

—Soy feliz.

Y todas estas voces, todas estas diversas entonaciones se confundian, como hemos dicho, en las auras balsámicas de aquella hermosa noche de estio en que se celebraba en Madrid la velada de San Juan.

Mientras tanto en una de las ya indicadas

tiendecillas se veian sentados á la mesa, en que se servian sabrosos y abundantes manjares, dos hombres cuyo grave continente contrastaba un tanto con la alegria que les cercaba. El de mas edad, que podia contar unos 38 años, era alto, de pronunciadas facciones, cabellos de un rubio oscuro que formando ondas al rededor de su cara bajaban hasta los hombros, ojos azules y expresivos con cierto fondo negro que les prestaban raro y singular caracter. Vestia ropilla de terciopelo bordada de oro, capilla granate y sombrero de pluma blanca. Era aquel personaje D. Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado y mayordomo mayor de S. M. el rey.

Su compañero de mesa, mas jóven, pues apenas podrian atribuirsele 30 años, no ostentaba en su traje la misma riqueza que el duque, pues se componia de terciopelo violado sin adornos, aunque cerraban la ropilla preciosos herretes de diamantes, y caian sobre su cuello de batista lisa espesos rizos de negros cabellos, perfumados y aristocráticamente dispuestos.

Llamábase D. Diego Velazquez de Silva, y era pintor de cámara y gentil hombre de S. M. Felipe IV.

—Veo que os molesta la expresion sincera de mi admiracion, querido D. Diego, decia el duque á Velazquez, en el mismo instante en que pasando por delante de la tienda un caballero de buena presencia, echaba hacia dentro una mirada indagadora.

—No lo creais, Sr. D. Juan; contestó el artista con aquel respeto lleno de dignidad que tan querido le hizo siempre de toda la grandeza. Vuestros elogios me son tanto mas gratos, cuanto que solo veo en ellos una prueba del afecto que me dispensais.

—Oh! no es afecto solamente; es entusiasmo, Velazquez. Amo en vos al genio creador; al genio sin igual que honra nuestra patria.

—Conozco, dijo Velazquez sonriendo, que sois efectivamente muy entusiasta, señor duque. Yo, ménos exaltado que vos, os confesaré que ese génio creador que creeis hallar en mí, puede no ser mas que una predisposicion feliz cultivada largamente por laborioso estudio. Nadie nace artista, creedlo: imitando es como se desarrolla ese genio que se hace luego creador.

—Pero vos.....

—Yo, Sr. duque, he aprendido en Alberberto Durero la simetria del cuerpo humano; en Andrés Bexalio la anatomia; en Juan Bautista Porta la expresion; la perspectiva en Daniel Barbar; del mismo modo que la geometria en Euclides; la aritmética en Moya; la arquitectura en Vitrubio y otros. Comprendi la nobleza de la pintura en Romano Alberti; el Vasari me animó con las vidas de los artistas ilustres, y el Riposo de Rafael Borghini me prestó erudicion.

—No hay duda en que el estudio desarrolla el talento, pero no anima ni acrece esa chispa divina que se llama genio.

—No trato de contradeciros en todo, Sr. Duque, ni tampoco exajero mi modestia hasta negaros que no he imitado de nadie mi *bodegon y mi aguador*, que en tanta estima tiene la corte. Mis amigos me decian que podria rivalizar con Rafael de Urbino, mas yo me abstuve de pintar con suavidad sérios asuntos, y me di mucho á *las cosas rústicas con luces y colores estraños; porque preferia ser el primero en aquella groseria que el segundo en la delicadeza.* Sin embargo, quizá al presente puedo creerme mas capaz que antes de hacer obras de genio, como vos decis.

—¿Qué cosa mas perfecta que vuestro sublime cuadro de la coronacion de la Santísima Virgen?

—Oh! en efecto, ese cuadro fué hecho cuando ya habia yo comenzado á sentir eso que llamais génio..... Cuando Dios se habia dignado animar mi alma con un destello divino.—Y el artista elevaba al cielo al pronunciar estas palabras una mirada de gratitud inefable.

El caballero que habia pasado un momento antes por delante de la puerta, volvió entónces y se detuvo escuchando atentamente, medio oculto entre la sombra que proyectaban los árboles. Velazquez, despues de aquella mirada de felicidad dirijida al cielo, guardó silencio por algunos minutos, y pareció como que una nube de melancolia iba poco á poco nublando el pensamiento que antes le regocijara.

—¿Qué teneis? le preguntó su ilustre interlocutor, tomándole afectuosamente la mano. Vuestras últimas palabras y vuestra súbita cavilacion me hacen sospechar, amigo D. Diego, que ese génio que deciais no haber poseido hasta que hicisteis vuestra grande obra, puede ser muy bien.... .

—Qué cosa, Sr. Duque? preguntó como asustado el artista.

—El amor.

—El amor! repitió Velazquez estremeciéndose. Y luego articuló poniéndose encendido:—sabeis que soy casado, Sr. Duque.

—Con mi señora doña Juana Pacheco, á

quién quereis y estimais justisimamente, lo mismo que toda la corte.

—Cierto, dijo el pintor suspirando: mi mujer es digna de todo mi afecto..... pero, escuchadme, Sr. D. Juan, voy á confiar á vuestra amistad un secreto que es el único de mi vida. Tiempo es de que descargue este peso en alguna alma amiga.

El duque se inclinó mostrando agradecer profundamente aquella distincion, y el artista se expresó en los términos que vamos á trascribir, mientras que el caballero que se ocultaba cerca de la puerta se aproximó tanto á ella que hubieran podido verlo los dos amigos, á no estar ambos absorvidos por el interes de su conversacion.

II.

Amor de Artista.

Cuando salí de la corte, á donde hacia un año que habia llegado con objeto de viajar, dejé en Sevilla á mi esposa y mi hija, y recorrí, como no ignorais, la Italia, la Alemania y últimamente la Flandes, donde esperaba conocer y tratar al rey de la pintura, al célebre Pedro Pablo Rubens, por quien siempre he tenido apasionada admiracion. No logré, sin embargo, mi deseo. Rubens se hallaba en Inglaterra, pues tan hábil diplomático como eminente artista, habia sido encargado por la infanta gobernadora de Flandes de negociaciones de paz.

Disgustado al ver fallida mi esperanza y presa de aquella melancolía que era, por decirlo así, el fondo de mi carácter, resolví salir pronto de Amberes, apresurándome con tal intencion á ver cuanto ántes todo lo que hubiese de notable en dicha ciudad. Por aquel tiempo, Sr. Duque, sentíame yo no solamente sin inspiracion sino á veces sin amor por el arte. Solo podia pintar de tarde en tarde escenas vulgares: ninguna imágen de belleza encontraba en mi alma, que se afligia como una esclava encerrada en oscura cárcel. Casado en la aurora de mi vida con la escelente Juana, la habia querido siempre con ternura, mas sin sentir jamás el entusiasmo.

Detúvose un instante Velazquez, y el duque que le escuchaba con viva atencion le dijo afectuosamente.

—Proseguid: me parece adivinar que fué en Flandes donde vuestro corazon salió de esa inercia que pintais tan bien.

—Una mañana, continuó el artista, dando vueltas al acaso por la ciudad, me encontré en una calle solitaria que comprendi se hallaba en uno de los estremos de la poblacion. Complacido del aislamiento del sitio me senté en un banco de la pequeña alameda que servia de término á la calle, y á poco rato vi, al levantar la vista casualmente hacia los balcones de la única casa que tenia enfrente, una aparicion que me pareció celeste. Era una niña de milagrosa belleza, Sr. D. Juan: una niña de 15 abriles, blanca como el alabastro, rubia como lo son generalmente las flamencas, pero con unos ojos que no los he visto jamás de tan divina expresion en ninguna mujer del mundo.

Permanecí como estático, admirando en silencio por largo rato aquella criatura angélica, y ella por su parte tampoco apartaba de mi su mirada inocente y candorosa, que casi parecia saludarme como á un amigo.

Luego, cuando la noche empezó á estender sus velos y hubo de abandonar su ventana, me sonrió con la benevolencia de un niño, murmurando un adios dulcísimo, que trajo á mis oidos la brisa nocturna envuelto entre el aroma desprendido de sus dorados cabellos.—Hasta mañana dije yo ébrio de gozo.

En efecto, volví al dia siguiente con las primeras luces de la aurora, y pasé horas de febril impaciencia aguardando la reaparicion del ángel. Por fin salió, y al verme, adivinando sin duda lo que habia sufrido en mi larga espectativa, me dijo con infantil desembarazo;—Perdóname: he dormido mucho porque no se me ocurrióque vendriastan de mañana.

—Asombrado y encantado á la vez de aquella inesperada intimidad que ella entablaba tan sin reparo, me atreví á preguntarla su nombre.

—Me llamo Ana, respondió al instante, y soy huerfanita. La anciana Tadea, con quien vivo, es la única persona que me quiere en este mundo.

Contóme en seguida con toda la viveza infantil que caracterizaba su ningun conocimiento de las conveniencias sociales, que aquella calle era muy solitaria, que rara vez pasaban por allí algunos hombres, mas ninguno (dijo la inocente) ha sido tan bueno como tú que has permanecido largo rato haciéndome compañía. Tambien me refirió que vivia con la vieja su aya en absoluto aislamiento, que ninguna otra visita recibian que la dominical del sacerdote pue les decia misa, y que si podia hablar algunos momentos

conmigo era debido á que Tadea se hallaba indispuesta y eso la permitia alguna mas libertad.

¿Qué os diré, Sr. Duque? Aquella niña tan cándida, tan bella, tan confiada, fué desde aquel dia mi pensamiento contínuo, el único interés de mi vida. Durante dos semanas se repitieron diariamente nuestras entrevistas, y cuando no estaba al pié de su balcon pintaba su célica figura en aquel lienzo que llaman hoy mi obra maestra.

Oh! la inspiracion, el génio se despertaba en mí.

Sin embargo, no imité á Rafael haciendo á la Madre de Dios una copia exacta de otra belleza profana. Si tomé del semblante de mi Ana las purísimas y armónicas facciones que habeis admirado en el rostro virginal de la reina de los ángeles, vereis en este un tinte dorado que revela un sol mas ardiente que el de la patria de mi hermoso modelo. Si coroné la frente de María con la copiosa y aterciopelada cabellera que tantas veces admiré en mi Ana, la vestí de sombras que contrastan con el blondo color de la de la doncella flamenca. Así he respetado la belleza de la reina del cielo, aunque inspirándome con la de una de las mas puras vírgenes terrenales.

—Ah Velazquez! exclamó el duque estrechándole la mano: sois noble en todos vuestros pensamientos.

—Llegó el dia de mi partida, prosiguió conmovido el pintor, porque el rey me llamaba á Madrid, y fué preciso despedirme de Ana. Ella por toda respuesta me dijo con sencilla resolucion:—No; no es ya posible que yo viva sin verte. Llévame contigo, Diego.

—Me seguirás? le pregunté estremeciéndome del loco regocijo que me habian causado sus palabras.

—Por qué no? me contestó llorando: no tengo nadie mas que me ame en la tierra.

Reprimiendo mi propio impulso quise hacerle algunas reflexiones, pero ella prorumpió en sollozos, exclamando con desesperacion:—Si no me llevas es que tú tampoco me amas; que no te importa que yo muera.

—El vértigo me dominó completamente y la dije: Bien: esta noche á las doce estaré aquí con una escala: te robaré: te llevaré conmigo: no nos separaremos nunca.

—Pues ya que veo lo mucho que me quieres, respondió Ana enjugando sus lágrimas, voy á confiarte un encargo que recibí hace dos años de una dama encubierta, que quizá seria mi madre.

Entró dentro y volvió con un pliego cerrado que me arrojó diciendo:—La señora tapada que solo he visto una vez, me dijo abrazándome al darme ese papel:—Cuando encuentres un hombre que te ame y al que tu corazon corresponda, dale esta carta, querida Anita.

—Y qué mas? pregunté á la niña, teniendo ya en mis manos una carta sellada.

—Se fué llorando, y solo supe por Tadea que aquella señora era mujer de un hombre ilustre.

Guardé la carta y me separé de Ana para preparar nuestra partida, pues su manifiesto deseo habia de tal modo fortalecido el que yo antes recatara en lo profundo de mi alma, que la idea de dejarla llegó á parecerme imposible.

Todo dispuesto ya quise conocer lo que contenia el papel de la misteriosa dama, y al romper los sellos ví, con un rizo de cabellos muy semejantes á los de Ana, estas líneas de letra menuda y en algunos puntos visiblemente borradas por las lágrimas.

El pintor sacó al decir esto su cartera y de ella un papel cuidadosamente guardado, mientras que el duque, aproximando más su silla, esperaba con vivo interés la lectura que hizo Velazquez conmovido, y que fué la siguiente.

(*Se continuará.*)

Pilar Sinués de Marco.

A LESBIA.

—

ANACREONTICA.

Pronto mis rubias hebras
Volverá blancas
La de los sinsabores
Edad taimada.
La juventud nos huye
Como huye el alba:
¡La vejez y la noche
Qué lentas pasan!

—Lésbia, la lumbre muere
Y el cierzo brama,
Y mi boca está seca
Y ardiendo el alma.
¡Ven á mí, Lésbia mia,
Y en la fragancia
De tu divino aliento
Mi frente baña!
¡Llega, y Amor nos ciña
Con sus guirnaldas,
Antes que de las rosas
Las hojas caigan!

* * *

FARAILDA.

Tradicion flamenca del Siglo VII.

Las lágrimas de la inocencia oprimida, son el vapor que forma el rayo.

Confucio.

Farailda se vió en los mas hermosos años de su juventud rodeada de todo lo que en la tierra constituye la felicidad. Sus riquezas eran inmensas; sus verjeles se matizaban de frutos, color de oro ó de púrpura; las sólidas vigas de sus graneros, se doblegaban bajo el peso del trigo ó de la cebada. Siempre su bolsillo abierto á la caridad, volvia á llenarse de escudos de oro y de plata.

Y tenia—lo que vale mas que todos estos bienes pasajeros, destinados á pagar un tributo á los gusanos y al moho—tenia como decimos un marido generoso y bueno, valiente y fiel, con el cual vivia en la paz del Señor.

Tres hermosos niños habian nacido de su union, y ya juntando sus manecitas entre las manos de su madre, aprendian á bendecir al Dios tan dulce para los inocentes, como terrible para los malvados.

Un solo dia bastó para destruir aquella completa felicidad.

Los Normandos se arrojaron sobre la morada de Farailda, como los gavilanes sobre un nido de pajarillos.

La casa fué destruida, las mieses incendiadas, los buques de los bandidos cargados de oro y de muebles preciosos, y Sigisberto, marido de Farailda, pereció herido de un hachazo en la cabeza, en el momento de arrancar al mas pequeño de sus hijos de los rudos brazos del jefe de los piratas.

Cuando cayó la noche como un velo sobre aquella desoladora escena, cuando Farailda se encontró sola con sus hijos huérfanos, junto al cadáver de su esposo, sentada sobre los escombros de su casa saqueada y destruida, en tanto que los reyes del mar huian en sus rápidas naves, que el Escalda impelia hácia el Océano, tendió en torno suyo una mirada sombría y dijo al fin, estrechando á sus hijos contra su corazon: "El Señor me lo habia dado todo; el Señor mo lo ha quitado, bendito sea su santo nombre!"

Desde aquel momento, el trabajo, el abandono y la soledad, fueron la herencia de la triste viuda.

Abandonó su casa de campo, donde habia pasado tan hermosos y felices dias, para ir á refugiarse en Gante, ciudad en que habia nacido, que le era querida, y donde esperaba hallar algunos recursos contra la inminente miseria que amenazaba á sus inocentes hijos.

Eligió una casa pobre y desmantelada, y allí, desde el amanecer hasta media noche, hilaba el lino ó la lana que la proporcionaban los ricos mercaderes, que la conocieron en otro tiempo.

Ni un momento suspendia su trabajo como no fuese para enseñar á sus hijos, agrupados siempre en torno suyo, la ley de Dios ó los preceptos de la Iglesia, ó para leerles el Santo Evangelio, único resto de su riqueza que pudo salvar. Los Normandos lo habian arrojado entre los escombros de la casa, y allí lo encontró Farailda, con un sentimiento de triste alegría, recordando estas palabras qne otras veces habia oido: "Que nadie se escuse de leer las Santas Escrituras, cuando la pobreza os aflija; cuando la muerte de vuestros deudos entristezca vuestro corazon; cuando las flechas de vuestros enemigos os amenacen por todas partes..... entonces es cuando debeis buscar en estos santos oráculos las armas que os suministran para vuestra defensa (1)."

Farailda encontró allí el único consuelo que la restaba ya: la conformidad á la voluntad divina.

---

(1) San Juan Crisóstomo.

Pero aquella misma paciencia, aquella resignacion absoluta, aquella renuncia de toda felicidad terrestre, vacilaban cuando veia en los semblantes enflaquecidos de sus hijos, en otro tiempo tan alegres y sonrosados, la huella del sufrimiento. Los padecimientos de aquellos niños adorados eran las heces mas amargas del cáliz de su dolor.

Entonces redoblando sus vigilias y sus oraciones, sus vecinos veian brillar hasta el alba el pálido resplandor de una lámpara que alumbraba su trabajo nocturno.

Pero ¡ay! llegó un dia en que aquel trabajo tan pobre, tan mezquino, tan insuficiente, llegó á faltarla!.... Vino con las manos vacias de casa del mercader que se lo proporcionaba, y distribuyó suspirando el último pedazo de pan á sus pobres niños.

La rueca permaneció inmóvil, y los niños no se entretuvieron contemplando el huso ligero, que giraba cadenciosamente.

Faraílda, despues de abrazarles tiernamente, salió de nuevo, y no volvió hasta el anochecer, mas rendida y abatida que nunca.

Todas sus gestiones para proporcionarse trabajo fueron inútiles; no lo obtuvo á pesar de sus ardientes súplicas.

Rezó con fervor y se levantó mas tranquila, y despues de acostar á los niños en sus pobres camitas, se sentó y puso á leer la vida de Cristo. Cuando llegó á la Pasion, á esa narracion trágica y sublime, volviendo hácia sus hijos los ojos llenos de lágrimas esclamó:

—Oh! Dios mio, cuanto debió sufrir vuestra madre.

A la mañana, los niños dispertaron, y con voz tímida pidieron pan.

Faraílda con el corazon hecho pedazos les besó, les alentó, y para distraerlos esforzándose por recordarles las canciones y los cuentos de su juventud, se los respetia con desfallecida voz.

Pasaban las horas, cada vez mas terribles, los niños no hablaban ya, no rezaban, no lloraban; agobiados bajo un sombrío estupor, se estrechaban unos contra otros, y volvian hácia su madre sus miradas apagadas.

Un espantoso silencio reinaba entre aquella familia, que parecia encerrada ya en un sepulcro y olvidada para siempre de los vivos.

Faraílda se levantó firme y resuelta. Pálida, vacilante, estrechó á sus hijos en un abrazo desesperado, diciéndoles:

—Hijos mios, quedaos aquí y rogad á Dios. Tal vez os traeré pan, pronto volveré.

—Oh! sí, madre mia, esclamaron reanimados por aquella palabra, tenemos tanta hambre!

Al llegar al dintel de la puerta se volvió, levantando las manos al cielo.

—Santos ángeles de su guarda, murmuró, no los abandoneis! y se alejó casi sin poder sostenerse.

Faraílda tenia una hermana mayor, casada con un rico vecino de Gante.

Aquella hermana le habia manifestado desde su infancia un ódio feroz é inesplicable.

Siendo ya jóvenes las dos, envidiaba á Faraílda su dulce y simpática belleza: mas tarde vió con celoso despecho su felicidad doméstica, el amor que la profesaba su esposo, y el respeto que la granjeaban sus virtudes y su caridad.

Los infortunios de la viuda de Sigisberto no pudieron enternecer aquel corazon cruel: la pobreza de su hermana humilló su orgullo, se avergonzó al verla trabajar como una mujer del pueblo, y su vanidad herida irritó aun mas su injusto encono.

Faraílda nunca opuso mas que paciencia y cariño fraternal á aquella animosidad implacable. Mas de una vez habia recordado estas palabras, que no pueden emanar sino de Dios.

"Si cuando presentais vuestra ofrenda al altar, os acordais de que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, dejad allí vuestro don ante el altar. id á reconciliaros con vuestro hermano, y despues volved á ofrecer vuestro don (1)."

Y suplicó á su hermana por amor de Jesucristo, en nombre de su madre que las habia amado igualmente á las dos, que la concediese una mirada afectuosa, pero el dulce rocío del cielo, ¿puede acaso fertilizar la árida roca?

Bertilde solo respondió con sarcasmos á las palabras de paz de su hermana.

Hacia por tanto mucho tiempo que Faraílda no se acordaba ya de su enemiga mas que en sus oraciones, y únicamente impelida por el aguijon de una imperiosa necesidad, pudo resolverse á implorarla.

Se dirigió á su morada llena de temor y suplicando á Dios que la dictase las palabraselocuentes que habian de salvar á sus hijos de la muerte.

Al fin descubrió el torreon de piedra y las altas ventanas de la casa que habitaba Ber-

(1) Evangelio segun San Mateo.

tilde: concentró sus pensamientos, y subió trabajosamente la escalera de mármol, que terminaba en una puerta entreabierta á la sazon.

La empujó suavemente y se encontró en un gran salon, donde Bertilde, rodeada de sus doncellas, examinaba los trabajos de aquel dia, y daba sus órdenes para el siguiente.

Echó una mirada sobre Farailda, vió su palidez, sus miserables vestidos, y con voz altanera:

—"¿Qué quiere esa mendiga? preguntó. Marchaos, mujer, marchaos de aquí; este no es vuestro lugar: marchaos, ú os haré arrojar de esta casa por mis criados."

—"Hermana mia, soy yo, dijo la viuda, soy Farailda. Vengo confiada en tí, porque eres mi única esperanza. Desde que Dios se dignó llamar á sí á mi marido, desde que perdí en un mismo dia mis bienes y mi felicidad, mis manos no han permanecido un momento ociosas. Yo he mantenido á mis pobres hijos.... pero ahora tú eres mi único amparo! Me rechazarás? rechazarás á la hija de tu madre? Acuérdate, hermana mia, de que corre la misma sangre por nuestras venas, que no tienes ningun pariente tan cercano como yo; que te he querido siempre, y que si en mi juventud pude ofenderte alguna vez, te ruego que me perdones hoy, y me dés mas que la vida..... la vida de mis hijos!"

—¿No basta que nos humilles todos los dias con la vista de tu miseria? Vete, nada tengo para tí!

—Bertilde, hermana mia, no me arrojes así de tu casa! no me hagas espirar en el dintel de tu puerta, piensa en tus hijos! tú sonries cuando se sientan á tu mesa opípara y bien servida; tienes el corazon lleno de contento cuando los acuestas en un lecho de pluma. Los mios no han comido hace mas de treinta y seis horas! los mios están acostados sobre un monton de paja... Oh! Bertilde! Haz por mí lo que haría por tí si te hallases en mi lugar.... En nombre de mis sobrinos, pan! pan para mis hijos!

Y la desgraciada cayó de rodillas á los piés de su hermana.

Bertilde la contempló con aire irónico, y la contestó:

—*Mira, en esa alacena hay pan, pero antes que yo te lo dé se ha de convertir en piedra.*

Farailda comprendió que no tenia nada que esperar.

Se levantó, se dirigió hácia la puerta, pálida como un espectro, porque la vida se agotaba en ella.

—"Ojalá Dios no te castigue en tus hijos," dijo estendiendo su mano hácia Bertilde.

Esta quedó sola: sus doncellas se retiraron hororrizadas.

Una inquietud desconocida, un remordimiento sordo, se despertaron en su alma; pero muy pronto el odio y el orgullo de los réprobos ahogaron aquel sentimiento bueno.

Emprendió de nuevo sus ocupaciones domésticas, llamando á sus doncellas las hizo trabajar á su vista, reprendiéndolas con su dureza y su violencia acostumbradas.

Abrióse la puerta por segunda vez, y se presentó en ella Otto, marido de Bertilde.

Hombre justo y temeroso de Dios, en mas de una ocasion habia intentado, aunque inútilmente, infundir á Bertilde por medio de prudentes palabras y piadosos ejemplos, sentimientos propios de cristiana y de hermana.

En aquel momento regresaba de un largo viaje, hecho á las posesiones y granjas que sus numerosos arrendatarios ocupaban en las riberas del Lis y del Escalda.

—Dios te guarde, esposa mia, dijo acercándose cordialmente á Bertilde.

—Haz hecho felizmente tu viaje?

—Sí, y vuelvo contento. Aquí tienes, añadió sacando una gran bolsa de cuero escondida debajo de su capa, una fuerte suma que te suplico vayas á guardar.

Diciendo estas palabras se acercó á la alacena, donde se guardaban las provisiones del dia, y se escanció un vaso de vino.

Quiso añadir una rebanada de pan, porque se sentia cansado y desfallecido, pero apenas hubo tocado el pan, colocado sobre una fuente de plata, lanzó un grito, y dirigiéndose á Bertilde con acento vehemente y aterrado.

—Mirad! la dijo: la cólera de Dios ha caido sobre esta casa... Venid, y vedlo aquí!

Llena de espanto vió entonces Bertilde que el pan que acababa de rehusar á su hermana se habia convertido en *piedra*, segun sus propias palabras.

Tenia la misma pesadez, la misma dureza.

Temblando, con ese terror que es el úniremordimiento de los malvados, tartamudeó con voz insegura.

—No comprendo este prodigio, y vos Otto?

Su marido la miró severamente.

—¿Habeis rehusado la limosna á algun pobre? dijo al fin. Responded, Bertilde, res-

ponded, por vuestra vida, no mintais!

—Sí, á mi hermana Farailda: ha venido como una mendiga... ha implorado mi compasion, y yo la he despedido.

—Miserable; esclamó Otto, maldito sea el dia en que me uní á tí! Desde entonces cayó la maldicion de Dios sobre mi casa!.... Escucha, repuso despues de algunos momentos de silencio, solo te queda un medio de aplacar mi cólera. Toma esta bolsa; corre á llevársela á Farailda; satisface todas sus necesidades, implora de rodillas su perdon: despues vé á confesar tu crímen á un sacerdote; y que el cielo te conceda un verdadero arrepentimiento.... No pierdas un instante!

El acento de Otto era tan imperioso, tan absoluto, que Bertilde no se atrevió á replicar.

Llena de rabia, porque la avaricia y el odio se disputaban el negro fondo de aquella alma gangrenada, se encaminó á casa de de su hermana; pero los ojos del justo juez la seguian: el oido que no se puede engañar oía las sordas maldiciones de la fratricida.

A medida que avanzaba en su camino, el cielo que hasta entonces se habia mostrado brillante y sereno empezó á cubrirse de densa oscuridad. Las nubes se arremolinaban, y los relámpagos rápidos y siniestros brillaban como una espada fulminante en manos de un guerrero.

Bertilde se hallaba ya tocando á la puerta de Farailda cuando el trueno estalló con ruido espantoso sobre su cabeza.

Por un momento se la vió cercada de rayos lívidos que la enlazaban como serpientes de fuego, y cuando el pueblo se acercó aterrado, solo encontró un cadáver ennegrecido, reducido á ceniza, consumido por la cólera del Altísimo.

En el mismo instante el cielo se serenó; blancas nubes esmaltaron su radiante azul, y á su semejanza la justicia divina recobró, despues de cumplidos sus designios, su inmutable carrera y su majestuosa serenidad.

La multitud sabedora del prodigio acaecido en casa de Otto, se dirijió en masa á la pobre morada de Farailda. Las mujeres se apresuraban, llevando, unas, vasijas llenas de leche ó vino, otras, canastillos con diversos manjares y pan.

Abrieron la puerta, y divisaron un triste y maravilloso espectáculo.

Farailda, tendida en el suelo, se hallaba rodeada de sus tres hijos, que por un esfuerzo supremo habia reunido y estrechado sobre su corazon.

Todos estaban muertos!

Pero de aquellos cuatro cadáveres se elevaba tan brillante luz, se exhalaba tan suave aroma, que todos los circunstantes cayeron de rodillas y cantaron en alta voz las alabanzas del Señor, que castiga y recompensa; que habia herido á Bertilde en medio de sus malvados pensamientos, y colmado de bienes celestiales á Farailda y sus tres hijos.

Esta piadosa tradicion se conseva hoy en Gante, y como comprobacion del suceso se enseñan ann en la iglesia de San Nicolas dos petrificaciones en forma de panes.

Dolores Cabrera y Heredia.

TUS OJOS.

(MADRIGAL).

¿Me pides bella Laura,
Que mire sin temor tus negros ojos,
Que saben tiernos disipar enojos?
Respóndame tu acento:—
—¿Puede al sol contemplarse
Sin que ciego el mortal quede al momento?
Pues si un sol deja ciego al que lo mira,
Cuando allá en el espacio centellea,
¿Cómo pretendes que dos soles vea?

Fernando Valdes y Aguirre.

ULTIMO ACTO DE LA TRAVIATA

POR

Marieta Gazzaniga y Adelaida Cortesi.

[CONCLUSION.]

Apesar de prevenciones y reminiscencias, el génio salió al fin victorioso. Adelaida Cortesi atrayéndose las simpatías de la multitud fué aplaudida en el segundo y tercer acto, siendo este el primer saludo con que la Habana filarmónica demostró su afecto á la sublime artista. Siguieron á la Safo, la Norma, la Lucrecia y el Poliuto, y la prensa periodica, sin exepcion ninguna, la ha llamado gran trágica y excelente cantante, tributándole sin cesar los elogios que son dignos de su talento.

Sin embargo, los Gazaniguistas aun no

creian que pudiera hacer furor en la Traviata; este poema donde la Gazzaniga habia dejado huellas de fuego. El mérito de Adelaida era conocido por todos, pero le esperaba la prueba mas difícil. Aquella Violeta varonil, aquella impía Dama de las Camelias; aquel *Gran dio* que cual grito desgarrador se revelaba contra la impotencia humana; habian causado tal impresion en nosotros que creimos que ninguna voz pudiera disputarle el puesto en nuestros corazones. Los carteles anunciaron, por fin, la Traviata. El público acudió en masa. No era entónces el teatro la copa donde no cabe una gota mas, era un sin número de cabezas que se disputaban palmo á palmo un pequeño hueco. Algunos partidarios de Adelaida esperaban el desenlace trémulos sobre sus asientos. Se habian identificado con ella en Safo y Lucrecia, y hubieran sentido su caida tanto como habian gozado en sus triunfos.

El primer acto de la Traviata fué caracterizado por Adelaida Cortessi de tal manera que ya no nos dejó duda de su gran talento. El público justo lo demostró así con frenéticos aplausos. Sucedieron con igual éscito el segundo y tercer, acto siendo muy notable el sentimiento que derrama en la frase "Amáme Alfredo" cuya repeticion se ha pedido con ruidoso clamoreo. Por fin llegamos al principal objeto de este artículo, que es la descripcion del último acto de la Traviata. Conforme á las ideas de los críticos defensores de Verdi, podemos calificar la música de esta partitura en los términos siguientes: La orquesta empieza por el canto dominante de la ópera, tocado por instrumentos de cuerda, que dan idea del carácter de la infeliz Violeta. El recitado que sigue es sumamente sencillo y característico. "El Addio del pasato" es un canto lleno de inspiracion; el duo entre tiple y tenor revela una pasion melancólica y sublime; el andante "Parig ó cara" tiene toda la popularidad y maestria posibles, en la parte de las modulaciones; y solo pudo concebirlo un hombre que como Verdi está iniciado en todos los secretos del arte. La cavaleta "Gran Dio" aunque llena de inspiracion es el concepto mas simple de la ópera, de manera que segun es la interpretacion así es el efecto que produce. El terceto y toda la última escena es un *frasear* tan característico, adornado de notas tan bien combinadas, que obligan al espectador á no perder ni una frase, ni una sola nota hasta el fin de la ópera.....

Adelaida Cortesi ha interpretado á Verdi de tal modo que la cantante trágica se disputa el lauro con el compositor. La lectura de la carta es correcta, y la frase "en estraño suelo" es un suspiro de amor que llora la ausencia.

Es la desgraciada tísica la que respira, solloza y se lamenta ante nosotros. En el canto de la romanza su voz es tan conmovedora, tan triste, tan resignada, que es imposible que no penetre en el corazon mas empedernido. Ese adios del pasado de la pobre Traviata moribunda, lo canta con una melancolía sublime. ¡Con qué dolor se despide de su juventud al ver marchitas las rosas de su semblante, y pensar que ni una lágrima se derramará á su recuerdo, ni una cruz se levantará sobre su sepulcro! La que canta entónces no es Adelaida Cortesi, es la voz de la muger arrepentida que desea trasformarse en ángel, es la queja de Alfonsina Plessy la verdadera Violeta sepultada en el cementerio de Montmartre. Mas cuando cesa el canto, cuando ella bajo el peso de su angustia y de su enfermedad cae en el suelo de su mezquina habitacion, último refugio de su vida, entónces el cuadro es completo.

El canto de Adelaida en la interpretacion de la cavaleta el "Gran Dio", no es el de la hija de la desesperacion, es la plegaria de un ser purificado por las agonías de una larga enfermedad; no es la furia que con el cabello erizado maldice su suerte, es la muger suplicante la cristiana penitente. Todas las situaciones que siguen al "Gran Dio" conducen á una muerte cuya naturalidad no hemos visto en ninguna otra artista; y que viene á ser el sello de este poema de dolor y de llanto: no podemos entónces sino esclamar con el poeta italiano:—*Religione é soliero á sofferenti*".

Pero no admiramos en Adelaida Cortesi solo pasages aislados, sino un precioso conjunto. Primero el dolor de verse tan pálida y demudada, y sucesivamente el recuerdo de lo pasado, la plegaria á Dios al sentirse morir tan jóven, la súbita esperanza de vida, y por fin una muerte sublime. En todo esto siempre mas conmovedora, no hay frase ni nota que no aumente por grado el interes. Esta artista en toda la ópera, y principalmente en el último acto, puede servir de modelo á la escuela clásica.

Para concluir, diremos que Verdi ha comprendido á Dumas, y Adelaida Cortesi se ha identificado con la concepcion de Dumas y Verdi. Estos tres génios y un solo símbolo llevan el arte á tal perfeccion que solo así se

comprende el entusiasmo que Adelaida ha causado aun entre los mismos fanáticos por Marieta Gazzaniga. Dumas, Verdi, Adelaida, tres espíritus y un ser, tres almas y una sola espresion.

Yo entre tanto al recordar á Adelaida Cortessi en el último acto de la Traviata, esclamo con el poeta latino:—Es un Dios el que se anima y se agita en su interior.

JOSÈ FORNARIS.

AL CEFIRO MATINAL.

¡Del alba fragante sonrisa,
suspiro del viento,
de amor dulce aliento,
Favonio gentil!
Ya al blando batir de tus alas
despiertan las flores,
preciosos olores
rindiendo al pensil.
Ya riza á tu soplo la fuente
sus límpios cristales,
y entre albos cendales
se asoma la luz.
¿No fué por tu acento evocada
durante que umbria
la noche estendia
su denso capuz?
Oh! si! de la noche á la aurora
tú traes la frescura,
y á su sombra oscura
robaste al pasar,
Secretos de amor que murmuras
entre esas violas,
sus puras corolas
haciendo temblar.
Prosigue, prosigue tu vuelo
que al aire embalsama,
y en torno derrama
tan grato frescor.
Prosigue tu vuelo, llevando
del agua el murmullo,
del ave el arrullo,
del campo el olor;
Que presto del Sol la inclemencia
quemando tus alas,
del suelo las galas
marchitas pondrá.
Pues rápidos son en la tierra
lo bueno y lo bello,
y el alma por ello
los ama quizá.
Fugaz, como tú la hermosura,
contemplo y su gloria;
fugaz la ilusoria
fantasma del bien:
Fugaces de amor las delicias,
fugaz la esperanza.....
que á todos alcanza
del tiempo el vaiven.
Y son de nuestra alma las flores
cual las que hora besas,
y en leves pavesas
mañana hallarás.
Y es ¡ay! como tú nuestra dicha
[que pasa cual sueño]
un soplo halagueño,
un soplo y no más,
Prosigue, prosigue sonoro
tu plácido giro,
¡del viento suspiro!
¡Favonio gentil!
En tanto que ostenta la aurora
sus tibios albores,
y siembra de flores
tus sendas Abril.
Prosigue y mi mente encantada
te aspire, olvidando
que cual tú volando
mis años se van:
Que el alba y feliz primavera
huirán tan veloces
cual huyen los goces
que anhela mi afan:
Que céfiro inquieto del alma
siempre es la ventura,
cual es la hermosura
del alma una flor.
Y en la vida del hombre y del año
hay noche é invierno.....
pues solo es eterno
del mundo el dolor.

Elena Gomez de Avellaneda y Cerro.

SECCION TERCERA.

La moda en la Hermosura.

(TRADUCCION.)

Del mismo modo que existe en los trajes y prendidos, hubo y habrá siempre tambien *modas en la hermosura.* Poner en duda el hecho seria pretender que la Diana cazadora ó la Vénus de Milo se parecen á las mujeres de Juan Goujou, de Boucher, de Coysevox,

de David, de Isabey ó á los retratos de Briard.

En todas estas figuras encontramos, siguiendo la crónica del arte, las mujeres reproducidas de tiempo en tiempo, sino precisamente tales como fueron, tales, al ménos, como ellas quisieron aparecer. Y querian sin duda lo que habia decidido la moda. Estas modas se han sucedido y se suceden siempre poderosas, dando la ley sin disputa á la sociedad escogida.

No diremos precisamente que en razon de lo que adelanta la civilizacion, pero sí que á medida que el refinamiento del gusto vá abriendo más ancho campo al capricho, las modas con respecto á hermosura se suceden más rápidas y delineadas.

En los reinados de Luis XIII, y Luis XIV principalmente, no habia mujer hermosa si no era rubia. La condicion era tan explícita que las morenas desconsoladas se vieron en la necesidad de teñir sus cabellos despreciados, y llegaron á hacerlo con suma perfeccion.

El hecho es cierto y aun puedo daros la prueba en una carta inédita de madama de Sevigné. Cuenta la indiscreta..... (en aquel tiempo las mujeres hablaban con cierta libertad, y más esta que leia á Rabelais,) cuenta, digo, á su hija, la historia de un gran descubrimiento que produjo profunda sensacion en la corte. ¡Madama de Chatillon (exclama) no es rubia!..... Se sabe desde que Bussy Rabutin fué arrestado, por ciertos indicios y apuntaciones que se encontraron en su casa. Madama de Chatillon, la célebre blonda ¡*es morena*!..... y acaso morena del negro más subido.....!

Por esto se vé que las rubias eran unicamente las bellas de aquel tiempo. Predominaba en general el culto por la belleza griega, de mórbidas formas, algo colorida y voluminosa. Así fué que el triunfo de la Valliére, que era delgada y pálida, causó una revolucion entre las gentes de buen gusto de entónces. Luego, cuando el favor brilló sobre la tersa frente de la robusta Montespan, la anarquía cesó y todo volvió á su centro.

En el reinado de Luis XV la moda en la hermosura adquirió mayor importancia: pasó de ser un capricho de pormenores á constituirse en verdadero código.

Exijíase una fisonomía para la cara y otra para el cuerpo. Las *piernas de minué* ya acreditadas en tiempo de Luis XIV, llegaron á ser el *sine qua non* de la hermosura. Oh! sí! preciso: piernas delgadas y largas; piernas que desde la pantorrilla hasta la punta del pié, presenten ó parezcan presentar dos líneas casi paralelas..... sin ellas no hay belleza posible.

La actitud del cuerpo se resentia de aquellas líneas violentas: la cintura combada echaba el peso hácia adelante; el cuello estirado, á lo garza, nariz levantada, lábios de gesto provocativo..... tales eran los rasgos que completaban aquella fisonomía *de paloma*, que extasiaba á sus admiradores.

Estas *palomas* tenian que ser forzosamente mujercitas regordetas, elegantes, lascivas, risueñas, conjunto de jovialidad y de malicia, de gracia y de desvergüenza ..... No puede decirse que este tipo se adaptaba al carácter de la época, sino que era la época misma; su encarnacion palpitante.

Despues envejeció aquello y se emprendió una obra de *restauracion*, porque no se quiso aceptar nada nuevo.

Las *palomas* no querian soltar el cétro: se sustituyó la frescura juvenil con un *revoque artístico*; así como la pasion con el cinismo que solo pueden dar los viejos hábitos del desórden.

Gracioso era en verdad el contraste de los añejos Ganímedes y las vetustas *palomas* con la corte jóven de María Antonia, que exijia juventud y novedad bajo todos conceptos.

María Antonia no solo era bella, sino que era Archiduquesa de Austria, reina de Francia, y dicho se está con esto que su gusto tenia que prevalecer y hacerse ley única de la moda. Como se hallaba en la flor de la edad y tenia *sus motivos* para no amar á las *palomas*, todo lo queria jóven: jóvenes caballeros, jóvenes damas, jóvenes ideas, fiestas á la luz del dia en las que no era posible pasar gatos por liebres.

Las bellas á lo Dubarry, las *palomas* ya algo añejas luchaban, sin embargo, heroicamente, para sostener el pabellon. Organizóse el partido de lo antiguo, conspiró, intrigó, y dió por último resultado la celebracion de un gran baile en que echaron el resto de la elegancia y la riqueza todas las *palomas*, pero al que no podia asistir nadie que bajase de treinta años. La jóven reina aceptó el guante queriendo dar una leccion inolvidable á las bellezas apolilladas que la desafiaban.—"Sois grotescas; [queria decirles con aquella leccion;] no creais que pueden rivalizar con nuestros colores vuestras mejillas barnizadas, vuestras frentes despidiendo albayalde; vuestros labios teñidos con carmin. Ya pasasteis: la moda lo nuevo viene á arrin-

conaros: id, lavaos, poneos cófias con grandes lazos, vestidos oscuros de ramajes, y ocultaos en anchas sillas poltronas de enormes orejeras, y procurad adquirir el aspecto venerable que debe ser vuestro solo ornato en lo sucesivo: porqué sois nuestras abuelas, y lo que es peor, abuelas despreciables hasta ahora."

Reunió, al efecto, la jóven princesa algunas de sus mas íntimas amigas, madama de Lamballe, madama de Poix, y otras que tenian como ellas la buena suerte de haber sido excluidas de la funcion, y esta comparsa juvenil se presentó repentinamente en el baile con chinelas, delantales blancos, rodetes y sobre-todos. Lleváronse desde luego la atencion general, no obstante la extravagancia de su *toilette;* porque aquella misma extravagancia era graciosa y atractiva en jóvenes tan lindas y tan frescas. Este fué el golpe de gracia para las *palomas*: quedaron derrocadas definitivamente las *piernas de minué*, las cinturas combadas, las narices levantadas, las cejas teñidas, las mejillas pintadas, las sonrisas voluptuosas de labios untados de carmin.....quedó, en fin, soberanamente decidido que *la moda en la hermosura* solo podia darla la juventud.

Las *palomas* se contentaron con recordar los tiempos pasados, y con referir que no siempre habia sido la juventud omnipotente en modas. ¿No existieron, por ventura, aquellos dias de la Maintenon; aquella edad de oro para las beldades algo añejas? Oh! sí! hasta para ellas hubo sus bellos dias de moda, y nosotros nada vemos de extraño en eso. Se ha dicho que en tiempos de Cleopatra las narices chatas eran una perfeccion. Tan cierto es que no hay realmente tipo absoluto de hermosura, [no hablamos del arte] sino que tambien ella está sugeta á gustos; tambien ella es *una moda*.

Colina.

REVISTA DE MODAS.

LA ELEGANCIA.

Hay ideas erradas que se hacen populares sin embargo, porque la costumbre les comunica una apariencia de verdad alucinadora. A ellas pertenece la creencia general de que para distinguirse por la elegancia esterior, tan agradable en el sexo de la sensibilidad, la delicadeza y la dulzura, se necesita poseer riquezas. Semejante opinion por arraigada que esté se funda sobre falsas bases. El lujo no es la elegancia. El buen gusto es el que la constituye.

Asi lo prueba el empeño conque las mas opulentas damas disimulan bajo cierto aspecto de sencillez el gran precio de sus adornos. Ricos tules forman en torno de su talle nubes vaporosas; encages esquisitos velan á medias su cuello de nacar, flores frescas como las de los naturales pensiles, coronan su frente. Aquellos tejidos frágiles y sutiles cuestan un caudal, aquellas flores cuyo rocio se compone de diamantes y perlas importan crecidas cantidades. Pero el discreto tacto de la bella que los usa sabe ocultar el orgullo de la ostentacion con la gracia de la sencillez aparente, y suavizar el resplandor altivo de la pedreria con las hojas de rosa del modesto vergel.

El peregrino arte con que la jóven de buena sociedad hace valer su trage de muselina y su tocado de cintas, forma la desesperacion de la *parvenue*, que en vano imitar pretende con sus pasos de plomo el ligero vuelo de la mariposa. Cuanto mas se carga de brocados y de joyas tanto mas se reconoce su poco hábito de llevarlos Y mientras su falta de gusto se manifiesta en la misma aglomeracion de sus galas, la verdadera elegante con un vestido de tarlatana y una guirnalda de rosas ó azucenas, cautiva todos los corazones.

Algunos consideran la elegancia en la muger una cosa secundaria. La esperiencia ha demostrado, no obstante, que para nuestro sexo es cuestion de primer órden. ¿No nace el amor amenudo de las ilusiones que causa una *toilette* distinguida, un selecto perfume, un color favorito que llega á indentificarse con la jóven que lo prefiere? Yo he visto á uno de nuestros mas solapados *dandys* palidecer al vislumbrar un vestido azul y al aspirar el aroma de los azahares. Antes que los desengaños y el egoismo del mundo endurecieran su pecho, antes que en él se marchitara la flor de poesia que en la aurora de la vida se abre en el alma mas seca, antes en fin que aprendiera á creer el sentimiento locura y la confianza necedad, una vírgen que se adornaba siempre con el tinte hermoso del cielo, que exhalaba de sus ropas la grata fragancia de los capullos del naranjo, y que revelaba hasta en la armonia de su prendido su delicadeza moral, le habia inspirado esas inefables emociones que jamas se olvidan. Entonces el mancebo sensible y afectuoso conoció el sincero amor, la generosa fé, el santo entusiasmo. Por eso hoy el hombre receloso y astuto se inmuta aun al fijar los ojos en el color celeste y al aspirar el perfume agradable que lo deleitaban cuando era joven de alma y de cuerpo. ¡Ay! Ellos le recuerdan el tesoro que perdemos con la muerte de nuestras ilusiones. Ellos le dicen que toda la ciencia del mundo vale menos que la confianza, la inesperien-

cia y la espontaneidad de la edad venturosa en que preferimos amar á ser amados.

Victor Hugo ha llamado al matrimonio la tumba del amor; Byron osó calificarle antes de infierno sin salida, como aquel en cuyas puertas escribió el autor de la Divina Comedia "*Lasciate ogni speranza voi ch entrate,*" y Larra, mas equivocado todavia que ambos respecto al asunto, por romper los lazos que su inconstancia juzgaba pesadas cadenas, privó á la madre patria, en un arrebato indisculpable, de uno de sus mas ilustres hijos. Dejando á un lado la opinion comun de que por la regular los poetas y novelistas no son los mejóres maridos—opinion á que acaban de prestar apoyo los célebres escritores ingleses E. Bulwer y C. Dickens, divorciándose de sus esposas—pienso que nuestro sexo tiene en gran parte la culpa de que Cupido huya tan presto del domicilio conyugal. Muchas jóvenes apenas se casan comienzan á descuidar su persona, objeto durante su noviazgo del esmero mas asiduo. Con frecuencia el esposo al regresar á su morada, deseando hallar bajo su techumbre el dulce recreo que lo indemniza de la aridezde sus negocios encuentra allí en vez de la beldad graciosa y elegante á quien se unió con transportes de júbilo, una muger desaliñada é indolente en la cual ya no reconoce al ídolo de sus amores. La pulcra y linda novia, siempre prendida con gusto, la encontraba como una vírgen divina; la consorte mal vestida y peor calzada le desilusiona como una criatura vulgar. Si el sexo femenil comprendiera sus verdaderos intereses podria evitar muchas penas de que se lamenta ahora considerándolas irremediables.

Nada hay tan desacertado como esta esclamacion que he oido salir de los labios de mas de una casada: "Yo tengo ya marido y no necesito por consiguiente pensar en galas ni perifollos." Te engañas, esposa irreflexiva. Nunca debieras ocuparte tanto de tu tocador como desde que él ha de ayudarte á conservar la felicidad doméstica. Teme, teme que tu compañero no hallando en ti los atractivos que adoró, vaya á buscarlos en otra. Su inconstancia casi quedará justificada por tu poco empeño en impedirla. Cuando te dispones á asistir á una fiesta, donde solo han de contemplarte personas indiferentes, te cubres de seda y encages; cuando te vistes para el elegido de tu corazon apenas arrojas una mirada al espejo. ¿No eres pues, la primera en mostrarte tibia y veleidosa?

Otra esclamacion tan errada como la anterior es la siguiente, que al par se encuentra á cada rato en boca de las casadas descontentas con su destino: "Las mugeres inútiles que únicamente viven para la disipasion y la vanidad son las mas amadas de sus maridos. Estos señores quieren por mal." Segunda equivocacion. No ven los defectos de esas mugeres los que les dan imperio sobre sus consortes; es el prestigio de su elegancia el que prolonga las ilusiones que les han inspirado. Si vosotras, las que hablais asi, unir supierais al mérito de la virtud la gracia y el encanto sin los cuales las cualidades domésticas son respetables pero no atractivas; si ademas de buenas fuerais amables esposas, el amante de vuestra juventud no se trocaria (con escepciones raras) en el tirano de vuestra edad madura. ¡Ah! tened presente que de las pequeñas cosas suelen provenir los grandes resultados.

Léjos empero de mí la idea de inducir á la madre de familia á convertirse en *muger á la moda*, reinado peligroso, frívolo cetro que no codicia ninguna jóven sensata. La esposa honesta y pura no debe conocer la coquetería que mancha, ni las falacias que envilecen. Pero al vivir para sus santas obligaciones y para sus honrados afectos, puede coronar de rosas sus tranquilos penates, puede conservar sus elegantes costumbres, y puede continuar apareciendo bella y seductora sin que su conciencia la acuse de otros proyectos de conquista que los de ser siempre una Armida para su lejítimo Reinaldo.

La Elegancia es hermana de la Moda. Hállanse ambas tan unidas que no se diferencian entre sí. La última, sin embargo, tiene rarezas y caprichos que necesitamos examinar antes de adoptarlos. Cuando pone en boga telas y hechuras que no nos favorecen, manda la prudencia que introduzcamos en sus decretos oportunas modificaciones. En el tocador, como en todo, se hacen indispensables la discrecion y el buen sentido para conseguir el ansiado éxito A veces el peinado que aumenta la poesía del rostro pálido y sentimental, destruye la hechicera viveza del risueño semblante que respira alegría y placer: á veces..... Pero prefiero citaros una prueba evidente de la verdad de aquestas reflexiones á seguir emitiéndolas.

Aunque la historia nos ha referido que allá á mediados del siglo antepasado la célebre Atenais de Montespan suplantó á su no menos famosa rival Luisa de la Valliére en el corazon de Luis XIV, no nos ha iniciado en los medios de que se valió para obtener tan difícil victoria. Pues bien, parece que la tierna Luisa—á quien su brillante oprobio pesaba ya como una corona de espinas—atormentada por la vergüenza y los remordimientos habia perdido la fresca morbidez de la temprana edad. Su alma pura sufria tanto en su cuerpo manchado que lo habia aniquilado con sus ajitaciones. La soberbia Atenais vió su elegante delgadez, que cubierta con flotantes ropajes era antes una gracia que un defecto, y resolvió aprovecharse del lado *flaco* de la modesta favorita para destronarla.

Al efecto desterrando con un golpe atrevido las gorgueras altas, que se usaran hasta enton-

ces, y las mangas ceñidas que llegaran hasta el puño, presentóse en un baile de Versalles con el corpiño tan escotado y los brazos tan descubiertos que al mirarla padecia el pudor. En una corte tan galante, sin embargo, como la del monarca cuya rijida y devota vejez espió los escesos de su juventud, se perdona fácilmente la audacia de la arrogante Atenais, merced á la perfeccion de sus formas. Luis XIV quedó deslumbrado con la blancura de aquel cuello de cisne y de aquellos brazos de mármol, sobre los cuales lucian sartas de perlas igualmente níveas, y sin los poderosos recuerdos que lo ligaban á la pobre Luisa le hubiera sido desde luego infiel.

Adivinó la Valliére lo que pasaba en el alma del inflamable soberano, vió ademas la fascinadora hermosura de su contraria con aquel garboso atavio que al momento se puso á la moda, y cegada por los celos asistió al primer sarao de Palacio con un trage igual. Al arrojar sus pudicos cendales Luisa se habia despojado de su verdadera belleza—la modestia y la ruborosa timidez que la asemejaban al lirio puro, aun en medio del cieno en que habia caido. El rey no conoció á su poética amante, en aquella mujer de descarnado cuello y de huesudos brazos, que locamente ostentaba las faltas de su conformacion. Luisa le pareció no solo fea sino tambien tonta, pues carecia del instinto femenil que hubiera debido servirle de diestro guia en los misterios del tocador. Envuelta en sus graciosos velos de tul encontrarala el monarca ideal y vaporosa como los ensueños de la juventud primera, privada de ellos juzgola el esqueleto acusador de la muerte de una pasion culpable. Y apesar de la máxima francesa,

On revient toujours
A ses premiers amours

Luis no volvió nunca á Luisa, que fué á expiar en un convento su estravio, su desengaño y.... su torpeza en materia de modas.

Lás que ahora imperan en la Habana indican que se aproxima la primavera. Los brocados, damascos y tisus van desapareciendo. En lugar suyo las tarlatanas salpicadas de un rocío de plata y oro, los tules bordados y las gasas de brillantes matices obtienen general aceptacion. Las rosas florecen con anticipacion en los vergeles cubanos, las mariposas nacen prematuramente bajo el ardiente cielo tropical, y la moda que se apresura á someterse á las exigencias del clima en todos los paises cultos, destierra aquí desde Marzo los vestidos de abrigo que ha tolerado apenas durante Diciembre, Enero y Febrero.

Infinitas veces han anunciado los periódicos la muerte del malakoff, asegurando que la Emperatriz Eugenia habia espedido en contra suya, desde la capital del mundo elegante, la ley del ostrasismo. Falsa ha salido semejante noticia. El malakoff lejos de haber caido en desgracia prosigue gozando de un favor sin límites; en lugar de haber perdido en amplitud aumenta cada dia sus dimensiones. Muchas temen sin embargo respecto á él la reaccion inevitable que á todas las exageraciones sucede. ¡Dios quiera en efecto que la moda despues de hacernos gastar en un vestido treinta varas de gró ó muselina, de obligarnos á barrer el suelo con la luenga falda, y de convertirnos en una especie de globo aerostático, no tenga el capricho de mandarnos adoptar de repente el saco, ceñido que casi no permitia dar un paso á nuestras respetables abuelitas! Todo debe temerse de esa antojadiza deidad.

Los talles cortos y las anchas mangas continuan usandose, como tambien la doble saya y los bullones ó tufos para guarniciones. La Sra. doña H. F. de A. llamaba la atencion la otra noche en el teatro por la frescura y la novedad de su trage. Era este de tul ó gasa blanca con bullones color de rosa de Bengala, que surcando la saya, las mangas y el corpiño con primorosa simetria, producian encantador efecto. La gallarda H..... con su dorada cabellera y su nacarada tez, podia compararse así á la rubia aurora rodeada de albas y carmíneas nubes. Una mujer bella y bien prendida es bella dos veces.

Pero no solo á la juventud está reservada la elegancia. A todas las edades se adapta ella sin incurrir en el ridículo. Las joyas, los colores serios y los ricos tegidos armonizan con la grave estacion de la vida en que predomina la solidez. Yo conozco una señora ya entrada en años que con sus tocados negros ó morados sobre sus cabellos grises, sus pañoletas de blanquísimo olan sobre su trage de seda ceniciento ó carmelita, y sus manteletas de terciopelo oscuro sobre sus hombros que han llevado con dignidad el peso de la existencia, hace parecer hermosa la vejez. La indicada señora posee la venerable coqueteria de la ancianidad digamoslo así, que proporcionaba á la famosa Mme. de Recamier tantos amigos en su otoño como admiradores en su primavera.

Aunque en Europa no permite la moda á las jóvenes solteras llevar pedreria, en Cuba las autoriza á usarla. Sin atreverme á decidir si se muestra ó no sensata en semejante concesion, aplaudo el buen gusto que lo ha inducido á poner ahora en boga las perlas. Es adorno que tiene algo de oriental, no posee el orgullo del diamante ni la presuncion del ópalo, que parecen elejir por preferente asiento las frentes aristocráticas. Lindo y modesto armoniza con la belleza y la juventud á cualquier clase que pertenezcan. Ya rodeen, formando gruesos anillos, un cuello de alabastro, ya se mezclen con unos lustrosos cabellos, ya guarnezcan una ondulosa falda, siempre son bonitas y oportunas las per-

las. Teneis razon en amarlas, discretas lectoras, pues aunque los poetas dicen que significan *lágrimas*, basta verlas en el estuche de coral de vuestra boca para conocer que significan *sonrisas*.

Desde que la Cuaresma ha comenzado, la moda se ocupa con predileccion de los trajes de Iglesia. Las mantillas á la española con blondas y terciopelo, los vestidos de *moiré antique* y de gró de cordoncillo con grandes chaquetas ó levitas están á la *derniére*. Creo inútil añadir que esos vestidos y esas mantillas son negros. La costumbre de llevar al templo católico colorines y perifollos no se ha generalizado nunca entre las legítimas *fashionables*.

En fin, la moda es la poderosa soberana que dicta leyes; la elegancia el diestro ministro que sin hacerla imprudente oposicion modifica sus decretos de manera que la órden, mas absurda se convierte en beneficio incontestable. ¡No lo olvideis!

FELICIA.

PARTE TELEGRAFICO DE LA ELEGANCIA

A LA SRITA. FELICIA.

Encantada de las líneas que me dedicas ¡oh inteligente cronista de la *Moda*! revindicando mi gloria y haciendo conocer al mundo *comm'il faut* (perdóname esta frase pues no puedo prescindir de que la Francia es considerada patria mia) el enorme gatuperio de los que confunden mis leyes con los caprichosos escesos del lujo desenfrenado, no puedo ménos de mostrarte mi gratitud, despachándote este telègrama desde cierto palacio en que resido habitualmente hace algunos meses.

Quiero que sepas por mí misma, para que puedas [con la debida reserva] comunicar la noticia á las suscritoras de ese periódico naciente que se me muestra adicto, que he adornado con mis propias manos dos deliciosos trajes que acaba de recibir de Paris mi favorita la jóven y bellísima condesa de S... A.. y que son de la mas distinguida novedad que mi hermana *la Moda*, guiada por mis consejos, puede presentar en esta época á la admiracion de los inteligentes.

Contando con tu discrecion te revelaré ¡oh Felicia! que son dichos trajes, el uno de tul blanco lleno de graciosos bullones salpicados de grupitos de plumas, ó sean marabues, semejantes à ligeras espumas: el otro de rico encaje negro, adornado con campanillas color de rosa de un efecto admirable. Acompañando á estos vestidos han venido preciosos adornos de cabeza, uno de los cuales—que consiste en una redecilla de perlas ostentando á un lado una blanca pluma y al otro un grupo de rosas—es el que corresponde al traje de tul blanco que te he descrito.

Tampoco quiero que ignores que han salido recientemente de las hábiles manos de la Garbeille, entre otras novedades marcadas con mi sello, tres *túnicos* encantadores que verás pronto realzando las gracias de cierta rubia hermosa que descuella en mi imperio. Uno de dichos trajes es de gró celeste con doble falda y anchas listas chinés blancas y azules. Ricos encajes de oro y bullones de tul con cintas de raso, guarnecen ambas faldas, y la berta, que es redonda, lleva adornos análogos, como tambien las mangas. El corpiño tiene al rededor un gracioso rizado de la misma tela del vestido.—El segundo *túnico* es de granadina á cuadros rosa y blanco, con listones de seda sembrados de capullos de rosas. Este vistoso traje consta tambien de dos faldas y su corpiño ostenta una elegante *draperia*.—El tercer *túnico* es tambien de granadina, color lila, listas al traves sembradas de *puchas* á la jardinera, dos faldas, y al pié de cada una rizados de cinta lila. La berta y las mangas adornadas coquetamente con espumilla salpicada de marabues y corales.

Para el primero de los tres vestidos que acabo de pintarte ligeramente, ha confeccionado Madama Marquier un adorno de cabeza muy distinguido, y que consiste en ancha trenza de cordoncillos de oro—forma à la emperatriz—con lirios azules á los dos lados.

Debo mencionar tambien otro precioso vestido que lucirá la bella señora de T.... pero ¡ah! son tantos los preciosos vestidos de bellas señoras que pudiera citarte!.... Y ¿cómo hacerlo si vuela el tiempo y la prensa está ya *tirando* (transijo con las voces tècnicas aunque sean algo bárbaras) tu *Revista de Modas*? Solo es posible añadir, por hoy se entiende, que sigo resuelta á favorecer siempre con mis inspiraciones á las lindas hijas de esta hermosa Isla que me rinden culto tan constante, y que como no se limitan mis incumbencias á los secretos del tocador, sino que tambien me introduzco en los gabinetes de los escritores y escritoras (que no soy de los que distinguen sexos en el talento) y los dirijo con particular amor—cuando veo que no se dejan seducir por mi enemigo irreconciliable *el mal gusto*,—ofrezco igualmente no abandonarte á tí, para que cuanto trace tu pluma lleve siempre, como hasta ahora, mi sancion inestimable. Tu fiel amiga

La Elegancia.

P. D.—Ah! olvidaba decirte que voy á publicar un decreto ordenando que todos los que pertenecen á mi imperio adornen sus salones ó jardines con algunas de las graciosas estátuas obra del artista Mr. Garbeille: más aun; recomiendo especialmente *á la que se reconozca reina entre mis favorecidas*, que ostente pronto en su gabinete de *toilette* la rica mesa de mosaico de mármoles que he confeccionado yo misma en el taller del nombrado escultor, y que, como la manzana de Páris, está diciendo — *para la mas bella*.

CRONICA DE LA QUINCENA.

¡Señor...! ¿Y *Periquito*?—preguntarán las bellas suscritoras del *Album Cubano*, al leer mi humilde nombre al pié de estas desaliñadas líneas.

Periquito semejante á un meteoro, brilló un momento y desapareció. Con este motivo voy á tener hoy el inefable placer de ocupar su puesto *entre ellas*, y para no ser lo que él modesta y donosamente se llamaba,—esto es, *un zángano* inútil en una república de laboriosas abejas,—heme aquí con mi pluma en ristre; pues aunque no la elegante y graciosa del festivo *Periquito*, es al fin y al cabo una pluma que puede escribir revistas. Entro, por tanto, en el ejercicio de mis funciones y me declaro un hombre todo *noticias*.

Con mi libro de memorias en la mano, y el lápiz en el bolsillo, recorro las calles de la capital mirando detenidamente á todo el mundo; porque se me figura que cada hombre lleva grabadas en el rostro las novedades que para el

cumplimiento exacto de mi obligacion he menester.

Si el viento sur sopla mal negocio para el revistero, en atencion á que no es muy halagüeño para quien tiene el deber de investigarlo todo, verse acometido á cada momento por el *simoun* del desierto.

Con la mano izquierda en un ojo, y la derecha sujetando el sombrero, con el libro debajo del brazo, y el ojo derecho puesto en los piés, yo el cronista de lo *bueno y lo bello* intento á duras penas avanzar por esas calles, que á cada paso avisan al que en busca de noticias anda, que los tropezones son una necesidad para todo el que camina, aunque sea por la senda de los progresos.

Indago acá y pregunto allá: como estamos en *Carnestolendas* creo que todo el mundo me engaña. Sin embargo, bien comprendo que quizá nunca somos los hijos de Eva tan sinceros y veraces como cuando cubrimos con una careta de seda ó carton la otra careta social que cada uno lleva habitualmente.

Entro en un detestable *Restaurant*, y oigo á los que pagan quejarse de las malas comidas y del peor servicio.

Se me figura que el dueño anda de *bromas*, y abusa de la buena fé de sus parroquianos.

Cosas de *carnaval*, (digo) y sigo mi marcha.

Saludo á una jóven, la cual me notifica que me debe un abrazo.

Considerad mi sorpresa y mi gozo al recibir tan agradable nueva, pero de pronto la que parece niña deliciosa me suelta un ¡*compadre*! entre una bocanada de humo de tabaco, y recuerdo que estamos en *carnaval* y que nada puede tomarse por lo que parece. ¡Pícaro carnaval!

Las famosas saturnales de Roma son, segun la opinion de gente sábia, el primitivo orígen de esta fiesta.

En los tiempos fabulosos se consagraba á *Saturno*, y hoy se consagra al Dios-Baco, que no es mucho correr.

Augusto ordenó que las saturnales se celebrasen durante tres dias, y andando el tiempo apareció, como llovido del cielo, un tal D. Calígula y le añadió uno mas, es decir el domingo de Piñata.

Este Calígula es el autor del rabo del carnaval, y Augusto y Calígula deben ser bendecidos al presente por todos los fámulos y personajes de esa laya que existen en la Habana.

¿Qué amo por paciente que sea, puede soportar á sus criados durante estos tres dias?

El cocinero se va de máscaras, y no hay que decir que no se cena. Gracias que se coma.

El mozo de plaza toma una real turca, y seguro está que parezca en todo el dia á traer las viandas.

La criada de mano empeña ó vende un vestido para comprar los requisitos necesarios y confeccionar un ponche: gracias sino se lleva ademas las colchas de la cama en que el niño duerme, para edificar una tienda de campaña frente de Escauriza.

Comparsas que alborotan, chiquillos que chillan, bailes en todos lados, bromas aquí, pendencias allí, risas acá y llantos allá, así anda ello.

Triste del que se atreva á penetrar entre la apiñada muchedumbre para admirar los ejercicios de los acróbatas, pues de seguro saca la nariz aplastada ó un chichon en la frente, que le haga cantar como el marques en *Jugar con Fuego*.

Ay! Duquesa, Duquesa, Duquesa,
no vales el susto
que me haces pasar.

Tales son las ventajas de Carnaval, tales los resultados de mis investigaciones sobre esta fiesta tan deseada por unos, y tan deplorada por otros.

Artículo de otra cosa.

Si las noticias fueran como el *vino* y el *tabaco*, que á medida que el tiempo pasa por ellos ganan en valor, deberian celebrar grandemente los lectores del *Album Cubano* el atraso con que salió [por causas ajenas á la redaccion] el primer número de dicho periódico; pues á causa del mencionado atraso me veo hoy obligado á pasar revista no á la última quincena solamente, sino á todos los dias comprendidos entre el primero de Febrero—que debió aparecer la primera entrega—y el primero de Marzo que [Dios mediante y queriendo el impresor] saldrá esta por esos mundos á correr aventuras.

Gran necedad dijo el que dijo, que en la Habana no ocurria nada, y que en este pais no abundan los espectáculos divertidos.

Cáspita! ¿pues qué más diversiones que las que, con gran contentamiento del público, ofrecen hoy Maretzek, Chiarini y otros grandes hombres por el estilo?

Maretzek ha cambiado de piel como las culebras, y parécenos que con la nueva ha de irle mejor que con la antigua.

Gran conocedor del público habanero, si bien no ha cumplido todo lo que ofreció, tampoco ha dejado mucho que desear.

Al anunciar la apertura del último abono ofreció la empresa cuatro óperas nuevas en la presente temporada, á saber: "La Favorita", "La Semíramis", "Don Giovanni" en la que tomarian parte las dos primeras damas absolutas, y "Cristobal Colon".

Ahora bien, la Favorita ofrecida en el penúltimo, se ha puesto en escena en el presente, la Semíramis tambien, ¿y Don Geovanni y Cristóbal Colon?—¿Qué se hicieron?

Los abonados pares y los idem nones, se quedan sin admirar al descubridor de la América y sin aplaudir á D. Giovanni; en cambio la em-

presa con la "Traviata" por última vez, con el "Trovador", la "Sonámbula", la "Saffo" y tal ó cual ópera muy vista y oida, ha cerrado el último abono.

Pero el empresario dirá sin duda: ¿Qué falta nos hacen Cristóbal Colon, ni D. Giovanni, teniendo el dó de pecho de Musiani?

Las óperas nuevas no son para todos los dias.

El tenor Errani ofreció su funcion de gracia compuesta de los mejores actos de algunas partituras recibidas por el público con aceptacion.

El público, sin embargo, no asistió á ella y francamente no acierto las razones que motivaran esta *indisposicion del público.*

Lo cierto es que el Teatro estaba desierto. Las nubes, llorando la mala ventura del beneficiado, derramaron abundante lluvia sobre esta seca humanidad que esteriliza las mejores esperanzas.

La Prensa de la Habana se dirigió á la empresa pidiéndole otra funcion de gracia para Errani: todos sabemos que la Empresa oye bien, lo cual no quiere decir que en esta ocasion no fuese completamente sorda.

Poco despues ofreció Musiani su beneficio y la concurrencia fué regular, gracias al *do de pecho*: esta nota es un tesoro.

Errani canta bien, es buen actor; pero no da el *do*, esta es una falta imperdonable: *sin do* no hay *do-blones.*

La empresa ofreció á los abonados pares *La Semiramis*, en cuya ejecucion solo lucieron la señora Gassier y Srta. Phillips.

Errani no estuvo tan bien como en la *Traviata* y la *Lucia.*

El coro de mujeres desafinó, y si mal no recuerdo no solo desafinó en el segundo acto sino que perdió el compás. No falta quien diga con este motivo, que las continuas tertulias entre bastidores secan las fauces &c.

La Srta. Phillips ofreció la noche de su beneficio la ópera de Pacini *Saffo* y el bolero de las Vísperas Sicilianas, que cantó admirablemente la Sra. Gassier.

Adelaida caracterizando á la poetisa de Lesbos, está inimitable. En el último acto la inspirada trágica conmovió al auditorio, arrancando frenéticos aplausos: fué llamada á la escena repetidas veces.

El mártes de Carnaval la empresa anunció en el gallinero de la puerta de Colon *La Traviata* y el *do de pecho.*

El Napoleon de los empresarios fué embromado por el público, ni los mas fervientes admiradores de la Ristori lírica, parecian por el teatro la citada noche.

Cuando la orquesta tomó posesion de sus asientos apareció en la embocadura, á guisa de anuncio, un individuo que dirigiéndose á las 36 personas que ocupaban todas las localidades del coliseo, dijo en muy mal español. *Respetable público, se suspende la funcion por órden de la autoridad.* Yo creo que hubiera dicho mejor lunetas y palcos, en atencion á que no estais ocupados, lo cual siente la empresa mucho, suspendemos *la Traviata* sometiéndonos á la *autoridad del público.*

La gran novedad deseada por todos fué el *festival* que el célebre Gotschalk nos dió en el gran teatro.

La concurrencia era escogida y numerosa.

Era de ver en los altos salones del coliseo á un centenar de afligidos que tuvieron la imperdonable falta de acudir tarde, andar de la tertulia á la cazuela, y de la cazuela á la tertulia, buscando un lugar donde poder presenciar la fiesta, y en honor de la verdad no logrando otra cosa que dar sendos pisotones al público.

Hubo quien quiso imitar al hombre mosca é intentó andar por el techo.

No puede pedirse mas entusiasmo por el divino arte.

El teatro en la citada noche ofrecia un aspecto sorprendente y magnífico.

Me creí trasportado al Olimpo.

El Excmo. Sr. Capitan General con su linda y elegante esposa la jóven Condesa de San Antonio, ocupaba el palco de la derecha. Las señoras de S.... V..... de A..... de M..... de T..... de H.... de P.... de C.... de O..... de R,.... de J..... y las Srtas. de L.... de O.... de S.... de E.... de C... de B.... y otras infinitas lucian, como en competencia, sus ricos trajes y sus hermosas caras.

Quien no ha visitado á la Habana, no ha visto el cielo con sus ángeles.

Al levantarse el telon la sorpresa fué general: todos cuantos músicos y aficionados existen en este pais tomaron parte en el *festival.*

Gotschalk sobre un tablado dirigió con mano maestra la batuta y todo marchó como del buen talento de este célebre artista debió esperarse.

Una sinfonía romántica titulada *Noche de los Trópicos*—Un *potpurri* de aires cubanos dedicado á la señora Condesa de S. Antonio,—y una composicion denominada *Escenas campestres en Cuba*, fueron las piezas que el eminente pianista compuso, repartió y dirigió. Los esposos Gassier, la Srta. Phillips, Musiani, Errani, Florenza, Gasparoni y Zannini y el cuerpo de coros, acompañaron al héroe de la funcion en el feliz desempeño de ella.

La gran marcha á toda orquesta dedicada á S. A. R. el príncipe de Asturias, es una escelente cosa en su género.

La concurrencia salió sumamente complacida.

Gran chasco se llevaron los que se situaron en la calle de San Rafael creyendo que el festival seria un alboroto terrible que se difundiria por dos leguas á la redonda.

Despues de hablar del gran concierto Gotschalk, ¿qué otra cosa juzgaremos digna de men-

cion, como no sean los dos beneficios de las dos apreciables primas donnas?

El hombre ama la lucha; mas, no puede vivir sin ella. Esto explica el por qué en la tranquila Habana hay siempre partidos furibundos que ora se llaman Gazzanigos y Fresolinos, ora Cortessinos y Gassieristas. ¿No seria mas racional y justo aplaudir y admirar todo lo bueno, sin rebuscar gérmenes de rivalidades? Sí, pero entónces no habria contradiccion, no habria lucha, y lo que amamos es la lucha y no á tal ó cual cantatriz.

El caso es que, gracias á ese instinto de combate, las funciones de gracia de nuestras dos actuales primas donnas han sido abundantísimas en aplausos frenéticos y en coronas, puchas y aun algo *mas sólido*. Esto no quiere decir que las funciones que mencionamos no merecieran ser bien recibidas aun cuando no existieran bandos entusiastas; pues declaramos (nosotros que no somos *claquers* de ninguna parcialidad) que en ambas noches nos pareció muy bien todo, y que ambas beneficiadas merecieron nuestros *bravos*. La Cortessi hallará pocas rivales de su talento y sentimiento dramático, de su maestría en la escena y de su escelente método. La Gassier pesee une dulzura y flexibilidad de garganta que casi nos hace olvidar que le hace falta un poco mas de alma, un poco mas de movimiento y pasion. Felicitamos, pues, á ambas con igual sinceridad por sus merecidos triunfos, y damos gracias á sus respectivos campeones por habernos divertido con esos inocentes combates en que no corre sangre, y (lo que es aun mas raro) no ha habido derrota para nadie y sí contento para todos.

Se nos exigirán todavía mas noticias? ¿Querrán las bellas suscritoras del *Album Cubano* que les anunciemos el próximo concierto que dará en los salones del Liceo un artista casi niño, que ya es sin embargo, una notabilidad? Pero ¿quién no sabe á estas horas todo lo que pudieramos decir de ese *Napoleoncito* del arte, que no quiere desmentir su glorioso nombre?

Está bien—nos parece oir que exclaman las complacientes lectoras de estas mal trazadas líneas—¿mas como hemos de pasar el que no nos digas nada de la Vernay y del rico regalo que le hizo la bella esposa de nuestro simpático Capitan General?—Sabed, queridísimas lectoras (les responderé) que tengo una manía de la que me es imposible prescindir; la cual manía—os lo confesaré muy en secreto—es que no me gusta el violin en manos femeniles.—¡Tiene tan poco de graciosa la actitud que exige ese feo instrumento!..... Sin embargo, por daros gusto diré, sin mas ambages, que Madama Vernay merece la distincion que ha debido á la Exma. Sra. Condesa de San Antonio.

—Quereis mas todavía?—Corriente.

Paso de un salto de los artistas á los elefantes (con perdon de aquellos, se entiende,) y os presento un par de cuadrúpedos de diez y seis piés de altura el uno y no sé cuantos el otro. Jesus! que miedo!

J. E. Bacon (no le creo pariente del célebre personaje de igual apellido) es feliz propietario de estos dos famosos brutos, y los hace marchar á paso doble, acostarse, tocar el órgano, y despues se pasea sobre ellos con la misma seguridad que un filarmónico por la Alameda de Paula.

Y pasando ahora de los elefantes á los artistas, [con la correspondiente salvedad] fuerza es confesar que Chiarini reune una excelente *troupe*; así los aplausos son muchos y las pesetas son mas en estas funciones de despedida.

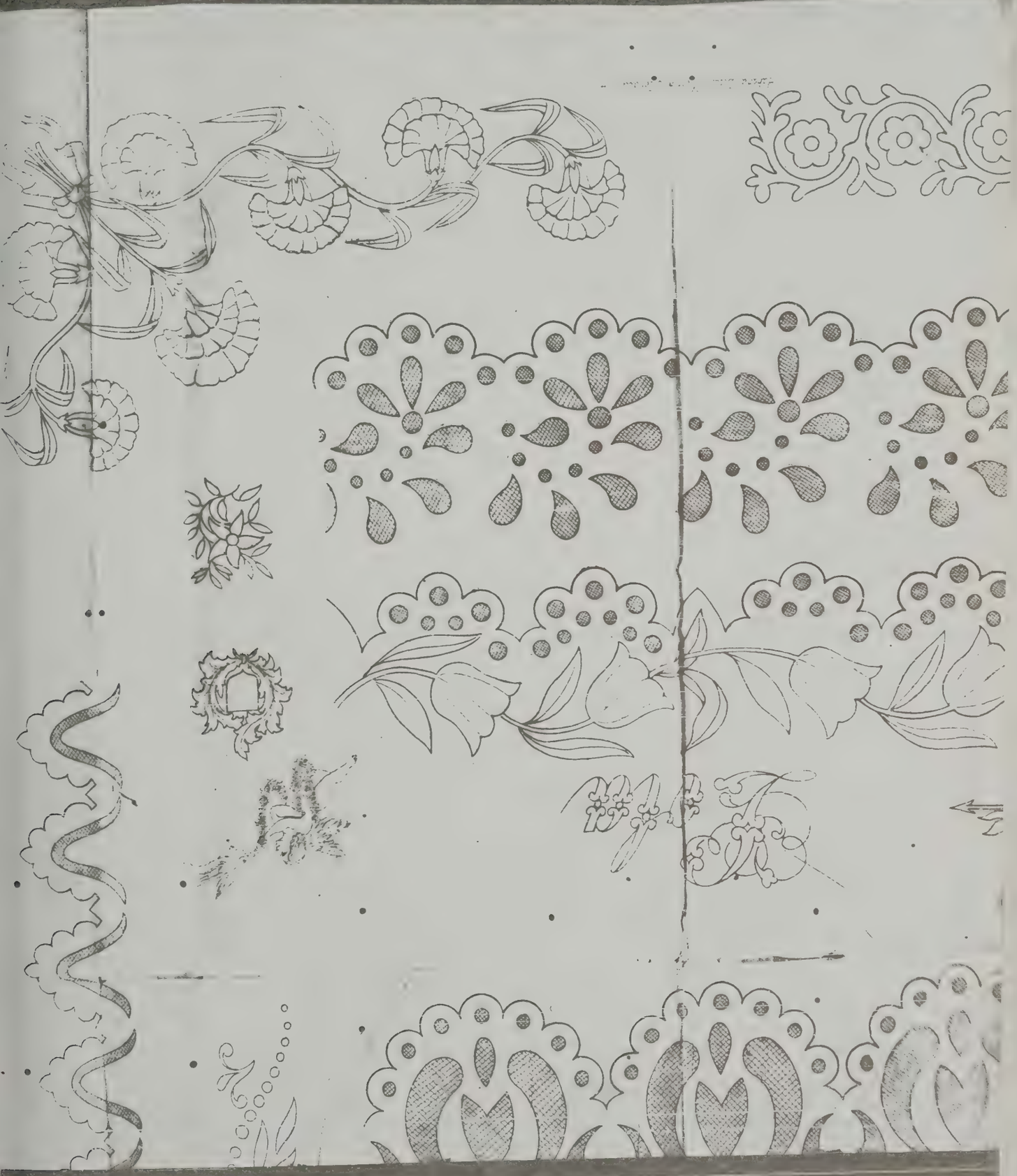
¿Falta algo todavía?

Ah! reparo que hablé del Carnaval y tanto me mareó su bullicio que pasé por alto lo mas importante. Pero lo hecho hecho: concluiré sin decir que los bailes han sido brillantes, tanto en Tacon como en el Liceo, y ni aun quiero augurar que esta noche [estamos en el domingo de Piñata) nos divertirémos todos grandemente bailando hasta sudar el quilo.

Es el último adios de la locura y entra la razon á enseñorearse de la Cuaresma; tiempo de penitencia; tiempo santo en que las novedades serán sermones, y los triunfos cilicios.

A este solo recuerdo la profana pluma se me cae de la mano y os dejo; ¡oh temibles suscritoras del *Album Cubano*! os dejo para rogar al Señor que me libre de caer en la tentacion de pensar en vuestros lindos ojos durante este tiempo de ayunos, porque con el estómago frio y la cabeza caliente ¿á donde iria á parar vuestro servidor

Victor Caballero y Valero?



ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

DE LA LIBERTAD MORAL.

Solo el sér libre es sér moral, y solo el sér moral puede aspirar á la perfeccion.

Es necesario para levantar el sentido moral, mostrar al hombre que es dueño de sus acciones, que su conciencia le determina á obrar y que su voluntad obra con libertad, siendo por consiguiente responsable.

Y no creais que esa libertad rompe con todos los deberes, no lo creais. La perfeccion consiste en ejercer nuestro derecho, en caminar á nuestro fin apoyándonos en la religion, guiados por la estrella de la conciencia y movidos por nuestro propio albedrío. La perfeccion no es tal si no cumple el hombre todos sus deberes, porque en cumplir el deber consiste su mayor libertad.

El hombre que infringe su deber es el mas miserable de los esclavos; el esclavo de las pasiones.

La libertad fué dada al hombre como un gran cincel, para que perfeccionase su alma y despues la presentara en toda su inmaculada belleza ante su Divino Autor.

El hombre verdaderamente libre, cristianamente libre, es el que realza su sér con la virtud; que con clara conciencia y buena voluntad cumple todos sus deberes.

Se reconoce sér individual y debe hermosear con la ciencia su razon, con la virtud su voluntad, con el arte su imaginacion y su sentimiento.

Se reconoce sér social, y debe amar su familia, respeto sagrado á esa su segunda personalidad: amar su patria, respeto sagrado á ese complemento de su vida; la humanidad.

Se reconoce de orígen divino y debe amar á Dios; le debe culto, reconocimiento de su providencia, de su bondad, de su hermosura, y obediencia á su ley natural y á su ley revelada.

Cumpliendo estos deberes tan dulces, tan grandes, tan santos, el hombre se exalta, se purifica, es verdadera y realmente libre, llena su destino, realza su vida, y la santifica con la esencia purísima del amor.

Emilio Castelar.

MISTERIOS DEL AIRE.

AL BELLO SEXO.

Es la hora del alba. ¡Qué limpia, qué serena, qué callada aparece esa region misteriosa que se dilata desde la superficie de la tierra que pisamos hasta la bóveda azul, donde

rutilan aun débilmente las estrellas!—Si tornamos en derredor los ojos, nada vemos; si fijamos el oido, nada oimos; si extendemos la mano, nada tocamos..... En esa region no existe *nada*: es el espacio, es el vacío.

De pronto un ligero choque hiere nuestra mejilla y agita algunas hebras de nuestro cabello, y si mudamos de lugar el choque se reproduce agradablemente: de pronto aparecen en el horizonte algunos nevados copos, que se reunen y se elevan cada vez mas; y de pronto se oyen sonidos inesperados y vagos, bruscos, prolongados, sin armonía, cadenciosos..... ¿Qué fuerza sobrenatural determina todo esto en la region del espacio, del vacío?

Mas á los choques fugitivos suceden ondas ó ráfagas que envuelven nuestra cabeza y nuestro cuerpo, pero sin sacudirlo ni estremecerlo; que forman un baño que nos refrigera, sin humedecer siquiera nuestro vestido: en vez de livianos copos se alzan en el horizonte blancas colinas, montañas grises, bandas y grupos de todas hechuras con finos recamos de oro en sus caprichosos perfiles, y detras de ellas franjas de púrpura transparente que brotan, irradian un momento y se deshacen: en vez de sonidos vagos y confusos, se perciben murmullos de corrientes, susurros de hojas y trinos de aves en las praderas y las cumbres; ruidos multiplicados, y acentos, cantos y clamores de hombres en las poblaciones y los caminos.—¿Qué agente poderoso ha producido un cambio tan sorprendente?—¿No lo sabeis? Es el *aire*: el flúido impalpable é invisible que nos rodea, y llena ese vacío, y constituye ese espacio. Ningun sentido lo percibe, y él tiene impresiones para todos los sentidos.

Hemos trazado rápida y toscamente algunos de sus efectos, en el amanecer de Cuba, porque queriamos que se nos hiciese sensible. Penetremos ahora en las sinuosidades de su seno, y tratemos de sorprender algunos de sus misterios.

Véd como marcha llena de soltura y elegancia la linda trigueña Julia, en cuya gallarda cabeza parece que no lleva otro peso que el de sus castos y amorosos pensamientos. Corriendo va ahora por las calles de su jardin detras de las mariposas y de las flores; pero la brisa sopla con fuerza, y desbarata su peinado, y desarregla las faldas de su vestido. ¡Mal haya la brisa, que impide á la niña continuar en su diversion inocente!—Y sin embargo, lectoras queridas del *Album*, á esa niña no le causan ni estorbo ni molestia las treinta y tres mil quinientas libras de peso que soporta su delicado cuerpo. ¡Oh! no hay que sorprenderos, pues sin la menor duda lleva encima el extraordinario peso que indicamos. ¿Quereis confirmarlo? Considerad la columna de aire que gravita sobre ella: tiene diez y seis leguas de altura. Este es un verdadero misterio del aire:—pesar de una manera enorme sobre nosotros sin que percibamos su peso.

¡Qué animados están los espléndidos salones de N.....! ¡Qué estrado, qué riqueza, qué alegría! Pero la pobre Julia no ha podido asistir esta noche á la fiesta, y sentada en un muro de la azotea, con la mejilla apoyada en el índice, el labio inferior en el dedo inmediato y la barba en el pulgar de la mano derecha, vuelve melancólicamente los ojos en direccion de la casa del sarao. ¡Cuánto se divertirán! exclama exhalando un suspiro; y palabras y suspiro no pasan de la azotea, porque el céfiro, que se alimenta de estos blandos despojos de la belleza, los ha absorvido en el momento.—El lugar es elevado y la ciudad está dormida: da la media noche, y Julia, que ha permanecido hasta esta hora sentada y pensativa, lanza otro suspiro y dice, disgustada en lo profundo y ya en actitud de abandonar aquel silencioso sitio:—"Ni flores ni mariposas por la tarde, ni música ni baile por la noche."—El céfiro la oyó seguramente, y comprendió que en aquellas sentidísimas frases habia una reconvencion á la brisa su hermana: rápido atravesó el espacio hasta la inmediata campiña, donde encontró á ésta y le hizo presente indignado el sinsabor de la niña, agregando:—"Mis alas son muy débiles y no pueden sostener las ondulaciones armónicas, pero las tuyas

son mas resistentes: cruza por la cercanía del sarao, y llévale pronto á Julia algunos trozos del concierto, para que no muera de pena esta noche."—La brisa alarmada obedeció al punto; y ya daba Julia el primer paso, llena de angustia, para abandonar la azotea, cuando la detuvo un eco mágico, compuesto de una multitud de acentos sonoros, de una blandura y de una cadencia extremas, que ya aumentaban ya disminuian de intensidad, sin producir la menor impresion fuerte ni desvanecerse completamente. El corazon de Julia palpitó dulcemente, reconociendo en aquel eco conmovedor, reproducida hasta en los mas mínimos detalles su danza favorita, la *Coronacion de la Avellaneda*; y comprendiendo que la brisa era la que así tan agradablemente la sorprendia, le dió las gracias y le perdonó las ofensas de la tarde.—El aire en quietud trasmite los sonidos, hasta donde la intensidad de éstos lo permite solamente; mas cuando se agita y corre en una direccion, los lleva á larga distancia, sin que pierdan un ápice de sus cualidades. Esto parece misterioso, pero indudablemente lo es el que al oido de Julia lleguen al mismo tiempo sin confundirse, pero formando gratísimas armonías, un *re* producido por 144 vibraciones en un segundo de la cuerda ó del instrumento músico, cualquiera que sea, y trasmitido por otras tantas ondulaciones del aire: un *sol* de 192 vibraciones, y un *do* de 256 ó de 512 ó de un número mas considerable, y así las demas numerosas notas musicales que parten de la morada encantada. Este bello misterio del aire, el de la manera de producir y propagar los sonidos, merece la delicada atencion de las lectoras del *Album*.

Julia deja la azotea mas consolada, pero en la escalera se detiene. Ha visto la luna que aparece en el horizonte, y el diámetro de su disco y el color de la luz que despide la han sorprendido: el diámetro es mucho mayor que cuando está en el zenit, y el color de la luz es casi rojo. Lo mismo sucede con todos los astros, y este es otro misterio del aire,—que cuando á traves de sus capas se observan los objetos, particularmente los luminosos, modifica sus propiedades visibles.

Familiarizada ya Julia con estos accidentes del aire, tomémosla por guia: verdad es que aun no siente sobre sus mórbidos hombros el peso del aire, pero ya sabe que lo lleva, pues el céfiro se lo asegura.—Ahora su mano nos señala al norte: la atmósfera y el mar están tranquilos; poco despues, á la media hora, mil nubes sombrías cruzan aquella, y las olas se elevan impetuosas hasta casi tocar con las nubes. El aire no tenia fuerza hace treinta minutos ni para mover una pluma; ahora arranca las seibas colosales, derrumba los mas sólidos edificios y arroja los navíos contra los arrecifes de la playa. ¡Las fuerzas del aire son uno de sus mas terribles misterios! Julia nos señala al oeste: á cada momento una ráfaga luminosa atraviesa el aire: poco despues retumba el trueno: poco despues estalla el rayo; y el aire no se mueve. ¡Nuevo misterio!—¿Quién forma en el aire la lluvia? ¿Quién elabora el granizo? ¿Quién decora los nublados con el iris? ¿Quién hace tan melancólico el crepúsculo de la tarde y tan risueño el de la mañana? ¡Misterios, misterios del aire!—Pero Julia se sonrie y vuelve su linda mano hácia arriba, diciéndonos:—"Hé ahí el mas hermoso misterio del aire,

Por que ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul.....

como tan bellamente dijo Lupercio de Argensola; sino aire, puro aire.—Y tal parece que se consolida para que en él se enclaven los astros: por esto se llama firmamento."

Si Julia, lectoras del *Album*, os lleva ahora á su aposento, abrirá la ventana para que entre el aire, por que está persuadida de que sin él no se puede respirar, ni vivir; pero tendrá cuidado de cerrar por la noche esa misma ventana, pues si entra por ella el aire podrá perjudicaros, porque este proteo impalpable é invisible confecciona en la noche principios perniciosos á espensas de las emanaciones de las aguas y de las plantas.

Amables lectoras del *Album de lo bueno y lo bello*, bueno y bello será que estudieis

estas cosas; y cuando tropezeis con algunas dificultades preguntad su parecer á Julia, pues yo tengo para mí que ella conoce perfectamente los misterios del aire desde que se ha hecho amiga íntima del céfiro; el cual nos consta que por las siestas la adormece con sus halagos, y en sueño la traslada, ya á los arenales de la Arabia para que conozca al Simun, pariente muy lejano del céfiro y tirano aterrador de las caravanas del desierto; ya á las orillas del mar Tirreno para revelarle el misterio del Siroco; y ya retorna con ella por el Este á los verjeles de Cuba, para que despierte entre los brazos de los *Alicios*. Y en estas escursiones Julia ha escudriñado los lugares mas recónditos, y tanto que ha llegado á descubrir el imponente misterio de que el *aire* es el alimento del *fuego*.

¡Oh! bellísimas lectoras, si penetraseis los misterios del fuego! Os prometo entreteneros sobre ellos en otro artículo, tan pobre de galas como este, aunque tan rico en buenos deseos. Entónces sí que os quedareis..... entre un torrente de llamas sin quemaros, y os acompañará y guiará la misma Julia, sin necesidad de que se convierta en salamandra, permaneciendo siempre sílfide; aunque irémos con cuidado respecto al céfiro si la acompaña, no sea que cometa una travesura soplando el fuego.—Con los misterios del fuego en una mano, con los del aire en la otra y con los del amor en el alma ¿quién resiste en el mundo á vuestro soberano poderío?.....

Al llegar aquí se nos ha presentado Julia, y con tono grave nos ha dicho:—"La directora del *Album* debe desechar ese artículo."—¿Por qué? le hemos preguntado sorprendidos.

Porque si hermoso es el misterio del aire formando la bóveda celeste, si terrible es desarrollando sus fuerzas, si imponente sirviendo de pábulo y alimento al fuego; bellísimo y sobre toda ponderacion admirable es el misterio del aire saliendo de lo profundo del pecho del hombre y formando la palabra bajo la direccion de la inteligencia. Y arrebatador, dominante, sublime sobre toda ponderacion es ese mismo misterio, no ya solo formando la palabra, sino derramándose en los divinos versos de la insigne cantora de la Cruz, de la eminente autora del Baltasar;—y nada de esto se ha dicho.

Basta, tienes razon, bella Julia: tú conoces mejor que nadie los maravillosos misterios del *aire*.

Ramon Zambrana.

LITERATURA ITALIANA.

No es necesario que se agite la cuestion de Italia, y que como en la actualidad prometa grandes resultados en un porvenir no muy lejano, para que fijemos nuestras miradas en su rica literatura. Sin eso, en nuestra misma época y á pesar de que su estado político no es el mas propio para el adelanto de la literatura, ha llamado profundamente la atencion de todos los escritores: aun en sus momentos de mayor desgracia ha tenido siempre mas de un nombre que presentar y con que merecer el respeto y la consideracion de las demas naciones, que marchan á la cabeza del movimiento intelectual. Y esto refiriéndonos simplemente á la época contemporánea, porque ¿qué hemos de decir sobre la antigua que no se haya repetido ya infinitas veces? ¿No es universal y unánime la nombradía de sus grandes escritores desde Dante hasta Alfieri? ¿No es sabido por todos que en la época llamada *del renacimiento* despues de los siglos de hierro de la edad media, ostentó una literatura riquísima, sólida y brillante que en ciertas partes quizas no ha sido superada despues, y nombres esplendorosos que no han sido eclipsados por ningun otro?—Todos lo saben y hoy nadie le niega esa supremacía. En nuestro siglo, decaida ya de su antiguo esplendor, es todavía imposible no amarla y olvidar los muchos títulos que cuenta para el reconocimiento de la humanidad: aun aquellos mismos que fueron causa de sus desgracias la

amaron demasiado, justificando así la expresion de Filicaja, uno de sus poetas del siglo diez y siete, en ese soneto á la Italia que saben de memoria todos los italianos y los que no somos italianos tambien; poesía magnífica que mas que soneto parece una inscripcion que ha de durar eternamente, escrita en ese estilo admirable que Heine llama lapidario, y que casi no vacilamos en considerar como el mejor que conocemos; porque los sentimientos generosos y sublimes de un verdadero patriota se hallan allí expresados en una forma que porsu enérgica y vigorosa concision recuerda los mejores tiempos de la lengua latina.

Una de las circunstancias que llaman mas la atencion entre los escritores modernos italianos, es la perfeccion sostenida de su estilo; casi todos ellos desde Monti, hasta Foscolo, Manzoni y principalmente Leopardí, nunca serán bastante admirados bajo este aspecto; y sin duda que no puede atribuirse esto únicamente á la belleza de la lengua, porque en ellos encontramos á menudo cualidades de que suele carecer el idioma, que alguna vez pudiera acusarse de demasiado sonoro y poco vigoroso. Esos escritores por el contrario demuestran casi siempre una admirable energía, junto con otras dotes que no es muy comun encontrar en la literatura contemporánea.

Cuando una nacion por una série de fatales circunstancias cuya legitimidad no es del caso averiguar, viene á caer en manos de otro pueblo á quien odia instintivamente, de otra raza opuesta en sentimientos y aspiraciones; y cuando esa nacion parece morder con indiferencia el yugo que la oprime y da razon sobrada para ser tachada de débil y de degradada, el poeta, en quien se supone siempre una organizacion distinta de los demas—debe rebelarse contra la maldad de sus opresores y la afeminacion de sus hermanos; debe convertirse en patriota; pero este carácter por desgracia está lleno de tristes azares y los patriotas italianos nunca mueren en Italia. Tal es en conjunto la vida de Ugo Foscolo.

Nacido en Zante de una madre griega y un padre veneciano, recibió de ámbos las dos cualidades que mas lo distingun: la belleza de la forma y la alteza de las ideas. Apénas se declaró la revolucion francesa Foscolo aspiró con delicia ese aire de libertad que soplaba de allende los Pirineos, y cuando apareció Bonaparte, deslumbrado por esa grande y simpática figura, se asoció al ejército frances, hizo toda la espléndida campaña de Italia, y en Marengo, en el campo mismo de batalla,—fué elevado al grado de capitan. Pero su ardor se entibió muy pronto al ver que no hallaba en los franceses lo que en un principio habia creido encontrar. Despues, á la caida de Napoleon, peleó en el ejército del príncipe Eugenio hasta la completa desaparicion del soñado reino de Italia, y á vueltas de amargos desengaños, se refugió á Suiza y luego á Lóndres. Allí, en medio de la mayor miseria, se vió obligado á escribir toda clase de artículos que hacia despues traducir al ingles para venderlos á los periódicos, hasta que de desgracia en desgracia se vió encarcelado por deudas y murió en un hospital el año de 1849.

Ugo Foscolo nos ha dejado páginas brillantes de crítica; numerosas poesías, enérgicas aunque demasiado exageradas; y tres tragedias en que se sujetó á los principios severos y exclusivos de Alfieri. Pero las obras que aun fuera de Italia han hecho su nombre ilustre, son la elegía sobre *los sepulcros* y las *cartas de Jacobo Ortiz*. La primera escrita en memoria del poeta Parini, es bellísima, y su excesiva erudicion que á veces degenera en pedantismo, no alcanza á oscurecer la poética y profunda melancolía que domina en toda ella. La segunda es una novela en gran manera parecida al Werther de Gœthe. Fué escrita en 1795; un jóven estudiante, que así mismo se llamaba, acababa de suicidarse, y toda la ciudad de Padua lloró esa muerte prematura sin que nadie pudiera esplicar la causa de su desesperacion. De esta circunstancia se aprovechó Foscolo y publicó su novela que con el titu-

lo de Cartas de Jacobo Ortiz alcanzó un grande éxito.

Entre la produccion del poeta italiano y la obra de Gœthe hay gran diferencia, sin embargo de que ambas pertenecen á un mismo género: hay sobre todo la desemejanza de ideas y de sentimientos que existirá siempre entre un hombre del Norte y un hombre del Sud, entre un aleman y un Italiano. El Werther tiene ese sello de calma y serenidad, esa ordenada belleza que distingue todos los escritos de Gœthe, aun al mismo Fausto. En el Jacobo Ortiz hay mas desórden, mas desesperacion, ménos tranquilidad. El héroe de Gœthe ama y solo por amor á Carlota baja á la tumba; el de Ugo Foscolo vacila entre dos sentimientos y cualquiera de ellos bastaria para hacernos comprender su fin desesperado: por profunda y ardiente que sea su pasion no apaga su amor á la patria y agitado entre estos dos poderosos móviles, cruelmente desengañado de uno y otro, solo ve en la muerte el desenlace posible de su infortunio. En el uno se encuentra un estilo sostenido, igualmente bello y apasionado desde el principio hasta el fin; en el otro hay grandes oposiciones de luz y de sombras, toda la amargura de los desengaños políticos, todo el sentimiento de un alma profundamente lacerada, casi siempre elocuente, declamador algunas veces. En una palabra, Gœthe, el amigo del duque de Sajonia, respetado y admirado por toda la Europa, no conoció nunca el infortunio; Ugo Foscolo, el pobre proscrito italiano, no supo lo que era la felicidad.

Este acento de ira que caracteriza todo lo que salió de la pluma de Foscolo, lo verémos trocado en paciencia y humildad en la de su amigo Silvio Pellico, y la literatura italiana nos ofrece con pocos años de diferencia dos libros inspirados por circunstancias muy parecidas y que son sin embargo la antítesis el uno del otro.

Silvio Pellico nació en Saluzzo, en 1788. Era profesor público y periodista, hasta que en 1822 con motivo de la revolucion del Piamonte, fué acusado de carbonarismo, conducido á Venecia y condenado á muerte; pero poco despues le conmutaron la pena capital por la de quince años de prision. Nueve años permaneció encerrado en los calabozos de Spielberg; al cabo de ellos fué vuelto á la libertad y se retiró al Piamonte donde vivió en la mayor oscuridad hasta su muerte. Es autor de numerosas poesías, obras en prosa, tragedias, entre las cuales es popular en Italia la *Francesca di Rimini*, que aunque carece de movimiento é inspiracion dramática, es notable por la pureza del estilo y la gracia elegiaca con que está escrita. Pero el libro que ha popularizado su nombre por do quiera, es la narracion de su cautividad, publicada con el título de *Mis prisiones* en 1833. Se dice que este libro ha hecho mas daño á la dominacion de los austriacas en Italia que todos los argumentos de los políticos y las imprecaciones de los poetas; no lo dudamos un momento y creemos que nunca será bastante admirada y aplaudida la resignacion cristiana, la piedad evangélica que en él se respiran. Es ya un fenómeno encontrar un hombre que sufra nueve años de martirio y no conciba en ellos la menor sombra de odio contra sus perseguidores, contra sus enemigos políticos. Sin embargo, el libro llega á cansar por su monotonía y deja una impresion enojosa en el ánimo del lector; instintivamente busca uno en él lo que le pedia Alejandro Dumas al testamento de Luis XVI, una sublime maldicion á sus verdugos. Si hemos de decir la verdad mas nos satisfacen los arranques de Ugo Foscolo, los *rugidos líricos* de Jacobo Ortiz: comprendemos mejor la desesperacion de esa alma sombría y altiva. En casos semejantes parecen mas naturales los movimientos impetuosos del leon que pugna por romper los hierros de su jaula, que las quejumbrosas lamentaciones de la paloma, y encontramos justa y merecida la esclamacion de Edgar Quinet, que decia que si la Italia solo conservaba esas virtudes de paciencia y resignacion no le quedaba ya otro recurso que llorar sobre su tumba. Por fortuna en estos últimos años ha probado lo

contrario y en las llanuras de la Lombardía ha dado un mentis solemne á los que la creian degenerada.

Manzoni y Leopardi son los otros dos nombres mas ilustres de la Italia en nuestro siglo; ambos son grandes poetas y prosistas admirables, y ambos pueden considerarse como jefes de escuela. Tienen de comun la correccion y pureza del estilo, pero en el uno predomina mas el colorido y en el otro una perfeccion clásica, digna de los primeros escritores antiguos. Y cuenta que al llamarlos jefes de escuela solo hemos querido dar á entender que los dos han tenido numerosos imitadores que han seguido la misma forma y las mismas ideas; por lo demas huimos siempre de esas distinciones y clasificaciones escolásticas, ya hoy completamente desacreditadas, y no creemos que se pueda hacer entrar á un escritor en un sistema establecido despues, sin falsear su carácter y su talento. Por ejemplo, el mismo Shakspeare que es original por escelencia, tiene muchos puntos de contacto con los poetas trágicos de Grecia, cuyas obras nunca leyó, y no ha faltado sin embargo quien nos lo quiera presentar como la antítesis sistemática del teatro griego.

Leopardi fué ademas de poeta lírico, filósofo distinguidísimo, y al leer sus variados trabajos no puede ménos que confesarse que fué una de las mas elevadas inteligencias de nuestra época y uno de sus escritores mas eruditos. Poseia con tal perfeccion las lenguas antiguas que escribió algunas poesías griegas y las publicó como de Anacreonte, descubiertas recientemente en un códice antiguo: todo el mundo creyó esa mentira inocente que los mismos sabios de Alemania y otras naciones no pusieron en duda hasta que él mismo los desengañó.

Su filosofía se funda en la duda y la desesperacion, y una tinta dolorosa y sombría cubre todo lo que escribió; pero no ese escepticismo frívolo y vulgar que está hoy de moda y que muchos afectan, sino una profunda incredulidad de que sabe darse cuenta y que resiste á toda clase de argumentos. Es el desaliento mismo de Byron; pero el de Leopardi tiene por decirlo así, algo de mas filosófico, de mas reconcentrado; el primero apuró con furor la copa de la felicidad para no hallar en el fondo mas que hastío y desencanto, el segundo supo lo que en ella habia aun ántes de beberla, pensó mas y gozó ménos. El hermoso poeta ingles vagó por todo el mundo para satisfacer el inmenso caudal de orgullo que habia en su pecho, y encontraba por do quiera la inspiracion con solo volver los ojos; el deforme y contrahecho poeta italiano vivió siempre encerrado en su retiro y léjos de ese mundo que odiaba por instinto y por conviccion.

Estas ideas son la base de casi todos sus magníficos cantos, y si bien pueden al fin llegar á parecernos algo monótonos, no degeneran nunca en declamaciones; su imaginacion que fué verdaderamente poética y su admiracion respetuosa por los antiguos, parecen haberlo apartado de ese estremo. Sus poesías impresas en Florencia el año de 1880 bajo el título de *Cantos*, contienen trozos admirables; el *Ultimo canto di Saffo*, el *Risorgimento*, la *Imitazione* y otras son verdaderas obras maestras. En la tercera pieza de esa coleccion, la dedicada á Angelo Mai cuando acababa de descubrir una obra desconocida de Ciceron, están estampadas todas sus desconsoladoras ideas. Hé aquí una de sus estrofas:

"El mundo léjos de aumentarse disminuye, á medida que mas se le conoce: la tierra, el mar y los espacios celestes parecen mucho mas grandes á la imaginacion del niño que á la razon del hombre instruido. O dulce imaginacion! amiga querida de nuestra juventud! aprendemos á conocerte cuando la verdad nos roba tus encantos y nos separa para siempre de tí. Ay! te perdemos en la época en que las tristes lecciones de la esperiencia y las miserias de la vida nos hacen mas necesarios tus ensueños consoladores y tus ilusiones inocentes. A nosotros los pañales nos los ciñó el fastidio; un vacío terrible, una nada eterna preside á nuestra cuna y á nuestro sepulcro."—Y á esto agréguese un len-

guaje vigoroso y sonoro, y una enérgica concision digna de los mejores escritores antiguos.

Su patriotismo, que conforme á su carácter era mas silencioso y mas sombrío que el de Ugo Foscolo, pero no ménos ardiente ni profundo, nos ha quedado consignado en su sublime canto á Italia que es el primero de la coleccion. Las tres primeras estrofas sobre todo son de lo mas brillante é inspirado que hemos leido.—Jamas ha producido la lira de Tirteo sonidos mas robustros ni mas valientes; es incalculable el tesoro que encierra de verdadera poesía é inmenso el entusiasmo que despierta. Hay en ella una impetuosidad heróica que arrastra, un acento de desesperacion que nos conmueve y agita hasta lo mas profundo del pecho.

Muy pronto lloró sin consuelo la Italia su muerte precoz. Falleció en Nápoles en 1831 despues de una larguísima agonía, á los treinta y tres años de edad, y fué enterrado cerca del sepulcro de Virgilio.

Manzoni, su rival en gloria, vive todavía; no ha muchos meses que vimos con satisfaccion un decreto del nuevo rey de Milan en que lo nombraba presidente de una corporacion artística y literaria. Sin embargo, hace algunos años que no sale nada de su pluma, pero lo publicado basta para cubrir su nombre de inmarcesible gloria. Es de aquellos escritores en que no hay nada que desdeñar, todo es digno de ser leido y de ser estudiado.

De todos los poetas modernos italianos es quizas el mas conocido fuera de Italia, sobre todo á causa de su novela *I promessi sposi*, que ha sido traducida repetidas veces á todas las lenguas europeas. No sabemos que admirar mas en esa obra única, si la belleza y profundidad de los caractéres, lo animado y verdadero del diálogo, el interes histórico del argumento, ó el estilo que es de una correccion desesperante é imposible de imitar. No se ciñó como Walter Scott á circunstancias esteriores, ni se contentó con evocar recuerdos nacionales, sino que puso en juego los variados sentimientos de la vida humana é hizo de ellos una pintura acabada; por eso se lee hoy con el mismo interes y durará aun mas tiempo que las del célebre escritor ingles.

En sus tragedias introdujo coros, con el objeto de reservarle al poeta un lugar para espresar sus sentimientos sin alterar la verosimilitud y sin variar el tono que corresponde á una tragedia, y esos coros, principalmente el de *Carmagnola*, son considerados aun por los mismos que mas han atacado los dramas, como uno de los mejores trozos líricos de la poesía moderna.—Y ¿qué dirémos de la oda á la muerte de Napoleon? —Parece providencial que ese grande hombre, que en su vida dió bien claramente á conocer el orígen italiano de su raza y que despues ha servido de tema á la inspiracion de tantos y tan buenos poetas, solo haya encontrado entre los italianos cantos dignos de su gloria; porque sin duda alguna el soneto de Rosetti y la poesía de Manzoni son lo mas notable que se ha escrito en verso sobre el ilustre emperador. Al leer esta última se comprende que haya dicho Manzoni en ella, con todo el orgullo de un gran poeta y la conciencia de su propio mérito.

e scioglie all' urna un cántico
che forse non morrá.

Esa poesía magnífica, admirada y aplaudida por todos, está en la memoria de cuantos se entusiasman por lo que es verdaderamente bello, y la Italia y el mundo han ceñido sobre la frente de Alejandro Manzoni un laurel imperecedero.

En torno de estos nombres inmortales se agrupan otros, muy dignos tambien de llamar la atencion, que no podriamos calificar con exactitud de poetas de segundo órden, y que nos confirman en la idea que apuntamos al principio: la literatura italiana moderna, rica y brillante cual la primera, no tiene nada que envidiarle á las otras naciones, ántes al contrario hay en ella ciertas cualidades de forma en que muy pocas ciertamente la igualan. Lástima es sin duda alguna que no sea mas conocida fuera de Ita-

lia; entre nosotros apénas si son leidas las obras en prosa de Pellico y de Manzoni, y ya hemos visto cuánto tiene su poesía lírica de bueno y de original, cuanta abundancia de modelos admirables puede ofrecer.

Marchetti, Giusti, Berchet, Dall'Ongaro y otros muchos, sucesores é imitadores de Leopardi y de Manzoni, sostienen aun con gloria el honor de la Italia. Las poesías de Dall' Ongaro son encantadoras por cierta melancólica ternura, cierta gracia elegiaca que las distinguen y que recuerdan las primeras producciones de Lamartine.

Ha habido finalmente otros poetas que siguiendo un rumbo bien diferente del de los anteriores, han cantado la casa de Lorena y sus oscuras y mezquinas glorias; afortunadamente sus composiciones no valen gran cosa y no pasarán á la posteridad: solo las citamos para completar esta brevísima reseña; pero hagamos como Dante:

Non ragionam di lor, ma guarda e passa.

Enrique Piñeyro.

PENSAMIENTOS FILOSOFICOS Y MORALES.

Las grandezas son como los perfumes, que apénas los percibe el que los lleva.

—La arrogancia es el disfraz de la bajeza.

—Encargar el secreto es estimular á la indiscrecion.

—Los mayores males vienen del abuso de los mayores bienes: la religion y la libertad.

—Los favores de la fortuna son como aquellas rocas escarpadas á cuya cumbre solo pueden llegar las águilas y los reptiles.

—Nunca hagas apuestas: si sabes que has de ganar eres un pícaro, y si no lo sabes eres un loco.

—No viajes nunca con el temerario, ni te aconsejes con el tonto, ni disputes con el colérico, ni te familiarices con el poderoso.

—El amor es la ocupacion de los desocupados.

—El espíritu humano avanza de continuo, pero es en línea espiral.

—El mal tiene alas y el bien camina á pasos de tortuga.

—El honor es el exterior modesto de la probidad, y la elegancia del vicio.

—La esperanza es una flor que no se seca nunca.

—El hombre prefiere arrojarse en brazos de los que le pierden, á buscar su salvacion en el seno de los que le humillan.

SECCION SEGUNDA.

A UNA DAMA.

(En su álbum.)

Perdonad, bella señora,
si perezosa mi musa
las cuerdas pulsar rehusa
de la cítara sonora:

Llevadme del rico Oriente
á la region encantada,
do vuestra cuna dorada
vió mecer el sol naciente;

O á la deliciosa vega
en que, ceñido de láuro,
al pié de la Alhambra, el Dáuro
los fértiles campos riega;

O do el Bétis orgulloso
el régio alcázar refleja,
y de sus muros se aleja
en busca del mar undoso:

Do festivos los amores
danzan con las ninfas bellas
y al grabar las leves huellas
brotan de la tierra flores.....

Allí con plácido acento
vuestras gracias cantaria,
y el eco remontaria
hasta el mismo firmamento.

Francisco Martinez de la Rosa.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

En 1472 salvó á Beauvais *Juana Hachette*, y por mucho tiempo se celebró todos los años, el 10 de Julio, una solemne fiesta en memoria de aquel suceso. Las mujeres ocupaban en ella preferente lugar, presidiendo á los mismos municipales.

En 1636 se distinguieron *gran número de damas* en la defensa de San Juan de Lone. Mr. d'Ussieux compuso un drama heróico cuyos principales personajes eran aquellas heroinas.

Sócrates formó su divina moral en los coloquios que tuvo con la ilustrada y virtuosa *Teotina*.

Pitágoras decia con frecuencia que era deudor de su filosofía á las conversaciones con *su hermana*; y *la hija de aquel hombre ilustre* se distinguió tanto por su saber que mereció se la considerase como rival de su padre.

De *la hija de Aristipo* se dijo que habia heredado el genio de Sócrates.

Cornelia madre de los Gracos enseñó la elocuencia á sus hijos.

La hija de Hortensio subyugó á los triunviros con su poderosa palabra, obligándolos á disminuir un impuesto exorbitante que habian decretado.

Alcathea, mujer de Cleombroto rey de Esparta, poseyó tan severa virtud, tan ardiente amor patrio y un temple de alma tan varonil, que cuando su hijo, traidor y rebelde quiso entregar la nacion al rey de Persia, descubierto que fué aquel crímen (sin ejemplo entre los lacedemonios) y que los Eforos condenaron á muerte al culpable, sabiendo ella que se habia este refugiado en el templo de Minerva por gozar prerogativa de inmunidad inviolable, fué á poner con su mano la primera piedra para que se tapiase la puerta, á fin de que el criminal muriera de hambre en el asilo de que no podia arrancárselo.

Aldruda, condesa de Bertinoso, en la Romania, hallándose sitiada la plaza de Ancona en 1174 por las tropas del emperador Federico I y los venecianos, cuando ya los sitiados perdian completamente el ánimo les arengó con tal elocuencia y energía, que logró reanimar su valor hasta el punto de obligar á los enemigos á levantar el sitio.

Tulia de Aragon, hija natural de un príncipe de la casa real de Aragon, brilló en primera línea entre las poetisas que florecieron en Italia el siglo XVI. Disputó el premio del talento á los poetas italianos de mayor celebridad en su época, siendo la mas notable de sus obras un poema en octavas titulado «Il Meschino detto Guerrino,» que fué publicado en Venecia en 1560. Crescimbini se estrema tanto en su elogio que llega á decir que aquel poema puede competir con la Odisea. Otra de las producciones de Tulia, que se titula «Dell Infinitá d'Amore,» se imprimió tambien en Venecia el año de 1547. El cardenal Hipólito, Molza, Hercules, Rentivoglio, Felipe Strozzi, Alejandro Arrighi, el famoso Mucius y otros infinitos, cantaron las gracias y los talentos de aquella mujer ilustre.

Artemisa I reina de Alicarnaso, acompañó á Jerjes en su expedicion contra los Griegos 480 años ántes de J.-C. y se distingió en Salamina por su indomable valor. Por eso se dijo sin duda, en aquella ocasion, que los hombres se habian conducido como mujeres y las mujeres como hombres.

Hácia la mitad del siglo X floreció en Alemania la célebre *Hrotsritha*, monja de la Abadía de Gandershein de la órden de S. Benito, cuyos dramas latinos llevan inmensa ventaja á cuantos conocemos anteriores á aquella época, y aun durante ella. Un crítico moderno dice de tan notables obras «que á no conocerse con certeza el tiempo en que vivió la autora, se las creería escritas en época no distante de la perfeccion de la musa dramática.»

* * *

EFUSIONES A MI HIJA.

—

Tú á quien vén coronado de destellos
En ese cielo, en que la planta imprimes,
Estasiados los ángeles mas bellos
Y absortas las virtudes mas sublimes.

—

Tú á cuyo nombre augusto y venerado
Los hombres se arrodillan reverentes,
Y ante cuyas miradas el pasado
Y el vago porvenir se hallan presentes.

—

Tú, divino Señor, de quien provienen
Todos los elevados sentimientos,
Tú de quien puro, inagotable vienen
Los mas altos y nobles pensamientos.

—

Tú que al hombre magnánimo le diste
Una alma libre, espiritual, ardiente;
Tú que la inteligencia le pusiste
Como un rayo de sol sobre la frente.

—

Tú que siendo el temor y la delicia
De la proscripta humanidad que gime
Llevas en una mano la justicia
Y en otra ¡oh Dios! la caridad sublime.

—

De mi alma fervorosa que te adora
Que en tí solo su esperanza fija
Oye la voz que te suplica ahora
Señor, por la existencia de una hija.

—

De una hija adorada en quien vé el alma
La ventura mas dulce y mas cumplida,
Por quien siente en religiosa calma
La ternura mas grande de la vida.

—

De una hija, gran Dios, cuyas sonrisas,
Cuyos llantos ó tímidos antojos,
Llenan mis labios de inefables risas
Y de sagradas lágrimas mis ojos.

—

De una hija que es hoy en su inocencia
Mi gloria, mi embeleso, mi alegría,
Por cuya carísima existencia
Mil veces á tus piés pongo la mia.

Yo que he llorado cándida y sencilla
Si de los hijos al clamor querido
He visto la solícita arcilla
Pararse al borde del ligero nido.

—

Yo que lloraba con pesar interno
Cuando á la cierva trémula veia
Que en pos del cabritillo dulce y tierno
Pasaba por la fuente y no bebia.

—

¿Cómo no he de llorar si amante, estrecho
Hoy un sér de mi sér, divino Padre?
¿Cómo no he de llorar cuando me has hecho
Sentir que tengo un corazon de madre?

—

¡Hija de mi alma! con amor profundo
¿Cómo no te he de amar férvida y pía,
Si eres tú la primera que en el mundo
Me dirá balbuciente madre mia?

—

¿Cómo no te he de amar, hija querida,
Con la pasion inmensa que te amo,
Si eres tú la primera que en la vida—
Hija del corazon—llorando llamo?

—

¿Cómo no te ha de amar el pecho lleno
De la santa efusion en que me bañas,
Cuando eres tú la que llevé en mi seno
Y eres la que nació de mis entrañas?

—

¿Cómo no te amaré cuando me tiendes
El candoroso brazo por el cuello,
Y tierna los aretes me desprendes
O me coges los rizos del cabello?

—

¿Cómo no te amaré si alegre y loca
Me pones con dulcísimos antojos
Las graciosas manitas en la boca,
Y con ellas despues cubres mis ojos?

—

¿Y cómo, cómo el corazon deshecho
No te amará con celestiales lazos
Si sonriendo te duermes en mi pecho,
Y sonriendo despiertas en mis brazos?

—

¡Oh! yo te contaré la linda historia
Del ángel que te dá sonrisas puras,
Y te diré mas tarde de memoria
Pasajes de las santas Escrituras.

—

Con tu querida mano entre mis manos
Iré del bosque por la senda incierta
Pidiendo florecitas á los llanos
Y á la fuente rumor que te divierta.

—

Por tí con dulce voz iré cantando
A la sombra de todas las encinas,
Para que los sinsontes contestando
Te alegren con cadencias peregrinas.

—

Iré por tí con ademan sencillo
Presentando de trigo el blanco grano
Para que el candoroso pajarillo
Baje á plegar sus alas en mi mano.

—

Mas miéntras sigo en inocente calma
Sus dulces juegos ¡oh divino Padre!
Irán á tí de lo íntimo del alma
Los ardorosos votos de la madre.

—

Que pide con plegarias amorosas
Que veles sin cesar por su destino
Y al pasar las pasiones tumultuosas
Que la apartes á un lado del camino.

—

Que la hagas dulce y virginal emblema,
Señor, de inmaculados sentimientos,
Y pongas en su frente una diadema
De castos y juiciosos pensamientos.

—

Y cuando religiosa y conmovida
Del mundo deje la ventura incierta,
Que no se siente triste y abatida
¡Ay! á llorar en tu sagrada puerta.

—

Sino que el velo puro y transparente
Deje caer, sin miedo á tus enojos,
Y separe el cabello de su frente
Para mostrarla á tus divinos ojos.

—

Y este el premio será porque suspira
¡Eterno Dios! con ansiedad estrema
Mi corazon de madre, que en tí mira
El sumo bien y la verdad suprema.

Luisa Perez de Zambrana.

MUERETE Y VERAS.

Este es el título de una de las mejores comedias del tan justamente célebre poeta cómico D. Manuel Breton de los Herreros, y á fé que el título promete, como que es uno de esos adágios que forman la filosofía popular. Aunque he hablado de la comedia no es mi ánimo ocuparme ahora de su análisis ni de su crítica, y pienso solo concretarme al adágio en sí, por mas que, al esponer mis opiniones, tenga que separarme á veces de las generalmente admitidas, lo que equivale á navegar contra viento y marea; peligrosa navegacion que espone á hacer poco camino y á sufrir horrible mareo.

Muérete y verás dice el vulgo, y este vulgo lo formamos todos, pobres y ricos, grandes y pequeños, para significar que á la muerte sigue un olvido general, y que las personas que mas consideraban, halagaban y aun lisonjeaban al vivo, mas pronto se olvidan del muerto. Yo estoy muy léjos de negar la certeza de este propósito que corroboran otros adágios, entre los cuales merecen especial mencion los de "á muertos y á idos no hay amigos:" y "el muerto al hoyo y el vivo al pollo," pero sí creo que no se pierde mucho con la muerte en punto á consideracion y respeto, prescindiendo de lo muchísimo que se gana en tranquilidad y reposo. "Le ha llegado la época de las alabanzas» se dice con harta frecuencia del que acaba de fallecer, y se dice tambien con harta razon, porque son muy raros los odios que no se detienen ante la losa de un sepulcro, y casi siempre calla la envidia cuando el envidiado no puede atravesarse en el camino del envidioso; cuando el muerto no puede servir de obstáculo á las aspiraciones y los planes de los que han tenido la desgracia ó la fortuna de sobrevivirle; porque debe tenerse en cuenta que son mas los que aborrecen á sus émulos ó competidores, aunque lo sean lo mas inocen-

temente posible, que los que persiguen al malvado.

Si durante la vida, peregrinacion afanosa por un triste valle de lágrimas, se sufre la indiferencia de los buenos y la injusticia de los malos, la estupidez de los idiotas y la omnisapiencia de los discretos, con la mordacidad de unos y otros ¿deberá el hombre temer la muerte para llegar á "la época de las alabanzas" que puede muy bien ser la época de la mas estricta justicia? Esta pregunta tendria probablemente tantas contestaciones diferentes cuantas fueran los hombres interrogados, porque "cada uno habla de la feria segun le va en ella," y es necesario convenir en que la vida es la gran feria de la humanidad, con sus golosinas y sus juguetes y sus jugadores de manos.

Cuando pregunta el escritor, ó el escribiente,—la calificacion poco importa,—nadie le responde; lo que es muy natural, porque el que escribe generalmente está solo con su tintero, y los tinteros no pronuncian, como el jumento del gitano, que leia pero no pronunciaba, por mas que las plumas hablen á veces algo mas de lo regular, y sean verdaderas lenguas aceradas, metáfora que se ha convertido en realidad desde que las plumas son metálicas. Como los tinteros no responden y el público exige una respuesta á cada pregunta, sucede que tiene que dársela el que escribe, haciendo inútil la primera supuesto que sabe la segunda. Yo tengo, pues, que contestarme, y lo hago diciéndome que no pierde gran cosa el que se muere, por no decir que gana mucho.

Es verdad que al vivo poderoso,—y el hombre puede serlo de muchos modos, aunque no poderosamente maldiciente,—se le considera, se le halaga, se le lisonjea y se le teme; pero no es ménos cierto que el que considera, el que teme, el que lisonjea y el que halaga cuando se encuentra frente á frente del que puede hacerle bien ó daño, se desquita de estas voluntarias humillaciones, cuando vuelve la espalda el envidiado, el poderoso ó el temido, y le clava el diente desde el carcañal á la nuca, dándole esas mordeduras venenosas que no son patrimonio exclusivo de las víboras y culebras de cascabel; pues hay culebras con faldellin ó con levita, mas venenosas que los mas dañinos reptiles.

Es verdad que al muerto ni se le teme, ni se le acaricia, ni se le respeta, ni se le considera; pero, como he dicho poco ántes, muy raros odios no se detienen ante la losa del sepulcro y callan todas las envidias al triste aspecto de un sudario. Bueno, honrado, discreto y generoso suele llamarse al muerto que se calificó cuando vivo de malvado, bribon, ignorante y tacaño, y en sus epitáfios de rutilante oro ó modesta tinta son dignísimos ciudadanos, grandes escritores ó artistas, ejemplos de amor conyugal, tiernísimos padres ó hermanos, é inapreciables amigos, los que en vida fueron llamados crueles azotes de la república, nulidades presuntuosas, esposos infieles, padres ó hermanos desnaturalizados y falsos amigos, con otras calificaciones no ménos duras y humillantes.

Hablen por mí—ya que no pronuncian ni mi tintero ni mi pluma—tantos y tantos grandes capitanes de Grecia, de Cartago y Roma; hablen los Homeros, Camöens y Cervantes; hablen esos infinitos esposos que han vivido años y mas años en continua guerra civil y que han solemnizado la hora de la recobrada libertad levantando un magnífico mausoleo al que pereció en el combate; hablen los hijos que honran la memoria de los padres á quienes llamaron sus tiranos, y hablen finalmente esos amigos póstumos de aquellos á quienes calumniaron, vilipendiaron y mordieron cuando habitaban un mismo mundo, que sin duda era demasiado estrecho para contener la espansion de tan acendrada amistad.

Cuando se piensa en todo esto ¡vive Dios! que le da á uno gana de morirse de prisa y corriendo, para entrar en ese periodo de las alabanzas que no se oyen y que son la compensacion de los denuestos que se oyeron durante la vida, aunque no siempre cara á cara ni con la bastante claridad, sino como

un rumor perdido que va trayendo el viento soplo á soplo. Si los muertos pudieran leer los artículos necrológicos que les consagran los que les hicieron en vida un sin número de malas pasadas, se harian cruces á toda prisa y darian por bien empleado el coscorron de la muerte por el bollo de la alabanza póstuma que los rehabilita, los encumbra y les presta una especie de inmortalidad. Pero si estos muertos resucitaran no sabrian qué hacerse los encomiadores de hoy, detractores de ayer, y es muy probable que se inclinaran á morirse porque no los encontraran los resucitados en tan patente contradiccion.

He dicho cuanto se me ha ocurrido, aunque en muy ligero resúmen, sobre las ventajas de la muerte. Yo creo que he dicho lo bastante para que se incline á morirse el que no esté bienavenido con la vida; el que sea lo que el mundo llama feliz es muy probable que persista en la idea de prolongar sus dias hasta contar tantos como el célebre Matusalen, el mas viejo de los nacidos. Yo no me opondré á su propósito, pero sí le diré de vez en cuando *Muérete y verás, Matías*, si lleva este nombre, y si no muérete y verás, como se llame.

Juan de Arizu.

Habana 28 *de Febrero de* 1860.

LA MODESTIA.

—

Bella, atrevida y ufana,
con desden mirando el suelo,
se alza el águila hasta el Cielo
de las aves soberana:
pero ay! en vano se afana
por ostentar su valor,
porque oculta entre el verdor
canta un ave en voz sentida,
y el mundo al águila olvida
por oir al ruiseñor.

Se unen en gentil guirnalda
del jardin las frescas rosas,
reinas altivas y hermosas
sobre tronos de esmeralda:
mas de un recuesto en la falda,
cual en cámara secreta,
otra flor halla el poeta
que humilde su aroma rinde,
y de las rosas prescinde
para cantar la violeta.

No olvideis, pues, ¡oh doncellas!
que la arrogante ufanía
los corazones desvia
y deslustra á las mas bellas:
que el mas digno ornato de ellas,
el mas fuerte iman de amor,
es que olviden el favor
que les dispensó natura;
pues la modesta hermosura
es violeta y ruiseñor.

María Verdejo y Duran.

DOS PALABRAS EN RECUERDO

DE LA AUTORA DE LOS ANTERIORES VERSOS.

El nombre, quizá desconocido en esta Isla, que se halla al pié de la linda composicion que antecede, parecia destinado á brillar algun dia entre los mas ilustres de las poetisas españolas: pero ¡cuán aventuradas son todas las previsiones humanas y cuán ilusorias las esperanzas mejor fundadas!

María Verdejo y Duran contaba apénas unos diez y siete años cuando tuve el gusto de verla por la primera vez. Las ardientes simpatías que habia concebido por mí sin conocerme, la hicieron abandonar su provincia para pasar algunos dias en Madrid, cerca de una de sus tias allí residente. Desde nuestras primeras entrevistas tuve ocasion de comprender que su alma era tan dulce y bella como su figura, y que, aunque poco cultiva-

dos, poseia vasta inteligencia y rectísimo juicio. Me confió várias composiciones poéticas, escritas por ella en momentos de ocio, y publicadas las mas en algunos de esos periodiquillos de provincias que nacen y mueren cada dia sin llegar, á ser conocidos sino por un pequeño círculo de amigos. Al traves de los defectos consiguientes á la inesperiencia, descubrí en aquellos ensayos incorrectos bellezas reveladoras de un verdadero ingenio. Animé á María á que continuase escribiendo, y en efecto, algunos meses despues me envió desde su ciudad natal un pequeño volúmen de versos publicado allá con su retrato al frente, y tuve la satisfaccion de oir celebrar muchas de las sentidas composiciones que contenia aquel libro á escritores concienzudos de la coronada Villa. No pasó mucho tiempo sin que recibiese otra publicacion de mi jóven amiga, que, tan infatigable como buena, quiso dedicar sus desvelos á la interesante infancia, dándole en una preciosa coleccion de articulillos morales y sencillas poesías, que tituló *Estrella de la niñez*, el provecho de la enseñanza entre el encanto de una lectura amena. Del número de las bonitas composiciones que contiene aquel volúmen es la que insertamos hoy en el *Album Cubano*, si bien no cual apareció en la *Estrella la niñez*, sino abreviada y corregida, segun mas tarde la dispuso su autora, dócil siempre á los consejos de la amistad. Igualmente conservo en mi poder otras várias producciones de María, limadas por su propia mano con posterioridad á su publicacion en el libro citado, y persuadida de que agradarán á nuestras amables suscritoras despues de conocer por esta breve nota, á la interesante jóven de cuyo malogrado talento fueron primicias preciosas, irémos dándoles lugar sucesivamente en las páginas de lo *bueno y lo bello*, donde por justicia les corresponde un puesto por su índole moral y su mérito literario.

La Señorita Verdejo y Duran volvió con su familia á Madrid á fines del año de 54, si mal no recuerdo, y á poco de su llegada y cuando comenzaba á relacionarse con las eminencias literarias de la corte de España, le fué arrebatada por la muerte su excelente y amadísima madre, sumiéndola esta pérdida, casi repentina, en un abismo de dolor que solo podria medir quien conociese como yo la sensibilidad exaltada y hasta enfermiza de aquel corazon tierno.

Nuevas desgracias de familia, que ocurrieron por entónces, acabaron de postrar todas las fuerzas de la pobre niña, y se volvió á su pais huérfana, doliente, desalentada, sin conservar de sus brillantes facultades, segun decia ella misma, sino la firmeza de su fé en Dios y la esperanza de otra mejor vida.

La escribí várias veces y al cabo tuve por respuesta algunas melancólicas líneas, llenas de presentimientos infaustos que yo consideré pánicos terrores de una imaginacion enferma.—"No puedo escribir, me decia, ni casi pensar; pero por estraña contradiccion me asalta á cada instante en estos dias el deseo febril de hacer versos: no sé á qué, pero me parece que deberian ser mejores que cuantos he escrito hasta ahora, pues nada se sabe miéntras que no se ha padecido. Ademas, dicen que el cisne, mudo durante su vida, canta admirablemente en la agonía ¿y quién asegura que yo no encontraré tambien melodías desconocidas para enviarte mi postrer adios, querida-Tula? Pídele al cielo que el golpe no venga demasiado pronto."

La carta en que, procurando distraerla de las que yo creia locas aprensiones, me chanceaba sobre aquellos anuncios fatídicos, no llegó á las manos de María. El cólera morbo la arrebató de la tierra en breves horas, pocos dias despues de haberme escrito. La terrible epidemia se miraba ya como terminada, pero quiso hacernos llorar su despedida hiriendo al efectuarla aquella hermosa cuanto inocente víctima.

María Verdejo y Duran no habia cumplido veinte años cuando Dios le cerró las puertas de la gloria humana, que parecia esperarla, para abrirle las de la gloria celeste á donde la llamaban sus hermanos los ángeles.

G. G. de Avellaneda.

Contemplando el retrato de Célia.

ELEGÍA.

¡Célia del corazon, mujer querida!
En dónde, en dónde estás? ¿Por qué te escondes,
E insensible á mi voz no me respondes,
Ni calmas mi frenético dolor?
¿Tú no sabes, mi bien, que si respiro
Es solo por tu amor? Acaso ignoras
Que si ries yo rio, y cuando lloras
Llora tambien mi ardiente corazon?

¿Tú no sabes que soy un desgraciado
Qué solo por tu amor sufre la vida?
¿Tú no sabes que mi alma dolorida
No halla sin tí consuelo ni placer?
Pues bien; si no lo ignoras, vida mia,
Por qué te ocultas de mi vista errante?
¿Por qué á la voz de tu infeliz amante
No puedes ni una lágrima verter?

Ven á mis brazos, Célia idolatrada,
No me dejes morir sin un consuelo:
Ven y gocemos del amor que el cielo
A nuestro corazon plugo inspirar:
Ven, y que sienta palpitar el tuyo
Junto á mi pecho, que por tí suspira;
Ven y no tardes, porque ya delira
Esta alma, de tu amor sagrado altar!

No me dejes, mi bien, abandonado,
Acude á socorrerme, atiende, escucha,
Que ya mi corazon en férrea lucha
Se ajita cual si fuese á reventar.
Como al fulgor de súbito relámpago
Esperamos el trueno retumbante,
Así al mirar tu célico semblante
Espero oir tu voz angelical.

No la escucho, es verdad; mas yo te miro;
Junto á mi lado estás: eres tú misma
A quien contemplo por un bello prisma
De amor, de encanto y dicha celestial.
Tus negros ojos, tu virgínea frente,
Tu dulce boca y plácida figura,
Y toda tu simpática hermosura
Se refleja en un mágico cristal.

Y aunque te miro yo, y aunque te llamo,
Nada respondes á mi voz doliente!
¡En dónde estás ¡oh Célia! qué inclemente
Me escuchas insensible delirar?
Oh! qué eres, pues, reflejo de mi amada?
Realidad ó ilusion, lo que eres, dime.
Por qué á mi corazon, que mústio gime,
No le mitigas su hórrido pesar?

Tú, mi mas puro amor, mi clara estrella,
Mi esperanza, mi bien y mi alegría,
Tú, mi felicidad, mi única guía,
Por qué me desamparas sin piedad?
¿No recuerdas el tiempo en que amorosa
Mis penas con tu amor dulcificabas?
¿No recuerdas el tiempo en que me amabas
Y era tu amor mi númen tutelar?

Tú eras jóven, amable, tierna y pura.
Cuando á mi vista apareciste bella,
Mi alma te contempló como una estrella
En medio de la horrible tempestad.
Entónces te adoré con toda el alma,
Cual ningun hombre amó mujer alguna,
Y haciendo que envidiaran mi fortuna
Me entregaste tu tierno corazon.

Y al pronunciar tu amante juramento
En el cielo fijabas tu mirada;
Pues tu alma, como el cielo inmaculada,
Volaba al cielo en alas del amor.
Y ese amor que á mi pecho tú inspiraste,
Como el tuyo veraz, dulce y primero,
Era un aroma grato y lisonjero
Que al cielo para siempre se elevó!

¿Mas por qué delirar si aquí á mi lado
Te miro en este instante dulcemente?
¿Por qué mi corazon, que te ama ardiente,
No cesa de gemir y suspirar?
¡Oh! lo comprendo ya: justa es la causa
Que tiene á mi alma arrebatada y loca!
Iba á estampar un ósculo en tu boca,
Y encuentro al fin... tu imágen... nada mas!...

Ahora me lamento, Célia mia,
Porque comprendo mi dolor profundo;
Por que estoy solo en la estension del mundo,
Porque no encuentro aquí tu corazon.
Pídole alma á tu imágen: no responde!
Al cielo clamo; el cielo no me escucha,
Y en eterno pesar y eterna lucha,
No encuentro mas alivio que el dolor!

Implacable dolor, horrible, eterno,
Dolor que nadie á comprender alcanza,
Dolor que me arrebata la esperanza
De abrigar en el alma ni aun la paz.
Por eso vago errante y sin consuelo,
Pálido el rostro, la mirada triste,
Por eso el corazon siempre se viste
De lágrimas y luto funeral!

¿Y cómo hallar ni paz, ni amor, ni gloria;
Cómo hallar un consuelo á mi tormento,
Si eras ¡oh Célia! mi único alimento,
Luz de mi corazon, mi propio sér?
Tú que pudiste consolar mi alma
De la pérdida triste de mi padre,
Y de la horrenda de mi tierna madre,
Tú fuiste ¡oh Célia! mas que una mujer!

Quizas, bien mio, al contemplarme el cielo
Devorado por hórrida amargura,
Al mundo te lanzó con la ternura
De un ángel y con formas de otro ser.
Quizas por eso nuestro amor tan grande
No halló el placer sobre el marchito suelo,
Y tú volando á la mansion del cielo
Te fuiste á prepararme entrada en él.

Así tan solo á comprender alcanzo
Tan amargo dolor, tan cruel partida;
Pues ya si puedo soportar la vida
Es porque sé que pronto he de morir.
Ya siento el alma en lucha con el cuerpo,
Oigo tu voz que á mi alrededor retumba;
Me miro descender hácia la tumba,
Para elevarme á un mundo mas feliz!

Al mundo de las almas, bello y puro
Mas que el amor que anima mi existencia;
Claro, inmortal, cuya divina esencia
Es el eternoo amor del mismo Dios.
Y en él te encuentras tú, Célia querida,
Bañada en esa atmósfera celeste,
Clamando á Dios porque veloz me preste
Alas con que volar á su mansion.

Sí, ruégale, mi bien; que ya en el mundo
Postrado éxisto y lleno de dolores;
Y hasta al regar en tu sepulcro flores,
Las marchita mi aliento destructor!
No hay un placer, ni una esperanza sola
Que mi alma anime, todo me es ingrato;
Pues si gozo admirando tu retrato,
Es un gozo mezclado con dolor.

Mas ¡ay! no puedo resistir, bien mio:
Ya me siento morir! A cada instante
Oigo tu voz, y misteriosa, errante
Me persigue tu sombra sin cesar.
No te apartes de mí, sombra adorada,
Mi cuerpo envuelve en tu luctuoso velo,
Y llévame á gozar allá en el cielo
El amor de mi Célia divina!

Llévame, sí! Mi triste pensamiento
Del mundo se desprende; al cielo sube
Como brillante, y vaporosa nube
Movida por la brisa matinal.
Y ahora te mire esplendorosa y pura,
Célia, mi único amor y mi esperanza;
Pues ya mi corazon audaz se lanza
A buscarte en gloriosa eternidad!

Gonzalo Pecil.

Matanzas 1850.

LA HERMANA DE VELAZQUEZ.

III.

PREVISION DE MADRE.

"Quien quiera que seais, ¡oh vos que decis amar á la pobre huerfanita y que sois ya dueño de su corazon! escuchad las súplicas de una madre que traza estas líneas de rodillas y las riega con sus lágrimas."

"Sabed, Señor, que la que así os implora, ha sido víctima triste de esa tirana pasion llamada amor, que habeis sabido inspirar á su inocente hija: compadeceos de ésta; no la arrojeis al abismo de dolor y de remordimientos en que me hallo sumerjida: no os hagais reo del mismo delito que aquel que le dió la vida á precio de mi vergüenza."

"Que los ruegos de esta infeliz madre cambien vuestros proyectos, si son criminales, en una resolucion generosa. Ved que la desdichada niña está sola en el mundo y

no tiene otro porvenir que el que vos querais darla. Sed fuerte, sed noble, sed digno de su amor y de mis bendiciones. Si os hallais libre hacedla vuestra esposa, pues no pudierais escoger ninguna tan hermosa y tan pura. Si teneis ya compromisos sagrados respetadlos y respetad la inocencia de mi Ana. Sed su hermano, señor! Sed su apoyo y su guarda! Os lo pide como á caballero su desventurada madre—Ana."

—Es original la aventura! dijo el duque cuando acabó Velazquez la lectura de esta carta.

El artista la volvió á guardar en su cartera y prosiguió asi su interesante relato.

—Coloqué en un medallon de oro el rizo de pelo que acompañaba á esta carta, en cuya posdata leí—*para mi hija ese recuerdo*: oré algun tiempo en una iglesia cercana, trayendo á mi memoria los consejos de virtud que debí á mi madre, los beneficios de que me colmara mas tarde el padre de mi esposa, la grave y tranquila afeccion de ésta, el amor de mi hija..... en fin, fortalecí mi alma con la religion y el deber, y luego—llegada que fué la hora—corrí á poner la escala en la ventana de Anita.

Cuando la ví á mi lado eché á su cuello la cadena de la cual pendia el medallon y la dije, besándola respetuosamente en la frente:

—Conserva ese recuerdo de nuestra madre, querida hermana mia.

—Cómo! exclamó ella con un júbilo que probaba la pureza de su cariño hácia mí. ¿Has descubierto por los papeles que te dí que somos hermanos?

—Sí, querida niña, le respondí con voz firme: y te juro por lo mas sagrado que seré siempre para tí el mas tierno y sincero de los hermanos.

—Ah! gritó ella echándome los brazos al cuello: por eso te amé desde el primer instante que te ví. La naturaleza me revelaba nuestro íntimo parentesco.

Una hora despues nos dábamos á la vela en un buque español, y al presentarme en la corte y saber que el rey se dignaba darme aposento en su palacio, comuniqué á S. M. que traia conmigo una hermanita que pensaba mandar mas tarde junto á mi querida esposa doña Juana Pacheco.

—¿Es pues, esa jóven que pasa por hija natural de vuestro padre y que recatais á las miradas de todos?

—Sí, señor duque: hace un año que Ana vive á mi lado, y Dios me es testigo de que ni un solo momento he olvidado los ruegos de su madre.

El mayordomo mayor de Felipe IV miraba al artista con asombro, como á sér de naturaleza superior, pues si bien las licenciosas costumbres de su época le habian estragado el corazon, era D. Juan todavía bastante noble de alma para saber apreciar toda la belleza de la conducta de su amigo.

—Sabeis D. Diego, (le dijo al cabo de un rato de silencio) que es harto ruda la prueba que os imponeis? ¿Por qué no mandar á esa niña, como pensasteis, cerca de vuestra esposa y vuestra hija?

—Ella dice que no puede vivir sin verme, y yo..... ¡ah! yo tambien, pronunció Velazquez suspirando, siento cada dia más que su presencia me es tan necesaria como el aire que respiro. Pero mirad, señor, añadió con cierta pavura; el cielo me empieza á castigar de haber faltado á esa parte de mis propósitos: hace tres dias que llamo y reuno todas mis fuerzas para resolverme á alejar á Ana..... porque ahora es preciso, es indispensable que deje á Madrid.

En aquel instante el caballero que escuchaba á la puerta se desvió, perdiéndose pronto entre la multitud de paseantes.

El duque que, como Velazquez, nada habia notado de aquel espionaje, prosiguió su diálogo diciendo al pintor.

—¿Será tal vez que comprendeis mas que ántes lo difícil que es mantenerse á la altura de tan gran virtud?

—No, señor: respondió el artista: espero en Dios que no me arrepentiré nunca de los sacrificios que me impone. Pero el rey—sabedlo todo—el rey ha visto á mi hermana, á pesar del retiro á que la tengo condenada,

y su belleza celestial ha encendido en aquel pecho impresionable y violento, un amor que nada respetará.

Al escuchar estas palabras se levantó el duque mirando receloso á todas partes, y dijo en seguida á su interlocutor:—Volvamos á Madrid, nuestra conversacion puede continuarse en mi coche con mas seguridad que en esta tienda.

En efecto, miéntras que el magnífico carruaje del mayordomo mayor volaba, por decirlo así, conduciendo á ambos personajes al palacio de S. M.—donde ya hemos dicho que habitaba el pintor de cámara—éste refirió á su ilustre compañero como Felipe le habia sorprendido en su taller en el momento de estar haciendo el retrato de su hermana adoptiva, [que en balde habia pedido ántes várias veces le fuese presentada] y que visiblemente cautivado por las gracias de Anita desde el primer instante que la contempló, habia querido al dia siguiente nombrarla camarista de la reina, lo cual solo pudo evadir el pintor asegurando que su esposa, delicada de salud, necesitaba los cuidados de la jóven, que estaba disponiendo por tanto, su partida para Sevilla. Velazquez, empero, temeroso de las calaveradas del rey y mas aun de la audacia de su favorito el Conde Duque—que no reconocia otro deber que el dar gusto en todo al descuidado monarca, en cuyo nombre mandaba como absoluto—tenia á la bella flamenca cuidadosamente vigilada por su mulato Juan de Pareja, aquel otro grande artista desconocido todavía, y que era para Velazquez el esclavo mas sumiso y el amigo mas leal.

En el instante en que separándose del duque llegaba el artista á las puertas de la real morada, se bajaba tambien de otro coche el conde duque de Olivares; y cuando el uno penetraba en la habitacion en que le aguardaba su linda hermana adoptiva, el otro traspasaba los umbrales de la régia cámara en que le esperaba tambien S. M. Felipe IV.

IV.

El Rey de nombre y el Rey de hecho.

Escribia el rey delante de una mesa cubierta de papeles, y su obra debia ser en verso, segun lo indicaban sus desiguales renglones y el cuidado que ponia en medirlos contando sus sílabas por los dedos.

Al sentir los pasos del Conde Duque, levantó la cabeza y mostró su semblante pálido y marchito por los escesos. Ademas, hacia tres noches que no cerraba los ojos pensando en la hermana de su pintor de cámara.

Tenia el Rey unos veinte y cinco años, y era de mediana estatura, tez trigüeña y hermosos ojos. Su nariz, un tanto encorvada, era quizá por este mismo defecto la faccion mas graciosa de su rostro; y sus cabellos, oscuros y largos, y su vigote castaño y retorcido, acababan de dar á su fisonomía aquel carácter de época que en vano se ha procurado despues imitar. El valido, hombre de 45 años próximamente, y de facciones pronunciadas, las ostentaba aquel dia animadas por cierta alegría maligna.

—Me traes alguna buena nueva? le preguntó Felipe apénas le tuvo en su presencia.

—La mejor sin duda que puedo por hoy dará V. M., respondió inclinándose Olivares.

—Cuál?

El Conde Duque echó en torno miradas cautelosas, como para cerciorarse de que no podia ser oido por otro que su augusto interlocutor, y pronunció con aire misterioso:

—La jóven que pasa por hermana de Velazquez no lo es realmente.

—Qué dices! exclamó el rey sorprendido y gozoso.

—La trajo de Amberes cuando, llevado por el deseo de conocer á Rubens y estudiar sus obras, fué á aquella ciudad.

—Fausto descubrimiento, dijo Felipe, porque me hubiera sido penoso, te lo confieso, el afectar el puro honor de la familia de Velazquez.—Y, á propósito de Rubens, á quien has nombrado (añadió con su natural ligereza), ¿sabes que viene?

—Viene Rubens! repitió con mal gesto el

favorito, que no podia sufrir junto al rey á ninguna persona capaz de hacerle sombra; razon por la cual no tenia simpatías hácia Velazquez.

—Trae mision diplomática de mi tia la Infanta gobernadora de Flandes, repuso Felipe, y quizá le ha movido tambien á hacernos esta visita el deseo de relacionarse con Velazquez. Pero hablemos de la falsa hermana de nuestro gran artista. ¿Estás seguro de que es su querida?

—Creo que V. M. es tan dichoso que la halla libre, como mujer sin familia, y pura, sin embargo, como si realmente velase por ella la solicitud fraternal.

—Es posible! exclamó el Rey regocijado. Oh! tenias razon en decir que las noticias que me traias eran las mas faustas. Pero ¿cómo has logrado adquirirlas?

El favorito, siguiendo su costumbre de hacer siempre misteriosamente sus servicios para abultarlos con la oscuridad, se contentó con responder:—Nada hay de imposible para mí, señor, cuando se trata de seros grato.

—Acepta este anillo en recuerdo de mi gratitud, dijo el rey sacando de su dedo anular una magnífica sortija de brillantes y poniéndola por sí mismo en el del conde duque.

—Lo que me embaraza, añadió miéntras duraba dicha operacion, es que Ana está guardada constantemente por un mulato feroz que apénas la permite respirar, y que no puedo romper por todo y dar un escándalo en mi mismo palacio, donde tambien habita mi codiciada niña.

—¿Hay mas que sacarla de palacio y del alcance de las miradas del mulato? respondió friamente el valido.

—Te atreverias á:.....?

—A todo por servir á mi rey hasta en sus caprichos.

—Mañana, ya lo sabes, nos trasladamos al real sitio del Escorial.

—Irémos todos, incluso Velazquez; pero Ana se quedará en mi casa.

—En tu casa!.....

—Es donde podrá verla mas fácil y reservadamente V. M.

—Ten presente que la reina se queda tambien en Madrid y que está estos dias horriblemente zelosa.

—Pierda V. M. cuidado: la linda flamenca será pronto trasladada por mí á mi morada del Escorial.

—¿Cómo podré yo pagarte tanto celo!.....

—Divirtiéndose, siendo feliz V. M., respondió el Conde Duque.

—Y amándote siempre, y poniendo en tí miéntras viva, toda, toda mi confianza.

Olivares se inclinó fria y ceremoniosamente, como si en efecto hubiera acabado de prestar servicios tan ilustres que merecieran todo aquel estremo de gratitud real, y salió de la cámara con paso mesurado y magestuoso.

V.

EL RAPTO.

Eran las doce de la noche del 25 de Junio, y Diego Velazquez de Silva acompañado de la linda Ana, se hallaba en su estudio absorto al parecer en hondas cavilaciones.

Sentada la jóven junto á la ventana abierta, pasaba su blanca mano por la cabeza de un hermoso perro de corpulenta talla y largas lanas negras; tambien ella estaba pensativa y triste, cual si su lindo rostro hubiera sido un espejo del de Velazquez.

Apesar de haber hecho este el retrato de Ana, cuando hablaba en la enramada con el duque del Infantado, la daré á conocer por mí misma al lector.

Apénas rayaba esta preciosa criatura en los diez y seis años de su edad; sus ojos azules guarnecidos de larguísimas pestañas de oro, eran grandes, rasgados y serenos, y su apacible luz patentizaba el dulce candor de su alma. Bajaban sus cabellos en luengos rizos hasta tocar en sus hombros, derramándose como una cascada de oro por su blanca espalda. Su rostro—que formaba un óvalo prolongado—estaba ligeramente enflaquecido hácia las sienes y la parte inferior de las

meji"as, presentando señales infalibles de esa terrible enfermedad de consuncion que se apodera de tantas jóvenes al salir de la adolescencia, y que las hunde en el sepulcro ántes de ver colorar sus infantiles ensueños.

Aquellos desoladores síntomas daban á la fisonomía de Ana el encanto mayor que poseia, imprimiéndole triple carácter de melancolía, sufrimiento é inocencia, que conmovia hondamente el corazon mas duro.

Su vestido blanco, de escote cuadrado y mangas perdidas á la flamenca, marcaba los contornos perfectos, pero poco desarrollados de su talle: eran sus formas de tan estremada delicadeza que tenian, no obstante su morbidez, una indecision enteramente infantil.

El gran perro Medoro, sentado á sus piés, levantaba su enorme cabeza á la dulce presion de la linda mano que se posaba sobre ella acariciándola, y clavaba sus grandes é inteligentes ojos en el semblante de Ana.

Velazquez estaba pálido y sus negros ojos aparecian tristes y rodeados de un ancho y azulado círculo: conocíase bien que hacia largas noches que no cerraba sus párpados el sueño.

En efecto, la noche precedente no habia encontrado un instante de reposo, atormentado por el devorador cuidado que la suerte de Ana le inspiraba: aquella criatura era su único bien, y harto sabia de lo que era capaz el rey Felipe IV cuando se veia contrariado en algunos de sus caprichos amorosos.

Sin embargo de este convencimiento, Velazquez no culpaba de los desórdenes del rey al rey mismo; pues á pesar de la amistad que el Conde-duque le manifestaba desde que hizo su célebre y magnífico retrato, el leal corazon del artista no habia creido en la sinceridad de la afeccion que le mostraba el favorito, y su elevado talento y buen criterio habian adivinado cuánto de falso y maligno existia en el carácter de aquel hombre.

El reloj de palacio dió las doce y media sin que ni Ana ni Diego hubiesen roto el silencio que reinaba en la estancia. La vibracion de la campana sacó á la doncella de sus meditaciones: levantóse y fué á apoyarse en el respaldo del sillon que ocupaba su hermano.

—¿Qué tienes, Diego? dijo poniendo al nivel de la negra y rizada cabeza del artista su cabeza rubia y perfumada.

—Estoy triste, Ana, contestó Velazquez estremeciéndose al sentir resbalar en su frente el suave aliento de la jóven: estoy triste, repitió, porque dentro de dos horas voy á partir para el Escorial y no puedo llevarte conmigo.

—¿Por qué no quieres que te acompañe, Diego? preguntó la niña pasando sus hermosos y afilados dedos por los rizos del pintor.

—Es inútil que te molestes en salir de Madrid para tan pocos dias, contestó con apresuramiento Velazquez: quedarás aquí bajo la proteccion de la reina que permanece en palacio tambien.

—Sea como tú quieras, hermano, contestó Ana, dulce, pero tristemente; yo creia, sin embargo, que jamas me separaria de tí.

—¡Llevarte yo donde va la corte! esclamó Velazquez levantándose con ímpetu: ¡oh, jamas, jamas!...

—¿Por qué no quieres llevarme donde está el rey, Diego? es tan galan y parece tan bueno!...

Al escuchar estas palabras Velazquez dió un paso atras, como si hubiera recibido un golpe mortal en el corazon, clavó en Ana una mirada de estravío, y sus cabellos se herizaron en su frente, y sus sienes se cubrieron de un helado sudor.

En aquel instante llamaron á la puerta.

Velazquez fué á abrir con inseguro paso, y un camarero apareció en el umbral.

—Vengo á avisar al señor D. Diego, de parte de S. M., que la hora de partir se ha adelantado y que le espera ya en su real cámara.

Una llamarada de alegría iluminó los ojos del artista; la noticia de que el rey iba á alejarse de Ana calmaba sus inquietudes.

—Ya os sigo, dijo al camarero, que se in-

clinó respetuosamente y desapareció en seguida.

Entónces se abrochó rápidamente su ropilla, alizó sus cabellos, se puso su sombrero adornado de una larga pluma y tendió los brazos á su hermana.

—Dentro de dos dias, la dijo oprimiéndola contra su pecho, dentro de dos dias tendré para tí un asilo seguro y vendré á buscarte para que no te separes mas de mi lado.

La niña no respondió nada: los sollozos ahogaban su voz.

—¡Juan! gritó Velazquez abriendo una puerta que daba frente á la de la entrada.

Un jóven mulato de elevada estatura apareció al instante.

—Escucha, Juan, dijo Velazquez tomándole por la mano: escucha, y si es cierto que me quieres cumple lo que voy á decirte.

—Mandadme, señor, contestó el mulato con grave acento.

—Cuida de mi hermana, Juan: no dejes llegar á su lado ni aun al mismo Conde-duque si, como temo, vuelve mañana á Madrid: duerme á la puerta de esta estancia, y dentro de dos dias, cuando vuelva á buscar á Ana, que la encuentre yo mas alegre que la dejo.

—Seré la sombra de D.ª Ana, señor, y cuando volvais os la entregaré risueña y contenta.

—Gracias, Juan: tu corazon encierra el valor indomable de los leones de tus bosques, y tu alma toda la ternura de una mujer, Juan, en tí confio, adios.

Y Velazquez abrazó de nuevo á su hermana; apretó la mano de Juan y se lanzó fuera de la estancia.

(*Continuará*)

SECCION TERCERA.

DEL TRAJE

Bajo el punto de vista de la historia,

DEL GUSTO Y DE LAS ARTES.

A la par de la historia de los hechos, tan henchida de gravísimos ejemplos, y llena tambien por desgracia de omisiones, dudas, oscuridad y mentiras, existe otra que no ha tenido interes en desfigurar el espíritu humano, y que ofrece á la curiosidad de los eruditos un pasto abundante y provechoso. Es esta la historia de las costumbres, de los trajes, del lenguaje y de todos los signos con que cada generacion nos revela sus tendencias materiales y morales, su grado de civilizacion, sus intereses sociales y su nivel intelectual.

Hay en esta historia secundaria un capítulo tan importante como ameno, el cual vamos á examinar hoy, reservándonos para otro dia un asunto de mas trascendencia y gravedad. No será el capítulo de los sombreros, que un cómico frances ha intercalado burlescamente entre las obras de Aristóteles, sino el que trata del traje y de sus variaciones.

No nos faltarán documentos para tan curioso estudio: existen por do quiera, en las crónicas, en los cantos populares, en las admirables estampas de los antiguos misales manuscritos, y en las groseras viñetas de los primeros libros impresos. Ademas de estos manantiales originales, hay otros muy numerosos, en los que ha resumido la ciencia todo lo mas elocuente y estraño que puede satisfacer la curiosidad de nuestros antepasados y de nuestros contemporáneos. No teneis mas trabajo que hojear el catálogo de los libros publicados en Lóndres durante el último año, para encontrar entre ellos tres colecciones de diferente asunto y aspecto, que tratan del punto en cuestion. Lo han apurado bajo un punto de vista distinto dos anticuarios y una mujer. La ilustracion, esplotada en esta ocasion con utilidad, les ha ayudado en su empresa, y ha dado una claridad particular á los anales de la moda; de modo que no teníamos que hacer mas que tomar notas y

compaginar fechas, para estractar de todas esas interesantes obras una historia compendiada del traje, si no nos hubiera parecido esencialísimo poner de manifiesto uno de los lados de la cuestion que apénas han indicado nuestros tres autores. Ellos se han limitado á repetir todo lo que se ha dicho sobre las variaciones sucesivas del traje nacional; pero nosotros intentarémos estudiarlas en sus relaciones con las nociones é ideas del arte moderno, completando de este modo la mision de que nos hallamos gratamente encargados.

No obstante, nos aprovecharémos del libro de M. Fairholt para seguir la transformacion sucesiva del traje introducido por los romanos en la isla conquistada por César. M. Fairholt es nimio y escrupuloso, como verdadero sabio, y no se ha atrevido á remontarse mas allá de la conquista sajona, porque no encontraba autoridades respetables para la descripcion exacta de los siglos anteriores á esta época. Efectivamente, cuando los escritores griegos ó romanos de los siglos III y IV describen los usos y trajes británicos, no recurren jamás á apuntes contemporáneos; se contentan con copiar lo que habian escrito los historiadores y los geógrafos 300 ó 400 años ántes; y este método, que tan usado es aun en nuestros dias, les esponia á gravísimos errores, de que es forzoso desconfiar cuando se lleva por norte en un trabajo el mérito de la exactitud.

Es muy posible presumir que, segun hacian todas las tribus bárbaras mas ó ménos sometidas á los procónsules romanos, trocarian tambien los habitantes de aquellas islas sus pintadas pieles por la toga italiana; y que cuando se trasladó la corte del imperio á Bizancio, dejarian sin duda alguna este manto tan pesado, tan magestuoso, tan incómodo y difícil de llevar, para vestir el elegante *pallium* de la raza griega.

Somos de parecer de que el traje de los sajones, imitado en un todo del que se usaba en el Bajo Imperio, sufrió notables transformaciones ántes de la conquista normanda. Gurt y su señor Cedric irian vestidos, poco mas ó ménos, como los porquerizos bizantinos y los cortesanos de Commeno. Por otra parte interesaba muy poco, segun parece, á los anglo-sajones, la forma de sus vestidos, y gustaban con predileccion de broches y hebillas incrustadas ó cinceladas, para abotonar sus vestidos cortados á capricho. Envolvia su cuerpo una túnica sencilla que bajaba hasta la rodilla, y se adaptaba y ceñia á la cintura por medio de una banda de la misma tela, ó con un cinturon adornado de varios dibujos.

Algunas veces se veian ricas bordaduras en los bordes de la misma túnica: consistian en hojas esparcidas en trozos de iguales dimensiones, ya cuadradas ya redondas, pero sin mas artificio: los mas ricos llevaban estas hojas bordadas con hilo de oro: la túnica tenia una abertura sobre el pecho en ámbos lados, empezando desde las caderas, y se parecia mucho á las modernas camisas. Llevaban sobre ella una capa corta de diversos colores, ajustada por medio de un broche sobre el hombro derecho, sino lo estaba tan bien sobre el mismo pecho, dejando entónces á la capa separarse en pliegues iguales y volver á caer desde los brazos hasta encima de la pantorrilla.

Las personas distinguidas y los ancianos llevaban encima de esta corta capa otra mucho mas larga, y que seria sin duda alguna imitacion de la torga romana. Jamas deja de estar representado Dios en los manuscritos de la época sin este atributo de la nobleza y de la ancianidad.

La capa corta servia con frecuencia para preservar la cabeza de la inclemencia de las estaciones, porque en la época de que hablamos eran muy escasos los adornos de la cabeza. Se vé no obstante, que ciertos hombres privilegiados llevaban sombreros ó gorros cónicos, recordando con su figura los cascos guerreros y los gorros frigios, puestos los unos sobre los otros. Se usaban los cabellos desmesuradamente largos, divididos por en medio de la frente, y puestos detras de las orejas desde donde caian en libertad sobre las espaldas. La barba, ya estuviera en forma de collar, ya cayera sobre el pecho á la longitud de algunas pulgadas, terminaba en dos puntas. Los escritores sajones hacen muchas veces mencion del brech y del hose. El brech (del que se deriva la palabra breeches) abrazaba estrechamente la pierna y no tenia mas adorno que unas rayas trasversales en torno de los muslos, las cuales no pasaban de la pantorrilla. El hose (de que se deriva la palabra francesa houzeaux) era de cuero ó de piel sin curtir; solo llegaba hasta la

rodilla; los zapatos estaban por lo comun teñidos de negro y abrazaban el pié hasta el tobillo. Aunque las pinturas del tiempo no indican si estaban sujetos por correas ó hebillas, no puede negarse la certeza de esta circunstancia.

Las damas anglo-sajonas rivalizaban en sencillez con sus maridos: sus largos vestidos caian sobre sus piés en pliegues rectos; llevaban encima una túnica que apenas llegaba á la rodilla, y que segun parece, estaba ajustada al talle por medio de un cinturon cualquiera; una larguísima capa ocultaba el rostro á todas, y el coverchief, ó capucha acababa de hacer casi invisible á las castas esposas de los nobles sajones. El complemento del tocado femenino era esta capucha puesta en torno de la cabeza y que caia con bastante gracia sobre el hombro derecho. La mujer del pueblo iba vestida en cuanto á este adorno lo mismo que la reina, la cual debia llevar su toca encima de la corona. Sus cabellos, casi siempre ocultos, eran tan cortos, que formaban con ellos una especie de rollo al rededor de la cabeza: solo estaban sujetos con una cinta de muy poco lujo.

El azul, el encarnado y el verde eran en aquella época los colores adoptados con mas frecuencia, tanto por los hombres como por las mujeres. Tambien se usaban el carmesí y el violeta, pero no tanto. El traje blanco era muy raro ó jamás usado, circunstancia que esplica de un modo conveniente el clima de la Gran-Bretaña.

(Continuará.)

REVISTA DE MODAS.

EL ESPEJO.

Se ha acusado á la Moda de ser inconstante como la veleta y voluble como la mariposa. Su ligereza en efecto la induce á aprobar hoy lo que desaprobó ayer; á prendarse mañana de lo mismo que algunos dias despues declara ridículo ó feo. Amiga de la mudanza y protectora de la versatilidad, parece haber determinado seguir en su ficticio reino la sentencia italiana:—*"Per troppo variare natura è bella."* No contenta con dirigir el prendido de la hermosa, con dictarle órdenes que de continuo se contradicen, con hacerla esclava de las perpetuas invenciones de su fantasia, penetra en su *boudoir* y cambia los muebles que lo adornan, á cada instante. Solo un objeto respeta allí como indispensable auxiliar de sus inspiraciones y preceptos. Suele sí, llevada de su inquieto espíritu y de su deseo de variacion, darle tan presto forma ovalada como cuadrilonga, rodearle tan pronto de un marco de brillante oro como de otro de oscuras y preciosas maderas. Pero á pesar de esas chispas, digámoslo así, de su veleidosa índole, la Moda en lo único que se manifiesta consecuente es en su decidido amor al Espejo.

De aquesto han sacado nuevas armas los enemigos de su graciosa frivolidad para llamarla pérfida corruptora de la sensatez femenil. Segun esos adustos y descontentadizos censores, la Moda al mostrarse acérrima partidaria del Espejo ha inspirado al bello sexo la vanidad, la presuncion, y la coquetería. Poco á poco, parciales Aristarcos de materias que no entendeis. Vuestras quejas son injustas y vuestros anatemas un anacronismo patente.

Voy á probarlo. Cuando Eva llena de atractivos, de juventud y de candor habitó el divino Eden, no se conocian aun los perfumados gabinetes ni los tocadores artificiosos y elegantes. La vírgen tierna y gentil vagaba pues, inocente y sencilla por los bosquecillos esmaltados de flores del Paraiso. Sin saber lo que buscaba atormentábala el anhelo de conocerse á sí propia. Al fin el murmurio de una fuente que corria saltando sobre limpias guijas, como dice el poeta, atrae su atencion en medio del incierto crepúsculo de su vaga ansiedad. Se acerca á ella, inclina el rostro sobre las claras ondas, y un grito de alegría se escapa de sus labios de clavel. ¡Habia visto su hechicera imágen en los líquidos cristales del fresco y diáfano flúido!

¡Oh deseo de agradar! Desde nuestra primera madre has dominado profundo, imperioso, inestinguible, á la mujer. No han sido necesa-

rios ni los trastornos de los siglos, ni los refinamientos de la civilizacion, ni los adelantos del progreso moderno para que hayas servido de norte á la delicada é impresionable criatura destinada á triunfar de la fuerza por medio de las seductoras gracias. Tú formas parte de su condicion y únicamente te extingues en su pecho con su postrer suspiro.

Una fuente sirvió, por lo tanto, de espejo á Eva para alisar su cabellera undosa, para ensayar las sonrisas que entusiasmaron á Adan y para descubrir el poder de sus encantos. ¡Mirad de cuán léjos data la inclinacion de la naturaleza que se empeñan algunos en atribuir á los inventos de los hombres!

Centurias enteras despues, cuando ya la raza humana expiaba con sus trabajos y amarguras en el globo terráqueo el pecado de sus primeros progenitores, la célebre y funesta beldad, fruto segun la fábula de los amores de Júpiter y de Leda, anunció desde que adornada con la túnica virginal ensayaba en el templo de Diana las danzas religiosas, la coquetería incorregible que originó la guerra de Troya. Elena no tenia como nuestras *fashionables* grandes espejos que reflejaran su gallarda figura y que le enseñaran á prenderse con arte. ¿Qué importa? En las planchas de acero bruñido de los crudos guerreros, y hasta en el metal resplandeciente de las trípodes sagradas se admiraba con afan á sí misma. Es tan imposible impedir á la hermosa conocer su mérito físico como á la rosa perfumar el ambiente con sus balsámicas emanaciones.

Sorprende en verdad que los hombres satiricen la aficion de la mujer al espejo. Ademas del ejemplo de Narciso—que debiera reducirlos al silencio recordándoles que ciertas debilidades disculpables en la dulce paloma son ridículas flaquezas en el gavilan,—si ponen la mano sobre su conciencia han de comprender que no son las lisonjas del cristal azogado las que suelen estraviar el juicio femenil; sino los halagos, el rendimiento, la ciega adoracion conque ellos se inclinan ante un lindo palmito. La jóven bella y agraciada viendo el fervor con que cien galanes la obsequian, viendo que todo se lo perdonan á la mujer ántes que la fealdad, viendo en fin cuantos mártires hacen sus desdenes y cuantos bienaventurados sus sonrisas, llega naturalmente á envanecerse algo con su prestigio. No es pues el espejo quien engendra la coquetería. Es el hombre quien la fomenta con su conducta.

La sociedad actual se compone de contradicciones. Nunca se ha clamado con mayor énfasis contra los errores humanos y sin embargo, por un raro contraste, se han cometido tambien á la vez. Miéntras la razon grita, la locura trabaja; ínterin las palabras edifican, las obras pervierten. ¡Ah! Sopla un viento de hipocresía que da jaqueca á la verdadera virtud. Yo lo prefiero no obstante al del escándalo y creo, como Montaigne, que conservando la vergüenza de haber pecado se hace posible la futura rehabilitacion.

Pero tregua á intempestivas reflexiones. Me he propuesto vindicar al espejo de acusaciones injustas y quiero cumplirlo: ocupándome de él no salgo del gracioso laberinto de la moda. Sigo caminando por el contrario, sobre tapices de seda y arrojando escudriñadora mirada á los gabinetes elegantes.

¡Chiton! Una apuesta dama entra de puntillas en su tocador, pasea en torno suyo los recelosos ojos, se dirige hácia su espejo, y murmura deteniéndose frente á la magnífica luna:

—¡Será cierto lo que en su despecho ha tenido Raimundo la insolencia de decirme? ¡Oh! No lo creo. Ha mentido.

Despues se inclina hácia adelante, alza los párpados, clava las brillantes pupilas en el azogado cristal y un grito doloroso se escapa de su boca:

—¡Cielos! Raimundo ha dicho la verdad—añade palideciendo. ¡Ha descubierto en su rostro la primera arruga, en sus cabellos la primera cana!

¿Qué hacer pues? Aceptar la mano del tenaz pretendiente á quien no han logrado ahuyentar ni la plateada hebra ni el pliegue sombrío. Casarse con Raimundo, que únicamente le ha mostrado el otoño sucediendo al verano para salvarla de un estéril y solitario invierno.

Sin la sinceridad del imparcial y franco consejero á quien consultó, se frustraba probablemente su porvenir. Al espejo deberá en consecuencia la obstinada celibataria los inefables goces de madre de familia, y la sociedad los provechosos frutos que llega á producir la ántes inútil flor.

Permitid que siga mi pluma presentando algunos ejemplos en apoyo de las ideas á que sirve de intérprete. Cansada y aturdida retorna la jóven disipada del sarao en que ha bailado toda la noche. A fuerza de divertirse ya no se divierte, á fuerza de gozar ya no goza, á fuerza de correr de fiesta en fiesta ya no encuentra en ninguna el atractivo de la novedad. Al desprender de sus sienes su corona de jazmines arroja una mirada á la tersa luna, ante la cual se despoja de sus galas. ¡Ah! ¡Cuán pálida está! ¡Cuán frágil flor es la hermosura! ¡Cuán presto la marchita la disipasion! Si continúa así negando á la naturaleza el preciso reposo, convirtiendo la noche en dia y abusando del placer, pronto no será bella ni jóven, ni obsequiada. Pero el Espejo le da á tiempo un aviso útil y la salva de la destruccion moral y física que la amenaza prematuramente.

No le debe menor beneficio la dominante esposa que rehusa someterse á las contrariedades del matrimonio con la paciencia y la dulzura que las truecan en bienandanzas. Irritada porque no halla en el marido la docilidad del amante, se rebela contra su dueño, lo colma de reproches, y zelosa como Medea huye á su aposento poseida de las furias infernales que producen en el corazon humano el rencor, la soberbia y el deseo de la venganza.

—¡Pérfido!—repite convulsiva.—Ha osado amenazarme con su desamor si prosigo reclamando mis derechos. Ha hecho mas aun, se ha atrevido á llamarme fea!

En seguida vuelve los ojos hácia un espejo, como para tomarlo por testigo de aquel embuste marital, y en vez de la protesta elocuente que á formular se disponia, grita vertiendo lágrimas.

—¡Ah! ¡tiene razon el ingrato, tiene razon! Es tan fea la cólera en el semblante femenil que su aspecto asusta á la misma que la abrigaba en su pecho. Entónces, temiendo trasformarse para su consorte en una verdadera Medusa, se propone ser en lo sucesivo modelo de blandura, de condescendencia y de abnegacion. ¿Qué sacrificios no hará una mujer para no parecer fea?

Tanto ha desagradado siempre á nuestro sexo ese dictado repulsivo, queridas lectoras, que segun autorizados cronistas, cuando Catalina de Médicis, de aciago recuerdo, sentia despertarse sus perversos instintos, acostumbraba mirarse al espejo para sofocarlos con el horror nacido de la terrible fealdad que le comunicaban. Sus cortesanos, pues, todas las veces que la veian retirarse tétrica y sombría á sus habitaciones, decian significativamente: "Malo está el tiempo. La Reina ha ido á consultar su espejo."

Apesar de los crímenes que atribuye la historia á la orgullosa florentina, memorias particulares aseguran que el Espejo le evitó otros muchos. No debe estrañarse por lo tanto que una de las fervientes oraciones de las personas que la rodeaban fuera esta:—"Dios conserve el espejo de la Reina."

Catalina á pesar de la siniestra política que la indujo á fomentar la guerra civil entre los católicos y reformados, vacilaba ántes de ordenar la degollacion de los últimos. La vista de su faz de hiena reflejándose en la luna de su tocador, espresando la sed del mal, bastaba para hacerla retroceder en el camino del delito. Así dilató años enteros la castástrofe que anegó en sangre la ciudad de Paris en el de 1572.

Pero las intrigas de los enemigos de los Hugonotes seguian á Catalina hasta el retiro de la real alcoba. Un dia que Satanás instigaba á la digna madre de Cárlos IX á consumar la obra de esterminio fija en su pensamiento, se refugió ella en sus aposentos esperando como siempre que al ver retratadas en su rostro sus espantosas ideas no osaria ponerlas en práctica. ¡El espejo de la Reina habia desaparecido! En su lugar encontró Catalina personas que le aconsejaron la destruccion de los Hugonótes. La Saint Barthelemy fué por consiguiente decretada.

¡Creedlo! Si consultaramos al Espejo en el momento de cometer una mala accion, la turbacion y la palidez del crímen, dando la alarma á nuestra conciencia, nos impedirian llevarla á cabo.

¿Quién no sabe tambien que el Espejo evitó á la Gran Bretaña una guerra, allá por los tiempos de la reina vírgen? La hija de Ana de Bonlen—que unia á las cualidades de un gran monarca las debilidades de una mujer comunse hallaba disgustada con Felipe II, esposo de su difunta hermana María Tudor. Recibió pues friamente al Embajador que le envió aquel soberano, deseando dilatar un rompimiento en-

tre España ó Inglaterra. En la conversacion que sobre cosas indiferentes entablaron la sagaz princesa y el esperto diplomático, para disimular sus secretas intenciones, llegó á preguntar la princesa al último si consideraba á María Stuart tan bella como decia la fama.

—Hay otra mujer ilustre que le gana en atractivo,—contestó el diestro cortesano prontamente.

—¿Quién es?—indagó Elizabeth que envidiosa de la pobre María le habia declarado mortal enemistad á causa de sus ventajas personales.

—El respeto me veda nombrarla, pero no mostrar á V. M. su retrato:—repuso el galante hijo de Castilla descolgando un espejo que adornaba la régia sala y colocándolo ante la reina, que vió reflejarse en él sus propias facciones.

Tan complacida quedó Isabel con aquella delicada lisonja que, gracias á la habilidad de un Embajador tan maestro en los misterios del gabinete político como en los del corazon femenil, se reconcilió con Felipe II, hasta que este envió contra Inglaterra la flota conocida en la historia con el nombre de la "Invencible Armada."

Pero perdonadme si me he deslizado sin sentirlo en demasiado grave terreno. Solo he pretendido probar que el Espejo, como bastantes otras cosas de este mundo, es útil cuando no se abusa de él. Nadie ignora que hasta las virtudes exageradas se convierten en vicios, y que la prudencia nos manda no echar en olvido que la cordura y la sensatez residen generalmente en el término medio.

Respecto á esas modas fugitivas que se asemejan á las aves de paso ¿qué os diré que no sepais? Muchas de vosotras, lectoras mias, habréis visto en el brillante baile verificado en la casa de Gobierno en honor del glorioso triunfo obtenido por las armas nacionales en el suelo africano, las mas lindas y recientes: habréis al par admirado en la bella é ilustrada Condesa de S..... A....., astro refulgente de ese sarao oficial, el tipo fino, seductor y elegante de la verdadera dama de buen tono. Yo he sentido infinito que el luto que, todavía mas que en el traje llevo en el alma, no me haya permitido asistir á esa suntuosa fiesta. De otro modo hubiera descrito gustosa el hermoso espectáculo de tantas beldades reunidas y de tantas galas juntas.

Sin embargo, como tras las rejas de un palco *grillé* la tristeza de los que sufren no contrasta con la alegría de los que gozan, puedo deciros que en el teatro he contemplado poco hace *toilettes* preciosas y variadas. La Sra. C... de S... A... lucia en la patriotica funcion que dieron las compañías de zarzuela y ópera en la celebracion de la toma de Tetuan, un rico vestido de blanquísimo y vaporoso tal que comunicaba á su esbelto talle un encanto ideal. Lazos azules, igualmente ligeros, vagaban figurando delantal por la espumosa y anchísima falda. Un magnífico collar de perlas ornaba su cuello y—como enamorado de su elegancia—daba várias vueltas en torno de él para despues caer sobre el seno graciosamente. Una corona de hojas ó flores de terciopelo azul ceñia la oscura cabellera de la distinguida hija de Cuba.

Tambien era lindo y primoroso el traje que llevaba en la propia noche la muy agraciada Sra. del G... de M... Consistia en ancha falda de tul blanco guarnecido de volantes y encajes y bajo cada uno de estos una cinta color de rosa. Sobre el corpiño, de peto, resaltaba una bonita berta rosada. Grupos de rosas en la cabeza completaban tan delicado prendido.

Otras muchas damas, al par simpáticas y distinguidas, lucian en la indicada noche bajo los torrentes de luz de la iluminacion nacional sus elegantes adornos. La doble falda guarnecida de bullones ó espumillas, las guirnaldas de flores cruzando el corpiño en forma de banda, los trenzados de terciopelo y perlas comunicando al tocado una gracia oriental, las coronas verdes ó de rosas dando á las frentes juveniles el brillo de la primavera, aparecian en la mayor parte de los palcos ó impelian á los espectadores de aquel brillante conjunto á esclamar involuntariamente.—¡Qué bonita es la Moda!

Diríase que esta se ha propuesto manifestar en el dia que la mujer, merced al rápido movimiento de la civilizacion—toca al término de su antigua servidumbre. Como para colocarnos á la altura de las nuevas ideas nos manda usar chaquetas y levitas (las cuales aunque de seda y muselina forman una especie de uniforme destinado á guiarnos á la conquista de usar

tros derechos) y llevar tacones que nos permiten hacer al caminar imponente ruido. Los tacones particularmente están en gran boga ahora. A todas nos convienen por uno ú otro estilo. A las casadas porque gracias á ellos se ponen siquiera en estatura al nivel de sus esposos. A las solteras porque á todas nos gusta mirar mas bien de arriba abajo que de abajo arriba.

Pero al llegar aquí veo que la *Revista de Modas*, preocupada con el *Espejo*, pocas modas ha consignado en sus páginas. No os disgusteis por eso. Como en el número anterior algun parte telegráfico dirigido por mano maestra, le agregará los detalles que le faltan, y seguirá iniciandoos en el arte peregrino que al realzar la belleza hace al amante, valiéndome de las palabras de nuestro célebre Heredia:

.....Atesorar con mágica ventura
De la jóven amada
Un suspiro fugaz, una mirada!

Felicia.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Algunos lectores del *Album* se habrán encontrado ciertas veces preocupados profundamente con determinado tema sobre el cual se hayan creido obligados á decir algo y sin esperarlo, se les habrá sentado un amigo al lado, que casualmente haya principiado á hablar de lo mismo, desenvolviendo con precision y picante gracia todo lo que pidiera de sí el asunto: la casualidad llega aquí á sacar de un apuro. Algo semejante acontece al redactor de una Revista, que dispuesto á escribir sobre el tema «Novedades» en que la mano desconoce como asentar bastante á prisa las sugestiones de la mente, se le presentan en la época de Cuaresma quince dias tan amenos en diversiones y festejos públicos. En la Revista de hoy no hay mas que organizar el órden cronológico y dejar por sí solos á los acontecimientos de la quincena, que proporcionen interes á sus lectores si no fuese así y me equivocase, el *Album*—que puede separar la Revista sin disminuir por ello su interes—bien puede disculpar entre tanto de *bueno* y *bello* algo de malo y feo.

La buena suerte proporcionó al que hoy traza estas líneas la ocasion de encontrarse el domingo de Piñata en casa del Sr. D. D..... de A..... con una ilustre compatriota, que despues de haber conquistado en Europa un nombre esclarecido como poetisa sublime y como genio superior, ha venido como á depositar sus triunfos literarios en las aras de su patria tropical.

Despues de una agradable conversacion quedó clausulado que la Revista del 15 me quedaba encomendada. —La principio con gusto, ya que he dicho ántes son tan propicios para formarla los dias de regocijo público que hemos últimamente disfrutado. Séame lícito inaugurarla por donde tuvo su orígen.

La fiesta de Piñata para niños que ofrecieron los Sres. de Aldama en los suntuosos salones de su residencia frente al campo de Marte. Los adornos escogidos con detenido estudio y gusto para esta funcion, lucian mil gallardos colores, destacándose de las paredes infinitos trasparentes elegantes, sostenidos por lujosos florones de bronce sobre dorado. De trecho en trecho hermosas guirnaldas de flores, serpenteando aquí y allá caian despues graciosamente á enlazarse con las lámparas colgantes que inundaban con sus torrentes de luz todos los ámbitos de la casa, produciendo un efecto mágico sobre aquel conjunto notable de lujo y de buen gusto. Las suntuosas galerías de la casa, con sus mosáicos, sus espejos, sus bien distribuidos muebles, completaban un magnífico golpe de vista, conteniendo en ellas la mayor parte de los niños de familias de nuestra buena sociedad, luciendo primorosos trajecitos, y que entregados á los placeres de la reunion, formaban planes sobre la co-

diciada Piñata, en los trasportes del baile y del embullo.

La señal para romper la Piñata fué dada y los niños caracterizando á Cupido con sus ojos vendados y por turno se presentaban á dar el golpe de muerte á la pendiente urna cubierta de oropel, lazos y banderas de seda, como para provocar mas la codicia de los dulces. Uno tras otro pasaban y nada!... ¡pero ilusion!... al aire... Siguieron á los niños los que no lo eran y fué grande la hilaridad que producia ver á personas muy serias probar suerte con su venda puesta: se realizaba en esta fiesta un hecho; los palos de ciego que damos todos en este mundo sin distincion de sexo ni edades.

Era divertido ver quienes tomaban todas sus medidas y se espantaban al dejar la venda, de encontrarse diametralmente opuestos al punto á que pretendian ir.—Todos probaban romper la Piñata: ya entraba algun afamado comerciante, ora algun jurisconsulto célebre ó bien algun grave hijo de Galeno: al ver á éste vendado y armado de un palo dando golpes á tientas, me pregunté ¿no es ese sobre todos el mejor emblema de la medicina?

Una escogida cena servida con todo el lujo de que pudiera hacer alarde un príncipe, vino á poner término á una fiesta de deliciosa remembranza.

El domingo de Piñata puede citarse generalmente como el dia en que la católica capital de Cuba da tregua á sus goces mundanos; es la línea que separa lo profano de lo divino, es el plazo, muy pocas veces prorogable, para dejar en suspenso los atractivos del teatro y alejar el iman de su música; es en fin el pasaporte para los artistas italianos que sometidos á la batuta del bravo Max llegan con los primeros aires del Norte, y regresan á los albores del sol canicular de Cuba.

Pero en el año de 60 se ha demorado todo, las lluvias, la produccion de las fincas y hasta la Compañía Italiana se ha retrasado para participar de las emociones patrióticas del pais á consecuencia de las victorias del Ejército español en las riberas africanas.

La toma de Tetuan ha producido en esta ciudad un entusiasmo loco. Descargas de fusilería, tiros de pistola, banderas nacionales, moros decapitados, buenos y malos versos, diputaciones, músicas por las calles, bailes y fiestas públicas, todo se ha multiplicado para significar las simpatías al valiente ejército que hoy quizá enseñorea ya sus pendones sobre las almenadas torres de Tánger. —¡Gloria al nuevo Gonzalo!—¡Honor al valiente jefe, vencedor de los fanáticos descendientes de Boabdil y los Mulay.

Como toda Revista debe ser un *totum revolutum*, los amables lectores de ésta no estrañarán que de Tetúan venga de un salto á sentarme en el teatro de Tacon.

¡Qué silencio tan profundo reina en él!—Toda animacion ha desaparecido:—¿qué se han hecho aquellas noches deliciosas de ópera?—Solo el eco responde á la voz—silencio! soledad!—á estas horas ya han atravesado el golfo las naves que se llevaron los intérpretes del arte divino, ese arte que con la refinacion del gusto ha llegado á ser un elemento de vida para nuestra sociedad, el oasis de sus placeres.

Música!..... La música puede definirse como la mas intensa espresion del pensamiento, sin palabras, ... la quinta esencia de la emocion.

El encanto peculiar de la música en su ilimitacion la hace superior á cualquier otro arte. —Admirando una pintura estamos en cierto modo limitados á la concepcion del artista, nos vemos obligados á admirarla ajustados á los trazos que haya querido darle su autor. Una pintura rara vez llena completamente, si el que la admira está dotado con algun poder de imaginacion. —Puede desplegar buen colorido, correctas formas y finalmente todos los requisitos legales del arte, sin embargo, nos alejamos de ella con un suspiro, como si todavía faltara algo para llenar nuestro gusto; y ¿por qué—porque en la mente hemos creado un ideal mejor, un ideal compuesto de todo cuanto hay de gracioso en la forma, noble en la actitud, santo

y conmovedor en la espresion. Así es, que el placer derivable de la contemplacion de pinturas, aun de las muy buenas, es frecuentemente interrumpida por las sugestiones impertinentes de nuestra propia fantasía, y el desencanto aumenta en proporcion al interes y elevacion del objeto escogido por el artista.

Pero ¡qué diferente es el caso con respecto á la música!... La música es un arte sin limitacion. Escuchándola, no podemos descubrir nada que limite la línea de la imaginacion. Una hermosa pieza de música admitirá mil diferentes interpretaciones segun el humor y el gusto de los que la escuchan. Quizá no se encuentren dos personas que hayan recibido precisamente la misma impresion de la mas obvia melodía; mas todavía, es dudoso que haya un individuo que pudiera escuchar dos veces la misma composicion y esperimentar ámbas veces el mismo género de ideas ó igual clase de emociones.

La música es tan poderosa de encantos en su forma simple y natural, que no pierde nada de sus arrebatadoras cualidades al oido educado, cuando la ciencia ha refinado lo que el genio primero sugirió y luego el arte ha perfeccionado por todos los medios para su buena ejecucion.

Cuando llevamos el compas de alguna obertura espiritual de Mozart, cuando nos enternecemos con alguna apasionada melodía italiana, cuando estremecidos por la emocion observamos la luz hacerse paso entre las tinieblas en algunos de los pasajes espléndidos de Beethoven, como la nube de Milton

"Turning its silver lining on the night"

¿no nos sentimos elevados sobre los cuidados, las tristezas y aun los placeres de este mundo?..... Sí, las personas que escuchan, la tierra misma desaparece ante nuestra contemplacion y nos mecemos en una nube de vagas pero deliciosas concepciones.

Tal es la música y la época favorita de oirla—¡triste es decirlo!—ya pasó con la ópera, y hasta que esta vuelva en Octubre próximo á depositar sus calandrias en la dorada jaula de Tacon.

El dia 10 se embarcaron para New-York los esposos Gassier, de donde seguirán á Lóndres, con cuyo Real Teatro han celebrado una contrata muy ventajosa para estos celebrados artistas.

Miéntras los dejamos en su viaje pasemos á las máscaras. ¿Recuerdan bien mis lectores la noche del martes 6?—Pocas veces hemos visto una mas hermosa: la luna parecia que con su belleza queria contribuir al mejor éxito del baile de máscaras que para esa noche habian dispuesto el Sr. Cónsul de S. M. B. y su amable esposa.—Fué una verdadera novedad, porque hacia muchos años que no se proporcionaba en salones particulares una diversion de ese género que tanto agrada. La concurrencia escogida, la amable franqueza que reinó y la galantería de los dueños de la casa, contribuyeron al buen efecto de una *soirée* hábilmente pre-parada.

La mañana siguiente de esta fiesta y todavía sin haber descansado de ella, recorrian en carruje nuestras *bellas* todas las tiendas de algun nombre. "Los Precios Fijos"—"La Bomba", "El Paseo" no daban abasto..... las cajas todas abiertas..... todos los dependientes en movimiento. Los elegantes por su parte llenaban las sastrerías y Gelada y Swhartz apénas tenian manos para hacer apuntes.

¿Qué significaba este *embullo?*—¿qué gran fiesta se preparaba?—La Condesa de San Antonio que ofrecia su primer gran baile.—El nombre de nuestra bella generala va asociado á todo lo que hay de elevado y elegante, y no hay duda que *le beau monde* queria esmerarse en su *toilette*. A las nueve de la noche del domingo ya principiaba la concurrencia á llegar al palacio del Gobierno, transformado de una manera pasmosa.—Las escaleras alfombradas con paño color grana tenian toda la pasamanería convertida en una línea de luz, que con las jarras de flores que habia colocadas en cada escalon, y las estátuas, y los espejos hermosos de los tramos de descanso, ofrecia un magnífico e-

fecto.—En los primeros salones recibian los Condes de San Antonio á sus convidados, ofreciéndoles desde el momento la franqueza de buen tono que saben tan bien inspirar los altos personajes que comprenden en su elevada posicion todas las atenciones sociales.

El Exmo. Sr. Capitan General perfectamente iniciado en las costumbres de la mas alta sociedad, atendia con un cuidado especial á todos y cada uno de sus convidados: para todos tenia una palabra, un saludo afectuoso y así es que gobernaba allí, dominando el corazon y las simpatías de la concurrencia á su libre antojo.

La Exma. Condesa de San Antonio hacia muy bien los honores de su palacio—y acogia á todas las señoras del modo mas cariñoso. Mostró su buen gusto en la eleccion de su traje, acompañándolo de una distinguida sencillez. Lucia un vestido de tul blanco de doble falda salpicado plata; corpifio de *draperie* del mismo género. Su tocado lo componia una corona azul sosteniendo un velo de tul á la Emperatriz.—En el cuello doce vueltas de perlas. Era primorosa la eleccion de esta sencilla *toilette* y si la coloco en el primer lugar, no es ciertamente por derecho de ceremonia, sino por el de la justicia.

La Sra. de Aldama escogió para esta noche un vestido de gró rosado con cuatro sobre faldas de tul; sobre las que caian riquísimos encajes de Inglaterra á la Emperatriz, recogidos á ámbos lados con rosas grandes y botones. Corpiño á la Griega con encajes iguales á la saya.-Su hermosa cabeza adorna la con rosas y dos ramos de escogidos brillantes.

La Sra. Scull de Pedroso ostentaba un elegante vestido de tul verde con tres riquísimos encajes de Inglaterra: la parte superior del traje adornada con una línea de brillantes de primer agua, y su tocado formado con brillantes y pensamientos, de los que tenia igualmente salpicada la falda del vestido.

La Sra. Alfonso de Fernandez Vallin llevaba un rico vestido, remitido de Paris por la principal modista de aquella ciudad, y exactamente igual á otro que se hizo para la princesa de Lamballe: se componia de gró *excelsior* color lila, con unas quillas [illegible] del mejor gusto y estampadas en el vestido. —En el cuello un rico collar de ópalos y brillantes, y el tocado formado con diadema y colgantes de lo mismo: este rico adorno es indudablemente de lo mejor que puede ostentarse en la capital.

La esposa del General Santa-Ana deslumbraba con sus innumerables brillantes y su toilette era muy escogida.

La Sra. Galvez de Vallin llevaba un vestido de seda de quince volantitos punzó y blanco y su tocado muy elegante, era morisco á lo Zulema:—estaba bien, muy bien.

La Exma. Condesa de Villanueva, marquesa de Aguas-Claras, adoptó un hermoso vestido gró azul celeste con tres órdenes de encaje de Inglaterra:—su tocado se componia de flores y brillantes.

La Sra. Moltalvo de Lombillo, vestia tul maiz con adornos de pensamientos y brillantes:—en su tocado una corona de pensamientos.

Notables tambien por la riqueza de sus trajes y pedrería se haciau la Sra. Pedroso, la Exma. Condesa de Santo-Venia, la Sra. Marquesa Morales, la Sra. Cárdenas de Carrillo, las Sras. de Sharfemberg y Crawford, la Sra. de Campbell y la de Bachiller y otras.

De señoritas solo diré que habia muchas prendidas con suma habilidad y buen gusto. Recuerdo la de Argudin, que llevaba vestido glacé blanco con bullones de tul hasta dos tercias de la falda, terminando con cintas rizadas y todo salpicado de pensamientos y pequeñas rosas: cuerpo de [illegible] con bullones, blondas y pensamientos. Muy grato me seria dar pormenores de los vestidos de todas las señoritas que lucian buenos adornos, pero la Revista tiene sus limites y ésta ya los pasa.—Apuntaré únicamente que los de las Srtas. Rodriguez Diago y Ayuzarán, Orosco, Duquesne, Borrell, Leon, Eulate, Bachiller, los muy graciosos de las Srtas. de Bernabeu y los de las Srtas. Crawford y Tolmé todos tuvieron universal aprobacion.

A la 1½ de la mañana se sirvió un abundante buffet, y á las dos la concurrencia principió a retirarse altamente complacida de las plácidas horas que pasaron en los agradables salones de Palacio.

Ya es hora tambien que se ponga punto final á esta revista. Solo me queda un encargo que hacer á sus lectores: estamos en Cuaresma y en época de indulgencias, usadlas con vuestro cronista,

. . .

ANECDOTAS.

Hecho es en general sabido que al monasterio de Yuste en Extremadura llevó sus postreros dias el emperador Cárlos. Allí y pared al medio de la efigie viviente de la quietud y del silencio habitó por algun tiempo la representacion verdadera del movimiento y del estruendo; allí y bajo un mismo techo respiraron juntas la abnegacion y el dominio; el ascetismo y la gloria; los monjes pacíficos y el conquistador del siglo. Este, si bien abrazó resignado en el último tercio de su vida el retraimiento monacal, diz que en algunos momentos conservaba su genial inquieto y bullicioso, y en uno de ellos, en que avanzada la noche no podia conciliar el sueño, resolvió con su impetuosidad característica buscar quien con él compartiese aquel insomnio. Como entre el pensamiento y la obra apénas hubiese distancia, lánzase del lecho, se viste, sale al monasterio y golpea con estrépito la puerta de la primer celda con que tropezó. De mal talante y aun no bien despierto contesta desde dentro el monje. ¿Quién va? El emperador entónces le responde con autorizada voz. ¡Cárlos V! Vaya pues, replicó el monje, el emperador Cárlos V á revolver el mundo, y deje en paz á un pobre fraile medio dormido. La crónica añade que la réplica del fraile, léjos de irritar al dominante huesped, le hizo acaso por la primera vez reconocer su injustificable y caprichosa ocurrencia. Arrepentido pues se volvió á la cama viniendo á regalarle plácido y dulce un sueño que no habia gozado el vencedor de los demas, hasta en aquella noche que consiguió triunfar de sí mismo.

Un artesano muy aficionado á beber, se puso un dia á discutir con un amigo las virtudes del vino y diciendo por último que un vaso de este precioso licor era suficiente á sostener á un hombre, contestó el otro: niego la consecuencia, porque yo he bebido mas de cuarenta, y no he podido tenerme de pié.

Un mozo que salió quinto se jactaba de ser tan valiente como el Cid. Cuando regresó de la guerra le preguntó un tio suyo con qué hazañas habia probado su valor.—¡Ahí es nada! contestó: ¡he cortado un brazo á un suizo! —Hombre, mejor hubiera sido cortarle la cabeza. —Oh! sí, pero eso ya estaba hecho por otro: respondió muy ufano.

ADVERTENCIAS.

Habiendo llegado á nuestra noticia que algunos señores suscritores—noticiosos de la próxima partida de la directora del ALBUM CUBANO— espresan recelos de que puedan sufrir alteraciones la redaccion y reparto del periódico, nos apresuramos á asegurarles que la ausencia de la Sra. de Avellaneda—que será muy corta—no producirá el mas leve trastorno ni en la parte literaria ni en la administrativa de esta publicacion. Los trabajos quedan preparados por dicha señora, y su direccion activa será la misma ausente que presente.

El Editor.

Siguen de venta en la librería de Charlain y en la Secretaría del Liceo, los poquísimos ejemplares que aun restan de las poesías de la Sra. Avellaneda, á $1 4 rs., así como las novelas *Espatolino* á 5 rs., *Dos mujeres*, á $1; y los dramas *Baltasar* á 6 rs. y *Tres amores*, á 5 rs.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

LA REDENCION.

Palabras de uno de los mas ilustres escritores contemporaneos sobre tan augusto misterio.

I.

"¿A qué han venido á parar los sabios y los doctores? "¿Qué se han hecho los gran-"des talentos del siglo?" ¿No ha hecho Dios "loca la sabiduría del mundo?" (1)

Diez y ocho siglos han probado la verdad de estas palabras del apóstol: la sabiduría ha caducado al aparecer el Evangelio: el poder de los Césares, se ha desvanecido al soplo del Cordero, y la Cruz—*escándalo para los judíos, locura para los gentiles,*—ha llegado á ser el punto fijo y radiante al rededor del cual no cesan de girar los destinos humanos.

Sin duda el misterio de la Cruz *parecerá siempre una locura para aquellos que se pierden,* (2) pero una locura que los oprimirá con todo el peso de la sabiduría y de la civilizacion que ha engendrado.

Vanamente se empeñan en desasir de la Religion esa sabiduría y esa civilizacion, y en querer retener á éstas rechazando á aquella. Es preciso que acepten la Cruz ó que retrocedan hasta la supersticion pagana, hasta la barbarie antigua.

No son razonamientos los que oponemos, son hechos; ¡pero qué hechos!..... Esa moral sublime del Evangelio, en la que se afirma la perfeccion de los dogmas respecto á Dios, nuestra inmortalidad y la vida futura; en la que se santifican las grandes y fecundas ideas de igualdad, fraternidad, caridad, libertad, con las que estamos orgullosos; todo lo que constituye, en fin, el fondo de nuestra civilizacion, data evidentemente de la introduccion del misterio de la Cruz en el mundo, y ha descendido de ella, á pesar de las mas encarnizadas resistencias del poder y de la sabiduría de los hombres.

El autor de esta vida moral es Jesucristo, y Jesucristo crucificado.

Por la fé en él se ha estendido y propagado la moral evangélica; con la Cruz en la mano ha sido predicada; con la Cruz ante los ojos ha sido siempre practicada. Donde quiera que se ha clavado la Cruz allí han germinado las virtudes y florecido la civilizacion. Donde quiera que ha sido arrancada han reaparecido la ignorancia, la barbarie, la ferocidad. A su sombra nacieron, se conservan y se estienden todas las grandes instituciones de amor y de libertad, y aun hoy dia, en que la moral evangélica ha abierto todas sus flores y dado todos sus frutos, no por eso permanece ménos indisoluble su alianza fa-

(1) Epístola ad Corint., I. cap. 1, V. 25.
(2) Id., ibidem, V. 29.

cunda con el dogma de la Cruz. No es dado á nadie el poder de trasplantarla á otra doctrina ni de arrancarla del dogma que la ha alimentado.

El Evangelio, ese fruto de vida, es semejante al maná que alimentaba á los hebreos en el desierto; es preciso recibirlo inmediatamente del cielo y destilado por el árbol de la cruz. En cuanto se intente acomodarlo á la prudencia humana y apropiarlo á las teorías de la tierra, se corrompe y convierte en un fermento mortífero.

Despues de esto nada tiene de estraño que la doctrina de la Cruz haya parecido y siga pareciendo á algunos delirio, locura; pues que la sabiduría humana entregada á sí misma solo ha podido producir una moral opuesta á la del Evangelio, y de consiguiente la moral del Evangelio ha tenido que ser fruto de un principio opuesto á la sabiduría humana. Para que la virtud de Dios obrase sola y se manifestase *sobrehumanamente* á la tierra, era preciso que pareciera una locura al mundo, porque tan oscurecido se hallaba el espíritu humano que no podia comprender la sabiduría del Dios que crucificaba. Pero ahí estaba el porvenir para descorrer el velo y justificar la obra divina.

Recordad las palabras de San Pablo y admirareis la economía de la conducta de Dios en el establecimiento de su Religion.

—"El Cristo me envia para evangelizar "con una palabra desprovista de toda sabi-"duría humana, á fin de que la virtud de la "cruz no pierda nada al anunciarla.

"Porque Dios escogió la locura de este "mundo para confundir á los sabios, y las co-"sas débiles para derrocar á los fuertes. Nos-"otros, no obstante, predicamos sabiduría á "los perfectos; pero una sabiduría oculta que "no han conocido los príncipes del mundo, "porque si la hubiesen conocido no hubieran "crucificado al Señor de la gloria.

"Pero al fin, se manifestará la obra, y el "dia del Señor hará ver quien es él."—

Oh! sí! la obra se *ha manifestado* ya, pues estamos viendo que la sabiduría del mundo está vencida *por la locura de la Cruz*; que el espíritu humano se engrandece bajo su influencia, y que la razon se asocia á la fé para admirar ese gran misterio de la *Redencion*, al que debe la primera todas sus conquistas.

II.

Una de las principales propiedades de las obras de Dios es que en ellas se confunden siempre el fin y los medios ó, mejor dicho, todo es en ellas fin y medios recíprocamente; porque todo lleva y todo concurre á su objeto, con una concordancia admirable de suavidad y de fuerza, de sencillez y de fecundidad.

En la obra de la Redencion es donde mas resplandece aquella divina propiedad.

El Verbo se nos aparece confundiendo en sí solo las dos naturalezas divina y humana, separadas por el pecado, para volverlas á juntar y reconciliarlas en su sacrificio, por medio de union mas íntima que la que tenian ántes de la caida de la humanidad.

Cargado Jesus por una parte con los derechos de la justicia de Dios, y por otra con los intereses del hombre culpable, mirad como marcha este gran plenipotenciario á concluir la importante obra de la negociacion. Desde los primeros pasos comienza á consumarse aquella. Un Dios se hace hombre, se hace de la raza de los culpables, se hace—si es permitido decirlo—*criatura*; expiando con tal abatimiento el pecado del hombre que quiso igualarse al Criador, cediendo á esta sugestion del mal: *Eritis sicut dii.*

La concupiscencia habia seguido al orgullo en la caida del hombre, y la rebeldía de los sentidos contra la razon habia sido la consecuencia de la rebeldía de la razon contra Dios. Jesus se hace pobre, abyecto segun el mundo; destituido de todos los goces de la vida.

Todo esto, empero, no es mas que el prólogo de la grande obra.

Cargado como hombre con todas las miserias de nuestra naturaleza, y revestido como Dios con todos los atributos eternos, marcha la augusta víctima al sacrificio para consu-

mar la redencion: en ella y por ella Dios y el hombre se confunden de tal modo que el primero desciende hasta las últimas profundidades de la humana dolencia, y el segundo se eleva hasta las perfecciones de la naturaleza divina.

Jesucristo tratado como los esclavos, objeto de la irrision de sus enemigos, abandonado por sus amigos, azotado, clavado en una cruz, coronado de espinas, escarnecido por el pueblo, testigo del dolor de su Madre, no encontrando refugio ni aun en el seno de aquel Padre celestial del cual salió, y que en este terrible trance agota sobre él los torrentes de su justicia, muere como abandonado del cielo y de la tierra, y hasta despues de muerto la lanza de un soldado se atreve á interrogar á la vida en su último asilo.

La expiacion no puede ser mas completa. El océano de todos los infortunios y de todos los dolores del mundo se acumula sobre la cabeza de aquel de quien fué dicho con razon: *Ecce homo.*

Pero *el hombre* ostenta una resignacion, un valor, una dulzura, una paciencia, una bondad, una grandeza, una dignidad que nos hacen exclamar, con no ménos verdad: *Hé aquí á Dios!*

¿Cuál no seria, en efecto, el resplandor de aquella divinidad, cuando á la vista de los restos ya exánimes del mártir, fué proclamada por uno de los verdugos!

—"*Verdaderamente este hombre era Dios.*"

Estas palabras del centurion atravesaron los siglos removiendo y alumbrando al mundo, y arrancando un eco admirable del seno mismo de la incredulidad mas osada, que nos dejó este testimonio, prestado á presencia de la época mas notable de su predominio:—*Si la muerte de Sócrates es la de un sabio, la de Jesucristo es la de un Dios.* [1]

En el sacrificio voluntario de este divino mediador la humanidad se purificó, y quedó satisfecha la justicia. La gloria del cielo y la paz de la tierra se abrazaron, y el Autor sublime de esta gran reconciliacion recogiendo las primicias por su resurreccion, se constituyó su depositario y conservó en sí para siempre unidas, las dos naturalezas divididas por el pecado. Hé aquí la obra maestra de la sabiduría eterna, mas grande que el mismo mal que reparó, y que da ocasion de exclamar en la admiracion de tal maravilla. —*¡Feliz culpa, que mereció semejante reparacion!*

A. Nicolás.

(*Estudios filosóficos sobre el cristianismo*).

(1) J. J. Rousseau, *Emilio.*

DOMINGO DE RAMOS.

La iglesia católica tiene cantos bellísimos para todas sus festividades. En la procesion del domingo de Ramos que probablemente se estará celebrando en los momentos de repartirse este cuarto número del *Album Cubano*, cántase un himno que comienza así:

Gloria, laus et honor tibi sit.

Y cuando el celebrante toca á la puerta de la Iglesia, dice:

Attollite portas, princes
Vestras, &c.

La imitacion que aquí presentamos de este himno precioso no da mas que una débil idea de su uncion y de su belleza: solo están imitados ó casi traducidos del latin los pensamientos, pero la construccion particular de los versos, que les da un carácter severo y digno, no es fácil trasladarla á nuestro idioma sin una gran maestría de que carecemos.

HIMNO.

A tí el honor, la gloria,
Redentor y Rey Cristo,
A tí las alabanzas
Y el hosanna divino.

De Israël el Rey eres
Por raza ilustre, ínclito;
Y vienes en el nombre
Del Señor, Rey bendito.
Con mil palmas el pueblo
Hoy cubre tu camino,
Nosotros te esperamos
Con votos y con himnos.
A tí el honor, la gloria,
A tí por raza el ínclito:
A tí, Señor, reinante
Nuestras preces rendimos.

Y al tocar á la puerta de la iglesia dice el celebrante:

Vuestras puertas ¡oh príncipes!
Abrid: la eterna puerta ahora
Nosotros *elevemos*,
Y éntre el Rey de la gloria.
—¿Y quién es este Rey á quien se abate
El mundo?
—El Señor fuerte y poderoso,
El señor poderoso en el combate.

Vuestras puertas ¡oh príncipes!
Abrid: &c.

—¿Y quién es este Rey cuya notoria
Honra cantamos?
—Este es el Rey excelso de la gloria.

Vuestras puertas ¡oh príncipes!
Abrid: &c.

Por lo demas pocos dias hay tan hermosos y solemnes para la Iglesia, como este en que comenzaron á cumplirse las profecías, en que principió la obra grandiosa de la redencion del hombre, de la regeneracion de su raza; y en que el Soberano Señor de las alturas hecho hombre, domina como rey confundiendo á sus enemigos, aclamado por el pueblo, y sufre al mismo tiempo, como hombre, crueles angustias representándose en su imaginacion los tormentos que le esperan. Entónces fué cuando brotó de sus labios la preciosa parábola del *grano que se siembra, y que si no muere no produce fruto.* "Lo mismo sucede con el hijo del Hombre,"—dijo al terminar su enseñanza sublime; miéntras que una voz del cielo glorificaba el nombre del Señor.

R. Zambrana.

El arte en el siglo XIX.

Apénas el siglo XIX ha señalado en el tiempo algo mas de la mitad de su carrera, cuando ya lo presenta la historia eclipsando con su brillante luz las glorias de todas las civilizaciones, los fastos científicos de todos los pueblos, la marcha intelectual de todas las edades. Siglo potente que, basado en la tradicion, y caminando con la segura antorcha de la ciencia, ha procurado extinguir para siempre la oscura atmósfera que detenia el vacilante paso de la humanidad.

Claros, es verdad, resaltan, en los anales del saber humano, los altos hechos y gloriosos nombres de aquellos que, superiores á sus siglos, han depositado ricas ofrendas, infinitos dones, en el hermoso templo de la sabiduría. Vemos que Arquímedes, Galileo y Newton asientan principios eternos en la física y en la matemática, que Guttemberg fija y asegura la manifestacion del pensamiento, y que la Providencia pone en manos de Galvani el gérmen de una invencion que debia enlazar al pueblo con el pueblo. Y vemos tambien que el siglo XIX, recogiendo el patrimonio de todas las épocas, y mezclándolo con sus propias creaciones, sintetiza admirablemente las obras de la inteligencia, y ensancha, casi hasta el infinito, el círculo de todos los conocimientos.

Grande, sin duda, y digno aparece bajo el punto de vista de lo útil: nobles y justas son sus aspiraciones á que la historia lo en-

vuelva con la aureola del triunfo. ¿Será tambien grande y digno bajo el punto de vista de lo bello? ¿Habrá alcanzado la misma indisputable gloria en las suaves y tranquilas esferas de las creaciones artísticas? Tal es el pensamiento cuyo bosquejo pretendo ensayar, confiado en lo notable del asunto, y en la indulgencia que reclaman mis escasas dotes y no muy seguras fuerzas.

Hubo un tiempo en que los hombres, impulsados por la idea innata de la Divinidad, marcaron la primera época del arte con los rasgos espontáneos de su asombrado espíritu. La India, el Egipto, la Asiria y tantos otros pueblos, enseñan á traves del polvo de las edades, el rico y mutilado tesoro de sus glorias, las múltiples y variadas creaciones del simbolismo.

Siguió la razon humana en su continuo trabajo de relacionar la manifestacion á la idea, la nocion y el conocimiento. Se modificaron las creencias: no reinó esclusivamente el principio exagerado de las sociedades simbólicas. Creció fuerte y poderosa la filosofía, y la idea de una sustancia espiritual, distinta de la materia, comenzó á estenderse por todas las escuelas, sellada con caractéres mas ó ménos vagos, mas ó ménos verídicos, pero siempre estableciendo una línea divisoria entre lo eterno y lo perecedero.

La Grecia, pueblo privilegiado, ostenta, mas allá de su filosofía, en el mundo de la inspiracion y de la belleza, un manantial de genios que resolvieron, con singular acierto, el problema de relacion entre el fondo y la forma: vivas están, en el corazon de todos los artistas, las brillantes manifestaciones de su hermoso clasicismo.

Viene á seguida, en el transcurso de los acontecimientos humanos, una nacion altiva y gigante que pretende empuñar, con su mano de acero, el cetro de todo el universo. Y esa nacion, patria de los Césares, despues de humillar al mundo, alcanza en la historia de las artes un puesto debido á su grandeza.

Pero ya era tiempo de que la voz de los profetas encontrase solucion legítima á sus verdades; y las semanas de Daniel se cumplieron, y el Hijo de Dios confirmó, con las gotas de su sangre, las eternas y benditas máximas del Evangelio.

El destino de nuestra alma, vago y confuso desde los Brahmanes hasta Séneca, se fijó para siempre con la segura esperanza del bien supremo concedido á los méritos del Justo.

El arte, entusiasmado con la radiante luz de la nueva doctrina, quiere ensayar sus nacientes alas á traves del espacio, y tiene que replegarlas conmovido al estrépito horrible de la caida de Roma. Oculto con el incienso del santuario, espera que la Providencia sosiegue las oleadas de la barbarie, y que el himno universal del cristiano se eleve, hasta el trono del Altísimo, mas puro y triunfante de las manchas de la heregía.

Seguro entónces el espíritu, y con la conciencia de su porvenir, se lanza, apoyado en el sentimiento y la fantasía, á volar por las nuevas y desconocidas sendas del romanticismo. Hoy la Europa demuestra con orgullo las sublimes y sentidas huellas de su paso.

Cuando la vida del arte romántico señala los síntomas fatales de todas las decadencias, comienzan á distinguirse débiles reflejos del antiguo genio clásico. Las creaciones del politeismo griego y romano, modificadas en el fondo y en la forma por la idea católica, adquieren nuevas tendencias, nuevo desarrollo, en las obras inspiradas del renacimiento.

Acaso no presente la historia, hasta entónces, una época mas fecunda en manifestaciones del espíritu, y digno es de mencionarse, el justo lauro que alcanzaron en ella los inmortales trabajos de los hijos de España.

El renacimiento, despues de su apogeo y de su gloria, dejó tambien estampadas las manchas del descenso y de la ruina; y, en medio de todas las aberraciones del mal gusto, principia su carrera el siglo XVIII.

Desde los tiempos antiguos, la lucha de la inteligencia en la esfera filosófica no ha sido ménos fecunda que el arte, en sus varios y agitados movimientos. La senda de

Aristóteles y de Platon, atacada y oscurecida por los escépticos, aparece mas tarde debajo del eclectismo de los neo-platónicos: siguen las especulaciones de la escolástica por todo el tiempo de la edad media, hasta tanto que los estudios esperimentales ofrecen nuevos caminos á la filosofía. Bacon y Descartes, adalides de la moderna escuela, ejercen su influjo por un crecido número de años. Descuellan algunos eclécticos: renace tambien el escepticismo, y el siglo XVIII, en fin, nos muestra desgraciadamente una série de doctrinas que no tienen valor alguno á los ojos de la ciencia.

El paso del siglo XVIII al siglo XIX está señalado en la historia por grandes acontecimientos políticos.

El arte dormido con el sueño del letargo despierta al preludio de la nueva era.

Pero el espíritu exagerado de análisis destruia, con la frialdad de sus especulaciones, las formas inspiradas de la edad media; y el genio romántico huyó despavorido de una atmósfera que le ahogaba.

El criticismo basado en principios exactos, desechaba á su vez el símbolo, como impropio é insuficiente á las pretensiones de la época.

El arte, en suma, necesitó revestirse con la forma clásica. Grecia y Roma salen de nuevo á la palestra.

No eran las causas ni los tiempos comparables. La forma sola, separada del fondo, no ha bastado jamas á representar completamente la belleza. Tal vez ese estado de transicion, con su servilismo y su amaneramiento, haya sido de gran provecho y no poca enseñanza para los artistas sucesores. Pasemos ya á considerarlos, con arreglo á la índole del presente estudio.

La escuela sensualista, al comenzar el siglo XIX mostró fuertes y poderosas tendencias á engrandecer y asegurar su imperio. Pero el edificio en sus doctrinas no contaba con sólidas y seguras bases: sus prosélitos desertaron: sus mismas teorías sirvieron para obtener y completar su ruina.

El bálsamo saludable de la religion cristiana volvió como siempre, á mitigar la angustia de todos los corazones; y el espíritu cobró el reposo y el aliento.

Libres de obstáculos y de trabas se ofrecieron ya los caminos á la marcha de los ingenios: el arte, ciego con las ilusiones del triunfo, pretendió seguirlos todos y mejorarlos, engrandecerlos, agotar en fin hasta la última manifestacion posible en la esfera de la belleza. Exhumó y reprodujo las creaciones de la antigüedad para exponerlas á la vista del siglo. Se apoderó del elemento clásico, del romántico; alentó sus luchas: llevó tambien la contienda al fondo con la forma, á la idea con su expresion: estendió en la música sus alas por encima de todas las épocas, y, sin dar entrada al desaliento, prosigue hoy la comenzada carrera de sus glorias.

No abundan, por desgracia, la invencion y la originalidad, á pesar de su elevado y atrevido rumbo. Otras dotes son las que distinguen al inmenso laberinto de sus hechos.

La arquitectura, en el siglo XIX, ha reproducido, á veces con ventaja, las obras de todos los tiempos. El estilo griego, el romano, el bizantino, el gótico, aparecen estendidos, en agradable confusion, por todos los paises de la Europa. La Walhalla de Ratisbona, la Gliptoteca y la basílica de San Bonifacio en Munich, dignos reflejos del sentimiento de otras generaciones, colocan á la Baviera en el noble puesto que le corresponde. No se han mostrado ménos celosas, ni ménos ardientes, las demas capitales del mundo civilizado, todas á porfía procuran aumentar y engrandecer el catálogo de sus monumentos: Lóndres, por último, despues de elevar el género gótico, en el Parlamento, á dimensiones colosales, encierra en un palacio de cristal los modelos de infinitas maravillas.

La arquitectura actual, al realizar empresas semejantes, ha contado con su desmedido genio, con el auxilio de las ciencias, y con la potente aspiracion del siglo. Pero el verdadero sentimiento del arte no es comun y frecuente en todos sus trabajos, por eso la

originalidad escasea, y las copias embellecidas de lo antiguo se levantan hasta la altura de lo sublime.

Distintos son sus trabajos, y legítima es en verdad la corona que alcanza en el estenso terreno de lo útil. Nunca la poética Grecia ni la orgullosa Roma pensaron en levantar tan pasmosos é inimitables monumentos. Nunca el atraso de sus ciencias les permitió introducir, en medio de las revueltas mares, ese tropel de construcciones hidráulicas. El hierro que, en manos de los Césares, alentaba la llama de las discordias, hoy se mece en los aires franqueando el difícil paso de los abismos. El hierro y el cristal, proporcionan á la industria y al lujo, comodidad y belleza, hasta los mas insignificantes estremos de sus muchas y variadas exigencias: embarcaderos, palacios, salones, millares en fin de edificios donde la geometría y la física consiguen los laureles del éxito.

La escultura, arte de Fidias y de Praxiteles, ha dejado escrita en el espacio una vida de apoteósis y de triunfos; emblema propio y dominante de la antigüedad clásica. El artista moderno ha tenido que combatir, frente á frente, con esa vida y con ese emblema: pero la batalla era desigual, y el apoyo de su inspiracion no podia ser bastante á mantener la competencia en la lucha.

No han faltado genios que hayan querido medir sus fuerzas en la esfera de la escultura: Canova, Thorwaldsen y otros infinitos han merecido el aplauso y la estima de sus contemporáneos. Pero la huella del antropomorfismo griego no es fácil desterrarla de sus obras: la invencion por consiguiente decae, y cuando el genio, despegado de lo clásico, intenta probar sus brios en esas estátuas y relieves hijos de las circunstancias, los tipos, los trajes y un sin número de inconvenientes asaltan y estrechan de nuevo la inspiracion de los artistas.

La estatuaria del siglo XIX sostiene, con no poca violencia, su difícil y penosa mision.

Hemos llegado al arte de la luz y de los colores, la pintura. No es fácil abarcar y comprender, con rápida ojeada, su vasto y dilatado círculo: porque ha ensayado, en nuestros dias, á levantar su vuelo mas allá de los límites conocidos.

La pintura bella ha recorrido, en el espacio del presente siglo, todos los diversos géneros y especies de que era susceptible. La religion, la historia, las costumbres, la naturaleza. Unas veces clásica, otras romántica, otras tambien siguiendo el curso del realismo y del idealismo puros.

En todas sus faces ha procurado introducir los verdaderos principios de la crítica; porque no serian perdonables, en tiempos de reflexion y de estudios, los anacronismos de anteriores escuelas.

Descuella la pintura religiosa y la histórica por el purismo de la forma, por la valentía y el acierto de sus líneas, por la correccion y esmero de su dibujo: Jugres, Owerbek, Kaulbach pueden servirnos de ejemplo. Pero el alto puesto concedido á la forma, acaso no consiga despertar, especialmente en el género religioso, la misma impresion subjetiva que el alma esperimenta con las obras de los antiguos.

Un verdadero y prodigioso caos presentan en el dia los cuadros de costumbres. Lo sublime, lo cómico, ya separados y caminando en direcciones opuestas, ya reunidos y confusos llevando la exageracion y la caricatura hasta el punto de competir dignamente con todos los anteriores.

Pudiera decirse que la pintura de paisaje sobrepuja infinitamente á los trabajos de todas las épocas conocidas. Bien y con razon asentaron su fama Cláudio de Lorena, Wouwermann y Salvator Rosa, mas no por eso habrán de eclipsar los marcados títulos de gloria que resplandecen en los cuadros de los artistas de nuestro siglo.

Tambien mejoró y nos legó el cristianismo, ademas de la pintura, otro arte esencialmente romántico, la música.

Ajenos é incompatibles con el espíritu humano los variables atributos asignados á la materia, encuentra la música esas creaciones y esos medios misteriosos para enla-

zar y conmover el sentimiento de nuestra alma. La impresion subjetiva es aquí directa, eficaz, constante.

No han sido pocos los trabajos y las fatigas de otras generaciones, para que el siglo XIX aumente y mejore sus productos.

S. Juan Damasceno, S. Gregorio el Magno, Guido d'Arezzo, Lemaire y otros muchos hasta Beethoven, han infiltrado, en las vagas y movibles formas de su arte, esa existencia propia y segura que le cierra el camino del retroceso.

Ya no existen los obstáculos del tetracordio griego, ni la multitud de claves, ni son ajenos al artista la teoría y el valor de todos los contrapuntos.

Desde la sublime y religiosa esfera de la epopeya lírica, hasta las mas insignificantes frases del canto popular, resplandece hoy la inspiracion y la vida en ese arte del entusiasmo y del sentimiento.

La pugna con la poesía, sustentada acaso por la gigante fuerza de Rossini, comienza á desaparecer al impulso de las escuelas de Alemania. Huye de la escena, bajo las mismas influencias, el amaneramiento de los antiguos: buscan las composiciones dramático-líricas el campo de la verdad, y siguen su prodigiosa marcha, llevada á la exageracion por genios innovadores, como el de Waguer.

La literatura, el arte que tiene por forma la palabra, asienta tambien en el siglo XIX su distinguido paso en la arena de la belleza.

La épica, la lírica, la dramática, la didáctica, la oratoria, lo sagrado, lo profano, todo, en fin, se ensancha y se multiplica bajo la triple esposicion del pasado, del presente y del porvenir.

En medio del inmenso caos de manifestaciones del espíritu, descuella el eclectismo literario por encima de la invencion y de la originalidad.

El arte pugna y se revuelve entre todos los elementos de lo antiguo; los repite, los desecha, los ataca, los combina, y, á traves de esa lucha de la reflexion y de la crítica, vemos fermentarse un principio vago, una tendencia á reunir y enlazar todos los sistemas, un esfuerzo mas para allanar el camino de lo futuro.

La musa épica del siglo XIX tiene que contentarse con sus esfuerzos para llegar á la perfeccion; Klopstock, Byron, Gœthe ensayan sus talentos en el objetivismo, y el Fausto consigue de los sabios el nombre de *epopeya racionalista*.

El lirismo puro, la esposicion poética de lo presente, abarca, en nuestros dias una estension inmensa, henchida de brillantes y atrevidos rasgos.

El drama y la novela, esa mezcla de lo objetivo y de lo subjetivo, deben sin duda á los tiempos que atravesamos el notable incremento de sus triunfos.

Las tres unidades clásicas, y la libre espontaneidad de los románticos, despues de lucir apartadas y distintas, se buscan y se dirigen al terreno de la alta comedia.

La novela, el poema de nuestro siglo, abandona la senda aristocrática y la popular del renacimiento, y se convierte en un espejo de la sociedad y de la historia. Cuando el principio desacreditado del materialismo se borre para siempre de sus páginas, unirá, al mérito propio que tiene adquirido en el dia, la verdadera mision de enseñar á la humanidad.

El arte útil-bello de la palabra, la oratoria, tampoco retrocede ante la fama y los hechos de otras generaciones: armada de la crítica y de la ciencia, procura engalanarse con los laureles de la victoria.

En lo sagrado, en lo forense, en lo parlamentario, no dejan de aparecer brillantes adalides que sostengan y aseguren el monumento de su honra.

Las formas políticas de los gobiernos actuales, diferentes en general de las de otros tiempos, se prestan y mantienen la obra artística, producida por la oratoria á la altura que se merece y le corresponde.

Hemos visto, en cuanto nos ha sido posible, la tendencia constante de las artes para conseguir esa tranquila aureola de la perfec-

cion. Grandes barreras y colosales obstáculos se oponen á que se cumpla.

Las ideas dominantes en el siglo XIX parecen referirse al problema del bien de la humanidad, y ese problema apénas se agita y se resuelve mas allá de las esferas de lo útil. La ciencia, pues, crece y se levanta poderosa con los tributos de todas las inteligencias, y al contemplar el espíritu los resplandores de sus conquistas, descuida y abandona el sentimiento de lo bello.

La crítica filosófica, al trazar con loable mision los severos principios de su doctrina, aumenta las exigencias del arte, y da lugar al desmayo y al desaliento.

Pero el espíritu creador, asimilando las condiciones históricas á sus formas propias é independientes, consigue remontarse á las esferas de lo universal, salvando el estrecho límite de su pueblo y de su época.

Cuando el genio, al ensayar su vuelo, recorra los fastos artísticos del siglo XIX, desechará sin duda la idea del retroceso, y el sentimiento de la belleza cobrará nuevos é inusitados brios; y el arte entónces, interpretando el sentimiento de la humanidad, podrá elevar al Altísimo la dulce y tranquila plegaria del entusiasmo.

J. F. Riaño.

(Granada: 1859.)

PENSAMIENTOS MORALES Y FILOSOFICOS.

La riqueza es á la virtud, lo que el bagaje á los ejércitos; una cosa muy necesaria, pero que embaraza las marchas y estorba para vencer.

Un discurso que conmueve á oyentes de distinta edad, sexo, estado y educacion, es como una llave con la que se abren todas las cerraduras.

Los poetas son como los pájaros, cualquier ruido les hace cantar.

La amistad conserva la pureza del alma, y la guia á la inmortalidad.

La causa principal de los sufrimientos de un pueblo consiste en su debilidad intelectual y moral.

La historia no es útil porque se lee lo pasado, sino porque se lee el porvenir.

El hombre que se abandona á sus pasiones, no ve el abismo hasta el momento de caer en él.

La vida es una comedia en que se reemplazan los personajes, y continúa la accion.

La sociedad, lo mismo que la naturaleza, tendiendo á su grande objeto, sigue constantemente el curso de su interes, y no favorece, por el momento, sino los conocimientos de que tiene necesidad inmediata y urgente.

El espectáculo de la naturaleza es una máquina inmensa para los pensamientos del hombre. Las propiedades de las plantas, los instintos de los animales, el espectáculo del universo todo es un velo que necesita levantarse, todo es un símbolo que es preciso adivinar, todo contiene verdades que traslucir, porque la vista clara no es de este mundo. Ese lujo fastuoso de la creacion, ese aparato de los cuerpos sembrados en el espacio como un polvo brillante, todo eso no es demasiado para el hombre, porque éste es un sér libre é inteligente; porque es un sér inmortal.

El espíritu forma como un vasto firmamento iluminado por todas partes con estrellas de diferentes magnitudes.

No dependerá de tí el emancipar tu vida de toda pena; pero sí el levantar tu corazon de todo abatimiento. Por muy opuesta que te parezca á tus gustos la posicion que el destino te ha dado, no te será fácil siempre

variarla, pero siempre podrás resignarte á ella con la ayuda de tu razon.

Saber escuchar, es saber instruirse con todo el mundo.

El hombre no sabe bien sino lo que puede comunicar á los demas.

El mérito de esta vida es predecir la otra.

La oracion es uno de los gritos de la esperanza.

SECCION SEGUNDA.

ENTRADA EN JERUSALEN.

Con la sencilla magestad severa
que su frente reviste,
tendida la sagrada cabellera
y la mirada triste;

De los doce discípulos seguido
camina á paso lento
el enviado de Dios, el gran ungido,
sobre un pobre jumento.

El pueblo á recibirle se adelanta
entre clamores vivos,
arrojando con júbilo á su planta
verdes palmas y olivos.

Sus vestidos le tiende entusiasmado
por amorosa alfombra,
y ardiente, palpitante, alborozado
rey y Señor le nombra.

Las hijas de Sion, los parbulitos
le aclaman á porfía,
y llegan á besar sus piés benditos
con cándida ufanía

Mas él con melancólicos enojos
mira la ciudad santa:
vierten sagradas lágrimas sus ojos
y la mano levanta;

Y así le dice con acento augusto.....
"¡Oh si reconocieras
al cordero divino, pueblo injusto,
cuán venturoso fueras!

"Mas no, mi boca con afan en vano
hoy la verdad te alega,
que eres sordo á mi voz ¡oh pueblo insano!
y tu maldad te ciega."

Enjúgase las lágrimas divinas
con solemne tristeza,
y obra mil maravillas peregrinas
con suprema grandeza:

Y con la dulce magestad severa
que su frente reviste,
tendida la sagrada cabellera
y la mirada triste;

De los doce discípulos seguido,
que repiten su queja,
el enviado de Dios, el gran ungido,
á Bethania se aleja.

Luisa Perez de Zambrana.

AMOR FILIAL.

(*Imitacion de Byron.*)

Hay una vida que animó mi vida
Que me dió el alma en amoroso anhelo,
Con ella estuvo mi existencia unida,
Ella el mundo me da, me ofrece el cielo.

Hay un seno turgente y generoso
Que la ternura derramó en mi seno,
Y de su sangre en el raudal precioso
Formó mi corazon de amores lleno.

Hay unos ojos que en los mios rielaron
Y á mi primer mirada respondieron,
Que extasiados de gozo me miraron,
Cuando mis ojos á la luz se abrieron.

Hay una boca, que mi tierna frente
Colmaba de dulcísimas caricias,
Y una voz hay que en la virtud ferviente
Me enseña á comprender castas delicias.

Existe un ángel puro de consuelo
Que recoge en su espíritu divino,
La lágrima de amargo desconsuelo
Que vierto en los azares del destino.

¡Ah! y esa vida donde yo existia,
El seno hermoso en que apoyé mi frente,
Y el ángel bello á mi sufrir doliente;
Eres tú sola, dulce madre mia.

Tuyo es el canto mágico y sonoro
Que como el eco respondió á mi acento,
Tuya el alma que siento si yo siento,
Y el corazon que adora si yo adoro.

Tuya es tambien mi vida, madre mia,
Como es tuyo mi amor, todo mi anhelo,
Que una madre amorosa es en el suelo
La celestial imágen de María.

Sea yo tu alivio en la desgracia,
De tu vejez el báculo constante,
Y á tí vuelva los ojos al instante
Que Dios me llame á su celeste gracia.

Los volveré por bendecirte y verte,
Pues vá mi alma á tu aficion unida,
Que es tuya, cara madre, en esta vida;
Y tuya y de mi Dios será en la muerte.

J. R. de Betancourt.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

SANTA TERESA DE JESUS. (1)

La ciudad de Avila, una de las mas antiguas de España, tuvo la gloria de ser patria de D.ª Teresa Sanchez de Cepeda y Ahumada, que vino al mundo en 12 de Marzo de 1515.

Mostró desde su infancia grande aficion á las lecturas sérias, así como tambien indicios muy claros del entusiasmo y energía de carácter con que mas tarde supo llevar á feliz término grandes empresas religiosas, cuyas dificultades inmensas solo sirvieron para enaltecer el triunfo.

Aunque de noble familia, hermosa presencia y un tanto inclinada en los primeros años de su precoz juventud á las galas y vanidades femeniles, su vocacion á la vida monástica fué visible y constante; si bien segun nos lo revela con patético arrepentimiento en la historia de su vida—combatian aquellos fervorosos deseos de su corazon el miedo que le causaba un encierro continuo, y la repugnancia á desprenderse de los afectos que la unian al mundo.

Muerta su madre D.ª Beatriz de Ahumada y colocada como pensionista en el monasterio de San Agustin (en 1531) luchó mucho tiempo consigo misma, víctima de aquella vacilacion dolorosa que llegó á perturbar considerablemente su salud, hasta que en 1536 se resolvió por último á tomar el velo en un convento de Carmelitas en el que profesó al siguiente año.

El amor divino reinó absoluto en su alma en cuanto abrazó Teresa el santo estado á que la llamaba la Providencia, y todos sus padecimientos físicos, exacerbados por las austeridades de la penitencia, no bastaron á alterar un momento la paz jubilosa que sentia al ver fijado su destino entre las esposas de Jesucristo.

Sin embargo, nuevas y mas rudas pruebas debian acrisolar su virtud, y no fueron escasas las que sufrió la jóven religiosa durante muchos años, cuyos sucesos refiere detalladamente en las sentidas páginas que nos ha dejado de su laboriosa vida.

Obedeciendo á su padre D Alfonso, salió Teresa del convento por algun tiempo, pues no guardaban entónces rigurosa clausura las monjas de aquella órden, y sus dolencias requerian al parecer mayor descanso, asistencia y regalo que los que en su celda era posible proporcionarle; pero no habiendo conseguido el menor alivio ni del empirismo de una famosa curandera de Becedas, ni de la ciencia de los médicos mas acreditados de Avila, hubo de regresar al monasterio, donde el Señor se dignó al fin mejorarla progresivamente. Mas ¡ah! con la salud parecia despertarse en la pobre Teresa su an-

(1) Deseando que este número del *Album Cubano*, que sale á luz en el comienzo de la Santa Semana, corresponda en lo posible á la solemnidad del dia, presentamos en este lugar—con preferencia á cualquiera otra—la grave y hermosa figura de aquella mujer singularmente privilegiada, que á los lauros brillantes del talento reune en su pura frente la palma augusta de la santidad.

tiguo gusto por la sociedad, atormentándose mucho con tal motivo aquella alma timorata y tierna que se reconocia ingrata al nuevo beneficio que la dispensaba su Dios. ¡Con qué interesante ingenuidad se acusa la santa de sus faltas, lamentando los daños de que no estén sujetas todas las religiosas á la mas estrecha clausura! La manera con que narra aquel corto período que llama *de su perdicion*, es verdaderamente admirable por su sencillez y originalidad de estilo. Recobró al cabo su primer fervor, acrecentado por el arrepentimiento de la reciente tibieza, mas no cesaron con esto las inquietudes de su espíritu, que hallaron pábulo hasta en las mismas mercedes con que premiaba la divina bondad las crecientes virtudes de la vírgen penitente. Aquellas mercedes llegaron á ser tan extraordinarias que varones muy doctos las juzgaron alucinaciones de un cerebro exaltado, y Teresa, siempre humilde y siempre deferente con sus superiores abrigaba tambien no pocas veces, dudas que la llenaban de afliccion y de espanto.

Dios se sirvió disiparlas, pero todavía despues de eso tuvo Teresa que sufrir no solo las burlas de los incrédulos sino—lo que era mas sensible para ella—los encomios y respetos de cuantos reconocian por aquellas celestes gracias, que á despecho suyo se divulgaban, la santidad de su alma.

Era esta, empero, demasiado verdadera para que no se hiciese superior á todos los motivos de desasosiego que á porfía la asaltaban, preocupándose en breve únicamente de un proyecto inspirado por sus anhelos de perfeccion. Aspiraba Teresa á mas austera regla que la que regia en su convento, y llena de fé en el auxilio del cielo, y secundada en sus primeros esfuerzos por una señora devota y dos monjas de su misma casa, emprendió llena de religioso celo la fundacion de un nuevo monasterio bajo el pié de una severísima reforma, elevando á tal altura todas las virtudes monásticas que no la hubieran alcanzado nunca las flacas fuerzas humanas sin especial ayuda de la Providencia.

Dificultades de toda especie fueron suscitadas desde el principio á la empresa con tanta decision acometida, pero ninguna hizo desmayar la perseverancia de la Santa, que logró al fin superarlas todas y establecer su primer convento en la ciudad de su cuna, bajo el patrocinio del patriarca San José. Tuvo lugar este suceso en 1562, y tan abundantes bendiciones derramó el Omnipotente sobre la órden reformada que, obtenido permiso del general de ella, sin mas auxilios (despues de los divinos) que su valor y constancia, fundó Teresa en poco tiempo hasta treinta conventos de ambos sexos, dejando así sólidamente establecida la institucion de los *Carmelitas descalzos*, que ha dado á la cristiandad tantos varones de eminentes virtudes.

Las de la ilustre fundadora no han menester por cierto de encomios y vociferaciones, pues harto proclama su excelencia el ver la imágen de aquella gran mujer colocada en nuestros altares.

Pero Teresa de Jesus no brilla solamente por las excelsas virtudes que la conquistaron el culto que hoy se le rinde en todo el mundo católico, sino que tambien ocupa distinguido lugar entre los escritores religiosos de mas justa nombradía.

La *historia de su vida* (escrita por mandato de su confesor), sus *Cartas*, sus *Pensamientos sobre el amor de Dios;* las *Meditaciones sobre la comunion, los estatutos para los conventos de Carmelitas*, los *Tratados sobre el camino de la perfeccion* y *modo de visitar los monasterios*, las *Instrucciones para la oracion mental*, los *Avisos á las religiosas*, y finalmente el *Castillo del alma* y sus tan conocidas *glosas*, todas son obras que por su doctrina religiosa como por su mérito literario han alcanzado general aceptacion.

Pasó Teresa de Jesus á mejor vida el 4 de Octubre de 1582 hallándose en su convento de Alba, y fué canonizada solemnemente por el pontífice Gregorio XV en 1622.

Sus obras, publicadas por el general de los carmelitas Fr. Diego de la Concepcion, en 1675, fueron traducidas por primera vez al frances por Arnaldo de Andilly.

* * *

LAS SIETE PALABRAS

Y MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

Al cielo ofreciendo del mundo el rescate,
Con clavos sujetas las manos divinas,
Ciñendo sus sienes corona de espinas,
Se hallaba en los brazos del leño Jesus.
A diestra y siniestra dos viles ladrones
Sufrian la pena que al crímen se debe;
¡Mas solo en el justo se ensaña la plebe
Y estaba la Madre al pié de la Cruz!

La túnica sacra con grita sortean
En frente al suplicio los fieros sayones,
Y el pueblo inconstante con torpes baldones
Denuesta al que ha sido su gloria y salud.
Ya nadie recuerda sus hechos pasmosos,
Del bien que hizo á todos cada uno se olvida,
Celebran su muerte, calumnian su vida.....
¡Y estaba la Madre al pié de la Cruz!

"Si Dios es tu Padre"—por mofa le dicen—
"Desciende, y entónces tendremos creencia."
Los oye el Cordero con santa paciencia,
Y ya de sus ojos nublada la luz
Los alza clamando:—*perdónalos, Padre!*
Lo que hacen ignoran, perdónalos pio.—
Con roncas blasfemias responde el gentío,
¡Y estaba la Madre al pié de la Cruz!

Sed tengo,—murmura la víctima augusta:
Vinagre mezclado con hiel le presentan.....
Sus labios divinos la esponja ensangrientan
Y rie y se goza la vil multitud.
Velábase, en tanto, la frente sagrada,
Las llagas del mártir la sangre vertian,
Temblaban sus miembros, sus huesos crujian,
¡Y estaba la Madre al pié de la Cruz!

—*Ahí tienes tu hijo!*—la dice, y señala
En Juan á la prole de Adan delincuente.
—*Ahí tienes, oh hombre! tu Madre clemente*—
Mirando al Apóstol repite Jesus.
Tal es el legado de amor infinito
Que deja á los mismos que allí le clavaron....
Sus ecos sublimes al cielo volaron
¡Y estaba la Madre al pié de la Cruz!

Mirando del justo la santa clemencia,
De aquel que á su diestra comparte el suplicio
Conmuévese el alma, que el gran sacrificio
Ya en él ejercita su inmensa virtud.
—"De mí no te olvides—le dice—en tu reino."
Jesus premia al punto su fé meritoria,
—*Conmigo*—responde—*serás en la gloria,*
¡Y estaba la Madre al pié de la Cruz!

Mas ¡ay! ya el instante se acerca supremo:
Ya el pecho amoroso con pena respira:
Inclínase el rostro que el ángel admira
Y eleva la muerte su fiera segur.
—*Oh Padre divino! ¿por qué me abandonas?*
La voz espirante pronuncia despacio:
Su queja angustiosa devora el espacio.....
¡Y estaba la madre al pié de la Cruz!

—*Todo es consumado!—Mi espíritu entrego*
Oh Padre! en tus manos:—clamó el moribundo.
Retiemblan de pronto los ejes del mundo,
Los cielos se cubren de oscuro capuz,
Se parten las rocas, las tumbas se abren,
Sangriento un cadáver se ve suspendido.....
¡De Adan el linaje ya está redimido!.....
¡Y aun queda la Madre al pié de la Cruz!

G. G. de Avellaneda.

LA DAMA DE AMBOTO.

TRADICION VASCA.

¿Conoceis, queridos lectores, las pintorescas provincias Vascongadas? Y si teneis esa dicha ¿recordais la elevadísima peña llamada *Amboto* que sirve de corona á la montaña de *Echaguen?* Oh! de seguro os llamaria la atencion esa singularidad de tener la cima un nombre diferente al de la montaña de que forma parte. Pues bien, yo voy á contaros la dramática historia que prestó fundamento á la mencionada tra. reza.

Sabed que existia en aquella altura hace ya mucho tiempo—la tradicion no determina mas

—un soberbio castillo perteneciente á cierto caballero ilustre, llamado D. Pedro de Urraca, y cuya familia se reducia á una hermana única tan bella como ambiciosa. María Urraca vivia con su hermano y era colmada por él de ternura y de beneficios; pero no agradecia la una y la humillaban los otros. Su orgullo se rebelaba contra la perpetua dependencia á que se veia condenada por la escasez de su fortuna; pues todos los bienes y señoríos de su opulenta casa eran patrimonio de aquel que debia á la casualidad las prerogativas del sexo. La jóven se indignaba contra la injusticia de semejantes privilegios, y el hermano favorecido por ellos, llegó á ser el blanco de sus odios.

No queria deber á nadie aun cuando fuera á un esposo, el fausto y posicion que ambicionaba, para los que se creia nacida, y que no podian satisfacerla si no iban asociados á la absoluta independencia. ¿Pero por qué medios conseguir lo que su orgullo anhelaba? D. Pedro era jóven, gozaba salud perfecta, y no faltaban damas seductoras que tendieran redes á su corazon, que se habia de rendir tarde ó temprano. La Urraca fué cayendo en honda melancolía; hízose taciturna y adusta; marchitaban su belleza los devorantes insomnios, y agitada en medio de la noche por horribles pensamientos, solia vagar desolada por aquellas alturas solitarias, perdiéndose en la muda inmensidad del espacio sus roncas y amenazantes voces. ¿Qué siniestros designios, qué horrendas tentaciones podian así atormentarla? Presto la fatalidad reveló todo el misterio.—Declinaba la tarde de un claro dia de Otoño y aun resonaban en los valles los ecos de las cornamusas y trompetas que anunciaban una gran cacería. Cubiertas estaban las colinas de multitud curiosa que no se cansaba de admirar al noble caballero y á su bellísima hermana, montados con gallardía en dos soberbios potros, y dirigiendo la fiesta en medio de su numerosa servidumbre.

Acababa de ser herido mortalmente, por el certero venablo de la diestra cazadora, un jabalí corpulento, que juntando cuantas fuerzas le quedaban, se lanzó huyendo por entre las breñas, dejando en su carrera un ancho surco de sangre. Seguíale de cerca la infatigable María, y queriendo dejarla su hermano todos los honores de la victoria sobre aquel enemigo ya casi moribundo, mandó á la comitiva que se detuviera y corrió él solo en pos de la denodada amazona. ¿Pero á donde se dirige ésta? Su negro caballo—como poseido por el frenético demonio que hizo entrar en el cuerpo del de Angélica el nigromante licencioso que nos pinta Ariosto,—parece rebelarse contra la hermosa mano que lo dirige, y trepando peñas, salvando precipicios, se pierde pronto de vista entre los vericuetos y barrancos. D. Pedro, sin embargo, corre siempre en seguimiento de su querida María, y desaparece como ella ante la asustada multitud que ha contemplado con la boca abierta aquella carrera singular. En el mismo instante, y por fatal coincidencia, una horrible tempestad se desata repentinamente.

El firmamento se cubre de negros nubarrones que envuelven en sus densos pliegues las cimas de las montañas; cruzan entre ellas los relámpagos como serpientes de fuego; retiemblan las seculares encinas al rudo impulso del viento silbador; retumba pavoroso el trueno por los montes y los valles y todos huyen despavoridos buscando albergue que los defienda de aquellas iras del cielo. La comitiva de D. Pedro corre tambien en desórden á probar si aun puede subir al castillo ántes de que reine completamente la noche, y dando por supuesto que en aquel se han refugiado sus jóvenes señores. Llegaron, en efecto, los fieles sirvientes, aunque envueltos en los torbellinos de la espantosa tormenta; pero ¡ah! en balde esperaron al noble caballero..... No le fué dado volver á pisar los umbrales del castillo de sus padres. La Urraca los atravesó sola, y la palidez de su frente, el extravío de su mirada, anunciaron desde luego la catástrofe que confirmaron despues sus balbucientes labios. ¡Sí! No puede quedar duda. El caballero ha sido precipitado por su corcel impetuoso en un profundísimo barranco, á cuyo borde tenia que caminar algun trecho para llegar al castillo por el escabroso sendero que habia tomado con su hermana.

Al dia siguiente fué sacado del abismo el sangriento cadáver, y—¡cosa estraña!—se vió que el caballo tenia traspasado el pecho por un largo venablo.

Esta circunstancia inesplicable dió que hablar á las gentes muchos dias; pero luego la

atencion general se fijó únicamente en la hermosa heredera del difunto. ¡Eran tantos los ilustres caballeros que aspiraban á su mano!... Poseedora de los pingües dominios de una familia opulenta, de la que quedaba siendo único vástago; en la flor de la juventud; radiante de hermosura; cercada de homenajes, ostentando á su placer el lujo y fausto que convenian á su rango; María Urraca veia al fin realizados los ensueños delirantes que habian sido su martirio. ¿Por qué, pues, no vuelven las rosas á sus pálidas mejillas? ¿Por qué ha desaparecido para siempre de sus labios la sonrisa del placer, y de sus hermosos ojos la tranquila mirada de la inocencia feliz? Una dolencia misteriosa comienza á devorar sin duda aquella existencia tan brillante; pero en vano se consulta á los mas célebres médicos de Alava, de Guipúzcoa y de Vizcaya: la ciencia es impotente contra aquel mal desconocido, cuyos progresos crueles, son tan rápidos como visibles.

Nada se logra con las fiestas suntuosas; nada con los placeres que se llaman sin cesar al castillo de la montaña. María, que parece apetecerlos con febril avidez, no alcanza nunca á gozarlos. A lo mejor, en medio de las fiestas y saraos, se cubre de una nube sombría la soberbia frente de la bella castellana; se contrae en sus labios; se turba su mirada; recorre sus miembros convulsivo temblor, y aun hay quien asegura que suele extender las manos con un grito de espanto, como si rechazase algun objeto horrible que viniera á perseguirla en el seno mismo de la felicidad.

Sucede tambien que pasa muchos dias sin querer recibir á nadie, esquivando aquellas mismas distracciones que busca otras veces afanosa. ¿Y qué es lo que hace la jóven en sus dias de soledad? En vano fuera preguntárselo á nadie: sus sirvientes callan consternados, y todo lo que pueden alcanzar la curiosidad ó el interes afectuoso, es la observacion de que despues de tales dias, la aureola cárdena que se dibuja con frecuencia en torno de los ojos de María, se presenta mas oscura y profunda; que su enflaquecimiento se ha hecho mas visible; mas torva su mirada; mas penosa su respiracion; mas frecuentes sus estremecimientos convulsivos.

Sus adoradores no desmayan, sin embargo. ¡Puede el amor obrar tantos prodigios!..... La estraña enfermedad que consume á la jóven, quizá se calme y se disipe entre los goces de un dichoso himeneo. Con esta esperanza halagüeña, los aspirantes redoblan atenciones, acumulan obsequios, prodigan ternezas y suspiros. Mas ¡ay! en los momentos en que parece va á decidirse al cabo la eleccion de María, un rumor siniestro comienza á circular por el pais. Dícese que una enajenacion mental inesperada, sin causa conocida, pero tan completa y evidente que ya no permite duda, hace inútiles para la pobre jóven todos los dones con que la colmaran á competencia la naturaleza y la fortuna. En efecto: hay quien la ha visto correr sola y desmelenada en la oscuridad de la noche al borde de los precipicios, á cuyo lóbrego seno parecen atraidas sus miradas por un poder misterioso. Hay quien ha oido salir de sus labios, entre desgarradores gritos, palabras espantosas, que solo la demencia puede esplicar. Hay tambien varios que afirman que algunos venerables sacerdotes han acudido á exorcizarla creyéndola poseida por el eterno enemigo de los humanos; pero que han sido tan inútiles como la ciencia de los médicos las oraciones de la iglesia.

En tal estado las cosas, llega un dia solemne y memorable: el del triste aniversario de la desgracia de D. Pedro. La servidumbre del castillo se ha vestido de luto, y las misas y las preces no han cesado en todo el dia. La enferma, sin embargo, ha permanecido en su alcoba, mas postrada y desfallecida que nunca; pero al parecer tranquila. Llega en tanto la noche, y llega oscura y tempestuosa, como aquella terrible en que perdió Guipúzcoa á uno de sus mas dignos caballeros. El capellan del castillo y los criados todos se hayan reunidos en el mismo salon en que lo esperaron largas horas inútilmente; en el mismo en que vieron aparecer sola á la infeliz hermana, nuncio fatal de la horrorosa catástrofe. Los fieles servidores hacen llorando triste conmemoracion de aquel momento supremo; cuando de repente se abre con estrépito la puerta del aposento de María, y ella se precipita en la sala, pálida, trémula, despavorida, como un año ántes en aquella misma hora.

No anuncia esta vez una desgracia; pero pide auxilio contra un alucinamiento pavoroso. La insensata se cree perseguida por aquel mis-

mo que dejó de existir en tal noche como esta. —¿No le veis? ¿No le veis? grita desatentada. —Se ha levantado sangriento del fondo del abismo, y corre cabalgando en un corcel, cuyo pecho atraviesa de parte á parte un agudo venablo. Sin embargo, el golpe fué certero: yo le ví rodar con el ginete, y oí aquel grito que retumbó largamente en las negras entrañas del precipicio. ¿Qué me quiere, pues, ese fantasma? ¿Cómo vuelve á correr aquella sangre odiada, para salpicar mi frente caliente y espumosa todavía? ¡Miradlo! El corcel maldito se viene sobre mí..... el sangriento ginete tiende los brazos para asirme y llevarme consigo á su tenebrosa tumba.—¡No!... ¡no!... ¡no!.....

Gritando así se lanza la Urraca fuera de las puertas del castillo, y apénas puede seguirla en su delirante carrera la aterrorizada servidumbre. La tempestad bramaba; el cielo se deshacia en centellas; pero ella corria, corria huyendo del ginete sangriento, cuyo corcel, traspasado por un venablo, corria en pos suyo tan ligero como ella. ¡Ah! la desventurada en su delirio, y en medio de la lobreguez, no sabe que camino sigue; mas de repente se pára, lanzando un grito que retumba pavoroso. Lo han devuelto los ecos del abismo á cuyo borde se halla como empujada, á pesar suyo, por una mano invisible!—Aquí fué!—exclama entónces con el cabello erizado sobre su lívida frente que ilumina un relámpago.—En el mismo instante parece que el fantástico caballo lanza sobre ella al ginete amenazante; y la pobre María fuera de sí, grita horriblemente, quiere huir de nuevo..... quiere huir; ¡pero resbala y cae rodando por el negro precipicio!

Al otro dia, á la misma hora en que fué sacado de la cima hecho pedazos el cadáver de D. Pedro, fué sacado tambien el de su hermana, no ménos sangriento y desfigurado; pero el pueblo se amotinó para pedir que no descansasen en una misma tumba. Veia, con su maravilloso instinto, la justicia del cielo, en un suceso en que todavía los nobles amigos de la Urraca solo querian reconocer el efecto fatal de una lastimosa locura. La tenaz resistencia que se intentó oponer á la pública opinion no sirvió mas que para exaltar los ánimos, y la cólera popular demolió furiosamente el castillo sin dejar piedra sobre piedra. Desde entónces la peña que corona el monte *Echaguen*—en que aquel existió,—fué llamada *Amboto*, que significa traducido literalmente, *allí arrojar*; porque en el vascuence casi no se conoce de los verbos sino los infinitivos. Atendiendo á ello, la palabra *Amboto* tiene su verdadera version en la frase:—*de allí fué arrojada*. Desde entónces, añade tambien la tradicion, el alma de la fratricida vaga errante por las hondas entrañas del abismo, saliendo solo para anunciar desastres. Los dias en que la cumbre de la montaña aparece envuelta en densos nubarrones, los pastores retiran sus rebaños; los labriegos se acogen al cacerío abandonando las campestres faenas; y los marineros se guardan bien de dejar el puerto para confiarse á lasolas: porque es fama, queridos lectores, que por tales signos se conoce que *la dama de Amboto* se ha escapado de su abismo y anda por ahí presagiando desventuras.

G. G. de Avellaneda.

MAGDALENA.

Una mujer tan bella, cual es bello
el rojo sol que en el oriente asoma
sus vívidos fulgores,
y al despuntar la cándida mañana
con su ardiente destello
torna la tierra en matizada alfombra
de esmeralda y de flores,
y el ancho cielo en pabellon de grana,
á los piés de Jesus, triste y llorosa
en su inmenso dolor está de hinojos.
Sus brillantes cabellos destrenzados
enjugan ¡ay! sus peregrinos ojos,
del llanto y del insomnio fatigados.
En su frente bellísima y suave
lleva escrita su pena,
y su profundo, acerbo sentimiento.
¡Ay! aquella mujer es Magdalena,

y aquel sano dolor, remordimiento.
El alma noble que en su seno mora
en el cieno del vicio está manchada,
y en el labio contrito
de aquella arrepentida pecadora,
de amargura y de culpas abrumada,
cual de su afan despojo
no brota ni un gemido, ni una súplica
que aplaque de su Dios el justo enojo.
Mas ¡oh! ¿qué importa que su hermosa boca,
en que la voz espira,
no sepa murmurar una plegaria,
si en su pecho abrasado
del amor celestial arde la pira?
Amor tan infinito, y tan sagrado
que el mismo cielo con respeto admira.
Amor tan sin igual, que si á los ángeles
la envidia conocer dado les fuera,
la frente inclinarian,
y por la vez primera
aquel divino amor envidiarian.
Amor indefinible, amor ardiente,
cuyo mar insondable
traspasó de sus culpas la eminencia,
purificó su frente
y las faltas borró de su existencia.
Amor, que al mismo Dios enamorando
le obligó á murmurar con voz serena,
los pasados errores olvidando:
"Yo te doy mi perdon: alza del suelo
y cese tu desvelo,
pues yo te doy mi gracia, Magdalena."
¡Oh Dios omnipotente, cuya mano
la tempestad enfrena,
y el iris tornasola,
y se tiende amorosa hácia el cristiano
si le ofrece de amor, arrepentido
una lágrima sola:
tú, que derramas gracia y bendiciones
en quien alza su espíritu á la altura;
tú, que al beber de tu pasion sangrienta
el cáliz de amargura,
solo á buscar viniste corazones
rebosando ternura:
pon una chispa del divino fuego
en el fondo de mi alma,
hoy que á tus plantas anhelante llego,
y al elevar la voz de mi creencia,
tus piés, Señor, cual Magdalena riego
con lágrimas de amor y penitencia.

Enriqueta Lozano de Vilches.

LA HERMANA DE VELAZQUEZ.

(Continuacion del capítulo VI.)

Todavía se oia el ramor de las ruedas del último carruaje cuando llamaron á la puerta de la estancia de D.ª Ana.

—¿Quién va? preguntó el mulato que en pié delante de su señora la contemplaba melancólico.

—Abrid para que yo pueda dar á D.ª Ana un mensaje de S. M. la Reina—contestó la voz de una dama.

El mulato quitó la vuelta de la llave y se retiró con respeto para dar paso á la ilustre enviada.

Mas en el instante mismo cuatro hombres le derribaron en tierra y cerraron sus labios con una morduza ántes de que pudiese dar un grito, dejándole fuertemente maniatado.

Entretanto otros dos se habian acercado á Ana, y tapándola la boca con un pañuelo la sacaron desmayada del aposento.

El infeliz esclavo hizo tan violentos esfuerzos para romper sus ligaduras, que su bronceado semblante se cubrió de púrpura, y cada uno de los cordeles que le oprimian trazó en sus manos un sangriento surco.

Al oir el ramor del coche que se llevaba á su señora, una amarga desesperacion se pintó en sus facciones y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Ana fué depositada en una casa aislada situada en la parte mas honda de la calle de los autores. Al bajarla del coche la recibió en sus brazos una jóven de rostro risueño y picaresco; pero su alegre y avispada fisonomía se entristeció profundamente al ver aquella hermosa niña blanca y helada como una estatua de alabastro.

Colocóla suavemente en un sillon, y desató el pañuelo que habian apretado bárbaramente en su boca.

Entretanto decia el Conde-duque á Velazquez, al mismo tiempo que el coche en que iban entrámbos corria por el camino del Escorial:

—Guardad á vuestra hermana de las ace-

chanzas del rey, don Diego: lo veo tan furiosamente enamorado que de todo le creo capaz.

VII.

JUAN DE PAREJA.

Una hora despues del rapto de Ana fué desatado el mulato por los demas servidores de Velazquez, que entraron para informarse de aquella si queria que se la sirviese el desayuno.

El esclavo no contestó á ninguna de las preguntas que se le hicieron, ni pareció prestar atencion á las lamentaciones de sus compañeros por la desaparicion de su jóven señora.

Dió tres ó cuatro vueltas por la habitacion como un leon enjaulado, y luego se lanzó á la calle pálido y desgreñado como quedara despues de sus inútiles y desesperados esfuerzos para romper sus ligaduras.

"Juan de Pareja (dice un aventajado escritor de nuestros dias) (1) era esclavo del célebre almirante Pareja cuyo retrato hizo Velazquez. Encantado el marino de ver su retrato tan maravillosamente parecido, y tan perfectamente concluido por el pintor mas célebre de España, vino á darle gracias acompañado de Juan, jóven mulato que habia comprado en Indias, y que llevaba para el pintor una magnífica cadena de oro. Cuando se marchó el almirante, Juan fué á seguirle, empero el áspero marino le dió un puntapié, diciendo:

—"¿Piensas que cuando ofrezco una cadena de oro no dejo tambien el estuche? Perteneces desde este momento al Sr. Velazquez.

"Y salió con altivo paso apénas hubo dicho estas palabras.

"El pobre mulato con el rostro afligido, y el aire asustado se quedó allí, y los discípulos de Velazquez le tomaron como un sér estúpido con el que podrian divertirse. La manera con que habia entrado en el taller fué para ellos un manantial inagotable de chanzas. Quisieron darle el gran nombre de su primer amo, y le llamaron Juan de Pareja, nombre que conservó siempre. Velazquez, á quien causaba lástima, le encargó el cuidado y el aseo del taller, cosa que tenia poco trabajo; pero que debia ejercitar su paciencia.

"Juan se hallaba muy contento siempre que el artista estaba allí; pero en cuanto salia, el esclavo tenia que sufrir de los discípulos una porcion de incomodidades que cada dia iban en aumento.

"Cansado, en fin, de las burlas de los jóvenes tomó el partido para evitarlas de huir cuando no se hallaba allí Velazquez, á una especie de camaranchon desconocido, donde se escondia y ponia al abrigo de sus perseguidores.

"No habia podido Juan ver pintar dos años seguidos, ni oir durante estos dos años á los mas grandes personajes ensalzar hasta el cielo la pintura, sin concebir un invencible deseo de manejar tambien los colores. Para distraer las largas horas de soledad en que aguardaba la vuelta de su amo, intentó pintar. Allí tenia pinceles de desecho y restos de colores que reunia, ya en un lado ya en otro. Conocia que no hacia mas que emborronar; pero hallaba gusto y diversion en ello, guardando un silencio absoluto sobre esta diversion secreta que nadie sospechó."

Hasta aquí habla el autor de la interesante leyenda *Rubens en casa de Velazquez*: yo he creido que no podia dar á conocer mejor á Juan de Pareja que copiando los párrafos en que mi amigo, el Sr. Muñoz Gaviria, le presenta á sus lectores. Ahora acabaré de pintar á este personaje, segun lo he comprendido.

Juan de Pareja sentia por Velazquez una especie de adoracion apasionada, adoracion que se estendia á todo lo que pertenecia al artista; nada habia para él tan bello, tan grande como Velazquez, y se hubiera dejado matar por evitarle el mas leve disgusto.

Habia en el esclavo hácia su amo el tierno y solícito amor de una madre, y la adhesion sublime y fiel de un viejo sabueso: cuidaba con extraordinario esmero de su servicio, y no se fiaba de ningun doméstico en nada de lo que pertenecia á su Señor.

Velazquez por su parte, le amaba mucho tambien; confiábale los mas importantes secretos y conversaba con él miéntras le servia á la mesa. La viva inteligencia de Juan le agradaba en extremo, admirando la esquisita sensibilidad de su corazon, la generosidad de su carácter, y su ilimitada lealtad.

Su pena al dejar en Madrid á su querida Ana se amenguó en su parte mayor, al pensar en que quedaba bajo la custodia de Juan, y el co-

(1) D. José Muñoz Gaviria.

razon del mulato latió de gozo al recibir aquel encargo.

¡Oh! ¡qué amarga desesperacion se apoderó de su alma al ver que le arrebataban á su jóven señora, y cómo se lanzó loco á la calle cruzando muchas en su desesperada carrera!

¿Cuál era su designio? ¿cuál su esperanza? Ni él mismo lo sabia; en su abrasada cabeza se revolvia candente el pensamiento fijo de encontrar á Ana ántes de los dos dias que debia tardar Velazquez en regresar á Madrid, y el de darse la muerte si no podia conseguirlo.

VIII.

EL EMBAJADOR.

Dos dias despues y á eso de las siete de la tarde, un coche cerrado conducia á Madrid á Velazquez al trote de sus magníficas yeguas tordas.

El artista iba tan preocupado que no fijó la atencion en otro coche cerrado tambien, pero mucho mas escrupulosamente, que pasó junto al suyo.

Ni oyó por consiguiente una dulce voz que le era muy conocida, y que preguntaba con ansiedad:

—¿Llegarémos pronto á donde está mi hermano, señor conde?

Aquella voz era la de Ana, que ocupaba el coche cerrado, con el Conde-duque, y que marchaba con direccion al Escorial.

Velazquez prosiguió su camino y á las siete y media se apeó delante de palacio.

Una multitud inmensa se agolpaba á sus puertas, viéndose estasionada delante de ellas largas filas de lujosas carrozas vacías, sin duda por estar sus dueños dentro de la morada real. Algunos señores flamencos permanecian á caballo, erguidos é inmóviles, luciendo sus bordadas gorras, sus ropillas cuajadas de pedrerías y sus colosales figuras.

—¡El embajador! ¡el embajador! Era la palabra que circulaba por todas partes.

El coche de Velazquez entró en las caballerizas de palacio, y el artista, sin detenerse ni aun á preguntar quien era el embajador, subió ansioso á su habitacion, encontrándose al final de una galería al duque del Infantado.

—¿Habeis visto á Rubens, D. Diego? preguntó el duque tendiendo una mano al pintor.

—¿Está aquí? exclamó Velazquez admirado y deteniéndose á pesar de su ansiedad.

—Es el embajador que acaba de llegar enviado por la infanta gobernadora de Flandes.

—¿Dónde se halla?

—En audiencia con la reina, que quedó encargada por el rey de recibirle á su llegada.

—Os dejo, señor D. Juan, dijo Velazquez, estrechando de nuevo la mano del duque y poniendo el pié en la escalera.

—¿A dónde vais y de dónde venis?

—Vengo del Escorial, y así que amanezca mañana me llevo á Ana á Andalucía.

Diciendo esto llegó á un aposento con el duque y llamó suavemente á la puerta.

El criado que le abrió palideció y retrocedió dos pasos al ver á su amo.

—¿Y doña Ana? preguntó ansiosamente Velazquez.

El doméstico con los ojos fijos en el suelo parecia la estatua del asombro.

—¿Y doña Ana? tornó á preguntar Velazquez sacudiendo el brazo del criado.

—¡Señor!.....

—¡Habla!.....

—¡La han robado!

—¡La han robado!

Este grito se escapó angustioso y desgarrador de los labios del artista, que permaneció algunos momentos anonadado y mudo.

De súbito echó á correr hácia al aposento de Ana, siguiéndole el duque.

Los desatentados ojos de Velazquez recorrieron la estancia en un segundo; pero hubo de apoyarse en un sillon para no caer: el aposento conservaba todas las señales de la reciente presencia de la pobre niña.

—¡Juan! gritó Velazquez con ronca y sofocada voz.

—Tambien ha desaparecido.

—¡Vendido por él!

Y se precipitó á la puerta vacilante como una persona ébria.

El duque le siguió.

—¡Le han comprado para que me la robe!... gritaba el artista. ¡Se ha vendido al oro del rey!.....pero.....yo le mataré.....le mataré.....!

El desgraciado cayó desplomado en el suelo vencido por el dolor: su hermosa cabeza negra

y rizada rebotó en el pavimento de la galería.

En aquel instante entraba en ella, por la parte opuesta, un caballero como de cincuenta años, de elevada estatura y gallardo continente.

Las insignias de muchas órdenes cubrian su pecho, sus manos blancas y de hermosa forma salian de entre una nube de encajes iguales á los que bajaban hasta sus borceguíes.

Seguíale una inmensa comitiva de nobles españoles y flamencos, y una guardia de honor ni mas ni ménos que si fuese una persona real.

Era en efecto *el rey de la pintura* Pedro Pablo Rubens, embajador de la infanta Doña Isabel gobernadora de Flandes y los Paises Bajos, cerca de la magestad de Felipe IV.

Rubens se dirigió á los aposentos de Velazquez para visitar su taller, ya que no podia verle por hallarse en el Escorial, segun le habia dicho la reina.

Al encontrarse con el duque del Infantado, que le habia sido presentado en la recepcion por la misma reina; al verle repito, sostener en sus rodillas la cabeza de otro hombre desmayado, detúvose Rubens:

—¿Quereis que os ayude Sr. duque?—preguntó el ciudadano de Amberes con la dulce amabilidad que no obstante la arrogancia de su aspecto le era tan habitual.

—Gracias, Sr. embajador, gracias..... ya vuelve: contestó el duque, poniendo junto á la nariz del artista desmayado su perfumado pañuelo.

—¡Velazquez! añadió moviéndole suavemente.

—¡Velazquez! repitió Pedro Pablo.

D. Diego abrió sus grandes ojos negros y los fijó ansioso en las personas que le rodeaban: cuando su mirada chocó con la de Rubens dos lágrimas brotaron de sus párpados.

Diego Velazquez poseia el mejor retrato que el rey de la pintura habia hecho de sí mismo.

Rubens abrió sus brazos al desgraciado jóven, que se arrojó sollozando á ellos.

—Vuestra vista, Señor embajador es lo único que pudiera prestar algun consuelo á Velazquez en la desgracia que le aqueja, dijo el duque ayudando al desdichado á ponerse en pié.

—¡Oh! murmuró Rubens, la desgracia! ¿no basta ¡oh Dios mio! que me acompañe á mí sino que la he de encontrar donde quiera que vaya?

Algunos momentos permaneció su fisonomía sombríamente triste, apareciendo en su noble frente un pliegue de dolor.

Mas sus móviles y hermosas facciones recobraron pronto su serenidad, y sus ojos se fijaron de nuevo en Velazquez, con acariciadora expresion.

—Para el amanecer los trenes de S. M. la reina y de su Sria. el embajador, que salen para el Escorial!—gritó en aquel instante la voz del jefe de las caballerizas.

—¿Quereis acompañarme, Velazquez? preguntó Rubens á D. Diego: deseo que permanezcais á mi lado los breves dias que he de vivir bajo vuestro hermoso cielo.

—D.ª Ana debe estar en las garras del de Olivares!—murmuró el duque del Infantado al oido del artista español.—Partamos!

—Soy vuestro, pronunció Velazquez débilmente y con acento acongojado.

—Pues hasta dentro de cuatro horas, Velazquez: os espero en mi cámara con el Sr. duque y os ofrezco, á entrámbos, dos asientos en mi coche.

Rubens hizo un afable saludo y se retiró seguido de su comitiva.

—¡Valor, Velazquez! dijo el duque, cerrando tras ellos la puerta de la cámara donde habian penetrado.

El pintor solo respondió con esta exclamacion:—Vendido por él!.....¡Vendido!.....¡Vendido!.....

IX.

Ana.

Pocos dias habian pasado desde aquel en que Isabel de Borbon, Pedro Pablo Rubens, y Diego Velazquez de Silva habian llegado al palacio del Escorial.

Las cuatro de la tarde acababan de dar en el reloj de San Lorenzo, cuando se entreabrió una ventana, perteneciente á las habitaciones del Conde-duque situadas muy cerca de las del rey: la otra ala del palacio estaba habitada por la reina, la infanta María Teresa, y las servidumbres de ámbas.

La ventana en cuestion, estaba guarnecida

de espesas celosías; pero no obstante un rayo de sol que iba á quebrarse en sus cristales reflejó un instante, é hizo brillar con dorados reflejos una cabeza cubierta de abundantes y rubios cabellos.

Aquella cabeza era la de Ana.

Permaneció durante breves instantes silenciosa é inmóvil, cual si fuera una estatua de alabastro, con la mirada fija en los pinares que se estendian al frente de sus ojos. Luego apoyó los brazos en el antepecho, dejóse caer en un sitial colocado detras de ella, y sepultó la cabeza en sus manos.

No era ya la misma Ana que Velazquez conoció en Amberes, ni siquiera la misma que robaron al artista las tramas del conde-duque de Olivares. En los dos dias pasados desde la vez primera que la presenté á mis lectores, se habian hundido sus mejillas y apagado sus ojos: los suaves y purísimos contornos de su boca habian perdido toda su gracia cándida y juvenil, adquiriendo en cambio esa laxitud, que es siempre signo seguro de la total ruina de la salud.

Largo rato permaneció en la actitud abatida en que la dejamos, al cabo del cual se abrió cautelosamente la puerta de la estancia dando paso á la jóven que vimos socorrer á Ana cuando se desmayó en la casa donde la depositaron sus raptores.

Aquella jóven adelantó lentamente algunos pasos andando de puntillas é inclinando graciosamente la cabeza hácia adelante creyendo dormida á la pobre prisionera.

El aposento en el cual se encontraban mostraba en el lujo de sus muebles la riqueza del dueño. Las colgaduras, de damasco blanco, estaban guarnecidas de anchos flecos de oro y sujetos con gruesos cordones y borlas de lo mismo; la sillería, de damasco granate de color subido, se ostentaba recargada de iguales adornos, y cuatro soberbias lunas de colosales dimensiones reproducian los objetos.

La jóven recien venida llegó por fin junto al sillon de Ana, y se apoyó suavemente en el respaldo; luego bajó su cabeza al nivel de la rubia cabeza de la flamenca, para ver si efectivamente dormia.

—¡Dios mio! estais despierta Sra! exclamó al ver lucir como dos luceros los grandes ojos de Ana.

Sonrió ésta tristemente y nada contestó.

—El señor conde me dice todos los dias, añadió la criada, que no os permita ni un instante de soledad y de cavilacion, porque eso os mata.

—¡Pluguiese á Dios! murmuró Ana elevando al cielo una mirada empapada en lágrimas.

—¿Por qué quereis morir, doña Ana? sois una niña, sois bella hasta el extremo, y teneis amigos poderosos que velan por vos y se interesan por vuestra suerte..... ¿Cómo es posible que os canse la vida?

—No lo sé, Estrella, contestó la jóven con acento triste: no se por qué, pero yo deseo la muerte con todo mi corazon.

—¿Sentis acaso la separacion de vuestro hermano?

—¡Oh sí!....., repuso Ana llevando al corazon sus dos manos, como si Estrella hubiese tocado en él una herida dolorosa y profunda.

—Pero hace pocos dias que careceis de su vista, y ademas teneis la esperanza de verle muy pronto.

—Esa esperanza la voy perdiendo ya, Estrella! Cuando el conde me sacó de Madrid me aseguró que me llevaba á la nueva casa de mi hermano..... y todavía no he podido verle..... Luego—continuó la pobre niña vacilando—luego..... estos últimos dias me suceden cosas tan extrañas.....¿Por qué me sacaron á la fuerza de nuestra habitacion del palacio de Madrid?..... ¿Por qué me llevaron á vuestra casa durante algunas horas para traerme luego aquí? ¿Por qué me aseguró ese caballero á quien llamais el señor conde, que veria muy pronto á Diego si todavía no he podido lograrlo? ¡Estrella, Estrella!...ese conde.....¡me da miedo!....

—Vamos, D.ª Ana, dijo Estrella con acento dulce y cariñoso: vamos, buen ánimo; quizá no acabe el dia de hoy sin que veais á D. Diego.

Ana permaneció silenciosa durante un momento: luego alzó la cabeza lentamente, y Estrella contuvo con trabajo un grito de terror al notar el semblante de la pobre niña.

Léjos de retratar las facciones de Ana el gozo que debia infundirla la esperanza formulada por los labios de Estrella, se veia pintada en ellas una expresion de profundo abatimiento.

En aquel instante apareció detras de uno de los árboles del jardin una cabeza negra y ri-

zada alumbrada por dos ojos grandes y calenturientos, que fueron á fijarse en el rostro desencajado de D.ª Ana.

Un segundo despues se oyó un grito de frenética alegría, y el mulato Juan de Pareja salió de detras del árbol y cruzó el jardin corriendo como un gamo.

Llegó presto á una de las puertas excusadas del jardin y desapareció por ella.

Doña Ana continuó largo rato oprimiendo las manos de su compañera.

—Escuchad, dijo al cabo de algunos instantes con voz lenta y ahogada: escuchad, Estrella, ántes de que Dios me llame á su seno una confesion que á nadie he hecho todavía.....pero que necesito hacer, porque me ahoga.....

—Hablad, hablad, D.ª Ana.

—Yo creo.....creo que vos me amais un poco, Estrella.

—Os amo mucho, mucho, mucho; dijo Estrella estrechándo con afecto las manos de la infeliz niña.

—Entónces á nadie confieis mi secreto..... ¿lo ois?

—Sí, no temais.

—Pues bien, Estrella; la vista de Diego no aliviará mi padecer.....

—¡Qué decis!

—¡Me matará mas pronto!.....

Estrella creyó que deliraba y dijo solamente con dulce voz,

—La vista de vuestro hermano os pondrá buena: creedme, doña Ana.

—¡Ya no tengo hermano!..... gritó con angustia desgarradora la desdichada niña.

—¡Qué decis!

—¡Diego no lo es!

—¿Quereis acostaros, D.ª Ana? dijo Estrella persistiendo siempre en creer que un acceso de fiebre hacia delirar á Ana.

—Mirad!.....exclamó esta sacando de su seno una carta, que por lo muy arrugada que estaba decia bien claro que las manos de Ana la habian estrujado muchas veces: ¡mirad!

(*Continuará.*)

Pilar Sinues de Marco.

LA VIRGEN EN EL CALVARIO.

¡Vedla! sus divinos ojos
hácia el cielo se levantan,
y corren por sus mejillas
brillantes hilos de plata.
Las manos sobre su seno,
blanquísimas como el nácar,
quieren contener la pena
que su corazon exhala.
En el hermoso semblante
huellas profundas señalan
lo inmenso de su dolor
y la angustia de su alma.
Vedla allí junto á una cruz
que triste y muda se alza,
y de sus brazos pendiente
el hijo de sus entrañas.
Viendo espinas que la punzan,
y flechas que la traspasan,
y clavos que allá en su seno
el corazon le taladran;
Ni un grito lanza su pecho,
ni una queja sus palabras,
pero angustiosos gemidos
se anudan en su garganta.
Ved la madre de las madres,
la vírgen inmaculada
junto al leño donde el hijo
sufre las postreras ánsias.
Una mirada le tiende
dulce, compasiva y santa,
con el rostro denegrido,
sangre vertiendo sus llagas:
Y la cabellera hermosa
tendida sobre la espalda,
ya entre tormentos espira
aquel cordero sin mancha.
Y ya se retira triste,
con la amargura que arrastra,
aquella madre sin hijo
gemebunda y desolada,
Mojando el suelo que pisa
con raudal de acerbas lágrimas,
de dolor henchido el pecho,
de soledad llena el alma.

Julia Perez de Montes de Oca.

SECCION TERCERA.

DEL TRAJE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA, DEL GUSTO Y DE LAS ARTES.

(Continuacion).

Las modas sajonas siguieron usándose mucho tiempo sin sufrir modificaciones, como sucede siempre en naciones pobres y austeras. Bajo este aspecto se diferenciaban tambien muy poco los normandos cuando desembarcaron, del pueblo que acababan de conquistar. Tambien se notaba en sus vestidos, lo mismo que en los de los sajones, el reflejo de las tradiciones romanas; pero iba á inaugurarse una nueva era en que fueron muy rápidos los progresos del lujo, y en la que subió de punto el espíritu de invencion, hasta trocar poco á poco el aspecto de las dos razas lentamente amalgamadas.

Para formarse una idea de todos los caprichos que invadieron paso á paso este lujo mal dirigido todavía, es preciso leer las vehementes sátiras que contra él se escribieron.

Miéntras subsistió el sistema feudal, hubo en cada pais de Europa dos clases enteramente distintas y separadas por un insondable abismo: el refinamiento de la elegancia y los caprichos del traje pertenecian exclusivamente á la clase que disfrutaba todas las riquezas, la ociosidad y los institutos de pompa; y la clase media, como mas pobre, mas modesta, mas fiel á sus tradiciones, se opuso mucho tiempo á las innovaciones costosas, y se limitó á imitar de cuando en cuando algunos adornos económicos, y algunas superfluidades de escaso valor y de indisputable comodidad. Los aldeanos apénas participan en el dia del movimiento que les trasmiten las clases mas acomodadas despues de haberlo recibido de las de elevada esfera, las cuales disfrutarán por mucho tiempo la iniciativa: el labrador del siglo XVI vestia con poca diferencia como en tiempo de los sajones. Los normandos empero, y en especial sus compañeros, habian innovado de un modo muy notable el grande é interesante arte del adorno individual.

Señala esta nueva era la invencion de los córsés, con la cual forma M. Fairholt un punto de partida, una especie de egira. Indica desde esta solemne fecha las alteraciones sucesivas que esperimentó el traje de las damas, como por ejemplo, las de las mangas, que prolongándose de dia en dia llegaron hasta el puño, y siguiendo su progresivo movimiento acabaron por caer mas abajo que el talante vestido, y se llegaron á hacer de diferente tela y de otro color que el resto del traje. No se paró hasta ajustar estrechamente el cuerpo con el vestido para dar mas brillo y realce á las proporciones y relieves del talle. Hemos visto una caricatura de la época (*Cotton Collection*, Nero, c. 4.) que nos muestra á Cristo tentado por Satanás, el cual va vestido con el traje de una hermosa dama. Su talle está admirablemente ajustado; y se estrecha todavía mas con los esfuerzos de los cordones que le aprietan; sus mangas desmesuradamente largas están atadas sobre los brazos de esta extraña coqueta; y su saya, abierta por la cadera derecha, se anuda tambien en torno de sus piés. Las damas normandas habian dejado crecer sus cabellos imitando á sus señores y esposos, y formaban con ellos luengas trenzas que llegaban algunas veces hasta los piés. Por lo regular las ataban á la altura de las caderas, y caian desde esta parte en numerosos rizos entre los que ponian piedras preciosas de diversos colores, y algunas veces los ocultaban en fundas de seda.

El traje anglo-normando se hizo mucho mas rico y variado durante el reinado de Enrique II, y desde esta época se distinguen y conocen con mas exactitud los cambios de la moda, pues han llegado hasta nuestros dias las estatuas de bronce con que se adornaban los monumentos funerarios, á pesar de las mutilaciones de los iconoclastas, protestantes ó republicanos. Desde el rey Juan las modas reflejaron de un modo sorprendente el carácter político de cada reinado. Fueron frívolas y alegres en el reinado del débil Enrique III; mas sencillas y varoniles en el de Eduardo I, y degeneraron en estravagantes miéntras su hijo gobernó tan loca y desatentadamente el reino. Apénas fueron bastantes el hambre, la peste y todos los desastres públicos que afligieron el reinado de

Eduardo III, para contener los suntuosos excesos á que se habian acostumbrado sus vasallos, y que volvieron á aparecer con una especie de furor en el de Ricardo II, anunciando la caida de la dinastía.

Hemos hallado en los escritos de un monje desconocido el exceso de vanidad que ponian las damas de los tiempos de Eduardo I en llevar mas larga que todas las demas la cola de sus vestidos.

He oido hablar, dice este sencillo religioso, de una mujer orgullosa que llevaba un vestido blanco de tan desmesurada longitud, que le arrastraba hasta levantar el polvo de los templos. Cierto dia al salir de uno de ellos tuvo que alzar tan largo colgajo para atravesar una balsa de la calle, y un santo hombre que se hallaba en aquel sitio vió un demonio que se desternillaba de risa. Habiéndole preguntado por qué se reia de aquel modo, el diablo le respondió con estas palabras: "Se hallaba sentado sobre la cola de esa mujer uno de mis camaradas, sirviéndose de ella como de un carro que lo conducia; pero cuando la ha levantado de pronto, el infeliz ha caido de espaldas y se ha embadurnado con el cieno todo su cuerpo. Esta ocurrencia es lo que me hace reir con tanto gusto."

M. Fairholt cita otra historia donde se ve cómo recibian las gentes sensatas las nuevas modas que se querian introducir en Inglaterra al terminar el reinado de Eduardo III, entre otras la del traje que acababa de ser imitado de Alemania.

Dos hermanos, llamados el uno sir Raoul y el otro sir Pedro de Luge, se vanagloriaban de reprimirse en todas las cosas contrarias al decoro.

Un dia asistió sir Pedro á un gran banquete adonde llegó—ántes de haber tomado nadie asiento en la mesa—un jóven escudero que saludó á los convidados. Llevaba éste un raro sayo á la moda alemana, y acercándose de esta suerte á los caballeros y las damas, hacia repetidas reverencias. Cuando le vió sir Pedro, le llamó en alta voz delante de todos los circunstantes y le preguntó dónde tenia su viola, [odylle, filldle] ó su rabel (ribible) ó el instrumento de que se sirviera como juglar. "Señor, respondió el escudero, ninguno de esos instrumentos pertenece á mi carrera ni á mi ciencia."-Sir, replicó el caballero, no me es posible dar crédito á lo que acabais de decir, pues vuestro arreo y vuestro traje son propios de un verdadero trovador ó juglar. Yo he conocido á todos vuestros antepasados los caballeros y escuderos de vuestro linaje, que eran valientes y esforzados; pero no he visto á ninguno tan extravagantemente disfrazado con el traje que os cubre.-"El escudero respondió: Sir, si os disgusta mi vestido, pronto voy á despojarme de él."-Y llamó á un paje á quien entregó su sayo, poniéndose en su lugar otro traje. Toda la concurrencia aplaudió tan acertada enmienda.

El traje de los hombres aumentó en riqueza y afeminacion de un modo muy notable desde el fin del reinado de Ricardo II hasta el de Enrique VII. Se necesitaria el auxilio del grabado para describir los anchos vestidos y las mangas de encaje que usaban los elegantes de aquella época. Apénas podria hacerse notar una débil reaccion hácia la sencillez de los trajes durante el reinado de Enrique IV, y esta reaccion fué seguida en el de Eduardo III de un desbordamiento en sentido opuesto. Todo el siglo XV tuvo un carácter uniforme de fanfarronada exterior y de suntuosidad. El lujo se extendió hasta los mismos sirvientes.

Oceleva compuso sobre este asunto un poema satírico, donde se desencadena contra el orgullo de los criados, la insolente riqueza de sus vestidos, su descaro en llevar mantos de escarlata de doce varas de longitud, con mangas que barren el suelo, y que están forradas por encima de los puños con pieles que valen mas de 20 libras. El buen poeta pregunta cómo podrian defender á sus señores si fueren acometidos repentinamente, yendo vestidos de aquel modo, y siendo así que sus brazos tienen bastante trabajo con sostener unas mangas tan desmesuradas.

"Mejor defensa podrian hacer las mujeres," continúa amargamente el poeta; y preguntándose en seguida para qué pueden servir semejantes criados, acaba por encontrar su verdadera y única utilidad: "No habrá ya necesidad de escobas, dice, para barrer el cieno de las calles, porque bastarán para quitarlo, ya esté húmedo, ya seco, las mangas flotantes de esos insolentes y desvergonzados lacayos."

***

REVISTA DE MODAS.

EL LUJO.

¡Ya no nos queda duda! La Moda mas presuntuosa y exigente que nunca se ha propuesto en el dia acabar de destruir los gustos sencillos, las costumbres modestas, y las aspiraciones moderadas en el seno de la sociedad. Como si el espíritu de egoismo, de orgullo, y de ambicion no se hubiera desarrollado ya demasiado entre los mortales, contribuye ella á fomentarlo con su ejemplo. Antes le bastaba una corona de flores y un ropaje de ligera gasa para parecer linda y graciosa; ahora necesita crujientes sedas, ricos encajes, y resplandeciente pedrería para sonreir satisfecha. ¡Ay! El mundo envejece con rapidez. Lo conocemos en que á fuer del hombre gastado le es preciso exagerar todos los goces para sentirlos aun y á fuer de la agostada coqueta recurrir á la pompa y al artificio para ocultar con el brillo del traje sus tristes arrugas.

Algunos ven en el lujo un elemento útil para el progreso de la industria y la debida retribucion del trabajo. Otros creen que el verdadero florecimiento de los pueblos brota de las domésticas virtudes, de la pureza de los hábitos, y de la bondad de las instituciones gubernativas. Miéntras la teoría discute el pro y el contra de la cuestion indicada, la práctica nos prueba que el lujo proporciona mas daños que beneficios. ¿Qué importa que dé pan á algunos si al aumentar las necesidades generales hace tambien mas difícil satisfacerlas? ¿Dónde hay tanta miseria como en las grandes capitales en que la pompa de unos contrasta con la desnudez de otros? Jesucristo que al dictar su divino código quiso poner al alcance de los humanos no solo la felicidad del cielo sino igualmente la de la tierra, prohibió el boato que ensoberbece y la ostentacion que corrompe. ¿Quién mejor pues que el sabio de los sabios, el justo de los justos, y el santo de los santos podrá enseñarnos lo que en realidad nos conviene?

Dispensa, bella lectora, si mi pluma en vez de arrojar hoy flores á tus plantas te habla de cosas sérias. Nos hallamos en la época grave de la penitencia y de los sermones. No puedo por consiguiente evitar el volverme en estos dias un poquito predicadora.

¿Te lo confesaré? Aunque con el transcurso de los siglos las ideas han variado mucho, aunque la rudeza y la austeridad de los antiguos romanos no armonizan con el espíritu de la civilizacion que trata de hacer de la vida un placer en lugar de un sacrificio; todavía admiro mas que todos los conocimientos modernos la grandeza de alma conque la célebre madre de los Gracos dijo á una amiga suya (que le enseñaba envanecida sus joyas) designando á sus hijos: ¡Mira mis preseas! ¡Ah! Hé ahí el lujo que debemos envidiar: el del cumplimiento escrupuloso de las virtudes haciendo de todos los miembros de una familia modelos de nobles cualidades.

Sin ir tan léjos como Rousseau, que apesar de su aficion á las damas bien prendidas, osó creer al hombre mas feliz viviendo en los bosques vestido de pieles que en las ciudades de ricos tejidos,—pienso que la civilizacion se encuentra en contradiccion consigo misma al proteger el lujo. ¿No trata ella de labrar la dicha de la sociedad humana, de nivelarla en lo posible, de reformarla de modo que llegue el bendito dia de la ventura universal? Entónces ¿cómo siembra en su seno las semillas de orgullo, de rivalidad y de soberbia que dividen á los hombres en vez de unirlos? ¿Acaso gana mejor su salario el artesano trabajando para las cosas supèrfluas que para las precisas? ¿Acaso hay tampoco al presente ménos pobres de los que hubo en anteriores edades? No por cierto, y este resultado contrario al bienestar comun indica en una era de tantas pretensiones como la actual, que en muchas materias nos resta aun bastante que aprender.

¡Qué excelente gobernante hubiera sido Neron para los que consideran el lujo un elemento de prosperidad pública! Pocos soberanos han igualado al terrible hijo de Agripina en amor á la magnificencia. Miles de obreros se ocupaban á la vez en la construccion de su palacio, llamado la *casa de oro*, á causa de las enormes sumas que invirtió en él ínterin otros tantos fabricaban los grandes circos en que el mona-

truo coronado daba fiestas suntuosas. La púrpura, las joyas, y los perfumes eran entónces en Roma tan indispensables como el aire que sostiene la vida. Nunca sin embargo habian devorado tantas miserias el corazon de la ciudad eterna. Nunca el mayor número se habia visto tan indigente en medio del desenfrenado boato que ostentaba la minoría. Neron cayó pues de su insolente trono derribado por el odio nacido de sus crueldades y por la indignacion que inspira á los desheredados el insultante auge de los usurpadores.

Desde muy remotos siglos el célebre Sardanápalo habia ofrecido patente ejemplo de los males que origina el lujo. La Asiria infeliz, empobrecida y degradada bajo el mando de un príncipe que existia únicamente para la pompa y la voluptuosidad, se levantó al fin contra su indigno jefe. El lujo jamas ha producido héroes como la sobriedad y la sencillez. Padre por el contrario de los vicios, debilita la fuerza moral y destruye el físico vigor. Sardanápalo vencido pronto por los que no se enervaran á imitacion suya en los brazos de la molicie tuvo, para evitar ignominiosa muerte, que formar una inmensa pira en la cual se quemó con sus tesoros. De una semilla mala no pueden brotar buenos frutos.

Tan triste concepto habian formado los antiguos del lujo, que Julio César lo eligió por máscara para ocultar sus ambiciosos planes. Nadie desconfió de él miéntras ocupado en apariencia de un brillo frívolo, trató de vencer á los patricios mas opulentos con el esplendor de su traje y con el fausto de sus banquetes. El lujo no estaba de moda entónces. Aunque siempre ha poseido tantas cabezas como la hidra de Lerna, el buen sentido público se las cortaba todas sin dejarse fascinar por sus ojos de diamante.

Pero sin duda las cabezas del lujo renacian como las del monstruo fabuloso, pues hoy lo vemos recorrer en triunfal carrera los paises civilizados. Si murió en aquellos tiempos ha resucitado en los nuestros lleno de una confianza en sí propia que no manifestaba ántes. La moda lo protege y por lo tanto hay muchas víctimas aunque lo nieguen sus partidarios. ¡Escuchemos! Creo que esa linda jóven que llora hablando con su madre es una de ellas.

—Sí, mamá, exclama suspirando la hermosa afligida. Yo sé que hoy es moda rodar coche, sacrificarlo todo á las brillantes apariencias, sonreir coronada de perlas aunque se halle de duelo el corazon. No faltaré pues á los decretos de la deidad á quien rindo culto. Pero ¡ay! madre mia! Mis lágrimas corren al pensar que el generoso y amable Cárlos no posee las riquezas del feo, áspero y egoista D. Jorge. ¡Me hubiera considerado tan feliz unida á Cárlos, á mi querido Cárlos!

—Decídete en tal caso por él, objetó la mamá conmovida.

—¿Me juzga V. tambien tan loca que prefiera un hombre sin caudal á un hombre rico, la medianía á la opulencia? ¡Oh! No, señora! No soy tan irreflexiva como V. se figura. El lujo vale mas á mis ojos que el pasajero amor, la fortuna de D. Jorge que el cariño de Cárlos. Esposa de éste pasaria en el mundo desapercibida como tantas otras; consorte de aquel llamaré la atencion con mis carruajes, mis lacayos, mis trajes espléndidos y mi costosa pedrería. Entónces, mamá, los mismos que ahora apénas me saludan me rodearán, me acatarán y me adularán. ¡Qué necio llanto he derramado por una inclinacion de novela fundada en fugitivas ilusiones! Mereceria que todos de mi simpleza se burlaran.

Hé aquí un lenguaje verdaderamente desconsolador en unos labios de veinte años. ¿Podrá ser buena esposa quien camina al ara nupcial guiada por semejantes pensamientos? ¡Ah! No sigamos escuchando á la pobre esclava del lujo, amiga lectora. Ya hemos oido lo bastante para convencernos de la clase de ideas que él inspira.

Permíteme empero designarte aquella dama á la cual todos solícitos sonrien y de la cual todos murmuran en secreto. Gasta un lujo superior á sus recursos, un lujo que debiera ruborizarla por las sospechas que suscita. ¡Incomprensible sociedad! ¿Cómo á criticar te atreves los errores que engendras? ¡Madre desnaturalizada! ¿Cómo osas avergonzarte de la hija á quien has perdido? Y esa mujer desconceptuada por su loca vanidad es sin embargo mas imprudente que culpable, pues comprando con mil privaciones domésticas su mentida pompa la paga con su honor. ¡Qué caro cuesta á menudo la adquisicion de un arrepentimiento!

Elevaré hoy por todos lados unánime clamor

contra la propagacion del celibato que trae consigo la inmoralidad. "¡Los hombres se han vuelto horriblemente codiciosos, y solo se casan las herederas ricas!" repiten muchas madres de jóvenes casaderas. ¡Eh! Poco á poco, queridas señoras. El sexo masculino tiene bastantes culpas sobre su conciencia para que no necesitemos atribuirle injustamente una mas. En el nuestro consiste que Himeneo no vea su templo mas frecuentado. Ahora pretendemos todas andar en coche, arrastrar seda y llevar pedrería, ahora de consiguiente para vivir en armonía con las generales aspiraciones y con las tendencias de la época necesita el hombre al contraer matrimonio construir de oro sus dioses lares. Y como el número de los pobres supera en todas partes al de los ricos, hé aquí esplicado por que abundaban mas los maridos antaño que ogaño.

Créelo, discreta lectora: nuestro propio interes nos manda oponernos á que la Moda acabe de formar alianza con el Lujo. No permitamos que la virginal sencillez con que poco há se prendian las señoritas de la Habana pase al estado de tradicion, no olvidemos que para divertirnos en una fiesta no es preciso que dejemos la ruina en nuestro hogar, y nos irá mejor con una conducta tan prudente que como nos va con las desmedidas pretensiones.

Es ademas el lujo un dragon insaciable que nunca se siente satisfecho. Ni todos los diamantes de Golconda, ni todos los topacios del Brasil, ni todas las perlas de Oriente logran contentarlo. Infinito como el deseo, exigente como la vanidad, fantástico como la imaginacion, pide de continuo nuevas ofrendas, y semejante á las serpientes fabulosas que en los cuentos árabes emponzoñaban el ambiente con las emanaciones de su boca de rubí, de sus ojos de zafiro y de sus escamas de ópalo, al embriagar el alma la envenena, y al seducir el cuerpo lo destruye.

Complázcome en repetiros, al mostraros en el Lujo un fantasma de mentidos goces que oculta bajo su magnífico manto raquíticas miserias, que la Elegancia no depende de él. ¿Son por ventura mas bonitas las joyas que las rosas, mas poéticos los terciopelos y tisús que la aerea tarlatana y la matizada granadina? Recérdad lo vaporosa y gentil que apareció la Sra. C..... de S..... A..... en el notable baile con que se celebró en Palacio la gran victoria de Marruecos. Tules, perlas y flores componian su atavío, que guardaba armonía encantadora con la gracia y la juventud de la que con magestuoso garbo lo llevaba. Quede la cargazon de presecas para aquellas que no pudiendo distinguirse por su mérito ni su buen gusto tratan de compensar su insignificancia con la aglomeracion de los adornos.

Al romper lanzas no en pro sino en contra del lujo, creo defender la verdadera conveniencia femenil. Tú, lectora mia, que tantas veces has visto en la escena musical á la infeliz *Traviatta* morir *si giovane* entre los tormentos de una terrible expiacion, has contemplado en ella otra víctima de ese corruptor de las costumbres. *Margarita* ó *Violetta*, como quieras llamarla, se lanzó en brazos del vicio no por depravacion natural ni á impulsos de designios amorosos: deslumbrada por los resplandores del lujo, como la mariposa por la pérfida llama que ha de destruirla, corrió delirante hácia él sin reparar que para alcanzarle atravesaba cenagoso camino donde manchaba inmundo lodo su blanca vestidura. ¡Desdichada! Cuando tocó de cerca las miserables espinas que suelen esconderse bajo dorados velos y cachemiras esquisitas, ya se habia extraviado para siempre en el dédalo de la corrupcion. ¡Pobre Margarita! ¡Pobres mujeres todas las que sacrifican su conciencia á un collar de brillantes ó á un prendido superior á sus recursos!

Pero ya he predicado bastante, confiando, segun indiqué ántes, en que como estamos en cuaresma llevareis á bien mi sermoncito. La imaginacion ahora no osa ocuparse de materias frívolas. Cediendo á la influencia del tiempo santo, recoge con respeto las alas y no nos distrae con profanas ideas en la casa de Dios donde todas en la actualidad nos prosternamos pensando como ese gran poeta que se llama Víctor Hugo:

¡Oui! Au déclin des ans come au matin des jours
Joie, extase, ou martyre
Un autel que rencontre une femme a toujours
Quelque chose à lui dire!

Yo os diré tambien que para estos sérios dias la moda exige trajes de colores oscuros, negros encajes y ricas mantillas á la española, con centro de gró ó terciopelo guarnecido de blondas. Dos hermosos vestidos en consonancia con

la gravedad de la época, he visto últimamente en el taller de una de nuestras principales modistas, que los ha hecho para una de nuestras principales damas. El primero destinado á lucir en la fiesta imponente de la bendicion de los Ramos, es de gró azul marino con grandes cuadros de terciopelo negro, corpiño alto con larguísima faldeta que imita una segunda saya orlada de azabaches, y manguillos y cuello de fino *guipure*. El otro destinado á las solemnes ceremonias del juéves y viérnes santos, es de gró negro con volantes de blonda, *canezou* y mangas del propio delicado tejido y una ancha banda al par guarnecida de blondas, que despues de oprimir el talle cae con gracia hasta el extremo de la falda. Trajes por el estilo son los que armonizan con los actos religiosos, al presenciar los cuales todos los cristianos reconocemos nuestra inmensa deuda para con el Altísimo, viéndole sufrir como un hombre para en seguida redimirnos como un Dios.

Los clavos de oro y perlas para prender las mantillas en el cabello se usan mucho al presente. Algunos suelen venir adornados con florecillas de coral y con estrellas de topacio. Todos son muy bonitos, pero en la Iglesia sientan mejor los de oro solo ó con esmaltes negros. Los colorines producen mal efecto en el recinto de la oracion á donde debemos llevar no el espíritu de vanidad, sino el dolor de haber pecado.

Concluyo dándoos la *importante* noticia de que han muerto los *mosqueteros*. Comprendereis que no hablo de los famosos héroes de Dumas, á los cuales el talento de éste asegura larga existencia, sino de los extraños sombrerillos de niña, que osaron pavonearse hasta sobre frentes de medio siglo. ¡Un tocado infantil ornando los cabellos de maduras matronas! ¡Vaya! Ese era un lujo de extravagancia que ni la misma moda podia sostener largo tiempo. ¡Ojalá pasaran tan pronto los otros lujos que pueden extraviar nuestra razon y por consiguiente destruir nuestra verdadera felicidad!

Felirla.

REVISTA.

De mano en mano ha venido á parar en las mias la revista del *Album*.

Dudo que bajo mi amparo le cobije la mejor sombra; no creo que al fin y postre queden muy contentos de mí los suscritores.

Esta es una cuestion sin embargo que á mí no me toca decidir: ya el público me lo dará á entender sin que yo se lo pregunte.

Pero lo que es por hoy tienen que aguantarme.

Héteme aquí pues convertido en *revistero* y dispuesto á *revistar* cuanto ocurra de nuevo y hasta de viejo.

Y ántes de empezar pido perdon por las dos palabras que acabo de usar y que de seguro no se encuentran en el diccionario de la Academia.

Ambas las necesito y no sé con cuales otras sustituirlas. Usolas pues sin ningun escrúpulo y mas que rabie la Academia.

No creo además que sea siempre admisible la autoridad de ese cuerpo respetable, porque hay que convenir que abusa de ella frecuentemente y adquiere una exigencia y una imperiosidad no muy propias de la *república* literaria.

¿Qué cosa es un revistero?—Un infeliz condenado por la suerte á vivir siempre en medio de la mayor monotonía.

Para él no existen las diversiones; donde van los demas á divertirse y á pasar el rato, va él á cumplir su deber.

En cuanto ve no busca mas que el partido que de ello pueda sacarse para una revista. Todos sus placeres se le presentan acibarados por la inmediata obligacion que tiene, de dar cuenta de ellas.

Alguno me dirá que estos son los inconvenientes, ¿pero por ventura no tiene ninguna ventaja?

Sí que las tiene; pero ahora no me conviene decirlas y por consiguiente las paso por alto.

El revistero debe decir lo que pasa y nada mas.

En mi calidad de tal no pretendo enseñarle nada al público; no es mi norma ni instruir deleitando ni deleitar instruyendo.

Esto sobre ser muy viejo es muy clásico y no pegaria mucho en la época de turbulento romanticismo que atravesamos.

No pretendemos tampoco dar nunca opiniones sobre ninguna materia. Somos demasiado modestos para tanto.

Cuando mas escribirémos nuestras impresiones personales, y el público que nos conocerá y sabe todo lo que podrémos dar de nosotros mismos, sabrá entónces á que atenerse.

Concluyo aquí mi preámbulo que iba siendo ya demasiado largo. Pero no queria ser ménos que nadie y en tiempos como el presente en que todo el mundo hace profesiones de fé, yo tambien debo hacer la mia.

Hasta el siglo XIX ha escrito y publicado la suya. Dígalo si no M. Eugenio Pelletan que de médico que era ántes, quiso elevarse algo mas y se convirtió en *truchiman* del siglo.

Y la plaza promete porque el libro ha hecho ruido.

Sentados estos preliminares que son de suma importancia, sobre todo para mí, comienzo mi revista.

Lo que va de ayer á hoy!!... es la primera reflexion que se me ocurre.

Ayer nos sobraban las diversiones, eran tantas que casi nos vimos expuestos á morir de plétora.

Hoy nada ó casi nada.

Del Circo de Chiarini que por tantas noches consecutivas mereció la proteccion del público, no quedan ya ni los restos.

En el lugar en que ántes se levantaba no hay hoy mas que polvo que hollamos indiferentes.

¿Qué se hicieron los saltos de la aplaudida *mariposa*, las gracias de los payasos, las habilidades de los caballos y mulos?

¿Qué fué de tanta invencion
como trajeron?

Ni una lápida, ni una inscripcion que recuerde sus pasadas glorias. Así pasan las glorias de este mundo.

Y sin embargo ese pedazo de terreno fué una mina para su empresario. Venga otro, cave la tierra y encontrará el mismo filon.

Lo que yo siento es que se fueran los elefantes sin dar su beneficio. Ya ellos preparaban una cancion de su pais para esa noche.

No dudo que hubieran sido muy aplaudidos y hasta coronados al final en medio de una lluvia de oro y luces de Bengala &c., &c.

Observo ahora que dije que se habian ido. Un rugido formidable que oigo al pasar por la puerta de Monserrate me advierte que solo han cambiado de domicilio y están en el circo de fieras.

Pero no sé que les encuentro: no me parecen los mismos que habia visto ántes.

Los noto muy tristes, sin duda por haber abandonado su primera morada en la cual se hallaban muy bien.

Puede ser que tengan nostalgia que es enfermad de gente grande.

La compañía de ópera se llevó la música á otra parte con gran dolor de unos y gran satisfaccion de otros.

Bien es verdad que en las numerosas funciones que nos ha dado, ha habido algo de bueno y mucho de malo. Pero la dejarémos en paz porque sus hechos pertenecen ya á la historia antigua.

A mi modo de ver lo mejor que dió de sí fué el agradable nortecito que comenzó á soplar en el momento en que la última parte, de las muchas en que se descompuso, partia para Charleston.

Nada mas dulce que un viento del Norte despues de los horribles hálitos del Sur que ordinariamente esperimentamos.

Y cuando como el presente es algo fresco, me abrigo con sumo cuidado y me voy á visitar los panoramas.

La ilusion entónces es completa. Nadie me quita la idea de que estoy viajando por las capitales de Europa.

La Habana con norte es un verdadero paraíso. ¡Con cuánto placer lo sentimos venir y con cuánto gusto presentamos nuestra frente abrasada á los besos amorosos de esa *will fantástica*, como decia el malogrado *Periquito* que ni por estar *entre ellas* se quiso quedar con nosotros.

Maretzeck tambien se fué.

No nos ocuparémos ahora de si prometió y cumplió ó dejó de cumplir. El que como yo no cree nada de lo que le ofrecen, y mucho ménos

á quien ya nos ha engañado otras veces, lleva la mitad del camino andado.

Sin embargo ha corrido mas de una historia sobre las circunstancias de su viaje. Para mí es cosa muy sencilla.

El intrépido director de orquesta se oia llamar por todos el Napoleon de los empresarios y en conciencia no podia ménos de reconocer que ninguno de sus hechos en la Habana tenia nada de imperial.

Pero observó que su situacion actual en nuestra isla era idéntica á la del primer Napoleon en la isla de Elba.

Así como este se hallaba rodeado y vigilado por los ingleses, él tambien era perseguido por otros que á pesar de no haber nacido en Inglaterra no por eso dejaban de ser *ingleses*.

Y para que la semejanza fuese completa, así como el famoso emperador se embarcó de repente en una frágil barca burlando las ilusiones de todos, así tambien el famoso empresario se lanza en un barquichuelo y miéntras los *ingleses* lo buscan por todas partes, él desembarca incólume en el continente y allí se dispone á reconquistar el mundo en otros cien dias.

Por consiguiente en lo adelante no le disputaré nunca el dictado de emperador.

Todas las diversiones una por una iban desapareciendo y á la nada hubiéramos quedado reducido sin la noticia de la toma de Tetuan que fué causa de una serie de brillantes fiestas.

Pero ya mi antecesor en el puesto de revistero ha agotado la materia.

Una diversion sin embargo quiso pasar en silencio y de la cual no puedo yo ménos que ocuparme:—el baile de Tacon.

Embriagado por el arte divino que le inspiró tan bellas ideas, no ve en el teatro mas que las óperas y olvida los bailes de máscaras.

Los bailes del Teatro son de máscaras porque muchos van con careta y con trajes *soi-disant* históricos.

Para serlos verdaderamente les faltan várias cosas, sobretodo la broma, el chiste, la picante *causerie* que es el atractivo de esas diversiones.

Allí no se va mas que á bailar; la numerosísima concurrencia que á ellos acude no quiere otra cosa.

Y á bailar contradanzas solamente: las polkas, walses, cuadrillas están allí de mas. Son demasiado aristocráticas.

Obsérvese si no como se disminuyen las parejas cuando á la orquesta le ocurre la pésima idea de tocarlas: si eran sesenta se reducen á diez á lo sumo.

El que quiera gozar de un espetáculo fantástico, romántico, ideal, digno del pincel de un Goya ó de un Callot, y que una vez visto no puede apartarse nunca de la mente, súbase á un palco del tercer piso en los momentos de apogeo del baile y mire lo que pasa á sus pies.

¿Qué es lo que ve? Primero nada: todo le parece á un océano en continua y violenta ajitacion, fije mas su atencion y entónces le parecerá un vasto y estrambótico mosáico compuesto de las piezas mas extrañas.

Ciertamente que producen un gran efecto esa infinidad de cabezas, unas cubiertas, otras descubiertas, y sobre ellas la mas grande coleccion de sombreros que el mas celoso anticuario ó naturalista pueda llegar á reunir despues de muchos años de pacientes y laboriosos esfuerzos.

Sobre ese océano animado, gigantesca fantasía de un artista en delirio se eleva una nube espesa formada por el polvo que levantan los pies, y el humo que despiden las bocas de los fumadores.

Parece verdaderamente que son las nubes que segun la curiosa opinion del vulgo van á beber agua al mar.

Y apesar de haber tanta gente y tanto movimiento, poco ó ningun ruido. Las parejas no piensan mas que en bailar y no se hablan una palabra.

De cuando en cuando se oye solamente que alguno con difraz diga á otro sin él: "Me conoces, mascarita?"—Y la máscara es el que habla.

El ruido incesante de la orquesta aparece dominando todo ese estrambótico conjunto, como la trompeta final dominará los ruidos del último dia: pásesome lo fúnebre de la comparacion.

Dígase lo que se quiera, tienen las contradanzas cierto no sé qué, cierto *chic* particular que siempre agrada.

Prescindamos ahora de si conservan con mucha ó con poca claridad su orígen africano, su

olorcillo á *tango*, pero ¿puede negarse que tienen un aire muy especial y muy suyo que es inútil buscar en ninguna otra parte?

En todas ellas se observa, excepto las que están escritas sobre temas de ópera italiana. Estas francamente no me gustan; es hacer de dos cosas buenas una mala.

¿Hay nada mas desagradable que oir las mas patéticas melodías de la Sonámbula y de otras piezas convertidas en aires de baile, cuando las danzas no necesitan de eso para ser bellísimas?

Pero dejemos los bailes de Tacon que sin quererlo y sin cesar *vuelven á la memoria mia*, y ocupémosnos de la compañía de zarzuela que es la única que ha quedado dueña del campo.

Excepto el paréntesis guerrero que abrió en Villanueva un drama *belicoso*: (así rezaba el cartel).

D. Enrique Zafra tomó á Tetuan sin efusion de sangre.

A pesar de toda su bélica tramoya el drama en tres actos que se representó el otro dia con ese título es una obra literaria: díganlo si no las numerosas *tiradas* de versos ó *parlamentos*, como dicen los cómicos, que hay en él.

No son los contemporáneos los mas propios para juzgar imparcialmente una obra. Por tanto nos lavamos las manos.

Puede que pase á los remotos siglos
Y la posteridad sabrá apreciarla,

como dice no sé quien en el Otelo.

La empresa de zarzuela ha comprendido que necesitaba presentar novedades para merecer del público un completo favor, y así nos ha dado várias piezas nuevas y ha puesto en escena con mucho esmero otras viejas.

Una de ellas ha sido la intitulada "Quien manda, manda." Lo cual á primera vista parece una perogrullada: pero no lo es.

Es tan cierto como si dijéramos: quien canta, canta.

La comedia pasa en tiempo de Napoleon; bien es verdad que lo mismo pudo haber pasado en tiempo del rey que rabió.

Por lo demas ni Napoleon se ocupaba en concertar matrimonios tan ridículos, ni elevaba á ningun coronel al grado de general seis meses despues de una campaña.

El *Cocinero* que es del mismo autor que la anterior, el Sr. Camprodon, me gusta muchísimo mas. Casi no vacilo en decir que es lo mejor que he visto de ese poeta.

Esto quizas lo tomarán algunos por una exageracion, tratándose nada ménos que del autor de *Flor de un dia*; sin embargo no me arrepiento.

Prefiero los chistes satíricos de Vatel al continuo gerimiqueo de Lola, Diego y comparsa.

En esta zarzuelita está Rojas inimitable. ¡Con cuánta intencion dice aquello de

sin saber literatura
¿cómo quieres guisar bien?

Me desternillo de risa cuando lo veo ponerse el casacon *por si llaman al autor*, cuando por un plato mal compuesto se considera deshonrado *á los ojos de la Europa*, cuando le dirige aquel tierno *adios* á las cazuelas y fogones, *sus ensueños de gloria*, y en otros mil rasgos que ahora no recuerdo.

Novedad tambien, aunque de otro género, fué el fin de fiesta que se improvisó con el título de *Guángara tropical* para el beneficio del Sr. Grau.

No necesitábamos del adjetivo para saber que el hecho pasaba en los trópicos, porque ya el nombre por sí solo lo indica.

La palabra *guángara* quizas no esté ni en el diccionario de D. Estéban Pichardo, pero no hay duda que vale cualquier cosa para expresar la alegría bulliciosa y desordenada de ciertas gentes.

Nada hubiera tenido de notable la tal *guángara* si la Srta. Ramirez no se hubiera prestado á cantar en carácter la bonita y popularísima cancion "La Mulata."

Y hay que convenir en que no se podia hacer mejor. ¡Con qué gracia la cantó! Estuvo igualmente felicísima en la imitacion del aire, de la fisonomía, de los adornos del vestido y de la cabeza, de los movimientos, del modo de echarse fresco con el abanico, en fin, de todo.

Demostró en esa bagatela su buen talento artístico.

Lo cual no es mucho decir cuando sucede á cada paso, como lo hemos visto, que á cualquier artista por un quítame allá esas pajas se le llama un *genio*.

En nuestra época es muy fácil tener génio.

Por eso sin duda lo tienen tan malo los cocheros y los mozos de café.—*Genus irritabile.*

Pero era verdaderamente difícil imitar bien

ese tipo tan curioso y tan original que parece produccion exclusiva de la zona tórrida.

Con unos grados ménos del termómetro el tipo desaparece por sí mismo, se volatiliza, se evapora, ó por mejor decir, se congela.

Por eso mismo llama profundamente la atencion del que lo observa por vez primera; por eso mismo tiene tan marcados todos sus caractéres.

Punto de transicion entre dos razas,
Dos principios diversos la coloran:
El Cáucaso por suya la reclama
Como suya el desierto la pregona.

Que así se decia en una bella composicion escrita en Madrid con el objeto de hacerles comprender toda la originalidad del tipo á los que no lo hubieran visto.

Y aquí punto final, que me figuro que los lectores y yo nos vamos cansando. Con que *a rivederci.*

Atta Troll.

ANECDOTAS.

Berruguete, pintor famoso, entró una vez en el obrador de otro artista igualmente distinguido, y no hallándole y viendo un lienzo que representaba una hermosa dama, le pintó una mosca en la frente, y se marchó en seguida. Al volver á su casa el autor del cuadro notó la mosca, y tan natural estaba que comenzó á soplar para espantarla. Cuando echó de ver la burla comprendió desde luego que era Berruguete el que se la habia hecho; y buscando ocasion de entrar en su morada cuando estuviese ausente aquel, pintó en una tabla que halló á la entrada de su taller, un perro en actitud furiosa. Entrando al dia siguiente Berruguete vió aquella horrible figura, que tal parecia venírsele encima, y tomando precipitadamente una escoba que encontró á mano, comenzó á darle tremendos escobazos. Conoció entónces su error y admirando la habilidad de su compañero, fuese luego á verle y le abrazó prodigándole alabanzas.

EL HIJO DE LA TRISTEZA.

Cerca del torrente que murmura, estaba la Tristeza sentada y silenciosa; meditaba y su mano modelaba una figura de arcilla.

—¿Qué has hecho ahí, Diosa pensativa? le preguntó Júpiter.

—Nada mas que un simulacro, contestó ella; pero tú, señor, envíale un soplo de vida.

—¡Que viva y me pertenezca! exclamó el padre de los dioses.

—¡Oh, no, interrumpió la Diosa; déjamele!

Entónces llegó la Tierra, y dijo:—Ese sér me pertenece, porque ha salido de mi seno.

—Esperad, repuso Júpiter, hé aquí quien va á decidir nuestra contienda.

Era Saturno.—Que sea de todos vosotros—dijo el dios prudente y sabio—así lo quiere el destino. Tú, Júpiter, que le has dado la vida, recobrarás su alma despues que muera.

Tú, oh Tierra, tendrás su cuerpo; no tienes derecho á mas.

Pero tú, Tristeza, que eres su madre, le poseerás miéntras exista; nunca te abandonará, y se prolongarán sus sufrimientos hasta la tumba.

De esta manera fué constituido el hombre.

ADVERTENCIAS.

Habiendo llegado á nuestra noticia que algunos señores suscritores—noticiosos de la próxima partida de la directora del **ALBUM CUBANO**—expresan recelos de que puedan sufrir alteraciones la redaccion y reparto del periódico, nos apresuramos á asegurarles que la ausencia de la Sra. de Avellaneda—que será muy corta—no producirá el mas leve trastorno ni en la parte literaria ni en la administrativa de esta publicacion. Los trabajos quedan preparados por dicha Sra., y su direccion activa será la misma ausente que presente.

El Editor.

Siguen de venta en la librería de Charlain y en la Secretaría del Liceo, los poquísimos ejemplares que aun restan de las poesías de la Sra. Avellaneda, á $1 4 rs., así como las novelas ESPATOLINO á 5 rs., DOS MUJERES, á $1; y los dramas BALTAZAR á 6 rs., y TRES AMORES á 5 rs.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

LOS POBRES.

Oh! the cold and dreary winter!
oh! the dreary and cold winter!
oh! the anguish of the women!
oh! the famine of the children!

LONGFELLOW.

Gran dolor es que en un dia de invierno se os presente un pobre ciego, mal cubierto con desaseados harapos, temblando de frio, estenuado el cuerpo, teñido el rostro con lívida palidez, hundidas las mejillas, tardío en sus movimientos, inseguro en su andar, y que alargando tímidamente la mano os pida un pedazo de pan para satisfacer la imperiosa necesidad que le martiriza y que sus condiciones fisiológicas han anunciado á los ojos del observador!

En ese momento despierta en nosotros un sentimiento que no queria dormir, una sensacion que es la declaratoria de la excelencia del alma humana, una inclinacion que podria llamarse el alumbramiento de la bondad, el producto de la conmiseracion, la consecuencia del instinto. Aquel acento que reclama nuestros auxilios, no solo se ha dirigido á sacudir la cuerda sonora de la sensibilidad, sino que ha arrojado un poco de luz en nuestra mente; la súplica del abandonado de la fortuna viene siempre formulada por la filosofía natural y se reviste con los encantos conmovedores de la elocuencia no enseñada de la necesidad y de la afliccion.—Todos los pordioseros dicen la misma cosa: se sirven siempre de términos iguales; ninguno de ellos se detiene en pintar sus angustias, ninguno esplana su intencion: con enunciar la idea del hambre han hablado bastante.

—*Una limosna, hermano, á este pobre ciego, por amor de Dios!* es sin duda alguna la expresion con que mejor puede darse á entender la miseria y es el mas delicado pensamiento con que se puede hacer gala de los títulos que autorizan la demanda de un favor. No se pide mas que una cosa, es decir, lo ménos posible, y ¿qué es lo que se pide? Una limosna, lo que se da por caridad, por amor de nuestro Padre que está en los cielos, lo que se da para socorrer alguna necesidad; y ¿cuál es la razon que se invoca para que no se extrañe la peticion? Recordar el allegamiento de unos á otros, la fraternidad universal, llamar la atencion sobre la comunidad de un padre y de una madre, traer á la memoria la ley del Evangelio. No se dice:—*dad una limosna á un pobre*, sino que se usa del pronombre demostrativo, para indicar lo que se tiene presente, porque

la negativa con que se pudiera contestarle se haria mas dificil en este caso que si se tuviera que comunicar á una persona ausente. Todavía se hace la frase mas enérgica manifestando que el que está presente es pobre, menesteroso, que se encuentra necesitado, falto de lo preciso para sustentarse y esta consideracion hace nacer lógicamente la idea del hambre y se piensa en las exclamaciones de dolor que se oiran en su casa, si tiene familia, en los insalubres alojamientos en que vivirá y de suposicion en suposicion se llega al conocimiento de la verdad, que es lo que él desea. Pero el pobre que se os acerca no es solamente pobre, sino que es ciego y lo dice porque tiene la esperiencia de que muchos no reparan en esta calamidad y quisiera haceros comprender mejor su estado, definiéndolo en una palabra. Si le decis que no teneis que darle, proseguirá su camino, porque ¿qué otra cosa agregaria para conmover al que no se ha conmovido ya? Cuando se llamó ciego se comparó con aquel á quien se dirigia y dió á entender que él no podia apreciar en los objetos ni el tamaño ni la forma, ni su estado de reposo ni su estado de movimiento: estableció en su mente un paralelo con el hombre que ve y echó de ménos las incomparables ventajas del que abarca tantas cosas bajo el ángulo visual! Todavía le queda algo mas para concluir la súplica, le queda el complemento de la oracion, el último recurso de la elocuencia: *por amor de Dios!* No pone el caso en acusativo por que parece que sabe que los hombres no se aman mucho unos á otros ni tienen creencias arraigadas, y así indica que Dios pide por él, que Dios lo ama, que el que da al pobre, segun lo recuerda Victor Hugo, hace un préstamo al Señor de cielos y tierra.

Cuando se niega la limosna todos responden con la misma frase:—*perdone, hermano.* ¿Y qué significa esto? Que se reconoce tener contraida una deuda con el hombre que suplica y reclamamos su bondad por no haberla cumplido, que hemos faltado á nuestro deber y queremos que él sea mejor que nosotros perdonando á los culpables. Le despedimos y para consolarnos le devolvemos el dulce título que aumenta la gravedad de nuestra negativa.

Cuando el pordiosero recibe lo que le dais de lo superfluo responde simplemente: *Dios os lo pague, el Señor os dé salud,* dando á entender así que no es á él á quien habeis favorecido sino á aquel en cuyo nombre ha establecido la súplica y como si supiera que le ha servido de regocijo vuestra buena accion, encarga que os dé el mas apetecido de todos los bienes, la mejor de las riquezas, lo mas valioso, lo mas apreciable, la armonía de las funciones del organismo. Como la limosna es una deuda contraida con Dios, él la pagará y para eso derramará sobre vuestra cabeza el óleo y el vino de la salud.

Franco y sencillo el ciego indigente en la manifestacion del objeto que se propone, no mezcla accesorios extraños, no se vale de pomposas palabras, no insiste en su propósito; da á su gesto, á sus miradas, á sus movimientos un aire de humildad que conmueve, endulza su acento con tono patético, y cumple así sin saberlo con las leyes de la oratoria sublime. No se ha dirigido al pensamiento, sino al corazon, no quiere hacer pensar al que oye sino hacerlo que sienta, no se propuso ostentar galas de estilo y sin embargo se ha expresado en términos que encierran positivas bellezas literarias. Unidad en la proposicion, desenvolvimiento lógico de ideas, gradacion rigurosa en las pasiones que solicita despertar en los otros, recitacion elocuente, todo lo reduce á pocas voces, todo lo dice sin perturbar la atencion ajena.

Reflexionando un poco sobre esa gente desventurada que compone la gran mayoría de los habitadores de la tierra y echando una ojeada hácia el pequeño monton de afortunados que pudieran dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, no seria fuera de propósito pensar que conviene á la armonía del mundo moral esta divergencia en los destinos humanos. La quèja de los unos excita la dormida piedad de los otros y es materia juzgada que el engendro del amor

y la caridad ha de perfeccionar las sociedades y purificar la atmósfera de los sentimientos. El dia en que los pueblos comprendan la limosna, se acabarán los pordioseros y el trabajo subdividido se hará la ley de conservacion universal.

No entendais esta ley como desgraciadamente la entienden muchos, como una excusa del egoismo propio, como un recurso con que se cierra la puerta al mendigo, porque hay veces en el estado actual que el trabajo es una limosna, ni presumais que pueda defenderse la pereza personal, ni es argumento de importancia que haya explotadores de la piedad ajena. En el dia mejor del mundo siempre habrá pobres, porque el niño, el ciego, la viuda, el enfermo, no podrán caminar, ni ver, ni sustentarse, ni moverse, sin el auxilio de los demas. Cuando la ley del trabajo reparta por igual sus beneficios, ya la caridad habrá colocado sus piés desnudos sobre el polvo terrestre y en el apoyo recíproco habrá encontrado un sepulcro la miseria.

La hospitalidad no es sin embargo una novedad para los hombres, ni hay quien requiera la enseñanza de un instinto que hacia salir á Abraham en su trémula vejez al encuentro de los viajeros y que decidió á San Bruno á repartir sus riquezas entre los necesitados; un instinto que embellece la rudeza de las costumbres de los hijos del Oriente bajo las tiendas nómades y que es la mas encantadora demostracion del progreso de las naciones.

Desarrollado el interes, el siglo toma un aspecto de rigor y se hace poco caso del ser que sufre: cada cual procura echar léjos de sí toda idea desagradable, pocos van á buscar á los indigentes en sus hogares solitarios; la ambicion general asiste á los lugares en que haya compra y venta: el espíritu comercial es el que preside á las acciones de las masas, el materialismo reinante es el que pretende dirigir el gran movimiento de las ideas y por debajo de estas horcas caudinas es que tienen que pasar el amor y la caridad.

Muchos pueden ser pobres porque tal vez sean virtuosos y si á uno de estos negais la limosna ¿á quién habeis ofendido? ¿á quién habeis infamado? Habeis ofendido á la sociedad en que vivis estableciendo el descrédito de un sentimiento noble y os infamais á vos mismo echando sobre el alma el velo lóbrego de la crueldad. ¿Y si ese ciego que implora vuestra misericordia es un poeta, un héroe, un historiador? ¿si es Homero, Ossian, Milton, Belisario, Prescott?.... ¿si es un hermano en la literatura, en las ciencias, en la religion? Doble es el motivo en esta circunstancia para obligaros á hacer el favor y aquel á cuyos ojos no se escapa nada de lo que acontece aquí abajo, aquel de quien se dice que atiende á las evoluciones de los orbes en los campos del infinito y que regulariza la vida fugaz del insecto microscópico para el que es un mar profundo una gota de rocío, aquel que es el amor y la caridad segun la palabra del Santo, es el que debe tener en cuenta vuestro préstamo y el que en la hora del saldo tiene que pagar con usura.—¡Cuántos de esos nobles trabajadores del pensamiento han ido de puerta en puerta implorando la caridad pública y sin embargo no podria llamárseles perezosos, porque han empleado años enteros en la adquisicion de conocimientos que suelen producir recompensas mezquinas! ¡Cuántos genios superiores han tenido que proseguir su camino porque hallaron cerrado un palacio y tal vez echaron de ménos la tienda del nómade del desierto en que se detuvieron en un dia de viaje!—No seas tú, mujer de estas tierras hospitalarias, la que rechaces al que busca un pedazo de pan, la que despidas de tu casa al niño huérfano que tiembla de frio, la que esquives presentar tu brazo al anciano vacilante, la que no escuches la triste voz del que pide á sus hermanos una limosna por amor de Dios!

Juan Clemente Zenea.

EL POETA, EL ESCRITOR, LA LITERATURA ACTUAL.

Hé aquí, lector amigo, uno de los muchos capítulos de un libro mio, que probablemente no verá la luz pública hasta despues de mi muerte, por la sencilla razon de que no acabaré de escribirlo miéntras me dure la vida. Es una especie de depósito de mis pensamientos y opiniones, de mis muchos dolores y de mis cortísimas venturas, con lo cual dicho se está que es de una índole demasiado íntima para que me atreva á publicarlo, á lo ménos por entero, durante mi vida. Pero entremos en materia.

El verdadero poeta y el escritor de verdadera vocacion suelen cruzar á traves de su siglo, ó desconocidos ellos y sus trabajos ó conocidos éstos, y ellos malamente juzgados, no solo con relacion al mérito de sus escritos, sino en la parte referente á la suma de dicha ó de infelicidad que les cabe durante este azaroso tránsito que se llama vida.

De todas las humanas ambiciones, ninguna mas noble, ninguna mas digna de compasion que la de renombre literario. Nada hay en ella palpable. Esta no es una opinion hipotética: es una verdad, de las pocas que he podido adquirir en mi vida, al precio mas subido y amargo: la dolorosa esperiencia.

Si es lícito hablar de un ente tan pequeño como yo, cuando ha habido en la arena en que lealmente y segun mis escasas fuerzas he combatido, tantos y tan ilustres mártires, diré la historia de mis trabajos en dos palabras. Algunos han merecido del público una acogida favorable: uno que otro me ha dado lo que vulgarmente se llama reputacion literaria: ninguno me ha producido para vivir seis meses; y todos juntos no pueden compensar ni la centésima parte, no ya de los floridos años de la juventud gastados en su produccion, porque esto no tiene precio; sino de los sacrificios de toda especie hechos para la adquisicion de un fantasma, hermoso si se quiere: pero al cabo y al fin un fantasma.

El hombre de letras vive forzosamente en una abstraccion mas ó ménos completa; tal llega á ser en algunos, que hasta suelen olvidar todo aquel tiempo que la flaca naturaleza puede soportarlo, las necesidades mas imperiosas de la vida. Es cierto que la fama póstuma, la perpetuidad del nombre pueden compensarlo todo para un alma elevada; pero ¿quién está seguro de que tan alto privilegio le será concedido? ¿Cuántas grandes obras habrán sido arrastradas por las vicisitudes de los tiempos al eterno piélago del olvido? Cuántas medianías científicas y literarias han sobrenadado en el naufragio de los siglos, por el capricho de los hombres ó por el de la suerte? Poseemos la *Farsalia* de Lucano. La historia de Tito Livio ha llegado á nosotros mutilada por la impiedad ó la barbarie de los hombres ó de los hados.

¡Cuántos pensamientos en cuya concepcion se deleita el alma del verdadero poeta, pasan desapercibidos para el público mas escogido de nuestras mas cultas ciudades! ¡Las nobles y desinteresadas miras que los inspiran no son comprendidas: la verdad se toma por insulto: el entusiasmo, hijo del cielo se estrella en el helado indiferentismo de las almas vulgares, miéntras que los lugares comunes, las mezquinas ilusiones, los chistes groseros de prostituidos sicofantas ó de bastardos aduladores de corporaciones ó individuos excitan estruendosos aplausos!

Para los hombres de aquel genio á que tan pocos pueden aspirar, debe sin duda ser un insoportable martirio verse desdeñados de la sociedad en que viven, ó aunque aplaudidos, mirar sus obras ó su fama acopladas, por decirlo así, á los miserables artefactos ó usurpadas reputaciones de esos albañiles literarios, una de las mas deshonrosas y prolíficas plagas de nuestro anómalo siglo.

El hombre de verdadero talento que consagra su vida á los trabajos literarios, debe creerse superior á la gran masa popular. Sin

esta conciencia no escribiria. Su desaprobacion puede ajar su gloria; tal vez hasta impedir su nacimiento y desarrollo; jamas podrá llegar á rebajarle en su propia estimacion. En pié, rodeado de los escombros del hermoso templo que pensó levantar á la posteridad; firme el ademan y serena la frente, devuelve á sus contemporáneos ofensa por ofensa ¡desprecio por injusticia! Pero ¿es esta, por ventura, una existencia envidiable? Y cuando, acaso despues de mil naufragios luce para él el dia de la fama ¿puede compensar un momento, por mas brillante que sea, una vida entera de sacrificios y dolores? No. ¡Nada hay palpable en el renombre literario!

La creacion afortunada, la obra inmortal, el divino destello de la suma inteligencia, es una piedrezuela arrojada por la mano de un niño en el inmenso océano del tiempo. Separanse un punto las aguas; una leve agitacion riza un instante su superficie; pero pronto se cierra de nuevo el insaciable golfo, ¡y al rededor del hombre queda únicamente un debilísimo recuerdo! Acaso se extienda su impresion á otros pueblos, á otras edades; ¡pero durante la vida del poeta, la huella de su creacion se va gradualmente debilitando hasta quedar borrada del todo! Las bagatelas del dia, la mezquina política, las viles intrigas, las inmundas camaraderías, ocupan la lengua, llenan el pensamiento y hacen gemir las prensas de sus contemporáneos. ¡Infeliz del poeta que sobrevive á la edad de la produccion, porque se sobrevive á sí mismo! Si Voltaire en Francia, y Gœthe en Alemania, se libertaron de este anatema, no lo debieron precisamente sino á aquello que deshonró su genio: el primero á su escepticismo revolucionario: el segundo á su infecundo materialismo.

En nuestros dias, ayer puede decirse, hemos presenciado en nuestra España, una de esas ceremonias tan poco frecuentes en la historia de los pueblos modernos, y que han mantenido en siglos no muy lejanos, vivo el fuego sagrado de la verdadera poesía; hablamos de la coronacion de Quintana. Pero dejando á parte, por no ser, ni del caso ni de nuestro propósito, la mayor ó menor justicia de aquella elevada recompensa ¿se habria conferido al decano de nuestros escritores, si solo hubiese escrito sus elevadísimas Silvas á la América, al descubrimiento de la Vacuna, á la invencion de la imprenta y su patriótica tragedia de Pelayo? No, seguramente. Nosotros no hemos visto en aquella coronacion una consagracion literaria, sino una ceremonia política. Mas se hubo de pensar en el *Panteon del Escorial* que en *La invencion de la imprenta;* mas en las opiniones políticas del hombre, que en las elevadas dotes del escritor y del poeta. Si el credo político del venerable Quintana hubiese sido otro, es bien seguro que no hubiese sido coronado ni por aquellos hombres ni en aquellos dias.

¡Dichoso, mil veces dichoso el escritor, que, cualesquiera que sean sus personales amarguras, llega á alcanzar la verdadera popularidad! ¡Dichoso el que, como Beranger en Francia, llega á ser el eco de las costumbres ó de las glorias de su pueblo; ó como Bernardino de Saint-Pierre, en su *Pablo y Virginia*, ó Kschoke en sus *Páginas de un cura de aldea*, hacen brotar lágrimas de ternura y simpatía, narrando sencillamente la historia tan infinita como vária del corazon humano!

La literatura actual anda lastimosamente extraviada. Han pasado, es verdad, el ateismo impío y el infecundo materialismo que reinaron tan despóticamente en las obras de fines del pasado siglo; pero la reaccion hácia la fé y la moral verdaderas no es sino aparente. En nuestros dias se ha deificado el vicio; se ha hecho ó pretendido hacer heroismo el crímen. No parece sino que, gastado el corazon y la fantasía de la generacion actual, necesitaban de crímenes y horrores para interesarse, á semejanza de un hombre estragado por los excesos de la gula y cuyo paladar necesita de poderosos estimulantes para sentir algun sabor á los alimentos.

Nosotros, por desgracia ó fortuna encon-

tramos mas verdadera poesía, mas interes verdadero en el *Vicario de Wakefield*, de Goldsmith, que en todos los terribles dramas de estos tiempos; y es que la confianza en la divina Providencia no es ya solo una fuente de clarísimas virtudes, de pura felicidad y de heróica resignacion en los mas crueles contratiempos y dolores de nuestra humana vida; sino el mas fecundo é inmaculado manantial de suave poesía y delicadísima ternura. El libro por excelencia divino, el Evangelio, la buena nueva de la humanidad, está fundado sobre ella. De cada línea de aquel escrito celeste, brota entero, inagotable, inmenso, aquel océano de fé, esperanza y amor cuyo principio y fin están en el seno de Dios.

¡Cuántas veces, en medio del revuelto palenque de nuestra vida, rendidos á la fatiga y al dolor; airado el corazon con las pomposas indignidades del siglo, tan rico de pobrezas materiales; corroido con los amargos desengaños y bastardas ingratitudes de los hombres; secos ya en el alma los manantiales de la piedad y de la ternura; fluctuando en el mar de la duda y al borde de la desesperacion, una sola de sus sencillas sentencias ha devuelto á nuestro sér todas sus cualidades divinas, y con el bálsamo de las lágrimas, nos hemos sentido consolados, vigorizados, rejuvenecidos, regenerados! . . . .

Lector, si por ventura has llegado hasta aquí, perdóname. Bien sé que esto podrá no interesarte, sobre todo si admiras *La dama de las Camelias* y otras obras de este jaez; pero, ¿qué quieres? Me he dejado llevar á pesar mio de mis pensamientos y de mis afectos. Otra vez, acaso acierte á serte mas agradable ó ménos cansado. Hasta entónces, *vale et me ama.*

J. Heriberto García de Quevedo.

EDUCACION DE LA MUJER.

Si quereis moralizar la sociedad educad á las mujeres.

"Mme. Capmin á Napoleon 1."

Si reflexionamos que todos los hombres que han de regir algun dia los destinos de una nacion, en su infancia y sobre el seno de sus madres beben las máximas que van formando su corazon y su carácter; que una mujer que no comprende ni cumple sus verdaderos deberes no puede dar á sus hijos una educacion cristiana y moral; que para que una madre de familia pueda cumplir una obligacion tan trascendental como sagrada necesita de antemano haber enriquecido y fortalecido su espíritu, y que esto solo se consigue por medio de una educacion sólida, vendremos á confesar con tanto dolor como rubor, que casi todos los vicios, pasiones y crímenes que afligen y degradan á la sociedad, dimanan del lamentable descuido en que está todavía la educacion de la mujer, [á pesar de lo que se ha adelantado en ciertos ramos de la enseñanza] y del poco esmero que se pone en sofocar el gérmen del mal y fomentar las raices de la virtud en el corazon de la mas bella mitad de la especie humana.

Es tan sensible como vergonzoso pensar, que casi todas las mujeres que arrastran una existencia culpable y desgraciada, bien encaminadas desde su infancia por medio de una buena educacion, hubieran podido ser felices esposas, excelentes madres, y algunas tal vez gloria y orgullo de su sexo. Porque es preciso convenir, en que con buenas disposiciones nacen la mayor parte de los séres, y con instintos perversos los que ménos; pues la maldad innata solo la reconozco en muy escaso número de criaturas en cada siglo. La verdad de este aserto se veria tan infalible y clara como una operacion matemática,

si pudieran examinarse detenidamente las causas que han arrastrado á casi todos los culpables hasta el abismo del crímen. Entónces quedaria probado, que el abandono, los vicios, las desgracias, los malos ejemplos y el contacto de una sociedad poco morigerada, han depravado sus buenos sentimientos y pervertido su buen natural; desprendiéndose de esta triste verdad que guiando desde la infancia por la senda de la rectitud las inclinaciones de los niños, y afianzándolas sobre el cimiento de una buena educacion, alcanzaria la razon dominio y fortaleza para reprimir los malos instintos y vencer las pasiones innobles, lográndose que la virtud fuera el iman de los corazones, y que si el hombre por debilidad se separaba alguna vez del deber, volviera á él, lo mismo que por la fuerza de la atraccion el cuerpo que pierde momentáneamente el equilibrio, vuelve á buscar el punto de apoyo que le sostiene.

Está reconocido que los sentimientos mas bellos y las disposiciones mas felices descuidadas ó mal dirigidas desde la niñez, producen fatales consecuencias, al paso que unas medianas inclinaciones, por medio de una acertada direccion dan de sí los resultados mas satisfactorios; porque es sabido que las obras de la naturaleza son hasta cierto punto incompletas casi todas; y que si no las perfecciona el arte, nunca pueden ocupar dignamente el lugar á donde están llamadas. El trozo de mármol arrancado de la cantera seria eternamente una piedra tosca, si el hábil cincel del escultor no lo convirtiera en una bella estatua, en una obra portentosa del genio. El recluta recien ingresado en la caja, seria siempre un soldado visoño, si la ordenanza, el ejercicio y las amonestaciones de sus jefes no lo pusieran en situacion de ser un pundonoroso y valiente veterano. Y ¿dónde una estatua mas digna de ser primorosamente cincelada que la mujer, cuyo corazon desde que nace se va nutriendo con las máximas que bebe, se va formando al influjo de las impresiones que recibe y está siempre dispuesta á tomar la buena ó mala forma que quieran darle? ¿Dónde un adalid que tenga mas necesidad de ser preparado para el combate que ella, que tiene que estar siempre apercibida para la desigual y violenta lucha que sin cesar le presentan, los lazos que el mundo la tiende, las pasiones, las desgracias y los inesperados acontecimientos que contra ella se conjuren? De aquí la inmensa necesidad de perfeccionar la educacion de la mujer, como la base donde se ha de fundar el edificio de su felicidad ó su desgracia; de aquí la palpitante precision de estudiar desde los mas tiernos años los caractéres é inclinaciones de las jóvenes para combatir sus malos instintos y desarrollar en sus corazones todos los sentimientos y cualidades que constituyen la virtud y la bondad. Y ¿cuántas son las madres que se ocupan de tan importante trabajo? ¿Cuántos los padres de familia y hombres de gobierno que se esfuerzan en proporcionar á la mujer los elementos de una sólida y completa educacion siquiera miraran esto bajo el punto de vista del egoismo propio!

Sucede con frecuencia que una jóven que á los quince años sabe coser medianamente, recitar como un papagayo los preceptos que recuerda de la doctrina, retener los nombres de los autores por cuyos principios estudió, (y quizá no aprendió) la gramática y la aritmética, y que sabe bailar, charlar, bordar y hacer alarde de su coquetería y pretensiones, ántes acaso de los cuatro lustros se encuentra convertida en esposa, madre, y ama de su casa..... El tipo que acabo de bosquejar representa generalmente el complemento de lo que se llama *buena educacion*..... Y ¿cómo es posible que una jóven educada de ese modo cumpla con exactitud y fidelidad deberes cuya importancia ignora? ¿Cómo dará á sus hijos una direccion conveniente que ella no ha recibido, y que ni siquiera comprende su valor? ¿Cómo labrará la felicidad de su esposo y familia, si acerca de las obligaciones que con respecto al uno y á la otra tiene que cumplir, solo tiene ideas confusas, vacilantes, y quizá completamente contrarias á lo que debieran ser?

No podemos esperarlo todo de los senti-

mientos de esta mujer, porque por muy buenos que ellos sean, si no van unidos á la instruccion nunca serán elementos bastante sólidos para elevar sobre ellos el honroso y costosísimo edificio de moral, virtud y religion, que para la felicidad de sus hijos tiene obligacion de cimentar y concluir toda madre de familia. Para llevar á cabo tan alta y difícil mision, no basta, ni con mucho, que una mujer sea excesivamente buena, ó que rinda en el santuario de su corazon un edificante culto á la religion, ó que sea resignada y fuerte para sobrellevar los pesares y contratiempos de la vida, ó que haya adquirido una ilustracion tan bien aprovechada como prudente: no, porque estas cualidades aisladas, (aunque tenga cada una de por sí su valor) no pueden llenar sino una pequeña parte del corazon y el espíritu de la mujer que para cumplir con exactitud todos sus complicados deberes, tiene que ser á la vez, *bondadosa, virtuosa, fuerte, ilustrada y religiosa.*

Al elevar mi voz ahora, me propongo dos objetos: primero, recordar á los hombres que por su posicion están obligados á velar por la educacion y la suerte de la mujer, cosas que de puro *sabidas* deben estar ya ..... *olvidadas*: segundo, dejar probado que la buena ó mala educacion que se da á la juventud, es el cimiento de la dicha ó la desgracia de la familia en particular y de la sociedad en general; y por tanto, que de ella depende el engrandecimiento ó decadencia de las naciones. Tal es mi opinion, y la emito libremente sin que me arredre el temor de que se diga, tal vez, que mi edad é inesperencia no me autorizan para hablar tan alto, ni para presentar como verdades incontestables mis particulares convicciones. Con respecto al primero de estos cargos me limitaré á recordar, que no está en razon directa de la edad la esperiencia; y acerca del segundo.... me contentaré con llamar la atencion del público sobre el triste, funesto y palpitante cuadro que ofrece la sociedad.

María Verdejo y Duran.

(Introduccion del libro *Estrella de la Niñez*).

MAXIMAS PARA LAS ESPOSAS.

Una mujer debe hacer tanto por agradarle á su marido despues de casada como hacia por agradarle ántes.

Es muy difícil poseer virtudes tan grandes y tan nuevas que nos hagan amar por deber, sin tratar nosotros de hacernos amables.

Cuando entre dos esposos no queda mas que el lazo de la estimacion, está este lazo tan fácil de romperse que bien puede ya decírsele adios á las alegrías del matrimonio.

La franqueza que se deben los esposos no ha de llegar jamas hasta echarse en cara los defectos que la naturaleza puso en su persona.

Los esposos hasta en los momentos de la mayor intimidad deben conservar su pudor.

El pudor, ha dicho un sabio, es la mas bella flor de la corona de una mujer virtuosa.

Jamas de la boca de una mujer honesta debe salir una palabra que no sea decente aunque solo su marido la escuche.

Dios ha dado la mujer al hombre para ser la alegría y la dicha de la familia y ella debe aceptar esta mision con sumo agrado.

Una mujer será constantemente respetada de todos si se cubre con el manto del respeto de su marido.

Una mujer debe decir siempre la verdad á su marido, porque jamas se adquiere la confianza que una vez se perdió.

Los carácteres de las mujeres nunca son bien conocidos, porque no pueden darlo á conocer por acciones públicas como los hombres.

¿Cuál es la mujer realmente bella? La que lleva la prudencia delante, la virtud á su diestra, el amor en los ojos y la discrecion con un cetro sentada sobre su frente.

SECCION SEGUNDA.

A DIOS.

COMPOSICION INSPIRADA POR UNA BELLA INVOCACION DE LAMARTINE.

Tú, que le dices á la hojosa rama
—*Susurra:—Muge y gime,* al mar bravío:
—*Silba,* al rudo Aquilon:—*murmura,* al rio:
—*Suspira,* al aura y al torrente—*brama!*
Tú, que le das dulcísona garganta
Al pajarillo que saluda el dia,
Y le enseñas patética armonía
Al que en la noche sus amores canta!
Tú, que al alma tambien prestas acento
Que hasta tu trono remontarse anhela,
Y que mas alto tu poder revela
Que las voces del mar, torrente y viento:
De esa gran facultad, que tiene nombre
De *Gracia* allá, de donde ardiente emana;
De ese don celestial, luz sobrehumana,
Que *Genio* llama en su lenguaje el hombre;
Tú solo, solo tú, ¡Sér de los seres!
Sabes la esencia y los misterios sabes.....
De esa lira inmortal los sones graves
Solo pueden brotar cuando tú quieres.
Solo á tu voz el mundanal ruido
Se vuelve en ella armónico concento:
Solo á tu luz descubre el pensamiento
En cada eco fugaz hondo sentido.
Naturaleza en inefables sones
Tu nombre anuncia, tu bondad proclama,
Y esas bellezas, con que al genio inflama,
Son de tu amor benéficas lecciones.
El las entiende; su oblacion te envia
Con ígneas alas al dosel superno,
Y eso que llama el mundo *poesía*
Es de tu nombre ¡oh Dios! un eco eterno.

¿Mas dó hallar formas su entusiasmo santo?
¿Qué expresion digna de tan alto anhelo?
Para tal fuego la palabra es hielo;
Para tal melodía es rudo el canto.
¿Qué importa, empero, á la inspirada mente
De su idea encontrar débil sonido,
Si comprende el silencio aquel oido
Que halla en cada emocion himno elocuente?
¿Qué le importa á la lira, que desprende
Del alma un son, se entienda poco ó mucho,
Si ántes que ella lo exhale yo lo escucho;
Si ántes que yo lo escuche Dios lo entiende?

Oh autor del genio divino!
su destino
Solo es mostrar tu poder;
Que tú á este polvo que piensa
das la inmensa
Revelacion de tu Sér.

Soy un gusano del suelo
cuyo anhelo
Se alza á tu eterna beldad;
Soy una sombra que pasa.
mas se abrasa
Ardiendo en sed de verdad.

Soy hoja que el viento lleva
pero eleva
A tí un murmúrio de amor:
Soy una vida prestada
que en su nada
Tu infinito ama, Señor!

Soy un perenne deseo
y en ti veo
Mi objeto digno, inmortal.
Soy una inquieta esperanza
que en tí alcanza
Su complemento final.

Perdona si en mi error ciego,
con el fuego
De los bardos de Israel,
Osé encender torpe pira
y á la lira
Ceñir profano laurel.

Perdona si de tus dones
mis pasiones
Trocaron el alto fin,

Marchitando santas flores
con vapores
De este mundano festin.

Y si el incienso sagrado
destinado
Solo, mi Dios, á tu altar,
En aras de deidad vana
llegué insana
Alguna vez á quemar.

Perdona si los sonidos
despedidos
Del arpa del corazon,
Pidieron al vulgo necio
bajo precio
De su elevada ambicion:

Y si la ardiente armonía
que debia
Buscar su autor inmortal,
Lanzó el alma en su locura
por la impura
Atmósfera mundanal.

Borra, tú, borra de la mente mia,
De aquel delirio la tenaz memoria,
Y sea ya mi eterna poesía
El himno santo de tu eterna gloria.
Sea mi vida un acto reverente,
Un éxtasis de amor mi alto destino;
Y cada aliento de mi pecho ardiente
Un holocausto á tu poder divino.
¡Liras del alma, remontad las voces!
Llenad la tierra! fatigad los vientos!
Que surquen el espacio ecos veloces!
Que se hinchen las esferas de concentos!
De la noche entre sombras, entre albores
De alba, vuele vuestro aplauso eterno;
Vagando en los aromas de las flores,
Flotando con las nubes del invierno.
Zumbe en el huracan; ruja en el trueno;
Gire en las olas de la mar bravía;
Llene del universo el ancho seno;
Pase en su vuelo al luminar del dia!
No hay mas que Dios! Tu fuerza es ilusoria
Si te apartas de Dios, genio del hombre!
Tu nombre ensalza el preludiar su nombre;
Tu gloria existe en proclamar su gloria.
¡Y tú, que este anhelar del alma entiendes
Y en quien su alta ambicion reposo alcanza,
Hoy que en sublime fé mi pecho enciendes,
Alas presta de fuego á mi esperanza!
¡Pueda tus huellas adorar de hinojos
La orla besando de tu régio manto;
Y un rayo hiera de tu luz mis ojos;
Y un soplo aspire de tu aliento santo!

G. G. de Avellaneda.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

SEMIRAMIS.

(Extracto de la biografía de esta gran princesa, escrita por D. Julian Saiz Milanés.)

I.

Varron, uno de los ingenios romanos en el siglo de Augusto, se dedicó á examinar todos los monumentos que la antigüedad presentaba á la historia; mas despues de sus grandes estudios é investigaciones dijo:

—Que desde el principio del mundo hasta el diluvio, todo estaba cubierto con el velo de la ignorancia: que desde el principio de Noé hasta la Olimpíada primera todo se encontraba desfigurado y confundido por los fabulistas; y que solo unos veinte y tres años despues de la fundacion de Roma vino el tiempo de la historia.

Probado con el parecer de un historiador tan antiguo y acreditado como Varron que la primera época,—esto es, desde la creacion del mundo hasta el diluvio—no dejó mas que sombras, resta únicamente considerar el extravío de la razon en la segunda época, confundida por la fábula, para convencerse de que cuanto se ha escrito de la vida privada de Semíramis es una pura invencion.

Y no puede ménos de suceder así, pues en mas de cuarenta siglos que van transcurridos, la razon natural induce á creer que apénas la vida pública de esta mujer grande ha podido lle-

gar, mas ó ménos alterada por la tradicion hasta la época gloriosa de la historia, que al fin consignó en sus páginas la memoria de esta reina célebre..... la primera que mandó en el mundo.

El describir, pues, los hechos de la vida privada de Semíramis es tan imposible como contar las estrellas del cielo; pero puede ofrecerse, sin embargo, una ligera idea de su vida pública; de la grandiosidad de sus acciones.

Por la muerte de Nembrot ó Nemrod, fundador del imperio Caldeo—el mas antiguo de todos segun la universal creencia—fué exaltado al trono de Babilonia su hijo Nino, marido ya de la ilustre Semíramis. Ambos consortes deseaban con ánsia la guerra, porque se habian aficionado á las conquistas bajo los estandartes de su padre. Formaron, pues, un ejército, y puestos á su cabeza arrollaron todo lo que se les puso por delante, extendiendo los límites de sus estados hasta el rio Indo.

La Asiria fué su primera conquista.—Asur, nieto de Noé, habia dado su nombre á esta region.—Arrojado por Nembrot de Babilonia, se habia establecido al otro lado del rio Tígris, edificando en su orilla oriental una hermosa ciudad que se llamó despues *Ninive la bella;* pero cuando descansaba tranquilo, fiado en que un rio tan caudaloso le servia de muralla contra los proyectos ambiciosos de los babilonios, hé aquí que Nino descubrió el secreto de pasar sobre las aguas, cercando con sus tropas á Nínive y haciéndose tambien dueño de ella.—La situacion de esta ciudad que sobresalia en grandeza y hermosura á todas las demas, determinaron al rey babilonio á constituirla capital de sus estados y centro del imperio. A tal punto la engrandeció que muchos historiadores le tuvieron por su fundador, sin duda tambien por la conexion de su nombre con el de la ciudad.

No faltán historiadores que digan, con visos de fundamento, que Semíramis, compadecida vivamente de la suerte de su prisionero Asur, llegó á concebir tan furiósa pasion por aquel príncipe, que abrevió la vida de su esposo para entregarse libremente á los desórdenes de tan culpable amor.

Sea de ello lo que fuere, apénas la muerte de Nino le permitió empuñar las riendas del gobierno, supo mostrar tan grandes cualidades de monarca que se granjeó á poco tiempo el cariño y respeto de sus súbditos.

Justino dice que, muerto el rey, se vistió de hombre Semíramis y fingió ser el hijo de Nino, pero este aserto carece de verosimilitud; pues ni era posible, siendo tan conocida la reina, que pudiera sostenerse semejante artificio, ni lo necesitaba para gobernar durante la menor edad de Ninias.

Lo que hay de cierto es que juntando aquella gran mujer un poderoso ejército á cuyo frente se puso, conquistó en pocos años la Persia, el Egipto, la Libia, llevando su gloria hasta mas allá del Indo y del Nilo.

Ajustando luego una paz honrosa, en la que quedaron señalados los límites de su vasto imperio, se restituyó á Nínive á reposar sobre sus laureles.

No fué, empero, muy larga su inaccion, pues determinando fijar su corte en Babilonia, ciudad que vió nacer su grandeza, se trasladó á ella y emprendió para embellecerla trabajos tan atrevidos que fueron la admiracion de los futuros siglos.—La magnificencia de sus jardines, suspendidos en el aire por medio de arcos que los sostenian, los soberbios salones de su vasto palacio, la nueva muralla de que rodeó á la ciudad, y las anchas calles en línea recta, inmortalizaron á esta mujer célebre hasta el punto de haber permanecido su nombre en las generaciones siguientes mas que sus obras, pues, aun cuando estas no existen ya, sabemos que fueron de Semíramis.

La muerte temprana de esta heroina se atribuye á la ambicion desmesurada de su hijo, el afeminado Ninias, que valiéndose de manejos secretos hizo que en un festin envenenasen á su madre con el zumo de yerbas. Bien caro le costó despues el parricidio, porque los caudillos fronterizos, muerta Semíramis que les imponia respeto, invadieron el imperio quitándole sus mejores provincias y haciéndole sufrir por último el yugo pesado de los vencedores.

Los babilonios, acordándose de la felicidad y grandeza á que los habia elevado Semíramis miéntras reinó, y siempre con su nombre en los labios, la erigieron estatuas adorándola como diosa.

AL LUCERO DE LA TARDE.

Viajero celeste, lucero divino,
Que vienes las huellas buscando del sol,
¿No sabes si tienen un mismo destino
Mi amante esperanza, tu blando arrrebol?

¡Ay! siempre que miro tu rayo de oro
Me asalta la imágen del bien que perdí;
La dulce memoria del ángel que adoro
Bañada á tu lumbre despiértase en mí.

Te he visto asomando la pálida frente
Del bosque en los pinos, temblante de amor,
Cual cándida vírgen que busca doliente
La sombra furtiva de ingrato amador:

Te he visto en los valles la vuelta al aprisco
Del tardo rebaño salir á guiar,
Al náufrago dando consuelo en su risco
Y antorcha á las velas perdidas del mar:

Y he visto en las noches serenas de Mayo
Cantar los amantes tu llama al surgir,
Rientes los niños queriendo á tu rayo
Cuál ángeles puros las alas abrir:

Y siempre á mis ojos y solo ¡ay! á ellos
De lágrimas diste copioso raudal,
En mi alma evocando tus blancos destellos
La imágen de un sueño que huyó por mi mal!

¿Quién pudo contarte, nocturno viandante,
La historia de llanto que al mundo escondí?
¿La lámpara fuiste del lúgubre instante?
¿Guardaste, tú acaso, los ayes que dí?

¡Ah, no! que á esa hora tu luz argentina
Lanzabas por otra lejana region:
El alba en la cumbre del alta colina
Tendiendo venia su rósco crespon:

Su voz, solitaria, la alondra á esa hora
Gemir en el bosque dejaba fugaz,
A el alma enseñando tal vez, precursora,
La voz de los tristes sin dicha ni paz:

Al hora en que se abren las flores hermosas,
En que alzan las aves su amante rumor,
De su alba mejilla murieron las rosas,
Cesó para siempre la voz de mi amor:

Al hora en que el cisne despierta en el lago,
Mi blanca paloma dormida cayó:
Al hora en que es todo ventura y halago,
Tinieblas mi alma y horror solo vió.

¿Por qué, pues, en lloro mi triste semblante
Se baña al mirarte luciente venir?
Yo, sér de la tierra, tú, etéreo habitante,
¿Qué puede la suerte de entrámbos unir?

¡Ay! es que cual sigues al sol en tu altura,
Yo en pos de una sombra camino tambien,
Que al par nos espera la misma ventura,
Que es sueño tu anhelo y es sueño mi bien.

Mas vierte sin tregua tu luz á mis ojos,
El llanto es rocío que á el alma da paz;
Yo olvido á tu lampo los crudos enojos,
La mísera insidia del mundo falaz.

Viajero celeste, lucero divino
Que buscas en vano las huellas del sol,
¡Ay! sabe que tienen un mismo destino
Mi amante esperanza, tu blando arrebol.

José Antonio Calcaño.

Caracas, Febrero 3 de 1850.

LA DEUDA MAS OLVIDADA.

Pocos años ha que vivia en Madrid un pobre castellano viejo, que siendo aun mozo y con regular salud, carecia del bien que mas general y seguramente disfrutan los pobres, un sueño tranquilo.

D. Alfonso Zamora dormia siempre mal: tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le atormentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenia deudas Alfonso, le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguia en términos de no permitirle reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debia,

era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. "¡Cuán feliz seré (decia á cada paso) desde el instante que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!"

No eran muchas ni grandes las que desvelaban á D. Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida es un privilegio que solamente disfrutan los ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razon que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de dia para cumplir sus obligaciones, y acongojábase entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenian de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad y debilidad de carácter. Esta última resume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgráciado.

Padeció Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser ménos que algunos camaradas suyos, mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, trabajando poco y dando lugar, con su excesivo encogimiento, á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era pues D. Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace bígamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede, y éste para manifestar que necesita.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora; pero eran tales que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastin, un pastor, y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan mas ó ménos para el mastin; para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen con el nombre de incompletas, á falta de otro mas expresivo, el pretendiente que se contenta con ménos (y regularmente suele ser el que ménos vale) se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas á tiempo que Alfonso, recien emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir: la dotacion de la escuela, ademas de la mesa, se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres fanegas, y el maestro mas exigente fué pospuesto al mas comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues de haber hecho dos males con tan infeliz competencia, uno al maestro, y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce abriles llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde y aun agria, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos; y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano; y la madre, omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas era el caso que maestro Alfonso, el cual enseñaba á escribir á la montañesa Heloisa, habia dado en mirar, con mas curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imágen, habia pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba

en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba no con ménos cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponian; cogieron las vueltas á la viuda, pues aunque nada lerda no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fé eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera el desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro dia de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba muy niña para contraer matrimonio, salia la infeliz muy temprano del pueblo, encendidos los ojos, las mejillas cárdenas, despeinado el cabello y con merma. Un deudo cercano la llevaba á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el zarandeado Matusalen, y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyugo, mujer en efecto la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda en vísperas de desenviudar habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo en efecto que fugarse de allí con grave riesgo de su persona; sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron afectuosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto, mas con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con formal promesa á no volver á tocarla ni en un cabello, á no ser que se rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosita era hermosa, y excelente criatura, tenia un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si éste se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecia, húbole de oir su ordinaria exclamacion "¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!" y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que mas debiéramos esperar y que ménos prevenidos nos halla, la de la muerte.

No fué sin embargo, la sorpresa tan repentina que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia, y sin escrúpulo de conciencia dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y he aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable Sr. D. Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas, pero no todos, y el opulento Sr. D. Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al dia siguiente y pagó á los acreedo-

res que le quedaban. "¡Esta noche sí que duermo como una estatua!" dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto. "Ya no debo nada á nadie, por fin."

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

"Ya lo entiendo," exclamó al levantarse. "Debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé donde pára, y me es fácil favorecerle."

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que ántes.

"Pero, señor, se preguntaba incesantemente, ¿qué me falta pagar aun? ¿Qué debo yo?

"¡Ah! sí: un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras."

"Le concederé hasta donde mi renta me lo permita."

"Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil ó imbécil."

"Trabajaré para mi pais en mejorar su sistema de agricultura."

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: "Algo me falta que pagar, algo debo: ¿qué es?"

Pensó en Rosa por último.

"Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le escribí. Voy á escribir de nuevo."

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malísimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó várias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor, consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que habia recibido de él, y á la cual aun no habia correspondido volviéndole otra.

"Esta es la deuda que me faltaba satisfacer, prorumpió colérico; hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche."

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

"¿Qué deberé yo todavía?"

"Soy rico y soltero: ¿deberé casarme?"

"Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada."

Madrugó Alfonso al otro dia para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habian tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer, señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita que se quedó parada por un momento, como dudando si entraria en el templo ó si retrocederia; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era en efecto, la misma Rosa, con ménos frescura de tez que ántes, pero con mas gracia en sus facciones y movimientos, convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra corte.

—¡Rosa!

—¡Alfonso!

—¿Cuándo ha venido V. á Madrid?

—Hace mas de tres años.

—No la he visto á V. nunca.

—Yo á V. sí, várias veces.

—Y ¿no ha querido V. hablar á su antiguo maestro?

—El maestro ni siquiera miraba á su alumna.

—¿Y madre?

—Enviudó otra vez y vino á establecerse en Madrid.

—Y V., Rosa, ¿está ya establecida?

—Hice una promesa en mi pueblo, y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

—¡Rosa! ¡Rosa! V. será mia: yo no he podido amar sino á V.; V. sin duda no ha recibido mis cartas.

—Ahora sé que V. me haya escrito.

—Es preciso que sepa yo si su madre de V.

las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda, para que descanse tranquilo. No sabe V., Rosa, con qué desasosiego vive el que fué su maestro de V. y tambien su primer amante, su primer amor.

—Primero sin segundo, Sr. D. Alfonso.

—¿Es verdad, Rosa de mi vida? ¿Es posible?

—Mi madre podrá informar á V. mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los mas ricos hacendados de mi país.

—Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, criados, caballos, aduladores, envidiosos y reputacion de talento, porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

—¿Qué le desvela á V.?

—Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita; me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas he contraido, y á pesar de eso no hay noche que no sienta junto á mis oidos una voz que no cesa de repetirme: "Tú debes y no pagas, aun debes y no pagas, Alfonso." Rosa, Rosa mia, dígnese V. aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue: "¿Qué debo ya?"

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y, acentuadas con singular y casi divina expresion, fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: "Alfonso, ¿ha pagado V. lo que debe á Dios?"

Inclinó Alfonso la cabeza cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

¡Ah! prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la campana de la iglesia dejó oir el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno y dijo á Rosa con acento agitado: "Entremos, Rosa, entremos; guieme V."

A la misma hora ocho dias despues el velo de los desposados envolvia en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho nupcial escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiracion de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro se apagó la respiracion, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

¡Alfonso! dijo en voz amorosa y baja.

¡Alfonso! repitió ya sobresaltada echándose fuera del lecho.

¡Alfonso! gritó fuera de sí de espanto.

El dormido no respondia.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido: pagada su última deuda, el sueño mas feliz habia cerrado sus párpados, el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

Bienaventuradas las vigilias que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

J. E. Hartzenbusch.

¡UN AÑO!

¡Un año ya, Dios mio!
roto de nuestro amor el lazo estrecho
y aun al verla, con loco desvarío
se quiere el corazon saltar del pecho?
¡Ay, pobre corazon enamorado
fué su juguete hallándole flamante,
y al verlo estropeado
lo apartó con el pié, siguió adelante,
y él todavía llora
por la ingrata mujer en quien adora,
porque del mundo en la confusa gresca
no sabe el corazon lo que se pesca!
¡Pobre de mí! ¡pensé que el desengaño
al matar mi ilusion me mataria,
pero á la muerte y al placer extraño
ví resbalar un dia y otro dia
muriendo de dolor, viviendo un año!
Y me tiene por Dios de asombro lleno
(esto es, muy asombrado,)
que hallándome del alma desahuciado
me encuentre de salud bastante bueno.

¡Ay, humana miseria!
¿quién ha de ver con calma
que aunque es tan bella y tan sublime el alma
domina sobre el alma la materia?
Y á fé que esto es un hecho:
un enfermo del pecho
si encuentra una muchacha que lo quiere
es feliz, muy feliz..... pero se muere.
Y otro de complexion mejor templado
si la esperanza de su amor se trunca
vivirá como nunca desgraciado;
pero vivirá sano como nunca.
Si bien es caso cierto
que sufre el vivo mas que sufrió el muerto,
pues no hay dolor que compararse pueda
al que tras del amor al alma queda.
Y pues causó el amor mis padeceres
hago una exposicion á las mujeres:
"Doleos de mi llanto
y puesto que olvidais tan presto y tanto,
si tengo entre vosotras una amiga
en caridad le pido,
que se acerque y me diga
en dónde está la fuente del olvido."

Narciso Serra.

Madrid: 1858.

LA HERMANA DE VELAZQUEZ.

(Continuacion del capítulo IX.)

La atónita jóven desdobló el papel y leyó lo siguiente:

"D. Diego Velazquez de Silva os engaña diciéndoos que es vuestro hermano: vos sois sola en el mundo, y vuestro raptor os hizo creer que os unian á él los lazos de la sangre para sustraeros á las miradas de todos los hombres, á fin de evitar que amando á alguno os ofreciese su mano y le privara del tesoro que tiene en vos. Sí, pobre niña, sois el orígen de su gloria, pues harto sabeis que os toma para modelo de sus celebradas vírgenes, si bien para disimularlo cambia en sus pinturas el color de vuestros ojos y de vuestros cabellos y os oculta á la vista de todos."

"Empero, vos podeis libertaros fácilmente de la esclavitud en que os tiene el odioso egoismo de Velazquez: el rey Felipe IV os ama; recurrid á él cuando vaya á visitaros, y conseguireis de su cariño la proteccion que necesitais."

"No temais por Velazquez: está casado con una dama noble y hermosa á quien ama mucho, y de la cual tiene una hija."

La carta no tenia firma.

—Qué extraño es esto! murmuró Estrella devolviendo la carta á la flamenca.

Esta no respondió: apoyó en el marco de la ventana la cabeza que tenia doblada sobre el pecho.

—Vamos, D.ª Ana, continuó Estrella tomando una de sus manos; vamos, no os abatais asi, puesto que segun esa carta debe venir el rey á veros; hacedle ver la villanía de Velazquez, y él os amparará.

—¡Acusar yo á Diego!..... exclamó D.ª Ana con vehemencia: ¡yo, que daria mi vida por volverle á ver una sola vez!.....

—¡Cómo! ¿le amais?

—¡Que si le amo! repitió la jóven: y ante el pensamiento de su cariño pareció fundirse su dolor en un delicioso arrobamiento que se significó instantáneamente con una sonrisa de dicha: ¡que si le amo! repitió cruzando las manos y con un acento impregnado de dulzura infinita: le amo tanto que solo temo dejar la vida porque la muerte me privará de verle. ¿No me veis? continuó con una exaltacion que hizo colorear sus mejillas: ¿no me veis pálida y casi moribunda? pues bien, lo que aniquila mi vida, lo que me mata, es ese amor que ardia en el fondo de mi corazon sin que yo misma lo sospechase, miéntras que creia que era Velazquez mi hermano y no sospechaba que otra le podia dar titulo mas dulce.

—Pero, segun veis por esa carta D. Diego es casado, dijo la sirvienta.

—Ah! exclamó Ana con un penetrante gemido de dolor: ¡es verdad..... es casado..... y no me ama!

La desventurada vaciló como el tierno arbolillo que hiere el hacha del leñador; cerró los ojos y cayó hácia adelante, yendo á descansar en los brazos de Estrella.

Entónces se abrió una puertecilla disimula-

da en los tapices, y apareció en èl umbral la sombría figura del Conde-duque.

—¡Por piedad, señor! exclamó Estrella que sostenia á la jóven rendida á un desmayo mortal.—¡Por piedad! libradme del cargo de guardar á esta desdichada!..... ¡no quiero, no puedo verla morir!

—Vos podreis todo cuanto yo os mande, contestó friamente el favorito, puesto que solo de esto depende el que conceda la libertad á vuestro amante.

Diciendo esto, ayudó á la jóven á que colocase en el lecho el inanimado cuerpo de Ana, á cuya nariz aplicó un pomito de sales.

—Decididamente, murmuró luego al salir de la estancia; decididamente hoy tiene que verla el rey porque mañana puede morir, y no sé que extraño presentimiento me avisa que su muerte seria hoy la señal de mi ruina.

X.

El retrato de la Reina.

En el momento en que el de Olivares salia de la estancia de Ana, Diego Velazquez entraba en la cámara del rey.

Un instante despues entró tambien en ella el favorito sin precederle anuncio, segun su costumbre.

Felipe IV clavó en su rostro una mirada de ansiosa interrogacion, que fué contestada con una sonrisa llena de promesas.

Velazquez, pálido, enflaquecido, sombrío, se apoyaba maquinalmente en el respaldo de un sillon; sus ojos hundidos por tres dias de desesperacion y tres noches de insomnio, miraban vagamente á un objeto impalpable: sus mejillas socavadas, el desórden de sus cabellos, y su barba, que empezaba á brotar en su tez morena y pálida, acababan de darle un aspecto huraño, violento y doloroso.

Al ver entrar al Conde-duque sus grandes ojos adquirieron fijeza y se clavaron chispeantes de furor en el rostro del favorito.

El rey, que se habia conmovido hondamente al notar el aspecto de Velazquez, sintió que la ira dominaba su enternecimiento al descubrir la rabia que trastornaba el semblante del pintor.

En cuanto al de Olivares sostuvo friamente la iracunda mirada de Velazquez.

—Señor, dijo éste dirigiéndose á Felipe IV, vengo á pedir á V. M. que me devuelva una hermana que tenia, y que me ha sido robada.

Aturdido el rey, por tan violento exordio, se volvió á mirar á su privado.

—Esa mirada, continuó Velazquez con voz mas concentrada y sorda; esa mirada me dice, señor, que el ladron de Ana es el Conde-duque.

Y con el rostro trastornado puso la mano en el puño de su espada, y avanzó dos pasos hácia el de Olivares.

—¡Velazquez, tú estás loco!..... exclamó el rey, asombrado de tanta audacia, pero al mismo tiempo hondamente conmovido por tan intenso dolor.

—Tengo aun toda mi razon, contestó el pintor de cámara, separando su mano de la empuñadura de su espada: pero aseguro á V. M. que la perderé, si ese hombre continúa en mi presencia.

Calló Velazquez esperando que Felipe IV mandase salir al Conde-duque: mas el débil monarca no se atrevió á formular una órden á cuya sola indicacion habia visto encenderse como dos áscuas los ojos del que debia cumplirla.

Una sonrisa de desden plegó los delgados y astutos labios de D. Gaspar de Guzman y Pimentel.

—S. M., dijo acentuando lentamente sus palabras, su magestad parece que no tiene dificultad en que yo oiga que demandais á vuestra querida.

—¡Mentís como un villano! gritó el pintor de cámara rojo de cólera: y sacándose un guante que hizo pedazos en su rabiosa apresuracion, le arrojó al rostro del privado. ¡Ea! continuó con voz sorda, salid, señor conde-duque de Olivares!..... ¡salid!

El privado se dirigió lentamente á la mesa de escribir del rey, y agitó la campanilla de oro que se veia sobre ella.

—¡El capitan de guardias de S. M. el rey! dijo con una calma glacial al ugier que se presentó.

—¡Sois un infame, señor conde-duque de Olivares! pronunciaba D. Diego, al mismo tiempo que entraba el capitan de guardias.

—De órden del rey, dijo el favorito sin mirar siquiera al monarca, de órden del rey arrestad á D. Diego Velazquez de Silva.

El capitan se acercó á Velazquez, y esperó

la espada que este retuvo con mano trémula de furor.

En aquel momento se descorrió estrepitosamente el tapiz de terciopelo que cubria una puerta situada á espaldas del rey, mudo de asombro durante aquella escena.

—¡S. M. la Reina! anunció un ugier de toda gala.

E Isabel de Borbon, vestida con un largo traje de ceremonia, apareció en el umbral.

—¡Ejecutad las órdenes de S. M.! gritó imperiosamente de nuevo D. Gaspar, dirigiéndose al capitan de guardias al mismo tiempo que echaba una mirada recelosa sobre la reina.

Isabel le contestó con otra de desprecio.

—Vengo, señor, dijo en seguida dirigiéndose al rey, vengo á buscar á D. Diego para que concluya hoy el retrato mio que hace dias empezó, porque nuestra hija María Teresa le desea para su cámara.

Un rayo de alegría iluminó las abatidas facciones del noble artista, al mismo tiempo que el rostro del favorito aparecia trastornado por el despecho.

Felipe IV miró vacilante al favorito y á la reina: el trance se iba haciendo cada vez mas embarazoso.

De súbito se oyó un gran rumor de pasos, y un instante despues anunció un paje.

—¡Su señoría el embajador de Flandes!

Levantóse Felipe para recibir al que, para él, representaba á la infanta su tia, y muy contento interiormente de que su presencia le evitase la explosion de la tormenta que hacia media hora bramaba en su derredor.

El Conde-duque salió al encuentro de Rubens maldiciendo en aquella ocasion la etiqueta, y la reina dejó asomar á su linda boca una sonrisa de orgulloso triunfo.

—Señor embajador, dijo dirigiéndose á Pedro Pablo: nuestro pintor de cámara os convida por mi boca á que visiteis mañana su taller, donde estará expuesto mi retrato que ahora mismo va á concluir.

Inclinóse Rubens profundamente, besando la blanca mano de la reina, en tanto que ésta le miraba asombrada de la palidez y decaimiento de sus facciones.

Sin duda el rey de la pintura estaba devorado tambien por algun secreto é intenso pesar.

Cuando Pedro Pablo levantó la cabeza, Isabel presentó su mano á Velazquez que, despues de inclinarse delante del rey y del embajador, volvió la espalda al favorito, y salió con la reina.

XI.

El taller.

Confusos y afanados andaban los discípulos de Velazquez: era el dia en que Rubens debia ir á visitar el taller del maestro.

Los pobres muchachos habian ido llegando de Madrid en los tres dias que hacia se encontraba Velazquez en el Escorial, porque su amor al arte era tan grande y admiraban tanto á su maestro, que no habian escaseado ruegos para que sus familias les permitiesen continuar las lecciones en el real sitio.

En el dia á que nos referimos, tercero de la estancia en el Escorial de Velazquez, los discípulos andaban asaz preocupados quitando el polvo minuciosamente á los caballetes, colocándolos en hileras segun su tamaño con una igualdad escrupulosa, y poniendo en órden cada uno de esos mil objetos que se ven en la habitacion de un pintor.

—¡Qué falta nos hace Juan! dijo un hermoso muchacho de tez morena y negros ojos pasando con una paleta cargada de colores.

—En verdad que sí, contestó otro de tez blanca y ojos azules como un ingles: desde que él ha desaparecido me aburro. ¡Oh! si él estuviera aquí ya lo tendriamos todo arreglado desde hace largo rato.

—¡Pobre Juan! cuántas veces me ha pesado lo mucho que le hacia rabiar! dijo otro con aire triste: de seguro que se ha ido porque le haciamos perder la paciencia.

—Yo, añadió un cuarto, fuí ayer á nuestro estudio de Madrid, y tomé del caramanchon algunas cosas que él cuidaba con esmero.

—¿Para qué?

—Porque quiero tener algun recuerdo del pobre mulato, que tan bueno era á pesar del cruel martirio que le haciamos pasar con nuestras burlas: mirad ese gran lienzo enrollado que hay en aquel rincon junto al caballete del maestro; es uno de los objetos que él guardaba con mas cuidado.

—Veámosle.

—¿Qué hemos de ver? ese lienzo estará en blanco: quizas el pobre Juan queria que le sir-

viese para formar letras..... ¡tenía tanto empeño de aprender por sí solo á escribir!

—¡Callad! dijo de repente uno de los discípulos: ¡callad!..... ¡creo que oigo pasos!

—A tí no te deja resollar el miedo de que vengan..... y al fin han de venir.

—Ya lo sé.

—Pues si lo sabes, ¿por qué tiemblas?

—¿Yo tiemblo?

—Tú.

—Pues en verdad que no lo habia notado. Te confesaré sí, que me espanta ver á Rubens mucho mas que ver al rey.

—¡Lo creo! otro tanto me sucede á mí.

—¡Y á mí!

—¡Y á mí!

—Pero mirad: ¡ahora sí que vienen!.....

En efecto un gran rumor de pasos y de confusas voces anunció á los jóvenes la llegada de los dos reyes: el de España, y el de la pintura; y un instante despues aparecieron ambos en el umbral seguidos de un gran número de cortesanos.

Los pobres muchachos quedaron pegados á la pared, sin atreverse á levantar los ojos ni á respirar apénas.

Felipe IV se apoyó familiarmente en el brazo de Rubens, y ámbos seguidos de su lucido acompañamiento, empezaron á dar vuelta al taller.

—¿Cómo va de trabajos, hijos mios? preguntó Rubens con su noble y digna bondad, dirigiéndose al grupo de los aturdidos discípulos.

—Bastante... bastante bien... señor... contestaron vacilando dos ó tres.

—Yo desearia ver vuestras obras, sí: tendré sumo placer en verlas si es que Velazquez me lo permite.

—¡Ay Dios mio! murmuró á media voz el mas jóven de los discípulos; ¡qué desgracia que no esté el maestro!

—¿Me permite V. M., dijo Rubens dirigiéndose á Felipe IV, que le mande llamar?

—Con mucho gusto, contestó el rey saliendo de la preocupacion dolorosa en que le tenia sumergido el recuerdo de lo ocurrido en su cámara. ¡Hola! continuó dirigiéndose á un paje, ¡id á buscar á D. Diego Velazquez.

—Aquí estoy, señor, dijo el artista apareciendo en el umbral de la puerta de entrada, al mismo tiempo que el Conde-duque penetraba en el taller por la puertecilla que comunicaba con la cámara real.

—Venid acá, Velazquez, dijo el embajador en tanto que el rey, obedeciendo á una seña del Conde-duque se acercaba á este último.

—Deseo, continuó Rubens, ver las obras de estos jóvenes.

—¡Oh señor! exclamó el pintor de cámara con efusion, creed que agradezco con el alma el generoso interes que mis discípulos os inspiran.

—D. Juan, continuó dirigiéndose á un gallardo mancebo que apénas contaria diez y seis años, y que por lo elegante y esmerado de su traje patentizaba que pertenecia á la mas elevada nobleza. D. Juan, traed vuestro caballete ante su señoría.

El gallardo niño iba á obedecer con el rostro radiante de júbilo, pero le detuvo un ademan de Rubens.

—Yo iré pasando revista á todos los caballetes, dijo, y así no habrá que moverlos de sus sitios.

El embajador se apoyó entónces en el brazo de Velazquez del mismo modo que el rey se habia apoyado en el suyo, y ámbos pintores se llegaron al primer caballete, sobre el cual habia un lienzo con una Magdalena casi concluida.

Rubens se quitó el guante blanco y perfumado que encerraba su mano derecha, miéntras contemplaba la pintura con profunda atencion.

—Este cuadro revela que teneis un gran genio, D. Juan, dijo dirigiéndose al jóven: os aconsejo sin embargo que no hagais un uso tan frecuente de los tonos fuertes.

El jóven artista se inclinó.

—Hacedme la merced de darme una paleta y un pincel, Sr. D. Juan, continuó el embajador: voy á dar una pincelada en vuestro cuadro, y en el de cada uno de vuestros compañeros.

Una exclamacion de júbilo brotó de todas aquellas bocas entusiastas y juveniles, y dos gruesas lágrimas de gratitud aparecieron en las negras y tristes pupilas de Velazquez.

Rubens tomó el pincel que le presentaba D. Juan, y mojándole en el color correspondiente dió tres ó cuatro pinceladas con él prestando

admirable sombra á los brazos de la Magdalena que aparecian duramente iluminados.

—¡Oh, qué feliz soy! murmuró el niño, siguiendo á Rubens con la paleta al caballete inmediato.

—Entregad la paleta al dueño de este lienzo D. Juan, dijo el rey de la pintura con suave y benévola sonrisa: deseo que cada uno me vea trabajar miéntras lo hago para él.

Un niño como de catorce años muy pobremente vestido, tomó la paleta de manos de D. Juan.

—¿Cómo os llamais, amiguito? preguntó Rubens.

—Pablo Astudillo, señor.

—Tenemos, pues, al mismo santo por patrono, ea, buen ánimo, continuó Rubens dando pinceladas en el lienzo con sumo cuidado: habeis pintado una Niobe admirable en vuestros pocos años, y por lo tanto nada os pido: no obstante, cuando esté concluida, os la embargo para la cámara de mi esposa Elena: escribidme á Amberes cuanto la termineis.

El niño se retiró llorando de gozo, y Rubens pasó al caballete inmediato: el lienzo que contenia ofrecia á la vista el retrato del pintor de Felipe IV.

—¡Oh qué magnífico retrato! exclamó el embajador deteniéndose delante de él: y empezó, no á enmendar nada, sino á dar á las risueñas y hermosas facciones del retrato el tinte melancólico y amargo que entónces anublaba el expresivo y hermoso rostro del original.

—Cuando se haya pasado el dolor que os aqueja, Velazquez, dijo en voz baja, os será grato ver esta imágen, porque compareis vuestra felicidad con los pesares olvidados. Quiero grabar en vuestro retrato la imágen del dolor presente, para que bendigais á Dios, cuando seais feliz.

D. Diego movió tristemente la cabeza.

En aquel momento, la conversacion, que hacia un cuarto de hora sostenian en voz baja el rey y el Conde-duque en un ángulo de la estancia se animó de repente, sin que nadie se apercibiese de ello; los cortesanos, enteramente embebecidos en ver trabajar á Rubens en los caballetes de los jóvenes, nada echaron de ver.

—Mas tarde iré, decia Felipe IV con aire embarazado: no puedo dejar ahora á Rubens; la etiqueta...

—Por el contrario, contestó el privado con una impaciencia que en vano se esforzaba en disimular: por el contrario, V. M. debe ir ahora: la niña está en la mejor disposicion de ánimo que se puede apetecer.

El rey medio echó una mirada de vacilacion sobre los dos pintores que seguidos por los discípulos y los cortesanos continuaban revisando los caballetes.

—Acabo de verla en este instante, continuó el favorito, con una calma que hasta entónces no habia usado, y que decia bien claro la esperanza que tenia de que sus últimas palabras fuesen el golpe decisivo en el ánimo del rey.

—¿Y cómo está? preguntó éste ansiosamente

—Su vida se apaga por la fuerza del dolor, y creo firmemente que si V. M. dilata una hora mas el consolarla, la perdemos para siempre.

—Vamos pues! dijo el rey.

En los labios del privado se dibujó una sonrisa de triunfo, y abriendo cautelosamente la puertecilla que acababa de darle paso desapareció con Felipe sin que nadie se apercibiese de su salida.

XII.

El esclavo.

Rubens acabó por fin de dar vuelta á todos los caballetes, corrigiendo en ellos algun defecto mas ó ménos leve, y dando alabanzas á todos los jóvenes relativamente á su mérito.

Al concluir dirigió á los discípulos en general algunas palabras graves y afectuosas, exhortándoles al trabajo y á la perseverancia, y se detuvo ante un gran caballete, que ostentaba un magnífico retrato de la reina Isabel de Borbon.

Al ver aquella pintura enmudeció el gran artista, y solo pudo juntar las manos con una expresion muy pronunciada de admiracion apasionada.

—Nada he visto jamas que pueda compararse á esta pintura, dijo al fin dirigiéndose á Velazquez.

—¿No me concedereis la misma honra que han logrado estos jóvenes? dijo éste presentando al embajador la paleta y el pincel.

—¡Líbreme Dios de tocar tan divina obra! contestó Rubens, separándose del caballete respetuosamente; sin embargo, añadió, quiero haceros un ligero boceto para memoria mia, sin que por eso renuncie á ver despues todas las pinturas que tengais á bien enseñarme.

Bajóse al decir esto, tomó un lienzo enrollado, que habia en el suelo junto á él, y le colocó en un caballete que Velazquez acababa de acercarle: aquel lienzo era el que segun dijo uno de los discípulos habia tomado del camaranchon del mulato Juan de Pareja.

Mas no bien se hubieron desplegado sus dobleces, escapóse un agudo grito del pecho de Rubens, que permaneció mirando el lienzo como petrificado.

Tenia á su vista el soberbio cuadro que hoy existe en el Museo de Paris, y que se llama *El Entierro*.

—¿Quién ha hecho esto? preguntó el embajador dirigiéndose al grupo de los discípulos.

Nadie contestó.

—¿Quién de vosotros ha hecho esto, señores? preguntó á su vez Velazquez.

—Yo no, yo no, contestaron casi á un tiempo todos los jóvenes.

—Yo le tomé sin saber lo que contenia del cuarto de Juan, respondió otro: desde que el pobre se fué me acordaba tanto de él que guardé ese rollo de lienzo para memoria suya.

Al oir el nombre de Juan, una terrible palidez invadió el rostro del pintor de cámara, y sus ojos lanzaron relámpagos.

De súbito fijó Rubens la mirada en otro caballete contíguo, y palideció tambien: contenia el admirable cuadro de *La coronacion de la Virgen*.

—Velazquez... exclamó con voz ahogada y llevando al pintor de cámara cerca del cuadro: Velazquez... decid... decid... ¿dónde habeis visto las facciones de esa Vírgen?...

La palidez de Velazquez se hizo mas intensa.

—¡Por el amor de vuestra madre, por lo que mas caro os sea en el mundo, D. Diego, respondedme! continuó angustiosamente Rubens.

Velazquez pasó maquinalmente su enflaquecida mano por la abrasada frente, y contestó en voz tan baja y temblorosa, que solo pudo llegar á oidos del embajador.

—El semblante de esa vírgen es una copia.

—Pero no exacta, ¿no es verdad? prosiguió Rubens cuya ansiedad iba en aumento: ¿no es cierto que no es exacta Velazquez?... ¿no es verdad que el original tenia cabellos rubios y ojos azules como el cielo?

—¡No lo sé!...

—¡No lo sabeis!... pues acordaos por vida vuestra... exclamó Rubens cogiendo á Velazquez violentamente por un brazo; acordaos, porque yo necesito que me lo digais, ¿lo ois?... lo necesito...

Al oir estas violentas palabras alzó Velazquez la cabeza: su generoso valor se rebeló contra aquel duro lenguaje, y brotó un relámpago de sus negros ojos.

—¡Velazquez! exclamó el embajador que adivinaba lo que pasaba en su alma: ¡Velazquez, perdonad la desesperacion de un padre que os pide su hija!...

—¡Su hija!... gritaron á un tiempo tres voces.

Eran las del rey y el favorito (que en aquel instante entraban despavoridos) y la de Velazquez que cayó á los pies del embajador con la frente inclinada hasta el suelo.

—¡Mi hija... sí... sí!... mi hija Ana que me robásteis de Amberes, D. Diego!... exclamó Rubens, para cuya inteligencia habia sido un rayo de luz la accion de echarse Velazquez á sus piés: ¡mi hija que busco por todas partes!...

La voz del embajador fué sofocada por el fúnebre tañido de la campana del monasterio que tocaba á fuego, y bien pronto se vió á traves de las ventanas del taller una inmensa columna de humo que salia del lado en que estaban situadas las habitaciones de la reina y del Conde-duque.

—¡Tu hija esta allí... allí donde está el fuego Rubens, exclamó el rey tendiendo desesperadamente sus brazos al sitio de donde partia el humo; y allí va á perecer con la reina y con mi hija!... ¡Oh, mi hija! yo quiero salvar á mi hija y á su madre!...

Y el rey se lanzó á la puerta. El sagrado cariño de esposo y padre habia triunfado de la pasion, haciendo que en aquel momento se olvidase de Ana. Pero se abrió con estrépito la puertecilla que daba á la cámara del rey, é Isabel de Borbon se precipitó en el taller llevando en los brazos á su hija.

Imposible parecia que aquella delicada y es-

MUSEO NACIONAL JOSE MARTI Habana, Cuba

belta jóven hubiera podido conducir á la infanta María Teresa, que estaba desmayada.

—¡Señor, mi hija se muere!..... exclamó la pobre Isabel poniendo en los brazos del rey á la niña y dejándose caer casi falta de sentido en una banqueta.

Felipe IV reclinó en su pecho la pálida cabeza de su esposa: el Conde-duque tomó en sus brazos á la infanta María Teresa, y aplicó á la nariz de la aterrorizada niña su pomito de espíritus, en tanto que Rubens y Velazquez se lanzaban en busca de Ana y retrocedian dando un grito de angustia y de alegría á la vez. En el umbral, al tiempo de pasarlo ellos, el mulato Juan de Pareja, habia aparecido llevando en sus brazos, al parecer cadáver, á la jóven flamenca, cuya larga cabellera rubia tocaba al suelo.

En el momento mismo en que el esclavo se precipitaba en el taller, cesó de tocar á fuego la campana del monasterio, y un instante despues entró D. Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, á tranquilizar á sus Magestades.

XIII.

La cruz de Santiago.

Juan de Pareja se asemejaba mejor á un demonio escapado del infierno que á un ser humano: estaba horriblemente flaco, y su cabello, que formaba gruesos y lustrosos anillos de un negro hermoso y azulado, estaba quemado en mil partes, lo mismo que su traje, que traia desgarrado y en el mayor desórden.

Su frente ancha y hermosa veíase cubierta de sudor; su nariz, dilatada como la de la fiera que ha vencido al cazador tras una larga y desesperada lucha; y su labio superior, contraido levemente por una sonrisa de orgulloso triunfo, dejaba ver el hermoso esmalte de sus blancos y menudos dientes.

Al entrar depositó á Ana á los piés de Velazquez, y la pobre niña quedó como una masa inerte y helada tendida sobre el pavimento.

—¡El fuego..... el fuego! gritaba todavía el rey todo demudado.

—No tema V. M., contestó el duque del Infantado, en cuyas severas y hermosas facciones brillaba una viva expresion de contento. Fué un fuego providencial y ya cesó.

Al decir esto, miró fijamente á Velazquez: mas el pintor se habia recostado contra una pared quebrantado por la honda emocion que la vista de Ana le habia producido.

D. Juan Hurtado de Mendoza levantó del suelo el cuerpo inanimado de la jóven, y la colocó en el sillon, en tanto que el favorito, confuso con su derrota, huia lo mas cautelosamente posible, jurando venganza á Velazquez y al duque.

El pintor de cámara se acercó con lento paso á la pobre niña y tomó una de sus manos.

Estaba helada como el mármol.

—¡Muerta!!..... esclamó retrocediendo dos pasos.

—¡Muerta y deshonrada!..... gritó Rubens, que aun no se habia acercado á su hija, sumergido en un letargo doloroso.

—¡No! exclamó con voz firme el duque del Infantado: ¡no! viva y digna de su padre!

El embajador flamenco clavó una ansiosa mirada en el que le hacia aquella revelacion tan consolodora, y llegó hasta su hija como atraido por un iman irresistible.

—¡Sí! continuó el duque del Infantado; creedme, Rubens..... por el nombre que llevo, por mi fé de caballero, os juro que vuestra hija está pura como la luz del sol!..... Velazquez, para cumplir los deseos de la madre de Ana, hizo creer á esta que era su hermana, sacrificando su amor por compasion á la que le dió el ser y por respeto à sus deberes de esposo y padre.

—Ah! ¡Dios os bendiga, hijo mio! exclamó entónces Pedro Pablo abriendo sus brazos al pintor de cámara, que se arrojó sollozando en ellos.

Durante algunos momentos los ojos del monarca se fijaron con un profundo embarazo en los dos pintores, que confundian sus lágrimas; y por fin el llanto empañó tambien las negras pupilas de aquellos hermosos y lascivos ojos.

—¡Ya vuelve..... ya vuelve!..... dijo el duque del Infantado que sostenia la cabeza de Ana apoyada en su pecho.

El rey se aproximó entónces al embajador.

—Rubens, dijo con acento vibrante: Rubens, yo os aseguro, bajo mi palabra real, que no he visto á vuestra hija mas que una sola vez en el taller de Velazquez del cual la creia hermana, hasta que una mano funesta vino á arrancar-

me aquella creencia, que hubiera sido un antídoto saludable para.....

Felipe IV iba á decir para mi pasion, pero volvió la vista á la reina, y la palabra se ahogó en sus labios.

En cuanto á Isabel, se ocupaba en acariciar á la infanta María Teresa que acababa de volver de su desmayo.

Rubens besó la mano de Felipe con vivísima expresion de gratitud, y se lanzó hácia su hija á la cual estrechó entre sus brazos.

Pilar Sinués de Marco.

(*Continuará.*)

LA MUJER SOÑADA.

No tardes mas, ¡oh realidad brillante
De célica ilusion que el pecho enciende!
Ven, adorable y esperada amante!
En mi dolor y soledad esplende!

Ven con tus ojos do la luz habita,
Con tu alba tez que envidia la azucena,
Con esa boca que la rosa imita,
De miel, encantos y fragancia llena.

Ven con tu voz que la ficcion no altera
Y juega como brisa en el oido;
Mas, si profunda la pasion impera,
Es de arpa eólia, de bambú jemido.

Cuán blando suena y eficaz tu acento!
Cómo al mendigo pálido consuela!
Al Sumo Rey que huella el firmamento
Firme en sus alas la plegaria vuela!

Há menester tu corazon ardiente
La sublime virtud, la poesía,
Cuál flores el sunsun, el pecho ambiente,
El universo el esplendor del dia.

Jamas el baile que pomposo halaga,
Sus vanos y carísimos trofeos,
Ni su armonía, que sensual embriaga,
Mostraron digno fin á tus deseos.

Jamas en largo meditar absorta
Blondas, colores, cintas dispusiste
Para obtener humillacion no corta
De la rival que celebrada viste.

Pero la nave de turgente lino
Que se desliza en horizonte claro;
Cruz de madera en áspero camino;
En la nocturna tempestad el faro;

El monasterio en soledad augusta,
Entre montes y simas escondido;
El misionero que con fé robusta
Parte á clima letal, desconocido;

De Milanés ó Lamartine el canto,
Crëaciones de Cánova inmortales,
Rostros que Rafaël ciñó de encanto,
Concentos de Bellini celestiales,

Hacen radiar tu bella fantasía,
Estremecerse de entusiasmo tu alma,
Reir dichosa, meditar sombría,
O te vierten del éxtasis la calma.

Mágico el pensamiento luminoso
En tu cabeza ës, mujer bendita,
Como la antorcha que el viajero ansioso
En el seno de Antíparos agita.

Del torpe vulgo que placer disfruta
En profanar, te alejas previsora:
Asi Capri resérvanos la gruta
Que de azul inefable se colora.

Tu alma es altar de Vesta pudorosa,
Do puro fuego perennal vivia;
El ara del hebreo primorosa,
En que perfume delicado ardia.

Tu incorruptible corazon anhela
Un solo amor, del heroismo fuente,
Que, avaro de palabras, se revela
En tierno afan é inmolacion frecuente.

Ven! de mi pecho el entusiasmo espira
Y aléjanse ilusiones deliciosas,
Como al partir el sol, que gozo inspira,
Huyen aves, gentiles mariposas.

Ay! si supieras cuánto he padecido
Por alcanzarte, divinal tesoro!
Cuántas mujeres, cuántas he creido
Que realizaban mi quimera de oro!

Como el valle fatal de Java hermosa (*)
De verde pompa y flores coronado,
Miéntras sutil la muerte y pavorosa
Guarda en árido seno emponzoñado,

En mi sendero apareció Gulnara,
Dulce la voz, de gracias revestida,
De inagotable discrecion y rara,
Fértil la mente, á deslumbrar nacida.

No tan gallarda la naciente rosa,
Ni tan engalanada de frescura,
Lució jamas, cual Cintia donairosa,
Tan rica de pudor y de hermosura!

Oh! cuán astuta y negra hipocresía
Tras ese velo cobijaba, y cuánto,
Ante la odiosa realidad sombría,
Sintió mi corazon de agudo espanto!

Y así mil veces los hechizos fueron
Máscara linda á gélido egoismo,
Ay! y tambien traidores encubrieron
Indecible maldad ó sensualismo!

Tal sobre arena estéril y enojosa
Cristalino raudal convida á fiesta,
Y á bruto vil, á sima tenebrosa,
Manto seguro el aguinaldo presta.

Ven, serafin! reclámate la hora!
Fragante besa el aura, el mar dormita,
Vierte idealismo luna encantadora,
Mi alma de amor, de juventud palpita!

Emilio Blanchet.

(Matanzas, 1859.)

(*) El valle de Grevo-Oupas.

SECCION TERCERA.

CAMPOS DE CUBA.

¡Cuán grato es vagar por los campos de esmeralda de mi hermosa Cuba! ¡cuán bello contemplar esas risueñas campiñas donde la naturaleza ostenta siempre su pompa y magestad!..... qué delicioso admirar tan grande y magnífico panorama; cuando la rosada aurora asoma por el Oriente, ó cuando el esplendente sol, próximo á disipar las tinieblas de la noche, dora con su luz las copas elevadas de las ceibas y las palmeras, de los naranjos y limoneros, y se divisa á lo léjos la torre de algun ingenio!...

El que está constantemente contemplando estos sublimes paisajes, no puede conocer todo lo que valen. Empero yo, que, animado del deseo del saber, he surcado las móviles aguas del Océano; yo, que distante del hogar doméstico, y á la sombra de algun frondoso manzano, ó á la orilla de un pintoresco lago, en un dilatado valle, he tendido la vista por todas partes y no me he conmovido; yo, que en lejanas tierras, y en los vergeles de la bella Italia, he exclamado repetidas veces con Domingo Delmonte:

"Sus campos!..... ah! quién los viera!
Cómo anhelante volara
Rápida mas que los aires
A saludarlos el alma;
Que el alma bien los conoce".....

Yo sí que puedo saber toda la dicha que se experimenta al encontrarse en los campos floridos de mi patria; yo sí que puedo apreciar todo el tesoro de felicidad que encierran; yo sí que puedo comprender por qué los poetas de este verdadero Eden les han cantado, dedicándoles las mas hermosas notas de sus inspiradas arpas..... Yo sí lo comprendo todo, porque nací en Cuba!

¿Quién que tenga un alma sensible podrá estar indiferente a la vista de nuestros bellos campos, donde

"El canto de los dulces pajarillos;
La verdura del prado,
Los árboles amenos y frondosos,
El cielo azul, el aire fresco y puro,
Las aguas y los vientos
Inclinan á los tiernos pensamientos!"

Oh! sí; el campo engendra los mas dulces pensamientos: en él deben admirarse las maravillas de la creacion; en él puede remontarse el hombre, en alas de la contemplacion á su increado Autor.

Léjos del bullicio de las ciudades, y á la vista de una llanura del hermoso color de la esperanza, se inspira el verdadero poeta, y exclama con Bernardino de Saint-Pierre: floridos prados, magestuosas selvas, espumosas fuentes, incultas rocas, habitadas tan solo por la paloma,

amables soledades!—Dichoso aquel que pueda descorrer el velo que cubre vuestros encantos!.....

Los campos de Cuba, los nuevos campos Elíseos donde los poetas deberian colocar las almas inmortales de los buenos, como dijo el pobre y desterrado Vegglia,—¡oh, qué bellos son! ¡cómo convidan á la meditacion y al estudio! ¡como revelan la existencia de ese Ser que en su miseria desconoce el ateo!.....—Cómo me agrada contemplar con Sequeira

La sombra del verde bosque,
Las arboledas frutales,
La rosa, el cárdeno lirio,
Los cándidos azahares!

Cómo me gusta hallarme en estos campos, que si alguna vez se asemejan á los de Europa, es cuando están cubiertos de blanquísimos aguinaldos!..... ¡cuánto los adoro!..... Oh! sí; yo los amo, porque en ellos nací, porque en ellos comencé á pronunciar los nombres de Dios y de Patria!

Fernando Valdés y Aguirre.

REVISTA DE MODAS.

LAS FLORES.

Hay cosas tan bellas que triunfando de la inconstancia humana y del cambio de los gustos logran disfrutar siempre de general favor. Al número de esas cosas preciosas y raras pertenecen las flores. El poeta las canta, el amante las adora como emblema de la hermosura de su ídolo, y el que no conoce el sagrado fuego del amor ni de la poesía, aspira sin embargo con deleite tambien su esquisita fragancia. Las flores desde que esmaltaron este valle de destierro como para velar sus abrojos, han obtenido el sufragio universal. El hombre salvaje y el hijo de la civilizacion las miran con igual placer, porque ellas son la sonrisa de la tierra segun los luminosos astros son la sonrisa del firmamento.

¿Quién ignora la pasion que los antiguos les profesaron? No contentos con haberlas divinizado casi haciendo nacer la rosa encarnada de la sangre de Adonis moribundo y las blancas azucenas de la leche que Vénus al lactar á Cupido derramó de su seno celestial, las juzgaban un adorno preciso para todos los actos interesantes de la vida. Cuando asistian á las Academias filosóficas, cuando visitaban el Parthenon ateniense donde descollaba la obra maestra de Fidias y cuando se sentaban á comer, se coronaban de flores olorosas y frescas. No distinguian ellos condiciones ni edades para colocarlas en sus sienes. Los sacerdotes y las vírgenes, los ancianos y los jóvenes las llevaban en sus cabellos. Anacreon á pesar de sus ochenta y cinco años trocó su corona de laurel por la de rosas en el festin donde una pepita de uva le dió muerte.

De flores coronaban al par los griegos y los romanos las estatuas de sus dioses, los pórticos de sus templos, y las salas de sus banquetes. Tanto en áras de la sabiduría como en las del placer depositaban á fuer de pura ofrenda los fragantes capullos de los patrios pensiles. Asi querian indicar tal vez los goces que proporciona la cultura del entendimiento y las delicias que causa el entusiasmo de la felicidad.

Decidida aficion profesan los Orientales á las flores. Con ellas forman los ramilletes emblemáticos cuya elocuencia supera á la de las palabras; de ellas extraen los delicadísimos perfumes que han enriquecido á sus ambulantes mercaderes, y ellas han inspirado á sus poetas idilios tan encantadores como el del *bullene* y la rosa. Todos saben que la cautiva odalisca se vale amenudo del *selam* ó ramillete epistolar para referir al amigo de su corazon los sufrimientos secretos del haren y que las leyendas árabes están llenas de peregrinas ficciones relativas al lirio azul y al jazmin amarillo. En Oriente hasta el nombre de la mujer se halla relacionado con las flores. El de una es magnífica azucena del desierto, el de otra clavel del paraiso, y el de todas alguna graciosa y galante idea.

En el Occidente la musa erótica ménos poética y expresiva no ha formado un jardin con todas las jóvenes bonitas, pero en cambio ha

mezclado las flores en cuestiones mas sérias y difíciles que las del amor. La rosa blanca y la rosa encarnada sirvieron de distintivo á los dos partidos que allá por los años 1461 se disputaron en Inglaterra el supremo poder. La terrible lucha que se trabó entónces entre las casas de York y de Lancaster ha quedado consignada en la historia con el nombre de *guerra de las dos rosas.* ¡Ved á las flores convertirse tambien en bandera de los ejércitos y en reseña de los monarcas!

No solo en la vieja Albion han representado esas balsámicas hijas de la Naturaleza papel tan principal. En Francia la flor de lis simbolizó la soberanía durante siglos enteros. El trono la habia elegido por emblema y la monarquía hereditaria por representante de sus antiguos derechos.

Pero llegó la época en que los pueblos han creido á su turno tener derecho á ser gobernados segun su voluntad. Una revolucion tremenda atacó en el suelo frances el edificio monárquico. La orgullosa flor de lis se sintió azotada por el huracan de las nuevas ideas en el alto puesto que ocupaba. Aunque quiso resistir, vencida por la borrasca cayó destrozada en el polvo.

Corriendo el tiempo volvió el antiguo órden de cosas en cierto modo á restablecerse. Mas la flor de lis habia desaparecido y en lugar suyo ornaba la violeta el solio imperial. Napoleon I que unia á la elevacion del genio sencillos gustos, que segun Alisson—historiador á quien debemos creer por lo mismo que pertenece á la nacion que encadenó en Santa Elena al segundo Prometeo—si no hubiera sido el primer guerrero de su siglo hubiera sido el primer escritor de él, amando las flores apasionadamente quiso agregarlas á su doble corona de héroe y de soberano. La violeta sucedió por consiguiente á la flor de lis en el trono de Francia.

Nada hay sin embargo estable en el mundo. Sacudida á su vez por la tempestad, siempre violenta en las altas cúspides, la violeta al par cayó destrozada y vencida. Entónces las flores obtuvieron el triste honor de la proscripcion. La Restauracion prohibió á las damas de la corte llevar violetas en sus prendidos. ¡Ya no simbolizaban la modestia y la humildad sino la gloria, la desgracia y el martirio!

Unicamente Dios ha encontrado adeptos capaces de morir gustosos por su santa causa. Los hombres por gran entusiasmo que inspiren durante su poder hallan al perderle indiferencia ó ingratitud. Vergüenza esperimento al decirlo, amables lectoras. Nuestro sexo se mostró desagradecido y cobarde en la época á que me refiero. Ninguna de las damas que tantas mercedes recibieron de la generosa Serafina abogó ante Luis XVIII por las proscriptas violetas. Ninguna osó manifestarle, eligiéndolas para su adorno, que el infortunio engendrar debe el valor de la fidelidad. La sola mujer que protestó contra el injusto destierro de una flor preciada fué una artista á quien Napoleon habia distinguido, fué la famosa Mlle. Mars.

Asistia el Rey una noche á una gran funcion del teatro Frances donde por órden suya ejecutaba la ilustre actriz uno de sus favoritos papeles. Escuchó Luis XVIII distraido las primeras escenas del drama aguardando la aparicion de la notabilidad artística que habia adquirido en Paris la celebridad miéntras él vejetaba en extranjero suelo. Al fin compareció Mlle. Mars llevando con dignidad académica el trágico coturno. El rey quedó prendado desde luego de aquella rara hermosura y de aquel gallardo porte que ni el mismo tiempo consiguió destruir. Pero ¿no le engañan sus ojos? La túnica azul de Mlle. Mars está salpicada de violetas de oro.

—Quizá dependa del acaso la eleccion de esa flor—pensó *Luis.*—Esperemos para saberlo con certeza á que cambie de trajo.

Comienza el segundo acto y cuando comparece la eminente artista la mira el rey fijamente. Está vestida de seda carmesí bordada de flores de plata. Aquellas argentinas flores tienen tambien la forma de la violeta. El rey lo conoce á la vez que los otros espectadores pues un ruido semejante al de las olas del mar se eleva del *parterre.* Mlle. Mars como si no notara la emocion que habia inspirado continuó caracterizando con admirable talento á la heroina de la pieza. Al caer el telon estruendosas palmadas la saludaron. ¿Se tributaban al talento de la actriz ó al noble valor de la mujer agradecida? Lo ignoro.

Luis XVIII presenció con disgustado semblante el principio del tercer acto. De improviso á las nubes de su frente se unieron los relámpagos de sus ojos. Mlle. Mars acababa de

trocar su brillante traje escarlata por uno blanco bordado de violetas de color que la naturaleza les ha dado. Los morados pétalos resaltando sobre el alto tejido ya no dejaban duda de la flor á que pertenecian. Una guirnalda de violetas ornaba ademas la hermosa cabeza de la inspirada actriz, ínterin su mano empuñaba á guisa de perfumado cetro un ramo de las propias flores que enviaban sus olorosos efluvios hasta el monarca irritado.

Al ver aquella animosa protesta contra el rigor que prohibia como un crímen, la menor señal de simpatía hácia un infortunio demasiado grande, para no expiar las mayores culpas, el público prorumpió en gritos y lágrimas. Mlle. Mars, puso el colmo á la general emocion con estas palabras que quiso añadir á su papel:

—No olvidemos que nos degradamos mirando con indiferencia las glorias nacionales, ni que nos envilecemos abandonando al caido despues de haberle adorado en la cima del poder.

Luis XVIII era un príncipe ilustrado y clemente, á pesar de las severas medidas que le obligaron á tomar las circunstancias. Comprendiendo que la oposicion podia dar á las violetas una importancia peligrosa, desde la siguiente mañana adornó con ellas sus mismas habitaciones. Respecto á Mlle. Mars, su noble conducta, tal vez mas aun que su talento, le valió en el porvenir el aprecio del rey. Las almas elevadas admiran la desinteresada adhesion, y desprecian la bajeza de los que no viendo nunca en el hombre sino su fortuna, lo insultan ó le vuelven la espalda apénas se le acerca la adversidad.

La moda, lectoras mias, no podia ménos que reconocer en las flores excelentes auxiliares para sus lindos caprichos. Antes y ahora por lo tanto las ha colocado en el tocador de las bellas, en sus vestidos, en sus cabellos y en sus dedos de marfil. Ha poco tiempo que era el *bouquet* tan necesario como el corsé para asistir á un baile. Hoy ya no se juzga tan preciso, y debe pesarnos, pues un ramo oloroso en manos de la elegante jóven aumenta el encanto de su distincion y de su finura. Las mariposas apesar de su inconstancia se posan en las flores. Los hombres á pesar de su veleidad, se fijan tambien en la rosa humana, que revela con su esquisito aroma y sus graciosos gustos un alma delicada y pura.

La caprichosa deidad de que tratamos, ha tenido mucha parte en la costumbre de depositar flores en la tumba de la difunta vírgen. Aunque el corazon del amante desconsolado, encuentra melancólico placer cubriendo el mármol sepulcral, bajo el cual duerme su ídolo, de adelfas y siemprevivas; obedece al verificarlo á las sugestiones de la moda. En las aldeas inspira esa piadosa ofrenda el verdadero dolor. En las populosas ciudades donde se prefiere el túmulo de piedra al de musgo, se mezclan la vanidad y el deseo de llamar la atencion, con los mejores sentimientos.

No negueis que la moda logra introducirse hasta en los sérios actos que desiden del humano destino. Pocas cosas influyen tanto en él como el matrimonio, y sin embargo, la vemos representar su papel importante en la ceremonia nupcial, dirigiendo la *toilette* de la novia con el propio empeño que si su felicidad futura dependiese de un lazo puesto de este modo ó de aquel. Aficionada naturalmente al aparato, ha trasladado el ropaje teatral de los desposados de la escena lírica ó dramática, al círculo de la vida comun. En el dia hasta la costurerita que debiera haber aprendido la humildad, quiere casarse vestida como Lucía de Lammermoor con el traje de blanca seda, el vaporoso velo de encage, y sobre todo la corona de azahares y de jazmines. Las flores virginales se han hecho indispensables en el atavío de la novia. La jóven que marchara sin ellas al altar, se expondria á malignas sátiras y á comentarios injuriosos. Diríase que actualmente depende la pureza de la desposada de la blancura de su nupcial corona. ¡Mirad la importancia que han llegado las flores á adquirir!

La Primavera acaba de comenzar trayéndonos el perfume de las flores de Abril y los anticipados juegos de las mariposas de Mayo. La moda como prendada de las galas de la tierra y de las alegrías del cielo, derrama ahora las flores á manos llenas en la *toilette* de las elegantes. Las floridas guirnaldas atravesando el corpiño, rodeando la falda, y ciñendo el cabello, las bertas salpicadas de rosas, y los bullones ó tufos guarnecidos de dálias de crespon y de camelias de terciopelo, *hacen furor*. ¡Se conoce la influencia de la mas bella estacion del año, hasta en las ideas poéticas de la moda!

Sabedora ésta sin duda de que los cisnes no

necesitan morir para cantar en la Primavera, ha unido á las flores marabus tan delicados como el vellon del ave referida, en el traje de sus prosélitas. La otra noche ví en una *soirée* tres jóvenes hermanas que me parecieron las tres Gracias, adornadas con ese marabú vaporoso, con rosas blancas y con perlas. Cada una de ellas me recordó la *Adelaida* de Miss. Bremer, (me figuro que conoceréis á esa encantadora heroina, y á esa célebre escritora) cada una me parecia una ilusion realizada. La justicia me manda añadir, mal que le pese á la moda, que su natural belleza constituia su principal hechizo, pues las tres ninfas á que aludo, eran las celebradas señoritas, Luisa, Adelina y Panchita N....., y R.

En nombre de la moda, os participo que se usan mucho sobre luenga falda de seda, los volantes de blonda del color de la misma, que las mangas abuchadas comienzan á reemplazar á las colgantes, y que las modistas de la Habana han principiado igualmente á hacer vestidos sin costura en el talle, que presentan la forma de un embudo boca abajo. ¿Pretenderá la moda anunciarnos así la próxima muerte del malakoff? ¡Dios nos libre en tal caso de caer de Scilla en Caribdis, es decir, de convertirnos de faroles en látigos!

Un traje precioso por su rareza, me llamó el juéves santo la atencion en la Plaza de Armas. Era de gró negro con flotantes mangas de blanco encaje, y corpiño bastante escotado. Bajo la manga abierta de encaje blanco, asomaba otra negra corta y ceñida que sugetaba cerca del hombro anchos brazaletes de oro. Una banda de tul y oro, enrollándose en torno de la frente, recordaba el tocado que llevó Corina al Capitolio el dia de su coronacion, y daba á la cabeza de la dama, así vestida, artístico corte. La moda tiene á veces ideas pintorescas, destinadas á convertir una mujer que solo es bella en fatástica y seductora hada.

Presentóse la propia jóven en una de las fiestas de Pascua con un traje que la habia transformado de imponente sibila, en graciosa sílfide. Era de blanquísima gasa con guirnaldas de dálias de crespon azul que bajaban por el frente del corpiño alto hasta el borde de la ámplia falda, figurando bata. Las mismas dálias azules guarnecian las mangas que flotaban en torno del mórbido brazo, como diáfana bruma. Un rollo de crespon azul bordado de perlas, ceñia la gentil cabeza con oriental coquetería. Tampoco entónces pude saber el nombre de la elegante hermosura que tanta novedad daba á su prendido, y en cuyos ojos de gazela chispeaba el sol de los trópicos, miéntras el armiño de su tez traia á la memoria la nieve del Norte. Pero forastera ó cubana, no tardarán en proclamarla nuestros círculos *fashionables* por una de sus reinas, á no ser que desaparezca como esas aves de paso que pocas veces sabemos de dónde vienen ni á dónde van.

En fin, la primavera y la moda se unen en la actualidad para ofrecernos flores en abundancia. ¡Dichosas vosotras si á la vez que vuestro traje, florece vuestro corazon con esa sincera alegría que es la rosa del Abril humano, de la bella y poética juventud!

FELICIA.

REVISTA.

Por hoy hemos de ser forzosamente graves. Concluidas, ó mejor dicho, interrumpidas todas las fiestas que hasta ahora han venido constituyendo nuestras diversiones públicas, por la solemnidad de estos dias en que la Iglesia celebra y recuerda los sagrados misterios de la religion cristiana, nada absolutamente de nuevo hay de que podamos dar cuenta á nuestros lectores. No nos faltará por eso materia para escribir una revista; hay tanta poesía y tanta significacion en el rasgo mas insignificante (si es que alguno lo es) de la vida de Jesucristo, que por poco q. sobre ellos meditemos las ideas se agolparán en tropel á nuestra imaginacion.

La época del año que va ya transcurrida es de todas sin duda, aquella en que siempre se reune mayor número de diversiones; la dulzura de la estacion atrae á todo el mundo. Las que nos vienen despues de este tiempo son de otra clase, son mas *caseras*, por decirlo así, porque ¿quién se resigna á sufrir continuamente noventa grados de Farenheit, un sol claro y brillante, es verdad, pero ardiente y abrasador, y lo que hay siempre detras de todo esto que arredra á cualquiera que piense venir á nuestra hermosa isla? Esto es por desgracia demasiado cierto.

Los meses que acabamos de pasar son por esa razon los mas divertidos, y si contamos

tambien con el de Diciembre, hallarémos en ellos incluidas, las fiestas mas alegres y ruidosas de todo el año. Despues de la Pascua y demas dias que le siguen, que son verdaderamente clásicos en materia de diversiones, llega el Carnaval, época de la bulla por excelencia, en que es permitido llegar hasta los últimos extremos de la alegría, y en seguida formando ese contraste, esa antítesis que es la piedra fundamental del romanticismo moderno, la Semana Santa en que el respeto se convierte en veneracion; es verdad que la transicion no es tan rápida y que entre uno y otro están los dias de la cuaresma, en los cuales debe ir finalizando poco á poco toda especie de alegría.

Si de estos dias nos trasportamos con la mente á aquellos en que á la eterna mascarada de la vida se agregan los disfraces del carnaval ¡cuánta diferencia no encontrarémos entre unos y otros! —Entónces nadie estaba á ninguna hora en su casa, las calles, los paseos, los salones de baile no eran suficientes para contener la inmensa muchedumbre que los invadia, la afluencia de gente los obligaba á improvisar esa multitud de casitas ó tiendas pequeñas, á manera de las de campaña, en la plaza de Isabel II, especie de ciudad en miniatura, compuesta en su mayor parte de parodias de *restaurant*, en que se encontraba toda clase de bebidas y comestibles desde la aristocrática *champagne* hasta el plebeyo *funche* de leche (punch?), desde el clásico *pudding* (aunque no á la *cipolata*) hasta el popular arroz con frijoles, para algunos mas dulce que la ambrosía. Hoy un silencio profundo; en los dias del juéves y viérnes, mas solemnes aun que los otros, apénas se ve á nadie por las calles, excepto en los momentos en que acuden á los oficios sagrados: por lo demas, ni un carruaje, ni un caballo, ni el ruido de las campanas que siempre nos recuerdan que vivimos en sociedad, y en su lugar el sonido desapacible de ese instrumento de hierro y madera que recorre las calles seguido de un estado mayor de chiquillos y que para todo sirve ménos para señalar las horas.

Pero si se acabaron las diversiones nos queda todavía la memoria de ellas; si es cierto como dicen muchos, (yo no lo digo) que todo en el mundo es una ilusion, efecto de pura fantasmagoría, ¿qué inconveniente hay para que nos figuremos dentro de nosotros mismos que aun nos estamos divirtiendo? No creo tampoco que los recuerdos del placer perdido sean tan amargos como otros dicen; por el contrario muchas veces deben constituir un nuevo placer, mas vago que el primitivo, pero por eso mismo ménos pasajero y ménos fugaz. Es famoso y se repite con muchísima frecuencia el dicho de Dante de que no hay dolor mayor que el de recordar en medio de la miseria los tiempos dichosos, y ¿qué razon hay para no creer que Dante á pesar de todo su genio se haya equivocado? ¿tenia acaso algun privilegio exclusivo para acertar siempre?—Nada de eso, que entónces no se daban á nadie en materias de arte y de literatura.—Pues bien, confieso francamente que no estoy con el célebre poeta florentino, y en caso de estar con alguien estaria con Campoamor, el filosófico autor de las doloras, que dice:

Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Mas ¿para qué buscamos memorias ni recuerdos de tiempos pasados? Fijemos un momento la atencion sobre los sagrados misterios que actualmente celebra la religion cristiana y encontrarémos en cualquiera de ellos una significacion sublime. ¿Qué poema compuesto por los hombres es mas hermoso que la vida de Jesucristo? ¿cuál se le puede comparar?

Casi puede decirse que la Semana Santa comienza con el viérnes llamado *de dolores* y sin duda que difícilmente puede hallarse un principio mas grande y magestuoso. María, nombre hermosísimo, modelo de su sexo, es la encarnacion del mas puro y mas sublime de todos los afectos, el amor maternal. ¿Dónde hubiera podido encontrarse un prólogo digno de la gran epopeya que va á desarrollarse sino en el nombre excelso de María? ¿Todas esas invocaciones á ese personaje vago que llamamos la Musa y que aparece en casi todas las composiciones, esa famosa invocacion á Vénus, la impúdica diosa griega, que abre el no ménos famoso poema sobre la naturaleza de las cosas, se asemeja en algo á la gran figura de la madre de Jesus? Ciertamente que no; ni aun en manos de escritores como Lucrecio, uno de los poetas mas enérgicos é inspirados de la literatura romana.

María en lengua hebrea equivale á *estrella del mar*, porque el marino que lleve fijos en ella

los ojos, aun en medio de las mas rócias tempestades, se verá libre de hacerse pedazos contra los innumerables escollos que lo cercan.—En el Evangelio se encuentra á cada instante este bellísimo nombre; no es solamente la madre de Cristo quien lo lleva, hay tambien la hermana de Marta, la que derramaba á los piés de Jesus los perfumes mas preciosos, y ademas María Magdalena, la pecadora arrepentida, que no abandonó un momento á la Vírgen en el trance terrible de la pasion y muerte de su hijo adorado.

Nada mas tierno, mas generoso, mas cristiano, en fin, que las palabras del Salvador á la pobre pecadora, á quien su suerte infeliz habia descarriado, pero que ansiaba volver al camino del bien: "mucho te será perdonado porque has amado mucho." Frase sublime que nunca debiera olvidarse.

Es tan grande el caudal de la mas elevada caridad que se desprende de estas magnánimas palabras, que no nos atrevemos ahora á comentarlas. Si queremos algun comentario digno de ellas, léanse las hermosas composiciones de algunos poetas modernos, en quienes despertaron la inspiracion verdadera é hicieron prorumpir en magníficos cantos.

La madre del Salvador se eleva entre las demas Marías como se eleva el amor maternal entre todas las demas pasiones. Esa mujer celestial que sabia que llevaba en su seno al nuevo rey del Mundo, destinada á seguir lentamente y casi siempre de léjos las huellas de su hijo idolatrado, que habia de presenciar todos sus martirios y acompañarlo en el momento fatal de su muerte,—es el ideal de la belleza. Por eso los pueblos meridionales le tributan el mas fervoroso culto; porque hiere profundamente la imaginacion. ¿Hay alguna figura mas patética que la de María al pié de la cruz?—*Stabat Mater dolorosa.*

¡Con cuánto recogimiento hemos oido siempre la espléndida inspiracion de Rossini sobre este tema!—El ilustre autor del Moisés, del Otelo y de la Semíramis supo encontrar para la prosa elegiaca del *Stabat* ese sentimiento religioso, suave, melancólico, lacrimoso, pero no sombrío ni horrible que pedia este trozo admirable.

Entre las fiestas religiosas hay siempre alguna por que se tiene mas cariño ó simpatía que por las demas sin que uno mismo pueda darse cuenta de la razon de esa preferencia. Esto me sucede con el domingo de Ramos. El por qué no puedo decirlo. Quizas sea por el gran uso que en ella se hace de las palmas, de ese árbol elegante, de formas tan esbeltas, planta tradicional del desierto, emblema de la poesía oriental, el mas bello adorno de nuestros campos y nuestros paisajes; árbol de hermoso color y gallardo penacho cuya imágen llevaba siempre grabada en su imaginacion nuestro gran poeta Heredia, de la que no pudieron borrarla ni su larga permanencia en el extranjero, ni el espectáculo asombroso de la catarata del Niágara, la maravilla del Nuevo Mundo.

Este dia recuerda la entrada del Salvador en Jerusalen. Un hombre envuelto en una larga túnica, de cabellos rubios divididos en medio de la cabeza y que caian en rizos á ámbos lados de la cara, de fisonomía bellísima, en cuya expresion habia algo de divino aparece por las calles de la ciudad de los Judíos, montado en un asno, el animal mas infeliz y despreciado, seguido de sus discípulos, unos pobres pescadores, y de hombres del pueblo que con palmas en la mano gritaban: Hosanna! ¿Hay nada mas sencillo ni mas humilde? ¿Por qué pues se le llamará pomposamente la entrada triunfal?—Porque aquel hombre era Jesucristo.

En los puntos en que no nacen las palmas se sustituyen con otro árbol, el boj por ejemplo; pero ninguno produce el mismo efecto. ¡Queda tan bien una hoja de palma adornando un sombrero á manera de cinta, como lo hacen muchas gentes ese dia, y se puede poner tan hermosa una rama como la vemos en las ventanas interiores de muchas casas! Con otra planta no se puede hacer lo mismo. Tan es así, que en Roma las hacen venir de donde las haya, expresamente para esta fiesta.

El juéves y viérnes son ya dias de otro género: las ceremonias eclesiásticas son de un carácter imponente, lúgubre, magestuoso: ya el pueblo hebreo no gritaba *hosanna!* sino *crucificale, crucificale!*—Los numerosos templos de nuestra ciudad no bastan para contener la inmensa muchedumbre de devotos que á ellos acude para presenciar las augustas ceremonias. Entre todos tiene la supremacía la Catedral por oficiar en él de pontifical el Sr. Obispo, y porque allí es adonde asisten todas las autori-

dades. Ni la nave principal ni las laterales, eran tampoco suficientes para el gran número de señoras elegantemente prendidas que allí habia.

El viérnes estuvieron tambien muy concurridos, especialmente el de San Juan de Dios en los momentos del sermon de las Siete palabras, del Descendimiento de la cruz y de la salida de la procesion del Santo Entierro. Un dia hermosísimo, un cielo claro y despejado contribuyeron á su mayor lucimiento. Las estaciones que le dan á la ciudad toda un aspecto de recogida belleza y que convierten las calles de la Habana en alamedas ó paseos públicos, porque esa noche pocos se quedan en su casa; unos salen á visitar las iglesias, otros á respirar algun aire fresco, porque entre paréntesis hacia un calor abrasador, otros á ver y á hacer lo que hagan los demas y unos cuantos, en fin, á ver visiones; y efectivamente resucitan algunos de gran *tenue* con casacas y levitas que fueron testigos de la toma de la plaza por los ingleses y con peinados que usó Catalina de Médicis. La clásica retreta atrájo tambien gran concurrencia y se oyeron varios buenos trozos en medio de otros completamente desconocidos.

No deja de ser halagadora la circunstancia de que por estos dos dias seamos todos iguales y no haya la distincion bastante desagradable de que unos anden á pié y otros en coches, bombés, milores y esa partida de nombres estrámboticos que se le dan hoy á los carruajes. Maldito si soy yo partidario de las doctrinas de San Simon, Fourier, Cabet y demas *ejusdem furfuris*; pero esto que un don Fulano de Tal, es decir, un don Nadie lo estropee á uno y llene de fango con la mayor indiferencia es capaz de hacer salir de sus casillas al mismo Job, que pasó su vida en un estercolero.

En Roma durante la época de la Semana Santa la poblacion aumenta prodigiosamente; de todas partes acude un gran número de viajeros, sobre todo ingleses, para asistir á las ceremonias religiosas que son mucho mas solemnes y espléndidas que en cualquier otro pais. Natural es que así suceda en la capital del mundo cristiano y corte del Pontífice. En cualquier libro de viajes se encuentran descripciones minuciosas de la procesion del Papa sentado en su trono, de la fiesta de las tinieblas, del Miserere cantado en la capilla Paulina, de la bendicion de la ciudad y del mundo, *urbi et orbi*. —Pero cuánto no deben realzar esas ceremonias las maravillas arquitectónicas de San Pedro y los frescos de Rafael y Miguel Angel! ¡Qué ideas graves no debe inspirar la celebracion del rito católico en la capilla Sixtina delante del Juicio final de Miguel Angel! En San Pedro la religion católica está como en su elemento; ese sublime y gigantesco edificio es el digno templo de la mas sublime de las religiones, es la morada que le corresponde al Pontífice romano á quien los fieles consideran como sucesor del apóstol San Pedro y como el representante de Dios en la tierra.

El sábado á las nueve de la mañana cámbia todo inmediatamente de aspecto: al cántico de aleyuya en las iglesias responde el alegre tañido de las campanas, descargas de artillería, estrépito de carros y carretones, toda clase de ruidos. Volvemos á empezar á vivir como ántes, vuelven las diversiones acostumbradas y nuestra vida de siempre con su monótona variedad.

Al grito de aleluya desaparece cuanto habia para salir despues los actores con otro traje como en una escena de melodrama, y aparecer completamente vestidos de blanco los que el dia ántes andaban de rigorosa etiqueta; todos empiezan á caminar muy de prisa por las calles, los unos porque tienen mucho que hacer y los otros porque quieren convencerse á sí mismos de que están muy ocupados y con notable sagacidad observan que ese es el medio mas espedito de fingirlo; vuelven á pararse los carruajes delante de las tiendas y á obstruir el paso y vuelve tambien el desagradable *regateo*, útil y necesario sin embargo, pues hemos visto mas de una vez venderse en medio peso efectos por que se habian pedido veinte reales al primer golpe, costumbre chocante que es ya ingénita en nuestros mercaderes. Con el sábado y la aleluya en fin vuelve Atta Troll á acordarse de que tiene que hacer la revista del *Album* y la empieza y la acaba como se verá por la muestra.

Atta Troll.

En el número siguiente comenzará la novela titulada **LA FLOR DEL ANGEL**, original de la Sra. Avellaneda, que no tiene cabida en la presente entrega por dársela á la novela del Sr. Hartzenbuch, que creemos agradará tambien no poco á los Sres. suscritores. A la Flor del Angel seguirá otra obra de la Directora del Album.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

LA FÉ. (1)

Nisi credideritis, non intelligetis.

Espíritu Santo.

Saludémoste ¡Oh Cruz! firme esperanza,
En estos dias tristes, dolorosos
Acrecienta la gracia á los piadosos,
Y el perdon de su culpa al reo alcanza.

Himno que se canta en la iglesia el Viérnes Santo, despues de la adoracion de la Cruz.

La fé, SEÑOR, es el mayor de tus soberanos dones. Por medio de la fé pones á tus criaturas en comunicacion contigo, porque ella traspasa la prision en que nuestros sentidos sujetan nuestra inteligencia, y salva el estrecho círculo de la razon humana; ella nos proporciona así tu santo conocimiento, nos esplica nuestro ser y nuestro destino, esta vida y la otra. La fé nos salva; es el triunfo de la santa sumision de los ángeles sobre el orgullo de Luzbel.

En vano han querido los hombres en su orgullo crear una fé humana, práctica y soberbia. De aberracion en aberracion han llegado á la locura sin poder hallar aquellos que la desecharon ciega y dócil, sin estas propiedades que forman su esencia, cosa que la sustituya.

El Viérnes Santo empero es el dia de la fé cristiana, de la fé divina.—Se respira en el aire, se siente en el silencio y en la solemnidad que como unánime señal de veneracion y respeto, llena al mundo que por galardon lleva el nombre de cristiano. En este augusto dia enmudece el ateo; en este dia solemne calla el descreido, y no osa unir su blasfema voz á la de los judíos en su clamor deicida: *Crucifige eum*, y en este dia aunque viste de luto la fé, es en trage de Reina. Sí; viste de luto y llora, y con ella la iglesia y todos sus hijos, y cuando al oir en los santos oficios del dia, estas sencillas palabras en la Pasion referida por San Juan, el apóstol querido: *Habiendo Jesus tomado el vinagre, exclamó:* TODO ESTA CONCLUIDO y *bajando la cabeza rindió el espíritu*, póstranse sus redimidos con profundo dolor y respetuosa adoracion al pié de la Cruz, glorioso patíbulo, trono de la fé, apogeo de la caridad, amparo de la esperanza!

En este dia el mas propio para implorar la misericordia del Señor, ruega la iglesia por ella misma, por su cabeza el Santo Padre,

(1) Este artículo religioso fué escrito espresamente para el ALBUM CUBANO por su distinguida autora, que lo destinaba al número cuarto, que salió á luz el primer dia de la Santa Semana. Desgraciadamente el correo de la Península no llegó á tiempo de que pudieramos cumplir el deseo de nuestra ilustre colaboradora, pero no queriendo privar á los señores suscritores de la lectura de tan precioso escrito, comenzamos con él la sesta entrega, cuyo reparto coincide casi con las solemnidades del dia que la iglesia ha dedicado á la celebracion del misterio de la Cruz.

por el Rey, por los Catecúmenos, por las viudas, por todas las necesidades, por los cismáticos, por los judíos, por los paganos; á nadie olvida, á nadie excluye esta santa madre que tantos ingratos olvidan, de la que tantos ilusos se alejan!

Hay tres horas en este dia mas solemnes aun que las otras, que son aquellas tres en las que agonizó nuestro Salvador en la cruz y en las que pronunció la víctima de Expiacion, las siete palabras que resuenan hoy en todos los corazones cristianos. En ellas se quejó de la sed, pero no de sus verdugos; halló paliativo al espantoso Deicidio, y no lo pidió para sus sufrimientos; buscó amparo para su madre humana, y lo pidió para sí á su Padre Divino, prometió su reino al pecador convertido, ansiando al derramarla que los hombres cogiesen el fruto de su sangre; fueron las últimas de suprema caridad y sublime satisfaccion al sentirse morir; todo está cumplido, dijo, y bajando su cabeza coronada de espinas, sobre su pecho traspasado por una lanza, expiró, dejando al mundo redimido con su sangre, y regenerado con su enseñanza.—Todo estaba cumplido!

Inclinánse entónces tambien nuestras cabezas como la de la sagrada víctima y un nuevo dolor parte nuestro corazon al ver al pié de la cruz la pálida madre que no abandonó á su hijo! Del afrentoso patíbulo baja á los brazos que al nacer le sirvieron de cuna el cadáver del primer mártir de la *Nueva ley* que al morir le sirven de féretro—y despues queda sola la *pura* Madre de Dios humanado, vestida de luto, clavada en su pecho una espada, símbolo del dolor que la traspasa, y así la apedilla la Religion, *Virgen de la Soledad*, y la acompañan en ella con el sentido himno:

Stabat mater dolorosa
Juxta crucem lacrimosa,

miéntras la devocion popular escucha en la calle al pobre ciego intérprete de sus sentimientos que en este augusto dia, alza á intervalos tristemente su voz en las estrañas y lúgubres modulaciones de las conmoventes saetas, con este y otros recuerdos de la Pasion del Señor:

Una corona le ponen
De espinas setenta y dos,
Que le atraviesan las sienes
Y á María el corazon.

Angel de la tierra escogido para tanta gloria y para tanto padecer! tan humilde en tu grandeza como mansa en tus sufrimientos! Tú que nunca te muestras severa ni desviada sino que siempre amparas y consuelas, tú clemente, tú piadosa, tú misericordiosa que estas al pié de la cruz dolorosa y llorosa que tantas lágrimas derramaste, que por advocacion te pusieron los fieles *Virgen de Lágrimas*, recibe las que en este dia derramamos contigo y con la iglesia, y preséntalas á tu hijo unidas á las tuyas como los granos de arena adheridas á las perlas sacadas del fondo de un mar de amor; é inclina su oido á esta nuestra súplica: Señor pendiente en el árbol de la cruz, oye nuestros ruegos! Mira por la iglesia nuestra madre y por su santo vicario nuestro Padre!—Ampara al pueblo cristiano, y para que no sea perdido para nosotros tu divino sacrificio y tu preciosa sangre, concede lo que con tu iglesia te hemos pedido en el Domingo de Ramos.

Aléjanos del fuego de las contradicciones; modera en nosotros el exceso de pasion; danos la salud del cuerpo y la paz del alma. [1]

FERNAN CABALLERO.

[Sevilla 10 de Marzo de 1860.]

---

(1) Extingue flammas litium,
Aufer calorem noxium,
Confer salutem corporum
Veramque pacem cordium.

AL ETERNO.

Tú creaste, Señor, los mundos y los soles que pueblan el espacio sin límites del firmamento: de ti emanan las fuerzas que hacen rodar sus inmensas moles con la velocidad del relámpago, sin que se desvíen de las órbitas que á cada una trazó tu mano omnipotente; y tuyas son las soberanas leyes que establecen la admirable armonía de ese todo colosal y sublime que se llama Universo.

Tu aliento es el éter puro que á todo infunde vida. A tu mirar brilló en el cáos la luz, y se apartaron las tinieblas; los mares circunscribieron sus agitadas olas, saltaron cristalinas las fuentes, y la ancha tierra brotó esa multitud de plantas que vegetan y se reproducen vistiéndose de pomposos follages, de perfumadas flores y de regalados frutos, para embellecer la creacion, contribuir al sustento de los seres, y conservar aspirable el aire de la atmósfera.

Tú creaste desde el mas imperceptible insecto hasta los mas gigantes mónstruos que recorren la superficie del globo, cruzan las regiones elevadas del aire, ó se sumergen en los profundos abismos de las aguas..... Y á todos acorrió tu providencia proveyéndolos de abrigo, de fuerza, de defensas, y de instintos tan propios y poderosos para conservarse, reproducirse y llenar los fines á que fueron creados, que igualan á la mas infalible prevision, á los cálculos mas exactos de la sabiduría.

Al fin, formaste la bella pareja humana, desnuda, débil, desarmada y ciega de ignorancia, espuesta al rigor de las estaciones, al tormento de las necesidades y á los peligros de tantos escollos como obstruyen la senda de la vida. Empero la dotaste con el alto don de la inteligencia perfectible, negado á los demás seres, y le dijiste:—"Tu cuerpo es débil para resistir á todo lo dañoso que te rodea; pero llevas en tu espíritu el arma poderosa con que has de conquistar el imperio de la tierra, del mar y de los aires; el imperio de tí mismo, que es aun mas glorioso. Dentro de tí está la divina antorcha con que disiparás las tinieblas que te ocultan las maravillas sin cuento del mundo físico y moral, del que te he puesto al frente. Enciéndela con tu propio trabajo, sé perseverante en aumentar mas y mas su luz, y todo será tuyo: tendrás tesoros de conocimientos que te admiren, de virtudes que te me asemejen, y de comodidades y de goces físicos y morales que te hagan concebir una idea de la eterna felicidad que espera á tu espíritu inmortal. Cuando alcances á conocer lo grande, lo armonioso, lo perfecto de mi creacion, podrás preguntarle quien soy. Ella te responderá sin engañarte, y te enseñará mis sencillas y eternas leyes, y la senda fecunda y amena de ciencias, de verdad y de justicia que conduce hácia mí."

Yo he tratado, Señor, de obedecer tu divino precepto, siguiendo, aunque pausadamente, las brillantes huellas de esos infatigables y grandes trabajadores que me han precedido en la carrera, gloria y orgullo de la especie humana, y veo en el vasto estudio de la naturaleza tu alto poder y tu sabiduría, y *me sobrecojo y te admiro.* Al estudiar la moral, cuyas leyes esculpiste en nuestro propio modo de ser, para que pudiéramos dirigir al bien nuestra alma libre, responsable é imperecedera, comprendo eres el tipo de todo lo bueno y de todo lo bello, y *humilde te respeto y te admiro.* Al contemplar tu providencia, manantial de dones y de beneficios, *te amo;* y al abarcar en mi mente todo el conjunto de las facultades absolutas de tu ser infinito, te reconozco como causa motora de todas las causas, como principio creador, conservador y eterno, y *me postro reverente y te adoro.....*

Aliéntame, Padre universal de los seres, para perseverar constante en mi trabajo, y haz que al término de mi carrera te lleve en

ofrenda lo que te es mas grato: una inteligencia rica de verdades, y una alma llena de virtudes que me acerquen mas á tí en la inmensidad de tu gloria.

Pedro J. Morillas.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA.

Bajo este epígrafe existe un manuscrito del malogrado escritor barcelonés D. Manuel de Cabanyes, que contiene veinte pliegos y que no parece concluido, en el cual se proponia trazar á grandes rasgos la historia general de los conocimientos humanos. Este largo y precioso fragmento, en cuyas páginas se descubren la erudicion y soltura de pluma de su jóven autor, no es para publicado íntegro pues carece de la lima á que el autor lo hubiera sujetado ántes de presentarlo al público; pero creemos complacerá á los lectores del *Album cubano* la ligera reseña que vamos á hacerles de aquel estudio filosófico, muestra del talento y criterio de un distinguido jurisconsulto y poeta que, arrebatado por la muerte cuando acababa de cumplir 25 años, dejó frustradas las legítimas esperanzas que habia hecho concebir á todos los amantes de las letras.

Despues de una corta introduccion sobre las primeras edades de la filosofía, á que no alcanza la luz de la historia, aunque sí el eco de la tradicion, empieza á presentarnos la filosofía reducida ya á sistema bajo el brillante cielo de la Grecia. La escuela Jónica florecia en el siglo VII antes de Jesucristo, enseñada por Thales de Mileto, el primero de los siete sábios, pasando despues á ser gefe de esta escuela Anaximandro su discípulo, despues Anaxímenes, y por último Anaxágoras, maestro de Pericles, de Eurípides y segun algunos de Sócrates. Ofrécese en seguida la escuela Itálica que tuvo por centro á Pitágoras, cuyo génio singular adelantó considerablemente la ciencia de la naturaleza física y de la naturaleza moral: fueron sus discípulos mas aventajados Ocelo, Timeo de Locres, Arquitas, Alcmeon, Filolao, Hipaso, Eudorio y el autor de los *versos dorados*, que se cree ser Leysipo. Al propio tiempo Xenófanes, natural de Colofon, abandonando el Asia menor, fué á establecerse en Elea, ciudad de la Grande Grecia, y allí empezó á enseñar las doctrinas cuyos sectarios forman la escuela eleática, así llamada del pueblo en que tuvo orígen. Despues de varios sistemas y encontradas opiniones seguidas por los sectarios de esta escuela, fíjase al fin la filosofía en una base mas sólida y natural,—en el *conocimiento de sí mismo* proclamado por Sócrates,—el cual supo conducir el espíritu por el método de la observacion, poner las mas importantes verdades al abrigo de la duda, y dar á las investigaciones un fin y un resultado prácticos. Fué, filosóficamente hablando, el creador de la moral, y fundó sus preceptos en la conciencia. La conducta toda de su vida presentó la aplicacion de sus rectos principios; y cuando en sus últimas horas bebia la cicuta, que los ministros de un tribunal injusto le presentaron, mostró toda la calma y tranquilidad de un sábio. Numerosos fueron sus discípulos; muchos de ellos siguieron diferentes sendas. Zenofonte, Esquinez y Simon, son considerados como los únicos intérpretes fieles de sus doctrinas.

Despues de la escuela Socrática, se hace notable como por contraste la escuela cínica, ó el Cynismo, que reconoce por su fundador á Antístenes, cuyo desprendimiento llevado á un rigorismo ridículo y despreciador no era mas, en concepto del mismo Sócrates, que una vanidad disfrazada; llegando al estremo de proponer al hombre por fin de sus deseos el placer y no la virtud. Esta secta no tardó en incluirse en la de Epicuro para quien la felicidad consistia en los goces. Tócame por incidencia las escuelas Eretríaca y Megárica

fundadas por Simon de Elis y por Euclídes, discípulos de Sócrates, y se fija el jóven historiador en la célebre Academia que reconoce por cabeza al mas célebre entre los discípulos de Sócrates: Platon, cuya doctrina solo pudo traslucirse al través de sus obras, pero no determinarse. Despues de habernos dado una rápida idea de los principios generales de su sistema filosófico, y de la segunda y tercera Academias, fundadas como continuacion de la primera, por Arcesilao y Clitómaco, consagra el siguiente capítulo á tratar del Liceo ó del Peripato, y aquí me parece de algun interés transcribir el retrato que nos hace de Aristóteles, y la idea que nos dá de su doctrina, como muestra del espíritu que reina en todo el manuscrito del Sr. Cabanyes.

"Trasladémonos otra vez,—dice,—á la primitiva Academia: veremos entre los discípulos de Platon á un mancebo de graciosas facciones, ostentando magnífico traje á pesar del mal estado de su fortuna que con sus disipaciones ha arruinado, dejando ver de cuando en cuando en sus labios maligna sonrisa, y en sus respuestas un tono burlon, un flujo de hablar, una sutileza que á menudo desconciertan y ofenden á su anciano maestro. Este mancebo es macedonio, natural de Estagira, y se llama Aristóteles. Despues fué llamado *el príncipe de los filósofos ó el filósofo por escelencia.* Cuéntase que cuando Platon murió, dejó encargada la direccion de la Academia á Senócrates, uno de sus discípulos predilectos, y que ofendido el Estagirita de esta preferencia, abandonó á Aténas y se retiró á Misa. De aquí fué á establecerse en Mitilene de donde Filipo le llamó para la educacion de su hijo el Grande Alejandro. El ingenio, pues, que debia abrazar todas las regiones de la naturaleza, iba á dirigir la enseñanza de aquel hombre extraordinario, cuya ambicion no encontraria mundos bastantes para satisfacerla. Tal vez sin las relaciones del nuevo discípulo, el alma independiente de Aristóteles se hubiera remontado con mas noble vuelo; empero justo es decir tambien que, merced al poderío del conquistador, pudo ayudar el filósofo su insaciable avidez de saber con todos los recursos que facilitan los conocimientos y los extienden. Así su sistema absorve todos los ramos que componen el árbol de la humana ciencia."

"Dando á la filosofía nuevas bases, distribuyendo con órden todas sus partes y enseñando como convenia trazarlas, las ha tratado él mismo y adelantado casi todas. La ideología, la lógica, la moral, la política, la anatomía, la historia natural, y la literatura todo ha sido objeto de sus investigaciones."

"Desde luego Aristóteles establece sólidamente la distincion del alma y del cuerpo, y refuta á aquellos que los consideran como una agregacion de átomos sutiles, ó como la armonía de diversos órganos físicos. No pudiendo asemejarla á ninguna sustancia conocida, hace de ella una nueva, y la llama entelequia. En el alma distingue con claridad dos órdenes de facultades que se agrupan las unas en torno del entendimiento, las otras en torno de la voluntad, pero se limita al análisis de las primeras. Descendiendo á las sensaciones, indica sus diversos caracteres, luego admite un centro comun, un foco intelectual, en donde las varias sensaciones son percibidas, comparadas y juzgadas igualmente: á este centro le llama sentido comun; (*sensorium commune*).—Opuesto á algunos antiguos filósofos, considera como distintas las facultades de sentir, de pensar, de la imaginacion y de la memoria. Divide finalmente el entendimiento en pasivo y activo; al primero concede la simple percepcion de las imágenes, y atribuye al segundo aquellas sublimes combinaciones que poco á poco van deduciendo las ideas generales. Aquí pues ya se aparta este filósofo de los principios de Platon, quien sentó como tésis general que toda percepcion deriva de una idea ó forma protótypa originariamente impresa en la mente. Aristóteles al contrario afirma que toda idea deriva de una percepcion exterior, y proclama la experiencia como principio generador de todas las ciencias humanas.

"No empero se crea á este filósofo (como se supone comunmente) exclusivo partidario

de esta máxima que falsamente se le atribuye. *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu.* Léjos está él de admitir solamente verdades sensibles y relativas, ó máximas generales sacadas por induccion de los experimentos. Frecuentemente se vé conducido á reconocer verdades necesarias, absolutas, que sirven de base á un gran número de conocimientos; pero en el plan que ántes habia concluido de atribuirlo todo á la experiencia, (tal vez mas para oponerse á Platon que por una conviccion profunda) parece embarazado con ese órden de verdades y no les señala lugar bien determinado.

"A pesar de lo vago é insuficiente de esta teoría acerca del orígen del conocimiento, Aristóteles hizo dar un paso inmenso á la ciencia. La sacó del dominio de la hipótesis y del ideal, en que la imaginacion de Platon la colocara, y la hizo entrar en la senda de la esperiencia y de la realidad.

"Desgraciadamente el método que dejó para que adelantase no fué el mas propio, pues en último análisis viene á consistir en las meras fórmulas del silogismo. En estas funda todo el arte del filósofo y todos los grandes conocimientos. Así es que puso toda su sagacidad y conato en analizar el silogismo hasta en sus últimos elementos, descendiendo primero á las proposiciones y despues á los términos mismos de las proposiciones. De esta suerte dejó redactadas del modo mas completo todas las fórmulas silogísticas, y con esto formó, bajo el nombre de lógica, una ciencia que precede á todas las otras. Fácil es de ver los fatales resultados que semejante método debia de producir. Encadenado el entendimiento con esas trabas, ni un paso se atrevió á dar, ni llegó á sospechar que fuera de ellas hubiese nada bueno.

"Con el mismo empeño que la lógica de Aristóteles ha sido defendida su física, en donde si hay algunas cuestiones sublimes que él trata y esclarece con grande maestría, el fondo, el total de la obra nada absolutamente vale. La principal causa de este defecto ha sido el haber abandonado Aristóteles el camino de la mayor parte de los filósofos que le precedieran. Estos habian creido que las mudanzas que en la naturaleza acontecen no son sino una nueva disposicion de las partículas de la materia. Propiamente hablando, ellos no habian admitido generacion. El desechó este dogma y se descarrió. Menester fué que enseñase que se producen nuevos seres y que algunos se aniquilan; los distinguió de la materia, les dió nombres desconocidos, afirmó ó supuso cosas de las cuales no tenia una idea distinta. Sin la evidencia de ideas, el estravío y el error eran indispensables. Sus sectarios, habiendo encontrado abierto el camino, introdujeron tambien número infinito de formas y de facultades distintas de la sustancia, y como él se estraviaron y perdieron.

"Mas si su física sobre tan erróneos principios fundada ha tenido que ceder indispensablemente la ventaja á la moderna, su grande *Historia de los Animales* es todavía un monumento precioso para la historia natural: todavía causa la admiracion de los modernos y coloca á su autor al nivel de Hipócrates, y muy superior á Plinio. En ella se encuentran expuestos con precision y distribuidos con método un número prodigioso de hechos, cuyo órden presenta las formas regulares de una ciencia.

"De las amenas regiones de la naturaleza pasa el filósofo á trazar los mas dificultosos y mas áridos asuntos de la moral. Aquí la paciencia laboriosa, la exactitud de espíritu que caracterizan á Aristóteles se encuentran en la enumeracion, la clasificacion, la definicion de las diversas especies de deberes que él subordina los unos á los otros, y se manifiestan mas todavía en el sábio arte con que reune la moral á la política, haciéndolas derivar á entrambas de un mismo principio, *el bien de todos.* Erró, sin embargo, en no fundar su moral sobre el deber, y en hacer consistir la virtud solamente en la moderacion. Empero dos doctrinas suyas particularmente han excitado la censura de sus contrarios y acaso no sin justo motivo: tales son el no fijar límite alguno al poder paterno, y el con-

siderar el estado de esclavitud como legítimo y conforme al voto de la naturaleza. Saltan á primera vista las fatales consecuencias que de la primera doctrina se derivan; y ojos severos podrian ver en la segunda la expresion de un servil cortesano; pero en honor de la filosofía supongamos, mas bien, que el espectáculo de tantos pueblos abyectos y cobardes, que sin honor y sin virtudes doblaban el cuello al primero que les presentaba el yugo, y al comparar esas degradadas criaturas consigo mismo, con su maestro al que llamaron *divino*, con aquel Sócrates, cuya fresca memoria llenaba aun el mundo, pudo quizá exclamar, en un arranque de dolor, que la esclavitud es el estado natural de la mayor parte de los hombres."

(*Se continuará.*)

LOS TROVADORES.

La Provenza, el condado de Barcelona, el reino de Valencia y el de Aragon han sido el pais clásico de los trovadores que, por espacio de mucho mas de dos siglos, ejercieron con sus cantos una influencia poderosa sobre la Europa cristiana.

Las principales naciones, entre otras la Inglaterra y la Alemania, tenian, no hay duda, sus cantos de guerra, pero de los trovadores provenzales fué de quienes aprendieron sus cantos de amor.

La Provenza pudiera muy bien decir á la Europa lo que contestó un dia Zacarías Werner á Mad. de Stael—que le preguntó quien era:—*Yo, Señora, soy el catedrático del amor.*

Bella es la historia de la poesía provenzal desde el siglo XI hasta el XV, que es cuando al son de las postreras vibraciones de una lira moribunda, rasgaron el aire con sus dolientes cántigas los últimos trovadores. Bella es la historia de esas cortes de amor tan celebradas, tribunal lleno de encantos y atractivos, en que los jueces eran lindas y afectuosas damas, y cuyas sentencias no arrancaban jamás lágrimas ni gemidos.

Supo la poesía provenzal inspirarse primero en las guerras que entónces agitaban el mundo; sacó sus dramáticos y caballerescos episodios de las luchas heróicas que sostenian el Occidente con el Oriente, y por esto en su época primitiva cantó la guerra mas bien que el amor.—Por fin, se hizo huéspeda de los castillos, fué recogida en el hogar doméstico, diéronla asiento á su lado y á sus piés las mas nobles y apuestas castellanas, y entónces dejó de cantar tan á menudo la guerra, para con mas frecuencia cantar el amor; ese amor caballeresco, platónico las mas de las veces, y sometido siempre á deberes positivos, fijados de antemano por un código obligatorio al cual no se podia faltar só pena de ser el quebrantador arrojado como un felon de todos los castillos.

Bella y gloriosa época aquella! La poesía primitiva, la poesía provenzal, que, segun algunos, era mas popular, mas rica de espontaneidad que esos otros cantos de los trovadores llegados hasta nosotros, habia quedado abandonada entre las masas como una mujer perdida; miéntras que su hija, la nueva desposada de los trovadores, salia galana de entre las tinieblas, como Julieta de su turaba; vestida de blanco y coronada de rosas empezando á recorrer las cortes del mediodía, cantando de castillo en castillo, de aldea en aldea, y repartiendo por todas partes flores y sonrisas.

Acompañaban do quiera á los trovadores el brillo, el esplendor, el poder y la riqueza. Las mujeres les colmaban de favores y los príncipes de dones. Leonor de Normandía distinguia á Bernardo de Ventadour entre todos los caballeros de su corte y pagaba sus trovas con tiernas miradas.

—Pedro Vidal,—que en alas de su espíritu aventurero se dió á correr el mundo,

—se enlazaba con una princesa griega y llegaba á tomar el título de emperador, llevando sus pretensiones al imperio de Occidente. —Elena de Plantaganet, la hermana de ese fiero Ricardo á quien llamaban las crónicas *Corazon de Leon*, reconocia públicamente por su caballero, dándole derecho de vestir sus colores, á Beltran de Born.—Arnaldo de Vidal conquistaba con un cántico á la Vírgen, la primera violeta de oro que dieron en premio los siete trovadores de Tolosa; y esta violeta, como un talisman irresistible, le abria las puertas de una cámara real y las del corazon de una reina.—Jaime el Conquistador daba asiento á su mesa y lecho en su propia cámara, á Pedro Cardinal.—Dante ha colocado en su paraiso y entre los elegidos á Folquet de Marsella; y Petrarca, que no es,—mírese como se quiera—sino uno de los últimos trovadores, marchaba al Capitolio coronado de laurel y llevado en triunfo; miéntras que Ausias March era el concejero, el válido y el amigo de ese infortunado príncipe de Viana á quien Cataluña amó como hijo, celebró como héroe, y honró en su muerte como santo.

Los trovadores iban de ciudad en ciudad y de castillo en castillo cantando el amor y la guerra, halagando á las damas y señores, recitando cuentos y baladas, y muchas veces tambien esparciendo la ironía y la sátira. Algunos llevaban un juglar que cantaba las trovas y canciones que ellos componian, pero otros iban solos, con su lira colgada á la espalda, tan pobres de bolsa como ricos de corazon y de ilusiones.

Durante el invierno el feudal castillo permanecia solo y aislado en su altura, rodeado de nubes que formaban como otra fortificacion en torno á su cinturon de torres, almenas y murallas. Nada de torneos y de hechos de guerra durante la fria estacion; ningun ilustre huésped iba á habitar las salas destinadas á los estranjeros; ningun peregrino aplicaba los labios á la bocina de aviso que colgaba de una cadena junto al puente levadizo. El castillo veia solo deslizarse, uno tras otro, pausados y lentos, largos dias monótonos de tristes é interminables noches, que alegraba solo el juego de los dados.

Pero llegaba por fin el buen tiempo; la castellana cogia la primera violeta en el parque, las golondrinas cruzaban alegres el aire regresando á sus nidos como heraldos de la primavera, el sol estendia un manto de oro sobre la naturaleza, fecundizándola con sus ardientes besos, y las nubes cuyo reinado habia concluido, se retiraban á habitar los picachos mas inaccesibles de los montes, proscritas de ese cielo puro del que momentáneamente se enseñorearan. Con la vuelta de las golondrinas y con el reinado de las flores, el castillo esperaba el regreso del trovador. Brillaba el sol de mayo, y se le veia trepar por la escarpada cuesta que conducia al castillo, despues de haber enviado al pueblo ó á la ciudad inmediatas sus juglares para que recitaran sus antiguos cantos á la congregada multitud.

Aquella misma noche la castellana, las doncellas, los varones, los escuderos, todos se reunian en la gran sala de armas para escuchar el poema que el trovador habia compuesto durante el invierno. El poeta se colocaba en medio de la asamblea. No leia sino que recitaba ó declamaba, y cuando su narracion lo exigia, cantaba por intervalos acompañándose del arpa ó de la morisca guitarra.

Su poema habia sido compuesto á veces por órden del señor del castillo, que le prestaba la crónica, en la cual estaba contenida la tradicion ó asunto que le encargara poetizar. Entónces figuraban en la narracion los antepasados del caballero feudal, y sus figuras eran delineadas con valientes y robustos rasgos de imaginacion, que arrancaban exclamaciones de gozo á los caballeros y lágrimas de ternura á las damas.

Otras veces elegia él mismo sus asuntos, segun la aficion que demostraban tener sus oyentes á los hechos de amor ó á los de guerra, y entónces escogiendo siempre con particularidad argumentos sacados de las tradiciones de su patria—cantaba ya las hazañas homéricas de Otgero y los nueve *barones de la fama*; ya los amores de Wifredo *el velloso*

con la princesa de Flandes; ya la fantástica leyenda de las montañas de Canigó; ya la ida á Alemania de Ramon Berenguer III, para ofrecerse como campeon de la emperatriz Matilde; ya la maravillosa historia de la espada de S. Martin, con la que mató un conde al fiero dragon que tenia aterrorizada la comarca; ya el rapto de la hermana de Ramon Berenguer IV. cometido por un amante y entusiasta doncel; ya las conquistas de Mallorca y Valencia por el conquistador Jaime I; ya los arranques amorosos de Pedro el Católico; ya las apariciones de San Jorge en las batallas mas célebres; ya, en fin, las luchas de los señores feudales y la historia de sus bandos.

Sus narraciones, sus trovas, sus leyendas, sus *lais* y *sirventesios* arrancaban á menudo entusiastas aplausos al concurso, y no era extraño entónces ver á los varones alzarse alborozados, y miéntras que el uno arrojaba el oro á puñados en la gorra del trovador, otro le hacia don de un caballo lujosamente enjaezado con un servidor para cuidarle, y otro le regalaba preciosos vestidos cuajados de pedrería, y otro brillantes armas de buen temple y de gran precio. Pero el don que el trovador estimaba mas, el regalo para él mas precioso era el que á su vez le hacian las damas, que atentas le habian escuchado, y cuyo corazon hiciera latir con sus amorosos cantares. Una le hacia poner de rodillas ante ella y pasaba á su cuello una rica cadena; otra le daba un broche de oro; otra le prometia bordarle una banda ó un pañuelo; otra se arrancaba, para hacer mas estimado el don, una sarta de perlas que brillaban en su tocado prendidas en la redecilla de oro que sujetaba sus cabellos; otra, en fin, se contentaba con darle á besar una blanca mano que el trovador detenia todo el mas tiempo posible entre las suyas, ó bien—y era un premio por el cual cien caballeros hubieran dado dos años de vida—bajaba ruborosa su casta frente y permitia, segun la usanza francesa, que el trovador imprimiera en ellas sus labios.

Así pasaba la alegre primavera y así iba recorriendo los castillos el trovador; á todos llegaba despertando con su presencia, entusiasmo y júbilo; de todos partia dejando huellas de inolvidables recuerdos.

V. B.

MAXIMAS PARA LAS SOLTERAS.

El deseo de agradar universalmente es la pasion dominante de una alma frívola y de un corazon frio.

Las jóvenes están muy expuestas á recibir las impresiones que inspiran.

No siempre es amor la fuerte turbacion que siente una jóven á la vista de un hombre que la enamora.

La vanidad hace muchas veces que las jóvenes se alejen de las reglas de la modestia y del decoro.

Una jóven que es dócil y verídica, tiene las dos cualidades que son la piedra fundamental de toda buena educacion.

La jóven que comprende y conoce la inconstancia, profana su corazon.

Los amores anticipados desfloran las primicias del corazon, distraen la aplicacion necesaria para acabar su educacion una jóven, é impiden que se madure su razon.

¿Cuál es aquella que gana el corazon del hombre verdaderamente? La que anda con dulce pudor; la que lleva la inocencia en el alma y la modestia en la frente.

Una jóven sin religion es el mas repugnante de los monstruos.

SECCION SEGUNDA.

VIRTUD Y CIENCIA.

Es la beldad flor temprana,
que haciendo de orgullo alarde
se abre al sol de la mañana,
y muere al sol de la tarde.
Y es resplandor tan precario
el que al hombre el oro ofrece,
que á un soplo del viento vário
cual humo se desvanece.
Mas la flor de la virtud
nunca estéril se consume,
pues de eterna juventud
conserva el grato perfume.
Ni fugaz pasa la pura
y hermosa luz de la ciencia,
porque es tesoro que dura
miéntras dura la existencia.
Si las juntas, no te asombres,
te darán por tu desvelo,
la una el culto de los hombres
y la otra el amor del cielo.

María Verdejo y Duran.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

PAN-HOEI-PAN.

La patria de Confucio puede enorgullecerse tambien de haber producido una de las mujeres mas notables del mundo.

Pan-Hoei-Pan vivió en el siglo I de la era cristiana, y tuvo por hermanos á un general y á un historiador con quienes se educó.

Su aficion por saber era tanta, que se instruyó á hurtadillas con las lecciones que recibian aquellos escuchándolas ávidamente desde un escondite.

Casó á los catorce años con un mandarin, y á excepcion de algunos momentos que su esposo la mandaba consagrar á las letras, se entregó completamente á los cuidados y obligaciones de su nuevo estado, sacrificando su amor al estudio, y comprendiendo sensata los deberes de su posicion.

Viuda en la flor de su juventud; se consagró al lado de uno de sus hermanos á una austera viudez, mitigando en el estudio de las ciencias y las artes el dolor de una pérdida que no quiso reparar.

Su hermano, el erudito historiador del Imperio, se ocupaba en escribir los anales del mismo, que exigian relevantes dotes, y observando que la jóven viuda las reunia en alto grado, no dudó en darla participacion en sus tareas literarias y en la gloria que le conquistaban, pues siempre que leia el Emperador algunos capítulos de las obras que le habia mandado componer, hacia esta advertencia:—"Este es artículo mio: este de mi hermana."

Al morir mas tarde en una prision, quedó aquella sábia mujer encargada de revisar sus obras y darles la última mano. El Emperador la señaló rentas y una habitacion en su palacio, inmediata á las Bibliotecas; y tan á gusto del Soberano desempeñó su comision, que se imprimieron sus obras. La de los *Anales* fué considerada como una de las mejores y mas curiosas de la China, historiándose en ella los sucesos mas notables del pais, durante tres siglos.

A su talento debió Pan-Hoei-Pan que el Emperador la nombrase maestra de poesía, de elocuencia é historia de la jóven Emperatriz.

No se envaneció con estos honores, y deseando el bien estar y la dicha de su sexo, compuso para ilustrarle sobre sus verdaderos deberes, una obra en siete capítulos, que aunque escrita diez y ocho siglos há, honraria hoy á cualquiera por lo profundo de sus pensamientos, la utilidad de sus doctrinas, y el raudal de filosofía que vierte en ella su autora. Copiarémos el título de los capítulos:

1.° EL ESTADO DE LA MUJER ES UN ESTADO DE ABNEGACION Y DEBILIDAD.

2.° DEBERES GENERALES DE LA MUJER CASADA.

3.° EL RESPETO QUE DEBE LA MUJER AL MARIDO, Y DE LA VIGILANCIA CONTÍNUA QUE HA DE

EJERCER SOBRE SÍ MISMA.—¿Quereis, dice la autora en este capítulo, que os respete vuestro esposo?—Mostradle un respeto ilimitado.—¿Quereis que os honre con su estimacion, y que os manifieste un afecto constante?—Velad siempre sobre vosotras mismas, para no dejarle percibir vuestros defectos, y para corregirlos.—Una mujer que no se cuida de estas dos virtudes, ó que no forme de ellas la base sobre la cual ha de apoyarse la tranquilidad de sus dias, caerá bien pronto en los vicios opuestos, y será muy desgraciada.

4.° DE LAS CUALIDADES QUE DEBE TENER UNA MUJER AMABLE.—Hé aquí un capítulo que jamas deben olvidar las jóvenes. "Sus palabras deben ser siempre honestas, dulces, mesuradas; no debe la mujer ser taciturna, pero tampoco charlatana; no debe decir nada trivial ni bajo, pero tampoco escoger sus expresiones ni emplear las que sean poco comunes, y querer aparecer como de grande erudicion. Si es bastante instruida en las letras para hablar oportunamente, no debe hacer gala de ello. En general disgusta que una mujer cite á cada paso la historia, los libros sagrados, los poetas y sus obras; pero será muy estimada si, sabiendo que es instruida, no se la oyen sino conversaciones gratas, si se ve que nunca promueve polémicas y que cuando es oportuno tomar parte en la cuestion, no se acalora demasiado.

5.° DE LA ADHESION INVIOLABLE QUE LA MUJER DEBE Á SU MARIDO.

6.° DE LA OBEDIENCIA QUE DEBE UNA MUJER Á SU MARIDO Y Á LOS PADRES DEL MISMO.

7.° DE LA BUENA INTELIGENCIA QUE UNA MUJER DEBE CONSERVAR CON LOS HERMANOS DE SU ESPOSO.

Para enseñanza de los cuñados, dice en este último capítulo.—"Una mujer de buen sentido que quiera vivir tranquila, debe comenzar por colocarse sobre todas las pequeñas incomodidades inseparables de su condicion: debe procurar convencerse de que de cualquier modo que obre, tendrá siempre algo que sufrir de parte de aquellos con quienes ha de vivir: de que su tranquilidad interior y su reputacion quizá, dependen de la estimacion que haya sabido conciliarse por parte de sus suegros y cuñados. Ahora bien: el medio de conciliarse esta estimacion es completamente sencillo: que nunca contraríe á los demas; que sufra pacíficamente el ser contrariada; que jamas contesta á las palabras duras ó picantes que puedan dirigirla, que nunca se quede á su marido, ni desprecie lo que van á oir, á ménos que no sean cosas evidentemente perjudiciales; que esté siempre dispuesta á mostrar deferencia por la voluntad de los demas en todo aquello que no se oponga á su deber. Sus padres y hermanos políticos, aunque fuesen unos ligeros, no podrian menos de sentir afecto y respeto hácia una mujer que así se conduce con ellos. En todo tiempo y en todas partes elogiarán su virtud y su excelente carácter. Semejante elogio, repetido con frecuencia, la conquistará tambien el corazon de su marido, la hará respetar de todos sus parientes, y llegará á establecer tan sólidamente su fama, que será objeto del aprecio universal, y se la citará como ejemplo."

Esta obra de Pan-Hoei-Pan, titulada por algunos el CÓDIGO DE LAS MUJERES, fué recibida con aplauso por el Emperador, la córte y el pueblo. El sabio Ma-Loung, presidente de los literatos, la copió él mismo, y encargó á su esposa que aprendiese de memoria aquel tratado, escrito, segun decia, *para la perfeccion de las mujeres.*

Tan ilustre escritora, honor de su sexo, murió llorada de todos á la edad de 70 años. El Emperador hizo solemnizar sus funerales con extraordinaria pompa.

Multitud de elogios se han hecho de ella para eternizar su memoria, y otra mujer sábia, esposa de uno de sus hijos, hizo grabar en su sepulcro esta inscripcion:—

"Pan-Hoei-Pan, por sobrenombre Tasan, la gran señora, esposa de Tasan, hija de Pang-ohe, hermana de Pan-Kou, ha dado la última mano á las obras de su padre y de su hermano, que ha explicado y embellecido tambien."

* * *

A DIOS.

¡Qué hermoso fuera, ¡oh! Dios inmortal,
vivir entre los seres
de un mundo que habitaran solamente
los justos y los buenos!

¡Qué hermoso fuera que existiera el alma
en eternas quietudes,
y al extender la vista en dulce calma
no hallar mas que virtudes!

Y dormir con la paz apetecida
que dan las buenas obras,
y cruzar los senderos de la vida
sin penas ni zozobras!

Mas no me quejaré, Dios soberano,
si acerbas amarguras
me mandas, que al venirme de tu mano
serán dulces venturas.

Hasta ahora he cruzado silenciosa
la senda sin abrojos,
y si ya algunas veces pesarosa
me he enjugado los ojos;

Es ¡ay! porque no pueden ser felices
sin tí los que te adoran;
y tú mismo, Señor, tú mismo dices:
dichosos los que lloran.

Yo no he sido feliz ni desdichada,
mas sí he probado penas,
que encuentra cada cual en su jornada
espinas y azucenas.

Y á nadie falta en este yermo oscuro
pesares ni tristezas,
ni se dispensa al corazon mas puro
probar sus asperezas.

Mas yo en los brazos de mi fé me pongo
vestida de paciencia,
y me dejo llevar y á nada opongo
la menor resistencia.

Y miéntras con mi lira y mis memorias
voy surcando estos mares
donde nunca encontré sublimes glorias
ni profundos pesares;

¡Quién sabe si terrible tu decreto
en mi cabeza extiendes,
porque ¡ay! el porvenir es un secreto
que solo tú comprendes!

Mas haz lo que sublime te propones
en mí, Dios soberano,
pues todo es bueno lo que tú dispones
y ejecuta tu mano.

Si ella ahora en la flor de mi existencia
la muerte me enviara,
¡con qué ternura y plácida obediencia
cuello y frente inclinara!

¡Con cuánta paz dejara los enojos
y los goces mundanos!
¡Con qué dulzura cerraria mis ojos
y juntaria mis manos!

Y tu santo poder bendeciria
gozosa con mi suerte,
pues mi mayor felicidad seria
Señor, obedecerte.

Luisa Perez de Zambrana

(Compuesta en Marzo de 1858 siendo soltera aun la autora).

LA FLOR DEL ANGEL.

[Tradicion Vascongada].

Vivia no sé en qué tiempo [pues la tradicion no lo fija], en uno de los blancos caseríos de las verdes montañas que ven correr al Deva, cierta jóven bellísima, llamada Rosa, hija única de un labrador adusto. Tuvo por compañero de su infancia á un pobre huerfanito, que otro vecino de la aldea habia por caridad prohijado; y de tal modo se amaron desde los primeros años, que podrian aplicárseles aquellos lindos versos de Hartzenbusch, referentes á otros amantes tradicionales:

"Y así fué nuestro querer
prodigioso en niña y niño,
encarnacion del cariño
que se adelantó al nacer."

Pero Rosa llegó á cumplir los 15 años teniendo ya 18 su amante Félix Erliá, á quien ningun mozo de la comarca se igualaba en gallardía; y si sus mutuas ternezas de niños no habian llamado sériamente la atencion de nadie, su acendrado amor de jóvenes no podia ménos de inquie-

tar en sumo grado al padre de la doncella, que no queria en manera alguna tener un yerno tan pobre. Nuestros amantes, y aquellos con quienes ya los tengo comparados, ofrecen, como irán notando mis benévolos lectores, no pocos puntos de triste semejanza. Erliá, como *Marcilla*, halló inflexible al padre de su amada; y si bien ésta se contentó con llorar en silencio, porque era modelo del respeto filial [generalmente profundo en los corazones vascongados] el jóven persistió de tal modo en su amoroso empeño, y rogó y gimió tanto á las plantas del insensible viejo, que alcanzó al cabo, como suprema merced, esta declaracion solemnemente articulada:

—Dentro de tres dias es el 1.° de Marzo, fiesta del Angel Custodio, y en él cumple mi hija sus diez y seis primaveras. Te doy palabra de honor de *no obligarla* á recibir esposo hasta dentro de dos años, y pasado que sea el mencionado dia. Si para entónces has adquirido medios de mantener como se debe á la mujer que escojas y á los hijos que te dé, preséntate á mí el 1.° de Marzo del año señalado, y juro por los ángeles que se festejan en él, que será tuya la mano de Rosita, siempre que ella, voluntariamente, no se la hubiese dado á otro. Pero si la Providencia te niega sus recursos, no pienses en aportar por estos alrededores, teniendo entendido que daré, con su gusto ó sin él, otro marido á la chica.

No osó replicar el jóven; ántes bien se retiró dando gracias al viejo, y como algun tanto esperanzado. Tres dias despues, el de la fiesta del ángel y cumpleaños de Rosa, se hallaba ésta sentada tristemente sobre unas piedras á las orillas del rio. En su distraccion amarga tronchaba maquinalmente unas tras otras las ramas todavía desnudas de los arbustos cercanos, y aun iba á dejar caer su destructora diestra sobre la única florecilla que entreabria solitaria su modesto cáliz al abrigo de la peña, y que era conocida en el pais con el nombre de la *flor del ángel* [por ser producto de una planta que, segun la tradicion asegura, jamas dejaba de comenzar su milagrosa florescencia en el primer dia de Marzo], cuando de repente llegó Erliá, y fué salvada la flor, pues Rosita solo se ocupó ya en contemplar á su amante.

—Vida mia, le dijo él sentándose á su lado, y mostrando en su rostro extraña mezcla de dolor y de esperanza: ya conoces la resolucion de tu padre. Me es preciso ser rico dentro de dos años, á contar desde hoy.

Rosa prorumpió en llanto.

—No llores, prosiguió Félix, temblándole la voz por mas que se esforzaba aparentando firmeza. Mi corazon está lleno de halagüeñas esperanzas, porque inspirado por mi ángel y por el tuyo, bajo cuyo patrocinio he puesto nuestros castos amores, voy á partir, para buscar fortuna en una tierra donde se dice que son de oro hasta las arenas de los rios. Sí; me voy al nuevo mundo, y el buque en que me admiten como marinero voluntario, se da á la vela esta noche.

Los sollozos de Rosita parecian desgarrarla el corazon; pero Félix, armándose de valor, pudo añadir todavía:

—Dentro de dos años, en tal dia como éste, en este sitio, y á esta hora, volverás á verme reclamando tu mano.

—¿Y si no vuelves? exclamó la doncella dejando caer su desfallecida cabeza sobre el hombro de su amante.

—Si no vuelvo, respondió Erliá con amargura, ruega por mí á Dios, y encomiéndame á nuestros ángeles, porque habré pasado á mejor vida.

—¡No! repuso ella: otra podrá ser tambien la causa que nos separe. ¿Quién me asegura que no te olvidarás de mí en aquel suelo lejano?

En el mismo momento una abeja libaba susurrando la temprana florecilla del ángel, y haciendo un juego de palabras con el nombre del insecto y el apellido de *Erliá*, que en vascuence significa *abeja*, dijo el jóven á su querida, señalando á aquél, posado amorosamente sobre la flor solitaria:

—¿Ves cómo viene á buscarla apénas aparece en la tierra? Pues primero olvidará esa abeja la flor, que pueda este otro Erliá olvidarse un solo instante de su Rosa.

La doncella se sonrió en medio de sus lágrimas; pero no parecia completamente tranquila; porque tenia la desgracia de ser un tanto desconfiada y zelosa, lo cual sabia su amante, y por lo mismo se apresuró á añadir:

—¡Yo te lo juro! Puesto que no tienes en mi corazon la fé que tengo en el tuyo, te juro por nuestros ángeles, presentes en este sitio, que seré contigo tan constante como con la flor la abeja.

Rosa, á su vez, prometió ante los mismos cólicos testigos no aceptar esposo alguno en los dos años de libertad que le permitia su padre. Luego guardaron los dos largo y elocuente silencio, apretándose las manos y dejando correr sus lágrimas con los cristales del rio.

Llegó por fin el momento de la separacion, y ¿quién puede explicar lo que es ese momento para dos corazones que se aman? En él solo están reasumidas todas las amarguras de la mas larga existencia. ¡Pobre Félix! ¡pobre Rosa!.... ¡Presentian sin duda que aquel amargo beso de despedida, era el primero y el último que se darian en la tierra!

Al dia siguiente volvió Rosa á orar por los navegantes al sitio en que se habia despedido de su Erliá, junto á aquella misma solitaria flor que habia libado la abeja.... Y la abeja volvió tambien á libarla en aquel dia, y al otro, y al otro..... y cada vez que la jóven iba á la orilla del rio para pensar en su amante, iba tambien la abeja á posarse en la florecilla, aunque ya mústia y marchita; como si quisiera con su constancia responder de lá del ausente que tenia su nombre y se habia con ella comparado. Otras muchas flores se fueron abriendo sucesivamente; pero solo las de aquel arbusto, el mas humilde acaso de los campos, tenian atractivo para el insecto leal: solo en ellas le veia Rosa posarse cada mañana, susurrando y batiendo las alas de placer.

Aquella circunstancia rara llegó á ser para la jóven motivo de supersticion. Imaginóse que sus buenos ángeles, invocados por ella y por su amante como testigos de sus sagradas promesas, y protectores de su inocente amor, hacian venir milagrosamente al fiel insectillo para calmar con su constancia las incurables inquietudes de un corazon desconfiado.

Bien lo habia menester la pobre Rosa, pues pasaron dias, y despues semanas, y despues meses, sin que llegase á ella la menor noticia del viajero. En balde iba á Deva cada vez que divisaba una vela desde la altura de los montes. En balde esperaba en la playa horas enteras, y apénas anclado el barco, se deslizaba entre los marineros, interrogándoles uno á uno sobre lo único que le interesaba en el mundo. Nadie respondia á su esperanza: nadie sabia nada de Félix Erliá, y la triste Rosa se volvia al caserío, cabizbaja, con el pecho rebosando inquietudes. Pero corria junto al arbusto cuyas últimas flores pronto esparciria el cierzo, y la abeja acudia tambien presurosa para consolarla, mostrando su fidelidad inmutable.

Llegó el invierno, y con él el luto de los campos. Rosa, enferma y abatida, pasaba los dias y las noches hilando bajo el techo de su casa y rezando á su ángel para que le conservase la ternura de Félix; pero á pesar de todo, los recelos de su alma iban creciendo en progresion terrible, no alcanzando á salir de esta cruel alternativa: *ha muerto ó ha cesado de amarme.* No contribuia poco á tan tristes cavilaciones el no poder ya contemplar cada dia á la constante abeja en su amada florecilla. ¡Ah! no quedaban flores en aquellos campos vestidos solamente por la escarcha, y el insecto guardaba su retiro ó habia perecido con los seres que amaba. Lloraba Rosa al pensar en ello, y lloraba, y lloraba tanto, que casi llegó á marchitarse su peregrina hermosura. Pero se acercó al fin la primavera con sus tibios dias, sus balsámicas auras, y reanimada Rosa corrió palpitante de temor y de esperanza al sitio consagrado por sus recuerdos. ¡Oh dulce espectáculo! La planta habia retoñado renovando sus flores, y la abeja, saliéndole al encuentro de entre ellas, pareció reconvenirla con sus susurros por las injustas sospechas que abrigaba. ¡Que no se burle nadie de las tiernas puerilidades de las almas amantes! Rosa sintió como por encanto calmarse en un momento sus mas crueles temores, y pronto volvieron á colorarse sus mejillas y á abrigarse en su corazon las esperanzas. No pasó ya ni un solo dia sin que tornase cada mañana junto al arbusto querido, y tampoco la abeja faltó un solo dia del modesto cáliz de su flor.

Aquel era el único consuelo de la pobre niña, porque sus repetidas escursiones á Deva continuaban siendo sin resultado.

Vino á habitar por entónces uno de los mejores caseríos de aquellas montañas cierto antiguo piloto, cansado ya de la agitada vida de marino, y que se proponia pasar descansado el resto de sus dias en la tierra de su nacimiento, con el capitalillo que habia logrado reunir. Llamábase Anton Ondarra, y era hombre entrado en años, pero agradable todavía por su carácter franco y bondadoso. Conoció á Rosa, y pensó desde luego que era la mujer que le convenia para compañera de su nueva existencia.

Ninguna la igualaba en hermosura, en modestia y en religiosidad. Ondarra lo comprendió así desde la primera ojeada, y pidió sin mas preliminares la mano de la doncella. Fuerte tentacion era esta para el codicioso padre, pues el pretendiente podia reputarse uno de los mejores partidos de la comarca; pero fiel, sin embargo, á su palabra, le manifestó terminantemente que no podia disponer de su hija hasta el 1.° de Marzo del año próximo. Anton Ondarra se resignó á esperar, y como no tardase en saber los sentimientos de Rosa, dedicóse á probarle, en vez de la apasionada impaciencia del amante, la apacible ternura del amigo.

—He creido, le dijo un dia con su noble franqueza de marino, que podia haceros dichosa dándoos mi corazon, mi nombre y mi fortuna: pero si todo lo que quereis aceptar de mí es la amistad de un hermano, os la ofrezco tambien á presencia de Dios, tan desinteresadamente cuanto es posible á un hombre. Disponed de ella, seguro de que no habrá sacrificio que no haga con gusto por contribuir á vuestras alegrías ó dulcificar, al ménos, vuestras penas.

Rosa no podia ser desagradecida á conducta tan noble y generosa. Aceptó lo que se le ofrecia, y Anton fué pronto su único confidente y su respetado consejero. La pobre estaba siempre tan triste, tan sola, tan sin arrimo (pues no tenia ya madre, y su padre era mas honrado que afectuoso), que el fraternal cariño del piloto llegó á serle indispensable en las crecientes amarguras de su situacion. Ondarra, por su parte, célibe machucho y sin familia, se apegaba mas de dia en dia á aquella niña tan bella y desgraciada, complaciéndose en merecer de ella, ya que no podia ser otro sentimiento, la casta afeccion de hijá.

Acompañábala en sus escursiones; pasaba á su lado horas enteras á las orillas del rio, oyéndole la incesante historia de sus recuerdos, y consolándola con el feliz augurio de la abeja, que no olvidaba á su flor; y de aquel modo el viejo marino y la jóven aldeana llegaron ántes de mucho á hacerse inseparables, con gran contento del padre, que habia ofrecido *no obligar* á su hija á que tomase esposo en los dos años; pero no estaba en el deber de impedir que se lo tomase ella si se cansaba de aguardar al que parecia olvidarla.

Un dia, sin embargo, se [illegible] se por la aldea una noticia [illegible] haber fondeado en el puerto de [illegible] el mismo buque de que se hizo [illegible] Félix Erliá, y no hay necesidad de decir con qué [illegible] y esperanza voló Rosita á las playas. Su emocion al verse á [illegible] del capitan del buque fué de tal modo [illegible] que le faltó completamente la voz, y Ondarra que la acompañaba, fué quien hubo de preguntar (conmovido por tan opuestos sentimientos, que no sabia él mismo qué [illegible]):

—¿Forma todavía parte de vuestra tripulacion el marinero Erliá?

—¿Erliá?..... respondió el capitan, sin cuidarse de la ansiedad con que [illegible] sus palabras. ¡Voto á bríos, que no conocí bergante mas afortunado que él! Me engañó para que lo llevara de balde en mi goleta; pero supo arreglarse durante la travesía con cierto colono ricacho que iba tambien á bordo, y al que tiró, ademas, la buena suerte de salvarle la vida en el naufragio que tuvimos cerca de las costas de Jamaica. ¡Le daba el corazon al perillan que aquel hombre habia de hacer su fortuna!

—¡Su fortuna! articuló tesoudamente Rosa. ¡Pues qué! ¿se ha hecho rico ya Félix Erliá?

—¡Vaya! repuso el capitan. El viejo colono le ha pagado el servicio dándole su hija única, que lleva una dote escandalosa.

Rosa cayó exánime en los brazos de Anton, que gritó fuera de sí, sobreponiéndose á todo otro sentimiento el interes que le inspiraba aquella pobre criatura:

—¡Mentis! ¡mentis! eso no puede ser cierto! Erliá no se ha casado.

—Mucho será, repuso impasible el otro; pues cuando he dejado hace dos meses las costas de Nueva-España, no se hablaba de otra cosa que de aquella próxima boda, de que habia dado parte á todos sus conocidos el padre interno de la novia.

—¿Oyes, Rosita? exclamó Anton. Aun no se habia verificado el casamiento, aun puede ser que se engañe este hombre.

Pero Rosa no le oia: un sueño mortal la embargaba. Cuando volvió en sí se encontró á la márgen del rio, junto al [illegible] del ángel, en torno del cual zumbaba alegremente la abeja; y Ondarra, que la sostenia en sus brazos, se la mostró, murmurando en su oido estas consoladoras palabras:

—Ella es fiel..... ella es fiel todavia.

—¡Pero él nó! gritó la jóven que recobraba con la vida la conciencia de su desventura.

Y los zelos, aquella horrible pasion á la que por su mal era propensa, los zelos la encendieron de súbito en tan violento furor, que maldijo al insecto con destempladas voces, acusándole de haberla engañado durante diez y seis meses. No contenta, sin embargo, con esto, su mano convulsivamente agitada cayó de repente sobre la pobre abeja que acababa de posarse en su querida flor..... en la única que no habia sucumbido todavia á los ardores del estío, en cuyo cáliz tantas veces acariciado encontró la triste su sepulcro.

¡Oh! ¡con cuántas lágrimas tenia que ser expiada aquella muerte impía, que acaso hizo gemir á los dos ángeles que cobijaban bajo sus blancas alas los inocentes amores de aquellos pobres niños!.....

G. G. de Avellaneda.

(*Continuará.*)

ROMANCE.

A HERMINIA.

Herminia, con mucho júbilo
recibí tu carta plácida,
aunque fué ligero y súbito
por ser la carta homeopática.
¿De dónde te vino el cálculo?.....
Herminia ten mas mecánica,
y deja para los médicos
esas fórmulas de Háneman.
Bien imagino el estrépito
de la tremebunda sátira,
por querer soltar la rémora
á la inspiracion fantástica.
Cómo ha de ser! soy prosélito
de las discusiones máximas,
pues en ellas puede esplícita
decir cuanto quiera el ánima.
Bien es verdad que en el prólogo
puede haber mucha camándula:
no hablo del tuyo benévolo,
que este nunca tiene mácula.
Hablo, sí, de tanto fárrago,
de tanta inaudita cháchara
que quiere, contra lo sólido,
ensalzar la vision plástica.
Unos la visten de púrpura
pero estos son unos sátrapas,
que con oracion hipócrita
quieren ganarse una dádiva;
y el mundo, que es todo pécora
hace autopsia de la fábula,
dejando en su punto céntrico
el sentido de la página.
Otros con poca sindérisis
componen la turba pálida
de aduladores misérrimos,
con tal de llenar la válvula.
Otros con maldad frenética,
son, por condicion satánica,
inventóres macarrónicos
de atrocidades venáticas.
Quien celebra á una feróstica,
y quien con canciones báquicas
quiere alucinar al mínimo
con deslumbradora mágica
Pero ¿por qué tan ecónoma
has sido en tu carta párvula
querida Herminia, mi prógima?
Nunca te creí sarcástica!
Eres un ángel y epílogo
de la mujer buena y cándida:
por eso mi pecho vívido
entona en tu obsequio cánticas.
Así cuando un viejo cócora
dice que todo es farándula,
te presento como símbolo
de las virtudes seráficas.
Pero con mi verso esdrújulo
te vas á quedar estática!
qué quieres? estoy de cálamo
y es mi vena sistemática.

En cuanto á la bruja estólida
del pueblo de las Güanábanas
y de los Güiros, la mísera
está en el lecho escarlática.
Quise entrar con ella en diálogo,
y la encontré bajo sábanas,
con un ruido en el exófago

que me causó mucha lástima:
y como soy tan solícito
la empecé á frotar con árnica,
y ella toda maquiavélica
comenzó á hablarme enigmática;
pidióme para sus hálitos
unas botellas del Málaga,
y algo del metal aurífero
para auxilio de su ánima.
Yo que la ví tan retórica
y algun tanto numismática
quise abandonarla rápido
no fuera á dejarme en lámina.
Empero de buen metálico
le regalé unas carátulas,
que fué para ella el antídoto
de la Piscina Probática.
No hay quien no se ponga angélico
con esta esencia balsámica,
por ella hace el mas estúpido
peroracion problemática.
Por ella se niega al prógimo:
es la mas potente máquina;
y por ella cruzó el réprobo
hasta los confines de Africa.
No pienses, no, que es quimérico
mi juicio; nó, que la táctica
de conocer los pelícanos
despierta mi musa cáustica.
Ahí tienes á D. Hermógenes
requebrando á doña Pánfila,
que ha cumplido siete décadas.
Y por qué? Por sus parásitas
onzas de oro, que en sótano
tiene encerradas la escuálida:
y allí se estarán recónditas
hasta el dia de la ráfaga.
Ahí tienes á D. Hipólito
aficionado á la náutica,
queriendo andar sobre el piélago
de dificultades máximas.
Pretende graduarse *in útroque*
ignorando la botánica!
No comprendes el escándalo
de su viperina chárrula?
Y con qué fin? Con que el Sínodo
le coloque en una cátedra,
para llenar la bucólica
á fuerza de las metáforas.
Quién no se impulsa á la esférica
consolidacion metálica?
Hasta el babieca Gerónimo
y la sencilla Escolástica.
Aquí muchos son astrólogos
por constitucion orgánica,
y consultan con las piéyades
la estacion maligna ó plácida.
Tampoco falta cernícalo
que con discusion enfática
engañe á algun pobre crédulo
de los de sustancia elástica.
Bien dijo el sabio rey Pítaco:
grande es de estultos la máquina;
verdad que despues los Arcades
publicaron en sus máximas.
Tú has de creer, ángel nítido,
que aun hay quien crea en la mágica
y quien consulte su horóscopo,
y tenga libros de heráldica,
para alucinar al párvulo
con esplicacion dogmática,
haciéndose por sus méritos
descendiente de Anaxágoras!
Quien vea en la luna bípedos,
y quien crea en la fantástica
tendencia de los espíritus
que consolidan la màquina
terrífera, y que al magnètico
influjo, la masa orgánica
gira á voluntad del cínico
que entabla mística plática
con el espíritu lúgubre!
Has visto, Herminia, qué fábula!
Y entre tantos despropósitos
que intentan grabar en lápidas,
hay pocos que con buen ímpetu
obedezcan las pragmàticas!
Todos quieren ser los prístinos;
y, por consecuencia práctica,
sucede que son los prósperos
los que tienen mas gramàtica.
Desde luego, cuando el ámbito
recorro de las farándulas,
me prevengo con mi lógica
y no temo à humana cábula.
No me asustan los murciélagos,
pues siempre brilla mi lámpara,
y como soy buen católico
fiel respeto la dalmática.
Adios, Herminia: mi epístola
debe terminar. Magnánima
dame relacion verídica

de todo, amorosa y plácida;
y con mis memorias próvidas,
perdonándome estas áridas
concepciones estrambóticas,
que inventa mi amor con ávida
intencion de que tu espíritu
se regocije, la dádiva
admite benigna y pródiga
de mi adoracion volcánica.

Rafael de Cárdenas y Cárdenas.

LA HERMANA DE VELAZQUEZ.

(Continuacion del capítulo XIII.)

Aquel padre debia su hija á una falta, y sin embargo no habia querido imprimir un beso en su frente hasta no cerciorarse de que era pura de la misma falta orígen de su ser. ¡Terrible egoismo humano!

Rubens se separó de su hija, la cual, aunque se habia recobrado un tanto, habia vuelto á cerrar sus fatigados ojos sin conocer á nadie: en seguida se dirigió á buscar á Juan, que parado enfrente del cuadro del entierro, le contemplaba con desencajados ojos.

—Gracias, le dijo; gracias, salvador de mi hija! ¿qué es lo que yo puedo hacer para recompensarte?..... habla..... ¿quieres seguirnos á Flandes? ¿quieres ser libre?... .

—No puedo dejar á mi señor miéntras me dure la vida, contestó Juan separando del cuadro sus extraviados ojos: mi vida es verlo y servirle.

—¡Ese lienzo está pintado por Juan! gritó en aquel instante el discípulo Pablo de Astudillo señalando al cuadro del entierro: lo he conocido en lo asustado que ha quedado al verlo aquí.

Ante la delaracion del niño palideció el mulato densamente y cayó á los piés de Velazquez murmurando la palabra *perdon!*

Velazquez le levantó en sus brazos, y al mismo tiempo Felipe IV apoyó su real mano en el hombro del siervo.

—*El hombre de genio,* dijo con voz solemne, *no puede ser esclavo; alza la frente; eres libre.* [1]

Al concluir estas palabras tomó un pincel, lo humedeció en color rojo, y se acercó al retrato de Velazquez.

—Recibe, dijo dando pinceladas sobre su costado izquierdo, recibe esta cruz en memoria del heroismo con que has conservado el honor de la hija de Rubens: ese honor, [añadió bajando la voz] que yo he estado á punto de empañar para siempre.

Y se desvió á un lado dejando ver sobre el pecho del retrato la cruz de Santiago que se destacaba sobre el terciopelo de la ropilla

—Adios, comendador, dijo tendiendo la mano á su pintor de cámara: sois libre durante seis meses para acompañar á Flandes á Rubens y á su hija; pero no olvideis que al cabo de este tiempo os necesito á mi lado.

Salió en seguida con la reina, su hija y los cortesanos sin atreverse ni aun á mirar á Ana.

—¡Ay, señor! exclamó Juan de Pareja besando respetuosamente la cruz de Santiago: soy tan dichoso al veros comendador, que no podia haberme dado el rey mejor premio por haber puesto fuego á su palacio para salvar á doña Ana.

Al oir su nombre abrió la jóven los ojos y los clavó en Velazquez, como si á él solo viese de las personas que la rodeaban.

—¡Hermana! exclamó éste con un esfuerzo que rompió todas las fibras de su generoso corazon: ¡hermana mia! ¡hé aquí á nuestro padre Rubens, que será desde hoy tu defensor y tu guia!

XIV.

Angel y mártir.

Es una hermosa mañana de Setiembre. La casita que Ana habitaba en Amberes ántes de su partida para España, aparece silenciosa como en la época en que la jóven vivia en ella en compañía de la anciana Tadea.

Sin embargo, ahora, ademas de las dos mujeres que la ocupaban en otro tiempo, está habitada por otras tres personas.

El aspecto del cuarto de Ana no ha variado en nada del que tenia hace dos años, cuando la

[1] D. José Muñoz Gaviria.

jóven dormia en él los sueños de su infancia.

Aun está adornado con la misma calada sillería de marfil con asientos de terciopelo blanco.

Y en las ventanas están las mismas grandes cortinas de damasco azul.

Y el mismo crucifijo de nácar, vela á la cabecera del lecho entoldado tambien de una tela igual.

Pero en aquel lecho está tendida Ana mas blanca que el alabastro de sus columnas y relieves.

Sobre una mesa colocada en el centro del aposento, se ven frascos y medicinas.

La jóven duerme.

Sus angélicas facciones, demacradas por largos dias de dolor y sufrimiento, tienen ya impreso el sello de la muerte.

Una túnica de muselina blanca, envuelve los enflaquecidos contornos de su cuerpo.

Sus piés, diminutos y blancos como el mármol, están desnudos y medio velados entre los pliegues de su túnica.

Sus pequeñas y ebúrneas manos, delgadas hasta la trasparencia, se cruzan sobre su seno.

Se ha quedado dormida rezando á una imágen de María, que se destaca sobre un reclinatorio colocado á los piés del lecho.

Un rayo de luz va á resbalar sobre las bellas y suaves facciones de la madre de Dios; que parece mirar y sonreir á la niña dormida.

En pié y junto al lecho, tres hombres contemplan el sueño de Ana con una angustia indefinible.

El primero es un hombre de continente altivo: la nieve que matiza su espléndida cabellera, es harto luciente para que no sea prematura; un hondo pliegue de dolor se ha formado en medio de su frente.

Es Rubens.

A su lado hay un jóven pálido y enflaquecido; sus grandes ojos negros hundidos patentizan largos dias de sufrimientos.

Es Velazquez.

Junto á él está Juan el mulato, esmeradamente vestido con un traje igual al de su antiguo amo.

La humildad y la afliccion, que en otros dias retrataban las facciones del pobre esclavo han desaparecido.

Ahora es libre y artista; pero amigo fiel de Velazquez, no ha querido abandonarle.

Tiene detras de sí un caballete, donde ya está pintada admirablemente la pobre Ana, dormida en su lecho, con el letargo que precede á la agonía.

Largo rato hacia que reinaba el silencio.

De súbito se abrió silenciosamente una puerta, y una mujer vestida de terciopelo negro, y cubierta con un largo velo, negro tambien, entró en la estancia.

Arrojóse sobre el lecho de la enferma y besó repetidas veces su frente y sus cabellos, sin que la jóven se despertase.

—¡Gracias!..... dijo despues tomando la mano de Rubens; gracias, Pedro Pablo, por haberme enviado á buscar para recoger el último aliento de mi hija!

Los ojos de Ana se abrieron en aquel instante.

Parecia mas diáfano y hermoso el azul de sus pupilas, pero sus facciones se descomponian por momentos.

—¡Diego! fué su primera palabra.

Los dos pintores se acercaron; Juan se sentó delante del caballete, para dar en él las últimas pinceladas.

La incógnita se arrodilló á los piés del lecho, y ocultó la cabeza entre las ropas sollozando con íntima amargura.

—Diego, continuó Ana con una voz tan débil que casi no se oia ya: ¡Diego!..... el amor que te he tenido ha aniquilado mi vida!..... cuando en aquella carta fatal me dijeron que no eras mi hermano..... y que tenias una esposa..... y una hija..... la desesperacion se apoderó de mí..... cuando supe que era un engaño..... ya estaba herida..... de muerte.....

Calló Ana, y durante algunos instantes solo se oyeron los sollozos de sus padres y los gemidos de Velazquez.

El mulato habia terminado su cuadro, y lloraba silenciosamente.

De repente se incorporó Ana sobre un brazo y miró la inclinada cabeza de aquella mujer.

—¡Madre!..... gritó extendiendo los brazos y conociendo con ese instinto admirable de los moribundos, que aquella mujer solo podia ser la que la habia dado la vida.

—¡Hija mia! gritó ella lanzándose hácia su hija y estrechándola en sus brazos.

Ana levantó el velo de la incógnita, y apareció un semblante del cual era el suyo una copia fiel.

La desconocida tenia lós cabellos de igual color, y el matiz de los ojos de Ana parecia haber sido robado á los suyos.

—¡Adios!..... madre mia..... padre..... Diego adios! murmuró la jóven. ¡Dios me llama desde el cielo, y me enseña la gloria!.....

Cayó blandamente sobre la almohada, y sus labios dejaron escapar el último suspiro.

Las cuatro personas que rodeaban el lecho cayeron tambien de rodillas, y volvieron á oirse en aquella estancia secos y amargos sollozos.

La madre de Ana levantó la primera la cabeza, púsose en pié y se envolvió en su manto.

—Don Diego, dijo dirigiéndose á Velazquez con voz quebrantada, pero con firme acento: os suplico que me dejeis ese cuadro que contiene la imágen de mi hija y que vuestro amigo acaba de pintar.

—Señora, contestó Velazquez, he hecho ya el doloroso sacrificio de cederle al padre de Ana..... pedidselo á él.....

Los sollozos le cortaron la palabra y tornó á postrarse á los piés del lecho.

El ciudadano de Amberes guardaba un doloroso silencio.

—Antes de que os dejo para siempre, don Diego, continuó la madre de Ana, quiero justificarme ante vos de mi conducta, en presencia del cadáver de mi desventurada hija. Sabed que soy hija del noble conde de Egmont, de la rica y dilatada familia de este nombre: á los quince años me casé con un primo hermano mio que heredó el título de mi padre por fallecimiento de este último.

Enrico era gallardo, jóven, bueno, y me adoraba: yo le amaba tambien, y dos años despues de mi matrimonio le habia dado dos hijos, cuando mi esposo fué á suplicar á Pedro Pablo Rubens, que le hiciese mi retrato.

Quiero pasar en silencio los progresos de su seduccion, y llegaré al dia en que conociendo Enrico que iba de nuevo á ser madre, me dijo echando sus brazos á mi cuello: vas á darme por tercera vez la ventura de abrazar un hijo y nada me has dicho!.....

Yo bajé los ojos: cubrió mi frente el carmin de la vergüenza, y rompí á llorar.

Nunca supe mentir.

La frente de Enrico tan serena de ordinario se cubrió de una nube.

Entónces me arrojé á sus piés y le referí todos los detalles de mi falta, ménos el nombre de mi cómplice.

—¿Quién es el padre del hijo que llevas en tu seno? me preguntó entónces.

—Mátame, Enrico, exclamé, pero no me hagas una pregunta á la cual no puedo contestarte.

—¿Luego le amas mucho?

—¡Oh no, Enrico! exclamé con tal acento de verdad, que quedó casi convencido; no le amo, no..... mi falta fué la consecuencia de un vértigo..... pero no quiero decir su nombre, porque querrás batirte con él, y puede matarte!

—Está bien, dijo Enrico con calma: desde hoy, señora, habitareis la parte del palacio opuesta á la que habite yo con mis hijos, y ni á ellos ni á mí nos volvereis á ver. Este es vuestro castigo.

Callé: tampoco sabia doblegar mi altivez hasta el ruego.

Desde aquel dia viví aislada, sin mas compañía que una doncella para mi servicio.

Cuando dí á luz mi hija, la hice bautizar con mi nombre y la mandé á Rubens con mi camarera Gisela: aunque rechazada por mi esposo, no intenté profanar su casa abrigando en ella el fruto de su deshonor.

Rubens no quiso ofender tampoco el decoro de su mujer y de sus hijos con la presencia de la desgraciada criatura, y la depositó en la casa donde la visteis, con una nodriza y la anciana dueña que conoceis.

Luego no volvió á pensar en ella: abrumado de honores y dignidades, la gloria embargó su alma: ¡yo, por el contrario, iba sola y encubierta todas las noches á imprimir un beso en la frente de mi hija!

Cuando la luz de su razon pudo ya hacer que me reconociese esperé á que el sueño cerrase sus ojos para verla.

De este modo pasaron algunos años.

Un dia supe por Gisela que mi hija Duyweque [1], que ya contaba quince años, estaba enferma del pecho, y que mi esposo se disponia á llevarla á Gante.

Espié el dia de su salida, y lo supe el anterior: envié á Gisela á que mandase disponer un

[1] Significa *paloma* en lengua flamenca.

coche muy modesto de camino, y escribí una carta: por la noche fuí á ver á Ana y la puse en sus manos, encargándola que la entregase al hombre á quien amaso.

Despues la abracé y partí.

Seguí en mi coche á Enrico y á Duyweque enferma, y al llegar á Gante me hospedó en el meson de San Pablo, que era el mismo que ellos habian elegido.

Un mes pasé pegada á la pared del cuarto donde mi hija sufria.

Una noche oí gritos dolorosos que se escapaban del pecho de mi esposo.

—¡Se muere! gritaba, se muere!... socorro!...

Yo me lancé en el cuarto..... Duyweque agonizaba ya.

La mirada de mi marido se fijó en mí no obstante su dolor: una lágrima empañó el brillo de sus grandes ojos, y se arrodilló junto á mí al lado del lecho de nuestra hija, sin hablarme una palabra.

Duyweque abrió los ojos y murmuró:

—¡Madre mia!..... Padre! ámala y consuélala.

Luego, como si Dios la inspirase en aquel momento, puso mi mano en las de su padre..... y espiró!.....

Un sollozo desgarrador cortó la palabra á la condesa.

Los tres oyentes de su lastimera historia lloraban tambien.

Luego añadió:

—Tres dias despues, y acabados los funerales de mi hija, entró Enrico en mi cuarto.

—Ana, me dijo: quiero que Duyweque descanse en el panteon de mis padres, que como sabeis está en esta ciudad. La jóven condesa de Egmont debe reposar junto á sus abuelos.

Yo incliné la cabeza en señal de conformidad, y él continuó:

—Vivid junto á su tumba si quereis; de este modo vereis cada año á vuestro hijo Yans cuando venga á traer una corona de flores á la tumba de su hermana.

Yo me incliné ahogando en mi corazon el llanto que brotaba de él, y mi esposo desapareció al articular—*te perdono.*

—La conciencia, prosiguió tras una larga pausa la condesa; la conciencia alzó al fin su grito en el alma de Rubens..... buscó á su hija y la encontró; pero ¡ah! herida ya por la misma dolencia de su hermana, junto á cuya tumba vuelvo á consumir el resto de mi infortunada vida; porque junto á esa tumba descansarán tambien los restos de mi otro ángel.

Al decir estas palabras se aproximó la condesa á una ventana é hizo una seña.

Dos criados de luto subieron un ataud de terciopelo blanco, colocaron en él el cuerpo de Ana y bajaron con lento paso.

La condesa desprendió entónces el lienzo del caballete sin que nadie se le opusiera, le enrolló bajo su manto, y estrechando la helada mano de Velazquez, salió.

Un instante despues se oyó el pesado paso de los dos servidores que llevaban en una litera enlutada el cadáver de Ana.

La condesa seguia sombría y envuelta en su manto negro el fúnebre convoy.

La infortunada hija del gran Rubens llevaba por todo acompañamiento á su última morada á su pobre y desolada madre!

XV.

La doble tumba.

No me detendré yo á hablar de la vil privanza que siguió ejerciendo aun durante largos años el Conde-duque sobre el débil y voluble corazon de Felipe IV.

Ni de las glorias de Rubens, que algunos años despues y muerta su primera esposa, casó con Elena Froment, célebre por su hermosura.

Ni de la muerte desastrosa de Juan de Pareja, acaecida en tiempo mas remoto, por salvar de una puñalada al esposo de la hija de Velazquez, el paisista Juan del Mazo.

Todos estos hechos son de tanto bulto, que apénas existirá una persona que no los conozca.

Voy á conducir al lector, un año despues de la muerte de Ana, al pintoresco cementerio de Gante, y á la espalda del grandioso panteon de los condes de Egmont.

Allí hay una tumba con dos lápidas: una de mármol blanco: otra de jaspe negro.

Las dos tienen inscrito encima el sencillo y dulce nombre de *Ana.*

La blanca está rodeada de rosales blancos tambien: un árbol de azahar la da flores y som-

bra, y algunos búcaros de pórfido llenos de azucenas rodean la nevada lápida.

Pósanse en ellas las mariposas, y los pajarillos cantan amores en el azahar y en los rosales, porque son los últimos dias del estío.

La losa negra está rodeada de adelfas, y la da sombra un ciprés cuyo tronco está rodeado de yedra.

La amorosa yerbecilla quiere al parecer consolar á la sombría tumba con sus humildes hojas y con sus florecillas azules.

Era la caida de una tarde de Setiembre.

Un caballero jóven aun y vestido de rigoroso luto, llegó acompañado de un hermoso adolescente que aparentaba diez y siete años, veinte ménos que su padre.

Porque padre á no dudarlo era el caballero que acompañaba.

Tenia como él los ojos negros y hermosos, rizados y negros los cabellos y morena la tez.

Depositaron una corona de rosas que el jóven traia en la mano sobre el panteon, y ámbos rezaron largo rato, besando despues el helado mármol.

—¡Pobre Duyweque mia! exclamó el jóven ardorosamente; ¡cuánto te amaba yo!

Y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Vamos á rezar ahora sobre otra tumba, hijo mio; dijo el caballero.

Ambos se arrodillaron en la tumba negra y rezaron largo rato.

Al levantarse el niño cortó una rama de adelfa, besóla, y la guardé en su pecho diciendo: descansa en paz, madre.

—Padre, añadió despues mirando la blanca tumba; ¿quién descansa en este sepulcro?

Calló el conde confuso.

—¡Mi hermana! contestó á su espalda una voz varonil, pero de timbre suave y melancólico.

Volviéronse Enrico y su hijo: un caballero con traje español de rigoroso luto estaba en pié detras de ellos. Tenia en la mano su chambergo, y su hermosa cabellera negra que caia en largos rizos empezaba á ostentar algunas hebras de plata.

—¿Cómo es, pues, que descansa junto á mi madre? preguntó Yans con su sencilla curiosidad.

—Jóven, contestó el caballero enlutado; no os afaneis jamas por comprender lo que se os presente oscuro en vuestra vida; todos los arcanos, hasta los de la ciencia, disecan el corazon y marchitan el alma; bajo esa blanca tumba está encerrado un drama que todos ignoran que haya tenido lugar en mi vida, pero que Dios sabe cuánto dolor ha derramado en lo que me resta de existencia.

—¿Quieres, padre mio, que rece sobre ese sepulcro? preguntó Yans.

—Reza, contestó noblemente Enrico: todos los jóvenes sois hermanos ante Dios.

Arrodillóse Yans y cruzó las manos.

Los dos caballeros se dejaron caer tambien de hinojos á su lado.

Cuando se separaron Velazquez y el conde abandonando el cementerio, la luna habia ya aparecido como una soberana en el palacio diáfano y azul del firmamento, y las aves cantaban un himno de despedida á la doble y solitaria tumba.

Pilar Sinués de Marco.

FIN.

LO BELLO EN LA MUJER.

A ADRIANA.

Muchas veces, cuando pienso
Que la mujer en la tierra
Tiene la mision de un ángel
De consuelo, que cumplir;
Y que en lo bello de su alma
Y lo moral de sus fines
Cifra el hombre la esperanza
De contemplarse feliz;

Formo, acá en mis ilusiones
Dó siempre el amor impera,
De una hermosura modelo
El mas perfecto ideal:
Y de la choza del pobre,
Hasta el palacio del rico,
Va indagando el pensamiento
Si existe la realidad.

Hallo una jóven doncella,
Cargada de oro y brillantes,
Tras la que van cien galanes
Rindiéndole adoracion.
Vedla: su rostro es de cielo,

Rayos del sol sus miradas,
Su acento es melífluo y blando
Como un suspiro de amor:

Envidia el marfil lo blanco
De su mano diminuta;
Tan rojo como su boca
No hay en el prado un clavel.
Pues esa mujer que ostenta
Tanto esplendor y hermosura,
No tiene por su desdicha
Lo mas bello en la mujer.

Porque su mano no se abre
Para dar pan al mendigo,
Ni sus ojos se humedecen
Ante el ajeno dolor:
Su faz no se ruboriza
Cuando oye de amor el ruego:
Vierte su boca palabras
Que no siente el corazon.

¡Ay! y cuando esto contemplo,
Cuando miro convertido
Lo bello de mis ideas
En amarga realidad;
Se apodera de mi alma
Un profundo desaliento;
No es el desencanto triste,
No; pero me hace llorar.....

Mas ¡oh Dios! vuelvo los ojos
A tí, mi dulce esperanza,
Y siento al fondo del alma
Las ilusiones volver.
Que al verte sensible y buena,
Modesta y caritativa,
Digo:—es una flor del cielo
Que en mi camino encontré.—

Tú no eres la rosa altiva
Que su perfume y sus hojas
Abre á los soplos del aura
Tan solo para brillar.
Tú eres sensitiva tierna
Que tímida cierra el cáliz
A los voluptuosos besos
Del cefirillo fugaz.

¡Ay! yo he visto que tus ojos
De llanto se han inundado,
Al dar limosna al mendigo
Y al contemplar la horfandad.

Te he visto seguir la senda
De la virtud y el decoro,
Y en fin, comprender me has hecho
Un amor todo verdad.

Por eso yo te idolatro
Y hallo en tí siempre ilusiones;
Tú eres ángel de consuelo
Que bendicen por do quier:
Tú cumples la mision santa
De la mujer en la tierra:
Tú tienes, mi dulce amiga,
Lo bello de la mujer.

Salvador A. Dominguez.

(Febrero 1860.)

AUSENCIA

Vivo en un suelo de flores
Que de perlas borda el alba,
Bajo de un cielo sin nubes
Color de ópalo y de grana.
Un sol de fuego me alienta,
Céfiros puros me halagan,
Y tras un risueño prisma
Columbro, al fin, la esperanza.....!
Mas, no soy feliz: padezco,
Y una pena cruel y amarga
Hacen que lloren mis ojos,
Y suspire triste el alma.

Aquí del mar en la orilla,
Mi albergue tranquilo se alza,
Y al murmullo de las olas
Mi espíritu se dilata.
La fortuna me sonrie,
Y brindan tregua á mis ánsias
El amor con sus misterios,
La hermosura con sus galas.....
Pero ¿soy feliz...? ¡mentira!
Sufre el corazon, batalla!
Y nubla el llanto mis ojos,
Y suspira triste el alma.

Aquí hay fuentes que susurran,
Aves que en el bosque cantan,
Y á escuchar sus armonías
Voy luego bajo las palmas.
Se eleva allí el pensamiento,
A otras regiones se lanza,

Y sueño con lauro y glorias
Y el soñar así me embriaga.....
Pero, ¿soy feliz...? ¡locura!
Que una pena cruel me asalta
Y hace que lloren mis ojos
Y suspire triste el alma.

¿Cuál es el secreto orígen
De mi dolor y mis lágrimas?
¿El sol que brilla en el cielo
No es el de Cuba, mi patria?
Sí! pero allá en las riberas
Que el Tínima undoso baña,
Existe un ángel querido,
Se ve mi cuna adorada,
Y la tumba silenciosa
Donde mi madre descansa.....
Y ausente, lloran mis ojos
Y suspira triste el alma.

Estéban de J. Borrero.

(Habana 1860.)

SECCION TERCERA.

LOS MISTERIOS DE LAS FLORES.

La creacion tiene horror al vacío, segun la bella expresion de la física y de aquí la imposibilidad del silencio absoluto: el fluido que nos envuelve no quiere estar ocioso y se encarga, Mercurio incansable de los sonidos, de la trasmision de las armonías eternas de la naturaleza. Todo lo que existe tiene su voz, su manera propia de hablar, su acento especial y ningun murmullo, ningun grito se pierde sin que haya oido que pueda apreciarlo. Desde el estampido del rayo hasta la vibracion de las delgadas alas del insecto, todos los ruidos proclaman la necesidad de un agente que les sirva de medio de comunicacion y ya Ramon Zambrana lo ha probado elegantemente en las páginas de este periódico, descubriendo los misterios del aire.

No existiendo pues, el vacío, el silencio no es mas que una palabra que significa el estado del aire conteniendo pocas vibraciones y ya por rozamiento de unos cuerpos con otros, ya por poseer los animales órganos á propósito, todo lo que puebla nuestro globo tiene su voz. Desde el hombre hasta el pájaro, desde el pájaro hasta la planta, la conversacion se mantiene á todas horas, la armonía es incesante.

Oigamos el habla misteriosa de la vegetacion, escuchemos lo que se dicen los árboles y las plantas, recojamos el delicioso coloquio de las flores. La queja del pino, el lamento del sáuce, el canto solemne de la encina, el susurro de las cañas y la melodía de la palma, tienen su timbre particular y cada una de por sí es una expresion distinta: el bosque parece que se querella, el jardin parece que canta.

Las mujeres y los poetas han sido los primeros intérpretes del lenguaje de las plantas y ya la historia de un vegetal es la historia de una pasion: muchas veces su recuerdo trae tambien á la mente una época de atraso ó de progreso en el desenvolvimiento de la humanidad: esta flor gustaba á las deidades del paganismo; esta planta fúnebre servia para decorar las tumbas de los romanos; el mirto, emblema de los amantes dichosos, era el objeto que pasaban de mano en mano los convidados en las fiestas de Vénus para anunciar á cada cual que le habia llegado el turno de cantar; las ramas del olivo entrelazadas con las del dátil eran el mejor adorno en las solemnidades de los hebreos; el laurel con que Tiberio se cubria la frente para conjurar el rayo en los dias de tempestad, era la planta con que se embellecia los alrededores de los palacios de los emperadores y los pontífices. La humanidad ha ido comunicando por lás generaciones de las flores todas sus grandezas y sus miserias; ha confiado á un vegetal una fecha, un nombre, una lágrima, una gota de sangre y la tradicion la ha venido refiriendo de planta en planta hasta nosotros. Cuando el botánico examina las porciones esféricas de la rosa que exhalan el mas rico perfume, ó los cálices de plata que abre el lirio al beso del agua y del céfiro, tal vez se acuerda de alguna heroina, de algun amor, de alguna muerte, de algun pesar: médico de estas hermosas hijas de la tierra no ve solo en ellas la forma y el color, no estima solo el perfume, no considera solo la savia, sino que oye su voz al columpio del viento y advierte que se enamoran las de sexo distinto, que la planta masculina manda su simiente fecundante á la planta femenina á traves de largas distancias, que hay atraccion y matrimonio entre los individuos de las mismas familias; que se buscan y

se repelen, se protegen y se asesinan, que se aman y se aborrecen. A mas de lo que les acontece entre sí, ponedlas en relacion con nosotros y no habrá quien no tenga que referir algun capítulo interesante en que una hoja, un boton, una flor, hayan representado un papel importante.

Encargados los árboles de cambiar el estado atmosférico con sus emanaciones ó á favor de la absorcion de las partes que presentan al aire, tienen tambien un destino que llenar en el mundo: plantados en los paseos, en los cementerios, en los caminos, atestiguan la civilizacion de los pueblos que conocen sus propiedades y han sabido escogerlos y colocarlos: publican ademas el buen gusto conviniendo en sus formas con las aplicaciones que de ellos hayan hecho y las flores que abren á los ojos de los transeuntes son las que hablan y manifiestan la mision que desempeñan. El álamo blanco que se siembra en los lugares públicos y cuya etimología que conservan otras lenguas dice que se llama pueblo, porque el conjunto numeroso de sus hojas está como el pueblo en continuo movimiento, y el ciprés piramidal que proyecta su sombra en los lugares consagrados á los muertos, dan á entender con sus armonías perennes que cumplen con la suerte que les marca el hombre. El asfodelo, la adelfa, la malva rastrera, comparten con las tumbas su religiosa melancolía y el poeta que se aleja del torbellino de las ciudades va á buscarlas en su soledad: entónces la sombra fúnebre del sáuce babilónico hace cantar á Desdémona y arranca mas tarde del alma de Alfredo De-Musset una de las mas tristes melodías de la lira francesa.

Ya os he dicho que hay que estudiar en esta parte de la historia natural algo mas que el carácter y las propiedades de los vegetales, algo mas que su organizacion y los fenómenos vitales; bien está al pensativo amante de la naturaleza que divida las familias, averigüe las sustancias de que se componen las fibras y los jugos que las sostienen, interrogue los usos de las raices, el desenvolvimiento de los tallos y determine la hora de la florescencia; corresponde á nosotros sentir y lanzar la mente en una filosofía sencilla que quiere saber por que nos servimos de una rama de thuya para significar un recuerdo en un sepulcro y nos valemos de una myosotis para decir á una persona querida:—*No me olvides!*

Pero ¿qué quiere decir que una rama de silvestre albahaca exprese el ódio y una hoja de oloroso geranio exprese el cariño intenso? ¿Por qué el heliotropio ha de representar una pena y el clavel una alegría? Por qué la dália mejicana habla de amores pacíficos y la pasionaria del Brasil de agitados sentimientos?—Todos sabemos la causa de estos misterios: no dependen semejantes clasificaciones de las repulsiones y atracciones que dominan el reino vegetal, sino de las peripecias de la vida del hombre y de la mujer en su primera juventud. Gustan uno y otro de visitar los sitios en que haya árboles y flores y estas últimas son el mejor adorno de la hermosura: entáblanse correspondencias mutuas y siendo el secreto y el pudor los ángeles de guarda de los amores delicados, todos ponemos un pensamiento en un objeto á que no dan valor los demas; parlamentarias del alma, mensajeras del corazon, las flores tienen un lenguaje convencional y el emblema con que las honramos no es mas que la reminiscencia de una pasion. Admitida la primera significacion por un amante, pronto se adopta entre sus compañeros y generalizado este nuevo telégrafo se multiplican las dulces comunicaciones de la ilusion y de los afectos. Contemplando un dia el hombre los despojos de sus pasiones, las cartas, los rizos de pelo, las flores desecadas, las prendas que traen á la mente la imágen de una mujer, comprende mejor que nunca que las flores hablan y echa de ménos su idioma encantador. Este lirio marca tal fecha, esta rosa tal lugar, esta violeta tal palabra, esta hoja mústia aquella primera lágrima, este ramo inodoro aquel adios!

¡Bienaventuradas las flores que son llamadas á presenciarlo todo, que dan su perfume á los altares, que presiden á las grandes fiestas de los pueblos, que son el mas elegante adorno de los palacios y el único lujo de la casa del pobre! Bienaventuradas estas intérpretes queridas de la juventud y la hermosura! Su acento misterioso se levanta todas las mañanas y todas las tardes para mezclarse en el gran concierto de la creacion, y á mas de su expresion hablada, del sonido que se desprende de ellas cuando le toca el ala de los vientos, su aroma suavísimo sube á los cielos y contribuye así de dos modos

á cumplir sus leyes naturales: de su idioma emblemático solo pueden dar razon los espíritus sensibles. Las ramas de la palma y del olivo sirvieron para alfombrar el camino del hombre Dios, las flores sirven todavía para manifestar lo que guardan en su seno los corazones y el sáuce sirve para inclinar sus ramas á la tierra y llorar la peregrinacion del género humano, para dar sombra á los que duermen y conceder su tronco para darnos la cubierta funeraria, para facilitarnos el último lecho, para encerrar nuestro cadáver!

J. C. Z.

REVISTA DE MODAS.

EL CORSÉ.

Erase un tiempo—cuya fecha no me han dicho—en que segun parece, reinaba la salud sobre la tierra. Daba gusto ver las gallardas formas, las sonrosadas mejillas, y los alegres semblantes que por todos lados asomaban. Las hijas de Eva, particularmente gozaban de envidiable robustez. Léjos de conocer las desganas, jaquecas y ataques de nervios, de hoy dia, no se avergonzaban de manifestar buen apetito, naturalidad y franqueza. ¡Daba gusto, repito, observar lo sana de alma y de cuerpo que se mostraba la humanidad!

Los médicos pues, estaban de pésame. Nuestro sexo, cuyos dengues les proporcionan ahora la lluvia de oro, no se acordaba entónces de que existian en el mundo. Las boticas no vendian, los droguistas se arruinaban y las damas miéntras tanto continuaban prefiriendo los manjares sustanciosos á los brevajes nauseabundos, el vigor al raquitismo, la verdad á la ficcion. ¡Qué hermoso tiempo debe haber sido aquel!

Pero no hay paraiso sin serpiente, ni verjel sin venenosa flor. Una linda jóven acostumbrada á imponer la moda en su ciudad nativa, se habia casado con un alumno de Hipócrates que aunque dotado de gran ciencia, no encontraba ocasion de ejercitarla. A cada instante oia exclamar á su marido que, dedicado especialmente al estudio de las dolencias femeniles, se desesperaba de que la salud las ahuyentara todas.

—Si esto prosigue, nos vamos á morir de hambre. ¿De qué me sirve poseer tan sábias teorías si el adverso hado me veda ponerlas en práctica? ¡Oh! es una indignidad que se atrevan á ostentar las mujeres tan insolente robustez.

—No te apures—respondió un dia la esposa, en quien el estímulo del interes propio, triunfaba del deseo del bien comun. Yo te prometo que pronto han de acudir centenares de quejumbrosas enfermas á reclamar tus cuidados.

—¿Cuentas acaso con alguna varilla mágica para efectuar milagro semejante?—preguntó el facultativo.

—Cuento con la vanidad de mi sexo;—se atrevió á decir la astuta jóven.

¡Ay! queridas lectoras. Por mucho que me cueste confesarlo, la esposa del Doctor no se equivocó en sus cálculos. Comprando inmediatamente un pedazo de lienzo que surcó de fuertes ballenas, encerró en tiránico estuche su hermoso busto y á la siguiente tarde se presentó en una reunion pública con un talle, cuya delgadez no guardaba proporcion con el resto de sus contornos. Al principio pareció fea aquella cintura de abispa, bajo unos hombros tan desarrollados y sobre unas caderas tan voluminosas como las de una aldeana. Al principio sí, clamaron los amantes de la verdadera belleza contra la monstruosidad, que destruia las armoniosas reglas de la Naturaleza en su predilecta obra; la mujer. Se recordó que la Hebé de Fidias y la Galatea de Pigmalion, tipos clásicos, elegantes, casi divinos, de la hermosura, y la juventud ostentaban graciosa esbeltez en lugar de la extravagancia de formas que dividia el cuerpo en dos partes, unidas apénas por un hilo; se repitió en coro que Cleopatra, cuyos maravillosos encantos asombraron el mundo antiguo y que Aspasia, cuya presencia magestuosa encadenó á sus plantas al héroe de su época, tuvieron por único corsé la faja de lana y oro que sin oprimir el talle, ceñia á él los pliegues de la flotante túnica. Pero la consorte del médico no habia mostrado inútilmente la pérfida manzana á las Evas del patrio suelo. El estuche emballenado, que presto se puso á la moda, llegó á ser considerado por ellas tan preciso para la elegancia como para la decencia femenil.

¡A Dios pues naturalidad, franqueza y salud! Desde que el corsé impidió á las bellas moverse con libertad, hablar con desembarazo, y comer cuanto les pedia su estómago, el artificio, los me-

lindres y las enfermedades, comenzaron á hacer estragos terribles. Por tal de adquirir un talle delgado, la mujer sacrificó á menudo locamente hasta el santo gozo de la maternidad. La cintura gruesa se convirtió en un crimen que debia expiarse á costa del diario tormento de una perpétua compresion. Solo las aldeanas tenian permiso para manifestar prosaico *embompoint*. Las damas de las ciudades necesitaban ser aéreas como sílfides, ó..... morir!

¡Morir en aras de la frívola, voluble, y á veces maligna moda, he aquí la mayor de las tonterías! El corsé ademas, al destruir la salud no aumenta la belleza. Es cierto que reduce el talle á la mitad de su volúmen, pero tambien lo es que lo priva de su flexibilidad, de su gracia y del suave balanceo que adquiere el junco mecido por la brisa. La petimetra en él encerrada, se asemeja á las muñecas de barniz que engarrotadas y tiesas no imitan siquiera el movimiento de la vida. Cualquiera diria que anda por máquina y que habla por resorte.

Ved cuan feos nos parecen hoy los enormes corsées á cotillones, que no permitian á nuestras bisabuelas doblarse aunque se tratara de levantar su felicidad del suelo. Esa extravagante moda era digna compañera de los cabellos empolvados que envejecian y de los tontillos orgullosos que desfiguraban. No debo empero satirizar los últimos recordando la analogía que con ellos posee nuestro malacoff. En cambio diré lo que pienso del corsé que ha bajado algo en la estimacion de las elegantes desde que la deidad de las importantes bagatelas, ha dado á la *toilette*, cierto aire de negligencia que obliga á aflojar las cadenas de ese opresor, y ha ordenado los talles cortos que no le prestan campo oportuno para desplegar su despotismo.

Todavía hace el pérfido sin embargo frecuentes víctimas. ¡Qué pálida está esa jovencita, cuyos ojos expresan la tristeza como si la niebla de las lágrimas los empañara! Sus padres que la adoran la observan con inquietud, adivinan sus deseos y á pesar de todo no consiguen verla dichosa.

—Abreme tu corazon, vida mia—exclama acariciándola su buena madre. ¿Dime por qué no ries, ni cantas, ni juegas con el alborozo propio de tu temprano abril?

—Lo ignoro mamá—responde la melancólica niña doblando su frente de marchita azucena. Sufro y no sé la causa; lloro y no comprendo por qué corren mis lágrimas.

—¡Angel de mi cielo! El ardiente clima de Cuba te agosta en tu primavera. Te llevarémos al Norte y si allí te va mejor, por amor tuyo, nos estableceremos léjos de la patria.

Parten efectivamente, pero no tardan en regresar. El rigor del frio tiñe las mejillas de la adolescente con el carmin traidor de la tísis. A la Habana retornan, pues, los padres, y la hija que se consume poco á poco sin que á nadie se le ocurra pensar que su asesino es el corsé, cuya presion fatiga sus pulmones en la edad en que necesitan vigorizarse y extenderse. ¡Ojalá que estas líneas indiquen á tiempo á la interesante jovencita el orígen de su decaimiento! ¡Plegue á Dios que ellas abran los ojos á otras muchas, ciegas tambien respecto á su implacable verdugo!

Decidida á clamar contra el abuso del corsé que ha producido tantas desgracias, quiero referiros dos de sus recientes fechorías. Asistia ha pocas noches cierta amable Julieta, á una de las funciones musicales de las inteligentes hermanas Natali, cuando su Romeo, apreciable jóven de quien se empeñaba en separarla su familia por injustos motivos, viendo al padre de su adorado tormento pendiente de lo que pasaba en la escena, se atrevió á lanzar desde la puerta del palco una carta en el regazo de su amiga. Despues temiendo comprometerla se alejó presuroso de allí.

No vió por consiguiente que el billete en lugar de caer en la falda de Julia, cayó á sus piés, ni que la última por mas que se esforzó en doblarse al instante para recogerle, tardó en triunfar de la obstinada resistencia de su apretadísimo corsé. Al fin tanto se inclinó la jóven que las ballenas crugieron indignadas, y el Argos volviendo la cabeza al ruido, se apoderó de la carta ántes que su hija. Entónces la leyó sin cumplimientos á pesar de las suplicantes miradas de Julieta, que estaba roja como la cresta de un gallo de resultas del combate con el corsé sostenido, y saliendo del palco no paró basta que halló á Romeo en uno de los corredores.

—Es V. un insolente en osar escribir á mi hija á la faz del público—le dijo.—Pero ella irritada con la impertinencia de V. ha puesto su

billete en mis manos, encargándome participe á V. que desde hoy el hombre que no sabe respetarla, solo debe contar con su olvido y su desprecio.

El pobre mancebo volvió los ojos hácia Julia y la distinguió colorada como un tomate maduro, como un camaron cocido, como un amaranto en flor. Figurándose que el amor verdadero comunica al rostro con sus románticas inquietudes, la suave palidez de la luna y la blancura de las sentimentales tórtolas, perdió sus ilusiones ante aquel color demasiado subido que tomó por el de la ira. Así es que volviendo enojado á su turno la espalda á su contrario, renunció á Julieta muy ajeno de que el enrojecimiento apoplético, que juzgaba indicio de una ingrata cólera provenia del corsé traidor que habia impedido á la sofocada señorita recoger á tiempo su esquela.

En vano se empeña la moda—defensora aun de su antiguo favorito—en que me calle. A pesar suyo he de narrar la otra maldad reciente del corsé á que he aludido. Dejadla que grite y oidme.

¿Conoceis á Lola N.....? Es bella pero tan vana que hubiera arañado á Paris en el monte Ida, si no le hubiera entregado la manzana de oro. Lola que llora de dolor si se pincha un dedo con un alfiler, sufre conforme el continuo tormento de un corsé que apénas la deja respirar. ¡Cuántos mártires hace la presuncion!

¿Dónde me hallaba? ¡Ah! Os decia que Lola tenia sobrados deseos de lucir, pero no os he dicho que tenia tambien un novio bastante desconfiado para creerla prendada àntes de sus caudales qué de su persona. Acertara ó no en sus sospechas, mostrábase muy descontento con los tristes suspiros que exhalaba á su lado la mencionada señorita.

—Esos no son ecos de amor sino gemidos de pena—exclamaba enfadado.—Si me amaras, Lola, no te quejarias junto á mí.

Esforzábase infructuosamente la jóven en destruir sus recelos. Sus suspiros que no podia contener inutilizaban sus protestas de ternura. ¿Y de qué dimanaba esa manía de suspirar?—sin duda me preguntareis. De la opresion de sus pulmones dentro del estuche de lienzo y de ballenas, inventado por la mujer del médico sin clientela. En cuanto á revelar mucho lo que se apretaba el talle por nada en el mundo lo hubiera efectuado. Creia Lola que los hombres se apasionan sobre todo del atractivo físico y hubiera temido perder su adorador confesándole que su delicada cintura era en gran parte artificial.

Al fin, no obstante sus dudas, decidióse el novio en cuestion á solicitar la mano de su amiga. Una tarde que Lola melancólica y pálida [porque el corsé la torturaba horriblemente] habia conmovido su corazon, levantándose de improviso, la pidió á sus padres. Contentìsimos estos con el excelente partido que á su hija se le presentaba le dijeron ufanos:

—Ven querida Lola. Abraza á tu esposo.—Mas la jóven al querer abandonar su asiento lanzando un grito se desmayó en él. Su lividez, la alteracion de su semblante y las convulsivas palpitaciones de su pecho, produjeron en el novio un efecto terrible. ¡Pensó que Lola se desmayaba de secreto horror al matrimonio que le proponian, cuando era el corsé quien motivaba su síncope!

A la siguiente mañana recibió la pobre muchacha una carta de su futuro, en que rompiendo sus mutuos compromisos le anunciaba su próxima partida para Europa. Inútilmente se dió prisa la familia de Lola en explicar al sospechoso amante lo ocurrido. El último respondió á todo:

—Sea como fuere, he concebido muy pobre idea de la mujer que sacrifica al corsé su salud, su reposo y su bienestar. Líbreme Dios de una compañera en quien triunfe la vanidad de la razon. Que siga Lola agarrotándose para otro. Yo buscaré consorte que suspire por mí y no porque la presuncion la ha enfermado.

Despues se embarcó. ¡La fortuna lo lleve con bien, pues me parece que obró con juicio al tomar las de villadiego!

Creedlo; desde qne se inventó el corsé este es el verdugo de esas jóvenes frágiles y descoloridas que vemos pasar como vivientes sombras, de esos mancebos macilentos y enfermizos que parecen viejos en la flor de sus años. Los hombres no llevan corsé, pero las madres lo usan y así no se libran ellos tampoco de sus fatales consecuencias.

La moda, vuelvo à decir, ha comenzado á mirar el corsé con indiferencia. Ya los bustos duros y tiesos que revelan el artificio no inspiran ilusion. Exígese ahora cierta flexibilidad

garbosa en los movimientos que el corsé rígido, imperioso, inflexible, quita á la mujer mejor formada. El talle al subir hácia los brazos ha ganado en naturalidad lo que ha perdido en finura. Yo lo prefiero así porque á lo ménos no nos convierte en mártires del diablo. Cuando suframos voluntario tormento que sea siquiera por la causa de Dios.

Respecto á modas recientes pocas novedades han ocurrido de quince dias á esta parte. Los corpiños altos continuan usándose para traje de casa, para salidas matutinas y para paseos á todas horas, exigiendo la primavera que se hagan de trasparentes muselinas, de delicadas barlatanas, y de ligeros bareges. Los escotados se adornan con unas pañoletas cuadradas de tul que rinden homenaje al recato, sin ocultar la blancura y morbidez del bien modelado cuello. La honestidad léjos de perjudicar á las hermosas formas aumenta su prestigio. Los antiguos pintaban á la Vénus púdica cuya casta belleza inflama los corazones en el sagrado fuego que ennoblece en vez de envilecer, envuelta en un velo que sin destruir sus encantos los purificaba con el santo misterio de la decencia y el pudor.

Las sayas se guarnecen en la actualidad con un gran vuelo ó volante que principia mas arriba de la rodilla, las mangas largas se llevan ahuecadas y con puño en la muñeca, y las cortas se sujetan cerca del codo con ricos brazaletes. En cuanto al tocado las coronas de flores y de trenzados de terciopelo bordado de oro, las flechas de este metal para prender el rodete y los clavos de igual clase para adornar el mismo, prosiguen disfrutando de general favor. Enamorada la moda de las joyas ha aceptado para ponerlas al alcance de todas las fortunas el oro con mezcla y la pedrería imitada. Antes preferiamos vestirnos con sencillez á usar collares de falsas perlas y alfileres de similor. En el dia hasta las damas ricas los compran sin escrúpulo. Manifiéstase á no dudarlo el espíritu del siglo en la tolerancia de la moda. Con tal que se brille no importa que el oro sea cobre ni los supuestos diamantes, vidrio comun. ¡La apariencia ha llegado á valer mas que la realidad!

Sin embargo, como este siglo presuntuoso que tantas piedras falsas presenta por brillantes puros en su orgullosa diadema, la echa de sabio, quizas logre poner cóto á los abusos del corsé. Entónces él y la moda tendrán una falta ménos y un merecimiento mas. ¡Verémos!

Felicia.

REVISTA.

¡Y qué sério estuve en la última revista! Yo mismo me asombro al leerla hoy otra vez.

Sin duda que un *chico* de especias, que es la cosa mas ridiculamente grave que puede existir, no me hubiera ganado.

Pero ya he desistido de ese tono doctoral.

Confieso francamente que no me fué muy bien con él.

Pocas son ahora las diversiones y sin embargo me he divertido mas.

Esto parece una paradoja y no lo es. Medíte-se un momento y se verá.

Cuando habia muchas á fuerza de querer ir á todas me faltaba materialmente el tiempo y me sofocaba.

Hoy todo lo hago con el mayor descanso y gozo mas.

De lo cual se deduce que es mejor que haya pocas fiestas que muchas.

No lo hubiera probado con mas lógica y claridad ni el mismo Abelardo, famoso doctor que á pesar de sus numerosas ocupaciones silogísticas tuvo tiempo de enamorarse de Eloisa.

¡Y qué caro le costó al pobre hombre la jarana!

Nadie mas amigo de divertirse que yo. Donde haya bulla allí estoy.

En lo mas récio de la accion buscad mi penacho blanco, que lo encontrareis siempre en el camino del honor, decia un famoso soberano.

Yo no tengo penacho ni blanco ni de ningun otro color; solo sí uso lo que mas se le parece, un sombrero de castor; pero por desgracia ni aun siquiera tiene pluma á pesar de que habia formado la intencion de abrazar con ardor esa moda que apareció un momento en el lejano horizonte y desapareció en seguida.

Buscad mi sombrero de castor sin pluma y lo encontrareis siempre en el camino de las diversiones.

Dispénseseme la parodia: de algun modo me habia de acercar á ese hombre ilustre, á ese gran rey que llaman Enrique IV.

Los franceses no aceptarán quizas esta califi-

cacion, porque le han reservado el título de *gran rey* á Luis XIV, el de las pelucones.

Pero á mì, Luis XIV me carga y Enrique IV me hace mucha gracia.

¡Cuánta diferencia no hay entre la simpática Gabriela y la Maintenon y demas comparsa de pesadísimas matronas!

No falta quien diga que Luis XIV fué un rey muy bueno y nada despótico.

Cada cual es dueño de creer lo que le dé la gana, y yo creo lo contrario.

Para casos de duda reçomiendo la lectura de las memorias del duque de San Simon que, si no me equivoco, son como ochenta tomos.

Empezarémos nuestra revista por la lucha de fieras que tuvo lugar el 15, á la cual le damos la prioridad por razones cronológicas.

Hacia ya muchos dias que todo el mundo se preparaba para esa fiesta y la aguardaba con ànsia.

Así fuè que la plaza que esa tarde no era de toros sino de tres perros y un tigre se vió perfectamente llena de gente.

No podia ser ménos; cuantos habiamos encontrado ese dia por la calle nos espetaban en vez de saludo, esta frase: "Irá V., por supuesto, esta tarde á la plaza?"—Mucho que sì, contestaba, y nos despediamos para entónces.

Desisto de transcribir todos los dichos oportunos, todas las ocurrencias agudas que se oian entre los concurrentes, porque me seria imposible recordarlas.

En la plaza de toros, cualquiera que sea el espectáculo, por el solo hecho de ser el lugar destinado para esa corrida, se cree todo el mundo en la obligacion de no estar un solo momento callado.

Así es que allì se oye cada exclamacion que canta el credo.

Las corridas de toros no se han aclimatado entre nosotros por falta de buenos bichos y buenos diestros, porque espectadores nunca faltarian.

Lástima es sin duda que nuestros toros no embistan.

Para eso los de Jarama, ¿pero quién ha de irlos á buscar tan léjos exponiéndose á que se mueran en el camino?

Quizas dentro de poco tiempo se establezcan casas de seguros para los toros bravos y entónces ya se podrán traer sin tanto riesgo.

O pueda ser que se utilice tambien para ese objeto el telégrafo submarino ó subatlántico, como dicen otros por mayor facilidad.

Entre las observaciones que hacia el público del pugilato del tigre y los perros, una de ellas consistia en decir que los dueños de ámbas fieras tenian concertada de antemano la contienda y que se hacia por mutuo convenio y mutua conveniencia.

Pero nosotros lo mismo allí que aquí, rechazamos con calor esa asercion.

¿Cómo poner un instante en duda la buena fé del coronel Wood y del Sr. Montefú? Muy léjos de eso, librenos Dios de proceder con tanta ligereza.

Nunca lo creimos ni al principio cuando apostaron cien onzas, ni despues cuando mediante repetidas comunicaciones y notas diplomáticas que menudearon mas que en la última cuestion de Italia, se nos advirtió que las onzas eran de plata.

En cambio se improvisaron en el campo mismo del combate várias apuestas parciales entre los espectadores, á quienes sin duda sus respectivos abuelos no habian recomendado las ventajas de las disputas y los inconvenientes de las apuestas.

¡Vaya unos perritos bravos! Lo que les faltaba en tamaño les sobraba en guapería.

No en balde se dice que la gente chiquita tiene mal genio.

Uno de ellos, sin embargo de tener la cabeza casi separada del cuerpo queria morder todavìa al tigre, y combatió hasta espirar como el gladiador antiguo.

En resumidas cuentas parece que quien perdiò la batalla fué el tigre y el dinero el coronel Wood.

Si hubiera sido en los desiertos de Numidia, otro gallo les cantara.

A pesar de todo, el espectáculo bien valia la pena de asistir á él. Cada uno de los actores cuadrúpedos llenó perfectamente su papel.

Habia tambien un cierto placer artístico. Sin querer se me presentaba á la mente el recuerdo de los famosos juegos del circo de Roma.

Se me figuraba estar sentado en las gradas del coliseo, rodeado de cien mil espectadores para quienes el espectáculo de la sangre y la muerte era una necesidad y que muchas veces no tenian á ménos el bajar á la arena y ser aplaudidos por ese pueblo delirante.

Me parecia ver á la vestal mantener su cabeza impasible y no hacer el mas leve movimiento, que hubiera bastado para salvar al moribundo gladiador.

Este placer, aunque ilusorio, bien valia los ocho reales de la entrada.

Ademas en el que tuviera el corazon algo sensible debia producir una emocion fuerte el aspecto salvaje de la lucha, los saltos del tigre en medio de terribles rugidos que eran sofocados por los alaridos de ese monstruo de mil cabezas que se llama el público.

La grande, la verdadera consecuencia que produjo esa por tantos conceptos famosa lucha, fué el dejar planteado un problema contra el cual las generaciones venideras se irán rompiendo una á una la cabeza hasta la consumacion de los siglos.

¿Ganó el tigre ó ganaron los perros?

La mitad de la Habana piensa de un modo y la otra mitad de otro.

Yo no pienso de ninguno.

No me considero bastante fuerte para decidir tan árdua cuestion hasta que haya hojeado algunos autores que traten de la materia.

Quede pues el teorema en suspenso aguardando un Euclides ó un Newton que lo resuelva.

El asunto merece todo esto y mucho mas.

Pero la compañía de ópera se me acerca al oido y me advierte que la voy olvidando.

¿Quién diablos se habia de figurar que tendriamos ópera, é italiana, en una época tan estemporánea?

Todo en el mundo tiene su puesto fijado de antemano, y la ópera parece haber sido creada para representarse en invierno y nada mas.

A mí sin embargo no me asombra todo lo que debiera. Sobre este misma cuestion he visto ya tantas cosas que de otro modo hubiera creido imposibles!

Hubo un tiempo en que los *dillettanti* asistian á la ópera exclusivamente con guantes y de rigurosa etiqueta.

Hoy se ha perdido esa tradicion: la palabra *dillettante* es ya un mito.

¡Cuántos no hemos visto vestidos de blanco con prosáicos sombreros de jipijapa!

Aun hay mas; si ahora cien años se hubiera hablado de este espectáculo nadie hubiera parado mientes en él.

Hoy es ya una necesidad, y para colmo de todo ¿no hemos visto ópera en Guanabacoa y en Marianao?

Las mismas compañías de la capital recorren las ciudades del interior.

Por esos trigos andan el *do* de Musiani y los ejercicios gimnásticos de la Cortesi.

Pero en fin el caso es que tenemos ahora ópera, y ¿qué hemos de hacer sino oirla?

Donde te den la vaquilla corre con la soguilla, decia el bueno de Sancho Panza.

Dos damas de voz muy fresca y que comienzan su carrera bajo los mejores auspicios: un buen tenor de fuerza y otro que tiene buena voz (esto basta con decirlo una vez), pero que en cambio canta con un gusto esquisito y con un estilo puramente italiano: un medio barítono, porque la voz por hermosa que sea no basta para constituir un cantante; y un bajo finalmente algo feliz en ciertos papeles: sin duda que componen una compañía no del todo despreciable.

La Hija del Regimiento de Donizetti formó la vanguardia.

Bonita ópera, graciosa, ligera y que en algunos pasajes revela la mano maestra del músico de Bergamo; pero en conjunto es vulgar. No me gusta.

Las óperas bufas ya pasaron; se soportan, pero no se aplauden.

En seguida la Norma: ¡qué ópera! Esta sí que no pasará jamas.

Entre los aficionados al divino arte etc. hay unos á quienes agrada mucho Rossini, algo Donizetti y poco Verdi, y otros á quienes arrebata Verdi y fastidia Rossini.

Bellini es el único maestro que no tiene enemigos.

Y con razon; cuando oigo ese nombre dulcísimo no pienso en un compositor, en un simple escritor de música, pienso en un corazon, en el alma mas tierna y mas simpática que pueda existir, y entónces me figuro á Bellini tal cual debió haber sido.

El autor de la Sonámbula, que es la expresion mas elevada del sentimiento mas puro, fué una de esas organizaciones privilegiadas que viven y andan solas por el mundo porque nada encuentran en él que responda á lo que su alma anhela.

Por eso murió á los treinta y dos años.

Cuéntase que un dia le preguntaban unos jóvenes á un profesor de literatura qué cosa era un poeta.

Efectivamente, la pregunta es para poner perplejo á cualquiera, ménos á un profesor de literatura de aquellos que la buscan en los manuales y en los cursos.

Nuestro hombre por tanto no vaciló un momento y recordando todo lo que habia leido en esos libros maldecidos que reducen la poesía á una clasificacion, solo pudo zurcir la siguiente barbaridad:

"El hombre que expresa en verso ideas elevadas."

¿No os parece que el que profirió semejante blasfemia merecia que le aplicasen mil azotes con una rama de mirto en la plaza pública y por mano del verdugo?

¡Poeta el que expresa! ¿Cómo llamareis, pues, al que siente?

Y por verso seguramente entenderia renglones desiguales!

No es esto sin embargo una exageracion; hubo un tiempo, que por fortuna ya pasó, en que poco mas ó ménos así se decia.

¿Quereis saber lo que es un poeta? Oid cualquiera de las melodias de la Sonámbula, pensad en su autor y lo comprendereis.

No creo que pueda definirse mejor.

El espíritu de análisis y clasificacion que en todo quiere tomar parte ha pretendido tambien clasificar las obras maestras de Bellini, y despues de grandes elucubraciones ha venido á parar en que la Sonámbula es un idilio, los Puritanos una elegía, Norma un himno.

¿Por qué? Ellos lo saben y guardan el secreto.

Ciñéndonos únicamente á la Norma ¿por qué se le ha de llamar así? ¿Acaso no es un drama, es decir, una obra complexa, que componen diversos sentimientos y es movida por muchos resortes?

Esa obra inmortal presenta todos los grados de la pasion, desde la alegría mas pura hasta el mas intenso furor, desde el gozo hasta el delirio, del amor á los zelos, finalizando de la manera mas patética con el arrepentimiento y la inmolacion.

Un himno será el coro *Guerra, guerra*! pero el resto no es mas que una gran composicion artística.

Para esos tales será quizas esto demasiado vago, ¿qué importa? no valdrá gran cosa el voto de quien piensa de un modo tan exclusivo.

El papel de la protagonista necesita una actriz consumada para comprenderse bien. Solo por medio de una grande energía en la voz y en los gestos pueden hacerse vivir en la escena tipos tan fuertes y tan enérgicos como Norma, Medea, lady Macbeth, Mirra, etc.

Adalgisa por el contrario solo requiere candor y ternura.

Me decia uno en el teatro: ¿Cuál de esas dos mujeres le gusta á V. mas?

Y no pude ménos de responderle:—Hombre, en cuanto á gustarme, ninguna, porque no creo que se trate de eso. Admiro la imaginacion que concibió esos dos tipos tan diversos y tan acabados.

Algunos tienen la manía de comparar.

Pero ahora soy yo el que entablo una cuestion.

Unos dicen que todas las mujeres son demonios y otros que todas son ángeles. ¿A cuál de estas dos opiniones debe uno atenerse?

El caso es difícil de resolver y sobre todo en el "Album Cubano."

Optemos pues por el término medio y digamos que tienen á veces de lo uno y de lo otro.

La dificultad solo está, como dice mi abuelo y tocayo Enrique Heine, en saber en qué punto concluye el ángel y comienza el demonio.

Inmediatamente despues de Bellini siguió Verdi, despues de Romani, Victor Hugo.

El contraste era bien fuerte, pero cada uno sostiene perfectamente su género.

Verdi puede ser colocado despues de cualquiera. Es el verdadero compositor de la época presente; tiene todas sus grandes cualidades y sus grandes defectos.

Cuando en música se dice "época" debe entenderse á lo mas diez años. No hay arte que dure ménos.

Esto quizas provenga de que no ha encontrado todavía la forma adecuada á su esencia.

El Hernani de Victor Hugo ya hoy no se representa.

Fué la vanguardia de un sistema y hoy nadie se ocupa de sistemas literarios, ni de cosa que se le parezca.

Hoy lo mas romántico es lo mas estomacal; pero olvidan que

el estómago es ingrato,
tal vez mas que el corazon.

Y es lástima; tiene ese drama cualidades poéticas de primer órden.

Se entiende que no nos referimos al libretto en que desaparece la mayor parte de las bellezas del original.

Su representacion no tuvo gran cosa notable.

Me equivoco, sì tuvo: el famoso *tu sei Ernani* que dice Florenza de un modo verdaderamente fantástico. Es preciso oirlo para figurárselo.

Dejemos ya á la ópera seguir su marcha triunfal, algo mas aérea que positiva, porque le falta la gran palanca que pedia Arquimedes para mover el mundo: la concurrencia, esto es, el dinero.

La zarzuela no hace nada; Rojas se duerme sobre sus laureles culinarios.

Y no teniendo nada mas que hacer por ahora me voy á tomar un refresco al Louvre, donde tendré sumo cuidado de no extraviarme entre las numerosas persianas que le dan á ese café el aire de un laberinto cretense.

Atta Troll.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

MEDITACION CRISTIANA.

Orar es amar! dice el alma piadosa del cristiano.

Y cuando al niño se le pregunta: ¿Qué cosa es orar? responde:

—Levantar á Dios el alma y pedirle mercedes.

Meditemos pues en la verdad de la definicion de la oracion.

Orar es amar!

Cuando quereis mucho á una persona, cuando teneis gran fé en su cariño, si necesitais algo que sabeis podrá ella proporcionaros, os llenais de confianza, os animais y así decis:—"Ah! ella me quiere tanto que no me negará esa gracia!"—Y en esa creencia os sentis fuertes, animosos para la empresa, y vais al fin á solicitar la gracia, á demandársela, á rogarle que lo haga en nombre de la afeccion que os reune.

Así pues, si orar es pedir y no se pide con confianza sino á quien se ama mucho y de quien se es amado, desde el momento que orais, amais á Dios; desde el momento que *levantais* á él vuestra alma, verificais un acto de amor. Orar pues, es amar.

Levantar á Dios el alma. ¿Qué significa esto?—Todo lo que se levanta, se engrandece, se hace mas alto, parece como que se eleva. Si levantais por tanto vuestra alma, si la alzais del abismo de tinieblas en que yace, la hareis mas grande, mas alta, la elevareis al cielo, porque el cristiano cuando levanta su alma la dirige á Dios.

Hay sin embargo quien levanta su alma y no la levanta á Dios, porque es tan mezquina, tan raquítica, la ha hecho él tan pequeña, que en vano se levanta ella, pues no llega nunca á mucha altura, no llega al cielo ni llega á Dios. Semejanse esas almas á esas plantas mezquinas comparadas á las palmas que balancean su penacho entre las nubes en tanto que ellas quedan confundidas entre la yerba.

Y estas almas se levantan para mostrar mas su miseria, su horrenda fealdad; para poner de manifiesto mas patentemente que sus fines no se encaminan al cielo, sino siempre á la tierra; no á Dios sino á la criatura.

A manera de los infelices lisiados que apénas tratan de dar un paso hacen visible su defecto, así esas almas tan pronto como se *levantan* no dejan duda de su imperfeccion.

Y no se levantan estas almas como las cristianas para orar que es amar, sino para mendigar los favores del mundo, para rebajarse, humillarse y arrastrarse por el cieno.

Las unas al levantarse se engrandecen; las otras se levantan para amengnar.

El cristiano levanta á Dios su alma y aunque sea para pedirle, no se rebaja con esto, no se arrastra, sino que se hace mas grande,

porque segun el precepto de que orar es amar, quien pide al objeto de su grande amor, adquiere un grado mas de elevacion, puesto que ejecuta un acto de verdadera confianza, probando en ese solo acto muchas virtudes: la fé, porque sin ella no se habria atrevido á formular su peticion; la esperanza, porque esta que es consecuencia inmediata de la fé le anima á proseguir en su empresa; la caridad, que es lo mismo que amor, y esa virtud imprimiendo en su corazon la máxima de no hacer sino lo que desea que hagan con él, le da el derecho practicándola de esperar la justa correspondencia.

El alma irreligiosa se levanta hasta una criatura que el mundo denomina poderosa y solicitando de ella una gracia, para hacerse mas acreedora, para inspirar mas lástima, se humilla, se hace pequeñita y se anonada esperando la resolucion del poderoso.

Y como todo el que se rebaja á otro no lo ejecuta sino en fuerza de una necesidad grande y por el interes de lograr lo que ambiciona aun á costa del sacrificio de su dignidad, siente que en el fondo de su corazon alguna cosa se subleva, levanta la voz y parece como reprocharle su accion indigna; y de esta lucha entre la voz del corazon y la necesidad de la humillacion, surge un sentimiento de odio, de rencor y de aborrecimiento hácia aquella criatura que lo obliga á arrastrarse en su presencia á trueque de concederle lo que le demanda.

Hé aquí pues cómo el cristiano levantando su alma á Dios ejecuta un acto de amor; y el mundano, el irreligioso de alma mezquina, levantándola hasta la criatura ejecuta un acto de odio.

Pero no solamente hay amor en la oracion: hay tambien glorificacion, profundo homenaje.

Sigamos siempre con las comparaciones; la verdad y la mentira así es como se prueban, colocándolas en líneas paralelas.

Cuando se le pide á un grande de la tierra, en verdad no hay en la accion homenaje; porque la misma incertidumbre, el temor, el sobresalto de ver destruida aquella esperanza en un instante, á un leve gesto, paraliza todas las facultades; y todos los instintos de veneracion, de acatamiento y respeto desaparecen, quedando solo el anonadamiento y la perturbacion. No es rendimiento á la dignidad del poder ante quien se está; es decaimiento y dolor anticipado para el caso de quedar defraudada aquella esperanza única. Entónces se bajan los ojos, se inclina la cabeza y la respiracion se contiene; hay un momento terrible en que hasta las arterias del corazon interrumpen sus pulsaciones y todo queda en aquella organizacion de tal manera afectada, suspenso, paralizado, casi exánime.

Ved ahora al cristiano ante su Dios demandándole una gracia.

Desde luego para encontrarle tiene que alzar los ojos, porque el Dios de los cristianos se halla en una cumbre pendiente de un elevado madero desde donde le tiende los brazos. Mirando á su Dios mira al cielo; pidiéndole para sí pide tambien para su gloria; le pide que sea santificado su nombre. Su primera oracion, el Padre Nuestro, comprueba este hecho.

¡Qué distintos medios y qué resultados tan diversos en la oracion del cristiano y la solicitud humillante del alma irreligiosa!

Orar, glorificar á Dios, pedirle gracias que dulcifiquen no solo las propias miserias sino las de todo el género humano, puesto que ese mismo Padre Nuestro, nos lo enseña así, hé aquí la mision del verdadero cristiano.

Si orar, pues, es amar, si es bendecir y glorificar á Dios, si es solicitar el remedio á nuestras miserias y calamidades, ¿por qué pues ese rubor, esa vergüenza de orar?

Avergonzaos de hoy en adelante del mismo modo, de pedir un favor á vuestro amigo, una gracia á vuestra madre, un consuelo á la escogida de vuestro corazon; avergonzaos de toda solicitacion, de toda peticion cuando os avergonzais de orar á Dios, de levantar á él vuestra alma amándole y glorificándole. No ameis, disolved todas vuestras afecciones,

desechad todo sentimiento en tanto que os avergonzeis de orar.

Orar es amar.

F. de P. Gelabert.

LOS JOVENES.

Estábamos á unos cinco grados al Norte de la línea equinocial: soplaba un delicioso viento de bolina y el buque con sus velas desplegadas se deslizaba sobre la serena superficie del mar, como un ave acuática que se deja llevar por el impulso de las corrientes. La luna llena, cazadora mitológica, lanzaba sus dardos de plata sobre las caravanas de las nubecillas que flotaban á diversas alturas: algunos argonautas navegaban en su corva concha silenciosamente y uno que otro nido abandonado de los alciones iba siguiendo la ondulacion eterna de las olas. Una imaginacion juvenil y un alma entregada del todo á las exageraciones apasionadas de la poesía meridional, no podian detener su vuelo entre unos horizontes que por su diafanidad convidaban á remontar las ideas, que por su solitaria apariencia inclinaban el corazon á ternuras íntimas, y por su ilimitada inmensidad excitaban el espíritu á emprender aquel viaje que fatigó al peregrino de Schiller en los campos de lo infinito.

Volví los ojos atras y lloré los primeros diez y nueve años de mi vida, lamenté aquella sangre que habia fluido de la artéria vigorosa, aquella fuerza que se habia invertido, aquella flor que habia exhalado su perfume: ví correr con precipitacion como una cataraia espumosa, el torrente de pasiones que me dominaban; comparé la extension fija de lo pasado con la extension incierta de lo futuro; valoricé el átomo de mi personalidad; estimé en su verdadera pequeñez la gota trémula de la adolescencia; quedé abismado á la consideracion de lo que representa un hombre entrando como parte en el conjunto maravilloso del universo, y hubiera querido encontrar una fuente en que beber la prolongacion de la juventud, un Siloé en que revivir, un seno en que tornar á nacer.

Y esta ansiedad ¿será una disposicion de órden en el mundo moral? ese misterioso afan por consumir la energía varonil será un movimiento prescrito, una ley conveniente? Sí; necesitamos hacer girar la rueda y el impulso inicial ha de imprimirse con dureza; necesitamos aprender á cargar el plomo pesado de las esperiencias para saberlo sobrellevar; necesitamos, en fin, prepararnos, y como el tiempo que resta siempre es corto, de aquí que tengamos que aprovechar los momentos, abarcar muchas ideas, sufrir grandes sensaciones: la juventud, pues, no es mas que un apredizaje de penas y placeres que nos permite entrar luego con franqueza en esas vastas soledades de la edad madura donde hay que estudiar el modo mejor de aceptar el desengaño, la desilusion y la muerte. La naturaleza previsora acude á enseñar al que no sabe, y despierta con rudos sacudimientos á la razon que dormita.

Quitad á la juventud sus pensamientos de fuego y trastornareis el órden lógico del desarrollo físico, moral é intelectual; esas efervescencias precipitan el desenvolvimiento de la vida que es lo que importa, hacen ver desde temprano algunas de las cosas ocultas en lo que está por venir, acumulan una gran cantidad de calor en un foco de donde irán emanando los rayos que han de vigorizar las últimas aspiraciones del hombre, y matan con frecuencia á los pobladores de la tierra para mantener siempre un lugar desocupado á las generaciones sucesivas, que es una medida cuidadosa para la durabilidad de la especie.

Sobre todo, la ansiedad que nos arrastra en los dias de las turbulencias del alma, proclama el orígen del amor y el amor ha de guiar á su perfeccionamiento todo lo que tiene vitalidad aquí abajo, siendo en conse-

cuencia esta nueva prevision un motivo mas para reconocer que está bien indicada la marcha de los sentimientos. No nos asombre de que entónces extienda el amor su hoz segadora por los campos florecidos y que vayan quedando algunas víctimas en el camino, porque tambien es conveniente que haya un momento de expiacion, un instante de recogimiento en nosotros mismos, una pérdida sensible de fuerza para que llevemos la cabeza inclinada en el tránsito de una edad á otra. ¿Qué seria de nosotros si pasáramos violentamente á la vejez? Acostarnos con la frente tersa, la piel del rostro sonrosada, los cabellos negros, los ojos llenos de expresion y despertar encanecidos y tristes, seria estar dos veces maldecidos, y para que así no sea, es menester acelerar los sucesos, esperimentar en corto espacio de tiempo las sensaciones suficientes para sabernos abrigar contra las tormentas y ofrecer el pecho desnudo á los golpes repetidos del dolor que se acerca.

Aquel mar no tenia en su fondo profundísimo tantas arenas como ilusiones habian cruzado por mi mente, ni jamas se agitarian sus ondas como se agitan las pasiones en un corazon de diez y nueve años. Byron ha dicho en pocas palabras lo que es un jóven, cuando cuenta que él amaba desde su infancia la guerra, el océano y las mujeres, que son las tres cosas mas grandes que pueden seducir al que ha venido en este siglo, y queda así comprendido hasta donde se extiende nuestra alma cuando abre sus alas. La preponderancia de la fuerza determina la aficion al combate; la movilidad de las primeras esperanzas y el deseo de variar de localidades hacen aceptable un leño en que balancearse sobre los abismos; las sobreescitaciones de los afectos y la ley de la propagacion atraen los sexos.

En la juventud se ven las cosas segun el grado de la salud del espíritu y del cuerpo y la altura de las ideas de la época: se procura entónces extender un velo color de rosa sobre cuanto nos rodea y se huye al exámen analítico de la verdad: por eso se da preferencia al pujilato, se deja detras de la estela del buque lo que podrá proporcionarnos el reposo y se hace un ídolo y un objeto de desprecio á la vez de aquella criatura que ha de acompañarnos por este valle de amarguras, como llama la poesía bíblica á la sociedad en que venimos á vivir. No se piensa mas que en una cosa que se mueva, en algo que sea impalpable, en una sombra que se aleje y se acerque constantemente; no se piensa mas que en doblegarlo todo á las exigencias de nuestra constitucion particular y al órden de nuestros conocimientos y poniendo en ejercicio incansable la imaginacion, que es el mas torpe guia que puede tener la verdad, echamos el corazon y el pensamiento en el fuego para ofrecerlo en sacrificio á las preocupaciones de la educacion actual, y el corazon y el pensamiento no son salamandras que se puedan sustentar en un elemento devorador.

Siendo pues condicion precisa de la juventud esa ansiedad que se apodera de nosotros, y admitida como una de tantas leyes provechosas á que estamos sometidos, bueno fuera encaminarla á un fin importante para dar cumplimiento á un destino noble, porque no se da la fuerza solo para la lucha, sino para mantener el vigor de las ideas. La educacion que modera los instintos, encadenará los arranques atrevidos, sujetará de vez en cuando al hombre en momentos oportunos y sabrá emplear el exceso de la fuerza extraordinaria en la direccion de los afectos. El progreso universal está esperando siempre las iniciativas de la juventud para llevar á largas distancias sus preciosas teorías y difundir por todas partes las claridades bienhechoras de la ciencia y la virtud: para remover los obstáculos solo su palanca tiene suficiente poder.

Este deseo continuo de ir buscando en qué ejercitar nuestras facultades es tambien una prueba de que somos superiores á los demas seres de la creacion y de que reside en nuestra mente la esperanza, que es una revelacion de lo infinito. Era indispensable que disfrutaramos de ese don especial de no tocar nunca el objeto de nuestras ambicio-

nes, era pues preciso que llevaramos en nuestra mente la idea de lo ilimitado para conocer á Dios y poder soportar las miserias humanas. Así no digais jamas que no es natural el afan en que se mueve á todas horas la juventud, porque ese afan es la lógica de las grandes cosas que suceden en el polvo terrestre. ¿Qué habriamos logrado hasta aquí si desde el principio del mundo se hubieran aprisionado los arrebatos del corazon y del pensamiento en la estacion calurosa de la existencia? La historia confirma la opinion de que no se podria confiar la seguridad de las sociedades á ancianos débiles, ni podria tampoco entregarse el tesoro valioso de los sentimientos á quienes están fatigados de la larga jornada que han emprendido.

Como el hombre no debe aislarse está dispuesto que tenga atractivos para la dulce seduccion de la mujer, y por eso le fueron concedidos los favores de una hermosura varonil que inspira simpatía porque concede proteccion á un sexo desgraciado. No debian unirse solamente dos animales, porque este fenómeno correspondia á los que representan un papel inferior en la escala zoológica; era necesario que el espíritu tomara una parte activa en el matrimonio, y para que se cumplieran las inclinaciones se dió al jóven la fuerza, que es lo bello físico, y el sentimiento enérgico, que es lo bello moral.

Antes que se apague la llama, ántes que se evapore la ilusion, se verifica algun enlace que comienza á cambiar el rumbo de nuestras turbulentas pasiones y queda interrumpido un órden de acontecimientos que no debe durar: el clima bajo el cual habia echado raices el árbol del amor ha madurado los frutos, ha hecho abrir al entendimiento sus flores lozanas, ha preparado el cuerpo y la razon para el nuevo trance que se presenta: el ardor de los primeros años ha ayudado por último al desenvolvimiento de todo lo que habia en el alma.

¿Qué hacer para que la juventud no gaste en fútiles pasatiempos las disposiciones que le son propias? Me preguntaba en tanto que la nave hendia la superficie ondulosa del mar y soplaba mansamente el cefirillo de la noche. ¿Qué hacer pues en este caso? Estudiarse á sí mismo, contener sus ímpetus violentos, educarse, instruirse, amar. Así podrá valerse, en favor suyo y de la humanidad, de los elementos ventajosos de que puede disponer, hará que se renueven unas ideas y se conserven otras; que la perfectibilidad no sea una vana palabra; que su dignidad no desaparezca. De la juventud es de donde han de salir todos los bienes de que podemos gozar en la sociedad, de ella se han de derivar los principios sostenedores de la fé; de ella han de provenir los descubrimientos y las verdades; dejadla, pues, en su esfera de accion porque está prescrito que ha de marchar sin detenerse para llevar á cabo su mision.

Juan Clemente Zenea.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA.

(Finaliza).

"El arte de bien decir es sin duda una parte de la filosofía: Aristóteles la trató con acierto: dirigió su *retórica* á Alejandro y su *poética*—los fragmentos que de ella nos han quedado—sirven de regla todavía á los hijos de las musas. Sobre las olvidadas ruinas del Liceo subsiste ese código, como una columna de gusto clásico cuyas bellas proporciones han estudiado los grandes precep-

tistas de todos los siglos, Horacio, Boileau, Martinez de la Rosa.

"¿Reducirémos á esto el mérito de aquel coloso que por tanto tiempo dominó como déspota y que ha sido despues tan amargamente censurado? No: él fundó la escuela de la esperiencia, y echó por tierra la de las especulaciones y las hipótesis. El fijó por médio de fórmulas todos los descubrimientos. El observó y consignó una multitud de hechos físicos, metafísicos y lógicos inapercibidos hasta él. Ultimamente, á él se debió la clasificacion de todos los conocimientos. Divídense estos, segun Aristóteles, en dos ramos que comprenden, las *ciencias teoréticas*—cuyo objeto es el estudio de lo que existe—y las *ciencias prácticas*, que se proponen la aplicacion.

"Las ciencias teoréticas constan en tres grandes subdivisiones: 1.ª las *ciencias esperimentales*, que versan sobre el conocimiento de lo exterior, ó historia natural: 2.ª las *ciencias racionales* ó sea la *metafísica*, que es donde coloca los principios, la entología y la teología: 3.ª las ciencias mixtas ó subordinadas, que se reducen á la física. Las ciencias prácticas se dividen tambien en tres clases, á saber: *la moral, la economía* y *la política*. No encarecerémos el acierto de esta clasificacion, pero sí harémos observar que veinte siglos despues de su existencia y cuando ya habia desaparecido el prestigio de su autor, Verulamio y d' Alembert admitieron todas sus bases para la formacion del grande árbol enciclopédico.

"Tal fué en su orígen la escuela de Aristóteles, que ya se llamó *Lyceo* por el templo de Apolo Lyceo donde se estableció, ya *Peripato* porque el maestro daba las lecciones paseándose: esta escuela rivalizó mucho tiempo con la Academia, sin que jamas pudieran hermanarse. Colocados sus jefes en los dos extremos opuestos de la ciencia, sus doctrinas y sus métodos han estado siempre en continuo choque.

"Platon especula con la imaginacion y se expresa con elocuencia. Aristóteles observa friamente y expone con sequedad sus descubrimientos. El uno se lanza en las alas del genio á los espacios ideales: el otro fija en la realidad su mirada investigadora. Aquel desdeña como groseras y fugitivas las nociones del mundo exterior: éste desecha como temerarias todas las hipótesis racionales. Platon es poeta en la dialéctica: Aristóteles es dialéctico cuando habla de poesía. Las teorías del primero como que engrandecen y elevan el alma: los dogmas del segundo, [aunque á veces mas verdadero] apocan y encadenan el espíritu. Esta es la diferencia que hace que hoy, en las escuelas que han tomado los puestos del Liceo y la Academia, conserve Platon su encanto deslumbrador, y haya decaido Aristóteles hasta el extremo de que se arroje sobre su nombre un escarnio que está muy léjos de merecer.

"Muerto el Estagirita dirigió la escuela su discípulo Teofrasto, distinguido por la facilidad y gracia de su elocucion. Straton el físico sucedió á Teofrasto, y con Demetrio de Falera, célebre orador y político, fué introducido el Peripato en Alejandría.

"Presidieron sucesivamente el Liceo los filósofos Lycon de Troade, Gerónimo de Rodas, Ariston de Ceos, Critolao de Tasérida y Diodoro de Tyro. Despues de este sétimo sucesor de Aristóteles, solo se conoce á Aristónico de Rodas, que restauró los libros del fundador de la escuela peripatética y extendió por Roma su conocimiento."

Por este animado fragmento del manuscrito del jóven Cabanyes se puede formar idea del espíritu de la obra, y del estilo que en casi su totalidad se conserva fácil, preciso, elegante y ameno, aunque algunas veces incorrecto.

Detiénese el autor un momento en la escuela de Pyrron ó sea el escepticismo, indica las causas en que fundaba aquel filósofo su sistemática duda sobre la verdad, y pasando despues á los Estóicos habla de Zenon, toca su sistema psicológico que sirve de clave á su física y aun á su teología; haciendo notar el singular fenómeno de que una doctrina casi materialista que negaba la existencia de otra vida, produjese, sin embargo,

nociones sublimes, aunque no perfectas, de la virtud; hasta tal punto que fuera del cristianismo no se encuentran en parte alguna ideas tan elevadas y puras. Los estóicos comprendieron que ni los placeres sensibles ni los goces de la inteligencia podian ser el objeto de la vida y el orígen de la felicidad, y pusieron la virtud como fin último del hombre y como esencia de su ventura. El sabio, segun ellos, era libre en toda cautividad que no fuese la infamante del vicio, pues el dolor mismo no era capaz de arrancarle—con la confesion de que era un mal—la soberana independencia de su alma sobre todos los accidentes de la vida. Esta varonil doctrina que—segun la bella frase de Lacordaire—*reanimó un tanto los restos de la virilidad romana, al introducirse en sus muros entre los trofeos de sus antiguas costumbres*, hizo ver á los emperadores, fatigados de la bajeza que habian creado, que aun existian algunas almas incorruptibles, y la toga romana recibió de la sangre generosa vertida por la tiranía, una púrpura última y eterna que aun honra á la humanidad.

El estoicismo, que como dice el mismo grande escritor ya citado, no es, bien examinado, sino *la idolatría del hombre bajo una ilusion magnánima*, está juzgado con acierto por Cabanyes, que le dispensa los respetos debidos á una escuela que salvó la moral uniendo la felicidad á la virtud, al mismo tiempo que comprende la imperfeccion de sus bases.

Volviendo despues la filosofía á su antigua cuna, el Egipto, reunió Tolomeo Sotes en Alejandría todas las doctrinas de las várias escuelas de la Grecia. La primera, fundada por Aristóbulo y Filon, fué un ensayo de amalgama entre los sistemas filosóficos, y hasta la mitología, y la doctrina de la Biblia. Este sistema de los dos judíos nombrados, fué conocido con el nombre de *Teosofía* ó *Misticismo*, y como ya dijimos nació en Alejandría. Siguióle el *Syncretismo* ó *Eclectismo*, cuya forma doctrinal no conocemos con certeza, pero que parece reunia las mas rectas opiniones de cada secta. La escuela de que hablamos hizo pocos prosélitos en Roma, muchos en Alejandría y Grecia. Perteneció á ella el famoso Galeno.

El historiador, empero, vuelve á Roma su atencion. Guerrera en sus principios desdeñó todo género de cultura intelectual, pero conquistando la Grecia quedó sometida al influjo científico de sus conquistados. Tomó el gusto de la literatura y de las artes, estudió la filosofía, adoptó ideas de ella, y produjo al cabo á Ciceron, Cotta, César, Pompeyo, Caton, Attico, Varron, Lúculo... lumbreras que señalan la edad de oro de la civilizacion romana.

A pesar de lo mucho que en aquella época fué cultivada la filosofía, no dió orígen á nuevas escuelas. La autoridad griega dominaba á los sabios romanos, siendo Platon y Epicuro los que obtenian mayor número de secuaces.

Mas hé aquí que en un extremo del imperio aparece un hombre desconocido dando tambien lecciones de filosofía; pero de una filosofía nueva, pues aquel hombre *hablaba como jamas habia hablado otro alguno*. Miéntras la Providencia dispone el dia en que tan gran palabra domine al mundo completamente, desenvolviendo otra civilizacion mas perfecta que cuantas le han precedido, veamos florecer—ya en la Era Cristiana—á los Plinios, Dion Crysóstomo, Quintiliano, Plutarco, Epicteto, Galeno, Diógenes Laercio, Máximo Tyrio, Creceste, Celso y el maestro de Marco Aurelio. Lumbreras de la nueva doctrina brillan al mismo tiempo Ireneo, Justino, Teófilo, Ermias, Atenágoras, Clemente alejandrino, y algo mas tarde Orígenes, discípulo de S. Clemente y sucesor suyo en la direccion de la escuela de Alejandría.

El cristianismo, la palabra divina del filósofo desconocido de Judea, se va extendiendo maravillosamente y cuenta una série no interrumpida de doctores tan sapientes como santos; entre los que se cuentan, [posteriormente á los citados ya] Cipriano, Atanasio, Basilio, los Gregorios, Ambrosios, Gerónimos, Cirilos, y el célebre Crisóstomo, y el no ménos célebre Agustin, que refutaron

elocuentemente los errores introducidos por las sectas griegas, consolidando la perseguida creencia que predicaban.

A fines del reinado de Marco Aurelio, Ammonio Saccas, filósofo de Alejandría, imbuido en el misticismo de Oriente, fundó el Neo-platonismo, que no debe confundirse con el eclecticismo de Patamon. Su sistema es poco conocido. El sabio Plotino, discípulo suyo, espiritualizó este sistema, si bien incurriendo en algunas estravagancias. Longino, autor del *tratado sobre lo sublime* y ministro de la gran Cenobia, se opuso á las doctrinas exageradas de su maestro, declarándose fuertemente contra el misticismo; miéntras que Pórfiro—otro discípulo de Plotino—recopilaba los fragmentos de las argumentaciones con que su maestro respondia á sus opositores. Jámblico, Plutarco, Cyriano, el exaltado Prodo fuéron sucesivamente jefes de la escuela neo-platónica, modificándola ó alterándola cada cual á su placer.

Durante la irrupcion septentrional, en medio de las tinieblas que cubrieron la Europa, la ciencia buscó asilo en el Oriente, desde donde se habia derramado por el mundo envuelta en las doctrinas de los magos y sacerdotes. Florecian en Arabia por el siglo X de J.-C. el famoso Alfarabio, y Albumazar, y Avicena, y otros que dedicados tambien al estudio de la filosofía comunicaron despues sus luces á la Europa. El célebre Cordovés Averroes ademas de sus obras de *natura orbis, de re médica* y otras, traducia y comentaba en árabe la doctrina Aristotélica, amoldándola, empero, á sus propias ideas segun aquel dicho de Santo Tomas: *Averroes non tam fuit peripateticus quam philosophiæ peripateticæ depravator.*

Así la filosofía del estagirita, desfigurada por la fantasía árabe, se extendió por la Europa, ya condenada por los católicos en todo ó en parte; ya tolerada y espurgada de sus errores, como sucedió cuando Gregorio IX y Urbano V.

En el trascurso de estos siglos hasta el XVII, distinguiéronse varios ilustres varones. Hácia el XIII Alberto magno, Tomas de Aquino, Alejandro de Alés, Benaventura, Juan Dunsio, Rogero Bacon, Raymundo Lúlio, Alfonso el sabio de Castilla, Federico II de Alemania, y algunos mas que se esforzaron en restaurar el culto de la ciencia. El siglo XV fué mas feliz, pues pasando á Italia los griegos Besario Niceno Pontífice, Juan Argylófilo, Teodoro Gaza, Jorge Trapesuntino y otros que declamaron enérgicamente contra los vicios de la escuela, se levantó un hombre—el primero que dió un modelo de sana lógica—llamado Luis Vives, natural de España, y siguiendo sus huellas el gran Bacon de Verulamio que engrandeció con sus obras el círculo científico. En Florencia brillaba por entónces Galileo, tan célebre por sus estudios geográficos y aun mas por sus conocimientos astronómicos.

Despues de los ataques de Gasendo al peripato, quien mudó la faz de la filosofía rompiendo los grillos que sujetaban á la razon fué Descartes, el cual, á pesar de sus aventuradas teorías, puede ser considerado como el fundador de las modernas escuelas.

Desde entónces el velo de la naturaleza ha ido cayendo á grandes pedazos.

Newton sujeta la física á la geometría, intenta el cálculo de los infinitos, descompone la luz y se presenta á la vista del mundo coronado con sus siete rayos. Lanzándose atrevido en pos de los planetas marca sus órbitas, y descubre para complemento de su gloria el famoso principio de la gravedad, principal base de su sistema.

La Alemania produce otro sabio esclarecido, digno de asociar su nombre á los de Newton y Descartes: tal es Godofredo Leibnitz. Poeta, teólogo, historiador, físico y matemático, fué ante todo filósofo insigne, dejando en su sistema de las *nónades*—sustancias elementales de todas las cosas—un monumento del genio, aunque tambien de la imperfeccion humana.

Cabanyes se detiene en el exámen y aplicacion del sistema del filósofo aleman, y concluye su precioso opúsculo con estas palabras:

«Esos grandes hombres, padres de la moderna filosofía, han estado como los antiguos sujetos al error; pero merced al estudio profundo que han hecho del hombre y de la naturaleza, han encaminado los entendimientos por sendas en las que no es fácil alucinarse con teorías brillantes y con ingeniosos paralogismos.

«De las matemáticas de Euclides á las de Newton, de la física de Pitágoras á la de Lavoisier, de los laberintos de Aristóteles y sus comentadores á la idiología de Destut-Tracy, hay un espacio inmenso que, triste es decirlo, ha sido necesario siglos para recorrerlo. Afortunadamente el espíritu humano ha tomado un vuelo seguro y poderoso, y ojalá que le alumbren siempre las dos antorchas que nunca pueden extraviarle: *la razon y la revelacion*!

Hé aquí una ligera reseña de la *historia de la filosofía* que dejó en boceto—digámoslo así—D. Manuel de Cabanyes, cuya temprana pérdida lamentan con razon las letras españolas.

Hemos expuesto sus ideas sin entrar en calificaciones ni juicios, porque no era ese nuestro propósito.

***

CARTA DEL SR. LA SAGRA

A LA SEÑORA AVELLANEDA.

Villa-Clara 30 de Marzo de 1860.

Mi estimada y antigua amiga.—Mucho he tardado, en verdad, en aprovecharme de su amable recuerdo permitiéndome que mi nombre figurase en la buena compañía de colaboradores de su excelente periódico; pero V. que conoce mi vida, sabrá disculparme. Ahora, que precedo á V. algunas leguas en mi excursion Cubana, puedo atreverme á tomar la pluma sin miedo á la de V.; cosa que de modo alguno hiciera, si á Villa-Clara le tocase en este momento la dicha que disfruta Cienfuegos, poseyéndola á V. por algunos días. No seria, no, la observacion de V. la que me arredraria, pues por su desgracia, sus ojos son mas *bellos* que *buenos* para ver; seria su modo de escribir con el cual enriquece y embellece V. todo lo que observa.

Para huir todavía mas, si es posible, de semejante peligro, prefiero tocar puntos que V. no pueda jamas ver ni referir; y al efecto y con recelo de que venga un dia á Villa-Clara, á hacer lindos retratos de lo que bajo mi pincel no serian mas que informes bocetos, voy á retroceder dos siglos y medio hácia atras, para trazar algunas líneas sobre lo que eran en aquellos tiempos las mujeres habitadoras de esta central comarca.

En dos palabras se lo diré á V. Eran buenas, generosas, caritativas y..... muy amigas de las modas. Antes de presentarle á V. algunos hechos en prueba de lo primero, voy á describirle lo que sepa de las segundas; pues aunque en el *Album* de V. lo *bueno* precede á lo *bello*, yo invertiré el órden para que mi artículo sea mas interesante al fin que al principio.

Figúrese V. esta poblacion, allá en sus primeros años, cuando sus moradores empezaban á tranquilizarse del incesante temor que les inspiraba su precedente domicilio en San Juan de los Remedios, de continuo invadido, saqueado é incendiado por los piratas: imagínese V. aquella naciente Villa, que no tenia aun tejas para cubrir las habitaciones; cuando la ermita de la Candelaria, obra de la piedad de los fieles, se construyó con paja y la del Buen Viaje, con madera y guano; cuando apénas habia tiendas de géneros y que las señoras tenian que proveerse de vendedores ambulantes; pues entónces, ya la moda y hasta el lujo preocupaban á las Villaclareñas. Las naguas y sayas, constituian el vestido general así de las jóvenes como de las mujeres de cualquiera edad; y la única diferencia en los trajes consistia en los colores y en la calidad de las telas, pues

miéntras las sayas las requerian negras ú oscuras, en las naguas se empleaban colores claros y alegres. Las primeras se hacian de *damasco de tornasol*, prefiriéndose el negro y morado; de *tafetan*, de *capichola* (tela de seda como burato), de *tercianela* (género semejante al mismo tafetan, pero mas doble y lustroso), de *tisú* y de *picote*, cuya tela de seda era tambien de mucho lustre. En las naguas, ademas del *mué azul*, género de seda de aguas, como el *ormasí*, lucia el rico *tafetan carmesí* y otras telas de la misma clase y colores distintos. Tanto las sayas como las naguas iban siempre guarnecidas en la falda, con una ó dos vueltas de galones de plata y algunas veces de oro. Estos vestidos costaban por lo regular cincuenta, ochenta y hasta cien pesos, y el complemento de ellos era el *justacox* (ajustador ó jubon), vestidura que cubria desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo. Las *mantellinas*, nombre que se daba á la manta ó mantilla, con que se cubria la cabeza hasta la espalda, se usaban tambien de *tisú de seda*, de *brocado* y otras telas semejantes, y como adorno llevaban algunas hasta tres galones. El *ceñidor* era tambien de moda y consistia en una especie de faja que ajustaba el vestido á la cintura, y para cuyo adorno se empleaban géneros de seda de varios colores, especialmente el *tafetan rosado*. En relacion con estos vestidos costosos estaban los demas objetos con que se engalanaban las mujeres, tales como los *ahogadores* y *gargantillas* de cuentas de oro y de perlas finas, que se vendian hasta cincuenta pesos; los *zarcillos* de lo mismo y otros llamados de *resplandor*, que valian á veinte pesos y aun mas. La *tachela* de oro ó plata, era otro objeto de uso muy generalizado, que no venia á ser otra cosa que un clavo ó punzon, de cabeza redonda, el cual servia para prenderse las mantas ó *mantellinas*. Habia tachelas que pesaban seis y ocho onzas y costaban ocho y diez pesos.

Al leer esta descripcion del traje de las antiguas vecinas del monte *Capiro*, sentirá V calor en todo su cuerpo; mas ellas sin duda que se hallaban bien y bastante ligeras para bailar el *zapateo*, que parece haber sido el baile exclusivo algunos años, con acompañamiento de vihuelas y bandolas, asociadas con el poco armonioso *güiro*. No faltaban otros instrumentos, como las *liras*, pues el médico Dubois de la Rosa, que viniera de Santo-Espíritu, era nombrado por ser posesor de una, de dos vihuelas y de una bandola; coleccion armónica que no sabemos si era aventajada por la de instrumentos quirúrgicos del alegre facultativo.

Así continuaron los trajes y los bailes, durante el período de cerca de un siglo, que iba acercándose al décimo nono; pues nada de nuevo ofrecieron en las fiestas de la proclamacion de Cárlos III, donde los mismos vestidos é instrumentos, lucieron y alegraron los espectáculos. Los cambios estaban reservados para una época que los ofrecia terribles en Europa; la de la revolucion francesa, en sus distintos períodos de la Asemblea, la Convencion, el Directorio y el Consulado, que vieron modificarse completamente los trajes mujeriles. Las innovaciones llegaron hasta Villa-Clara, donde las ámplias sayas y naguas fueron reemplazadas por los estrechos *túnicos*, cuyos talles partian á veces de debajo de los brazos. Las sólidas y valiosas telas de tisú y brocado, se sustituyeron con muselinas, pursianas y otras de hilo y algodon; pero el anascote sostuvo la lucha mas tiempo, y como refugiándose en sagrado, se reservaba para ir á la iglesia. El peinado se complicó con las peinetas, si no tan elevadas y monstruosas como las que vinieron treinta años despues, anchas en demasía, pues cogian de una á otra oreja, llevando por lo comun una barilla ó cerco de oro en su parte superior ó saliente, por lo cual se las llamaban *peinetas de barilla*. Las cadenas y rosarios de oro de considerable valor, habian sostituido á los *ahogadores de perlas* y otros adornos antiguos semejantes, y contemporáneamente con estas modas se introdujo la de los *palillos* ó tacones, que tenian hasta tres pulgadas de alto, y con los cuales las señoras hacian mas ruidoso y gracioso el baile del *zapateo*.

Tambien tuvo éste rivales contra que luchar, pues vinieron con las indicadas modas, el *minué*, el *jardinero*, el *paspié* y otros; pero el antiguo y patriarcal *zapateo* no se dió por vencido, llamando en su ayuda los contemporáneos indígenas *Juan el grande*, la *muchitanga*, la *culebra*, el *sonsorito*, la *mora* y otros mas, miéntras que las gentes de clase inferior se conservaban fieles al *guateque* ó *changüie* acompañado de tiples, bandolas y sonoro güiro. La orquesta era ya tambien mas rica en los bailes de sociedad, puesto que habia guitarra, algun violin, tambora ó tamboril, triángulo, panderos, clarinete y alguna chirimía; cuyo conjunto si no muy armonioso, debia por lo ménos ser sensible al oido.

No entraré á referir á V., amiga mia, pormenores del ajuar doméstico, que conservó mucha mayor sencillez que los trajes. Puede faltarme el tiempo para escribir algunos hechos característicos del corazon bondadoso de unas mujeres, que pagaban ya su tributo á la vanidad y á la moda. Da Gregoria Perez, esposa de Antonio Diaz, dueño de la hacienda á donde se fijaron las primeras familias huidas de Remedios, tuvo bella ocasion de ejercitar con ellas la caridad de su alma, prestándoles todo género de socorros y de proteccion.—Desde aquella remota época, figuraron y se distinguieron las señoras de Villa-Clara, en actos de piedad y de benéfico desprendimiento. La construccion de templos, de asilos y de escuelas, las halló siempre propicias, y se conservan aun las noticias de sus donativos para construir el campanario de la iglesia de la Pastora.—Quizas debieron, en gran parte, esta disposicion bienhechora y piadosa á las lecciones que recibieron, de una de sus compatriotas nacida el año de 1770, y que desde los 14 de edad se consagró, hasta los 90, á la enseñanza de la niñez. Esta mujer singular, que acabo de visitar en el lecho del dolor, que ocupará poco tiempo, vino al mundo con el instinto moral de la educacion, que sabia ya inculcar de un modo maravilloso, desde su primera juventud y que continuó con una perseverancir y celo ejemplares. Se la deben casi todas las señoras que aun viven en Villa-Clara, muchas que han fallecido y sus hijas y nietas. Da Nicolasa Pedraja y Bonechea, generalmente conocida por el nombre de la *Maestra Nicolasa*, comprendió hace cerca de un siglo, la educacion y la enseñanza de la infancia, como deben ser comprendidas; y así reunió la de ámbos sexos, para inculcarles la *ciencia de la salvacion, los rudimentos que sirven de base al saber humano, depositando y cultivando en un terreno virgen, la simiente de la virtud y de la ilustracion.* Hoy dia, decrépita y extenuada, pero fervorosa y confiada en la Omnipotencia, espera sin temor la última hora, y solo rogaba al digno sacerdote que me acompañaba, que no la olvidase, pues *recibia un gran consuelo con sus visitas.* Alguna que la hiciesen sus antiguas discípulas, les será sin duda, pagada en el cielo.

Hay sin embargo, algo de triste en contemplar el próximo fin terrenal de una larga y virtuosa existencia consagrada exclusivamente á la enseñanza, teniendo por únicos compañeros, la miseria, el dolor y el abandono; pero como ni V. ni yo tenemos la culpa de esto, voy á terminar mas alegremente mi carta citándole los poetas de Villa-Clara.

Fué el primero un tal *José Suri*, que nació en 1696, con instinto poético, que cultivó mas tarde. Sus poesías fueron generalmente religiosas. Siguióle *Lorenzo Martinez de Avileira*, que vino al mundo en 1722, y fué literato y poeta regular.—El tercero, que mencionaré á V. se llamaba *Mariano José de Alva*, nació en 1761, y era de genio agudo y festivo, poeta querido de las familias, á cuyas celebridades jamas faltaba.—Puede V. juzgar del género de sus versos, por la siguiente cuarteta, que glosó de un modo análogo á su objeto:

No hay un sujeto en la Villa
A quien no le esté debiendo,
Las trampas me están comiendo
Y no tengo una cuartilla.

Al llegar aquí, y aunque sea dándome el parabien por haberla distraido unos momen-

tos, preveo que no habrá estado exenta de impaciencia y curiosidad, no pudiendo esplicarse dónde ni cómo he adquirido yo estas noticias. Apénas hace 48 horas que me despedí de V. en esa, adonde me llevó el mártes el deseo, gratamente satisfecho, de presenciar los exámenes de los aventajados alumnos del Sr. D. Mariano Dumas. Antes solo habia permanecido aquí unas 36 horas; de consiguiente ¿cómo pude inquirir tantas cosas?—Por medio de un trabajo ajeno y de un esfuerzo prodigioso mio.—El *trabajo ajeno* es la *Memoria histórica de Santa Clara* y su *jurisdiccion*, escrita por el laboriosísimo *D. Manuel Dionisio Gonzalez*, que acaba de ser impresa y cuyo primer ejemplar encuadernado, tuvo la bondad de darme, para que lo recorriese durante el viaje que iba yo á hacer á esa. El *esfuerzo prodigioso mio*, fué el de conseguir leerle y tomar notas con el lápiz, en medio de los incesantes golpes y saltos que, cual una pelota, me traian dentro del wagon. Así he conseguido resolver el problema mas difícil de equilibrio que puede presentarse al acróbata mas diestro y esperimentado, y que consiste en tomar notas sobre un carril cubano.

Cuando llegue á manos de V. el interesante libro del Sr. Gonzalez, verá que es una mina, rica para la historia y grata para todos los moradores de este suelo, pues raro será el que no halle citado el nombre de uno de sus antepasados.

Pero como todo esto, pueda no ser de tanto agrado é interes para las lectoras y lectores del *Album Cubano*, no profundizaré mas en el rico filon que ha explotado, en la Historia de Villa-Clara, su sincero y apasionado amigo Q. B. S. P.

Ramon de la Sagra.

PENSAMIENTOS MORALES Y FILOSOFICOS.

El hombre será siempre por sí solo un fondo inagotable: sus sentimientos serán siempre inmensos é ilimitados. Las musas desdeñosas de la Grecia no querian ocuparse sino de dolores reales, de reveses brillantes. El sistema de la igualdad va á introducirse á su vez, en la region de la poesia y de las artes. El llanto del hombre oscuro excitará tambien el nuestro. y ya el Evangelio y la Biblia nos han enseñado á compadecer á todos.

Lo que mejor se sabe es lo que se adivina.

A medida que se despoja una colina de sus árboles, ó se hace crecer en ella un bosque, se priva á un terreno del rocío del cielo, ó se hacen correr aguas abundantes de un peñasco árido. Depende pues del hombre variar hasta la constitucion atmosférica del paraje en que se establece. Los elementos le obedecen, en cierto modo, y el mas terrible de todos va á morir á sus piés.

Lo propio que le sucede á la tierra cuando deja de ser trabajada por el hombre, le acontece al hombre mismo cuando huye la sociedad para buscar el aislamiento: crecen las espinas en su corazon desierto.

El deseo de gloria no es sino el sentimiento de la vida que trata de rechazar á la muerte, el instinto de una alma grande que presiente su inmortalidad.

El amor necesita, como todo lo que es durable, el océano de la eternidad.

Un buen pensamiento seguido de una firme voluntad, una firme voluntad seguida de un acto generoso, hé aquí la virtud.

La vida es un movimiento que tiene á Dios por principio, por centro y por término.

La paz es la tranquilidad del órden.

El amor es el acto supremo del alma; la obra maestra del hombre.

Los antiguos representaban la Gorgona teniendo serpientes por cabellera; no era necesario: les hubiera bastado para expresar completamente su idea, pintar la mas mag-

nífica forma humana sin ninguna expresion de benevolencia.

El pueblo es el suelo vivo de la patria: de él sale todo lo que sube; en él cae todo lo que desciende.

El honor es la línea equinocial de la humanidad, que se inflama y se purifica á medida que se la acerca, y se hiela y se oscurece á medida que se le desvia.

La razon constituye al hombre, la fé constituye al cristiano.

SECCION SEGUNDA.

HIMNO AL SOL.

Levanta, rey del mundo y de los astros!
Tu cabeza de rayos coronada;
Extiende sobre el mundo tu mirada,
Y restituye el celestial calor:

Que el dardo de tu luz la sombra densa
Rasgar no pudo en las tinieblas frio,
Y helarse vió las gotas del rocío
En los rígidos cálices la flor.

Alzate ¡ó sol! En las mayores cumbres
Ya tu rielante ráfaga prendia,
Y aun el caos de las sombras envolvia
La falda y llano en vaga oscuridad.

Y un momento pasó, y hendió vibrando
La distancia inferior tu rayo de oro,
Y fué la tierra un ancho meteoro,
Y sonrió gozosa tu deidad.

Alzate, ¡oh sol! El ruiseñor del bosque
Tu presencia en los cielos solemniza:
El aura blanda que su pluma riza,
Canta en himnos alegres tu ascension.

El pino ondeando su gentil plumero,
Se inclina en tu presencia reverente,
Y en su cauce de rocas el torrente
Se despeña clamando: ¡Bendicion!

Hasta las ondas de la mar se elevan
Cuando en las cumbres del Oriente rayas,
Y rebosando en las turientes playas,
Se adelantan gozosas ante tí.

Palpita el orbe. Cielos, tierras, mares,
Que en la luz esperada se coronan,
El himno excelso de tu gloria entonan,
Y el mundo clama: ¡Contempladle allí!

¡Oh inagotable engendrador del dia!
De vida manantial, trono del rayo!
Ven, y del torpe y frígido desmayo
Levanta con tu luz la creacion.

¡Guerrero inmenso del escudo de oro,
Como al bardo Osian apareciste!
Vén y al imperio de las sombras triste
Precipita el flamígero bridon.

¡Oh! ¡Cuán hermoso entre los mundos eres
Con eterna y magnífica hermosura!
La omnipotencia se cifró en tu hechura;
Dios á sí mismo se admiraba en tí.

Corre, corre, ¡alma sol! Ya por los montes
Tu derramada cabellera ondea,
Que yo en tu hermosa plenitud te vea,
Y el rayo sienta de tu lumbre en mí.

Eres de Dios ¡oh sol! sublime imágen;
La luz y la verdad son una esencia:
De admiracion henchido en tu presencia,
Ya siento en mí tu fuego celestial.

Mas no aparecés iracundo ahora,
La tempestad señoreando. El velo
De las sombras cayó; y ardiendo el cielo,
Abre ante tí su pabellon triunfal.

¡Oh! ¡Cómo el universo palpitante,
Al claro despuntar de la mañana,
La rica veste que fulgura en grana
Ostenta ardiendo en celestial fulgor!

¡Oh! ¡Cuál la tierra, al parecer del dia,
Con virgínea pureza resplandece,
Y en su alma frente recibir parece,
El ósculo primero del Criador!

¡Cómo, resuena en melodiosos cantos,
Del claro templo del naciente dia,

Arpa inmortal de célica armonía,
Que pulsa el mas hermoso querubin!

¡Cómo del ser la multitud confunde
En una adoracion la vária esencia;
Y el cántico sin fin de providencia
Entona el mundo, y de placer sin fin!

El te saluda, ¡oh sol! Al eco blando
Despierta el aura que la luz aspira;
Y bate el ala temblorosa, y gira,
Y esparce en torno el natural frescor.

Oyese al léjos el bramar del toro;
Vaga, cual aérea flor, la mariposa;
Liba la abeja el néctar de la rosa:
Bala el cordero; alégrase el pastor.

Por todas partes resonar se escucha
La voz del campo, el plácido ruido,
Que halaga el corazon mas dolorido
Intimo acento de inocencia y paz.

Do quier el ánsia de admirar se enciende
Y aduerme el sentimiento de las penas;
Vagan do quier imágenes serenas
De quietud melancólica y solaz.

¡Dichosos climas que en su eterno encanto
Mas cercanos del cielo estar parecen,
Donde con más viveza resplandecen
Tus rayos de zafiro y de arrebol!

Natura se alza del nocturno lecho
Resplandeciendo en líquido rocío,
Y abierto el seno blandamente frio
Como á un esposo te recibe, ¡oh sol!

Pura, feliz, voluptuosa, rica
De aromas, de colores, de frescura,
Rebosando abundancia de hermosura
Su almo regazo, templo del placer;

Contempla tú desde el radiante sólio
Los campos de la hermosa Andalucía:
En vano busca en su carrera el dia
Mansion mas bella en que su luz verter.

La vista se reposa en las llanuras
Sobre ramos de rosa y esmeralda;
Cíñenla en torno su feraz guirnalda
Bosque de mirto y lauro y arrayan:

Suaves colinas por do quier se ofrecen
Al ojo inquieto en movimiento blando,
Que al horizonte diáfano, ondulando
Cual si la tierra palpitase, están.

Ceñida allá de iluminadas brisas,
En la márgen sonora reclinada,
Tendiendo por sus campos la mirada
Entre raudales de infinita luz,

Alza la frente arábiga Sevilla,
De mil ciudades imperial matrona;
La perla mas brillante en la corona
Del imperio magnífico andaluz:

Y arrollando á sus plantas vencedoras
El gran tributo del raudal lejano,
Que se adelanta el dios del Océano
En su concha marina á recibir;

Bajo un dosel de retemblantes bosques
Donde se enlaza el lauro al sicomoro;
Sus olas vuelca de diamante y oro
Sobre alfombras de flor Guadalquivir.

¡Oh sol! ¡gran sol! Hé aquí la encantadora
Region de los suavísimos placeres:
Aquí se nace amando; aquí á los séres
Les falta vida para tanto amor.

Y esta Vénus del mundo á tí levanta
De un lecho de deleites su semblante,
Como á un amante mas, como á un amante
Que la estás prodigando tu esplendor.

¡Ay! Siento yo bajo tan dulce clima
Letargo ardiente, enamorado sueño;
Y busco en ánsia eterna un halagüeño
Rostro, y un seno en que apoyar mi sien.

Lleva el amor las horas de mi vida;
Ora me arranco de sus dulces brazos,
Preso en la red de seductores lazos,
Que llaman ¡ay! felicidad y bien.

Mas al sentir tu influjo soberano
Vaga ambicion en mi alma se despierta,
Dormida estaba, pero nunca muerta,
En la inercia fatal del corazon.

¡Oh! sol! ¡oh excelso sol! Tú eres muy bello
Bajo el cielo feliz de Andalucía;

Pero ánsio verte yo, ¡padre del dia!
Desde lejana incógnita region.

En donde enciende el trópico su antorcha,
En la playa hiperbórea de la tierra....
De cuanto grande el universo encierra
Corre á mi vista el puro manantial.

Al corazon cansado de sí mismo,
Patria será la inmensidad del mundo:
Huya de mí por siempre este infecundo
Goce que engendra tras del tédio el mal.

¿No hay mas felicidad que un cerco impuro
De enervantes y estúpidos placeres?
¿No hay en el mundo ya sino mujeres,
Que hagan tambien del hombre una mujer?

¿Dará alimento de emociones grandes
La tediosa inaccion al alma inquieta?
¿Es un alma inmortal la que vegeta
Tan pequeña mañana como ayer?

Corre, ¡gran sol! Lo mismo que las flores
Renazco yo á tu luz, vivo y me aliento;
Hervir instintos poderosos siento
En mi frente, en mi pecho, aquí y aquí.

Al alma llega tu infinito rayo,
Y me enseña el horror de su vacío;
La luz es el espíritu, y el mio
Recibe altos estímulos de tí.

Corre; corre, ¡gran sol! Corre, y mis ojos
Te sigan al Zenit. Yo me figuro
Que al levantarme de este suelo impuro
A la patria suprema é inmortal;

Tenderá á tus espléndidas regiones
Mi alma inmortal el infinito vuelo,
Y en tu árdua hoguera á conquistar el cielo
Se purgará del polvo terrenal.

¡Antorcha de los tiempos y los orbes!
¡Luz de la inmensidad! ¡De Dios espejo!
Los astros son tu espléndido cortejo,
El hombre tu incesante adorador.

Mi arpa y mi voz conciertos melodiosos
Esparcen á las auras matutinas;
El alma, no los ojos, iluminas
¡Astro inmortal! de tu feliz cantor.

Y ojalá, ojalá que roto un dia
El eslabon que el ánima encadena,
Océanos sin fin de agua ó de arena
Atravesando en honda soledad;

Desde la cumbre de lejanos montes,
De la cumbre del mar á tí se eleve
Mi acento, ¡oh sol! y el cántico te lleve
De entusiasmo, de gloria y magestad.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

Sevilla 1840.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

Victoria Colonna.

Victoria Colonna, hija de D. Fabricio Colonna, gran condestable del reino de Nápoles, y de su esposa D.ª Ana de Montefeltro, nació el año de 1490, y se casó en el de 1506 con el jóven marqués de Pescara, á quien amaba apasionadamente desde su infancia.

Cuando la guerra la separó de aquel esposo querido, la literatura fué la distraccion única de Victoria, que dirigia sin cesar al ausente bellísimas cartas y deliciosos versos, en donde brillaban á la par la ternura de su corazon y la superioridad de su ingenio.

Ocasion tuvo tambien de manifestar de un modo inequívoco la magnanimidad de su alma, pues por consejo suyo desechó su marido la corona de Nápoles con que le brindaron los príncipes italianos, si consentia en abandonar la causa que hasta entónces defendiera.

"La virtud ensalza mas que el cetro—le escribió su mujer con motivo de aquella oferta—y en cuanto á mí estoy muy distante de ambicionar el nombre de reina; me basta conservar sin mancha el de esposa de un gran capitan que ha sabido vencer reyes."

Murió el marqués en Milan, á consecuencia de las heridas que recibió durante la guerra, y desde entónces Victoria se apartó completamente del mundo, buscando consuelo en la poesía que siempre fué su inclinacion dominante.

Exhaló su tristeza en bellísimos cantos que la merecieron el epíteto de *divina* con el cual aun se la califica en Italia, y despreciando ventajosos partidos que se le presentaban para un segundo enlace, pasó mucho tiempo consagrada al culto del dolor y del arte, hasta que Dios quiso atraer exclusivamente á sí aquella hermosa alma en la que nunca tuvieron grande imperio los intereses terrenales.

En 1541 se retiró la marquesa viuda de Pescara á un convento de monjas, bajo cuyo techo vió transcurrir algunos años viviendo santamente; pero quebrantándose su salud cada dia mas hasta el punto de serle preciso abandonar su muy amada celda para trasladarse al palacio de Cesarini; donde murió á poco tiempo contando 58 años de edad, y dejando á la Italia el derecho y la gloria de contarla entre sus poetas mas distinguidos.

La primera edicion de sus poesías vió la luz en Parma en 1538: posteriormente se hicieron otras várias, con el título de—*Versos de la divina Victoria Colonna de Pescara.*

Aquella peregrina mujer no fué solamente uno de los mas bellos ingenios y elevados espíritus de su época, sino tambien una de las personas mas perfectas de su sexo, y en la que se reunian todas las gracias con todas las virtudes.

***

LA FLOR DEL ANGEL.

[Tradicion Vascongada].

(*Conclusion.*)

La cólera y él dolor son malos consejeros. ¡Rosa los escuchó, sin embargo: los escuchó demasiado! No le bastaba la destruccion de la abeja: hizo mas todavía para aniquilar sus recuerdos. Le otorgó su mano à Anton Ondarra, apresurando la realizacion de aquel enlace que debia probar al inconstante Félix que no se habia tenido la credulidad de esperarle fiel y enamorado. Rosa estaba loca en aquellos dias fatales. Quizá no debió Ondarra cumplir los ciegos votos de la pasion en su suprema amargura; pero ¡ah! él amaba con extremo á aquella niña interesante; la creia abandonada y esperaba poder consolarla con su indulgente é inagotable ternura. La abnegacion del viejo marino habia sido sublime miéntras juzgó contribuir con ella á la ventura de Rosa; pero faltando aquel estímulo, privado de aquella esperanza, ¿cómo y por qué rehusaria un bien que se le venia á las manos cuando ménos lo esperaba y mas reconocia merecerlo...? Tal heroismo era superior á una flaca naturaleza mortal.

La boda se dispuso de prisa, y solo al ver llegar el momento de ella comenzó la exaltacion de Rosa á dejar algun campo al raciocinio. Solo entónces comprendió que su resolucion era violenta; que el dicho del capitan no era de un carácter infalible; que al faltar ella á sus juramentos tomando esposo—àntes de cumplir el plazo de los dos años otorgados á Erliá por su padre—se hacia reo de un crímen que no alcanzaria á justificar la inconstancia de aquel, aun despues de ser completamente probada. Estas reflexiones y otras muchas atormentaron de pronto á la desgraciada Rosa; pero eran ya demasiado tardías. El casamiento se celebraba aquella misma noche. Solo pudo llorar, llorar sin consuelo entre sus galas de novia, y sentir que se despertaban, á pesar suyo, en lo mas íntimo del alma los dulces y tristes recuerdos que habia querido en vano aniquilar. Entónces se acordó de la flor y de la abeja..... de la pobre abeja sacrificada.

—¿Qué hizo? se preguntaba con enojo á sí misma: ¿qué hizo jamas para merecer la muerte? ¿Debí castigarla por que animó mi esperanza con su fidelidad? ¿Es tan grata la verdad presente que no deba perdonar y agradecer aquel engaño dulce, aquella ilusion que era mi vida?

Discurriendo así no pudo resistir à un repentino impulso. Aun faltaban algunas horas para la nupcial ceremonia, y Rosa fué á pasarlas llorando junto al *arbusto del ángel.* ¡Ay! barrian ya el suelo sus amarillas hojas, y la última flór que habia adornado su tallo—la última que libara la abeja—se desprendia ya seca, esparciendo con sus restos los del insecto aplastado en

su corola. La jóven recogió aquellas reliquias; recogió tambien la semilla que dejaba la flor, y todo lo guardó cuidadosamente envuelto.

—¡Erliá! ¡mi pobre Erliá! ¡perdóname! decia al apretar aquellas reliquias sobre su afligido corazon. Y se complacia en repetir dichas palabras dirigidas á la abeja, pero que le daban ocasion de repetir aquel nombre, que era tambien el de su antiguo amante. Sin embargo, no volvió tal nombre á salir de sus labios, porque Rosa fué desde entónces la mujer de Anton Ondarra, y tenia demasiada virtud para acariciar lo pasado. Nada le quedaba de él sino los míseros restos de la abeja y de la flor.

Rosa no era feliz: no podia serlo; pero llenaba sus deberes con aparente agrado, y respirando de continuo en la atmósfera de paz y de ternura de que la rodeaba su marido, acaso llegó á esperar que se cicatrizaran con el tiempo las profundas heridas de su alma.

Así pasó el otoño: así pasó tambien el largo y nebuloso invierno, y llegó el último dia del mes de Febrero, trayendo en pos una noche tenebrosa y fria como ninguna. Tronaba, llovia copiosamente, y Rosita, sin embargo, permanecia en su ventana, fijos los ojos en el enlutado firmamento, que surcaban á intervalos los relámpagos, y como si se embelesara oyendo retumbar los truenos en las montañas. Quizas su pensamiento se hallaba muy léjos de cuantos objetos parecian preocuparla, pues de pronto se estremeció toda como si despertara de un sueño. Entónces prestó visiblemente atentísimo oido, no al trueno, que no resonaba en aquel instante; no á la lluvia y al viento, que comenzaban á aplacarse; sino á una voz dulce, lastimera, que acababa de articular su nombre bajo su misma ventana. La oscuridad era tan profunda, que nada podia distinguirse; pero un largo y tristísimo adios murmurado apénas en medio de las tinieblas, llegó á herir en lo mas hondo todas las fibras del corazon de la jóven. ¿Qué nombre iba á escaparse de sus labios convulsivamente estremecidos? No puedo asegurarlo, pues Anton llegó en aquel instante haciéndola desviar de la ventana, cuidadoso por su salud expuesta imprudentemente al borrascoso viento de la noche.

Rosa, empero, no durmió ni un momento, y apénas la campana de la parroquia anunciaba el comienzo del dia consagrado á la fiesta del Angel de la Guarda, cuando saltando de la cama, con el rostro encendido por la fiebre, corrió desatentada á orillas del Deva. Por todas partes presentaban á sus ojos vestigios de la tormenta pasada; pero ella nada veia. Sus piés se sumergian á cada paso en los charcos formados por la lluvia; pero ella corria sin cesar, como si fuera empujada por una mano invisible. Llega, divisa el paraje donde floreció ántes el arbusto ligado para siempre á sus recuerdos..... Donde habia recibido el último adios y las sagradas promesas de su amante..... Donde ella le empeñara tan solamente las suyas..... y donde, por último, en el furor de su despecho al creerse abandonada, habia levantado una mano destructora sobre el pobre insecto que por tanto tiempo acudió fiel á sostener su esperanza.

Ya no existian ni el arbusto ni el insecto, ni la esperanza ni los juramentos de Rosa..... ¡pero Erliá estaba allí, fiel á los suyos!..... ¡Estaba allí, como se lo habia prometido hacia dos años, en tal dia como aquel, y á presencia de sus ángeles, del arbusto, de la abeja y de la flor!

Rosa no lanzó un grito ni articuló una palabra, porque el silencio es la expresion suprema de las supremas emociones. Cayó de rodillas, y su mirada—en que se retrataban los inefables tormentos de su alma—fué la única impetracion de piedad que pudo dirigir á su juez. Pero aquella mirada era tan elocuente, tan desgarradora, que el corazon ofendido no pudo resistir á ella.

—Sì, yo te perdono, dijo Erliá—desviándose estremecido de la que tanto habia amado—así te perdonen tambien Dios y los ángeles, á cuya presencia has perjurado.

Rosa ocultó el rostro entre sus manos; y como la compañera de Adan, al verse ante Dios despues de haber comido la funesta manzana, solo pudo articular estas palabras, tan difíciles para el orgullo y tan socorridas para la debilidad:

—¡*Fui engañada*!

Erliá se sonrió con amargura.

—Sé, dijo, que tu corazon creyó con harta presteza en la mudanza del mio. Que estuviste léjos de sospechar siquiera que la esposa que se me brindaba no tuviese con todos sus tesoros bastante para comprarme la constancia de mi amor y la santidad de mis promesas. ¡Oh!

¡ella y su padre me hicieron mas justicia! Ellos, al oir la sencilla historia de mi vida, que no es mas que la de mi corazon, comprendieron al instante que no habia para mí sino una felicidad posible, y me dieron generosamente los medios de venir á conquistarla; miéntras tú no vacilabas en creer que yo la vendia infamemente por un puñado de oro.

—¡Erliá, Erliá! gritó la infeliz Rosa, abrumada á los piés de su amante por el enorme peso de su dolor y su arrepentimiento. ¡No hay para mí perdon! ¡No merezco piedad!

Tan lastimero era su acento, tan profunda su desesperacion, que el noble pecho del jóven sintió que se sobreponia á sus propios dolores la compasion que le inspiraban aquellos de que era testigo, y solo buscó ya palabras de consuelo para la culpable.

—La fatalidad, le dijo, la fatalidad lo ha hecho todo. Ninguna de las noticias que he procurado darte han llegado hasta tí, y aquel silencio, la distancia, el tiempo, la natural desconfianza de tu carácter, disculpan sobradamente tu injusticia de un momento, que no es á mí solo ¡oh Rosa! á quien ha hecho desgraciado. Nuestros ángeles no han querido que gozasen dos mortales en la tierra de una felicidad sin límites.

—Ellos, por el contrario—exclamó Rosa inconsolable—ellos han hecho venir infaliblemente cada dia á la fiel abeja con quien te comparaste, para que tranquilizase mi corazon con su inmutable constancia. ¡Pero nada bastó! ¡A nada atendió, sino á sus zelos, este corazon indigno! Mi mano, mi propia mano mató al insecto sobre la flor que amaba! ¡Oh, sí, Erliá! ¡Lo destrocé como á tu corazon! ¡Lo aniquilé como á mis juramentos! ¡Aquí tienes..... aquí tienes sus restos con los de la flor!

Y la jóven sacó de su pecho el papelillo que contenia las reliquias, fijando en él convulsivamente sus labios descoloridos.

Erliá lo tomó en sus manos, le abrió, y contempló largo rato aquel polvo; corriendo gruesas lágrimas por sus pálidas mejillas, algun tanto tostadas por el sol ecuatorial.

—¡Ah! pronunció al fin con un acento que partia el corazon: sus cenizas, al ménos, están para siempre confundidas..... Las nuestras, Rosa, no lo estarán jamas. Prométeme siquiera que esparcirás estos polvos en la tierra de mi sepultura, y que irás alguna vez á regarlos con tus lágrimas.

—Sí..... sí..... articuló ella entre gemidos; hasta que en aquella tierra se confundan pronto los restos de todos cuatro.

En aquel momento llegaba sofocado el viejo Anton, que habia corrido las montañas en busca de su mujer. Erliá la tomó por la mano y se la entregó, diciéndole:

—Hazla feliz, porque ha comprado ese derecho á precio de mi vida; y cuando yo no exista no la impidas cumplir el último juramento que me ha empeñado, y en gracia del cual los ángeles la perdonarán, al fin, la infraccion de los primeros.

Dicho esto desapareció entre los jarales, y Ondarra trasportó en sus brazos á Rosa, desmayada, á la pacífica mansion à que él creyó un tiempo llevar con ella la ventura; pero en la que comprendia ya que solo el dolor debia habitar para siempre. Una violenta fiebre asaltó à la pobre jóven en aquel mismo dia, poniendo en riesgo su vida durante muchas semanas, y dejándola por convalecencia la tristeza sombría de una ictericia profunda. Erliá por su parte, pareció no ocuparse en otra cosa, desde la amarga entrevista, que en el cuidado asiduo del viejo labrador que le habia acogido en su desvalida infancia, y que se hallaba postrado por una parálisis incurable. Empleó el dinero destinado ántes á los gastos de un nuevo y feliz estado, en rodear de comodidades á su bienhechor y á la familia de éste, pagàndoles con usura el generoso cariño que en otro tiempo dispensaron al huérfano. Nada le complacia tanto como el pasar las largas horas de la noche leyendo el libro de Job cerca de la cama del anciano, por mas que le molestase con frecuencia una tosecilla seca y angustiosa, durante la cual solia mancharse con sangre el pañuelo que llevaba á sus labios. ¡Ay! aquellas dos hermosas y juveniles existencias, heridas de un mismo golpe, podian ser comparadas á dos flores que apénas abiertas á los besos del céfiro, reciben en su seno el gusano destructor que las va lentamente devorando!

Sin embargo, con los apacibles dias de la primavera mejoróse algun tanto la situacion de Rosa, y esta circunstancia y los desvelos paternales que la prodigaba Anton, podian dar la esperanza de un completo cambio favorable. Fé-

lix luchaba tambien, con todo el vigor de sus 22 años, contra aquella terrible enfermedad cuyos progresos no ha alcanzado todavía á detener la ciencia, y que se ceba con tanto mayor encarnizamiento cuanto es mas florida la juventud de la víctima. Miéntras duró el buen tiempo no ocurrió nada que de contar sea; mas al caer amarillas las postreras hojas de los árboles, el pobre Erliá cayó tambien en su lecho para no volver á levantarse. La enfermedad lo habia vencido al cabo, y corria con espantosa rapidez á su último período é inevitable desenlace. Rosa, en tanto, sentia simpáticamente renovarse el progreso de su lenta consuncion, y su alma se iba cubriendo de brumas mas oscuras y tristes que las que el cielo tendia gradualmente sobre la hermosura marchita de los campos.

Hubo aquel año un invierno riguroso. El frio era intensísimo: las cimas de las montañas no se desnudaban jamas de su pesado manto de nieve: continuas nieblas se interponian entre ellas y los valles y cañadas, robándoles á estos la vista del firmamento, donde el sol avaro dejaba escapar escasamente algunos rayos fugitivos; y gracias si de vez en cuando, rompiendo un peñasco los espesos vapores, descubria lentamente sus picos descarnados, que á manera de fantasmas tornaban á desaparecer entre las brumas.

No se oian otros rumores que el zumbido del viento entre los castaños desnudos y las encinas escarchadas, en torno de los cuales solian revolotear medrosos algunos mudos pajarillos; la caida de los aludes, y acaso los graznidos del cuervo oculto en los agujeros de las peñas.

Rosa no salia de su casa, pasando tan tristes dias casi inmóvil en su gran sillon de baqueta, miéntras para distraerla Anton le contaba largas historias de sus viajes de marino, que ella escuchaba por lo comun visiblemente abstraida. Sin embargo, siempre al dejar la silla para trasladarse al lecho, alargaba su flaca y yerta mano á su marido, dándole gracias con una melancólica sonrisa. Ondarra movia tristemente la cabeza, osando apénas besar aquella mano, y al retirarse, despues de arroparla y arrullarla como á un niño, no dejaba ningun dia de decirse á sí mismo:

—Está peor que ayer la pobrecilla.

Con todo, la rigidez de la estacion iba ya casi de vencida. Habia llegado el último dia de Febrero, víspera del ángel custodio, y la renovacion de la primavera que se acercaba era motivo de nuevas esperanzas para Ondarra. Aquel dia el sol habia lucido sereno por muchas horas, reanimando con sus tibios rayos á la querida enferma: aquella noche Anton no la habia oido suspirar entre las angustias del insomnio, y casi llegó á prometerse verla pasar gratamente su décimonono cumpleaños.

Felicitábase por ello el viejo marino, y en muestra de su alegría iba á echar otro sueño en su mullido colchon, renunciando por aquella vez á su hábito de madrugador, cuando sintió á Rosa levantada y andando por la alcoba con paso mas firme que de costumbre. Acudió presuroso á preguntarla si se la ofrecia algo. Hallóla vestida, envuelta en su gran capa de paño, y guardando en su seno el papelillo que encerraba las reliquias no ya desconocidas de su esposo.

—¿Qué haces? la dijo éste. Desde que estás delicada no acostumbras levantarte temprano, y aun ménos debes hacerlo miéntras no haya pasado del todo está estacion rigurosa.

—Voy á salir, contestó resueltamente la jóven.

—¿Salir? ¿á tal hora? ¿con este frio? exclamó Anton asombrado. No; no lo permitiré por cuanto hay en el mundo.

—Lo permitiréis, repuso ella con voz firme, porque *él* os suplicó no pusierais obstáculo al cumplimiento de mi postrer promesa, para que el cielo me perdonara el haber faltado á las primeras, y ha llegado el momento previsto en aquel en que os dirigió su súplica.

Anton creyó que Rosa deliraba. Sabia por ella cual era la última tristísima promesa á que se referia; pero tampoco ignoraba,—pues se lo dijeron el dia ántes los mismos hermanos adoptivos de Félix,—que precisamente aquel dia se encontraba éste en repentina y notable mejoría, que los llenaba de júbilo. Quiso, por tanto, obligar dulcemente á Rosa á que se volviese al lecho; pero halló tal resistencia que hubo de plegarse él mismo, limitándose á acompañarla.

La jóven se dirigió despacio, pero con planta segura, al pequeño cementerio del pueblo: al llegar cerca de él vió Ondarra (que la seguia inquieto) salir de sus puertas un grupo de hombres, trayendo vacía la camilla en que sin duda

acababan de trasportar un cadáver. La impresion causada por aquella vista fué tanto mas profunda, cuanto reconoció al momento á los hermanos adoptivos de Erliá, formando parte del lúgubre cortejo. Lleno de sorpresa y zozobra, se fué á ellos para inquirir si era verdad lo que comenzaba á sospechar, pues aun le parecia mas probable que fuese el viejo paralítico quien hubiera sucumbido.

Rosa, miéntras tanto, continuó su camino sin aparente emocion, como si nada hubiese visto, y entrado que hubo en el solitario recinto, se dirigió sin vacilar á un paraje en que la tierra, recientemente removida, indicaba que acababan de ser depositados en su seno los restos de un mortal. Arrodillóse sobre ella, besóla con religioso respeto y empezó á esparcir con mano trémula las pobres reliquias de la abeja y de la flor, entre las que se hallaba la semilla de ésta. Inclinóse luego nuevamente, regando el suelo con sus lágrimas, y en el momento en que Anton, turbado y lleno de asombro, llegaba junto á ella—preguntàndose á sí mismo quién habia podido comunicarle la noticia del triste suceso cuya certeza acababa él de adquirir—la oyó murmurar con dulcísima voz sobre la humilde sepultura:

—¡Adios, Erliá! Pronto te cumpliré el resto de mi promesa. Pronto descansarémos juntos.

Dicho lo cual se levantó, rebozándose de nuevo en su capa, y tomó el brazo de su marido para regresar á su albergue. Pero lo que le habia oido despertaba una sospecha demasiado horrible en el alma de Anton para que pudiera disimularla, y la dijo á los pocos pasos con acento profundamente afectado:

—*El* ha pasado de esta vida á la otra con todos los sentimientos de un buen cristiano, cuando Dios le llamó; y no debes olvidar, Rosa, que los que levantan contra su propia vida una mano criminal acortando voluntariamente el plazo que les señaló el Criador, jamas serán partícipes del descanso que ya goza en este momento aquel por quien lloramos.

—Sospechais mal de mí, le contestó ella con dulzura. Nunca cabrá en mi alma la espantosa idea de semejante crímen; pero sabed que anoche, en el instante mismo en que el ángel de Félix llevaba su alma al seno de la infinita misericordia, mi ángel me hizo entender que yo seria pronto perdonada, y se me llamaria á participar del dichoso destino de mi amado, tan luego viniesen á anunciármelo sucesivamente siete abejas y siete flores.

Anton volvió á temer por la razon de Rosa y guardó silencio, redoblando sus cuidados y proponiéndose no oponer resistencia á sus mas extraordinarios antojos. Pasó, no obstante, algun tiempo sin que ella pusiese de nuevo á prueba su condescendencia; pues las profundas emociones de aquel dia la rindieron de modo que durante un mes no pudo moverse de la cama, limitándose á preguntar con frecuencia si no aparecia cerca de su habitacion ninguna abeja ó flor maravillosa. Como recibió siempre respuesta negativa, no le fué dado resignarse á esperar por mas tiempo, y el dia 2 de abril declaró á su marido que se hallaba resuelta á hacer nueva visita al cementerio. Ondarra la llevó casi en sus brazos, tan grande era la debilidad de la enferma; pero apénas respiró el aire del asilo de los muertos y vió nacida en la tierra de la sepultura la semilla conservada en su pecho tanto tiempo—y que convertida ya en planta crecia lozanamente—de súbito pareció que se reanimaba su alma, concibiendo una halagüeña esperanza.

—¡Tú serás, decia acariciando las tiernas hojas de la planta: tú serás, ya lo comprendo, la que produzcas las siete flores que vendràn á libar las siete abejas, nuncios de mi perdon y mi ventura!

Al retirarse del campo santo pudo hacerlo por sus piés y brillando en sus ojos nuevos destellos de vida. Desde aquel dia sus visitas al postrer asilo fueron frecuentes y largas, complaciéndose en ver cómo crecia el arbusto de sus recuerdos y de sus esperanzas, y festejando la aparicion de cada nueva hoja como un suceso próspero ó importante. El último dia del mes un boton se presentó, por fin, coronando el tallo, y la jóven rindió gracias á su buen àngel, vertiendo por primera vez, despues de largo tiempo, làgrimas sin amargura.

¡Con qué impaciencia anhelaba el completo desarrollo de la flor y la llegada de la abeja, que quizas acudiria presurosa á los primeros hálitos que esparciera en el ambiente el ser de sus amores! Tal era la esperanza de Rosa; pero ¡cuál seria su júbilo cuando viniendo muy de mañana el 3 de Mayo, vió que la flor, que aun no hacia mas que entreabrirse, ostentaba ya

entre sus hojas al insecto suspirado!.....

Cayó de rodillas: en su primer impulso aplicó los labios al capullo con mas ardor que cuidado, retirándolos en seguida pesarosa, pues le pareció imposible no haber ahuyentado al huésped querido de la flor. Pero se engañaba: la abeja estaba inmóvil. Admirada Rosa la miró mas de cerca..... la tocó..... sacudió el tallo..... ¡cosa rara! ¡la abeja, impasible, continuaba libando!... ¡La abeja no podia volar! Estaba unida inseparablemente con la flor!.....

Dos dias despues se abriò un nuevo botón, y una nueva abeja apareció tambien adherida maravillosamente á su cáliz. Otro tanto sucedió con la tercera, y con la cuarta, y con la quinta, y con la sexta, en fin; pues todas se desplegaron rápida y sucesivamente con gran júbilo de Rosa, cuya emocion, al parecer el sétimo capullo, fué tan superior á sus fuerzas, que Ondarra la trasportó sin voz y sin conocimiento al lecho por tantos dias abandonado. La fiebre se presentó de nuevo con terrible violencia: la naturaleza de la pobre jóven se hallaba tan gastada por continuadas y fuertes emociones, que el 15 de Mayo hubieron de serle administrados los auxilios supremos de la religion, que ella recibió con edificantes disposiciones.

En todo aquel dia no pareciò pensar en otra cosa que en dar gracias á Dios, encomendándose á su misericordia; pero al amanecer del siguiente llamó á su marido, que lloraba en silencio à algunos pasos de su lecho, y le pidió como última muestra de su generosa ternura el favor de ser conducida un momento á respirar el ténue aroma de las florecillas que amaba. Anton, desesperanzado de su vida, nada acertaba á rehusarle, y fué llevada, por consiguiente, en una silla de manos al sitio que habia indicado. Apénas se vió en él Rosa, sus apagados ojos se abrillantaron; su amarillenta tez tomó por un instante colorido; y arrojándose de la silla fué á ponerse de hinojos junto al arbusto, que presentó entónces á su vista la sétima flor que acababa de abrirse, dejando descubierta á la sétima abeja, parte integrante de su maravillosa estructura.

Un débil grito armonioso salió de los labios de la jóven; sus brazos rodearon el arbusto; su cabeza se inclinó, como otra flor tronchada, sobre las siete flores de la tumba; y Ondarra oyó, durante algunos minutos, el blando murmurio de una accion de gracias dirigida al ángel de la guarda. Luego el murmurio cesó: los brazos que oprimian al arbusto cayeron suavemente en tierra, y Ondarra, que se precipitó para levantar á Rosa, solo tomò en sus brazos un cadáver. ¡El alma habia volado con el primer perfume de la sétima flor!.....

El viudo cumplió la última parte de la promesa empeñada á Erliá por su desgraciada esposa: los dos amantes descansaron juntos, y la flor, que se multiplicó sobre su sepultura, formando desde entónces una nueva clase, cesò de llevar el nombre *del ángel* para tomar el *de la abeja*; no floreciendo ya su arbusto; como entónces; en el primer dia de Marzo, sino á la llegada del mes en que Rosa y su Erliá se reunieron en el cielo.

Yo he visto, lectores mios, yo he tenido en mis manos várias de esas flores de tan poética historia, que se encuentran en los sitios mas sombríos y solitarios de las márgenes del Deva—como esquivando las profanas miradas de los hombres—y puedo aseguraros que me ha costado trabajo el convencerme de que la abeja no era otra cosa que una parte integrante de la flor.

Por cierto que la primera vez que tuve ocasion de admirar esta maravilla, fué precisamente en un paraje que, segun me dijeron, ha sido teatro de uno de los mas sangrientos episodios de la última guerra civil; pero la flor se desplegaba tan fresca y lozana en aquel suelo regado con sangre, vertida por manos fratricidas, como sobre la sagrada tierra de la tumba donde era regada por lágrimas de amor. ¡Ah! Lo mismo se desplegará todavía despues que se hayan mezclado en la tierra que la produce, las cenizas de la presente generacion y de otras infinitas. Esta es una de las grandes diferencias entre el mundo físico y el mundo inmaterial. Todo, en el primero, es constante y uniforme, y en el segundo, pasajero y variable. Asi el tiempo—ese eterno removedor de las costumbres, las leyes, los usos, las ideas y los nombres—que muda sin cesar la faz de las sociedades, borrando una civilizacion al soplo de su sucesora..... el tiempo no puede nada sobre esas yerbecillas de los campos, cuyas humildes generaciones atraviesan las edades sin recibir la menor alteracion en su esencia ni en su forma, para ostentarse el último dia tan bellas y tan puras como en el primero de su creacion.

G. G. de Avellaneda.

ZELOS.

BALADA.

De un arroyo en la orilla
brotó una rosa,
toda gala y pureza,
frescor y aromas.
Miróla ufana
la corriente, y de gozo
rizó sus aguas.

En su líquido seno
copió su imágen;
acarició su tallo
con giro amante;
y aun tuvo industria
para bañar su cáliz
con linfa pura.

Salió el rey de los astros
que rayos vierte;
vió á la flor dando besos
á la corriente;
y ardió zeloso
las ondas devorando
del claro arroyo.

Cierra la flor su cáliz
ya triste y mustio,
y del arroyo amante
cesa el murmullo,
que el sol sus fuegos
le lanza con tal ira
que ya está seco!

Juan A. Viedma.

MADRIGAL.

Con júbilo inocente,
con ánsia candorosa,
para ceñir su frente
conchas buscaba y perlas
por la orilla del mar mi Délia hermosa.
Bajábase á cogerlas,
y el agua que la via
juguetona á sus plantas extendia—
en son de amores murmurando leve—
rizada alfombra de menuda nieve.
Luego audaz oleada
en blanca espuma la dejó bañada.
Pálida entónces, fria,
corrió á ocultar en mi amoroso pecho
su frente, y yo la dije:—Délia mia,
leccion me da de amores
cuando te besa el mar, pues usa el arte
dulce de los traidores.....
¡Oh! quién fuera traidor para besarte!

V. Barrantes.

LA CUEVA DE LA BRUJA.

I.

.....Si teneis tiempo, referidme, os ruego, lo que sabeis de los antiguos habitantes de ese desierto, y creed que hasta el hombre mas depravado por las preocupaciones del mundo oye hablar con placer de la dicha causada por la naturaleza y la virtud.
Bernardino de Saint-Pierre.

En la isla de Tenerife, una de las siete que forman el grupo de las Canarias, existe un hermoso valle que no por hallarse, digámoslo así, modestamente oculto en un pais pobre y por tanto poco visitado, deja de merecer la atencion de los que no temen arrostrar las fatigas de un penoso viaje por tierra ó los peligros de los mares en busca de esas curiosidades naturales que llenando el alma de un sentimiento de admiracion, la elevan hasta el Supremo Creador de quien son hechura. Ese pintoresco valle es el de la Orotava en que lo bello y lo magestuoso hermanándose de una manera admirable, producen un magnífico conjunto. Montes elevadísimos, lozana vegetacion, extensas y fértiles campiñas cubiertas de mieses y viñedos, cristalinas corrientes, todo eso y mucho mas aun se halla en aquella porcion de una de las siete islas que parecen otros tantos insignificantes escollos en la inmensidad de los mares, pero cuyo clima benéfico y suave contribuyó no obstante á que fuesen designadas por los antiguos, entre ellos Virgilio en su *Eneida*, [1] con el nombre de *Islas Afortunadas*.

[1] Devenere locos lætos, & amena vireta
Fortunatorum nemorum, sedesque beatas.

¿Y qué otro mas adecuado darles, en efecto, cuando los objetos acumulados con tanta profusion en aquella corta extension de terreno solamente bastan para revelar desde luego la divina munificencia? El Pico de Teide, soberbio y elevado monte sobre cuyo blanco y agudo vértice buscado con ánsia desde léjos por el navegante han pasado siglos y siglos sin que el tiempo destructor haya podido estampar la mas ligera huella; la cordillera que cual un inmenso muro rodea por el Sur el valle, blanca en su parte superior por la nieve que la cubre en invierno, negra en el centro á causa de las cenizas volcánicas que forman su superficie, y verde en su base con la magnífica vegetacion que ostenta; los numerosos barrancos abiertos por las aguas y que surcando en todos sentidos el terreno van á terminar en el mar despues de haber formado espantosos precipicios y derrumbaderos, todo contribuye á hacer nacer en el alma un profundo sentimiento de admiracion. Cuadros tan magníficos no se reproducen en su espléndida verdad; la pluma no puede hacer mas que bosquejarlos.....

.....

.....

En una hermosa mañana del mes de Abril el sol lanzaba sus rayos débiles aun sobre la erguida cumbre del Teide, reflejándose como en un terso espejo en el deslumbrante manto de nieve que le cubria. De cuando en cuando, una ligera nube que desaparecia poco despues de haber sido formada arrebatada por el suave soplo del céfiro, rodeaba su cima cual si fuese una corona de gloria. Por el Norte desplegaba el mar su azulada superficie, reproduccion fiel de un cielo despejado, agitada apénas, y cuyas ondas semejantes unas á otras y regulares como las de un campo acabado de arar, iban á besar la costa formando una faja de blanquísima espuma, miéntras que por el Sur se alzaba magestuosa é imponente *la Cumbre* que descendiendo gradualmente por sus dos extremos va á morir en el océano despues de haber descrito un enorme semi-círculo. Completaban tan bello panorama los dos conos volcánicos que con el nombre de *montañetas del Realejo* y *del Puerto*, cual mudos centinelas encargados de la custodia del valle, se alzan aislados cerca de la costa en que éste principia.

El Realejo mostraba en tanto sus apiñadas casas iluminadas por los alegres rayos del sol en la falda de la ladera de Icod por el Oeste, á la par que en el Oriente hacia gala la cordillera de su espléndida vegetacion renovada recientemente por la primavera, y de los altos pinos que la coronan, cuyo oscuro verdor arrostra con la misma insensibilidad los abrasadores rayos del sol en verano, que el frio aletargador de las escarchas y nieves del invierno.

Despues de haber recorrido la vista cuadro tan embelesador, fijábase con ámor en el anfiteatro cuyo centro ocupa la villa nombrada como el valle y que desde la costa se eleva en rápido declive mostrando sus tres zonas distintas de vegetacion producidas por los *castaños*, *brezos* y *codezos*. Mas arriba era inútil buscar nada. El que hubiese intentado penetrar en aquellas vastas y mudas soledades, solo hubiera encontrado la imágen del caos en su sublime horror, y con la ausencia completa de todo sér organizado la inmovilidad y silencio de la muerte.

No otra cosa parece aquel desierto estéril é inanimado que un inmenso osario de gigantes de las épocas geológicas pasadas, cuyos esqueletos de granito medio desenterrados durante alguna convulsion del globo, muestran sus angulosas formas al traves de las corrientes de basalto vomitadas por el inmediato volcan adormecido, pero no apagado. Para que la semejanza sea mayor aun, ni siquiera falta sobre los cortantes bordes de las masas de *obsidiana* y la movible capa de escorias y cenizas volcánicas en que solitaria y desmedrada crece alguna que otra violeta silvestre, único representante de la vida en aquel vasto sepulcro, el fúnebre sudario que todo lo cubre en invierno y que la nieve se encarga anualmente de renovar.

Pero alejémonos de tan tristes y frias regiones donde segun dice Lamartine en una de sus *Meditaciones poéticas*:

Rien de ces vêtements, dont nôtre globe est vert
N'y revêt sous ses pas la lèpre du désert;
De ses flancs décharnés la nudité sans germe
Laise les os du globe en percer l' epiderme...

Descendamos de nuevo en nuestra vagabunda marcha al traves de los *pinos* y *retamas*, y fijemos la fatigada planta en el *Agua Mansa*, lugar abierto en el bosque y en que se goza de un bienestar inesplicable. ¡Qué distinto del aire

enrarecido por la elevacion es el que allí con deleite se respira fresco y embalsamado por el fragante aroma del espliego y orégano silvestre! Allí al contrario todo parece sonreir en torno nuestro. Arboles tan antiguos como la capa de tierra vegetal en que crecen, protegen con su sombra amorosamente la alfombra de mullido césped cuyo verdor mantiene la cristalina corriente al traves de la cual en los profundos estanques que forma se pueden ver brillar distintamente las doradas arenas de *mica* y las pulimentadas facetas de los prismas de *cuarzo* que componen su fondo. Mas arriba y sirviendo de límite á la perspectiva se alzan verticales y simétricos *los órganos*, gigantesca columnata de basalto formada por la contraccion de la lava al enfriarse y que sirve de término por el SE. á aquel delicioso oasis abierto en medio de la extensa zona de agreste vegetacion. Si os sentais á la orilla del manso riachuelo que ha dado nombre á la localidad y que baja del monte vecino saltando de roca en roca, como los cabritos que á su borde pastan la aromática yerba, formando vístosas cascadas, puede ser que venga á distraeros de vuestra contemplacion alguna labradora de rollizas formas y de piel tostada por el sol, para ofreceros un perfumado ramillete de violetas y un cestillo de fresas silvestres acabadas de coger á la sombra de los castaños no ménos fragantes que aquellas. Despues de haber aceptado ámbas cosas, puede tambien que miéntras aspiráis con deleite el aroma de las unas, y saboreais las otras, os refieran como nos refirieron á nosotros la sencilla relacion siguiente que no contribuirá poco á hacer mas agradable el campestre refrigerio.

E. AUBER.

[*Continuará.*]

SECCION TERCERA.

LAS MUJERES Y LOS NIÑOS.

Ciertamente conmueve el alma la tierna simpatía que une á los niños y á las mujeres, ya sean éstas madres, ya desconozcan todavía los goces y los dolores de la maternidad.

Un pobre niño desamparado acude quizá en vano al corazon de un hombre, pero jamas al de una mujer. Cuando cubierto de harapos, tiritando de frio y estenuado de hambre implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, contemos los hombres y las mujeres que se acercan á socorrerle; verémos sin la menor duda que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas.

¡Y con qué palabras acompaña la mujer la limosna de la caridad!

—¡Angelito de Dios!

—¿No tienes madre?

—¡Pobre hijo del alma!

Tales son los acentos que el labio femenil hace resonar en torno del niño desamparado, que á su vez sonrie á la que habla con un halago que jamas usará con el hombre que mas liberalmente le socorra.

Volvamos la vista á los serenos dias de nuestra niñez; recordemos cuál era el sér que enjugaba nuestras lágrimas, acariciaba nuestras mejillas con sus lábios, nos arrullaba con sus cantares, velaba nuestro sueño, tomaba parte en nuestros juegos, adivinaba nuestros deseos para satisfacerlos, lloraba en nuestras dolencias y se regocijaba en nuestras infantiles alegrías. El nombre de una mujer irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no el de nuestra madre.

Dios ha dado al niño una madre en cada mujer.

Recorramos esas calles, visitemos esas aldeas, penetremos en el palacio del rico y en la cabaña del pobre, y aunque nos haya negado el cielo una alma poética y un corazon tierno, encontrarémos de seguro la esencia de la poesía y del sentimiento en la multitud de afectuosos nombres con que en todas partes saben expresar las mujeres su ternura á los niños.

—Amor mio!

—Alma de mi vida!

—Sol de mi alma!

—Embeleso de mis ojos!

—Gloria de tu madre!

—Angel bendito!

Y estos nombres no estudiados, sino salidos espontáneamente del fondo de su pecho amoroso, ¿no valen tanto como las frases mas sublimes que pueden inventar los poetas?

Preguntemos á la mujer mas vulgar por qué quiere á los niños, y nos contestará, si acierta á traducir sus sentimientos:—Quiero á los ni-

fios porque busco ángeles en la tierra y solo los encuentro en ellos.

Ah! y esos ángeles tambien aman á las mujeres, porque ellas se les asemejan.

Si por otros sentimientos, si por otras virtudes, si por otros encantos no mereciesen el respeto y el amor de todas las almas sensibles y generosas, los merecerian por esa santa simpatía que las une con la inocencia y la debilidad; por ese cariño innato que encuentran los niños en su corazon.

¡Benditos sean los que comprenden y experimentan el sentimiento que movió el labio del divino Nazareno, cuando dijo:

—Dejad que los niños se acerquen á mí!

Antonio de Trueba.

REVISTA DE MODAS.

LOS AFEITES.

¿De qué época data la funesta costumbre de sustituir en el rostro de la mujer á los bellos tintes de la Naturaleza un carmin artificial y una blancura engañosa? De una muy remota sin duda, pues leemos que las atenienses del siglo de Pericles abusaban ya tanto de los afeites que á fuerza de usarlos llegaron á asemejarse unas á otras hasta el punto de embotar el amor en el corazon de los hombres con aquella fastidiosa uniformidad. El cútis, cuya elocuente palidez teñida á ratos por los rubores de la emocion parece prometer apasionados sentimientos, ó cuyo trigueño suave encanta los ojos, porque como si lo hubiera causado el sol, posee algo de su ardiente poesía, desaparecieron entónces bajo la monótona lechada que hacia del semblante femenil una máscara privada de expresion. Sin adivinar de donde provenia su hastío los atenienses comenzaron á bostezar desesperadamente al lado de sus compañeras. En vano ellas humilladas con su desvío cuidaban con empeño de su adorno para ver á los culpables de nuevo á sus piés. Cuanto mas se pintaban las mejillas, mas indiferentes se mostraban los rebeldes al yugo de sus gracias. En fin, la existencia de Atenas estuvo en peligro, por culpa de los afeites. Sus legisladores tuvieron que imponer severas penas á los ciudadanos que pasaban solteros de los ocho lustros, para impedir que el celibato dictara sus estériles leyes en la antigua capital del Atica. La poblacion disminuia desde que los arrebolados rostros marchitaban el amor en vez de inspirarle.

Decir en efecto ¡te amo! con unos labios de falso coral, despojaba á la pasion de su verdad y su embeleso; hablar de los combates del alma con una faz imperturbable que no podia sonrosearse ni palidecer, trocaba en parodia el mas tierno idilio. Una fisonomía animada, movible, elocuente, vale doble que la belleza yerta é insensible. El sol lo fecundiza todo con sus rayos. La nieve todo lo hiela con su eterna blancura. El corazon del hombre necesita como la tierra el fuego sagrado del astro de entusiasmo y de poesía para producir esquisitas y perfumadas flores. El ángel de las ilusiones lo visita solamente cuando adivina en el semblante de la adorada vírgen el celeste misterio de la apasionada emocion contenida por el recato. Y ¿qué emocion puede expresar un rostro cubierto por la pintura inflexible, que como todo lo inanimado no anuncia la vida?

Atenas tan superior por sus intelectuales adelantos á los tiempos á que me refiero, asilo prematuro de las ciencias y de las artes, patria de la filosofía antigua que en ella tuvo tan dignos representantes y tan célebres escuelas, recibió una prueba mas de la discrecion de sus hijos en su indiferencia hácia el bello sexo, miéntras lo vieron inmolar locamente á la vanidad sus verdaderos atractivos. Los atenienses preferian las Gracias á la misma Vénus. Rehusaron, pues, con razon, continuar rindiendo homenage á la hermosura hasta que no tornaran á poseer sus correctos rasgos la animacion de la existencia y su sonrisa el encanto de la sinceridad.

Mujeres hubo sin embargo entónces bastante sensatas para no aceptar la moda que abuyentaba al sexo masculino. Aspasia, cuyo talento rivalizaba con su belleza, se negó siempre á marchitar su tez con envidiosos afeites. Nunca

el blanquete destruyó la expresion de sus facciones, ni un sonrosado artificial dió á sus elocuentes labios falso colorido. Así es que, ínterin las demas se quejaban bajo la máscara de yeso que hacia risibles sus lágrimas, de la mudanza de los hombres, todos los mas distinguidos que encerraba la Grecia, obsequiaban á porfía á la sirena de Mileto. Sócrates, Alcibíades y Pericles frecuentaban hechizados su morada, templo del buen gustó y la inteligencia. El postrero particularmente concibió tan vehemente pasion por la extraordinaria jóven, cuyo noble semblante revelaba las dotes del alma y del entendimiento, que despues de haberse divorciado de su esposa [acérrima partidaria de los afeites, segun dicen] para casarse con ella, lloró ante el Areópago para librarla de las feroces garras de la envidia, que perseguidora del mérito en todas épocas, la habia acusado de impiedad. Algunos historiadores deploran la injusticia con que otros han comparado con Lais y con Ninon de Lenclos á la ilustre amiga de Pericles. Aspasia, segun los primeros, rehusó pintarse el rostro, porque las mujeres en cuyas filas la han colocado los últimos, se tiñen de blanco y rojo las mejillas para simular la frescura que el vicio les quita, ó para ocultar la vergüenza que sienten al vender sus halagos.

Otra de las que resistieron en aquellos remotos dias á la aficion femenil á los afeites, fué la filósofa Lastenia, la cual supo conservar en su cútis la trasparencia delicada que permitiendo leer en el corazon, forma á veces un interesante poema del rubor repentino y de la inesperada palidez. En su ancianidad, léjos de incurrir en el ridículo de salpicar las arrugas de polvos que convierten en objeto de mofa el respetable ocaso de la vida, solo se lavaba la cara con agua pura. Lastenia tenia la coquetería de la vejez, que consiste en el aseo extremado y en los adornos en consonancia con la seriedad del invierno, pero tenia tambien suficiente cordura para no creer que parodiando el brillante colorido de que la despojara el tiempo, recobraria la lozanía de su desvanecida primavera. Su discrecion ademas la habia preservado de los estragos que causa en la epidermis el frote de sustancias mas á propósito para marchitar la flor que para aumentar su frescura. Muchas, gracias à los afeites, eran viejas á los treinta años. Ella por no haberlos usado nunca era casi jóven aun à los sesenta. Dígalo si no el mancebo que la amó con delirio á esa edad.

Desengañémonos, queridas lectoras. Tanto entónces como ahora el uso continuo de las leches cutáneas quitaba á la tez la suavidad que ha hecho comparar con la seda la piel fina de la mujer. Ignoro de qué se componian antaño los menjurjes con que las griegas y las romanas ricas se embadurnaban el rostro, pero por lo referido vemos que eran tan nocivos como los de ogaño. Nocivos, sí, pues el albayalde, la cal y el arrebol arrugan de tal modo las mejillas, que cuando la dama adepta suya, se los quita un momento, puede aplicársele, aunque se halle en el Abril de la existencia, el siguiente verso de un célebre poeta italiano:

A pena si puo dir, questa fu rosa.

Dispensad, amables amigas, mi sinceridad, en consideracion al buen deseo que la dicta. ¿Por qué á pesar de lo mucho que se ha gritado contra la cascarilla os empeñais en protegerla? ¿Por qué seguis la maligna moda que fingiendo favoreceros os perjudica en realidad? ¿Por qué ha de hacernos toser todavía en los bailes el blanco polvillo que se desprende de tantos torneados hombros y de tantos rostros hechiceros á quienes el pérfido roba esa preciosa gala de la juventud llamada frescura? ¡Ah! No lo dudeis. Alguna belleza agostada, alguna vetusta coqueta, alguna reina de sociedad, privada por los años de su corona de rosas, inventó la fatal costumbre de convertir la cara de carne y hueso en cara de cascarilla.—Cuando todas marchitas aparezcamos, pensó probablemente la astuta hija de Eva,—nadie podrá conocer que yo lo estoy por la edad. Y los afeites despues de esa elucubracion de la vanidad—tratando de prolongar su falaz prestigio,—se pusieron tan en boga, que mas de una incauta, no contenta con asemejarse al caballero blanco de los Raveles, se ha enfermado el cútis y ha perdido la dentadura de resultas de las partículas venenosas que suelen ellos contener. En fin, si en el siglo XIX no ha sucedido lo que en la antigua Atenas respecto al asunto, consiste en que los hombres exigen hoy en la mujer preferida ménos atractivos que doblones.

Los extranjeros atribuyen al ardor del clima la perpetua palidez de las seductoras cubanas, que si á sus ojos de gacela, trenzas de azaba-

che y boca de clavel unieran las sonrosadas mejillas, tan comunes en los países del Norte, serian las huríes del mundo. Pero el sol indiano no es el único culpable en la cuestion. El funesto amor de nuestras damas á la cascarilla las despoja mas bien que sus rayos del natural carmin que animaria su faz de cielo con los purpúreos tintes de la salud. ¡Oh! Declarémos la guerra á los afeites que por un instante de brillo acarrean años enteros de tristes arrugas y de prematura vejez.

¿Habeis leido á *Corina*?..... Oswald la ama, penetra con ella en los abismos del sentimiento, y allí entre los goces infinitos y los supremos dolores de una exaltada pasion, jura tener por compañera á la sublime improvisadora del Capitolio romano, ó no casarse nunca. Obligado en seguida á separarse de su amiga durante algun tiempo, regresa á Inglaterra, donde una doncella pudorosa que se sonrosea á cada palabra que sus labios pronuncian, encanta su corazon y sus ojos como la imágen celestial de la perfecta pureza. Lucila, aunque hermosa, no posee el genio admirable de Corina, ni sus brillantes dotes, ni sus sorprendentes habilidades, que derraman en torno suyo el atractivo de la variedad. Mas aquel rubor divino que hace de sus infantiles facciones un estudio conmovedor, aquella fresquísima tez que anuncia la inocencia del alma y la del cuerpo, aquella completa ausencia de todo artificio en el rostro y en las palabras interesan á Oswald de tal modo, que el infiel abandona á su célebre amante por la delicada azucena que á la sombra del ala maternal no ha perdido la menor partícula de su santo perfume. Quizá un puñado de cascarilla hubiera podido salvar la vida á la noble y desgraciada Corina, impidiendo que Lucila con su lozanía de tierno capullo, y con sus rubores de tímida vírgen, impresionara á Oswald hasta el punto de inducirlo á transigir con su conciencia.

Sin necesidad de recurrir á los libros encontramos armas contra los afeites en el círculo de la existencia diaria. En el salon de baile vislumbro una señorita que seria muy bella si mate y enfermiza blancura no cubriera sus facciones. Aunque aguarda impaciente que resuene la orquesta, al traves de su careta de cal no se manifiestan ni sus emociones ni sus deseos. Tocan al fin los músicos, pónense en movimiento los circunstantes, y la jóven conducida á las filas de la contradanza por apuesto doncel, palpita de júbilo oyéndole recitar con intencion estos versos de Palma:

Los aires rompe el ruido
De la nocturna fiesta.....
¡Oh! ¿Qué impresion es esta,
Qué mágico sonido,
Qué plácida embriaguez?.....
¡Es la cubana danza
Y al escuchar sus sones
Mis muertas ilusiones,
Mis sueños de esperanza
Renacen á la vez!

Pero las esperanzas y las ilusiones del amartelado mancebo vuelven á emprender la fuga apénas han resucitado. Al bailar bajo la cálida atmósfera del salon, la jóven empieza á traspirar y su rostro que perdiendo por un lado la cascarilla la conserva por otro, ofrece tan extraño aspecto, que el entusiasmo de su obsequiante desaparece al contemplarlo. La pobre muchacha retorna pues á su silla con un desengaño mas y un adorador ménos.

En el teatro distingo otra señorita empeñada tambien en desfigurarse con el uso exagerado del blanco polvillo. Ejecutan la *Norma*, é Inés Natali la conmueve de tal manera que sus rasgados ojos se humedecen á pesar suyo. Mas acordándose de que las lágrimas le quitarian la cascarilla, se echa á reir para sofocar su enternecimiento y contener su hermoso llanto.—Esa jóven no tiene corazon, piensan en el palco vecino.—¡Ah! Decid mas bien que tiene la flaqueza de sacrificar su sensibilidad á sus afeites y acertareis.

Por último, confieso que detesto la cascarilla desde que ha causado la desgracia de mi amiga Mercedes. En vísperas de su boda con el rico D. Pablo, comenzó este señor á desconfiar de Julio, el primo de Mercedita. Despues de figurarse que sorprendia hoy entre ámbos una mirada de inteligencia y mañana un suspiro de complicidad, los halló una mañana solos en la sala de su futura. Mercedes estaba sentada junto á Julio, que tenia el hombro de su paletó negro manchado de cal ó de cascarilla. No se necesitó mas para que D. Pablo diera por ciertas sus sospechas y renunciara á la mano de mi amiga, dejándola llorosa y á mí perpleja respecto á lo que debo creer de una jóven que ántes consideraba modelo de recato y de buen juicio.

¡Maldita cascarilla que puede calumniar la virtud ó hacer de una caricia fraternal un imperdonable crímen!

Segura empero de que no consentireis en abandonarla, prefiero hablaros de otras modas á seguir ocupándome de la de los afeites.

En el acreditado establecimiento de D.ª Angustias de Flores, modista predilecta de nuestras *fashionables*, he visto poco há tres trajes de la graciosa trinitaria [señorita Borrell], hoy compañera de la bella Condesa de San Antonio, que merecen en mi concepto describirse.

Compónese uno de larga falda de tarlatana blanca guarnecida de volantes angostos, sobre la cual desciende otra de gró pajizo recogida con lazos de igual color y con guirnaldas de pensamientos. Los adornos del corpiño de *draperie* guardan preciosa armonía con los de la saya. Las mangas formadas con afollados de tul llevan hombreras del dorado gro y ramos de la florecilla poética que acabo de mencionar.

Rivalizaba con el citado vestido en elegante sencillez otro de gasa blanca y rosada con una guarnicion de once estrechos volantes orillados de rizada cinta. La berta, de un corte caprichoso, estaba salpicada de rosas y las mangas imitaban un dédalo de fruncidos de gasa, cintas y flores, tan complicado, pero mucho mas lindo que el que hizo famoso el hilo de Ariadna.

Por último; el tercer traje de los referidos era de gró azul como el cielo de Cuba, consistiendo sus adornos en anchísima cinta *chiné* en torno del ruedo de la ámplia y lisa falda, en una larga banda de la propia magnífica cinta que caia hasta el bordo de ésta, y en una primorosa *draperie* en el corpiño. Los tres hacen honor al buen gusto de la señorita Borrell que los ha elegido, y à la habilidad de la Sra. Flores que los ha *confeccionado*.

Respecto á modas generales el crespon, la gasa, la tarlatana y el tul continúan siendo las telas preferidas en la actual estacion. El tisú, el brocado y el terciopelo, tan en boga en Paris, no sientan en la Habana sino en el invierno durante el cual el viejo Bóreas nos prueba que miéntras el indiano sol prosigue alumbrando su region favorita, hay en otros paises nieblas, frio y escarchas.

Para grandes bailes se escogen al presente los adornos de oro y plata. Parece que las damas del alto mundo parisiense se visten ahora de *hadas* para esas espléndidas fiestas. Los trajes à que se ha dado tan poético nombre son por el estilo del siguiente:

Saya de tul *verde luz* cubierta de afollados, y salpicados éstos de bolitas de plata, las cuales cuelgan de un hilo imperceptible que se introduce por los agujeros del diáfano tejido. Sobre la falda hueca y anchísima, flota un velo de verde tul en que brillan ligeros bordados de plata. Corpiño verde y blanco con mangas afolladas, completa tan fantástica *toilette*.

Otra ménos extraña, pero al par muy bonita, consiste en un traje de tul blanco de cuatro faldas orilladas de bullones, por los cuales se desliza una cinta color de oro. Corpiño de bullones salpicados de lacitos dorados, mangas á la Sultana que descienden hasta cerca de la rodilla y ancha banda oriental guarnecida de encajes, hacen de este vestido un conjunto encantador.

Hoy la moda no reconoce regla fija en su caprichoso reino. Las mangas se llevan ceñidas y anchas, largas y cortas, lisas y plegadas; los corpiños se hacen de peto y de cintura redonda, y las sayas imitan tan pronto el pomposo tontillo, como caen en flotantes pliegues anunciando la muerte del malakoff. Diríase que tambien en los dominios de la Moda se agitan difíciles cuestiones que tienen suspensos los ánimos y que permiten á cada cual creer seguro el triunfo de sus ideas.

Interin ella medita gravemente respecto al porvenir, se aprovecha de su abstraccion para soltar la pluma hasta la primera vez que vuelva à tomarla, vuestra amiga

Felicia.

REVISTA.

—¿Has visto en tu vida cosa mas mala? me decia uno no hace muchos dias.

—Cuál? hombre!

—Esa pelea de fieras que no pelearon. Pocas veces he gastado un peso con mayor sentimiento.

—Pues siento no ser de tu opinion.

—No dejarás de salir con alguna de tus estravagancias. Siempre serás el mismo.

—Insùltame, pero escucha, decia poco mas ó ménos un famoso ateniense. En primer lugar, todos los que allí fuímos recibimos tácitamente una leccion que teniamos harto merecida, y aquella resistencia de los animales á servirnos de espectáculo derramando su sangre, parecia significar que en vez de apetecer diversiones de esa clase, debiamos buscar otra distraccion entre las numerosísimas que con mano pródiga nos reparte la naturaleza. Ya que no nos parecemos en nada á los antiguos romanos, huyamos siquiera de acercarnos á ellos en lo que tenian de malo y despreciable. En buen hora organicen los ingleses funciones por ese estilo, no debe eso servirnos de disculpa bajo ningun concepto:—ellos despues de haber presenciado algunas de esas luchas sangrientas, saben ir en seguida al parlamento y sentarse en los bancos de la oposicion, y cuando hablan, hablan como oráculos, y el mundo los oye, los atiende y los respeta.

—Absorto me dejas con tu discurso. ¿Quién te ha nombrado redentor? ¿De cuándo acá te has vuelto moralista?—Solo te advertiré que no hay papel mas ridículo que el del que se mete á decir lo que nadie le pregunta.

—Tienes muchísima razon. Todo lo echo à perder con esta tendencia à lo lacrimoso y sentimental que ha puesto Dios en mi corazon. La cuestion consiste en pasar el rato agradablemente, lo demas es locura.

—Vaya! al fin te vas formalizando. Pero recuerdo que al comenzar tu grandilocuente discurso dijiste *en primer lugar*.—Continúa, pues que en este momento no tengo nada que hacer y todo es pasar el rato.

—Prescindiendo ahora de lo poco galante que es tu observacion, porque ya estoy acostumbrado á oir á todo el mundo hablar en ese mismo tono, continúo diciéndote que si no sacaste de esa lucha ninguna provechosa leccion, si no comprendiste su vasto significado, fué quizas porque la consideraste con esa indiferencia habitual con que miras cuanto se presenta á tu vista.

—Lo dicho, tú páras en Mazorra. Sigue que me vas interesando.

—Al sentarme en una de aquellas gradas se me figuró ver con mi imaginacion la jaula del tigre, no precisamente del mismo tamaño, sino dos, tres, veinte, cien, mil leguas mayor, y dentro de ella paseándose álguien que se asemejaba á un tigre y que decia:—¿Qué vendrá á buscar tanta gente? ¿será que piensan armar contra mí alguna conjuracion? Muy necios serían, porque yo tengo en mis manos todos los poderes. En mi reino no son posibles esos conflictos entre el poder judicial y el ejecutivo que hay en otras partes, y apénas se ha excitado mi cólera cuando ya el culpable desaparece;—y á todo esto seguia el tigre recorriendo la jaula de norte á sur, como esperando que viniera álguien á recordarle que tiene uñas y repitiendo aquel verso de Corneille

qu' ils se font trop attendre et qu' Attila s' ennuie.

De repente seis ó siete hombres se empeñan en introducir en el reino del tigre dos perros que parecia que se iban á tragar el mundo; pero cuidan de hacer su entrada con el mayor miramiento posible, que para algo le habian de servir esos dos hermosos colmillos [afilados ó romos que para el caso es lo mismo] con que lo ha provisto el Creador del mundo. El tigre, esto es, el señor de aquella monarquía, se levanta irritado y lanza con las manos un furibundo *quos ego*; pero aun no ha concluido su exclamacion cuando ve que sus dos nuevos súbditos se esfuerzan por destrozarse mútuamente. Entónces se sienta en su trono con la mayor tranquilidad y dice el siguiente monólogo.

¿Qué me importa que Vdes. se hagan daño entre sí?—Peleen cuanto quieran que no seré yo el que me mueva de aquí miéntras esa lucha no turbe mi reposo. Vdes. sin figurárselo protegen mis intenciones y no hacen mas que ahorrarme el trabajo de mandarlos matar algun dia, que tarde ó temprano así sucederá porque vosotros no podeis vivir sin cometer crímenes que hagan necesaria la administracion de mi justicia. (*Despues de una pausa*) Es verdad que al fin y al cabo si sigo esto mismo sistema podré quedarme sin súbditos, porque unos serán los asesinos de los otros como los hijos de Cad-

mo; pero quiá! es tan saludable y tan provechoso el principio de autoridad que nunca faltarán quienes se sometan á todo con el mayor gusto, por tal de comer bien, dormir mejor y tomar el sol con toda comodidad cuando se les antoje, como hacen los napolitanos. (*Otra pausa de cinco minutos.*) Pero, ¿qué es eso? uno de ellos se va sin consentimiento especial mio, ¿cómo es posible?—ah! nó, se lo llevan, ¿quién ha llamado á esos extranjeros á tomar parte en esta oracion? ¿por qué no se ocupan de su propia nacion y dejan tranquilas las extrañas.? Fuerzas tengo para atacarlos, pero ademas de que el resultado me seria fatal, puedo quizas perder algun prestigio. ¿Tú solo quedas? Pues bien, tú pagarás por los dos. Toma!—(*Luchan un momento y queda el perro ciego.*) La vindicta pública está ya satisfecha. Ha muerto un perro, y su muerte servirá de escarmiento á los demas. Es verdad que he quedado algo estropeado, pero despues de este acto de severidad, puedo descansar para no volver á pelear hasta de aquí á algun tiempo.

El pobre visionario que encontró tantas cosas, invisibles para los demas, en una simple lucha de fieras, sufrió con maravillosa impasibilidad las burlas del amigo que lo escuchaba; pero al otro dia él mismo se reia de su locura y ya al otro nadie, ni loco ni cuerdo, se ocupaba de eso.

Pasó con la misma rapidez que pasa hoy todo, lo que nos agrada y lo que nos desagrada, aun aquello por que hemos demostrado mayor entusiasmo. Pasó sin duda para volver, porque tambien es verdad que en medio de nuestro afan por las novedades agotamos todas las posibles y formando un círculo infinito tomamos lo viejo por nuevo y lo acogemos con igual fervor, sin embargo de que siempre vuelve marchitado por la mano del tiempo.

Se quejaba el otro dia el distinguido pianista Gotschalk, de que la mùsica se considerase en los altos círculos de la aristocracia, nada mas que como una elegante superfluidad.

Porque en ellos se canta y se toca como si se sirvieran dulces y helados.

Pur troppo, como dicen los italianos. Demasiado que tiene razon el ilustre compositor.

Y lo peor es que olvida que los helados quitan á veces los dolores de cabeza y la música por el contrario suele darlos.

Pero tambien es verdad que los músicos son incorregibles.

Viene un hombre de talento, como Verdi por ejemplo, y ni siquiera le hacen caso: mas bien se complacen en atacarlo.

Y no tienen en cuenta que él es, el que ha puesto el arte al alcance de todas las inteligencias.

Nunca acusarémos de ignorante á un público que no goce con las armonías de Mendelhson, Beethoven y toda esa cáfila de alemanazos.

El hombre que despues de haber ocupado todo el dia en sérios y graves trabajos, dedica algunas horas para asistir á un teatro ó á una reunion, y en vez de encontrar el placer que busca, tiene que hacer grandes esfuerzos para comprender lo que oye, bajo ningun concepto puede quedar satisfecho.

Pero tampoco exigirémos que el verdadero artista esté contento de su arte en medio de tantas inconsecuencias y tantas contrariedades con que tiene que luchar.

Yo no sé si la música degenera ó no degenera: lo que sí sé, es que la música no se comprende hoy como la comprendian Mozart y Cimarosa.

Cuando en un salon se canta ó se toca, empieza la concurrencia á bostezar, dice el Sr. Gotschalk.

Esto es mucho y no es sin embargo lo peor.

Recordarán nuestros lectores que en esa lucha de fieras de que tanto nos acabamos de ocupar, entre las gracias que hacian los elefantes, gracias todas tan pesadas como su mole, consistia una de ellas en marchar al compas de la música.

¿Y qué piezas os figurais que tocó la orquesta?

Sin duda el *Mambrú*, ó el *Yankee doodle* ó la *Susana*.

Nada de eso: la marcha de la *Norma*.

¡Oh el mas escandaloso de los escándalos! *O tempora ó mores!*

¿Y no hay rayos en el cielo contra los que idearon tal sacrilegio?

El que ha visto esto queda ya á prueba de *azoramientos*.

Por consiguiente verá sin ninguna especie de estupor que en el mismo teatro se cante una *Norma*, que dicen todos que queda muy bien, sin banda militar y solo agregandose un bombo á la orquesta para sustituirla.

Esto no obsta para que la ópera tenga un resultado satisfactorio.

Algunos trozos quedan muy bien, especialmente el duo de tiples en que se hallan aquellas palabras *Mira oh Norma*, que es una de las frases musicales mas tiernas que se han escrito.

La *Lucrecia* ya es otra cosa. Por bien que cante cada cual su parte nunca saldrán airosos si no poseen buenas dotes dramáticas en la voz y en la accion.

El segundo acto sobretodo (que entre paréntesis siempre nos ha parecido una obra maestra) es de dificilísima ejecucion.

El Sr. Florenza desplegó en él todas esas maravillas que tiene guardadas y que nadie en el mundo sabrá nunca imitárselas.

Sus facultades tienen algo de misterioso, de fantástico como un cuento de Hoffman.

Y ahora recuerdo que se ha cantado várias veces la gran aria de la *Traviata*, y que no he dicho sobre ella una sola palabra.

Pero á la verdad, y sin que lo pueda remediar, me cuesta trabajo ocuparme de esa ópera.

Me trae á la memoria el nombre de Alejandro Dumas y temo que se me escape la pluma al hablar de ese demasiado famoso psicólogo-novelista.

Hemos sido uno de los primeros que saludamos con entusiasmo su entrada en el mundo literario por que se presentaba bajo los mejores auspicios.

La Dama de las Camelias como ensayo de un jóven, era una gran cosa.

Pero despues no ha sabido escribir ningun libro en que no repitiera de mil modos las mismas ideas que son el encanto de la primera obra.

Sus dramas, cuyo éxito ruidoso me ha inspirado siempre gravísimas sospechas; aun aquellos que ménos tienen que ver con la idea que inspiró la dama de las Camelias, sacan siempre á relucir algunos de esos tipos, que francamente empalagan y repugnan á fuerza de manoseados y de monótonos.

Con su nueva palabra *demi mönde* creo haber puesto una pica en Flandes.

No puede negarse que haya observado y copiado con felicidad ciertos rasgos, pero ese no es mas que un mérito demasiado pequeño en comparacion del que se le asigna á su autor.

Y luego no falta quien lo ponga en parangon con su padre, cuando entre las dotes literarias del uno y del otro média un abismo.

En el padre, prescindiendo de que quiso reducir la literatura á una industria y olvidando como dice muy bien Michelet esa orgía de improvisacion á que se ha entregado, todos los méritos son grandes, gigantescos: una fecundidad prodigiosa, un instinto dramático admirable, un conocimiento profundo del teatro y del corazon humano.

En el hijo todo es mezquino. Trabaja con lentitud y para encontrar algun rasgo bueno hay que leer páginas y mas páginas que no tienen el interes siempre creciente de las novelas del viejo Dumas, aun las peores.

Concibo un efecto dramático ántes que la obra en que ha de colocarlo, y me figuro que seria capaz de tenerlo guardado en la mente seis ó siete años.

En su última produccion, *el Padre pródigo*, lo extravia lastimosamente el deseo de copiar nuestra vida actual, tal como es, con todas sus miserias, y hay en él escenas inverosímiles y hasta nauseabundas.

Es verdad que todo esto no venia al caso; pero ya no tiene remedio; con razon temia yo que se me fuera la pluma por la tangente.

La Traviata es de las óperas que han alcanzado en la Habana mayor popularidad, parte por su argumento y parte por la música que le puso Verdi, que es fácil, sencilla, tierna, sentimental, excepto en alguno que otro pasaje en que es completamente vulgar y vacía de sentido.

No hay duda que á veces Verdi se olvida de que es el autor del Nabuco, Trovador, Rigoletto &c.

Si en algun tiempo se escribiera la historia del entusiasmo musical en la Habana, la Traviata, junto con el nombre de la Gazzaniga, representaria una de sus fechas mas gloriosas.

La Gazzaniga fué el alma de un partido (*quorum pars parvulissima fui*) que la veneraba con el mismo ardor que los árabes á Mahoma, y que por ella hubiera ido hasta el fin del mundo con la misma fé que los cruzados á la conquista de Jerusalen.

Pero, pluma mia, anda con tiento: la cuestion es harto delicada.

Nadie la mueva
Que estar no quiero con Orlando á prueba.

Despues vino la Cortesi y aunque muchos por via de represalia quisieron elevarla, no borró recuerdos que aun estaban palpitantes.

La Cortesi sin embargo no lo hizo mal: sobretodo en las primeras noches, porque para las últimas debió haber pedido en préstamo un poco de voz que le faltaba, á Musiani ó á Florenza que la tenian de sobra.

¡Y qué triunfo tan glorioso obtuvo esta artista en Puerto-Príncipe!

Segun una correspondencia publicada en el Diario de la Marina la pasearon por las calles en un coche en que iban dos jóvenes de las mejores familias de cocheros, cuatro de palafreneros, y junto con ella tres bellísimas señoritas!

¡Bienaventuradas las prima donnas que consiguen esas ovaciones que hoy niega el siglo á cualquier otra clase de personas!

Esto sí que se llama honra y provecho.

¡Quién fuera prima-donna! No creo que haya en el mundo, tal cual actualmente está, posicion mas apetecible.

Con tres meses que se pasen en un Conservatorio queda uno al cabo de la calle.

Así le sucede hoy á la mayor parte de las artistas; y en Puerto Príncipe así como en la Habana y en casi todas las ciudades de Europa y América son igualmente festejadas.

Tal vez en Asia ó en Africa no les sucederia lo mismo; pero como no van por allá no se ha podido hacer la prueba.

La actual compañía nos ha dado una ópera completamente nueva para nosotros, el Juramento de Mercadante.

El argumento está tomado del *Angelo* que tiene várias escenas á lo Victor Hugo, con lo cual queda hecho su elogio.

Es muy difícil, casi diriamos imposible, juzgar una partitura á la segunda ó tercera vez de oida.

Mucho ménos cuando en ella lo que mas se advierte es un profundo conocimiento del arte y una incansable laboriosidad, pero no inspiracion.

Mucho talento y poco genio.

Mercadante no tiene sin embargo nada de jóven: su primer ópera fué representada el año de 1822.

Ha sido contemporáneo de Rossini, Bellini, Donizetti y finalmente de Verdi, y su estrella ha palidecido naturalmente al lado de tan grandes maestros.

A veces solo ha servido para hacerlos resaltar por el contraste.

No porque represente la parte negativa del cuadro, nó. Su nombre, aun reunido con cualquiera de los anteriores, no forma esa antítesis entre lo elevado y lo material que hace que siempre vaya Sancho al lado de D. Quijote, D. Abundio al lado de Federico Borromeo, Wellington al lado de Napoleon.

El ilustre compositor tiene un mérito demasiado real para ocupar puestos tan ínfimos.

Corre válida la voz [y ahora con mas fuerza que nunca] de que en España se organiza una buena compañía dramática, de que formarán parte los distinguidos actores Valero y Catalina, y que nos habrá de visitar en todo el curso del presente año.

Ven;an pues, que si en la Habana no se ha despertado todavía la aficion á ese espectáculo que vale mas que cualquier otro, es porque apénas ha habido á qué aficionarse.

Comencemos por tener la compañía, que espectadores no faltarán.....

Atta Troll.

AVISO.

Siguen de venta en la librería de Charlain y en la Secretaría del Liceo, los poquísimos ejemplares que aun restan de las poesías de la Sra. Avellaneda, á $1 4 rs., así como las novelas ESPATOLINO á 5 rs., DOS MUJERES á $1; y los dramas BALTASAR á 6 rs., y TRES AMORES á 5 rs.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

INSTRUCCION PUBLICA.

¿Qué es la instruccion pública sino la propagacion de la ciencia? Y ¿qué es la ciencia sino el conocimiento de cuanto puede abarcar el espíritu humano de útil y necesario? El teólogo busca á Dios en sus creaciones: el moralista revela al hombre sus relaciones con la Divinidad: el jurisconsulto le fija las que deben unirle con los otros asociados: el naturalista observa al universo examinando las afinidades materiales: el discípulo de Hipócrates quiere mejorar físicamente la condicion humana: y hasta el artista y el poeta, dirigiendo sus trabajos exclusivamente al hombre, le anuncian que posee un alma sensible, diversifican y depuran este don inestimable, y siembran de flores el camino de la vida, siempre árido y á veces insoportable.

El gran círculo de la ciencia á todo se extiende, todo lo abraza: la habitual posesion de sus máximas es lo que constituye la sabiduría: y la sabiduría es la única salvaguardia de los imperios. Sus lecciones son igualmente útiles para el soberano y para el mendigo, para el impetuoso guerrero, y para el pacífico cenobita. Al uno recomiendan la commiseracion y la templanza; al otro dictan la resignacion, contentando su infelicidad actual con la cierta esperanza de un porvenir mas halagüeño. La ciencia penetra hasta en la soledad: enseña al hombre á contentarse con poseerse á sí mismo, partiendo de allí siempre única, siempre inmutable, á inspirar en el estudio del político, y aun en el mismo campo de batalla, sentimientos de distinta índole, pero encaminados todos al beneficio y perfeccion de la gran familia humana. Sé justo, dice al magistrado, porque sin justicia desaparecen los imperios: sé benéfico, aconseja al sacerdote, porque toda religion debe dar culto á la misericordia: sé activo y laborioso, grita sin cesar al proletario, porque la riqueza es el producto del trabajo: sé franco y leal, añade en seguida al comerciante, porque la desconfianza aniquila el comercio y mata la industria que le fomenta: sed buenos, dice generalmente á todas las clases del Estado, porque para el bien se hizo vuestra asociacion; si desconoceis este orígen, os suicidais todos. Véanse aquí los principios de la sabiduría, cuando deben ser aplicados á la sociedad que ella misma hizo brotar, y que conserva con sus eternas lecciones, en medio de los vaivenes que tan espantosamente la han conmovido.

No es tampoco la ciencia un simple y estéril consejero: no se contenta con individualizar los deberes fijando nuevas leyes á medida que aparecen las necesidades, sino que las justifica de una manera luminosa, y jamas exige un sacrificio sin dulcificarle inmediatamente con la íntima conviccion de su

justicia y conveniencia. Semejante al Nilo que fertiliza y vivifica la misma tierra que inunda, retribuye un bien por cada privacion, y obliga á la misma víctima á que se convierta en su adorador. ¿Quién sino ella, elevada á un grado de heroica y sorprendente virtud, pudo producir el desusado desprendimiento de Vamba y de Abdolónimo, la continencia de Escipion, la prudencia de los Fábios, y el desinteres de los Arístides y Cincinatos? ¿Quién sino ella obligó á Sócrates á hacer abnegacion de sus propias convicciones, tributando un culto público á las divinidades del Partenon? ¿Quién sino ella inspiraba á Ciceron, politeista en el colegio de los Arúspices y filósofos en el Tusculano? ¡Desventurado el que no acate sus inspiraciones, porque posee un espíritu indócil! ¡Desventurado tambien el pueblo que las desconoce ó las menosprecia! ¿Quién se atreveria á concebir una sociedad feliz sin una sola ara dedicada á las ciencias, sin una sola hoja de laurel reservada para la sabiduría?

Los establecimientos destinados á la instruccion pública, son los templos donde se las tributa un culto, tal vez muy escaso entre nosotros. Allí puede descubrirse en todo su esplendor á sus tímidos adoradores: allí está el raudal benéfico que debe derramarse por un ancho espacio, en vez de perderse por cavernas subterráneas: allí brilla la antorcha inextinguible que debe alumbrar, no incendiar al universo. ¡Pueblos, soberanos, legisladores de la tierra! ¿Quereis abrir el camino de la virtud y de la felicidad pública? ¿Quereis asentar la ventura de las generaciones sucesivas sobre bases sólidas é indestructibles? Pues propagad la instruccion hasta en las últimas clases del Estado. Ilustrad al hombre y el hombre será mejor, y sus bendiciones seguirán constantemente vuestra memoria.

J. DE C. Y O.

LA MUJER.

I.

En el artículo que con igual epígrafe que este escribimos para el segundo número de nuestro periódico, solo quisimos considerar á la compañera del hombre bajo el aspecto que particularmente la distingue; esto es, en los dominios del sentimiento, que constituyen su mas legítimo patrimonio. Vista de tal manera y limitándonos, como lo hicimos al rápido exámen del papel que le ha tocado representar—por aquella incuestionable supremacía—en los sagrados fastos de la Religion, sentiamos entónces cierta orgullosa complacencia en mostrar desden por toda gloria que no fuese aquella, dejando al que se llama *sexo fuerte* en tranquila posesion de cuantas exclusivas dotes se adjudica. Hoy empero, se nos ocurre echar á la ligera otra rápida ojeada sobre la historia de nuestro sexo débil, siquiera no sea mas que por curiosidad de encontrar los fundamentos de esa calificacion que hace tantos siglos venimos aceptando. Sí, lo confesamos, nos punza un poco el deseo de averiguar si la mayor delicadeza de nuestra organizacion física es obstáculo insuperable opuesto por la naturaleza al vigor intelectual y moral; si enriquecidas con los tesoros del corazon nos desheredó en cambio la Providencia de las grandes facultades de la inteligencia y del carácter.

Parécenos á primera vista, apénas iniciamos esta cuestion, que léjos de excluir la superioridad afectiva otras cualidades preciosas, se derivan de ella estímulos poderosísimos para todos los resortes del alma, y viniéndosenos á la memoria tantas sublimes cosas ejecutadas por el entusiasmo, no solo nos sentimos dispuestas á declarar con Pascal que *los grandes pensamientos nacen del corazon*, sino que nos asalta la idea de que los mas gloriosos hechos consignados en los anales de la humanidad han sido siempre obra del senti-

miento; que los mas fuertes héroes han sido en todo tiempo los mas ricos corazones.

La vasta inteligencia asociada á un mezquino poder afectivo es—si existe—una monstruosidad: podemos encontrar genios pervertidos ó extraviados por violentas pasiones, pero es rarísimo, si no imposible, el hallar gran potencia intelectual en desgraciadas organizaciones desprovistas de enérgica sensibilidad. Del mismo modo los vigorosos caractéres, los que son capaces de emprender y realizar grandes cosas, los que se atreven á echar sobre sí responsabilidades inmensas, no son comunmente propiedad de hombres áridos y frios en quienes la accion no tiene otro móvil que meras especulaciones.

El poder del corazon es, por tanto, orígen y centro de otras muchas facultades, y aunque á veces ese poder pueda dar al carácter y á la inteligencia una iniciativa errada; aunque mal educado y dirigido—como lo está por lo comun en la mujer—suela emplearse indigna y lastimosamente, no por eso nos es permitido rebajar su incomparable impôrtancia; ántes bien, digamos con Lacordaire: *el que quisiera despojar al hombre de la pasion por los males de que ha sido á veces instrumento, se asemejaria á un insensato que rompiera la lira de Homero porque ha servido para cantar falsos dioses. Ah! no la rompais: tomadla mas bien de manos del poeta ciego, para ensalzar con sus sublimes armonías las glorias del Dios visible; porque la lira de Homero es tambien la lira de David: la pasion que perdió al hombre en el Eden ha salvado al mundo en el Calvario.*"

II.

Siendo la potencia afectiva fuente y motora de otras, resalta la consecuencia de que la mujer—que privilegiadamente la posee—en vez de hallarse incapacitada de ejercer otro influjo que el exclusivo del amor, debe á ella y tiene en ella una fuerza asombrosa, cuya esfera de accion seria bien difícil determinar.

¿Buscarémos hechos que justifiquen esta teoría? La dificultad que vemos es la de acertar á entresacar algunos de entre los innumerables que nos ofrecen la tradicion y la historia.

Nada parece tan ajeno del tierno corazon femenino, nada tan incompatible con el dictado de *débil* con que se distingue al sexo, como las acciones extraordinarias de valor arrojado y de constancia invencible. Sin embargo, mirad á Débora declarando guerra á los Cananeos bajo la palma que le sirve de solio cuando administra justicia á los hijos de Israel, y guiándolos por sí misma al combate en que derrotan al sorberbio enemigo. Mirad á Jahel descargando con firme mano el martillo que traspasa las sienes de Sisara: á Judit penetrando en la tienda de Holofernes para salir de ella con la sangrienta cabeza del invasor tirano: á la madre de los Macabeos presenciando heroicamente el sacrificio de sus hijos, víctimas del amor patrio. Y si apartamos los ojos de ese sagrado libro —el mas antiguo y autèntico del mundo—verémos á las espartanas que al aproximarse Pirro para consumar la ruina de su ciudad, se resisten á ser trasportadas á la isla de Creta—donde para seguridad de sus vidas las mandaba el senado—y presentándose á éste, blandiendo espadas en sus blancas manos, declararle que no obedecerán nunca un decreto que las deshonra, pues todas están dispuestas á vencer ó á morir con su conciudadanos. Verémos á las hijas del tebano Antípedes inmolándose sin vacilar cuando declara el oráculo que solo triunfará Tebas si se derrama ilustre sangre en holocausto á los dioses. Verémos á Boadicea vengando la esclavitud de su pueblo con la muerte de 70,000 romanos; á las argivas defendiendo la ciudad que asalta el rey de los Lacedemonios y rechazándolo con pérdidas enormes; á una princesa sármata, colocada á la cabeza del gobierno en lo mas florido de su edad, no solo administrar recta justicia, sino sorprender y derribar del trono á un monarca ambicioso que habia osado amenazar sus estados burlándose de la debilidad de su sexo. Verémos á Artemisa combatiendo como auxiliar de Xerjes en Salamina, despues de ilustrarle

con tan sabios consejos que à seguirlos el persa contaria la Grecia un lauro ménos en su corona de gloria. Verémos á la digna esposa de Germánico dejar el lecho, en que acaba de ser madre, para reanimar con su voz á las huestes del campamento, alarmadas por rumores de una derrota de sus compañeros, y desempeñando en ausencia de su marido las veces de general. Verémos à la disoluta Antonina siempre pronta á lavar las manchas del tálamo nupcial con la sangre enemiga que sabe verter su espada en los campos de batalla, al lado de su esposo Belisario. Verémos à las matronas de Alba Real--en Hungrìa-defender heroicamente aquella plaza sitiada por los Turcos, cuando ya los hombres desalentados trataban de rendirla. Verémos á Juana de Arco, de cuya maravillosa historia no necesito recordaros hechos. Verémos à aquella ilustre griega (1) que desafiando el poder de Turquìa—opresora de su patria—arma buques, los capitanea, y con la divisa de *libertad ó muerte*, logra que su pabellon triunfante en los mares, difunda espanto dentro de los muros de Constantinopla; y à aquella famosa Polaca [2] que presentàndose à su marido—gobernador de una plaza sitiada—con dos puñales en la mano, le dice resueltamente: *el uno traspasarà tu pecho y el otro el mio si eres capaz de la flaqueza de rendirte;* y à aquella notabilìsima figura de la revolucion francesa que tiene por nombre Madama de Roland; y á la no ménos extraordinaria que tiñó su delicada diestra con la inmunda sangre de Marat.... [3] ¿Para qué, empero, recorrer los fastos del mundo entresacando de ellos heroinas?

Nos basta abrir un momento las páginas nacionales. Ellas nos presentan à una viuda de Padilla rival de su esposo en gloria—una Marìa Pita esgrimiendo el acero que abandonan los desfallecidos defensores de la Coruña y lanzándose à la brecha ocupada ya por los ingleses—una Pineda, vìctima de su amor á la libertad, marchando al suplicio con la serenidad de un héroe—una Agustina de Aragon que arranca la mecha de las moribundas manos del último artillero de la baterìa que defiende la Puerta del Portillo, atacada por los franceses en el primer sitio de Zaragoza, y prendiendo fuego al cañon que siembra el espanto en las filas enemigas.

Estos ejemplos y tantos otros que citar pudieramos (aun prescindiendo completamente de las innumerables màrtires de la fé) ¿pueden dejarnos duda sobre la resolucion que debemos sentar respecto al problema examinado? ¿Se nos acusará de ligereza ó de parcialidad si declaramos que tocante al valor y á la energìa ningun tìtulo nos presenta el *sexo fuerte* que no pueda disputarle *el débil* con derechos incuestionables?

Oh! y no olvideis—amables lectoras del *Album* que teneis la bondad de seguirme en esta investigacion curiosa—no olvideis os ruego que las mujeres en ningun pais del mundo somos educadas para sufrir fatigas, afrontar peligros, defender intereses pùblicos y conquistar laureles cìvicos.

III.

Pero todavìa es posible—queremos concederlo—que el entusiasmo, tan propio de los corazones apasionados, preste á la mujer en determinadas circunstancias un valor momentáneo, tanto mas exaltado y violento cuanto es ménos propio de su naturaleza débil; y en tal concepto los hechos mas asombrosos de arrojo y de energía no son bastantes á dejar probado que el sexo dotado privilegiadamente con la hermosura y el sentimiento, lo esté tambien con grandes cualidades de carácter.

Los extremos se tocan—pueden decirnos—la debilidad suele tener arranques de temeraria audacia, y sin negaros, por tanto, que la mujer sea capaz de obrar grandes cosas en un impulso de pasion, no os concederémos nunca que sea tan apta como el hombre para llevar á cabo empresas arduas y dilatadas. En una palabra, ántes de aceptar la capacidad de la mujer como igual á la del hom-

[1] Bobolina.
[2] Kazanowska.
[3] Carlota Corday.

bre en todos conceptos, necesitamos algo mas que esos hechos extraordinarios que solo nos convencen de que teniais razon en proclamar al entusiasmo autor de grandes prodigios.

Ahora bien, queridas lectoras, atendiendo como es justo á las anteriores indicaciones, vamos á echar otra mirada rápida sobre los antecedentes del sexo, relativamente á lo que haya de mas arduo, trascendental y sublime.

Nada requiere mayores dotes de inteligencia y de carácter; nada aparece revestido de tanta gravedad y grandeza como el gobierno de los pueblos. Regir á los hombres es la mas difícil de las empresas; regirlos bien es por consiguiente la mas excelsa de las glorias.

¿Puede la mujer alcanzarla? Un solo ejemplo de ello seria bastante á demostrar que su organizacion física no es incompatible con las mas poderosas facultades del alma; pero nosotras desdeñamos soberbiamente—¿por qué ocultarlo?—el acogernos á uno ni á dos ejemplos, por gloriosos que sean, y lanzando sin eleccion, en tropel, segun se nos vengan á la memoria, algunos de los infinitos recuerdos que atesora el mundo de mujeres famosas en la administracion de los grandes intereses de las naciones, intentamos probar no ya la igualdad de los dos sexos, sino *la superioridad del nuestro* en el desempeño de aquella mision augusta, la mas ardua de cuantas plugo al cielo encargar á los humanos.

G. G. de Avellaneda.

[*Continuará*].

EL PARTENON DE ATENAS.

[Fragmento de un viaje á Oriente].

Durante los pocos dias que pasamos en Atenas, várias veces subimos á su famosa ciudadela, ora cuando los primeros rayos del sol doraban sus templos, ora cuando la luna les prestaba todo su encanto misterioso.

La colina en que está situado el acrópolis, es una roca escarpada. Por la parte del S. E. corria á su pié el límite de la ciudad antigua, de manera que la dominaba toda. Digno de presidir á tan gran ciudad, el acrópolis encerraba los laureles gloriosos del Atica.

Conduce hoy á la ciudadela una calle pobre y oscura, donde se ve la que llaman vulgarmente Linterna de Demóstenes. Los atenienses, sin fundamento alguno, dicen que allí vivia el insigne orador, al paso que los anticuarios ven en este lindo monumento uno levantado por Lisícrates en honor de los de sus tribus, que habian ganado el premio de la trípode en una representacion teatral. Es pequeño; pero tan proporcionado, y tiene adornos de tanto gusto que puede señalarse como un modelo de elegancia. Fórmalo un pedestalon circular, sobre el cual se alzan seis columnitas corintias; adorna el friso un bajo relieve que representa algunas escenas de la vida de Baco; y de la airosa cornisa se desprende una cupulilla coronada por magnífico penachon de hojas de acanto.

Muchos eran los monumentos de esta clase que antiguamente adornaban aquella calle,—llamada con este motivo de las Trípodes,—á la cual daba el teatro de Baco, cuyas ruinas recuerdan la gloria de los poetas dramáticos de Grecia.—Nosotros encontramos un malísimo camino, y por un arco en que hay una inscripcion turca, entramos en el augusto recinto del acrópolis.

Cuando nacia la ciudad de Cecrops, dos deidades del Olimpo se disputaron el honor de darle nombre; y ámbas abandonando sus celestes tronos, bajaron á la tierra, y se detuviéron sobre una colina del Atica. Minerva tocó la roca con su lanza inmortal, y al punto alzó sus ramas el pacífico olivo. Neptuno á su vez hizo resonar la dura piedra con su tridente, y de ella se desprendió un manantial de agua salada. El destino decidió en favor de Minerva, y la ciudad naciente tomó el nombre de la diosa de la sabiduría, que es en griego *Azene*. Aquella colina fué desde

entónces un lugar sagrado: en ella levantaron el acrópolis y erigieron templos á Minerva, cuya imágen representaba una grosera estatua de madera de olivo, que, segun pretendian, habia bajado del cielo. Pericles quiso hacer al acrópolis digno de la ciudad que á sus piés se extendia; puso á su entrada las Propíleas, y en su recinto levantó el Partenon.

Una muralla cerca la ciudadela y en sus piedras antiguas se ven encajados pedazos de cornisas y chapiteles. Lo primero que se presenta á la vista son las Propíleas con su magnífica escalinata desencajada y rota. En ellas se guardaban los tesoros de la ciudad. Formábalas un suntuoso pórtico de columnas dóricas sin base; y aun hoy que todas las columnas han perdido los arquitrabes y cornisas, forman todavía un magestuoso ingreso. Los venecianos en sus contiendas con los turcos, construyeron allí una mezquina torre cuadrada, que parece un heraldo señalando las edades que formaron aquel monton de ruinas.

Pasadas las Propíleas, se ven á la izquierda las columnas jónicas de los templos de Erectes y Minerva Políade, y las cariátides del que estaba dedicado á la ninfa Pandrosa, hija de Cecrops. Los dos primeros encerraban el lugar en que colocaba la fábula la representacion de la alegoría de Minerva y Neptuno, que he referido. En el de Minerva Políade se conservaba la estatua de madera de la diosa, frente á la cual ardia la famosa lámpara de oro de Calímaco.

Sobre la parte mas elevada del acrópolis se alza el Partenon, imágen del templo de la inmortalidad. Convertida en iglesia por los cristianos, y luego en mezquita por los mahometanos, la casa de dioses llegó intacta hasta el siglo XVII, en que los venecianos del dux Morosini bombardearon á Atenas; y cupo al Partenon la desgracia de que una bomba volase una gran cantidad de pólvora almacenada en su recinto. Entónces se desplomaron casi todas las columnas laterales, y con ellas hicieron balas los turcos en la extremidad de aquella guerra desastrosa.

El Partenon es la obra de arquitectura mas completa que ha salido de la mano del hombre. Pericles la encomendó al ingenio de Ictino y Calistratro. La sencillez es la base de su hermosura y magnificencia. Los dos frentes principales miran á Oriente y Occidente, y ámbos se componen de ocho columnas dóricas sin base con arquitrabe desnudo y el friso cubierto de esquisitos bajos-relieves. Corónanlos dos frontones triangulares, donde se veian, el Olimpo en la parte oriental, y la disputa de Minerva y Neptuno en la occidental. Las estatuas que formaban estas dos grandes composiciones eran de Fídias: hoy no quedan mas que dos figuras mutiladas que representan á Vénus y Marte. Las fachadas laterales siguen en el mismo órden que las otras, formando el perístilo con diez y siete columnas cada una.

El ingreso corresponde á la parte occidental del edificio, y aumentan su magestad seis columnas interiores mas pequeñas que las delanteras. Dos gradas conducen al pórtico y suplen la falta de bases en las columnas, dando á la fábrica mas sencillez y severidad.

El interior estaba dividido en dos partes: la primera era mas grande y consistia en una vasta nave adornada de columnas jónicas y corintias sobrepuestas. En el centro estaba la grande obra de Fídias; la estatua de Minerva. Era de dimensiones colosales: llevaba en una mano la victoria y con la otra sostenia la lanza. La cara y los brazos eran de marfil; los ojos de piedras preciosas; la vestidura de oro. Cubrian su pecho las serpientes de la cabeza de Medusa; y á sus piés se veia un escudo donde el autor habia representado una batalla, colocando entre los personajes su propio retrato y el de Pericles.— El compartimento interior encerraba los regalos hechos á la diosa.

Hoy es preciso ver el templo por cualquiera de las dos fachadas principales para gozar de todo el encanto de aquella fábrica soberbia. La armonía de todas las partes forma en el Partenon un conjunto maravilloso. Las líneas se extienden limpias como las del horizonte en medio del mar tranquilo. El már-

mol pentílico de que está hecho ha tomado un color amarillento, que hace á veces resplandecer el templo como si fuera de oro.

La última vez que subimos al Partenon, lo vimos envuelto en las sombras de la noche. La pálida enamorada de Endimion estaba suspendida sobre el monte Himeto, y derramaba sus rayos melancólicos sobre las ruinas. Sentados sobre las derribadas columnas del templo, apénas interrumpiamos con nuestra voz el silencio solemne que nos rodeaba. La corte del rey Oton se extendia muda á nuestros piés. Pocos años ántes aquel monton de casas pertenecia al jefe de los eunucos del gran Sultan. ¡Con qué dolor contemplaria entónces el viajero á Atenas esclava! Hoy la ilustre ciudad es de sus hijos; el alminar del Partenon ha desaparecido y no se oyen los bárbaros gritos del santon mahometano.

En vano la imaginacion queria volar á los tiempos que pasaron, y poner su manto de oro y marfil al esqueleto que yacia á nuestros piés cubierto de sangre y polvo, y cadenas rotas. La luna no alumbraba mas que ruinas.—No se oye el canto de la vírgen sacerdotisa: las gradas del teatro que fué trono de Sófocles y Eurípides, están desiertas; los hombres no se atreven á pisar las carcomidas piedras de la tribuna de Demóstenes. ninguna luz aparece y se mueve por las abandonadas colinas. A lo léjos se ven las aguas del puerto de Falero romperse en la orilla sin lamer los costados de altaneras naves. Solo la luna, como la noche anterior, y la otra noche, y como dos mil años hace, dibujaba en el suelo, largas y oscuras, las columnas del Partenon solitario.

Eusebio Guitéras.

CARTA 2ª DEL Sr. LA SAGRA A LA SRA. AVELLANEDA.

Villa-Clara 3 de Abril de 1860.

Mi antigua y buena amiga:—No quiero dejar esta *alegre* Villa (pues alegre la he de llamar, mal que les pese á los que me dijeron que era triste) sin escribir á V. algunas líneas destinadas á prevenir un error á que tal vez pudiera dar lugar, la poca numerosa mencion que hice, en mi precedente carta, de literatos y poetas Villa-clareños; haciendo juzgar inexactamente por ella, del estado intelectual de esta poblacion.— Mis citas fueron solo, como un adorno á mi articulito y este adorno le puse, porque iba destinado para el bello periódico de V. Todo obsequio dirigido á una hermosura, debe ir acompañado de flores.

Villa-Clara fué siempre un verjel, que las ha producido con abundancia y variedad— En medio de sus zozobras y agitaciones antiguas, lo mismo que en el largo período de monótona paz que las ha sucedido, numerosos vates cantaron sus tiernas pasiones y no pocos jóvenes se elevaron con sus escritos, á regiones muy altas, tal vez buscando en los dominios de la imaginacion, lo que no hallaban en el de la realidad.

Recorriendo los periódicos que aquí se han publicado, es como puede formarse una idea aproximada á la verdad, de las inspiraciones y de las aspiraciones de la juventud estudiosa.—Si V. los recorriese, sabria formar con la cosecha que hiciera en los hectarios de esas flores, poco conocidas, un panal sabroso y delicado; yo me concretaré solo, á dar á V. una muy ligera noticia de esas colecciones, porque desde aquí la he visto á V. como dudosa, al leer la palabra *periódicos* escrita en tan lato plural como la he empleado.—Pues bien; vea V. por de pronto, la lista de los montones que, por órden cronológico, tengo sobre la mesa.

El *Eco* de Villa-Clara, que comenzó á fines de 1831 y continuó hasta despues que dió principio su sucesor la *Alborada*.—Salia 3 veces por semana, y sus redactores cantaban ya, al *Bélico*, arroyuelo que humedece una línea, poco perceptible, que serpentea por estos ejidos; al *Capiro*, gracioso montecillo, cuyo verdor contrasta en medio de la aridez de estos terrenos magnesianos; y á la *Flor* de *Manicaragua*, que parece era una belleza guajira.

La *Alborada*, que comenzó en Febrero de 1856, y entre cuyos fundadores se contaba un malogrado jóven, poeta melancólico, de inspiracion y de sentimiento, que tal vez hubiera sido mas alegre y ménos triste, á ser ménos enamorado y algo rico.—Firmaba por lo comun sus versos, con el nombre supuesto de *Florentino Ligero*, pero el suyo verdadero era *Eligio Eulogio Capiró*. Falleció á principios del año pasado, y los hombres instruidos de aquí, sintieron mucho su pérdida, lo mismo que los literatos de la Habana, de quienes era querido y justamente estimado. La *Alborada*, que sale todavía á luz tres veces por semana, ha contenido siempre artículos muy interesantes sobre intereses Cubanos, en general, y locales de esta comarca en particular.

El *Progreso*, periódico *didáctico* de ciencias, literatura y artes, salió á luz en la imprenta de la Alborada, en 1858, poco despues de haber espirado el *Eco*; mas parece que no le halló en el público á que se dirigia, puesto que solo dió á luz un número, de 32 páginas en 4.°, en el cual y no obstante la promesa que hacia su redactor en la introduccion de no ceñirse al lenguaje seco y preciso de las materias didácticas, no supo cumplirla.

El *Guatequc*, fué otro periódico efímero, que comenzó á fines de 1858, y no se atrevió á seguir el curso de 1859; en lo cual fué tal vez prudente. Se titulaba *literario, satírico-burlesco, de rompe y roja, que hará desmorecer de risa*. Estas pretensiones no fueron bastantes para decidir en su favor al público Villa-clareño, que ó no tenia ganas de *desmorecer de risa*, ó no se la inspiraba este papel. — Salia impreso en un pliego, y solo vieron la luz pública 4 números, en épocas irregulares.

Villa-Clara romántica, fué una publicacioncita compuesta de leyendas y poesías, de D. Emilio Pichardo, contemporánea de la *Alborada*. La menciono aquí, lo mismo que las dos siguientes, porque opino que todas tres aspiraban á continuar viviendo mas largo tiempo, con un carácter semi-periódico: pero el público Villa-clareño, parece difícil.

Los Pensamientos, publicados tambien en 1858 forman un bonito volúmen de 31 pliegos en 8.° mayor, bien impresos, con el cual comenzó una coleccion ó Revista..... que no ha continuado.—Su producto estaba destinado para la Beneficencia; sus redactores se esmeraron; pero al recorrer los artículos, de género elevado y hasta metafísico sobre educacion, literatura y psicología, no debe extrañarse la corta vida que ha tenido y que indudablemente hubiera sido mas larga, si en lugar de su índole grave y soñolienta, ofreciesen la de uno lindísimo titulado la *sonrisa*, de la culta y elegante *Felicia*.

Flores Villa-clareñas.—Son la expresion de un pensamiento muy galante y amable, de los vates que le concibieron; reuniendo en *cinco guirnaldas* pieccesitas en verso dedicada cada una á una jóven de Villa-Clara. —Desgraciadamente, sus inspiraciones no ofrecen una variedad tan bella, como la que pudieran ofrecerles las jóvenes que cantaban; y esto procedió de que no las vieron con todas las gracias y dotes que sin duda poseen, sino bajo el aspecto único de la belleza, que con especialidad los inspiraba.— La primera de las guirnaldas es debida á la pluma de Fernando Reyes, la segunda á Salvador A. Dominguez, la tercera á Félix Martinez, la cuarta á Antonio V. y Alvarez la quinta á Fernando Sanchez.—Este librito, impreso en 1858, merece por la galantería de los autores, su amable intencion y lo bello de la impresion, adornar el tocador de todas las jóvenes de Villa-Clara.

La *Pucha Silvestre*, es una coleccion de inspiraciones poéticas de Agustin Baldomero Rodriguez; pardo de númen natural, que recuerda al desgraciado Plácido; pero que es lástima descuide y casi abandone, el bello don que ha recibido del Cielo.

Miéntras que la *Alborada* continuaba su curso, y que los literatos aspiraban á dotar la Villa de Sta. Clara, de una publicacion ménos fugaz que las hojas semanales, se ha-

cia sentir la necesidad de un papel *Diario*; y este vacío se propuso llenarlo el CENTRAL, periódico científico, literario, artístico y económico, que ha comenzado á salir á luz, con muy buenos auspicios, con el presente año. —Ha introducido la gran mejora de publicar despachos telegráficos que recibe directamente de la Capital, y si continúa la senda de la Alborada, tratando, con buen criterio, de los intereses locales, prestará un gran servicio á la civilizacion de Villa-Clara.

Hé aquí, mi buena amiga, terminada la revision de las publicaciones que tengo sobre la mesa, en torno de un monton de piedras que ayer tarde he traido, de los alrededores de esta Villa.—Su descripcion interesaria poco á las amables lectoras de su *Album*; pero dígales V. porque es curioso, que estas piedras son idénticas á las que muelen sus quitrines cuando van de Regla á Guanabacoa.—Una comunicacion subterránea, trae hasta aquí, esa anómala formacion, que la mano de Dios hizo saltar en dos localidades tan distantes de la Isla.—Así él habrá precedido de muchos siglos, los esfuerzos del hombre, para establecer otra comunicacion, puramente superficial, pero continua y rápida, entre la Habana y Villa-Clara, por la cual suspiran con razon, los habitantes de esta Villa.

Pero, yo corro tambien á mil leguas de distancia de los versos y de los periódicos; distraccion que perdonará V. á su afectuoso amigo

Ramon de la Sagra.

SITUACION ACTUAL DEL ARTISTA.

La sublime abnegacion y el heroismo á toda prueba de algunos hombres célebres, han ocasionado, sin duda, las calamidades y desgracias que sufrieran en sus dias. Es innegable que las dotes artísticas solo pueden formarse por medio de una reflexion profunda, y por la constante observacion de un genio aventajado. Asiduos y multiplicados trabajos se necesitan para obtener algun progreso en la imitacion de la naturaleza—único objeto de las artes—y grande es la dificultad de dichos trabajos consagrado como se halla el hombre al cumplimiento de los deberes y convenciones sociales.

El talento entusiasta, el hombre creador, entregado totalmente á la contemplacion de *lo bello y lo bueno*, ha de separarse precisamente de esa marcha mecánica y rutinera, indispensable á los intereses materiales de la vida. Embriagado con sus observaciones, único alimento que le nutre, olvida con la exaltacion de sus ideas que decae su juventud y que aun no se ha proporcionado una vejez cómoda é independiente. Ya no vive sino para el porvenir y para la gloria; pero aunque divisa los laureles que han de coronarle, no siempre tiene la dicha de cogerlos con sus propias manos.

Estas sin duda han sido las verdaderas causas que sumieron en la miseria y en la desgracia á infinitos hombres grandes, á quienes la posteridad ha hecho justicia rindiéndoles un justo homenage de gratitud y respeto.

La opulencia y la ilustracion de los grandes por el nacimiento, son dos medios poderosos de desarrollar y engrandecer las artes. La primera si bien protege al artista, porque lo ocupa, lo hace casi siempre sin respeto por su dignidad y como por favor: la segunda por el contrario, colocándole en su verdadero punto de vista, si lo busca es para solicitar sus dones; y si los obtiene, se envanece en poseerlos; justo galardon debido al mérito y al talento.

Verdad es que en tiempos pasados Rafael Sancio de Urbino tuvo influencia en la corte de Roma; que Juan de Herrera en España fué visitado por el mismo Felipe II, coloso de aquella época; y que Diego Velazquez de Silva fué cruzado en la distinguida órden de Santiago por mano de Felipe IV. Pero verdad es tambien que la Italia habia llorado la demencia de Torcuato Tasso, causada por mezquinas preocupaciones; que Ca-

möens murió en un hospital, y que el sin par Cervantes vivió entre la miseria y el olvido.

Afortunadamente pasaron los dias en que mendigaba el artista la proteccion de un poderoso, para desarrollar sus talentos á su sombra. No es ya preciso ser el favorito de un príncipe para ceñirse los laureles de la gloria, y ser anunciado por los ecos de la fama. Los certámenes y exposiciones públicas han venido en nuestros dias á servir de justa balanza á las producciones del artista. No es ya el capricho ni la casualidad quien determina y falla sobre la suerte del hombre privilegiado. Cuando se abren las puertas del templo de las artes, y se ostentan en él los variados productos del ingenio, rendidas quedan en sus umbrales la torpe envidia y la negra y mísera calumnia. No se erigen hoy monumentos colosales para engrandecer á quien los paga, causando una estúpida admiracion y una grosera sorpresa en un pueblo dormido y atrasado. El pueblo, conocedor él de por sí, juzga con exactitud y verdad, tributa su admiracion á quien le pertenece, y en vez de deslumbrarse, como ántes, con la idea de las arcas de plata que se habrian consumido en la construccion de un edificio, olvida enteramente las riquezas del dueño y admira la habilidad del artífice.

Podrá suceder todavía que circunstancias particulares abatan al hombre hasta el extremo de verse reducido á la indigencia; pero lo que no puede suceder es que el genio y el talento esperen ya la gloria únicamente de la posteridad; gloria desgraciada porque no se goza: disfrútanla en sus dias. ¿Y qué importan entónces el oropel y falso resplandor de la opulencia? Una corona en el teatro, millares de palmadas en un liceo, la admiracion de un pueblo entero delante de un cuadro ó de un edificio, son la verdadera riqueza de la inteligencia. El hombre que se eleva por encima de los enjambres de los demas, y cuyo brillo, rápido como la luz, cunde y se multiplica por toda la superficie de la tierra, es el verdadero poderoso del mundo, porque es el ídolo de su siglo. ***

SECCION SEGUNDA.

A LA CORONACION

DE LA SRA. D.ª GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA, POR EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE LA HABANA EN LA NOCHE DEL 27 DE ENERO DE 1850. (1)

Vírgen de amor, belleza y poesía,
bañada en los fulgores
con que se ostenta el luminar del dia,
de mi entusiasmo excita los ardores.
A los ojos el alma palpitante
á contemplar se asoma su semblante,
y el pecho estremecido
al eco de su voz presta el oido.
¿Por qué me mira ansiosa
y habla á mi corazon.....? Vírgen hermosa
al ruido de los triunfos no avezada,
comprendo, sí, tu voz y tu mirada.....
Eres la Patria, á tu imperioso acento
vuelve á mis manos la olvidada lira.....
Para cantar tu gloria y tu contento,
en mi alma el fuego de tu amor inspira.

Bajo la sombra del hispano solio
en tu índica ribera,
se erige ¡oh Cuba! por la vez primera
á la gloria del arte un capitolio.
Por la primera vez tu sol radiante,
al recoger la noche sus doseles,
alumbrará mañana los laureles
que en Roma el Genio conquistó triunfante.
La voladora Fama
al sol siguiendo, encontrará en su paso
á la patria de Píndaro y Homero,
la de Virgilio, la de Dante y Tasso,
y la de Ercilla, Calderon, Quintana,
que al mundo antiguo fija sus confines,
y repitiendo irá, que el hemisferio
á donde España dilató su imperio,
rompiendo toda valla á los jardines
en que encerró la ciencia su tesoro
bajo el emblema de manzanas de oro,
repitiendo irá pues, que en estas zonas,

[1] La insercion de la presente composicion en elogio de la Sra Directora de *El Album*, pareceria ajena de este lugar, si en ello no estuviesen empeñados algunos amigos del autor y de las letras, y si su mérito no fuera tan grande, que hace que aun á riesgo de desagradar á la Sra. Avellaneda, alterando el órden que nos dejó trazado para la publicacion de este número, nos aprovechemos de su ausencia de la Habana, para tomar sobre nosotros la responsabilidad.—*El Editor.*

que por laureles dan gigantes palmas,
el Genio inspira como allá las almas,
y á la Gloria le arranca sus coronas.

Mas ¿qué vale esa gloria?..... el prepotente
acaso diga altivo.
¿Qué canto habrá que mi poder aumente,
ó añada un bien al mundo positivo?
No manda, no, la lira del poeta,
que á otra fuerza mayor se halla sujeta.
Siempre la humanidad vivió inclinada
ante el poder del oro y de la espada.
Mas esa humanidad no siente y piensa.....?
el poeta á su vez tambien pregunta.
No existe el alma á la materia unida?.....
Los goces y las penas de la vida
no tienen su expresion.....? El pensamiento
como el cuerpo no exige su alimento.....?
El sér compuesto que se llama hombre,
lo presente y la tierra solo mira.....?
En la futura edad no busca un nombre.....?
De otra vida inmortal al bien no aspira?.....

Oculta tu despecho, sér mezquino,
que arrastras por el suelo:
si hay para el hombre algun poder divino,
es el del Genio que lo eleva al cielo.
De las armas y el oro el poderío
¿qué valen ¡ay! en el sepulcro frio
término cierto de la vida breve.....?
¿De la muerte al imperio quién se atreve.....?
El Genio solo: al soplo de su aliento
el polvo de las tumbas se reanima:
de su palabra al poderoso acento
se alzan las sombras del olvido á miles.....
Crugen las armas del valiente Aquiles:
De Casandra y Nestor la voz se escucha,
y Troya cae en la sangrienta lucha.
El troyano en el Lacio puerto toma
para engendrar de un pueblo fugitivo
á la soberbia Roma.
Gime el sepulcro del Señor cautivo:
á la Europa estremecen las cruzadas;
sobre su luna pálida y menguante
las tribus de Ismael ven humilladas
alzarse el signo de la Cruz triunfante.

De Eneas, Aquiles y Bullon la gloria
¿quién cubre de esplendores.....?
¿quién eterna conserva su memoria.....?
Solo el Genio inmortal de sus cantores.
Las obras del Poeta son los templos
donde van á buscar altos ejemplos
de virtud y valor, en paz y en guerra,
los que aspiran á héroes en la tierra.
Son sus obras eternos monumentos
de humanas tradiciones,
y tablas en que salvan sus fragmentos
las civilizaciones
al hundirse en el polvo las naciones.
De Hesiodo, Orfeo, de Milton y de Dante
los genios inspirados
la Eternidad penetran del abismo
y del cielo recorren los imperios,
y muestran de esos mundos ignorados
á la atónita tierra los misterios.
Y el genio de Moisés, el mas profundo,
la verdad nos enseña de la historia,
de la nada á su voz saliendo el mundo,
la inocencia del hombre y el pecado,
el orígen de pueblos y de reyes,
y sobre el universo levantado
á Dios dictando sus eternas leyes.....!

De entusiasmo, de amor y de consuelo
tres númenes envia
el Señor al mortal en este suelo—
la Patria, la Mujer, la Poesía.—
Y despues de la vida transitoria
del hombre el pensamiento mas no alcanza,
que á buscar en el cielo una esperanza,
y á dejar en la tierra una memoria.
La Patria! hoguera en que se inflama
el corazon del héroe, que en las lides
despreciando las penas y la muerte
por Dios y su derecho fiel combate,
y ni en el triunfo su virtud pervierte
ni en la desgracia su valor abate.
La Mujer! venero en este mundo
de las delicias del Eden perdido,
pues el único bien de la existencia
se cifra en el amor de la hermosura,
en sentir en el pecho estremecido
la impresion del deleite y la ternura.
La Poesía! inextinguible fuente
de gozo y de consuelo!
Lumbrera que la humana inteligencia
por la pasion y el sentimiento guia
á lo bueno y lo bello! Alta Potencia
que rompe las prisiones
de la materia que encarcela el alma:
que de la vida las miserias calma:

que del mundo los bienes diviniza;
que los hechos del hombre inmortaliza
con su gloriosa voz! ¿Qué es la riqueza
del divino Hacedor con los portentos,
y el humano poder con su grandeza?
Todo pasa y perece;
el mundo solo guarda la memoria
de las nobles acciones,
y del Genio inmortal las creaciones
que al hombre prestan valimiento y gloria.

Tu inspiracion, tu canto ¡oh Poesía!
las edades primeras
tomaron siempre por su voz y guía,
y tu eco habrá de oirse en las postreras.
Muestra el Genio su fuerza creadora
en obras diferentes,
pero á todas infunde fuerza y vida
el estro del Poeta.
Héroe, deidad, oráculo, profeta,
y vate, y mago, y trovador y bardo,
segun las sociedades,
en todas las edades
la fábula y la historia le cedieron
del saber y el poder los atributos,
y el milagro á la lira atribuyeron
de atraer las peñas y amansar los brutos.
Oh! si alcanzara el vate con su acento
en un coro de amor y de armonía
los pueblos á hermanar... .! Tan grande intento,
solo en tí caber puede ¡oh Poesía!

Feliz el hombre que en el fuego santo
de las musas se inspira!
Feliz la hermosa á quien conmueve el canto,
con él se goza, ó de dolor suspira!
Feliz el corazon que arde y palpita
por la patria y la gloria, y en recreo
con la lira de Píndaro se agita,
se inflama con la trompa de Tirteo.
Feliz el pueblo que comprende y siente
las obras del Poeta y su lenguaje,
y en público homenage
el lauro del honor ciñe á su frente!
Si la épica Castilla
para ofrecer al Genio sus laureles
los triunfos renovó de Grecia y Roma,
hoy la industrial Antilla,
de la madre siguiendo el digno ejemplo,
al mundo muestra con igual decoro
que si es fuerte la espada y vale el oro,
solo al Genio la Gloria abre su templo.

Oh ilustre Avellaneda! en cuyo canto
derraman á porfía
su ardor Caliope, Melpómene su llanto,
su amor Erato, y su placer Talía.....!
Por hija predilecta de las Musas
en la presente edad y en las pasadas
te proclamó Castilla,
à la hija ensalzando de su Antilla.
Y Cuba á quien abona
de Europa el fallo, con amor profundo
ciñe á tus sienes la primer corona
que á su Musa consagra el nuevo Mundo.
Digna eres de ella, y de un asiento
en la eterna region donde la Gloria
entroniza el poder del pensamiento.
Si allí no imperas con el hierro y fuego,
si á tus plantas no ofrecen prosternados
los pueblos subyugados
de su sangre y sus lágrimas el riego,
mandarás con la lira, y á sus sones,
el alma libre de dolor y espanto
rendirá por tributos á tu canto
su entusiasmo, su amor, sus emociones.
De ese reino inmortal del pensamiento,
es un eco mi voz, débil sin duda,
mas préstale su ayuda
la inspiracion que mi entusiasmo guía.
Oh ilustre Avellaneda! en este dia
asì tu triunfo cual mi humilde acento,
ensalzan con un mismo sentimiento
la Patria, la Mujer, la Poesía.

Ramon de Palma.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

SOFONISBA.

Sofonisba, pintora célebre, nació en Cremona y debió las lecciones que la hicieron maestra á los famosos profesores Bernardo Campi y el Sojaro.—No tardó mucho en distinguirse, y tal llegó á ser su crédito que el rey de España Fe-

lipe II, encargó al duque de Alba que hiciese todas las diligencias posibles para decidirla á ir á Madrid, con destino al cuarto de la reina, lo que se consiguió al cabo en 1559.—Pronto se hizo acreedora Sofonisba á particulares distinciones de SS. MM. y comprobó su raro talento artístico con un excelente retrato del monarca, que le mereció una pension de 200 ducados y un diamante de valor de otros 1500: así mismo retrató á la reina y al príncipe D. Cárlos; siendo la ejecucion de esas obras entusiastamente celebrada. Sofonisba tuvo tambien la honra de que el papa Pio IV le encargase otro retrato de la misma reina, que desempeñó tan satisfactoriamente que el Santo Padre la escribió una carta como insigne muestra de su satisfaccion y gratitud al recibirlo.—El Diccionario de Cea Bermudez, nos ofrece sobre las obras de esta ilustre artista, los siguientes detalles.—"Murió Sofonisba en Génova de edad muy avanzada, sin que haya quedado ninguna obra suya entre las colecciones del rey en sus palacios, (sin duda por haber perecido en algun incendio) para poder juzgar con acierto de su estilo y habilidad. Pero Vasari asegura haber visto en casa de su padre Amilcare, dos cuadros que ella habia pintado con suma maestría. Representaba el primero tres hermanas suyas traveseando con unos juguetes y acompañadas de una vieja: parecian vivas todas aquellas figuras y no les faltaba mas que hablar. En el segundo se veia á la propia Sofonisba, con su padre y sus hermanos, pintados con tal viveza que querian respirar.—Vasari dice tambien en otra parte que M. Tomaso, caballero romano, habia remitido al gran duque Cosme de Médicis, entre otras cosas, un dibujo de esta profesora, que figuraba una niña riéndose de un muchacho que lloraba por haberle picado en un dedo un camaron de los muchos que tenia en un canastillo, y añade que no se podia ver cosa mas graciosa."

***

LA MAGA
y el genio de la poesía venezolana.

Fantasía

A la Sra. Avellaneda, con motivo de haberme pedido versos para el bello periódico que dirige, y que redactan damas.

En una tarde de Estío
Y en tosco leño liviano
Cortaba doncel indiano
Las claras ondas de un rio.
Terciaba á su cuerpo bello
Leonadas y ricas pieles,
Y aljófares y joyeles
Mostraba en brazos y cuello,
Miéntras murmurando amores
Las auras de la pradera,
Rizaban de su cimera
Las plumas multicolores.
Gallardo estaba el remero
Con su abigarrado traje,
Galano mas que el plumaje
Del colibrí montañero.
No era su perfil griëgo,
No era su tipo romano:
Era un tipo americano,
Todo vida, todo fuego.
Dió á su tez tostada el sol
De nopal tinta secreta:
Hoja de la *malagueta*
Matizada de arrebol.
Sus negros ojos, rasgados
Eran á medias, y de ellos
Desprende tales destellos
Que no pueden ser pintados,
Pues hay en mezcla fugaz,
Del jaguar con la osadía
La dulce melancolía
De la paloma torcaz.
Rio abajo y rio arriba,
A la sombra del bosquete
Guiaba del canalete
Su piragua fugitiva:
Y al rumoroso agasajo
Con que el aura le arrullaba,
Así el mancebo cantaba,
Rio arriba y rio abajo:
Aguila que al viento igualas
En el vuelo;

Mariposa que tus alas,
Ricas de estrellas y galas
Como el cielo,
Llevas del monte al verjel,
Cuando paseis por la selva
Donde mi alcázar levanto,
Decid que acaso no vuelva,
Pues la Maga del encanto
Ha encantado mi bajel.
¡No era una sombra,
No fué delirio,
Sobre la alfombra
De rosa y lirio
Posó la maga
Su níveo pié!
¡Manitú santo!
No es sueño, *es ella!*.....
Contra su encanto
Todo se estrella,
No hay poder mágico,
Preces ni fé.
Su iman secreto
Sintiendo, súbito,
Requerí mi amuleto:
Roto lo hallé.
"Piragüero americano,
Díjome ella,
Atraca el batel liviano:
No temas, eres mi hermano,
Que mi estrella
Nacer en tus cielos ví:
Soy la hija de la Antilla:
A la tierra de las palmas
Traje ya mi navecilla."
Tentadora de las almas,
Me engañas, la respondí.
Me tiendes redes
De confianza;
Mas cuanto puedes,
Bien se me alcanza:
Tu esplendor quema,
Déjame huir.
Ni nave tienes
Ni patria hubiste,
Del cielo vienes,
En él naciste,
Que yo de él, fúlgida,
Bajar te ví.
¡De bordo, oh leño,
Virémos rápidos!
¡Huyamos!—Vano empeño!
Cautivo fuí.
—"Cautivo,—dijo riendo
De mi pena,—
Es vano huir, lo estás viendo:
Que sabes tocar entiendo
Dulce avena:
La voz suelta, yo te oiré."
—Maga, te han de ser extrañas,
—La dije—las armonías
Del genio de las montañas:
Solo ellas oyen las mias:
Tristes son, mas cantará.
Y al punto miro
Por los rosales,
En leve giro
Y albos cendales
De Hadas bellísimas
Gentil tropel.
Canto sonoro
Daban al viento,
Quise á su coro
Mezclar mi acento,
Voz pedí al céfiro.....
Sordo le hallé!
Rumor al rio,
Trino á los pájaros,
Ruidos al bosque umbrío.....
Y en vano fué!
De perlas entrelazadas
Con telinas,
Lleva un cestillo: á sus Hadas,
De flores las mas preciadas,
Las mas finas,
Llenarlo profusas ví.
Y aun díjome la hechicera:
—"Dame flores de tus valles."—
Dártelas todas quisiera—
Dije—mas dudo que halles
Como las tuyas aquí.
Bella sirena
De la cestilla,
De flores llena,
Ninguna brilla
Por mas espléndida
Digna de tí.
Mas una existe
De amor memoria;
De un alma triste
Guarda la historia;
Y á ella, por lúgubre,
Mi amor le dí.

¡Flores me pides?
Tómala, guárdala:
La flor del *No me olvides*
Llamarla oí."
Dice el doncel, muere el dia,
Surca el rio la piragua,
Miéntras esmaltando el agua
La blanca luna salia.
Y por los silvestres huecos
Las cantilenas remisas
Arrebataban las brisas
Y remedaban los ecos.
Yo, en tanto, de un saucedal
A la sombra protectora,
De la maga vencedora
Ví la sombra celestial.
Trazárate su retrato:
Mas mi voz, trémula espira,
Que no halla sones mi lira,
Ni hay flores en mi relato.
Pero como el paso expié
De la linda hechizadora,
Los palacios donde mora
Y está su encanto sí sé:
Al primer fresco rocío,
Si verla quieres, inclina
Tu ancha frente alabastrina
Sobre las ondas del rio.

José Antonio Calcaño.

Caracas, Febrero 27 de 1860.

ROMANCE

ESCRITO EN UNA HORA DE DESVELO EN LAS PLAYAS DE SAN SEBASTIAN.

Reina la noche: mis ojos
Desde una estrecha ventana
Contemplan inmensidades,
Que apénas la mente abarca.
La gran bóveda del cielo,
De estrellas mil recamada,
Matiza su azul oscuro
Con leves nubes de nácar.
La Osa brilla ante mi vista,
Y á mi derecha levanta
Con lentitud magestuosa
La luna su frente pálida.
A sus tibios resplandores,
Que argentan del mar las aguas,
Miro elevarse al castillo
De la ciudad noble guarda:
De la ciudad que dormida
Diviso allá en lontananza,
Dó se dibujan sus torres
Como inmóviles fantasmas.
Se encumbra inmensa á mi izquierda
La cadena de montañas
Que de este hermoso pais
Son gigantes atalayas,
Y en cuyas cumbres aun brillan
De nieve lucientes franjas,
Miéntras cubren los castaños
De densa sombra sus faldas.
¡Todo es silencio en la tierra!
¡Todo es en el cielo calma,
Y frescura en el ambiente,
Y soledad por las playas!
A quebrantarse en su arena,
Que ciñen de orlas de plata,
Con monótono rüido
Llegan las olas sin pausa;
Que solo ellas de la vida
Parece que impulsos guardan,
Cuando en reposo profundo
Naturaleza descansa.
Por todo el líquido llano
Solo distingo una barca
Que recogidas las velas
Allá se mece á distancia,
Y á los cándidos albores
Que entre las brumas la alcanzan,
Parece cisne viajero
Que pliega al dormir las alas.
Oh! nada mas!—Ni un sér miro,
Que mi vigilia comparta
Para admirar de esta noche
La paz cual solemne grata.
Pero no: que brillar veo,
Aunque pequeña y lejana,
Desde el blanco caserío
Que entre peñas se destaca
Una luz.....sí!.....ya se aviva,
Y revela á mis miradas
Que el pescador laborioso
Velando su red prepara.
¡Compañero de mi insomnio,
Yo te saludo!—¡Qué plazca
Al Señor darte una pesca

Cual no sueña tu esperanza!
Escucha! á la voz del mar,
Su voz junta la campana
Que anuncia que está la noche
Ya á la mitad de su marcha.
¡Al remo pronto! no pierdas
Las horas que vuelan rápidas,
Miéntras de la brisa al soplo
Se encrespan las olas mansas.
Ah! me obedece: sus velas
Ya la barquilla desata,
Y con suspiro armonioso
Acude el viento á llenarlas.
Ya escucho el golpe del remo,
Ya surca la prora el agua
Y hermoso rastro de espuma,
La línea borda que traza.
De pronto al rumor distante,
Que va difundiendo el aura,
Se asocian tonos sencillos,
Mas de una dulzura extraña:
Son agrestes armonías
Del hijo del mar, que canta,
A la vez que el bote vuela
Por la llanura salada
Buscando el sitio en que el cielo
Le tiene dispuesta carga,
Con que á una pobre familia
Sustento en la aurora traiga.
¡Rema, rema pescador,
Mi bendicion te acompaña,
La mar su imperio te entrega,
La luna tu senda aclara.
Dormido el mundo, ni un eco
De sus pasiones infaustas,
Mi pensamiento conturba,
Ni tu trabajo embaraza;
Y vela al par de nosotros
El Señor de cuerpos y almas,
Que ve le sirven tus miembros
Miéntras mi mente le ensalza.

G. G. DE AVELLANEDA.

EL CONDE DE BELALCAZAR.

BALADA EN PROSA.

Donde juntan sus murmullos Guadamatilla y Zuja hay un llano rodeado de montañas. En el llano descuella una poblacion; en una de las montañas se destaca sobre el azul del cielo un elevado castillo.

Aparece el castillo, cuando el sol se hunde en el golfo de líquida púrpura del ocaso, como un gigante formidable, aunque mutilado.

Este castillo es el de Belalcázar: fundóle un insigne caballero maestre de la Orden de Alcántara. D. Gutierre de Sotomayor se llamaba, y el alcázar mereció el nombre de bello, porque no habia en toda la tierra aledaña fortaleza que pudiera comparársele en lo primoroso de su estructura.

Mil varas de extension ocupa aun hoy su muro de fuerte cantería; veinticuatro cubos lo guarnecen; defiéndele un castillo con ocho torres y un foso de treinta piés de anchura.

D. Gutierre de Sotomayor era dueño de la Villa que dominaba la fortaleza. La Villa mereció ser erigida en condado: el alcázar era la residencia habitual de sus condes.

Un nieto del maestre, [D. Juan se llamaba] gozaba espléndidamente el condado establecido en su magnífico castillo. Era, aunque buen cristiano, de genio alegre y bullicioso, inclinado al juego, al galanteo, á los placeres propios de la gente moza.

Su madre D.ª Elvira de Zúñiga, dama juiciosa y timorata, le veia con disgusto hacer vida de soldado. Cuando el jóven caballero se ausentaba del castillo para servir á los reyes en su corte y en sus guerras contra los moros, ella pasaba los dias y las noches orando.

El conde, generoso y bien nacido, por agradar á su madre se iba poco á poco retirando del trátago y bullicio de la carrera de las armas, y para no adormecerse en un ócio estéril se dió á la montería, ejercicio muy propio de los nobles de aquellos tiempos.

Salió de caza un dia, y al fin de una calurosa siesta hirió á un venado. Acuden los monteros, el animal que parecia muerto salta un barranco, y cae al lado opuesto como rendido. Los monteros le persiguen, y el venado se lanza de nuevo á la carrera, y ligero como el viento traspone una loma.

Salva luego otra quiebra, luego otro collado, luego un torrente, luego se oculta en un enmarañado bosque, y así de trecho en trecho los va burlando, llevándolos muy léjos del punto donde los espera el conde.

Ya el sol traspone la vecina sierra: la sombra va invadiendo la montaña. Se acerca la hora en que los árboles se engrandecen y sus ramajes dibujan fantásticos perfiles.

El conde está solo: la trompa de caza suena todavía muy léjos, el ladrido de las traillas apénas se apercibe. Dirígese lentamente hácia su castillo, y á poco rato advierte que le sigue á cierta distancia un hombre por la vera del monte.

Era el hombre alto y amulatado, andaba muy ligero: cerca del conde se mantuvo largo trecho.—Pasad adelante ó quedaos atras, le dijo éste, viéndole ya muy junto à su caballo.

—Deseo tratar en secreto con su señoría, respondióle el desconocido, un negocio de grande importancia.

—Quedaos atrás, replicó el caballero, y en llegando al castillo podrémos hablar despacio. Y metió espuelas al caballo.

Llegó á su castillo, bajáronle el puente: trás él entró el desconocido. El hombre alto y moreno pidió al conde permiso para hablarle sin testigos.

El conde de Belalcázar despidió á sus criados presentes, y quedaron los dos solos.

Habia en el salon dos velas encendidas, porque ya iba cerrando la noche: tendió el brazo el forastero y las apagó, y bastaron su rostro de áscua y sus ojos de azuladas llamas para dar luz al aposento.

Lo que entre los dos allí pasó, no se sabe. El efecto sí, y fué, que el conde de Belalcázar, D. Juan de Sotomayor, siendo mozo mimado por la fortuna, renunció el condado en su hermano D. Gutierre, y dejando el mundo se hizo religioso.

La misma tierra que habia sido teatro de su alegre mocedad, le vió, siendo Fr. Juan de la Puebla, vestido de franciscano ejercitarse en los oficios mas viles y penosos.

La ermita de Nuestra Señora de los Angeles fué fundacion suya, y ántes de morir el conde santo, ya la sierra por aquella parte se habia trasformado en un nuevo Carmelo.

Pedro de Madrazo.

A LA PRIMAVERA.

SONETO.

Verde, florida, aligera, lozana,
Tiende ya el vuelo por la azul esfera
Hermosa y jóven bella Primavera,
Como es hermosa y bella una cubana.

Su rozagante frente se engalana
Con flores que brotó la ancha pradera,
Al recibir feliz lluvia ligera
De purpurina aurora en la mañana.

Modula la avecilla sus amores
Allá en el fondo de la selva umbría
Entre el blando perfume de las flores:

Que tornó la estacion de la alegría,
Y el invierno con todos sus horrores
Del Artico voló á la cumbre fria.

DÉLIO.

LA CUEVA DE LA BRUJA.

[*Continúa.*]

En 1830 habia en aquel sitio una cabaña rodeada entónces como ahora de un verde vallado de *durazneros* y *membrillos*. El interior de aquella humilde morada, correspondia á su rústico exterior. Una gran mesa de castaño toscamente labrada y dos ó tres sillas de la misma madera, componian todo su ajuar. En el medio veíanse tres grandes piedras, entre las cuales ardian dos troncos de *retama*, y junto al fuego disfrutando de su suave calor, hilaba sentada en un banquillo una mujer de avanzada edad, con la rueca sujeta á la cintura.

Era muy de mañana.

La anciana parecia hallarse sumergida en una profunda meditacion, porque miéntras que los dedos de su mano derecha movian rápidamente el huso á la par que con los de la izquierda llevaba la hebra de lino á la boca para humedecerla y darle mas igualdad, sus ojos permanecian fijos en la lumbre como si pretendiese descubrir alguna de las salamandras en las llamas ocultas.

Pero pronto hizo tomar nueva direccion á

sus pensamientos una hermosa jóven que entró alegre y risueña en la cabaña. Tendria la doncella veinte ó veinte y dos años á lo mas. Sus mejillas frescas y rosadas como las rosas silvestres que adornaban sus negros cabellos, manifestaban la salud y la tranquilidad del alma, miéntras que su delicada cintura flexible cual dócil mimbre que mece el soplo del aura y la torne da forma de su cuello y brazos, hubieran podido servir de modelo al escultor que concibió en su mente el tipo de la *Diana cazadora*. Componian su vestido unas enaguas cortas de líneas verticales rojas y negras, llamadas por los naturales *enaguas de cordon*, las cuales ciñéndose á sus caderas fuertemente pronunciadas y que acusaban una resistencia proporcionada á las rudas fatigas á que diariamente se entregaba, dejaban en su descubierto la garganta de una pierna delgada en su parte inferior y terminada por un pie pequeño, aunque mal calzado. De cintura arriba cubríala una blanca camisa hábilmente plegada, y sobre ésta, velando en parte su garganta, hacia resaltar sus vivos colores un pañuelo, cuyos puntas se crazaban sobre el pecho.

—¡Madre—dijo la jóven depositando en tierra un cántaro de barro lleno de leche que traia bajo el brazo y que descansaba contra su costado derecho, y entreabriendo dos labios rojos como el coral que pusieron de manifiesto dos filas de blancos y menudos dientes—aquí está la leche de la cabra negra; ya podemos almorzar.

—Bien, María—contestó la anciana echando sobre su hija una mirada de satisfaccion—Despacha, que es hora de comenzar el trabajo.

Luego que la anciana hubo dicho estas palabras, María cubrió la mesa con un grosero pero limpio mantel, y colocó en ella el cántaro de leche que acababa de traer con un pan que fué á buscar á una alhacena inmediata.

—Todo está listo, madre; si á V. le parece nos sentarémos.

Y añadiendo la accion á las palabras, alargó una silla á la anciana y comenzó á dividir el pan en rebanadas que iba echando en la leche.

Esta operacion fué seguida de un silencio de algunos instantes que interrumpió al fin la madre.

—María—dijo—Julian acaba de alejarse de aquí. Se ha ido muy triste por no haberte podido ver.

—¿De veras?—preguntó la jóven vivamente, al mismo tiempo que un suave carmin tiñó sus mejillas ligeramente tostadas por el sol.—Si yo hubiese sabido que habia de venir tan pronto le hubiera esperado; pero esta tarde se consolará..... y yo tambien.....

—La misma reflexion le he hecho, pero el pobrecillo te quiere mucho y prefiere la dulce sonrisa de la hija á todas las palabras de consuelo de la madre. Sin embargo, no faltan mas que quince dias para vuestra boda y entónces...

—Entónces será preciso que busque otro modo de ganar la vida—dijo María con cierta resolucion—¿pero sabe V. á qué sitio del monte ha ido á cortar leña hoy?

—¡Al monte de la Florida! segun me indicó.

—Al monte de la Florida—repitió la jóven con sobresalto; y al mismo tiempo que una viva inquietud se pintó en su semblante, sus ojos se fijaron involuntariamente en una eminencia poco distante desnuda de toda vegetacion y que formaba por su oscuro color triste contraste con el verdor alegre que le servia de fondo.

—Ah! madre mia—exclamó algunos instantes despues, dejando caer el pan que llevaba á su boca—yo no sé por que tiemblo; pero al reflexionar que Julian debe haber pasado por delante de la *Cueva de la bruja*, temo que le suceda alguna desgracia!

—Dios le protegerá, hija mia!—respondió la anciana poseida de un supersticioso temor.—¡Pero qué voz es esta! ¿no es la suya?

En efecto, en aquel momento se oyeron los alegres ecos de una cancion, y un instante despues se presentó en la puerta de la cabaña un jóven alto, de bellas proporciones y cuyas fuerzas debian ser poco comunes si se habia de juzgar por el enorme haz de leña que llevaba al hombro y que garbosamente dejó caer al suelo.

—Héme aquí de vuelta, María—dijo entrando en la cabaña.

Y sin detenerse abrazó estrechamente á la jóven, que léjos de oponer una resistencia que mas de una vez le habia hecho desesperar, correspondió á las caricias de su amante con un júbilo, cuya expresion era fácil leer en su semblante.

—¡Gracias á Dios que te encuentro ménos uraña!—añadió.

Julian ignoraba que hay momentos en que

los sentimientos naturales no pueden ser sofocados por la reserva que nos imponen el cálculo ó la costumbre.

—Cómo has venido tan pronto?—le preguntó la doncella separándose ruborizada de los brazos de su amante muy á disgusto de éste, como si al fin se hubiese avergonzado de haber cedido al secreto impulso de su corazon.

—Yo mismo no lo sé—respondió el mancebo.—Hace algun tiempo que me suceden cosas extraordinarias. Cuado voy al monte á cortar leña, siempre hallo en el camino algunos troncos que no tengo mas que recoger y colocar sobre mis hombros. Si voy á coger *orchilla* (1) al barranco, nunca dejo de encontrar una buena provision de ella en el hueco de alguna roca. Pero no es esto lo mas extraño. Habrá como un mes al dirigirme á la huerta de mi casa con ánimo de podar la parra que está á la entrada, hallé el trabajo hecho: ¿por quién? lo ignoro.

—En efecto, dijo la anciana reflexionando—eso es muy extraordinario; pero lo que mas me admira es que adivinen así el lugar donde piensas dirigirte y lo que quieres hacer.

—Lo mismo me decia yo—replicó el jóven riéndose—todo me hace creer que en lo que sucede tiene parte el diablo ó alguno de sus amigos.

—¡Jesus nos valga!—dijo la anciana haciendo devotamente la señal de la cruz.

—¡Calla por Dios, Julian y no hables así!—exclamó la doncella supersticiosa como todos los que no han recibido en el campo mas educacion que la que le proporciona la naturaleza, estrechando vivamente el brazo de su amante, movimiento seguido inmediatamente de una mirada involuntaria que dirigió á la *Cueva de la Bruja*.

—No temas, María y deja que los diablos sigan haciendo lo que mejor les parezca. Yo te aseguro por mi parte que si quieren habérselas conmigo, deben averiguar ántes, porque les conviene, lo que pesa éste.

Y al hablar así arremangó la camisa y mostró con satisfaccion un brazo nervudo, cuyos músculos contrastaban visiblemente con los suaves contornos del de María, que tenia aun el suyo apoyado en el de Julian.

(1) *Rocella tinctoria, liquen* que se produce abundantemente en las Canarias, y con el cual se prepara un tinte azul muy apreciado.

—¡Basta!—dijo la jóven asustada—no te conviene hablar así de quien tiene mas poder que tú. Pero ya que se presenta la ocasion, quiero hacerte una súplica.

—¿Cuál?

—Que no vuelvas á pasar por delante de la Cueva de la bruja.

—¡Vaya con Dios!—exclamó Julian, prorrumpiendo en una nueva carcajada.—El miedo es en tí una segunda naturaleza.

En aquel momento un ruido exterior semejante á un gemido interrumpió al jóven leñador, al cual se acercó María temblando como si invocase su auxilio. El mismo Julian no pudo ménos de cambiar de color, tan cierto es que el valor natural en los habitantes del campo por lo mismo que se hallan aislados y en constante lucha con los elementos, cede al instante ante cualquier peligro que no tiene para ellos esplicacion y que atribuyen por tanto á la intervencion de un poder sobrenatural.

—¡Tranquilízate, vida mia!—dijo Julian repuesto, pero echando, no obstante, una oblícua mirada á la cueva de donde parecia salir aquel lúgubre sonido.—La vecina se contentará con ahullar y no nos hará mal á nosotros que jamas se lo hemos hecho. Pero estoy hablando aquí como una mujer y recuerdo ahora que todavía no he recogido hoy ninguna *orchilla*.

—¡Oh! no, por la Vírgen; no vayas al monte, Julian, *la bruja está llorando*. (2) Bien sabes que cuando lo hace, es para indicar que estamos amenazados de alguna tempestad.

—Siendo así, lo que es por esta vez se ha engañado de medio á medio la vecina, porque en el cielo no veo ni una sola nube!..... Pero el tiempo pasa y aquel tronco seco no forma sombra en el suelo, lo que quiere decir que es ya medio dia. Os dejo pues, hasta la noche!

Y sorprendiendo de nuevo á su amada, le dió un abrazo, libertad que creyó justificada por la proximidad de su enlace con ella. Despidiéndose en seguida afectuosamente de la anciana, se echó al hombro el pesado haz de leña que habia traido con la misma facilidad que si hubiese sido de sarmientos, y se alejó cantando como de costumbre.

—¡Dios le lleve con bien!—exclamó la ma-

(2) Frase usada aun por los que viven en el agua mansa ó sus inmediaciones para esplicar el ruido en efecto extraño que acabamos de indicar.

dre de María elevando al cielo sus miradas.

La jóven nada dijo; pero sus ojos se humedecieron de lágrimas involuntariamente. Un triste presentimiento oprimia su corrazon.

E. AUBER.

[*Continuará.*]

EN EL ALBUM DE UNA HERMOSA NIÑA.

Pláceme de la tórtola el arrullo,
El puro aroma de modesta viola,
De oculta fuente el lánguido murmullo
Y el largo son de la espirante ola.

Pláceme de la luna la luz triste,
Del sol que muere el último destello,
La hoja postrera que el otoño viste.....
Todo lo tierno y apacible y bello!

Mas tú me places mas que flor y que ave
Y que hoja, y luna, y tarde, y ola y fuente;
Pues nada iguala á tu mirar suave,
Reflejo celestial de alma inocente.

D. VERDUGO.

DOS LAGRIMAS.

(Imitacion del Dante.)

A....

Un dia—¿te acuerdas?—indeleble existe
Desde entónces tu imágen en mi alma:
Melancólica y triste,
A la rosada luz de un sol naciente,
Bajo la sombra de una verde palma
Te ví, en su tronco reclinar la frente.

Un pensamiento fugitivo, en ella
Se dibujó, de lánguida amargura;
Y de tus ojos ¡bella!
Al eco doloroso de un suspiro,
Desprendida rodó, brillante y pura,
Una lágrima tierna, en blando giro.

Allí mujer, te contemplé anhelante,
Como sumida en un letal beleño;
Y ví de tu semblante
Los lindos rasgos, los contornos suaves;
Sin que turbase el misterioso ensueño
La luz del sol ni el trino de las aves.

Partiste, y á la ley cediendo ciego
De una atraccion irresistible y santa,
Bajo la palma luego
Me dirigí tambien: ¿tras qué? lo ignoro:
Mas tibia hallé la huella de tu planta,
Y ardiente aun la perla de tu lloro.

Donde la tuya se apoyó, mi frente
Pálida y débil quiso reclinarse,
Y otra lágrima ardiente,
A una emocion de indefinible encanto,
Sentí de mis pupilas resbalarse
Y fué á unirse á la gota de tu llanto.

¿Quién eras tú, beld: d desconocida,
Que así agitas mi espíritu? responde,
Sombra desvanecida,
Que ánsia ver y admirar el alma inquieta
Avida de sentir: ¿dónde estás, dónde,
Sorda á la voz doliente del poeta?

¿Un ángel eras, que en la tierra impía
Huyendo el soplo de su aliento inmundo,
Lloroso á Dios pedia,
Para volar hasta su trono, alas;
Y trocar las miserias de este mundo
Por otro mundo de divinas galas?

¿Tal vez un corazon, vírgen hermosa,
Tras largo insomnio de delirio amante,
Buscabas cariñosa
Que ante el altar de una constancia pura,
Lleno de fé, sumiso, palpitante,
Te ofreciese su cándida ternura?

¡Un corazon! ¡un corazon! ¿Y el mio?
Mas ¡ay! perdona si á brindar me atrevo
Su culto, su albedrío:
Débil ofrenda, miserable escoria.....
¿Por qué, en mi loco amor, á tí la elevo?
¿Puedo yo acaso merecer tal gloria?

¡Oh! si esa dicha mi existencia alcanza!
¡Oh! si amado de tí, me fuera dable,
Iris de mi esperanza,
Mitigar el dolor de mi destino,
Y en embriaguez dulcísima, inefable,
Con fé aguardar el mas allá divino;

Entónces ¡ay! mi enamorado seno
Raudales de cariño verteria;

Y de entusiasmo lleno,
Al pintar su pasion y sus dolores,
El acento de amor imitaria
De las fuentes, las brisas y las flores;

Entónces, los encantos, sin enojos,
Del bosque, el mar, el sol, el firmamento,
Contemplaran mis ojos,
Con que adornarlos el Eterno quiso;
Y hallara en cada ruido un pensamiento
Y en cada hora de amor un paraiso!

Y cuando el golpe de la cruda muerte,
Tras una vida toda de alegría
Nos vuelva polvo inerte;
Como bajo la palma aquí en el suelo
Se unió, mi bien, tu lágrima y la mia,
Se unirán nuestras almas en el cielo.

Estéban de Jesus Borrero.

A VENECIA.

Ved la encantada Venecia
A flor del agua dormida,
Cual una estrella caida
De la bóveda eternal:
Cual bella flor que campea
Sobre alfombras de verdura;
Cual maga que en noche oscura
Cruza el límpido cristal.
Ved las olas murmurantes
Que en carrera vagarosa,
Besan su playa arenosa
Y se duermen á sus piés.
Ved como elevan su frente
Esos altos campanarios,
Cual gigantes temerarios
De las nubes al través.
Y esos negros torreones
Con sus metálicos ojos,
Que á la ciudad por despojos
La rindieron naves mil.
Y de esas góndolas bellas
Amarradas en la orilla,
Ved, cual la brisa sencilla
Besa la vela gentil.
Brilla la luna en el cielo
Como triste centinela,
Y en los mármoles riela
Su misterioso fulgor.
¡Cuán hermoso es contemplar
Sumido en sueño profundo,
Ese coloso del mundo
Que fué del orbe terror!
Con su estrellada diadema
De azul, de rubí y topacios,
Con su manto de palacios,
Y con su alfombra de mar.
Y ver la ciudad coqueta,
De los astros al reflejo
Asomarse al claro espejo
Su hermosura á contemplar.
Y aparecer en las ondas
Mil ciudades y mil cielos,
Cual hermosos terciopelos
Bordados de estrellas mil.
Y casas y campanarios,
Jardines y chapiteles,
Y góndolas y bajeles
En remolino gentil.
Y al zozobrar de las aguas
Ostentarse y confundirse,
Y otra vez reproducirse
Para borrarse otra vez.
¡Oh! sé bendita mil veces
Venecia la encantadora,
Que en tí el eterno atesora
De toda Italia la prez.
Parece que de otros climas
Mil genios te trasportaron,
Y en el golfo te dejaron
Cual abandonada flor.
Y miedosa y zozobrante
En el aire suspendida,
Esperas tu muerte ó vida
De manos de tu señor.
Tal vez está pronunciada
En el cielo tu condena!
Mañana esa luz serena
Tal vez no te alumbrará!
¡Quizas ese dulce sueño
Se termine con la muerte!
Mas ¿qué importa si tu suerte
Cumplida en el mundo está?
Pobre vieja ya olvidada,
No has perdido tu hermosura,
Mas perdiste la ventura
De tu renombre anterior.
¿Dónde han ido, dí, tus glorias,
Tus soldados valerosos,
Tus pendones victoriosos?

¿Dónde es ido tu esplendor?
¡En vez de ceñir laureles
Tus pueblos van vegetando;
Las cadenas arrastrando
De oprobiosa esclavitud!
Llora Venecia, infelice,
Llora, llora desolada...
De tu libertad sagrada
Solo queda el ataud!

Manchados con el polvo del osario,
Los que adornan su sien, secos laureles,
Y envueltos en su fúnebre sudario
Despiertan ¡ay! tus campeones fieles.
Miralos levantar su faz marchita
Y con acento sepulcral y hueco
Cual te gritan: Venecia, *estás maldita!*
Y *maldita* do quier repite el eco.
¿Te estremeces por fin? irgues tu frente
En la que infamia se miró esculpida?
Despierta, pues; y en tu entusiasmo ardiente,
O *tumba* ó *libertad* grita atrevida!
Corre á las armas, vé: sacude el yugo
Con que engañaron tu gloriosa historia;
Derriba de su trono á tu verdugo
Y cubre tu baldon con la victoria!
Corre á las armas, vé: del extranjero
Derrumba el sólio y las inícuas leyes,
Y grita con orgullo al mundo entero:
No hay ya esclavos aquì, todos son reyes!

¡Pero en vano es el soñar
Con un porvenir de gloria;
La página de tu historia
Para siempre se cerró!
¡Ya no hay para tì combates,
Ni renombre, ni laureles,
Solo anhelas los joyeles
Que el tirano te arrojó!
Te contentas con vivir
Entre bailes y festines,
Los osados paladines
Han muerto ya para tì.
Tu enervado corazon
No palpita al oir su nombre;
¿Qué vale al fin un renombre
Y una gloria baladí?
Oh! vergüenza! oh! deshonor!
¿Y son estos los guerreros
Tan osados y altaneros,
De tan grande corazon,
Que pasaron á otros climas
De acero cubierto el pecho,
Por hallar el mundo estrecho
A su gigante ambicion?
Oh! pluguiese á Dios que al ménos
Si á esclavitud te condena,
Si esa pesada cadena
Debes por siempre arrastrar,
Pluguiese á Dios, pues te niega
Un porvenir halagüeño,
Que fuese mortal tu sueño
Y te tragase la mar!
Adios, adios, que de tí
Ya apartar quiero los ojos,
Pues me causa mil enojos
El mirar tu deshonor.
¡Pobre vieja ya olvidada,
Queda en paz, pues que la suerte
De ir en busca de la muerte
Te ha negado hasta el valor!
Queda en paz, duerme tranquila,
Ya que cifras tu grandeza
En esa gala y belleza
Que tan poca prez te dan.
Duerme, duerme descuidada,
Envuelta en espesa bruma
Sobre tu lecho de espuma,
Méntras velo con mi afan.
Y al despertar soñolienta
De los astros al reflejo,
Asómate al claro espejo
Tu hermosura á contemplar.
Y tu estrellada diadema
De azul, de rubì y topacios,
Y tu manto de palacios,
Sobre tu alfombra de mar.

Angela Grassi.

Barcelona. 1851.

SECCION TERCERA.

REVISTA DE MODAS.

LOS DENGUES.

¡Cuán bella es la naturalidad! Ella cautiva desde luego á las personas capaces de saber apreciarla. Todos los recursos de la ficcion no consiguen que ésta le iguale en atractivo. El amaneramiento cansa pronto. La espontaneidad y la franqueza agradan siempre porque hablan al corazon el lenguaje de la verdad. *Trop de recherche*—dicen los franceses—echa á perder los mejores escritos. Demasiados melindres y afectacion—decimos nosotros—perjudican á la hermosa obra del sér Supremo, llamada *mujer*. Tanto en un libro como en una elegante dama no debe el arte llegar al artificio. De otro modo, las flores desaparecen bajo la hojarasca y fastidiados de no descubrirlas vamos á buscarlas donde no las oculten la pedantería del presuntuoso autor ó los dengues de la mimada belleza.

Bien comprendereis que me refiero à la naturalidad discreta y fina que posee irresistible encanto, y no á la falta de moderacion y de reserva que constituye un defecto odioso. ¡Líbreme Dios de las personas que con pretexto de ser *muy naturales* huellan á sus piés la cortesía social, hablan á gritos, y eligen sus palabras en el vocabulario de la ordinariez! A la mujer soldado prefiero cien veces la mujer alfeñique. Ademas, la mujer grosera no es mujer, segun sostiene con razon Mme. de Staël. Nada tiene pues que ver esa excepcional criatura que los hombres se niegan á admitir en sus filas y nosotras en las nuestras, con las amables, delicadas y graciosas lectoras, para quienes trazo las presentes líneas.

Volvamos á los dengues. ¿Cómo lograron ponerse á la moda? Solo puedo decir respecto á la materia que han gozado de prestigio desde siglos anteriores al actual. En las infinitas Memorias que se conservan referentes al de Luis XIV, tan fecundo en acontecimientos galantes y en cortesanas anécdotas, los hallamos imperando ya. Entónces los nervios representaron [como ahora] un gran papel. Las señoras del *alto mundo* juzgaban soberanamente aristocrático, padecer convulsiones á la menor contradiccion, declararse tan nerviosas que toda sensacion algo fuerte [de desagrado] las trastornaba, y ocuparse de continuo de la fragilidad de sus fibras. ¿Levantaba un marido la voz para reconvenir con ó sin razon á su dulce mitad? Al instante lo reducia aquesta al silencio, exclamando: "¡Ay! Mis nervios, mis nervios"! ¿Rehusaba un padre á su hija el lujo que le pedia? Presto se arrepentia de su entereza, oyéndole repetir desesperada: "¡Mis nervios, mis nervios! ay!" Hasta la sencilla *bourgeoise* creia convertirse en aquella época en gran señora, experimentando ataques epilépticos, vertiendo por la menor cosa lágrimas convulsivas. Los nervios se encontraban al frente de los dengues de buen tono.

Aparecia en pos de ellos la jaqueca ó *migraine*, casi tan poderosa en muchos casos. Pocas damas durante el reinado de Luis XIV consideraron oportuno tener la cabeza sana. Catarros pertinaces ó neurálgias insufribles les turbaban á cada rato el seso. Cuando el galante monarca atravesaba montado en gallardo bridon y acompañado de sus brillantes cortesanos las calles de la antigua Lutecia, diz que al siguiente dia hacia la jaqueca espantosos estragos entre las lindas jóvenes que se expusieron al sol ó al aire frio para verlos pasar. ¿Iba á visitar el acicalado *parvenu* á su futura en tan críticos momentos? La pobre muchacha indispuesta de resultas de la curiosidad que desde Eva y Dina ha perjudicado siempre al bello sexo, decíale con aspereza:—"¡Aparta! Los perfumes que usas me parecen hoy nauseabundos. Tengo una jaqueca terrible, y solo el ámbar suavísimo con que embalsamaron ayer mi calle los apuestos caballeros de la corte, halagaría ahora mi olfato." ¿Reñia la madre á su hija porque en vez de ayudarla en sus domésticas ocupaciones permanecia ociosa y meditabunda? La pensativa doncella contestaba suspirando:—"Dispense Vd., madre, mi repentina indolencia. Proviene de la jaqueca que adquirí ayer en la ventana, miéntras el mas galan de los oficiales del rey me devolvia el pañuelo que se me cayera de la mano. Al marchar sobre su corcel, color de perla, entre la comitiva del soberano, distinguió mi pañuelo en el suelo, lo recogió cortesmente y me lo presentó en la punta de su espada. ¡Qué hermoso estaba el noble mancebo! ¡Oh! madre mia, con la sonrisa en los labios, el bra-

zo alzado para ofrecerme el blanco lienzo y los ojos fijos en mis ojos! Mas ¡ay! que desde entónces mi cabeza trastornada, enferma, confusa, no me permite entregarme á las sencillas tareas que ántes tanto me agradaban!"

Las desganas servian como la jaqueca y los nervios, no solo para disculpar los caprichos, sino tambien para hacer mas interesante la bella que los padecia. Hubiérase creido que era un delito alimentarse segun las migajas de pájaro de que subsistian las refinadas damas. Bastantes, segun *cuentan las crónicas*, visitaban en secreto la despensa ántes de sentarse á la mesa, pero bastantes al par representaban de buena fé su papel viviendo de suspiros y de aire. Al número de las postreras pertenecia Luisa Lavalliere, la cual persuadida de que para sentir mucho se necesitaba comer poco, echó por desgracia suya en olvido el proverbio tan vulgar como exacto de que: "La hermosa por la boca se vuelve rosa." Miéntras tanto su real amante honraba á su cocinero con el soberano apetito hereditario, sin duda en su familia, pues el malhadado esposo de María Antonieta se resolvió á satisfacerle en público y en circunstancias que hubieran impedido à cualquier otro probar siquiera la ambrosía de los dioses. De esto resultó que Luisa enflaquecia á ojos vistos, interin Luis engordaba á pedir de boca.

Toleró el último durante el fervor de su pasion los melindres de la favorita que no pasaba bocado si vislumbraba una mosca en el comedor ó alguno de sus convidados estornudaba al entrar en él; pero cuando Cupido lo dejó libre, fastidióle la exagerada delicadeza que en afectacion se convertia. Mlle. de Lavalliere tiene asco de un mosquito que vuela, y yo de las mujeres muy flacas—dijo una mañana entre várias personas. Súpolo Luisa, y la propia jóven que se enfermaba al recordar que el pan se amasaba con las manos y que el vino se extraia de la uva hollada con los piés, se encerró en un convento, donde subsistió en adelante de la tosca colacion de la penitencia, que jamas sin embargo hizo daño à su estómago y si siempre bien á su corazon. ¡Ah! Las monadas desaparecen con la felicidad.

Los dengues de Luisa provinieron del sentimentalismo de su carácter. Los de su sucesora Mme. de Montespan del deseo egoista de tener á todo el mundo pendiente de sus antojos. A pesar de su cultivada inteligencia, la imperiosa Atenais se manifestaba partidaria decidida del artificio. Quejábase por la menor indisposicion como si se hallara gravemente enferma, desmayábase á la vista de una araña cual si hubiera vislumbrado un tigre en acecho, y juzgaba distintivo de aristocrática elegancia la remilgada afectacion.

La viuda de Scarron que la conocia á fondo determinó aprovecharse de su flaqueza para destronarla á su turno. Presentóse siempre al efecto ante el rey revestida de una sencillez y un reposo que contrastaban con los aspavientos, entónces tan en boga. Una tarde que los tres se paseaban por los jardines de Versalles, la Montespan lanzó un grito y se apartó del monarca, repitiendo: ¡Un bicho! ¡Un bicho!

—Solo es un gusano señor—observó la Scarron acercándose por el contrario á Luis y desprendiendo del hombro de éste el insectillo que sobre él cayera de las ramas de un árbol.

—Arrojad ese animal asqueroso, Francisca, ó vuestras manos por blancas que sean van á causarme náuseas en lo futuro—exclamó desde léjos la dengosa Atenais.

—Si todos pensaran como vos nadie estudiaria la hermosa ciencia que se llama Historia Natural—replicó con calma la sagaz viuda.—Si todos como vos aborrecieran los insectos destruirian en ellos á las brillantes y lindas mariposas.

—¿De veras señora que no os asusta ese bicho?—preguntó sorprendido el rey.

—A mí señor únicamente me sobresaltan los verdaderos riesgos—contestó con firmeza la Scarron.

De buen humor Luis en aquel momento cogió el gusano é hizo ademan de colocarlo en el desnudo brazo de Atenais. Prorumpiendo la favorita en otro chillido mas fuerte aun que el primero cayó con un síncope sobre la yerba. Semejante catástrofe no impidió que la Scarron guardara el insecto ni que á los pocos dias enseñara al rey una soberbia mariposa diciéndole:

—Mi sexo señor con sus frívolos melindres se priva á menudo de gozar como yo he gozado interrogando los misterios de la creacion y mirando salir de una fea oruga esta magnífica criaturilla alada.

—Señora, bueno es que existan el atolondra-

miento y el artificio para que mejor resalten la razon y la naturalidad—replicó Luis contemplándola con interes.

Semanas despues paseándose de nuevo el monarca con ámbas damas por los espléndidos jardines que mandara á construir para la pobre Lavalliere, atacado por repentino vértigo se desplomó á tierra privado de sentido. Cuando le recobró y supo que Mme. de Scarron se habia desmayado al verle pálido como un difunto, le dió con efusion las gracias.

—Yo tambien me desmayé señor, al miraros sin conocimiento—exclamó Mme. de Montespan.

—Vuestros desmayos significan muy poco pues los prodigais como vuestras sonrisas—objetó Luis.—Pero los de la mujer sincera que no grita si la araña un alfiler, que no se trastorna al aspecto de un raton, y que solo llora cuando sufre realmente, indican mucho en mi concepto.

Vosotras, lectoras mias, sabeis lo demas. La astuta viuda que logró ocultar su artificioso carácter bajo la apariencia de naturalidad que encantaba al rey cansado ya de engaños y ficciones venció en la secreta lucha que habia emprendido con una competidora mas hermosa y ménos vieja. Convencida, como Boileau, de que *Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable*, la fundadora de la célebre escuela de Saint-Cyr, merced á la sencilla dignidad, á la grave franqueza, y á la prudente sensatez que servian de velo á su ambiciosa y fria alma, llegó á dominar completamente al hombre que habia dominado y echo llorar á tantas mujeres.

Los dengues han causado siempre mas daño que provecho. Se asegura que ellos contribuyeron infinito á la impopularidad de la desdichada María Antonieta. El apresuramiento con que llevaba el perfumado pañuelo á la nariz al atravesar los grupos del pueblo, los desfallecimientos que por todo le daban y la desdeñosa afectacion de sus maneras predispusieron al público en contra suya. Para ganar el amor de la multitud, necesitan los poderosos ocultarle que se consideran de superior condicion. Napoleon I obtuvo la adhesion eterna de sus veteranos (invencibles como los de César) porque léjos de hacer ascos al olor de sus cuarteles, de recordarles con intempestivos melindres la distancia que los separaba, los visitaba disfrazado de modo que lo conocieran, probaba alegremente su pan de municion, los trataba como á sus compañeros de armas y parecia decirles inclinándose todo lo posible para ponerse á su nivel: "Amigos, aunque la sociedad nos ha colocado en muy distintas situaciones, tengo presente que Dios nos formó iguales." Así se convirtió el gran Emperador en ídolo de sus valientes, así dió lugar á que Beranger, inmortal romancero que conciliar supo su ardiente amor á la libertad con su entusiasmo por el héroe del siglo, entonara cantos tan conmovedores, bellos y patrióticos, como el titulado *Souvenirs du peuple*.

Mme. de Staël odió á Napoleon despues de haberlo admirado. ¿Sabeis el motivo de su mudanza? Muchos la atribuyen tanto á la famosa respuesta del moderno Alejandro: "La mujer de mas valor á mis ojos es la mejor madre de familia;" como á la vehemencia con que un dia exclamó: "Tentado estoy á promulgar una ley que autorice á los maridos á castigar y penitenciar como á niños impertinentes á las mujeres presuntuosas, fingidas y remilgadas." Sin duda la conciencia remordia respecto al particular á la insigne *Corina*, pues desde aquella fecha declaró la guerra á Napoleon con una pertinacia que le atrajo el destierro. Mr. de Lamartine ha juzgado en su "Historia de la Restauracion" con parcialidad tan injusta como la de Mme. Staël al *petit caporal* de Beranger. Casi, casi mereceria por el empeño que demuestra en exagerar las faltas de un grande hombre, que lo llamáramos el dengoso autor de *Rafael* si no recordáramos que ha escrito los admirables *Girondinos*.

Pero basta ya de la moda de las ficciones y melindres ménos generalizada en la Habana que en las capitales del viejo hemisferio, porque las ciudades nuevas son mas sencillas y puras que las antiguas. Como el contraste lo ameniza todo, despues de hablaros de damas artificiosas voy á describiros los lindos trajes que acaban de recibir de Francia tres señoritas habaneras que unen la naturalidad á la finura, el candor á la delicadeza, los modestos gustos al brillante prestigio de la educacion esmerada y de la posicion distinguida. ¡Sí! Despues de haberme ocupado de la ficcion reposan mis miradas con doble placer, en el rostro sincero, franco y encantador de mis queridas

amiguitas Isabel, Lola y María A..... yM.

Es uno de los mencionados vestidos de finísima tarlatana blanca de dos faldas, guarnecidas ámbas de anchos bullones salpicados de gruesos botones de seda azul. A lo largo de la falda superior bajan figurando bandas, tufos de tarlatana rodeados de tiras rizadas de gró azul y salpicados de botones iguales á los de la guarnicion.—Adorna el corpiño de peto una berta de bullones con botones y pasamanería azul en consonancia con el resto del traje.

Rivaliza con éste en elegante sencillez otro de tarlatana blanca de doble falda todo cubierto de lacitos punzó formando *piñas ó dientes*. En la berta de tufos lucen los mismos picos formados de lacitos rojos y en las mangas cortas se ve tambien el propio adorno gracioso y nuevo.

Igualmente bonito me pareció un vestido de rico chiné de una sola falda. Forrada ésta de manera que la tela de seda quede afollada sobre la del forro, forma pliegues que recogen á la altura de la rodilla y en derredor de la saya lazos azules guarnecidos de encaje. Dos corpiños distintos sirven para este vestido original y bello. Escotado el uno, tiene una berta angosta en la cual figuró la modista con rizados de cinta azul, redondas escamas y con la cual guardan armonía los lazos y encajes de las mangas cortas. Alto el otro, ofrece elegante novedad tanto por la pañoleta con que vela l busto, como por las largas y afolladas mangas que sin ceñirse enteramente á la muñeca llevan á su extremo un puño qu les impide abrirse como las colgantes.

Por fin; quizas el mas lucido de tan preciosos trajes es uno de tres faldas de blanco nipis cubierto de bordados de seda color de oro. Cada falda de nipis cae sobre otra de granadina blanca algo mas larga para que el tufo de tul salpicado de dorados lazos que la rodea guarnesca y adorne la superior. Una saya de muselina engomada sirve de fondo á todas las demas, comunicando al conjunto garbosa pompa. En cuanto al corpiño y las mangas, complicadas obras de la aguja femenil, dan la razon á Balzac empeñado en sostener en su teoría de las aptitudes individuales, que hasta las modistas para sobresalir necesitan poseer el genio de su profesion.

Hé aquí las sencillas, elegantes, y oportunas galas que eligen para las fiestas de la estacion mis interesantes amigas Isabelita, Lola y María A, las cuales educadas por una madre modelo manifiestan hasta en la eleccion de su *toilette* la verdadera delicadeza que parodia y pocas veces llega á adquirir realmente la mujer fingida y afectada.

No concluiré sin participaros una importante noticia. Un periódico de los Estados-Unidos anuncia como hecho consumado la caida del malacoff en la capital francesa. Pero al anunciarlo añade que no por eso se ha vuelto la Moda mas sensata, pues el lujo ha hecho tales progresos en el antiguo mundo, que las damas llevan ahora allí peinados de oro, vestidos de telas de oro, velos de encajes de oro, zapatos bordados de oro, y hasta polvos dorados en los cabellos como las griegas y las romanas de antaño. El fausto, la pompa y el aparato se han convertido en los principales estímulos de una época que se cree grande y adelantada. Segun se valió Dios en remotas edades de la peste y el hambre para castigar los crímenes humanos, se vale al presente de la epidemia horrible de la vanidad universal para guiarnos á la expiacion de nuestros locos desaciertos. ¡Sí! Cuando tan completamente se extravia la razon del hombre, cuando nadie escapa al contagio de los mismos vicios que detesta, hállanse próximas las grandes catástrofes tan precisas en un siglo viejo y pervertido, para la regeneracion de las ideas y de las costumbres, como el huracan para purificar el aire y dar nueva vida á la cansada tierra que ya solo producia espinas.

Y con esto me detengo dominada por repentino temor de que la señora Moda conmigo se enoje si prosigo hablando contra sus queridos amigos los Dengues y el Lujo. ¡No importa! Mi deber es mezclar con sus guirnaldas de rosas útiles observaciones; y firme ha de cumplirlo vuestra afectísima

Felicia.

CORREO DE MADRID.

MODAS.

Madrid 8 de Mayo de 1860.

Hace unos dias que, despues de una temporada de intensos frios amaneció uno de los mas

BIBLIOTECA PÚBLICA JOSE MARTI Holguín, Cuba

deliciosos que pueden imaginarse, queridas lectoras del *Album Cubano*.—Un sol purísimo templó la atmósfera desde el amanecer y las damas mas elegantes de la corte al despertarse de un perezoso sueño y descorrer las finísimas gasas de sus balcones, pensaron todas en las dulzuras de un paseo en carretela por la espaciosa alameda de la Fuente-Castellana.

A las pocas horas realizaban su pensamiento y el paseo predilecto de las personas de buen tono presentaba un aspecto brillantísimo.

Nada hay mas grato que esos preciosos cuadros en los que sirve de escena el campo, la naturaleza ostentando un cielo despejado y fulgente, frondosos árboles, lontananzas fantásticas, y en los que las mujeres engalanadas con riquísimos trajes, con elegantes adornos, con espléndidos aderezos, son las protagonistas, las heroinas de la funcion.

Yo paseaba por una de las calles de árboles y venia á mi lado un caballero ya de edad, hombre de gran talento y á quien conoceriais si le nombrase, porque sus continuos estudios, las infinitas obras que ha dado á luz, le han hecho célebre en España y América.—No le entusiasma á V. le dije, ese grandioso cuadro que se presenta á nuestros ojos, esa mezcla agradable de la naturaleza con el arte, de la belleza rústica con la social?

Mi buen amigo hizo un movimiento de desagrado.

—¡Hay tantas lágrimas, tantos dolores en todo esto, repuso, que cuando la vista se recrea la mente reflexiona y el corazon padece!

—¡Bah! no lo crea V. Eso lo han dicho los filósofos que para consolarse de su abstinencia, se han presentado con colores tristísimos, el lujo, las comodidades, el bienestar. Esas lágrimas, esos sufrimientos que V. supone en esas elegantes jóvenes es un nuevo delirio de la imaginacion. Lloran y sufren como las pobres que imploran la caridad, pero no mas que estas. Yo conozco ese mundo donde la riqueza aviva los deseos, y los deseos realizados dan una nueva forma á la riqueza y puedo asegurar á V. que se pasan en él momentos deliciosos.

—Es cierto, pero, mire V.: todas esas familias, y, sino todas, la mayor parte, poseen lo bastante para no carecer del lujo, para poder agitarse en esa atmósfera de oro en que viven; y V. no dudará que sus caudales empleados en telas, en adornos, en preciosos muebles, en bellísimos cuadros, en cuanto contribuye á formar su mundo, enjugan muchas lágrimas en vez de producirlas.

—Será así; pero cree V. que esas mujeres que solo piensan en su tocado, en el arreglo de sus salones, puedan ser buenas esposas y buenas madres?

—Lo creo, y se lo probaré á V. ¿Ve V. aquella carretela que lleva tres jóvenes tan bellas como satisfechas, y una señora de mas edad, que es su madre?

—Sí por cierto.....y las cuatro son muy simpáticas.

—Pues esta noche las verá V. de cerca, las oirá V. hablar. Ellas son las que descuellan por su buen gusto en la eleccion de modas, y al mismo tiempo se distinguen porque consuelan con sus limosnas y sus halagos á los pobres, porque se estiman mutuamente, porque no se olvidan del cielo cuando ostentan sus galas en el mundo.

—Todo lo que esto puede probarme es que existe en Madrid una familia modelo al lado de otras mil que no lo son.

—Ay! amigo mio, le dije yo...la clase media, las personas que viven de su trabajo, juzgan con sobrada crueldad á los que deben á la suerte posiciones brillantes, y se equivocan. Todas las reglas tienen sus excepciones, pero lo general es que las personas ventajosamente acomodadas son buenas y proporcionan mas que nadie medios de subsistencia á los que las critican y censuran.—Las artes, la industria, el comercio les deben su prosperidad. Las letras producen regalados frutos á su sombra, las naciones ofrecen un aspecto radiante, bello, porque ellas les prestan estos vivísimos y animados colores: sin ellos la moda moriria y la moda es todo lo agradable, todo lo hermoso de los pueblos modernos.

—Sea, y pues tanta aficion profesa V. á la moda, entretengamos nuestro paseo observando los trajes de las damas que nos rodean.

Yo me aproveché con el mayor gusto de tan oportuna indicacion para poderos dar noticias de las últimas modas, mas como no os quiero cansar solo os hablaré de lo que mas me agradó y luego pasaré á hablaros de lo que mas he admirado en algunas reuniones.

Una señora que iba á nuestro lado llamó

nuestra atencion por su rostro simpático, mas luego reparamos en su traje que era de un gusto esquisito, aunque extremadamente serio; llevaba un vestido de hermoso tafetan de Italia negro, con siete volantitos picados: el cuerpo alto cerrado por delante con botones de la misma tela del vestido, las mangas pagodas forradas de tafetan blanco y adornado por dentro con una ruche estrechita blanca tambien. Por fuera llevaba un volantito picado y encima de este una ruche estrechita Una manteleta con fondo de cintas negras de terciopelo y de guipur con una guarnicion de chantilly de tres cuartas de ancho, permitia que se viera el elegante talle de la dama. El cuello y mangas de puño eran de muselina clara con las esquinas bordadas. Un sombrero de seda liso, de un hermoso verde, adornado por encima de dos gruesos ramos de violetas, color oscuro y por dentro de otro ramo mas pequeño, escondido entre un rizado de tul, completaba este traje.

Una clase de adorno para falda de vestido, que hoy hace furor entre las elegantes, es un volante de media vara de ancho coronado de otros cinco volantitos estrechos.

—En la reunion de confianza que dió hace pocas noches el rico Banquero X X X, me dijo mi amigo, llevaba una señora un vestido de tafetan Pompadour, que abajo tenia un ancho bies de tafetan blanco, enteramente velado por encajitos y terciopelitos negros: gruesas rosetas de encaje subian por delante en forma de delantal. Un boton blanco y negro formaba el corazon de cada una de estas rosetas. Encima del cuerpo escotado llevaba un fichú de tul blanco y negro.

Esto me hizo recordar otros dos trajes que llevaban dos niñas encantadoras en el último baile de los duques de F..... la una tenia un traje de tafetan rayado, azul pálido, sobre fondo blanco, guarnecido encima del dobladillo de abajo que tendria media cuarta de ancho, de una *ruche á la vieille* de la misma tela, solo con las rayas colocadas en sentido contrario. Despues de un espacio de unos 25 centímetros, habia otra ruche un poco mas estrecha. El corpiño llevaba una berta guarnecida de un rizado ó ruche estrecho, y las mangas abiertas, estaban guarnecidas de dos ruches iguales. Por dentro del corpiño llevaba una media camiseta de muselina toda plegada con pliegues aplastados de medio centímetro cada uno y arriba un valenciens estrecho. Unas mangas muy cortas por el estilo de la camiseta, sobresalian apénas de las mangas del vestido, en la cabeza llevaba una corona de terciopelo negro.

El traje de la otra se componia de un vestido de tafetan gris con corpiño cuadrado y mangas pequeñas de jockey. Una camiseta de organdí y unas mangas largas de pliegues aplastados, pero en el puño solamente. Un collar de corales parecia ribetear la camiseta, y una corona de encaje negro acompañaba los hermosos cabellos de la jóven.

Una señora de unos 21 años, recien casada llevaba un vestido blanco de organdí, guarnecido de dos *ruches á la vieille* de un *fichú María Antoinette* de organdí tambien adornado todo al rededor con una guirnalda de la misma tela y un volantito de dos dedos de ancho y un encajito. Este fichú, cruzado por delante iba á atarse por detras con dos puntas redondas. Por delante, los pliegues parecian estar sejetos por dos gruesas camelias naturales de color punzó. En la cabeza llevaba una toquilla redonda de punto de Inglaterra con lazos de terciopelo negro y punzó: mitones blancos de seda y un abanico, cuyo barillaje y pais eran punzó y oro, completaban esta linda toilette.

La hechicera señorita de...alta, fresca, esbelta, de largos cabellos de azabache y piel deslumbrante, vestia un traje de tarlatana de dos faldas: la de abajo estaba adornada con un rizado muy espeso, de dos dedos de ancho y de tarlatana picado, luego ocho ó diez terciopelitos colocados como si fueran alforcitas sumamente estrechas, despues otro segundo rizado coronado de otros tantos terciopelitos. Encima de estos empezaba la segunda falda adornada de un todo como la primera. El corpiño escotado, de cinturon redondo y con berta guarnecida de lo mismo, con rizado y terciopelitos: las mangas eran anchas, con un buche arriba y llevaban el mismo adorno que la berta. Una ancha hebilla de coral, sujetaba un cinturon de glasé blanco con caidas anchas y largas. Un broche de coral terminaba el centro del corpiño. El peine, la pulsera y el collar eran igualmente de coral.

Lo que se lleva mucho encima de un vestido claro es la chaqueta zuava de tul negro bordado ó de motitas, guarnecida de un rizado de encaje negro, en medio del cual está cosido un

terciopelito tambien negro y estrecho. Esta chaquetilla se cierra por delante con un lazo de terciopelo de tres dedos de ancho.

El color mas de moda es el llamado flor de los Alpes, especie de flor de malva pero mas oscuro; luego siguen, el verde laurel, punzó, fuschia, maiz y pensamiento.

Y ahora os dejo, mis amadas lectoras, pues aun cuando al terminar de daros estas noticias, debo llevaros con mi amigo á casa de las cuatro señoritas que vimos en el carruaje, y contaros lo que pasó en su pequeño palacio, que por cierto fué muy notable, es ya tarde y me veo precisada á suplicaros me dispenseis ofreciendoos referírosio en mi próximo *correo de Paris.*

Eloisa G. de Santa Coloma.

REVISTA.

Bien podriamos decir de la crónica quincenal de las diversiones de la Habana lo que el sensible Alfredo de Musset decia al meditar sobre la pérdida de la Malibran:—"Sin duda es ya demasiado tarde para que hablemos aun de ella; han pasado quince dias desde que dejó de existir y yo sé muy bien que en este pais, quince dias hacen de una muerte reciente una vieja noticia." Pero es menester consignar los hechos para satisfacer las exigencias del público, pues el público quiere ver escrito lo mismo que él ha juzgado, y se interesa en la recopilacion de unos acontecimientos que forman épocas en la historia individual.

Atta Trol ha delegado en mí sus plenos poderes y trataré de ver si soy propio para el desempeño de una mision á que se da en nuestros dias suma importancia. Yo no milito bajo esa bandera de la opinion que hace de una crónica de diversiones un estudio detenido para un talento especial: creo que para este trabajo como para toda produccion literaria ha menester el autor gracia, fecundidad é instruccion, pero no soy de parecer de que se resienta mucho el progreso intelectual de la poca fortuna con que, los que como yo acometen esta empresa, sepan desempeñarla.

Decia que en este pais bastan quince dias para hacer envejecer una noticia y quedará probada semejante verdad nada mas que con preguntarnos: y qué sucedió el 15, el 16, el 20 de este mes?—Fatigarémos la memoria registrando en sus archivos documentos que nos ilustren, pagarémos á la cronología su impuesto riguroso y entrarémos en materia de seguida, no sea que el lector imagine que procuramos distraer su atencion para al fin y al cabo no darle el fruto que apetece.

Empezarémos recordando el beneficio de Florenza en que se pusieron en escena tres actos de *"El Juramento."* Esta inspirada composicion llena de trozos escogidos en que abundan las tiernas melodías, en que se consiguen efectos grandiosos, en que domina el buen gusto moderno, fué cantada como todos sabemos que cantan las bellas hermanas Nathali y los Sres Testa y Florenza. Ines se presentó luego á comprobar la fuerza de su talento en *el Miserere del Trovador.*

Al siguiente dia el Gran teatro se vió invadido por una numerosísima concurrencia y se representaba en su bello escenario, por última vez en la presente temporada lírica, la deliciosa partitura del célebre Bellini, *la Norma.* La funcion se daba en honor del Exmo. Sr. D. Joaquin Pacheco, embajador de España cerca del gobierno de Méjico.

Levántase el telon y ven nuestros ojos por la centésima vez aquella magestuosa decoracion en que se dibuja la sombra de la floresta druídica. En el centro el roble de Irminsul y allí cerca la piedra que huellan las plantas de aquella sacerdotisa que salió del mejor sueño de Romani para hacer prorumpir en melodías celestiales el alma *inmortalmente triste* de Bellini. Desfilan los galos, toma Oroveso la palabra y manda que se observe la salida de la luna: luego llega Polion con su amigo, comienza el interes dramático á ocupar el alma de los espectadores, suena el bronce, acuden los druidas, las claridades del astro de la noche dan su último tinte de poesía á este cuadro misterioso y Norma con sus verbenas en la frente y la hoz de oro en la mano, se adelanta á pasos mesurados. Ines Nathali en este papel se eleva á un punto en el que hay que reconocerla

como artista verdadera. Su accion, su apostura elegante, su hermosa juventud, su voz, su método, llenan de esperanzas halagadoras á los que la admiran y le prometen un porvenir envidiable en la carrera del arte. Oidla en el sublime momento en que deja escapar de su garganta aquel himno tan célebre de *Casta Diva* en que encierra una joya la música moderna y en que Bellini se puso á rogar con toda la melancolía de su alma esquisita. Retíranse los guerreros y los sacerdotes y queda Adalghisa al pié del altar: Adalghisa es Fanny Nathali de Testa, que corre parejas en mérito artístico con su hermana, que ha nacido de los mismos padres, que ha bebido en la misma fuente, qué es en fin, artista como Ines y que está llamada á ser una estrella en medio de esas constelaciones brillantes que mantiene la ópera en los principales teatros del Nuevo y del antiguo mundo.

Ya sabeis todo lo acaecido en la noche consagrada al beneficio de la Srita. Ramirez. La perla de la zarzuela se encontraba aquejada por uno de esos dolores que imprimen un surco en la frente y abren una herida en el corazon, pero como es preciso trabajar, como tenemos que ganar el pan de cada dia, la enlutada actriz se presentó en el tablado de Tacon y representó y lloró. El público que siempre es bueno cuando se trata de un ser que llora, se conmovió profundamente y vació su bolsillo en una bandeja que por gracia especial permitió la superior autoridad colocar á la puerta del gran Coliseo. La Srita. Ramirez fué saludada con uno de esos truenos de aplausos que aturden por su intensidad, pero que halagan por su arranque espontáneo, y fué interrumpida con sobrada frecuencia en *la Colegiala*, en la cancion *la Juanita* y en la *Guángara Tropical*, para oir las exclamaciones de entusiasmo y cariño de los amables concurrentes al teatro.

La funcion de gracia de las Natali llamó á una multitud entusiasta y obsequiosa que tributó á las dos hermanas palmadas, coronas y flores à manos llenas. En Norma se distinguieron tanto como otras veces. En el duo del segundo acto fueron llamadas á la escena, sin consideracion á que ya habian sido llamadas de tal modo, que se podia decir que siempre estaban presentes. Fanny obtuvo gran acogida en *La Hija del Regimiento*, en que tan bien sabe tocar la cuerda del agrado general desempeñando el papel de la ex-cantinera. A pesar de hallarse indispuesto, Rocco tomó á su cargo la escena bufa de *Don Bucefalo* y produjo un efecto notable.

La funcion anunciada á beneficio de algunas partes de la compañía de zarzuela, se verificó en presencia de un número bastante regular de espectadores. La risa que provocaron algunos pasajes de *Maruja* y *Buenas noches Don Simon*. hizo que nos contentáramos de haber asistido á ver trabajar á los que en este año han sostenido con buen éxito ese género *dramático—cantábile* que de algun tiempo á esta parte ha desarrollado un nuevo gusto en nuestra curiosa poblacion. La Srta. Ramirez interpretó con suma naturalidad el papel de la campesina y fué secundada con bastante acierto por Rojas y los otros actores.

Pocas noches despues tambien se llevó á cabo el beneficio de la Sra. Uzal, en el què esta apreciable tiple despues de cantar el aria de la Favorita, recibió una corona por manos del director de la orquesta. Los aficionados de la seccion dramática del Liceo tomaron parte en la funcion ejecutando las dos piezas: *Como dos gotas de agua* y *Sálvese quien pueda*, en las que merecieron aplausos las Sras. Zarza de Moran y Ruiz y los Sres. Ruiz, Guibernau y Lopez. La quincena, pues, ha sido bastante fecunda en beneficios, y si el calor de la estacion y la partida de muchos de los artistas no fuera un obstáculo para continuar su incansable repeticion, todavía tendriamos *beneficios* en que nosotros no seriamos por cierto los *beneficiados*.

Pero el gran acontecimiento que ha tenido efecto en nuestro mundo filarmónico ha sido, sin duda alguna, el concierto con que el célebre Gottschalk ha honrado los salones del Louvre. La primera demostracion de simpatía pudo observarla el pianista neorleanes en la excesiva concurrencia que invadió las localidades, y debió entender la mejor prueba de la admiracion de que es objeto, en lo escogido de los oyentes y en los aplausos que fué obteniendo en el transcurso de esta noche memorable. A las primeras notas de la obertura anunciada, comenzaron á detenerse los transeuntes de la ruidosa calle de San Rafael, y cada cual dijo para sí:—tenemos funcion grátis—y ninguno se retiró hasta no haber gozado de todas las piezas que

se ejecutaron despues. Los torrentes de armonías se escapaban por las ventanas y llenaban de ondas sonoras los alrededores del elegante edificio de la esquina de la calle del Consulado. La Gran fantasía compuesta y ejecutada al piano por el Sr. Gottschalk estremeció el corazon de todos y mereció espontáneos aplausos. Los esposos Testa en el duo de la *Favorita*, el duo de guitarras tocado por los Sres. Crucet y Mungol, y la gran pieza compuesta para dos pianos por el Sr. Gottschalk y que éste ejecutó acompañado del distinguido jóven habanero Sr. Espadero, suspendieron la atencion è hicieron prorumpir en exclamaciones de entusiasmo á la satisfecha concurrencia. El *Capricho criollo* que ejecutaron Gottschalk y Espadero con manos maestras, es una composicion original que como puede suponerse arrebató de gozo á los oyentes. La expresion de una música que es el murmurro de nuestras palmeras y el eco de la cadencia de las tibias brisas del trópico, sacudió las fibras delicadas de nuestra sensibilidad, y nos hizo entrever una nueva belleza en esos aires expresivos de nuestra tierra que explican los sentimientos de los hijos de estas playas ardientes. En el gran quinteto coreado con acompañamiento de orquesta cantaron con notable acierto las Natali, los Sres. Testa, Lorenzana y Rocco, y los muchos caballeros aficionados que formaron el coro. En las *Escenas campestres* mostraron todo su talento la Sra Villar de Volpini y los Sres. Testa y Hayet y el celebrado Sr. Miarteni probó en la fantasía y variaciones sobre el tema de *God save the queen*, lo que ya todos sabemos en la Habana, que es un profesor muy distinguido. Gottschalk debia obtener este triunfo mas, porque su genio lo merece y porque aquí le queremos desde la primera vez en que nos visitó.

La quincena, pues, no ha sido estéril en diversiones: todavía podiamos dar cuenta de otras alegrías. Los preparativos que se han hecho en Villanueva y los trabajos de la compañía del Sr. Robreño que ha abierto el teatro dramático con el drama de la Sra. Avellaneda, titulado *La Hija de las flores*, así como lo que ha acontecido en el Liceo, darian motivos para prolongar esta revista si tratáramos de medir por la extension el poco atractivo que podemos darle.

* * *

LAS UÑAS Y LOS GUANTES.

Me lanzo á la palestra buscando ideas que me hagan conocer lo que en este siglo ilustrado se pierde en guantes y en cuidar las uñas.

Las uñas son el adorno mas bello de la mano; así empieza Mr. Guerlain el prospecto en que anuncia sus polvos para darlas brillo sonrosado, y así las consideran toda la gente que es ó presume de elegante.

¿No veis aquel que de tal se precia, mirando cuidadosamente su mano, y armado de una lima frotar las suyas? ¿Quién habia de decir á nuestros abuelos que tres fecundidades perfumistas, Piver, Guerlain y Brimaud, se habian de disputar la primacía en cosméticos para charolar las mismas? ¿Quién no se rie hoy de oir que han existido dómines que con palmeta en mano sacudian sendos lapos los sábados, [dia *in illo tempore* dedicado á la limpieza] á los niños que no llevaban las suyas bien cortadas? Tantas son las exigencias de este siglo que he decidido ausentarme de él, para no satisfacerlas.

¡Cuidar las uñas como si fueran canarios! Sì, señor; las uñas se cultivan y se dejan crecer, y se redondean y se descalzan, y se multiplican en ellas las operaciones diariamente. Y si no, de vosotras, lectoras, ¿quién se presentará con las uñas sucias? Si en visita os quitais un guante y veis las vuestras de luto, como se dice vulgarmente, ¿qué haceis? Esconderlas, ocultarlas, para que nadie os las distinga.

Comprendo bien, porque comprendo bien todo en las mujeres, que una de ellas pierda una ó dos horas en cuidar las uñas, porque las labores de su sexo, su manía filarmónica hace lucir estas extremidades, y en honor de la verdad, porque una mano bella seduce. Bien lo conoceis, lectoras, bien sabeis que los hombres somos caprichosos, y que hace mucho en la balanza del amor tener una buena mano; tanto quizas como tener un buen pié.

Bien es cierto que ¿cuál seria el efecto si al dar un beso furtivo en la mano de una mujer, te encontraras con un cutis áspero y vieras unas uñas con ribetes? Horripilaria: seria un momento cruel; todas tus ilusiones serian perdidas, y para ti ya en ella todo seria feo, horrible, detestable.

Mas un hombre cuidando sus uñas es una co-

sa insufrible. Tenerlas de luto es feo, y si se tienen cortadas y à la antigua usanza no es de moda. Estoy viendo que lo mejor seria no tenerlas, *malgré* todos los nudos del universo.

Siento una risa burlona que me quiere decir ¿no existen guantes? ¡Guantes! ¡Sí! forros para las manos como para un gaban. Bonita salida es dejar á Scila para caer en Caribdis. Y es en verdad un artículo indispensable para presentarse en sociedad. ¿Quièn no pone en su presupuesto capítulo de guantes? Nadie. Quièn se atreve á hacer el amor sin ellos? Quién á dar la mano á su bella adorada, si no las lleva entre piel?

Y el guante no ha de ser como quiera; porque desdichado si te presentas en una sociedad y tu guante es barato. ¿No ves que tu pareja te observa? No ves que sonrie al contemplar las largas puntadas que tiene? Lo mismo observan los demas. Ella rie, todos rien, tú te desesperas. Decididamente has perdido una conquista por no haber ido á visitar á Clemente, ó á Dubost ó á Jourdan. Eso es lo que tiene el no saber gastar doce reales.

El guante es tambien otro peso en la balanza de Cupido.

Llega el refresco; te quitas el guante; ¡oh, sèr prosáico y económico! ¿No notas esas miradas burlonas? No ves aquella señorita que se sonrie? De fijo todos se admiran de tu economía, y calculan lo bajo que está en tu presupuesto el capítulo mencionado. Hoy es una torpeza no gastar un par de guantes en una noche. Enhorabuena que te los pongas al entrar en una casa: aplaudo que te los quites rápidamente al salir para que la capa no los aje, y los envuelvas en un papel para que el roce del bolsillo no los manche; pero quitárselos para tomar un dulce ó un refresco, ó un poco de fiambres..... ¡oh ignorante! Lo has echado à perder.

Quitas el guante, y tu mano aparece nervuda y ancha, y con las uñas cortadas y una verruga..... ¡Huye!..... ¡huye! la sociedad te repele; ¿no ves que tienes una mano fea? Por el contrario; tu mano aparece blanca y tersa; las uñas están brillantes y con todas las exigencias de la moda..... Todas, todas desean que las ofrezcas un dulce, que les des la mano al despedirte. Una persona que tiene buena mano y buen guante, tiene buen corazon: sabe amar y querer; tiene sensibilidad y elegancia; en una palabra, es un sér *comme il faut.*

Todo lo cubre un guante, dirán algunos; mas la idea del guante es horrible. Llegas al teatro Real una noche de gran concurrencia, va uno á darse lustre, porque ha tomado á un revendedor una butaca por la mitad de su precio; mete las manos en el bolsillo, se encuentra sin guantes. ¡Adios, ilusiones! perdidas son; ¡ya no puedo entrar!..... ¿Qué dirian de mí? ¡Oh! ¡Qué vergüenza!

Una noche un amigo mio tenia una cita en el teatro Real; iba en esta entrevista el resultado de un mes de telègrafos y suspiros; iba á recibir un *sí* que le diera la vida; pero al entrar el desgraciado se encontró sin guantes, y en la precipitacion para acudir, no arregló sus manos: se asusta, se admira, corre á casa de su guantero, toma un par y echa á correr: ¡desventurado! al ponérselos los hizo pedazos. Como á presentarse no se atreve, no entra en él la idea socorrida de que es muy elegante presentarse con un guante roto. Vuelve por otro par, y con el flamante entra en el teatro; mas son las nueve y media; la niña se ha cansado de esperar; entra y ni le saluda; va á disculparse, y le pregunta qué se le ofrece. Un trueno completo: se desespera, vuelve à su casa..... á la mañana siguiente, en su cuarto habia un cadáver. ¡El infeliz se habia suicidado! Anudó los guantes, y se ahorcó con ellos.

¡¡Hé aquí á lo que conducen las uñas y los guantes!!

Ramon de Espinola.

"Madrid."

AVISO.

Siguen de venta en la libreria de Charlain y en la Secretaría del Liceo, los poquísimos ejemplares que aun restan de las poesías de la Sra. Avellaneda, á $1 4 rs., así como las novelas ESPATOLINO á 5 rs., DOS MUJERES á $1; y los dramas BALTASAR á 6 rs., y TRES AMORES á 5 rs.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

LA RAZON Y LA VOLUNTAD.

¿Podemos llamar humana á la razon, hablando rigorosamente, ó la damos este título solo porque á cierta edad hace su aparicion en el cerebro del hombre? Véase aquí una cuestion curiosísima y de inmensas consecuencias para la filosofía.

Solo podemos llamar nuestro aquello que realmente nos pertenezca, y solo nos pertenecen realmente la voluntad y sus actos: cuando queremos mover un brazo le movemos instantáneamente: cuando tomamos una resolucion, esta resolucion es nuestra exclusivamente, nos pertenece como otra propiedad cualquiera, y esto es tan cierto, como que, si queremos, en el momento adoptamos otra resolucion contraria, deseamos otra cosa, ó producimos un movimiento diverso; porque la esencia de nuestra voluntad es ser libre, hacer ó no hacer, empezar una accion, suspenderla ó cambiarla, cómo y cuando la pareciere. Ahora bien: ¿sucede lo mismo con las percepciones de la razon? Cuando ésta ha concebido una verdad matemática ¿puede cambiar ya su concepcion, como la voluntad cambia á cualquier hora sus resoluciones? Podemos concebir que dos y dos no sean cuatro? Hagamos un ensayo y nos convencerémos de que este portentoso fenómeno no solo tiene lugar en las ciencias matemáticas, sino tambien en todas las esferas de la razon. Es imposible concebir, en moral—verbi gracia—que lo justo no sea obligatorio: en bellas artes, que tal ó cual figura no sea hermosa &c. &c.

La razon no se modifica, pues, á nuestro gusto: no pensamos como queremos; nuestra inteligencia, en fin, no es libre. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué significa tan asombrosa disparidad? Significa que nosotros no constituimos nuestra razon; que la razon no es individual, hablando en el lenguaje de la filosofía. Si sus concepciones fueran individuales, jamas deberiamos pensar en imponer las nuestras á otro individuo, porque hacerlo así seria el despotismo mas cruel é insoportable; á causa de que lo que es individual en mí, no puede tener valor fuera de mi propio individuo. Prueba de que no creemos en esa individualidad ó personalidad de la razon, es que hacemos todo lo contrario; en términos de que declarariamos delirante por unanimidad á quien se empeñase en negar las relaciones matemáticas de los números, la diferencia entre lo bello y lo feo, entre lo justo y lo injusto, &c. Nosotros obrariamos de este modo, porque tenemos esa profunda é irrecusable conviccion: porque sabemos muy bien que no es el individuo el que constituye las concepciones, ó en otras palabras, que la razon en sí no es individual, sino universal y eterna, obligando bajo este título

á todos los individuos, y dejándose sentir así del primero como del último de los nacidos.

Verdad es que esa misma razon universal y eterna, y por consiguiente infalible, luego que, habitando dentro del hombre, se pone en contacto con los sentidos, con las pasiones y con la imaginacion, pierde visiblemente aquel augusto carácter, convirtiéndose en falible y deleznable: pero aun en medio de sus errores no debemos decir que es oscura ó errónea, digamos únicamente que la extravia el lugar que ocupa, y atribuyamos á esta causa exclusiva el orígen de sus aberraciones. Tales son, con corta diferencia, las doctrinas de Platon y de Leibnitz sobre la verdad y la razon, reproducidas hoy en Francia por un filósofo distinguido. (1)

No hay duda que son seductoras y el último esfuerzo, al parecer, de la inteligencia humana, en materia que se acerca ya demasiado al límite de donde no es dado pasar por mas que se afane para conseguirlo. El nominalismo y el sensualismo caen por tierra, hasta cierto punto, una vez admitida semejante doctrina; pues en lugar de ser las ideas en último término, nombres ó cosas, podrán ascender á la categoría de concepciones de esa misma razon universal y absoluta, detras de la cual se oculta la divinidad como el sol que cubre sus resplandores con una nube de púrpura. Pero si esta teoría es suficiente para fundamentar un nuevo sistema ideológico, que deseche el sensualismo de Condillac y de los restantes escritores del siglo XVIII; ¿bastará, por ventura, para explicar por sí sola todos los fenómenos del espiritualismo? Si el lugar que ocupa, si el cuerpo en que reside tiene poder para extraviar á esa razon, de suyo infalible y eterna, ¿no salta desde luego á nuestros ojos la actividad superior de su organismo? Y un organismo pensador, por mas que los frenólogos se empeñen en comprobarle, ¿podrá nunca satisfacer los deseos del verdadero filósofo? Por qué piensa? «*Porque tiene actividad para pensar: porque es el pensamiento mismo.*» ¿No es esto tan insuficiente como la respuesta de los antiguos fisiólogos: «*el estómago digiere porque tiene virtud decoctriz?*» Un solo camino se presenta en medio de estas tinieblas á la filosofía: Sócrates le trazó cuando dijo: «solo sé que nada sé.» Palabras sublimes y desconsoladoras que resuenan hace dos mil años en los oidos de la humanidad, y constituyen el único y miserable producto de toda su sabiduría.

Mas, ¿es acaso la exclusiva mision del filósofo, explicar el mecanismo del pensamiento del hombre? ¿Sus mismas necesidades no podrán servir de base á otros sistemas psicológicos, como su utilidad ha servido de guia á determinadas escuelas políticas? ¿No es la moral una parte esencialísima de esa misma filosofía? ¿No tiene iguales derechos que cualquiera otra para exigir una subordinacion que nunca podrá ser un absurdo, puesto que la inteligencia humana se confiesa vencida, y publica que lo único de que está cierta es de su ignorancia? No, no dejemos por Dios al mundo en el indiferentismo que envuelven las palabras de Sócrates: no corramos ese plano inclinado, en cuyo término desaparecen el bien y el mal moral, y se abre inopinadamente un precipicio espantoso. No vale cerrar los ojos para que el vértigo no nos lance en su sima: no vale tampoco arrojarse á ella, porque este generoso sacrificio no salvaria á la humanidad como se cuenta del de Curcio. Es preciso cegar este abismo insondable: es preciso cegarlo á toda costa. Pero ¿quién se encarga de hacerlo? Quién es el vencedor que se atreve á cubrirle con su carro de triunfo? Quién? Dios! El Dios que la moral presenta como una concepcion espontánea é irresistible: el Dios á quien mas adelante presenta tambien la Biblia, diciendo entre los truenos del Sinai: «*Yo soy el que soy, y viro y reino por los siglos de los siglos.*»

J. DE C. Y O.

---

[1] Cousin.—*Course de Philosophie.*

LA MUJER.

[CONTINUACION.]

IV.

Aunque somos deudoras al cristianismo de la proclamacion solemne de la dignidad de la mujer, cuyos derechos de compañera del hombre y su co-habitante del cielo quedaron para siempre consignados; y aunque sea cierto tambien que á pesar de ello—y en deplorable muestra de la resistencia que opusieron las tinieblas de la razon humana al luminoso espíritu del Evangelio—todavía fué objeto de visibles debates la singular cuestion de si debia ser considerado nuestro sexo como parte integrante de la especie racional, [1] es hecho no ménos evidente que desde muy antiguo—y á despecho de todas las egoistas teorías del sexo dominador—cedia éste en la práctica á la influencia poderosa del avasallado, y hasta reconocia en él, como por instinto, cierta grandeza que no acertaba á explicarse sino atribuyéndole inspiraciones divinas. La historia de los francos, los celtas y los germanos, nos muestran á cada paso la veneracion que alcanzaban entre aquellos pueblos las mujeres, en cuyas manos depositaban muchas veces, al ocurrir circunstancias difíciles, toda la autoridad civil y política. Los francos podian censurar libremente la conducta de sus magistrados, pero no era permitido á ninguno el poner en duda la sabiduría de los consejos ó prescripciones de las mujeres, por que eran reputados oráculos del cielo.

En las Gálias se instituyó un tribunal de damas que fué por largo tiempo el mas ilustre y respetable de la nacion: el alto concepto de que gozaba, aun entre los extranjeros resplandece en la circunstancia de que al concluir Annibal un tratado de paz con los galos, estipuló solemnemente que si alguno de éstos cometia ofensa contra un cartaginés, seria sometido al fallo del senado femenil.

Y ¡cosa notable! cuando decayó la influencia de la mujer en las Gálias, y la administracion del pais quedó exclusivamente en manos de los Druidas, aquel pueblo, independiente y vencedor hasta entónces, no tardó mucho en verse tributario de Roma. [2]

V.

En ningun tiempo la mujer—no obstante su pasada degradacion—ha dejado de empuñar algunas veces el cetro del poder, y ¡cosa tambien notable! casi siempre lo ha empuñado con gloria.

Tomíris á la vez que reina fué legisladora de los scitas. Dido fundó la nacion que llegó á ser con el tiempo rival temible de la dominadora del mundo. Semíramis brilla entre los monarcas caldeos con un resplandor que traspasando las sombras de los tiempos ha llegado á nuestros dias. Débora—á quien ya citamos en nuestro artículo anterior como belicosa heroina—no se hizo notar menos por su acierto en la administracion de justicia. Las dos Artemisas merecieron que aun vivan sus nombres. Zenóbia no les probó á los romanos que era un gran capitan sino despues de ser venerada por sus súbditos como una grande reina, y así alcanzó de sus mismos enemigos vencedores el glorioso título de *Augusta*.

Si cesando de remontarnos á tan lejanas edades nos fijamos un momento en las del cristianismo, preséntansenos en tropel—una Amalasunta, que se conquista el nombre de *Salomon de su sexo*:—una Alix de Champaña, regenteando con singular acierto la turbulenta Francia durante la minoría de su hijo Felipe Augusto:—una Margarita de Valdemar que une en sus sienes las coronas de Noruega, Dinamarca y Suecia, oyéndose aclamar *la Semíramis del Norte*:—una Sancha de

(1) Dicha cuestion fué seriamente discutida en un concilio [no ecuménico] que solo despues de muchas dificultades pronunció la afirmativa. Véase la *Historia de Gregorio de Tours, libro* 8.° y los *Ensayos* de Saint Foix.

(2) Historia de las Gálias por el benedictino D. Martin: tomo 1.°

Leon mereciéndose el dictado de *heroina Leonesa:*— una Berenguela de Castilla, á quien da la historia el sobre nombre de *grande:*—una madre de San Luis digna de este título y del de hermana de la gran Berenguela:—una María Teresa, cuya figura histórica no tiene rival entre los monarcas Austriacos:—una Isabel de Inglaterra, maestra en la ciencia política:—una María de Molina, que empuñando el timon del estado en las circunstancias mas difíciles, hace proverbial su prudencia:—volved la vista, en fin, hácia esas ilustres princesas de la Rusia continuadoras de la asombrosa revolucion iniciada por Pedro el grande, y durante su gobierno femenil mirad abolir suplicios, promover reformas, cultivar las ciencias y las artes, llevar á cabo colosales empresas que ensanchan los límites y la preponderancia de estado, y ved poblarse el Mediterráneo como el océano de buques construidos á las orillas del Báltico y del Mar Negro.

Despues, por conclusion, (pues de seguro no nos pedireis mas) pasad algunas páginas de este cuaderno y leed el nombre augusto que figura hoy en nuestra *galería de mujeres célebres:* admirad ese retrato—que aun apénas bosquejado es sorprendente y magnífico—y ante ese nombre y ante esa figura ¿quién se atreverá á poner duda que la mujer posee para el gobierno una capacidad privilegiada? *Privilegiada*, sí, notadlo bien; porque los individuos de nuestro sexo que han regido naciones están en grandísima minoría comparativamente á los del otro, y atendida esa diferencia es indudable que son mas los nombres regios femeninos que consagra la fama, que los nombres regios varoniles.

Creo que podemos tirar el guante al *sexo fuerte* provocándole á esta decisiva prueba: nosotras sentamos sin vacilacion que de cada diez reinas señalarémos cinco, por lo ménos, dignas de respetuosa memoria: ¿se atreverá él á presentarnos de cada cien reyes cincuenta que sean dignos de igual honra?

VI.

Si aun despues de todo nos quedase la menor duda sobre la sin razon con que el adjetivo de *débil* ha sido aplicado al sexo á que pertenecemos con orgullo; si necesitásemos nuevas demostraciones de que la fuerza moral é intelectual de la mujer se iguala, cuando ménos con la del hombre, no tendriamos mas que buscarlas con solo otra mirada rápida en el vasto campo de la literatura y las artes. No decimos tambien de la ciencia por que estando esta basada únicamente en el conocimiento de las realidades—conocimiento que los mayores genios no pueden poseer por intuicion—seria absurdo pretender hallar gran número de celebridades científicas en esa mitad de la especie racional para la que están cerradas todas las puertas de los graves institutos, reputándose hasta ridícula la aspiracion de su alma á los estudios profundos. La capacidad de la mujer para la ciencia no es admitida á prueba por los que deciden soberanamente su negacion, y causa sumo asombro que, aun así y todo, no falten ejemplos gloriosos de perseverantes talentos femeninos que han logrado forzar de vez en cuando la entrada del santuario para arrancar á la misteriosa deidad algunos de sus secretos. Díganlo Areta (hija de Aristipo) autora de cuarenta libros científicos, maestra de ciento diez filósofos distinguidos, heredera (segun decian los atenienses) del alma de Sócrates y de la facundia de Homero: Aspasia, de quien aprendian retórica Pericles y Alcibíades, y á la que debió Atenas una escuela de elocuencia: Laura Bassi, no ménos celebrada por sus contemporáneos como instruida en la física, el álgebra y la geometría, que como inspirada en la poética: la princesa de Piombino, teóloga y filósofa: Madama Chatelet, reconocida como astrónoma, etc. etc.

Si la mujer—á pesar de estos y otros brillantes indicios de su capacidad científica—aun sigue proscrita del templo de los conocimientos profundos, no se crea tampoco que data de muchos siglos su aceptacion en el campo literario y artístico: ah! no! tambien ese terreno le ha sido disputado palmo á palmo por el exclusivismo varonil, y aun hoy

dia se la mira en él como intrusa y usurpadora, tratándosela en consecuencia con cierta ojeriza y desconfianza, que se echa de ver en el alejamiento en que se la mantiene de las Academias *barbudas*.—Pasadnos este adjetivo, queridas lectoras, porque se nos ha venido naturalmente á la pluma al mencionar esas ilustres corporaciones de gentes de letras cuyo primero y mas importante título es el de *tener barbas*. Como desgraciadamente la mayor potencia intelectual no alcanza á hacer brotar en la parte inferior del rostro esa exuberancia animal que requiere el filo de la navaja, ella ha venido á ser la única é insuperable distincion de los literatos varones, que, viéndose despojados cada dia de otras prerogativas que reputaban exclusivas, se aferran á aquella con todas sus fuerzas de *sexo fuerte* haciéndola prudentísimamente el *sine qua non* de las académicas glorias.

Pero ¡admirad la audacia y la astucia del *sexo débil!* Hay *ellas* que no sé como se alzaron súbitamente con borlas de doctores (3). Otras que cubriendo sus lampiñas caras con máscara varonil se entraron, sin mas ni mas, tan adentro del templo de la fama, que cuando vino á conocerse *que carecian de barbas* y no podian por consiguiente ser admitidas entre las capacidades académicas, ya no habia medio hábil de negarles que poseian justos títulos para figurar eternamente entre las capacidades europeas [4].

VII.

Aun es mayor—¡espantaos!—aun es mayor el número de temerarias que á cara descubierta se han hecho inscribir *sans façon* en los fastos gloriosos de la inteligencia. ¿A qué citar ejemplos siendo tan públicos y palpables los hechos?

Desde la mas remota antigüedad vemos á la mujer dando muestras de que nació dotada del instinto artístico que habia de salvar al cabo cuantas murallas se le opusieran. Las musas mitológicas eran probablemente la apoteósis de mujeres ilustres de los primeros tiempos, iniciadoras de las artes. Sin necesidad de recurrir á hipótesis, sabido es que—segun respetables opiniones—se debe á una mujer la invencion de la pintura; otra ha puesto las bases de la primera sociedad de bellas-artes, estableciendo los juegos florales. (5) ¿Y quién ignora que Safo fué célebre entre los mas célebres poetas griegos de su época; que Corinna venció á Píndaro; que Tesálida infundia con los mágicos sones de su lira el heroismo del guerrero en los juveniles corazones de las doncellas argivas?

No intentarémos descender á los tiempos modernos: la Europa sola nos abrumaria con el inmenso número de sus glorias femeniles; y la América, este mundo tan nuevo, la América misma lloveria sobre nosotras multitud de nombres de distinguidas hembras que sostienen en ella el movimiento intelectual, amenazado de sofocacion en unas partes por la preponderancia de los intereses materiales y en otras por las disensiones civiles. ¿Y cómo no ser así cuando al descubrir Colon una parte de estas regiones vírgenes, pudo notar con asombro que la naciente civilizacion de aquel pueblo y el genio de su poesía, estaban encarnados en el hermoso cuerpo de una mujer? Anacaona era la Sibila inspirada de una de nuestras ricas Islas tropicales; á su voz—que resonaba entre las armonías de los bosques—se suavizaron las costumbres de aquellas tribus bárbaras, se reveló á sus entendimientos la soberanía del genio, y la obedecieron como á reina al par que la veneraron como á oráculo.

(3) Recordamos, entre otras, á la célebre D.ª María Isidra de Guzman, conocida con el nombre de Doctora de Alcalá.

(4) Nos contentarémos con citar á Jorge Sand, jefe de todas esas *lampiñas disfrazadas*. El nombre varonil que supo ilustrar con sus escritos, figuraria indudablemente entre los mas notables de la Academia francesa; pero ¡oh dolor! se supo demasiado pronto que eran postizas las *barbas* de aquel gran talento verdadero, y hé aquí que la falta del apéndice precioso jamas podrá ser subsanada por toda la gloria del Byron frances.

(5) Clemencia Isaura, cuyo hermoso retrato hemos tenido el gusto de ver recientemente, conservado con veneracion en uno de los salones de la Academia de Ciencias y Letras de Tolosa de Francia.

VIII.

En cuanto á capacidades femeniles contemporáneas solo añadirémos por conclusion que acaban de ver la luz pública en Francia dos obras notables por mas de un concepto. La una, debida á la pluma de Mlle. Marchet Girard, lleva por título—*Las mujeres, su pasado, su presente, su porvenir.* La otra, de que es autora la ya célebre condesa Dora d'Istria, tiene por epígrafe—*las mujeres en Oriente.* Aun no hemos tenido el gusto de leer ninguna de dichas producciones, pero á juzgar por los juicios de la prensa periódica parisiense, ámbas son importantísimas por su esencia y bellas en su forma. Los documentos esparcidos de la gran causa de una de las mitades de la especie humana, esto es, todo cuanto prueba algo á favor de la emancipacion de la mujer, parece que ha sido reunido y puesto en órden por la primera de las dos nombradas escritoras, y apoyado aquel importante interes social con argumentos de una lógica irrebatible. El libro de la condesa Dora d'Istria es—segun palabras de un periódico acreditado—corroborante enérgico del de Mlle. Marchet-Girard, *viniendo* (dice) *á prestarle el testimonio de una parte del globo, despues de compulsar archivos vivientes; esto es, viajeros, historiadores, costumbres, vida íntima.* "Las mujeres—dice tambien el citado periódico—parecen decididas por fin á tomar en manos sus propios intereses, y preciso es confesar que, aparte de la fuerza que puedan tener los argumentos que contienen los dos libros mencionados, ellos por sí mismos son dos argumentos irrefutables en favor de la igualdad intelectual de ámbos sexos."

La humilde persona que suscribe este artículo, queridas lectoras del *Album Cubano*, no aspira en manera alguna á presentarse á vosotras como digno campeon de nuestro comun derecho, pero séale permitido—al enorgullecerse de los triunfos del sexo—haceros notar por término final de estas breves observaciones, un hecho evidente que quizá prueba mas que todos los argumentos.

En las naciones en que es honrada la mujer, en que su influencia domina en la sociedad, allí de seguro hallareis civilizacion, progreso, vida pública.

En los paises en que la mujer está envilecida, no vive nada que sea grande: la servidumbre, la barbarie, la ruina moral es el destino inevitable á que se hallan condenados.

G. G. de Avellaneda.

CARTA Sª DEL Sr. LA SAGRA

A LA SRA. AVELLANEDA.

Sagua 17 de Abril de 1860.

Mi antigua y buena amiga: Destino á Vd. los primeros momentos en que tomo la pluma, despues de mi llegada ayer tarde, de regreso de una interesante excursion por tres grandes ingenios, que visité en el camino: el *Pelayo*, la *Angelita* y *Santa Susana*. Mucho me hubiera alegrado de haberla tenido á Vd. á mi lado, para que juntos hiciésemos observaciones sobre estas hermosas fincas; pero no llega mi egoismo al punto de desear tambien, que Vd. me hubiese acompañado sobre el carro de la locomotora del tren de Sagua, donde fuí, desde el ingenio Angelita al Santa Susana, no cómodamente acostado, pero sí muy divertido, encima de la leña.—Al verme allí, á la edad de 62 años, contento y satisfecho, no pude ménos que deplorar el error de los que me tienen abandonado como un sér decrépito y enteramente nulo. Pero el motivo que me pone la pluma en la mano, no es el referir á Vd. estas proezas de mi vejez, sino satisfacer la curiosidad que Vd. me manifestó, la víspera de mi partida de esa, al verme llegar cargado con muestras de los terrenos que se hallan interpuestos, has-

ta 110 varas de profundidad, bajo el mismo teatro donde oimos representar en la noche del 12 la interesante tragedia de Vd. "Alfonso Munio." ¡Vea Vd. hasta qué profundidad voy yo!

Aquellas piedras y tierras procedian del pozo artesiano, que se está abriendo en Cienfuegos, en busca de esas aguas ascendentes ó con tendencia ascendente, que Dios permite correr por las entrañas de la tierra, hasta que el hombre les abre una abertura vertical, por donde brotan en la superficie, á veces hasta mucha altura.

Las amables lectoras del *Album* de Vd., aunque les guste mas lucir á la claridad del dia, que descender á tales profundidades, leerán sin duda con interes la noticia, que tambien se está taladrando el suelo de su bella Isla, para encontrar un manantial subterráneo que provea de agua pura y saludable, á la poblacion de Cienfuegos; y cuando alguno les diga, que es una empresa vána, podrán responder, que muy cerca de el punto donde se hace la perforacion, la Providencia ofrece aguas dulces ascendentes que vienen de las entrañas de la tierra y brotan con fuerza atravesando todo el espesor de la capa de la salada del mar, en varios puntos inmediatos á las orillas de la magnífica bahía. Allí, y aprovechándose de este raro fenómeno, los *manatíes* acuden á satisfacer su sed, pues la fuerza del torrente ascensional impide que el agua dulce se mezcle con la del mar.

A los que presenten la objecion, de la profundidad que hasta ahora se ha taladrado, sin hallar agua ascendente, pueden responder las amables lectoras, que no en todas partes se encuentran aguas ascendentes á 30 ó 40 varas de profundidad, pues muchas veces, y para encontrar manantiales abundantes, hay que taladrar hasta 300, 500, 700 y mas varas. Pero entónces, con el hallazgo del agua se consigue la ventaja de hallarlas calientes, y de consiguiente útiles para muchos fines; por ejemplo para baños, lavaderos públicos en los climas frios, calentamiento de invernáculos para plantas, &c.—El agua ascendente que brota en el llano de Grenelle, en Paris, formando una columna de grande altura, en la cantidad prodigiosa de cuatro mil métros cúbicos cada dia, llega con una temperatura de 27 grados centecimales; y el pozo que se está abriendo en el Jardin de plantas de aquella capital la proporcionará suficientemente caliente para entretener en el invierno la temperatura necesaria á los magníficos invernáculos donde se cultivan plantas tropicales. Aquí, donde el sol prodiga sus ardores, no es preciso ir á buscar el calor central del globo, y mas convendria la frescura, que es muy fácil de encontrar, á menores profundidades; porque hay en lo interior de la tierra un punto desde el cual, el calor disminuye acercándose á él, y aumenta despues, constantemente, á medida que se profundiza mas. Por último, si algun enemigo de que se abran agujeros en la tierra, para buscar agua ó saber lo que hay debajo, hiciese la objecion de que el terreno de la Isla no está constituido de la manera adecuada para las aguas ascendentes, las lectoras del *Album* pueden asegurar que esta resercion es infundada, pues las muestras recogidas, hasta la profundidad perforada, ofrecen capas análogas á las atravesadas en Europa, con el mas feliz éxito.

Me excusará Vd. de que la haya distraido con esta digresion algo científica; pero hallará Vd. suficiente disculpa considerando, que no hay motivo justo para privar del conocimiento de las entrañas de la tierra, á la preciosa mitad del género humano, que hermosea la superficie.—Ademas, Vd. mostró deseos de saber algo sobre aquellas piedras y tierras con que me vió cargado, y las lectoras del interesante *Album* de Vd., no pueden ménos de imitarla—si no pregúntesclo Vd., y le dirán que tiene razon su buen amigo

Ramon de la Sagra.

LOS ARTISTAS.

En la Isla de Cuba la imaginacion ahoga el sentimiento. De este vicio general proceden todas las desgracias que los artistas experimentan en el pais. Comprendemos á las mil maravillas las artes en sí mismas; no dejamos de tener cierta habilidad para apreciar sus obras, mas no llegan nunca á mover nuestra sensibilidad. Concurrimos á los espectáculos públicos porque así lo exige la moda. Sobre cien personas que frecuentan las óperas ó las zarzuelas, difícil será poder encontrar cuatro que se dejen dominar por el encanto de un duo, una aria, etc., ó que encuentren en la música fragmentos de historia, destellos de amor, melodiosas poesías. En fin, la mayor parte de los que concurren al teatro no llevan mas objeto que el de pasar una ridícula revista: raras veces se ve un hombre abismado en la contemplacion de una obra de arte. ¿Deberémos esta puerilidad de nuestros juicios, este amor á las efímeras transiciones, este afan por los placeres oculares, á la fatal rapidez con la cual nos hace vivir el ardiente clima de los trópicos? ¿Será que nuestra educacion no está terminada, y que el sentimiento de las artes no se encuentra infiltrado aun en nuestras costumbres? ¿Habrémos contraido la funesta tendencia de atenernos á las críticas, mas ó ménos apasionadas de la prensa periódica? No hemos tenido tiempo de dedicarnos al estudio de la perezosa existencia del artista. Mas si jamas hemos comprendido á los séres dotados de la facultad creadora, ¿será porque están en discordancia con nuestra civilizacion?

Nadie ignora que el artista domina á sus contemporáneos por un tiempo ilimitado: cambia la faz de las cosas: gravita sobre el mundo y lo amolda á su manera. Así, Guttemberg, Colon, Shwartz, Descartes, Raphael, David, eran todos artistas; porque al aplicar el pensamiento á un nuevo resultado de las fuerzas humanas, al cambiar los elementos de la naturaleza física ó moral, no hacian mas que extender los límites de la creacion. El artista es una parte necesaria de una inmensa máquina, ya conserve una doctrina, ya dé impulso al progreso del conjunto del arte.

¿De dónde nace, pues, en un siglo tan ilustrado como el nuestro parece serlo, el desden con que tratamos á los poetas, á los pintores, á los músicos, á los cantantes, á los actores, etc.?

¿Irémos á buscar la razon en esa dispersion de luces que ha fecundado el espíritu humano, el suelo, las industrias, y que multiplicando los séres encargados de la suma de ciencia que posee un siglo, ha reducido extraordinariamente el número de los fenómenos? ¿La encontrarémos en esta multitud de propietarios, comerciantes ó abogados que jamas podrán concebir que se deba asignar una pension de mil pesos al hombre pensador, al hombre de genio?

Tal vez examinando detalladamente todas estas causas, vendrémos en conocimiento de lo que motiva la situacion precaria en que se encuentran los artistas en la Isla de Cuba.

Empezarémos por estudiar las consideraciones que son de algun modo personales al artista en la importante materia que nos ocupa, relativa á la dignidad de las artes. Muchas dificultades sociales provienen del sér intelectual, porque todo lo que está constituido de una manera que no puede comprender la generalidad, molesta, irrita, contraría al vulgo.

Sea que el artista haya conquistado su poder por el continuo ejercicio de una facultad comun á todos los hombres; sea que esta dimane de una idiosincracia del cerebro, y que el genio sea un achaque humano, como la perla es una enfermedad de la ostra; sea que su vida sirva de desarrollo á un texto, á un pensamiento único, grabado en él por la mano del Sér Supremo, lo cierto es que el hombre de genio no puede penetrar el secreto de su inteligencia: opera bajo el

imperio de ciertas circunstancias cuya reunion es un misterio. No es dueño de sí; solo sirve de juguete á una fuerza eminentemente caprichosa.

Una noche, en medio de la calle, una mañana, al dejar el lecho; un dia, en el seno de una alegre orgía, un carbon candente toca aquel cráneo, aquellas manos, aquella lengua: de repente brotan las ideas: nacen, se dilatan, fermentan. Una tragedia, un cuadro, una estatua, ponen de manifiesto sus puñales, sus colores, sus contornos. Es una vision tan pasajera, tan breve como la vida y la muerte; profunda como un precipicio; sublime como el bramido del mar. El trabajo está allí: el silencio y la soledad abren sus tesoros: nada es imposible. En fin es el éxtasis del pensamiento cubriendo los agudos dolores de la creacion.

Tal es el artista. Cuando se le cree libre, es esclavo; cuando le vemos agitarse, abandonarse al atractivo de las locuras, de los placeres, ha perdido su fuerza, su voluntad; está muerto. Antítesis perpetua que se encuentra en la magestad de su poder, como en la nada de su vida, es siempre un dios, ó siempre un cadáver.

Hay cierta clase de hombres que especulan con los trabajos intelectuales. La mayor parte de ellos están dominados por una ilimitada ambicion. Jamas se llega bastante pronto á ver realizada una esperanza cifrada en el papel: de aquí provienen promesas hechas por los artistas, que raras veces se logra verlas cumplidas: de aquí dimanan tantas miserias: de aquí nacen acusaciones sin cuento: porque estos séres metalizados jamas podrán comprender á los hombres de pensamiento: creen que el artista puede crear con la misma facilidad y de un modo tan regular como el mecánico elaborar sus productos.

Una idea es frecuentemente un tesoro: pero aquella solo llega á encontrarse cuando se ha buscado largo tiempo: cuando se ha recorrido en todas direcciones el inmenso océano de la meditacion. Una obra de arte es una idea tan poderosa como la observacion física que ha dotado al mundo del vapor; como el análisis fisiológico por medio del cual se ha renunciado á los sistemas para coordinar y comparar los hechos.

Difícil empresa es describir la felicidad que los artistas experimentan en sus trabajos intelectuales. Este placer de un éxtasis particular al genio, es, por la instabilidad caprichosa de su facultad creadora, una de las causas que le grangean el desprecio social de los hombres de números: durante aquellas largas horas de delirio y de profunda meditacion, ningun cuidado humano les afecta, ninguna consideracion al dinero les conmueve: todo lo olvidan: no necesitan mas que un cuarto y un pedazo de pan. Los grandes artistas han debido su inteligencia al ejercicio inmoderado de su espíritu pensador, á la larga contemplacion del objeto de sus afanes.

El hombre de talento no está dominado por la desmedida avidez de riquezas, único móvil de todas las ideas del comerciante. Si alguna vez corre en pos de oro, es por una necesidad de momento, porque la avaricia es la muerte del genio, y porque el alma del hombre creador abriga demasiada generosidad, para que en ella pueda dar cabida á un sentimiento tan mezquino y vulgar.

Ademas: el artista es casi siempre un hombre del pueblo: el hijo de un grande ó de un millonario, bien vestido, bien alimentado, acostumbrado al lujo, se hallará poco dispuesto á abrazar una carrera en que hay que vencer tantas dificultades: si se siente inclinado á las artes, este sentimiento se desvanecerá entre los goces anticipados de la vida social.

El artista acostumbrado á ver su alma convertida en un espejo en que se reflejan á su voluntad las comarcas y sus costumbres, los hombres y sus pasiones, carece necesariamente de esta especie de lógica, de esa general obstinacion que llamamos *carácter*. Se apasiona como un niño de todo lo que halaga sus sentidos: así, ama con idolatría

y abandona el objeto de su pasion sin causa manifiesta: se amolda á todos los gobiernos: ofrece en lo que el vulgo entiende por *teson*, *firmeza*, esta instabilidad que es el distintivo de su poder creador: deja que su cuerpo sea el juguete de los sucesos humanos, porque su alma gravita sin cesar sobre el mundo. Anda con la cabeza en el cielo y sus piés apoyados en la tierra. Es un niño; es un gigante.

No es esto todo. El pensamiento es de algun modo una cosa contraria á la naturaleza. En las primeras edades del género humano, el hombre era *todo exterior*: luego las artes son hijas del abuso de la imaginacion. Nosotros no lo apercibimos porque, semejantes á los hijos de familia que heredan una inmensa fortuna sin conocer los afanes con que sus padres lograron adquirirla, hemos recogido los legados de veinte siglos; pero no debemos perder de vista, si queremos explicarnos perfectamente al artista, sus desgracias y las aparentes anomalías de su cohabitacion mundanal, que las artes han sido siempre en parte sobrenaturales.

Máximo Dominguez de Gironella.

PENSAMIENTOS FILOSOFICOS Y MORALES.

Las pasiones son como el viento que infla las velas de un buque: algunas veces lo sumerge, pero sin él no podria navegar.

La dicha es como un avaro de mala fé, que nunca salda exactamente sus cuentas.

Entre un héroe y un hombre que pasa desapercibido, no suele haber mas diferencia que la de haber merecido el uno de la suerte una ocasion favorable.

El mundo hace con la juventud lo que el sol con las plantas: la alimenta, pero tambien suele agostarla.

La buena educacion es un seguro para la vida y un pasaporte para el cielo.

El mundo es ligero en sus suposiciones, pero verdadero casi siempre en sus juicios.

SECCION SEGUNDA.

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

No es la felicidad, hermosa Adela,
realzar juveniles devaneos,
ni sentada en brillante carretela
oro y perlas lucir en los paseos.
Solo la alcanza quien prudente anhela
por ceñir á su suerte sus deseos,
y, oponiendo al pesar esfuerzo y calma,
logra al fin conquistar la paz del alma.

Juan Nicasio Gallego.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

ISABEL LA CATOLICA.

(Extracto del panegírico de esta princesa por Clemencin).

Doña Isabel primera de Castilla, por sobrenombre *la Católica*, nació el 22 de Abril de 1451, en Madrigal, pequeño pueblo de la vieja Castilla. Aun no cumplidos los cuatro años de edad tuvo que llorar la muerte de su padre D. Juan II, y acompañar al retiro de Arévalo á su madre la reina viuda D.ª Isabel de Portugal. Allí pasó su primera infancia alejada del fausto y de las lisonjas de la corte, desarrollándose en

silencio aquel talento privilegiado que con tanto esplendor debia brillar en el trono.

Llevada mas tarde al palacio de su hermano Enrique IV, no solo supo resistir sin contaminarse aquella atmósfera corrompida, sino que hizo patente la precoz madurez de su juicio en la prudente conducta que observó con su cuñada, á cuyos malos ejemplos opuso el de sus nacientes virtudes con el admirable tino de saber conservar, sin embargo, los respetos y deferencias que creia debidos á la excelsa posicion de aquella señora. No alteraron estos procederes de la jóven princesa ni aun las difíciles circunstancias á que dió lugar el nacimiento de la desventurada niña conocida en la historia con el humillante apodo de *la Beltraneja.*

Los desórdenes de la corte habian llegado, empero, á tan lamentable exceso, que no tardaron en sentirse en el reino sus dolorosas consecuencias. La escandalosa escena de Avila, la batalla de Olmedo y la sorpresa de Segovia por el Infante D. Alonso—proclamado y sostenido mas que por el amor de sus partidarios por el odio general á la persona de la reina y á la ineptitud de su esposo—debieron afectar profundamente el corazon de nuestra heroina, que en medio de las desgracias públicas tuvo que deplorar tambien aquella lucha fratricida cuyo triste desenlace fué la temprana muerte de D. Alonso, víctima de la peste ó del tósigo, á primeros de Julio de 1468.

Retiróse entónces Isabel á un monasterio de Avila, buscando consuelos en la religion al intenso pesar en que la sumiera la pérdida de aquel hermano querido; pero allí fueron á ofrecerla el cetro de Castilla los mas ilustres magnates, llevando á su cabeza al arzobispo de Toledo. La severa virtud de la régia jóven salió victoriosa de tan temible prueba, pues sola y sin consejo dió memorable leccion de sabiduría y prudencia al turbulento prelado que, prescindiendo del augusto carácter de ministro de paz, se atrevia á proponerla la continuacion de la guerra civil, siempre desastrosa para los pueblos.

La generosa abnegacion de Isabel haciendo mella en el ánimo del rey, produjo á poco el célebre congreso de los Toros de Guisando, donde la proclamó solemnemente heredera de todos sus reinos y dominios. Mas no fué larga la tranquilidad que siguió á tan importante suceso. Aragon, Portugal, Inglaterra y Francia se disputaban el provechoso honor de dar esposo á la heredera del cetro castellano, y las veleidades y desaciertos de Enrique IV obligaban á Isabel á resolver por sí misma aquella cuestion gravísima. Hízolo así, y atendiendo á los votos de su pueblo se celebró—secretamente y con circunstancias mas propias de una aventura novelesca que de las ceremonias de régias bodas—su deseado enlace con D. Fernando de Aragon.

El rey, tan pronto indignado por aquella desobediencia, tan pronto, perdonándola para arrepentirse en seguida, vivió en continuas vacilaciones algunos años mas, y al rendir el último suspiro dejó al reino en rápido camino de cierta y al parecer inevitable ruina.

En tal situacion lo recibió Isabel y desde sus primeros actos hizo despertar la esperanza en los corazones mas desalentados.

No podemos aspirar á desenvolver en el reducido espacio destinado á este bosquejo, los hechos gloriosos de un reinado que llena las mas brillantes páginas de nuestra historia nacional: séanos permitido, por tanto, indicar aglomeradamente y sin observacion rigurosa del órden cronológico, los rasgos mas sobresalientes que nos ha suministrado el libro que tenemos á la vista.

Empezó Isabel la larga série de sus acciones ilustres sacrificando los votos de su conyugal ternura á la independencia de su corona. El cielo le habia confiado el gobierno de Castilla y supo conservarlo, así como supo probar que era digna de recibirlo. Empuña, pues, el cetro con mano vigorosa—acallando las exigencias del varonil orgullo que hacia que su marido se creyese desairado dejando en manos de una mujer las riendas del Estado—sostiene inmediatamente despues, y en medio de la penuria del erario, una guerra sangrienta con Portugal; ciñe su frente con el lauro de una completa victoria; y planteando sin tregua sábias disposiciones, y acometiendo dificultosas empresas, restablece y asegura la quietud de los pueblos; concluye con las parcialidades y facciones; instituye las hermandades, que purgan la tierra—como en otro tiempo Alcides—de los monstruos que la infectaban, á la vez que acercan el pueblo al trono; ahoga los clamores de una oligarquía inquieta y ambiciosa que pospone el bien del pais

á la triste gloria de imperar en sus ruinas; convoca Cortes con cuyo auxilio saca al erario de la larga escasez en que le tenia la pésima administracion pasada; reforma al clero; dispone la forma y los atributos de los tribunales superiores; tira las primeras líneas para la grande obra de una legislacion armónica comun á todos los dominios de Castilla; anula concesiones exhorbitantes hechas á los grandes por sus antecesores; anula el anárquico poder de las órdenes militares reasumiendo el trono las grandes maestranzas; echa por tierra los privilegios rodados; abre los caminos del honor y la fortuna á la virtud y al talento; asienta la monarquía sobre la base de un poder sólido, y cuando el nuevo espíritu que le infunde discurre por los miembros de la regenerada nacion, vuelve Isabel sus ojos á la opulenta Granada—que con mengua de la cruz aun sufre el yugo de la media luna—se ciñe el casco guerrero, empuña la espada de Pelayo y va á lanzar al ismaelita á los arenales del Africa.

La Europa saluda entónces con asombro aquella gloria femenil—que será eternamente timbre del sexo—y la Providencia le abre un nuevo mundo en que se extienda grandiosa.

Sí; Colon desechado por todos los reyes, objeto de burla para todos los sabios, encuentra en Isabel la única inteligencia que le comprende y el único poder que le ampara. La reina ofrece sus joyas, si es menester, para los gastos de la expedicion; parten las naves, surcan el océano cargadas de esperanzas, descubren la América, y vienen á rendir á los piés de una mujer la gloria de aquella empresa colosal, que produce una revolucion sin ejemplo en el sistema de las potencias de Europa.

El comercio, la navegacion, las artes, las ciencias, todo se extiende, todo se perfecciona, y España ve en breve que miéntras triunfan sus ejércitos en el Rosellon y la Italia, amenazan sus escuadras las costas de Africa, y se dilata su dominacion cada dia mas por las inmensas regiones del nuevo mundo, constituyendo aquel imperio grandioso del que pudo decirse mas tarde sin exageracion que jamas el sol cesaba de alumbrarlo: aquel imperio que hizo soñar á Cárlos V la monarquía universal.

Isabel, grande hombre por su alma, fué como mujer hermosa, modesta, casta, religiosa, ejemplo de esposas y de madres. Su sobriedad se hizo proverbial; su compostura y moderacion en el vestir no permitieron los desenfrenos del lujo durante su reinado, y se preciaba con alegría de no haberse puesto su marido camisa alguna que ella no hubiese hilado y cosido por su mano. La generosidad de su corazon se patentiza en las estipulaciones que celebró con Colon—al conferirle nuevos poderes—dirigidas todas en favor de los indios, y conteniendo condiciones de libertad que (segun observa Lamartine en su historia del ilustre descubridor del nuevo mundo) *superan con mucho á las ideas de su siglo, porque el corazon de aquella mujer proscribia por instinto lo que la religion y la filosofía no debian abolir hasta cuatro siglos despues.*

La fortaleza de su alma y su conformidad cristiana, brillan admirablemente cuando habiéndole arrebatado la muerte á su interesante heredero el príncipe D. Juan, de edad de diez y nueve años, se le oyen pronunciar estas palabras: *Dios nos lo dió; Dios nos lo ha quitado: sea bendito su nombre.*

Nuevos golpes hirieron sucesivamente su corazon sin postrar nunca su espíritu, pero alterando tan profundamente su salud que la llevaron ántes de tiempo al sepulcro.

Sufrió la nacion esta inmensa pérdida en Noviembre de 1504, *y el eclipse que se siguió inmediatamente en su gloria*—dice Clemencin—*mostró bien á las claras cuál era el sol que la alumbraba.*

G. G. de Avellaneda.

IMPROVISACION.

Yendo la autora una tarde de verano desde los baños de Santa Agueda (en Guipúzcoa) á visitar, acompañada de su marido, la Ermita de Nuestra Sra. de la Esperanza.

Suspende, mi caro amigo,
tus pasos por un instante:
no está la Ermita distante
y apènas las cinco son.
Ven á admirar—bajo el toldo
de aquellos verdes ramajes—
los pintorescos paisajes
de esta encantada region.

Mira á tus piés ese rio
cuyas herbosas orillas
millones de florecillas
cubren, difundiendo olor;
Y desde el borde escarpado
oye las mansas corrientes
deslizarse trasparentes
con soñoliento rumor.

Hileras de álamos blancos,
que el hondo cauce sombrean,
sus lindas copas cimbrean
del viento al soplo fugaz;
Miéntras pescan silenciosos,
con luengas cañas y anzuelos,
dos vigorosos chicuelos,
de viva y morena faz.

Mira en torno cuál se extienden
cuadros de trigos dorados,
por ricas franjas cortados
de verde-oscuro maiz:
Y esos tan vários helechos
—fieles hijos de las sombras—
que prestan al bosque alfombras
de primoroso matiz.

¿Ves allá los caseríos
que siembran el valle á trechos,
levantar sus rojos techos
de entre el verde castañar?
¿Ves cuál visten sus paredes
de parra lindos festones,
y cómo van los gorriones
sus racimos á picar?

Mas que ya las chimeneas
despiden humo, repara,
anunciando se prepara
la cena del segador,
Y á las vacas lentamente
mira bajar de esos cerros,
llamando con sus cencerros
al perezoso pastor.

Mas ¡oh! ve! tambien desciende,
saltando por entre breñas,
turba de niñas risueñas
que acá parece venir.

Sí; no hay duda: ramilletes
nos ofrecen con empeño.....
¿Comprendes, tú, caro dueño,
lo que nos quieren decir?

Ah! sabe que esos perfumes,
que rinden cual homenage,
solo son mudo lenguaje
de un triste y constante afan;
Pues con rara poesía
el mendigo Guipuzcoano
cubre de flores la mano
que tiende pidiendo pan.

Acepta al punto, oh querido!
¿quién hay que negarse pueda
á cambiar una moneda
por cada hermoso clavel?
Venid, niñas, cada tarde,
yo en el trueque me intereso,
y si al ramo unis un beso
garante os salgo de él.

Pero no entienden!..... Se alejan!.....
Mira por esos barrancos
saltar, desnudos y blancos,
sus breves y lindos piés.
Se detienen, se sonrien
viendo en mi pecho sus ramos,
y ligeras como gamos
desaparecen despues.

Miéntras tanto las montañas
sus picachos desiguales
van envolviendo en cendales
de gualda, azul y arrebol,
Y en su carro magestuoso
surcando el tibio occidente,
hunde á su espalda la frente
cansado de vida el sol.

A su postrera mirada
y á su postrera sonrisa,
suspiros vuelve la brisa,
perfumes vuelve la flor,
Y llanto puro los cielos
vierten en el valle umbrío,
que lo convierte en rocío
de delicioso frescor.

Oh! mira! ya por las faldas,
que cubren altos castaños,
bajando van los rebaños
para acogerse al redil:
Ya los niños sus anzuelos
han recogido y su pesca,
y se van armando gresca
con regocijo infantil.

Ya con alegre aleteo
buscan las aves el nido.....
marchemos pronto, querido,
la Vírgen á visitar,
Y estas flores que nos dieron
la desgracia y la inocencia
llevemos á su presencia
y ofrezcamos en su altar.

La Vírgen de la Esperanza
No desdeña pobres dones,
ántes bien dos bendiciones
concede por cada flor.
Ven! la luna que allí asoma,
cuando el regreso se emprenda
alumbrará nuestra senda
con placidísimo albor.

G. G. de Avellaneda.

LA MONJA NEGRA.

ANECDOTA HISTORICA.

En el año de 1641, residia en la calle oscura y tortuosa de la Fauniere, en Colonia, y á corta distancia de la catedral, una pobre mujer conocida únicamente por el nombre de María Mariana. Vivia con una criada anciana, en una casa estrecha, vieja, ruinosa y mal construida. Su habitacion se componia de dos cuartos, uno en el piso principal y otro en el segundo, cuyo único medio de comunicacion era una escalera de piedra derruida. Cada cuarto tenia una ventanita con vidrios pequeños engastados en plomo. No podia darse una cosa mas miserable que el aspecto y los muebles de estos aposentos. Dos catres de pino con colchones cubiertos de jerga gruesa, dos pobres mesas, media docena de sillas de madera blanca con espadaña, y algunos utensilios de cocina componian todo el ajuar de la anciana de Colonia.

María Mariana, á juzgar por las muchísimas arrugas de su cara, debia tener cuando ménos setenta años. Sin embargo, aun se hallaban en su semblante vestigios de una extraordinaria hermosura. Sus facciones denotaban un carácter noble; sus modales, mucha dignidad; y sus ojos negros, á pesar de su edad conservaban vivísima expresion: ademas, su lenguaje, su estilo y tono, no solo indicaban que conocia la alta sociedad, sino tambien que estaba acostumbrada á dominarla. Viviendo enteramente retirada, huyendo del mundo y especialmente de la conversacion de sus vecinos, jamas salia de casa, á no ser que algun asunto de importancia la obligase á ello. Toda su riqueza consistia en una corta pension que percibia regularmente cada seis meses, y cuya procedencia se ignoraba.

La extremada soledad en que pasaba la vida llamó la atencion de los habitantes del pais. Solo la llamaban la *Monja negra* en la calle donde vivia. Sin embargo, sus modales, su reserva, y particularmente las huellas de un dolor profundo, que se notaban en sus facciones, habian inspirado tal respeto hácia ella, que cuando aparecia en la calle, no habia un muchacho en la parroquia, que no se quitara su gorro de lana al verla pasar.

Ninguna familiaridad existia entre María Mariana y la vieja Brígida, su criada. María se encerraba por lo regular en su cuarto con su labor, miéntras Brígida quedaba en el de arriba, ocupada en guisar ó hilar cuando tenia cáñamo. Así vivian estas dos mujeres, completamente aisladas del mundo, y una de otra. En el invierno, para economizar el gasto de dos lumbres, María Mariana permitia que su criada estuviese en su habitacion. En un rincon se ponia la criada con su torno, y al otro lado el ama, sentada en un sillon forrado de cuero y con un respaldo alto. De este modo pasaban juntas las largas veladas de la estacion sin hablarse una palabra.

Si á veces el ama se hallaba dispuesta á tener un rato de conversacion era para preguntar

á la vieja criada algunos pormenores de su familia.

—Brígida, la preguntó una noche, ¿has tenido carta de tu hijo?

—No, señora, y sin embargo el correo de Franckfort ha llegado esta mañana.

—Lo ves, Brígida? el contar con el cariño de los hijos es una verdadera locura. No eres tú la primera madre que tiene que quejarse de su ingratitud!

—Pero, señora, José no puede ser ingrato: quiere á su madre, y me ha dado ya pruebas de ello. Si no ha escrito, habrá sido únicamente porque no tendrá nada nuevo que decirme. No debemos ser demasiado severos con nuestros hijos.

—Severos! ciertamente que no, ¿pero no tenemos derecho á su sumision y respeto?

—Por lo que á mí hace, querida señora, jamas he deseado otra cosa que el cariño de mi hijo, y, á la verdad, hasta ahora, no me ha dado ningun motivo de queja.

—Yo te felicito, Brígida, contestó María Mariana suspirando profundamente: yo te felicito, porque yo..... Ay de mí! Yo tambien soy madre: y ¿qué madre podia haber sido mas feliz? Tres hijos!... ..Tres hijos!.....Fortuna, esplendor, grandeza para todos! Y sin embargo, mírame abandonada ..... olvidada!..... en la miseria! Considerándose ellos desgraciados si les recuerdo que existo. Oh! cuán feliz eres, Brígida, si Dios te ha dado un hijo bueno, tierno, cariñoso! Yo no he hallado en los mios mas que ingratitud y desden.

—Pobre señora, exclamó Brígida. Pues mi José es tan tierno como agradecido.

—Me desgarras el corazon, Brígida..... Pero mudemos de conversacion, pues esta no hace mas que renovar la agonía de mis angustiosas penas: he sobrellevado y sufrido con paciencia muchos males! Me ves triste, silenciosa, reservada. Muchas veces me has preguntado la causa de mi dolor: no trates, no, de saberla! Si no debe tener jamas fin, mi secreto morirá conmigo, y á lo ménos me libertaré de la compasion del mundo.

—Respeto vuestro dolor, señora, y Dios es buen testigo de que jamas traté de saber vuestro secreto; pero ¿por què evitais la compasion de vuestros semejantes? La compasion suele aliviar muchos males.

—Para penas como las mias, contestó María Mariana con altivez, los consuelos del vulgo son tan indignos como inùtiles. La compasion, sin aliviar mis males, me ofenderia.

El tono orgulloso y altivo con que fueron pronunciadas estas palabras, intimidó á la pobre Brígida. La conversacion cesó, y la laboriosa criada siguió dando vueltas á su torno.

Al cabo de un cuarto de hora María Mariana volvió á reanudar de este modo la interrumpida conferencia.

—¿Te has quedado viuda, Brígida? ¿qué era tu marido?

—Servia en la guardia de mi señor el arzobispo de Colonia.

—¡Ah! ¿El tambien era militar? ¿Y fuiste feliz con él?

—¡Ah, pobre hombre! Dios haya su alma en paz. Feliz..... no precisamente: tenia muchos defectos..... Pero tampoco desgraciada..... de ningun modo: con mucha paciencia de mi parte, un poco de buen humor y bastante sumision nos llevábamos siempre bien. A él, á la verdad, le gustaba el vino un poco mas de lo regular, y tambien me daba motivos de zelos.

—¡Ah! sí, precisamente, un pérfido, un relajado. Mi marido, Brígida, era tambien militar, y lo tenia yo á mucha honra; pero los vicios infames que acabas de indicar le dominaban igualmente. Algunas personas trataban de restablecer la paz entre los dos, pero generalmente no hacian mas que aumentar nuestros resentimientos. ¡Què podrè decirte! Madre desgraciada, tambien fuí esposa infeliz. Y como si esto no bastase, mi marido murió víctima de una atroz traicion, y ¿sobre quién piensas tú que trataron de que recayese la sospecha de un infame asesinato?

—¿De un asesinato, señora?

—Sí, de un asesinato..... ¡sobre mí, sobre mí recayó la acusacion!

—¡Ay, Dios mio! ¡Cuánto os compadezco!

—¡Acusada delante de mis hijos, de mis hijas, de mis yernos; acusada y perseguida por mi mismo hijo, como si hubiese sido culpable de aquel crímen!

—¿Pero se convencieron luego de que erais inocente?

—¡Oh! sin duda se hubieran convencido de mi inocencia si yo hubiese sido una pobre mujer, sin bienes de fortuna, sin poder ni influjo;

pero poseia todo esto, Brígida, y era necesario arrebatármelo todo. Por esto me calumniaron y me encerraron en una prision, y como no pudieron matarme, me separaron de todos mis amigos y me sumieron en la triste posicion en que me ves.

—¡Desventurada! dijo Brígida.

María Mariana no contestó; se cubrió el rostro con el pañuelo y derramó algunas lágrimas.

La extraña historia que acababa de oir la pobre criada produjo en su honrado corazon una ansiedad y duda terribles. Pensativa, se distrajo y olvidó dar vueltas á su torno. Principió á recordar un sin número de circunstancias relativas a la vida de su ama, que nunca habian llamado su atencion. ¿Por qué apreciaba tanto aquellos vestidos de luto que la habian hecho adquirir el título de la Monja negra? Brígida se acordó tambien, de que en várias ocasiones habia sorprendido á María Mariana muy ocupada en leer pergaminos cubiertos con sellos de lacre encarnado; que aquellos pergaminos los tenia en una cajita de hierro, y que los encerraba con mucho cuidado en el momento que la veia entrar en el cuarto. Por último, (y esto le parecia lo mas sospechoso) una noche que su ama estaba con calentura, exclamaba en su delirio con un horror indecible. "¡No! no quiero verlo! ¡qué quiten de aquí ese vestido teñido de sangre! ¡apartad de mi vista ese cruel homicida!"

¿Quién era pues aquel fantasma que la perseguia? ¿quién el asesino que la inspiraba tanto horror? y ¿quién podia ser sino un cómplice? Cuando esta idea se fijó en la imaginacion de la pobre criada, empezó á temblar de terror y espanto. Sin embargo, su buen corazon y hermosa índole ahuyentaron ese mal concepto, y prosiguió la conversacion del modo siguiente:

—Pero, querida señora, ¿por qué no confia Vd. sus penas á nuestro soberano, el arzobispo, elector de Colonia? es bueno y compasivo y os hará justicia.

—Nada puede hacer por mí, contestó Mariana. El Elector como los demas príncipes y todos los hombres en general, ántes de todo mirará siempre por sus intereses. ¿Qué ventaja le resultaria de servir á una pobre anciana? Son mis perseguidores tan poderosos que temeria indisponerse con ellos. No: un solo recurso me queda; este es poner toda mi confianza en Dios, rogarle por los pocos amigos que me han permanecido fieles, y dirigirle mis súplicas para el feliz éxito de sus proyectos.

—Bien dicho, señora, exclamó la pobre Brígida á quien esta apelacion al Sér Supremo le parecia la mejor prueba de una conciencia tranquila. Orad, continuó y tened confianza en Dios, pues en él hallareis siempre el mejor amigo y protector.

En aquel momento oyeron llamar á la puerta de la calle.

—¿Quién puede llamar á esta hora? preguntó María Mariana.

—Son mas de las nueve y no puedo acertar....

—Llaman otra vez! Ve á ver lo que quieren, Brígida; pero no abras hasta saber quien es.

Brígida tomó la lámpara, bajó y á poco rato volvió á entrar acompañada de un clérigo. Era el padre Francisco en cuyo semblante se veian las señales de la abstinencia y del dolor.

—¿Qué motivo puede traeros aquí tan tarde, buen padre? preguntó María Mariana.

—Noticias de alguna importancia y que desearia comunicaros; contestó el padre.

—Brígida, dijo la Monja negra, déjanos solos un momento.

La criada tomó una luz y subió á su cuarto.

—Vamos, vamos; ya estamos solos: ¿qué teneis que decirme? preguntó Mariana.

—He recibido noticias de Francia.

—¿Buenas?

—Su resultado puede serlo. Todos los nobles están disgustados con el primer ministro. Enrique de Effiat, el gran Camarlengo y el favorito se han unido al duque de Bouillon y á Monseñor, hermano del rey, y han tomado parte en sus planes. Un tratado que debe concluirse con la España tiene por objeto la paz y por condicion la separacion del cardenal.

—¡Dios sea loado!

—Sin embargo, no debemos lisongearnos demasiado de su buen éxito. Hasta ahora, en la guerra con la España, la suerte ha favorecido á nuestras tropas. Los ejércitos españoles han sido derrotados por nuestros generales en Cataluña y en Bruselas. En medio de estos triunfos un tratado de paz y la desgracia del ministro que los ha proporcionado, hallarán mucha oposicion. El odio de todos hácia Richelieu es lo mejor de nuestra causa. Esperan que el rey, siempre débil y sin voluntad propia, se adherirá al partido que abrazase su favorito.

—Esto es infalible: y entónces saldré de mi destierro, me repondrán en todos mis honores y volveré á todo mi poder! Estad seguro, padre, de que sabré recompensar á los que como vos me hayan servido con celo y fidelidad.

—Estoy convencido de ello, señora: pero obrad siempre con prudencia: aparentad mucha devocion. En el entretanto frecuentad nuestra iglesia: colocaos en el rincon mas oscuro, á mano derecha, á lo último de la nave: allí sabreis cuando os podré hacer otra visita.

—Obraré en todo con arreglo á vuestras instrucciones, padre.

Y llamó á Brígida para que acompañase al padre Francisco hasta la puerta de la calle.

Al dia siguiente Brígida vió á su señora piadosamente arrodillada en las frias losas de la catedral rezando con devocion. Si alguna duda habia quedado en su espíritu acerca de la inocencia de su ama, aquel espectáculo acabó de desvanecerla. Pide á Dios, pensó, la fuerza necesaria para resistir á sus enemigos. Un delincuente no puede orar con tanto fervor.

Pasó el invierno sin que María Mariana dejase de asistir ni un solo dia á la catedral. Este ejercicio extraordinario, unido á las alternativas de temor y esperanza, alteró su salud, y las calenturas que habia padecido ántes la atacaron de nuevo con mucha violencia. Todos los dias veia al padre Francisco en la iglesia, pero sus miradas nada expresaban: pasaba á su lado sin volver la cabeza. Por fin un dia se paró, se inclinó hácia ella y le dijo en un tono de voz casi imperceptible:—"¡Todo se ha perdido!"

La sensacion que estas palabras produjeron en la pobre Mariana fué tan terrible, que hubiera caido desplomada en el pavimento en que estaba arrodillada á no haberse sostenido con las manos. Volvió á su casa en un estado de indecible inquietud y tuvo que meterse en la cama.

Aquella misma noche vino el padre á verla, y cuando estuvieron solos María le preguntó:

—¿Qué ha sucedido, padre?

—Han arrestado á Mr. de Cinq Mars.

—¿Y el duque de Bouillon?

—Ha huido.

—Pero, ¿y el tratado con el rey de España?

—En el momento mismo en que lo estaban firmando en Madrid, el astuto Cardenal recibia una copia de él.

—¿Y por quién se ha descubierto la conspiracion?

—Por medio de un traidor que nada perdonó para lograr que se le iniciase en el secreto.

—¿Así pues, mis enemigos han vuelto á vencerme?

—Richelieu es mas poderoso que nunca y tiene al soberano en un estado de mayor esclavitud.

Desde aquel momento la enfermedad de la anciana se agravó y presentó síntomas alarmantes. Volvió el delirio y con él el espectro... el sér sobrenatural con el vestido teñido de sangre, que habia excitado ideas tan terribles en la imaginacion de la criada. En los fuertes accesos de calentura, María Mariana se veia perseguida de aquella fantasma, la repelia con horror, la ultrajaba y dirigia las mas furiosas recriminaciones; entretanto Brígida, sentada á la cabecera de su cama, rogaba á Dios por la enferma.

Al cabo de un mes, María, debilitada por la edad, estenuada por el mal y destituida de los recursos necesarios y que su enfermedad requeria, espiró el dia 3 de Julio de 1642.

En el momento de saberse su muerte en el barrio que habia habitado, presentóse uno de los magistrados de la ciudad en su miserable habitacion para sacar testimonio de su muerte, del nombre de la difunta y de quienes eran sus herederos. Sabiase únicamente que era extranjera.

—Escribid, dijo el padre Francisco que se hallaba presente, como nombre de sus herederos:

—"El rey de Francia."

"Monseñor, duque de Orleans, hermano del rey."

"Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra."

—¿Cuál es, pues, el nombre de la difunta? preguntó el magistrado con asombro.

—La excelsa y poderosa princesa María de Médicis, reina de Francia, viuda de Enrique IV y madre del monarca reinante.

Eloisa Gattebled de Santa Coloma.

———

A LA MAÑANA.

Envuelta en velos de plata
Y de cien rosas vestida,
Llena de pompa y de vida
Y de célico esplendor,
Asoma por el oriente
La blanca y risueña aurora,
Madre tierna y seductora
De la dicha y del amor.

De su albo trono pendientes
Los cefirillos alados,
Derraman alborozados
Purísimo rocicler:
Y descendiendo á la tierra
En vagos y suaves giros,
Exhalan blandos suspiros
Palpitantes de placer.

Ya de la flor inocente
La linda corola besan;
Ya en sus hojas se embelesan
Y tornan luego á volar.
¿Quién les pedirá constancia
A esos silfos voladores
Que van deshojando flores
Que acarician sin amar?

Desliza sus aguas puras
El cristalino arroyuelo,
Robando su azul al cielo,
Y vistiéndose con él.
Deja las flores lozanas,
Y, por demas caprichoso,
Solo riega cariñoso
Al espléndido laurel.

Entre verdes cocoteros
Las pintadas avecillas,
Inocentes y sencillas
Dan al viento su cancion:
Tal parece que amoroso
El ángel de la armonía
Les presta al nacer el dia
Su melíflua inspiracion.

¡Qué noble, que sorprendente
Magnífico y poderoso
Se eleva al fin magestuoso
El vivificante sol!

¡Cómo de su faz divina
Va extendiéndose callada
La bella luz sonrosada
Y el vivísimo arrebol!

¡Cómo se levantan suaves
Y se inclinan susurrando,
Conchas y arenas besando
Las blancas olas del mar!
¡Oh, cuánto se arroba el alma
Llena de un amor intenso
Ante el panorama inmenso
Que quiso Dios bosquejar!

¡Venid, soberbios mortales,
Que sin fé en los corazones
Tras de falsas ilusiones
Torpes y locos correis!
¡Venid; llegad presurosos,
Y al ver tantas maravillas
Vuestras trémulas rodillas
En el polvo doblareis!

¡Salve, fúlgida mañana
Del trabajo protectora,
Y jamas encubridora
Del vicio y de la traicion:
Que en tus mágicos palacios
Y en tu resplandor amigo,
No encuentra el crimen abrigo
Ni el torpe amor proteccion!

¡Oh! la noche infunde miedo
Con sus sombras enlutadas,
Sus estrellas apagadas,
Su silencio aterrador:
Paréceme que del mundo
Retira Dios su sonrisa,
Que no hay flores, campos, brisas,
Ni arroyo murmurador.

¡Quiero luz, quiero horizontes
En vivo carmin bañados,
Y anchos mares azulados,
Y del sol la claridad!
¡Huya de la noche triste
La tiniebla pavorosa,
Hermana fiel y amorosa
De la pérfida maldad!

¡Quiero luz, colores, vida,
Y que espléndida y lozana,

Derrame en mí la mañana
Las guirnaldas de su amor!
¡Que con sus alas me lleve
Y á los cielos me levante,
Y que me aduerma y encante
Con su aliento embriagador!

Merced Valdes Mendoza.

Marzo 2 de 1860.

LA CUEVA DE LA BRUJA.

II.

Los ecos repiten á lo léjos
el estampido del trueno, que
salta de roca en roca. El ra-
yo no se oculta en una sola
nube; cada monte tiene su
voz.

Lord Byron.

Al salir Julian de la Cabaña de María se dirigió á la suya poco distante con el objeto de dejar en ella la leña que llevaba. Hecho esto, se proveyó de todos los instrumentos necesarios para desempeñar el nuevo y peligroso trabajo que le aguardaba. Consistian en una larga cuerda de cáñamo, un paló á manera de baston cuya extremidad mas delgada terminaba en un garfio de hierro y un cuchillo sin punta que sujetó en el pañuelo que como una faja rodeaba estrechamente su cintura. Despues sin cuidarse de cerrar la puerta de su cabaña, que el robo no es de temer donde reina la pobreza, emprendió su camino con ánimo resuelto y corazon tranquilo cantando entre dientes su cancion favorita.

Pocos pasos habia dado cuando al volver un ribazo, le salió al encuentro un hombre de mediana edad vestido como él de un calzon corto de paño oscuro y grosero, y en mangas de camisa. Sobre el hombro llevaba plegada una manta de lana que por el color y la falta de pelo indicaba los largos servicios que habia prestado á su dueño. El semblante de aquel hombre ofrecia una expresion de maliciosa rusticidad que causaba repugnancia. Este sentimiento debió experimentar Julian al verle, á juzgar por el jesto de disgusto que hizo al acercarse á él. El mismo efecto producia en los habitantes de todo el contorno, de los cuales no era querido. El lo sabia y por tanto en su trato con ellos jamas daba muestras de la franca cordialidad que es propia de los campesinos.

Sin embargo, entónces no tenia su rostro el aspecto de desconfianza y reserva que generalmente se notaba en él. Su voz era insinuante y melosa cuando dirigió la palabra al jóven.

—¡Buen dia, Julian!—le dijo haciendo detener al mancebo que parecia dispuesto á continuar su camino.

—¡Dios se lo dé á V. bueno tio Pedro!—contestó éste.

—¿Dónde vas hombre á esta hora?

—Al monte á coger orchilla.

—¡Hum! mal momento has elegido. El tiempo no está seguro.

—¡Bah! de aquí á mañana no se descompondrá y yo solo necesito dos horas.

—Te equivocas. El pico tenia esta mañana puesto el sombrero y la bruja ha llorado hoy, —dijo el tio Pedro con cierta malicia que no observó Julian.

—La bruja se equivoca muy á menudo y el pico no consulta al tiempo mas que yo cuando desea cubrirse.

—Hablas así, porque no tienes sino veinte años. Cuando hayas adquirido mi experiencia sabrás leer en el cielo y en la tierra mas de corrido que lee en un libro el mejor maestro de escuela de la Villa.

—Pues esos mismos que leen en los libros me han enseñado á reirme de los pronósticos de V., tio Pedro.

—Pronto, te convencerás de quien tiene razon entre ellos y yo—dijo el campesino procurando ocultar el despecho que le habian hecho sentir las palabras de Julian. Un momento despues añadió:

—¿Me han dicho que te casas?

—No tengo motivos para ocultarlo—contestó Julian con la satisfaccion que experimenta todo el que ama de veras al presentársele la ocasion de hablar del objeto de su amor.

—¿Y cuando?

—Pronto, aunque nunca lo será tanto como deseo.

—Hó ahí la juventud. Solo escucha sus apetitos y jamas calcula lo que le debe resultar de satisfacerlos.

—¿Habla V. así por mí, tio Pedro?—exclamó el jóven seriamente—Me parece que una mujer como María no puede causar disgustos al que logre ser su marido.

—Segun y conforme. Buey suelto, bien se lame, dice el refran.

—Y yo le digo á V. tio Pedro—repuso Julian algo incómodo con las observaciones de su interlocutor—que los refranes son tan importunos como el que no sabe citarlos á tiempo.

—Yo no lo he dicho por mal.—dijo el tio Pedro, al cual sin duda no convenia irritar á Julian cuando tan pacientemente aguantó la respuesta de éste.—Solo era mi intento aconsejarte que ántes de tomar esa resolucion lo reflexionases bien. Antes que te cases, mira lo que haces; reza el proverbio.

—Diga V., tio Pedro!—exclamó Julian sintiéndose invadir á pesar suyo por la cólera—¿Unicamente para venir á darme consejos dejó V. pastando solas sus cabras en el monte? Pues sepa V. entónces que bien pudo haberse ahorrado el camino.

—Es que un consejo.....

—Los consejos no se agradecen si no se necesitan ¿lo ha entendido V?

—¡Que fogosa es la juventud!—dijo sentenciosamente el tio Pedro que no parecia dispuesto á abandonar su presa con tanta facilidad.—Si fueses menos vivo de jenio te advertiria que en vez de casarte con María, un jóven de tus prendas deberia aspirar á mejor partido. Bueno es un pan en dos pedazos.

—Muchas gracias por la indicacion; pero le advierto que esta vez no ha dirigido V. bien el golpe.

—Hay una mujer que vale y puede mucho mas que ella, que tal vez.....

—Hola!—exclamó Julian en tono burlon—no le faltaba nada mas al tio Pedro que encargarse de tales comisiones. ¿Tan disgustado se halla de su oficio de cabrero que quiere tomar otro?

El tio Pedro al oir estas palabras se puso pálido y en su semblante se pintó un sentimiento de odio que revelaba su natural dañado.

—Haces mal en burlarte de las personas que tienen mas años que tú,—exclamó lanzando al jóven una sombría mirada.

—Yo me atengo siempre á los resultados—contestó Julian con indiferencia.

—Reflexiona sin embargo sobre lo que te he dicho. ¡Adios!

Y se separaron.

Sin embargo, el cielo no ostentaba entónces el resplandeciente y azulado color que tanta transparencia le comunicaba poco ántes. Las nubes pasaban rápidas al traves de las ramas de los árboles cuyas copas vistas á distancia, cual fantasmas que variaban de forma á cada instante, se ocultaban para aparecer de nuevo al traves de los húmedos vapores. Al principio su poca densidad solo les permitia interceptar de vez en cuando los rayos del sol con los cuales parecian querer luchar; pero habiéndose ido espesando gradualmente, la oscuridad fué al fin tan grande que una profunda noche sucedió al fin á la claridad del dia.

Este fenómeno comun en aquellas elevadas regiones envueltas frecuentemente por las nubes, no intimidó á Julian que se hallaba familiarizado con él. Sin embargo no debia estar completamente tranquilo cuando despues de haber examinado cuidadosamente la direccion de los vapores que en su veloz marcha le humedecian el rostro cubriendo de menudísimas y transparentes glóbulos sus vestidos, exclamó:

—¡Hum! mucho temo que María tenga razon! Sentiria que una repentina tempestad viniese á sorprendernos en medio de tan hermoso dia. Pero no hay remedio: hoy es sábado y mañana me veré obligado á entregar sin falta la *orchilla* cuyo valor me han pagado adelantado..... Por todos los santos del cielo, el viento arrecia mas de lo regular, y no es cosa muy agradable que digamos estarse uno bamboleando en el aire con un tiempo semejante sobre un precipicio cuyo fondo no es posible distinguir.

Entónces rascándose la cabeza con un movimiento de duda fácil de interpretar, se detuvo irresoluto y reflexivo como el leon que no obstante su valor se repliega sobre sí mismo, ante el peligro que se propone arrostrar.

Y no le faltaba motivo para ello, porque el estampido del trueno transmitido desde léjos de eco en eco hasta donde él estaba, no dejaba

ya duda alguna acerca de la proximidad de la tempestad.

Sin embargo, la duda no duró en él mas que un instante.

—Me he comprometido—dijo—y debo cumplir.

Al concluirse estas palabras echó á andar apresurando el paso como hombre decidido á llevar á cabo una resolucion tomada de antemano, y despues de haber recorrido un largo trecho guiado mas bien por el conocimiento que tenia del terreno que por los objetos que le rodeaban apénas visibles á causa de la niebla y de la oscuridad, se detuvo al fin á la orilla de un barranco cuyo fondo era imposible descubrir bajo las nubes que en su interior se agitaban formando remolinos cual las olas del mar embravecidas por el soplo del huracan.—A la luz de los relémpagos cuya lívida claridad rasgando la niebla solo servia para hacer resaltar el horror de aquella escena de desórden, eligió el punto que le pareció mas apropósito para efectuar su descenso.

Cualquiera otro hombre que no hubiera sido él, hubiera retrocedido ante el riesgo que iba á correr, riesgo tanto mas imponente cuanto que en aquel abismo sin fondo y en medio de la oscuridad tenia algo de misterioso, por lo mismo que no era posible calcular toda su extension. Pero Julian se hallaba dotado de una alma bien templada cual la requeria su peligroso ejercicio, y ademas aquellos montes que habia estudiado desde su infancia con la sagacidad instintiva del hombre que vive aislado y que solo cuenta con sus propias fuerzas, no podian tener secretos para èl. Así es que despues de haberse sujetado á la cintura con ademan resuelto por un extremo la cuerda que llevaba, ató el otro fuertemente al robusto tronco de un elevado pino que inmediato se hallaba. En seguida la agarró con una mano, colocó entre sus dientes el herrado baston en cuya madera penetraron, y se dirigió sin vacilar al precipicio, aunque no sin haber lanzado ántes en torno suyo una mirada escudriñadora.

—Hoy se han olvidado de mí;—pensó interiormente viendo que nada descubria—el diablo, como diablo al fin, no me favorece sino cuando no lo necesito. Bien sé que en la cueva que se halla aquí debajo, hay orchilla en abundancia; pero con nubes como estas es casi imposible bajar á ménos de no ser murciélago ó de tener alas como él. Con todo, Dios me ayudará y me concederá la planta firme y vista penetrante que en este momento necesito.

Y haciendo devotamente la señal de la cruz con la única mano que le quedaba libre, se dejó resbalar por la orilla del barranco sostenido por la cuerda que iba soltando poco á poco y por el baston cuyo garfio introducia en las grietas de las piedras.

Algun tiempo habia transcurrido y Julian seguia siempre bajando aunque con precaucion por la roca casi tan lisa en aquel paraje y cortada tan perpendicularmente como una pared. Sus piés, acostumbrados á encontrar prontamente en qué apoyarse, se sostenian con dificultad, porque las nubes habian humedecido los estrechos ángulos salientes que formaban haciéndolos extremadamente resbaladizos.

Sin embargo, hasta entónces no se le habia presentado ningun obstáculo que no hubiese podido vencer, pero no sucedió lo mismo algunos momentos despues, cuando la roca dejando gradualmente el plano vertical que seguia, tomaba otro casi horizontal que servia de techo á una caverna cuyo fondo era imposible distinguir ni aun en los momentos en que un relámpago repentino la iluminaba con su lívida claridad. Julian auxiliado del baston que era entónces su único apoyo trató de penetrar en ella á fin de recoger el *líquen* que acosta de tantos peligros animosamente buscaba.

Miéntras tanto, el viento habia ido arreciando cada vez mas haciendo inclinar las copas de los pinos y castaños que parecian saludar magestuosamente el huracan, dispuestos á resistirle. Las nubes corrian con prodigiosa velocidad descubriendo rasgadas por el soplo de la tempestad y volviendo á ocultar los altos picos de las montañas inmediatas que tomaban confusas y fantásticas formas. En fin, la naturaleza parecia haber salido en un instante del órden admirable que hasta entónces la rigiera, para retroceder al caos de donde el Omnipotente la habia sacado, y en el cual todos sus elementos se hallaban confundidos. Era uno de aquellos terribles momentos que hacen estremecer de espanto á la creacion entera.

Julian no obstante, no desmayaba. Ayudado de sus piés y del baston, se internaba mas y mas en la caverna, colgando siempre de la cuer-

da. Sin embargo, apesar de sus fuerzas realmente hercúleas, la falta de punto de apoyo que necesitaba para poderse descolgar y la posicion violenta en que se hallaba, eran causa de que comenzase á sentir los efectos del cansancio. Esta situacion se prolongó de tal manera, que principió á adquirir la conviccion de que no le seria posible penetrar mas de aquel modo. Entónces temió y quiso retroceder, pero ya no era tiempo. Sus miembros en una continua tension temblaban de laxitud; una sed ardiente le devoraba y su cabeza tan firme siempre, vacilaba presa del vértigo.

Así permaneció durante algunos momentos momentos de angustia en que cierto de hallarse abandonado de los hombres, llegó á perder la esperanza de que le ayudase Dios. Sin embargo, hizo aun algunos esfuerzos, mas bien instintivamente que por cálculo; hasta que al fin, incapaz de sostenerse por mas tiempo, su mano soltó el baston y su cuerpo quedó pendiente de la cuerda miéntras de sus labios se escapaba un grito de agonía, repetido por el eco y que fué á morir en las montañas inmediatas que no se cuidaron de responderle.

Horrible era la situacion del desventurado jóven, que despues de haber girado várias veces en encontrado sentido segun se torcia y destorcia la cuerda para volverse á torcer de nuevo, no tuvo mas movimiento que el que le comunicaba el fuerte soplo del viento al mecerle de un lado á otro. Sabiendo que se hallaba á mucha distancia de la parte superior de la roca y que debajo se abria para recibirle un insondable abismo, el infeliz contando con una pérdida segura, aguardaba en la mas terrible ansiedad que se rompiese la cuerda que le sostenia en el aire, y cuyos hilos no podian ménos de cortar bien pronto los ángulos salientes de la dura roca cristalina, contra los cuales sin cesar se rozaba.

Aquel momento pareció llegar al fin.

Un estallido que dió la cuerda y que mas que en los oidos resonó en el corazon palpitante del desesperanzado mancebo, le hizo conocer que uno de sus hilos habia sido cortado ya. Algunos minutos mas, y todo quedaba concluido.

Pero de improviso, el nombre de Julian pronunciado por una voz de mujer que no pudieron sofocar los bramidos de la tempestad llegó hasta él. Aquella voz reanimó su abatida esperanza. Esta se aumentó al sentir que tiraban de la cuerda de que dependia su salvacion.

—¡Favoréceme, Dios mio!—exclamó desfallecido uniendo sus manos en ademan de súplica.

—¡No te muevas ó eres perdido!—Gritó desde arriba la misma voz.

Estas palabras recordaron al jóven todo el horror de su situacion que la esperanza le habia hecho olvidar durante un momento; pero la emocion que experimentó entónces fué tan viva, que le hizo perder completamente el sentido.

Entre tanto su cuerpo inerte seguia subiendo aunque con lentitud.

—Ten cuidado con las puntas de las piedras —dijo siempre la misma voz de mujer.—Sírvete del garfio para no tropezar con ellas.

Pero entónces resonó en medio de la tempestad otro grito de angustia. La cuerda acababa de dar un nuevo estallido, y el inanimado cuerpo de Julian habia cesado de subir.

—¡Afírmate bien y ten valor!—dijeron de arriba. Dos hilos de la cuerda se han roto y solo queda uno para sostenerte. ¡Serenidad!

Y el cuerpo de Julian continuó su interrumpido movimiento ascendente.

Lo que tardó en llegar á la parte superior de la roca, nadie podria decirlo. Lo que se sabe es que al cabo de algun tiempo, una mujer de elevada estatura y de robustos miembros, estrechaba entre sus brazos con una alegría delirante que rayaba casi en ferocidad al desmayado jóven. Un momento despues, así que se hubo convencido de que la inmovilidad de éste no provenia de la muerte, lo levantó del suelo en que lo habia depositado, y dando un alarido con que parecia querer desafiar la furia de los elementos desencadenados, lo agarró por la cintura con la misma facilidad que si hubiese sido de pluma, y echó á correr tan velozmente con él por entre la maleza, que mas bien que conducida por sus piés, parecia arrebatada por el soplo de la tempestad.

E. Auber.

[*Se continuará.*]

A UNA NIÑA.

Cuando la tarde,—tórtola mia,
Vierte á raudales—melancolía
Con misteriosa—solemnidad;
Y aroma exalan,—muertas de amores
Por los laceros,—las bellas flores,
Y ellos las bañan—en claridad;

Cuando la luna—de blanca frente
Se va elevando—pausadamente
De las azules—ondas del mar,
Cual mira el ángel—ir á la altura
El alma blanca—de una hermosura
Que nuestro mundo—siente dejar;

Cuando, lejana,—llega á tu oido
La danza indiana,—como el gemido
Tierno y ardiente—de un corazon,
Y cuando miras—al ave errante
Cruzar la esfera—siempre adelante,
Sin compañeras—y sin cancion;

Dime, ¿no vierte—grata ambrosía
El genio hermoso—de la poesía
Sobre tu seno—que palpitó?
Ni el ángel bello—de la tristeza
Que entre los cielos—y el mundo reza
Te dice: hermana,—por tí oro yo?

¿Sientes entónces—en la mejilla
Lágrima dulce—que corre, y brilla
Como el rocio—sobre la flor?
Miras al cielo,—bajas la frente,
Abres el labio—pausadamente
Y estremecida—dices: amor....?

¡Amor! exclamas;—y el son del rio,
La voz del viento—por el vacío,
De la arboleda—verde el rumor;
Todos los sones,—todos los ruidos
De tierra y cielos—en sus oidos
Van repitiendo:—tienes ¡amor!

Es que nace ya en tu seno
Una flor hermosa y pura
Del árbol de la ternura,
Que benigno siembra Dios.
Blanca es ella como el lirio,
Y su aroma en débil nube
Al cielo eleva un querube
Porque tan suave no hay dos.

Es que amor ya te acaricia.
¡Sentimiento puro y santo,
Que del hombre para encanto
Dejó libre el serafin
Salir con el desterrado,
Cuando tendiendo la espada
Dejó la dicha encerrada
En defendido jardin!

Es que ya naturaleza,
Con voz muda y misteriosa,
Vino á decirte una cosa
Que tú ignorabas ayer;
Secreto que no comenta
De niña cándida el alma,
Pero que roba la calma
Al alma de la mujer.

Alza tu dulce mirada
Que está el suelo contemplando:
Verás que vienen danzando
Las horas del porvenir;
Y que en el grupo risueño
Brindándote mil abrazos,
La felicidad sus brazos
Abre, con dulce reir.

Domingo Del-Monte y P.

Matanzas.

SECCION TERCERA.

REVISTA DE MODAS.

EL TOCADO.

¿Quién ignora que existen cosas insignificantes al parecer, que son sin embargo de importante trascendencia para los pobres mortales? ¿Quién no sabe, amables lectoras, que de las pequeñeces provienen á menudo los grandes resultados? Hablaros, ademas, á vosotras nacidas para agradar y hermosear el mundo de uno de los principales adornos que ha dado la naturaleza á su predilecta criatura, no es entrete-

neros ciertamente con materias insignificantes. No hay amante ni poeta que no haya comparado los suaves cabellos de la beldad, con el oro purísimo ó con el preciado ébano, y yo sin la exaltacion que suele ofuscar el juicio de los súbditos de Cupido ó de Apolo, quiero hoy deciros algo de las finas hebras que han recibido tantas adoraciones.

¿Cuál de vosotras no cuida su cabello como la delicada planta que exige esmerada limpieza para conservar su lozanía? Al levantarse, la primera ocupacion de la mujer bien educada es arreglarle de modo que manifieste el escrupuloso asco de su persona. Despues, á la hora de comparecer en sociedad, enséñalo el espejo á darle la forma mas en armonía con el carácter de sus facciones. Aunque la moda dirige el peinado, como todo lo que corresponde al tocador, la jóven discreta elige siempre el que aumenta la gracia de su rostro. La vírgen de Rafael, no debe peinarse como la ninfa de Tersípcore. Aparece esta mas animada y encantadora con la cabellera recogida y retirada de las sienes, aquella mas modesta é interesante con las trenzas de la primorosa madeja sombreando sus dulces ojos. Ambas seducen así por distinto estilo, atraen con su opuesta hermosura, y rivalizan sin perjudicarse una á otra.

La Moda, al ocuparse tanto del tocado, prueba lo importante que lo juzga. Hubo un tiempo en que mandó á las damas fabricar alto edificio de bucles, lazos y joyas, sobre su cabeza. La asistencia del peluquero era entónces indispensable, pues no se construia en breves minutos el promontorio destinada á figurar en primer término. Y aunque hoy, merced á los cambios del gusto, hallariamos feo el mas lindo palmito coronado de esa manera por la torre de Cibeles, la moda posee tal poder que si se le antojara ver en las orejas de Midas poético y elegante adorno, llegarian los ciegos partidarios de su prestigio á envidiar á la mas paciente y escarnecida criatura del universo sus célebres órganos acústicos.

Quizá todavía mas extraña que la pesada carga sobre el cráneo á que he aludido, fué la moda de teñirse el pelo de blanco con albayalde ó harina. ¡Ocultar los brillantes matices de la primavera, bajo el frio color de la nieve del invierno! Hé aquí una verdadera extravagancia de la fantástica diosa que se pasea por el mundo en triunfante carro. Cansada pronto no obstante de abrumar y empolvar las cabezas humanas, dedicóse á perseguir á los animales anfibios que á orillas de los mares y rios de América llevan consigo su ambulante casa, para colocar aquesta en la cabellera de la mujer. Declarando guerra á muerte á las infelices tortugas, trasladó su concha llamándola peineta, á las trenzas femeniles. Si hubiera usado con moderacion del luciente carey, y empleádole en hacer bonitas diademas ó guirnaldas dignas de ceñir la frente de la hermosura, los adoradores de lo bello, le hubieran perdonado su crueldad. Pero exagerando como de costumbre sus invenciones, engalanó el rodete de las damas con extrambóticas figuras que ya tenian la forma de una enorme teja, ya la de un sofá turco, ya la de un abanico casi tan grande como la desplegada cola del pavo real, y ya la de un prosaico..... calzador! El dia de Reyes del presente año, contemplé por casualidad peregrina muestra de tan singular adorno. Tres rollizas etiopes, caminaban en pos de los *diablitos*, ostentando en su lanuda melena, peinetas colosales que desenterraron sin duda de algun guarda-ropa de vejeces para vestirse de máscaras en sus saturnales extrambóticas. Tal vez las antigüedades de carey que ahora excitaban la risa, sujetaron en *illo-tempore* los perfumados bucles en que hubiera dado la vida por imprimir el ósculo de amor apasionado y gallardo doncel. ¡Ah! Tuvo razon el poeta en decir:

"¡Lo que va de ayer á hoy!"

Apesar de andar á menudo el buen gusto perdido por la tierra, suele advertirnos de cuando en cuando las ridiculeces en que incurrimos. Lanzando por lo tanto su anatema contra las descomunales peinetas, logró que la moda bajara el tocado hácia el cuello donde enrollándose el cabello con gracia, dió á la cabeza femenil el corte elegante y puro que admiramos en las estatuas de Canova; pero arrepintiéndose en seguida de aquel sensato impulso, la voluble deidad colocó en manos de algunas irreflexivas hijas de Eva, unas tigeras sacrílegas para que por su medio se formaran una melena corta como la de los hombres. Burlóse entónces la vanidad de la ofuscacion de sus víctimas, mirándolas destruir la larga y abundante guedeja que debian cuidar como un tesoro. La romántica vírgen se despojaba por sí propia

del elocuente adorno de su palidèz, sus suspiros y sus lágrimas. Sí, pues el pelo corto y rizado no reviste á la doncella triste y sentimental de la poesía que le comunica la flotante cabellera descendiendo sobre sus hombros en pintoresco desórden. Lucía de Lammermoor con las rubias trenzas esparcidas sobre la blanca espalda y el delirio de amor retratado en los celestes ojos, es la creacion mas interesante con que haya podido recrearse la fantasía y conmoverse profundamente el corazon. Por fin, privando á nuestro sexo de su ondulosa cabellera, perderian el pintor y el novelista uno de sus principales recursos para caracterizarle en la suprema hora de la pena, del espanto, de la afixion, ó del arrepentimiento. Con el pelo cortado adquiere ademas la mujer un aire masculino que solo le sienta en la edad situada entre la adolescencia y la primera juventud, edad de flores que apénas dura un instante, y que es la única en que se le permite asemejarse á un muchacho travieso.

¿Cómo conseguiria la moda—deseando demostrar su omnipotencia—que inmolaran las bellas en sus aras el precioso adorno que inmortalizó á Berenice? Os lo diré *sotto voce*, discretas lectoras del Album Cubano. Parece que hubo en Paris una linda jóven, llamada Matilde, de quien se valió para probar al mundo que si se le antojara disponer que anduviéramos con la cabeza tan desnuda como la palma de la mano habiamos de obedecer inmediatamente ¡Engreida déspota! ¡Ah! Detestemos el tiránico orgullo hasta en las materias del tocador. Pero vuelvo á mi historia. Teodoro, sensible mancebo que habitaba en tranquila provincia de la antigua Gallia donde lo fijaban intereses de familia, se prendó de Matilde durante un viaje que á Paris hizo. Expresó su amor, fué correspondido, y á los pocos meses regresó á su rincon [desde el cual lo llamaba un tio anciano de quien dependia] llevando por único consuelo el juramento de eterna constancia del objeto de sus ardientes votos.

Sin embargo la *filósofa* Matilde léjos de entristecerse con la ausencia de Teodoro se aprovechó de ella para divertirse mas que nunca repitiendo enfáticamente que el mérito de la virtud consiste en permanecer inalterable en medio de las tentaciones. Interin ella reia y bailaba, rogaba Teodoro á su rico pariente le permitiera proporcionarle una nueva sobrina. Pero informado el anciano de la ligereza de Matilde—por una antigua amiga suya residente en la capital francesa—juró desheredarlo si persistia en unirse á una mujer tan frívola y casquivana.

Desesperado Teodoro escribió á su amada el motivo de la oposicion del buen viejo, á lo cual contestó la atolondrada jóven con alegres ó ingeniosas burlas.

Empero de improviso las satíricas cartas de Matilde expresaron la melancolía. Creyéndola Teodoro afligida por sus acusaciones dijo á su implacable pariente con lágrimas en los ojos:

—¡Es un ángel que me adora y que morirá de dolor si persiste Vd. en separarnos!

—Al contrario; es una coquetuela que se mofa de tí y que despues de escribirte epístolas lastimeras distrae sus enojos en paseos y fiestecitas—replicó el desconfiado tio.

De esta vez se equivocó no obstante. Matilde esperimentaba la tristeza profunda que sus misivas indicaban. ¡Sus magníficos cabellos rubios cansados de engalanar su loca cabecita se le caian por matas enteras!

—¿Qué va á ser de mí?—exclamaba trágicamente.—La calvicie en lugar de afear á los hombres suele comunicar hasta á los que no han inventado la pólvora la magestuosa hermosura del talento; pero ellos que la ensalzan en sí mismos la execran en nosotras. ¡No hay remedio! Debo raparme y andar algun tiempo con peluca para evitar con oportuna poda la completa destruccion de la planta. ¡Dura necesidad!

Hallábase entregada á tan dolorosas cavilaciones cuando le llevaron una carta de Teodoro llena como siempre de quejas y recelos. Su lectura le sugirió luminosa idea.

—¡Oh Destino! Saquemos partido de tu rigor —dijo—con un acento que le hubiera envidiado Mlle. Rachel.

Despues tomando la pluma con imponente ademan, escribió lo siguiente:

"¡Cruel Teodoro! Solo una inmensa prueba de cariño puedo convencerte de la sinceridad de mi pasion y no vacilo en dártela. ¿Recuerdas que Demóstenes se rasuró el cráneo para consagrarse á sus estudios en austero retiro? Como el orador de Atenas corto yo ahora mis cabellos

para dedicarme en encierro mas rígido todavía á la memoria de tu amor. ¡Ingrato! Mira y cree. Te envio mi trenza que ¡ay! tantos elogios obtuvo en dias mejores para que te persuadas de que nada importan los atractivos que ya tú no admiras en la infeliz—Matilde."

Al recibir Teodoro el pelo (caido) de la jóven lo enseñó palideciendo á su pariente y le preguntó indignado:

—Tio, tio ¿dudará Vd. aun de mi sublime amiga?

Examinando el anciano, con asombro la espléndida madeja que destruia su desconfianza, se apresuró á responder.

—Ya no dudo, sobrino. La mujer que te sacrifica sus medios de agradar no vacilaria en sacrificarte su vida en caso necesario. Trae esa preciosa perla á nuestra morada, Teodoro. Nunca has ansiado tú con mas ardor llamarla esposa que yo al presente hija.

El excelente matrimonio de Matilde y el afecto que le cobró de golpe el acaudalado anciano pusieron en boga entre las solteras el cortado cabello. La moda indicando á sus partidarias que si segaban sus luengas trenzas conseguirian brillantes bodas, prontas las encontró á adoptar la corta melena que durante algun tiempo gozó de prestigio entre las elegantes. La vanidad y la ambicion son los auxiliares mas poderosos de la caprichosa soberana. Miradla pues con cierto recelo en vez de caminar á ciegas por donde se le antoje dirigiros.

Desde ántes que la moda representara tan importante papel en el mundo, marcó en parte el tocado las diferencias sociales. Comprendiendo la aldeana que los bucles no sientan con el tosco jubon y el humilde zagalejo, ha echado siempre su cabello hácia atras y conservado la sencillez de la silvestre flor. Observando á su turno la dama que la forma del peinado contribuye á la mayor ó menor dignidad del semblante, ha consultado en todas épocas el espejo con atencion profunda para elegir el que conviene á su edad, á su posicion y á sus pretensiones. Por último, hasta los pueblos salvajes, conociendo la influencia que ejerce el arreglo del cabello en la expresion de la fisonomía, lo llevan del modo que mejor armonice con su índole y sus costumbres. Las tribus indias de notoria ferocidad rapàndose el cráneo se dejan un mechon en el centro que adornan con plumas para aumentar con tan extraño tocado el terrible ceño de su rostro, miéntras las dóciles y sumisas dan á sus colgantes guedejas un corte cuadrado en la frente que las reviste de un aire de humildad en consonancia con sus pacíficas inclinaciones.

No acabaria nunca si pretendiera ocuparme por órden cronológico de los mil caprichos que ha manifestado la moda respecto al tocado elevándolo hoy hasta las nubes y bajándolo mañana sobre la nuca, protegiendo tan pronto los largos tirabuzones como los lisos *bandeaux*, y pasando con veleidosa rapidez de las abultadas *cocas* á la melena á lo *trovador*, para despues declararse partidaria de las anchas trenzas entretejidas con cintas de terciopelo é hilos de perlas que ahora se usan tanto. A emprender tan difícil tarea prefiero describir [puesto que todo es tratar de modas] el precioso traje nupcial de la Srta. D.ª María Antonia P..... traje que ví en el acreditado obrador de D.ª Angustias de Flores ántes que la elegante novia penetrara en el templo de Himeneo.

Componíase de amplia falda de *moiré antique* con plateados reflejos, sobre la cual descendian dos sayas de rico punto de Inglaterra separadas por un bullon de tul salpicado de ramos de azahares. Guirnaldas de las mismas delicadas florecillas recogíanlas con gracia en el costado izquierdo. En el lindo corpiño y en las mangas cortas y ceñidas para que luciera el mórbido brazo de la desposada, asomaban por todos lados ramitos de azahares cuya blancura competia con la del espumoso tul tras cuyos diáfanos fruncidos fingian ocultarse coquetamente. Poética corona de azahares y largo velo de punto de Malines guarnecido de encajes de Inglaterra completaban esta distinguida *toilette*.

Muchos fueron los bellos trajes que hizo la hábil modista mencionada para el ajuar de novia de la señorita P..... pero por no extenderme demasiado me limitaré á citaros, ademas del de boda, los dos siguientes: uno es de tafetan de cuadros azules con doble falda. Abrese al frente la superior en forma de levita guarneciéndola ancha franja de tafetan azul turquí. El corpiño escotado se vuelve alto cuando se quiere gracias á una elegante pañoleta de igual tela á la del vestido.

El otro es de *chiné* color de hoja seca con florecillas de claros matices. Estrechos volantes figu-

ran un delantal en la pomposa saya ornándolos en los extremos graciosos lazos. El corpiño y las mangas prueban que la moda tiene á veces ideas lindísimas.

Pero ¿necesito acaso deciroslo? Cuando estas líneas vean la luz pública habreis visto muchas de vosotras en el brillante baile con que se habrá celebrado el bello natal de la Sra. Condesa de S. Antonio, los mil primores que en sus momentos de lucidez produce la hada del tocador á cuya mágica varilla tampoco sabe resistir la razon de los filósofos, puesto que hasta Rousseau le rindió culto prefiriendo la dama que debe la mitad de su hermosura á las sedas, encajes y perfumes, á la desaliñada Vénus extraña enteramente á los secretos de la elegancia. Siento que la anticipacion con que trazo estos renglones me impida daros pormenor alguno respecto á la magnífica *soirée* dispuesta en románticos jardines en obsequio de la gentil cubana que une al prestigio de la elevada posicion, el encanto de fina afabilidad y de seductora belleza. De otro modo apresurárame á describirla. ¡Sí! pues siempre tengo presente lo que puede agradarte, y siempre me anima ¡oh! lectora, el deseo de complacerte apesar de la triste desconfianza con que el dia en que grave enfermedad ú otro inconveniente cualquiera me arrancara la pluma de la mano, te diria como el poeta italiano:

E tu chi sa se mai
Ti sovverrai di me!

Felicia.

REVISTA.

¿Con la relacion de qué suceso daré principio á esta revista? La quincena ha sido fecunda en acontecimientos importantes: la historia de estos dias comienza nada ménos que con un cadalso levantado en el Paseo de Isabel II, y lo que es mas triste todavía, con la ejecucion de la pena de muerte en cuatro individuos que en aquel mismo lugar cometieron un vil asesinato en la persona de un honrado ciudadano. Pero esto no parece propio para una revista que han de leer buenas y bellas damas, y ademas ya los periódicos de la capital han llevado la noticia á toda nuestra poblacion. Consignarémos sin embargo el recuerdo, porque la impresion que todos hemos esperimentado quiere que se fije en nuestra memoria aquel cuadro terrible. Por allí pasais vosotras, lectoras del *Album*, en las tardes calurosas; por allí habeis solido deteneros al dar vueltas vuestros carruajes en las horas del paseo, y hé aquí la causa por que aquellas sombras han venido á abrir esta crónica consagrada á la recopilacion de los hechos de mas interes que tienen lugar en la Habana.

De aquel sitio memorable pasé por la tarde á la Alameda de Paula y esperé la llegada de la noche recostado de bruces contra el barandaje de piedra que rodea por la parte del mar este antiguo y hermoso sitio de recreo. No tardó mucho la invasion de bellos grupos de ámbos sexos: comenzaron á aparecer por las calles vecinas algunos quitrines en que iban cómodamente sentadas algunas de nuestras mas elegantes señoritas, ocupó poco á poco la concurrencia los asientos, se fué extendiendo el movimiento por grados, sonó la música y tornaron las glorias de aquella bendecida Alameda en que tantos hemos pensado, sentido, amado, en que tantos hemos dejado algun pedazo de nuestro corazon!

Los álamos sombríos sacudian sus copas trémulas, los barcos que atracan en los magníficos muelles de aquellos contornos y que se balancean sin cesar, hacian que azotaran las ondas sus costados con un ruido especial, y el canto de uno que otro marinero vagando en esta atmósfera cargada con las armonías del mar y de la banda militar que tocaba la retreta, todo contribuia al embellecimiento de este cuadro. Verdaderamente es una cosa encantadora ver reunidas tantas mujeres vestidas de blanco en la poética Alameda, ver á esos jóvenes galantes que pululan entre ellas, y grato es coger al vuelo, como solemos decir con bastante propiedad, algunas de esas amables conversaciones en que la delicadeza de la educacion y el fuego de las pasiones forman amigable consorcio, en que el espíritu cumple su ley de allegamiento hácia el espíritu, en que el corazon se entiende con el corazon, en que imperan la juventud y el amor.

El célebre trágico Lacoste dió su concierto anunciado en los salones del Liceo. Como era de esperarse quedó con el lucimiento de costumbre en la recitacion de la bella poesía de Victor Hugo, titulada *la oracion por todos* que ha puesto en verso castellano el famoso escritor D. Andres Bello: Lacoste hace de su voz lo que quiere, tiene cualidades sobresalientes, sabe dar á los músculos de su cara inflexiones que convienen y regularmente es muy distinguido en su accion. Los artistas que tomaron parte en la funcion contribuyeron al embellecimiento de esta noche. Gottschalk tocó dos veces en el piano y estuvo tan feliz como siempre. La Sra. Villar de Volpini, los Sres. Rocco, Lorenzana y Volpini desempeñaron sus papeles respectivos con tal perfeccion que los espectadores supieron recompensarlos con ruidosos aplausos.

Se puso en escena en el gran teatro el drama de Rubí *Isabel la Católica*, y el público lo recibió con marcada aprobacion. La compañía de Robreño presentó en lo general un cuadro bueno en sus figuras principales. La Sra. Armenta en el papel de Isabel I.ª, la Srita. Robreño en el del paje y el Sr. Robreño en el de Colon, trabajaron con esmero y recibieron la acogida de que se hicieron merecedores.

Corrieron noticias de que volveria á haber bailes en la deliciosa glorieta de Puentes Grandes: llegó un periódico de esta capital hasta mencionar á los individuos que debian comisionarse para llevar á cabo la empresa, pero luego se pensó en suspender esta resolucion y la gente bailadora está echando de ménos las noches afortunadas de que podia disfrutar en aquel encantado palacio campestre, está lamentando que permanezca silencioso en la presente temporada y para consolarse de semejante pérdida vuelve los ojos á la verde villa de las lomas.

Como tengo que hablaros de todo os daré cuenta de las procesiones del Corpus que salieron respectivamente de los templos de San Felipe y Santa Catalina. Las calles por donde debia atravesar el respetuoso cortejo estaban adornadas con cortinajes y los balcones y ventanas de las casas ocupados por una vasta multitud que contemplaba con la mayor demostracion de recogimiento los pendones de las diversas cofradías que solemnizaban la fiesta y todo el solemne aparato de esta conmemoracion que hace anualmente la iglesia católica.

En la casa del Sr. Morejon tuvo efecto una de esas *soirées* con que este apreciable filarmónico sabe entretener de vez en cuando á sus distinguidos amigos. Tocaron á cuatro manos una fantasía en el piano los Sres. Gottschalk y Espadero y despues fueron tomando su parte correspondiente en el concierto, la Srita. Matilde Bermejo, los Sres. Crucet y Mungolt, el Sr. Lorenzana, la Srita. Francisca de Leon, y el Sr. Druillon. Todos los que tuvieron el placer de asistir quedaron altamente satisfechos y diz que mas de uno murmuró á la conclusion: y cuándo se repite otro concierto? lo que prueba la complacencia que resultó de la bien coordinada fiesta que se celebró en casa del Sr. Morejon.

Pero entre todos estos acontecimientos se reservaba para ántes de ayer el mas lucido de todos como sin duda alguna lo ha sido el que ha dado motivo á la celebracion de los natales de la bella Condesa de San Antonio. Desde la víspera del 13 acudió una gran multitud á la quinta que habita el Sr. Capitan general al pié de la loma del Castillo del Príncipe y que adornada convenientemente presentaba un lindo golpe de vista. Numerosos individuos de tropa sostenian hachones encendidos en las largas avenidas del Paseo de Tacon. Doscientos cincuenta músicos de distintos cuerpos de la guarnicion ocupaban un tablado que habia sido levantado en frente de la casa y llenaban el aire con torrentes de armonía: en los intermedios la banda de Bomberos hacia oir algunas lindas contradanzas del pais. Pocas veces se ha visto en aquellos lugares una reunion semejante; los carruajes de todas clases y una compacta concurrencia hacian casi imposible el tránsito y todos admiraban lo que el lujo y el buen gusto pueden amontonar para el regalo de la vida. En el corredor exterior de la casa quinta, estaban los Exmos. Sres. Condes de San Antonio en medio de una escogida y culta sociedad que habia acudido á saludar á la hermosa dama que era objeto de esta gran fiesta. Bailóse un poco y á las once de la noche aparecieron delante de la quinta preciosas damas que precedidas de la orquesta denominada *Delicias de Colon* y llevando cada una un farolillo se acercaron á saludar á los Sres. Condes que aceptaron con suma complacencia esta sorpre-

sa. La serenata, pues, dejó altamente satisfechos á los concurrentes y fué un preludio digno de lo que debia acontecer al siguiente dia.

La amistad y el respeto rindieron debido homenage á la esposa del Sr. General Serrano, y sábese que desde temprano diéronla muestras de simpatía todos los que la tratan, y aun muchas personas que solo admiran su bondad y estiman sus nobles cualidades. Para mejor comprobante del lujo que reinaba en esta celebracion, copiarèmos aquí lo que un periódico de esta capital cuenta con motivo de estas felicitaciones:—"Hemos tenido ocasion de ver en la platería de D. Manuel Misa, varios de los objetos que le han sido encargados para felicitar á la Exma. Sra. Condesa de San Antonio en su dia. Entre ellos ha llamado nuestra atencion, por ser para nosotros de novedad y buen gusto el siguiente: sobre una base de plata cuadrilonga y como de media pulgada de alto se levantan en sus cuatro ángulos otras tantas columnas del mismo metal. En el frente de cada una de ellas sobresale un escudo orlado de palma y laurel, figurando en el centro una cinta en que se hallan grabados los siguientes nombres: "Peracamps," "Solsona," "Arcos" y "Morella." Sobre las columnas están colocados cuatro ángeles con la rodilla derecha doblada, y las manos levantadas sujetando igual número de bandas. En la del frente se lee: "Banda de María Luisa," y en las otras respectivamente: "Gran cruz de San Fernando, Cárlos III y San Hermenegildo." Descansando en el centro de la primera de las bandas citadas se ostenta un hermoso escudo de oro adornado con banderas, y superado por una corona de conde. En el centro del escudo se lee la siguiente inscripcion:—"El Batallon de Cazadores de la Union núm. 2, á la Exma. Sra. Condesa de San Antonio." Este presente va colocado en una bonita bandeja de plata.

Otro de los objetos á que nos referimos es una elegante tarjeta de oro que ademas de la graciosa guirnalda con que está orlada, lleva en la parte superior una banda de Damas nobles de María Luisa, entrelazada con una corona de duque y otra de conde. Una corona de marqués está portunamente colocada en el centro, donde se lee la inscripcion siguiente: "A la Exma. Sra. Condesa de San Antonio B. S. P. y felicita su dia, el Brigadier Torremegía."

Los preparativos que se hicieron en la quinta para el gran baile, prueban el buen gusto de los Sres. Condes de San Antonio. Al poner las plantas en aquel esplendido alcázar, se creeria entrar en uno de esos recintos encantados de que habla la poesía de los árabes, se creeria estar bajo la impresion de un sueño de la primavera de la vida. A convenientes distancias se levantaban unas especies de columnatas cubiertas de trepadora yedra, y algunos símbolos militares; las paredes entapizadas con telas de colores nacionales, ostentaban varios adornos de guerra; en el salon principal se habia colocado un retrato de Isabel II y en su centro estaba lloviendo flores naturales, si así se puede decir, un elegante jarron de gran tamaño. El frente de la casa estaba iluminado brillantemente, y causaba un efecto maravilloso la profusion de tanta claridad bañando los árboles vecinos, las enredaderas y todo aquel alegre mundo vegetal, que contribuia con sus riquezas naturales al mejor resultado de esta fiesta. Guirnaldas de luces y flores entre lienzos encarnados y amarillos, dispuestos con mucho órden engalanaban la fachada, y bajo un entoldado espacioso se veia un rojo tapiz que convidaba á bailar aun á los que ménos gustarian de este inocente placer. En estos lugares, entre estos jardines, en esos salones, discurria una multitud dichosa y contenta, ostentaba la hermosura sus gracias, la aristocracia sus bandas y cruces, la riqueza sus brillantes, la juventud su vigor y la felicidad su sonrisa ingénua.—¿Qué hubieras dicho tú, sublime Víctor Hugo, que has evocado las sombras de las mujeres muertas por el amor del baile? ¿qué hubieras dicho al echar una mirada sobre esas falanges dispuestas á dejarse arrebatar por el torbellino de la contradanza? Allí estaban algunas copias de aquellas deidades que asaltaron una vez á tu imaginacion fecundísima: la rubia y la trigueña, la jóven pálida y la jóven sonrosada, la que hubiera dado la vida por una hora mas de baile; allí estaban, como hubieras dicho quizas, los alciones que se dejarian hundir con su nido en ese mar de armonías y dulce movimiento.

La orquesta puso por fin en órden todas las parejas y empezó á cumplirse el destino de aquella reunion: pronto onduló suavemente la elegante masa de los concurrentes y se dibujó en todos los rostros una completa satisfaccion.

Pudimos entónces ir contemplando á su vez las hermosas que pasaban, examinar sus tocados, guardar en la memoria algunos tipos y traer en la mente impresas algunas imágenes.

Llegado el momento de describir lo que hemos admirado no sabemos como empezar, por que cuál es la primera y cuál la última? Cuál es la mas bella? Cuál estaba mejor vestida?..... Unas tras otras van atravesando por el dilatado campo de nuestra memoria las lindas jovencitas, las hermosas matronas; ahora nos llama la atencion este grupo, despues esta pareja; no podemos dar preferencia á ninguna, no sabemos á cual corresponde la primacia: si hubierais arrojado la manzana destinada á la hermosura en aquellos salones, hubierais tenido que subdividirla porque entre tantas damas escogidas á quién os hubierais atrevido á consignar el premio?

Opinan algunos que la dueña del palacio estaba mas linda que de costumbre, pero nosotros la hallamos como siempre. Llevaba un vestido de tul blanco, adornado con corales y hojas de terciopelo verde: ceñia su frente una diadema de yedra y coral entrelazada con una corona de brillantes. En consonancia acertada adornaban su cuello hilos de brillantes y esmeraldas. La Sra. Condesa de O'Reilly vestia de tul blanco y adornaba su cabeza un rico adorno de perlas y brillantes. La Sra. Generala de Marina, vestia de gasa rosada de punto con lazos de raso del mismo delicado color con vuelos de encajes y adornaban su cabeza, su cuello, sus brazos y manos, brillantes de gran precio. La Sra. Marquesa de Villalba llevaba vestido tul blanco de doble falda y una diadema de oro y rosa, y aderezo de corales. La Sra. de Villergas vestia un lindísimo traje de moiré antique color de cielo con encajes de Bruselas y afollados de tul, salpicado de mariposas de cinta de raso; su peinado formando corona de cinta y entrelazado con perlas figuraba al frente una mariposa de muchísimo gusto. La Sra. Marquesa de la Real Campiña vestia de tul blanco sobre fondo de moiré del mismo color con tres bullones: cuerpo liso y mangas de tres bullones con adornos de color verde: llevaba un magnífico aderezo de oro y brillantes. La hermosa Sra. de Aldama, vestia de seda azul con sobrefalda de punto blanco bordada de perlas y ostentaba una corona de rosas azules, plumas y brillantes, de notable efecto: su traje estaba formado de varias dobles faldas de tul celeste sobre las que caian otras de encaje blanco recogidas en los costados con grandes rosetas nacaradas; llevaba al cuello dos hilos de perlas. La Sra. Velasco de la Torre vestia de encaje blanco. La Sra. Marquesa de Prado Ameno vestia tul blanco guarnecido de volantes del mismo género con adornos punzó, la Sra. Condesa de Cañongo vestido color de malva con encajes y cintas y ostentaba en su cabeza flores y brillantes; la Sra. de Bustos, traje color de violeta, con vuelos ribeteados de puntilla negra y en la cabeza corona de oro de hojas verdes. La Sra. de Torices vestia de gró rosado con doble falda de encaje blanco; traje *draperie*, diadema de rosas y brillantes y collar de esta misma piedra: sus dos hermanas vestian de gasa blanca y llevaban coronas azules. La Sra. Calvo de Morales vestia punto de Inglaterra, cuerpo de *draperie* y encaje y llevaba un rico aderezo.

Pero no tendriamos espacio para esta revista si nos pusiésemos á enumerar tantos trajes y tantos adornos. El buen gusto que caracteriza á nuestra culta sociedad se esmeró en el tocado de nuestras bellas. La señorita de Cuesta; las Bernabeus, las Orozco, las de Armenteros, las de Justiz, Cisnero, Santaliz, Ealate, Auber, Sanchez, la de Alum, las de Jenkis; la señorita Rosario Vinageras, las de Velazco, la Jáuregui, las Ramirez, la Sotolongo, la del Conde de Lagunillas, las Espelius, la de Diago, de Duquesne, la de Villena, las de Leon, la de Borrell, todas estaban elegantemente prendidas. Hermosas y bien ataviadas lucian la Sra. Montalvo de Herrera, la de Brochero, Villacampa, Vivanco, Gomez de Tuero, Cárdenas, del Rio, Ferrer, y tantas otras que en la noche memorable del 13 fueron gloria y contento de los que asistieron al espléndido sarao que han celebrado los Sres. Condes de S. Antonio.

Recogiendo en nuestra memoria los sucesos de este sarao y comparándolo con los de mas dulce recuerdo que conservamos, tenemos que confesar que este está sin duda alguna entre los mas notables que se han verificado en la Habana en esta última década. La amabilidad de los Sres. Condes de S. Antonio y la bondad de su carácter les está granjeando una espontánea y sincera admiracion no ya solamente de los

que se cuentan en el número de sus amigos, sino del pueblo que ve por fuera estas cosas y que tiene conciencia y corazon para apreciar en ellos lo que á todas luces es digno de aprecio. El consorcio de la autoridad con los buenos modales, la union del poder con la amabilidad, ha hecho en todos tiempos no solo la gloria de los que saben hermanar estas cualidades, sino la dicha y reposo de las masas. El Sr. Capitan general Serrano y su encantadora esposa abren un ancho campo á la espansion libre de la amistad y al repecto y consideraciones de todos, de lo que es una prueba que habla muy alto la alegría, el órden y la franqueza, con que nuestro círculo aristocràtico y lo mas distinguido de la clase media han contribuido al lucimiento del baile de que nos ocupamos.

Servido que fué un opíparo ambigú volvió á continuar el baile hasta una hora muy avanzada. En los intermedios, en las treguas que concedia la orquesta, se anudaba la conversacion, se renovaba la sabrosa plática y cada cual deseaba eternizar aquel placer, aquella música, aquella noche. Modelos de educacion los dueños de la casa atendian á los distinguidos convidados, se mostraban siempre atentos y comunicaban doble alegría á la alegría general.

Cuando una fiesta como esta viene á interrumpir el silencio de los altos salones de los hijos queridos de la fortuna, se regocija el ánimo de la poblacion, y aprueba la sonrisa de los que despues de haber llevado durante el dia á puerto seguro la nave de los negocios públicos, se entregan á un pasajero entretenimiento. Cuando se sabe que los que se están divirtiendo piensan en la suerte del pueblo, y tenemos al mismo tiempo noticias de que se atiende al mejoramiento material y moral de la poblacion y que despues del baile se meditará en el establecimiento de una iglesia, de un colegio de un hospital, de un cementerio, de un mercado, del empedrado de las calles, de la limpieza del puerto, de la persecucion de los malhechores y de tantas cosas necesarías, entónces bienaventurados los que como los Condes de San Antonio saben cumplir como particulares y como personas que se deben al interes público, con su bella é importante mision!

* * *

PROBLEMAS DE AMOR.

En tiempo de los trovadores, cuando la galantería era el asunto de mayor importancia que solia ocupar á las córtes mas cultas de la Europa, fueron instituidos en várias de ellas tribunales de damas, para presidir las asambleas conocidas con el nombre de *córtes de amor*. En las curiosas sesiones de aquel congreso de caballeros y trovadores, se discutian gravemente cuestiones de sentimiento que decidian las hermosas con inapelable fallo.

Hé aquí algunas de las mas curiosas de dichas cuestiones: *el Album* las somete hoy al juicio, soberano sin duda en estas materias, de sus bellas suscritoras.

"Un caballero ha tenido dos amadas: la pri-
"mera no le concedió su corazon sino despues
"de larga resistencia, efecto de que temia mu-
"cho esclavizarse á un hombre: la segunda no
"le hizo suspirar largo tiempo, efecto de que
"tuvo á orgullo aceptarlo por dueño. Ahora
"bien; ¿á cuál de las dos debe estar mas agra-
"decido el amante?"

"Dos damas tienen amadores rendidos. El
"de la una se prepara á lucir su valor y su des-
"treza á presencia de su ídolo, en un torneo
"próximo: sin embargo, ella se lo prohibe y él
"obedece renunciando á la gloria que esperaba.
"El galan de la otra por el contrario, no reco-
"nociéndose diestro ni fuerte en los ejercicios
"guerreros, ha rehusado tomar parte en el
"torneo, recelando la vergüenza de verse ven-
"cido delante de la dama de sus pensamientos;
"pero ella le ordena ir y él obedece resignán-
"dose á todo Se pregunta: ¿cuál de los dos da
"pruebas de mayor sumision?"

"Un novio está tan enamorado de su hermo-
"sa futura, que temeroso sin cesar de perder
"su cariño se alarma á la menor cosa y tiene
"zelos hasta de su sombra. Otro novio ama á
"su bella con fé tan absoluta en su fidelidad
"que ni aun se apercibe de ciertas cosas que
"pudieran hacerle desconfiar. La cuestion es—
"¿cuál de los dos demuestra mas grande amor?"

DEL MIRIÑAQUE ó SEA MALAKOFF.

¿Por qué aunque se clame mucho por el *sexo fuerte* contra el miriñaque, ó sea Malakoff, no se consigue desterrarlo? La razon, á mi entender, es que conviene igualmente á todas las mujeres. Las flacas lo aman porque oculta lo exíguo de sus formas: las gruesas porque le achacan á él su excesivo volúmen. El miriñaque las iguala á todas prestándoles la corpulencia que le place á la moda señalar como elegante y graciosa. Sucede con este actual apéndice de la mujer lo que en el siglo pasado con los polvos: los viejos se aferraron á ellos porque les venia divinamente para disimular las canas; los jovencitos porque con su auxilio creian darse cierto aire de madurez imponente.

El miriñaque tiene, pues, su razon de existir, pero si esto se les alcanza á muchos, pocos serán los que hayan comprendido la *trascendental influencia* de esos globos de crinolina y almidon. Oh! espantaos profundos pensadores del siglo XIX!—Sabed que estamos amenazados de una revolucion en la vida social. El miriñaque va haciendo preciso dar nueva forma á las sillas, ensanche desmedido á los carruajes, anchura superlativa á las puertas, corredores, y pasillos de las casas: mas aun, exige que se permita perpetuamente la libre introduccion de cereales, porque el enorme consumo del almidon nos pone al borde de una crísis temible. ¡A cuántos trastornos y convulsiones políticas no puede dar lugar la carestía del pan en la Europa!.....

Pero no; consolémonos: la moda es felizmente voluble, y podemos esperar todavía que caiga el malakoff..... como cayó el imperio romano! Como cayó Napoleon I volviendo la paz al mundo! Como cayó, en fin, en poder de otro Napoleon, la célebre torre cuyo nombre ha usurpado!

AGUJAS Y ALFILERES.

El sexo femenino debe tener mas curiosidad que los hombres en saber quién fué el inventor de semejantes instrumentos, cuyo uso parece reservado en todo el universo á las mujeres. Algunas consideran mas útil para ellas la invencion de los alfileres que la de los telescopios: y no se envanecerán poco cuando sepan que los griegos y los romanos atribuian á una mujer la invencion de las agujas, del modo de hilar, de tejer, &c. Es lástima que no nos hayan trasmitido su nombre. Lo cierto es que hasta entónces los pueblos se habian valido para coser de los mismos medios de que se valen aun en el dia los habitantes de la Groelandia; esto es, de huesos muy puntiagudos, de espinas, y de cosas semejantes. ¿Sin agujas, cómo se dispondrian esos hermosos trajes de telas finas con que se engalanan nuestras bellas? No es ménos la utilidad de los alfileres: en el tocador son de absoluta necesidad. Su uso comenzó en Francia por el año de 1540; y Catalina Howard, mujer de Enrique VIII, los introdujo en Inglaterra en 1543. Las primeras agujas que se vieron en Inglaterra las fabricó un indio en 1543; pero habiéndose perdido el método con su muerte, le encontró de nuevo en 1560 Cristobal Greeming.

AVISO.

Siguen de venta en la librería de Charlain y en la Secretaría del Liceo, los poquísimos ejemplares que aun restan de las poesías de la Sra. Avellaneda, á $1 4 rs., así como las novelas ESPATOLINO á 5 rs., DOS MUJERES á $1; y los dramas BALTASAR á 6 rs., y TRES AMORES á 5 rs.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

DEL CARACTER Y TRASCENDENCIA DE LA EDUCACION POPULAR EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.

La idea de progreso ensancha sus dominios con asombrosa rapidez. Engendrada en el seno mismo de las puras creencias, acariciada en todos tiempos por la filosofía, robustecida en empeñadas luchas, se desarrolla al cabo en todo su poder y recorre espacios inmensos, hasta penetrar en las mas apartadas regiones de la tierra. Lenta y pausada en sus primeros pasos, no necesita ya sino pocos momentos para cambiar la faz de las cosas. A su impulso la naturaleza humana, invariable en los elementos constitutivos, se ha mudado en los accidentes; cediendo á su eficaz influencia el mundo de hoy apénas tiene puntos de analogía con el mundo de ayer. Ideas, costumbres, instituciones, gobiernos, todo se ha conmovido, todo se ha transformado, todo reclama nuevos y sólidos fundamentos.

¿Ha ganado la sociedad en cambio tan radical y profundo? ¿Ha mejorado la especie humana? ¿Podemos prometernos el bien-estar y la dicha en el porvenir? Creemos que los hechos hablan con voz elocuente al que no cierra los oidos; que el horizonte abierto ante nuestros ojos sonrie de una manera halagüeña á los que no lo contemplan á traves del prisma engañoso y falaz de las pasiones.

La sociedad moderna se distingue por nobles caractéres á que debe su fisonomía peculiar y propia. La libertad, la igualdad civil, la tolerancia, la caridad extienden su imperio entre los hombres y se encarnan en las instituciones. Al paso que se eleva el sentimiento de la dignidad humana decae el espíritu de servidumbre y mejora la suerte y la condicion del mayor número. Los lazos de familia, el amor á la patria y á la humanidad, se purifican y ennoblecen visiblemente. Las sociedades paganas no podian imaginar el amor paterno y la ternura filial puros y desinteresados, ni eran capaces de concebir el admirable tipo del misionero, ni el de la hermana de la caridad. Nuestros padres, sin ir mas léjos, no acertarian á comprender instituciones civiles que pudieran rivalizar, como rivalizan, con las religiosas en el bien de sus semejantes; como no comprenderian tampoco la generosidad y la tolerancia en medio de las manifestaciones populares, ni el espíritu que preside á las guerras entre las naciones, guerras en que á la sed de conquista y dominacion ha sustituido el deseo de la paz, de restablecer la union y armonía entre todas, como elementos de prosperidad

y progreso. ¿Ni quién podria adivinar hace medio siglo los portentos realizados por la ciencia desde que ha salido de su desdeñoso aislamiento, para ilustrar las creencias, suavizar las costumbres, templar las pasiones brutales, producir maravillas y milagros en la industria, y ponerse al servicio de todo el mundo?

La edad media habia encerrado laboriosamente en estrecho y opresor recinto una civilizacion mezquina, bajo el pesado yugo de la inmovilidad de un despotismo supersticioso, que no alcanzaba á comprender la ley del desarrollo de la vida social. ¿Qué extraño, pues, que la explosion fuese violenta, demasiado violenta sin duda alguna, y que al destruir una civilizacion sepultase en sus ruinas hasta sus gloriosos recuerdos?

Arrancáronse, en efecto, de raiz los cimientos en que se hallaban basadas las relaciones sociales, sin dar lugar á que se levantasen los que debian servir de apoyo y sosten al nuevo órden de cosas. Halláronse frente á frente sentimientos y hábitos antiguos con las nuevas convicciones; porque el sentimiento no avanza al compas de la inteligencia. Pusiéronse en tela de juicio los principios mas santos, llevando la discusion y el combate á todos los terrenos. Las fortunas cambiaron de poseedores, y el trabajo no pudo organizarse de pronto bajo un sistema regular y fecundo. Las consecuencias de todo esto eran naturales. No cabian la calma y la tranquilidad entre ruinas y escombros; no era posible la armonía entre la teoría y la práctica, entre los hechos y los principios; las pasiones debian mezclarse en todo y sobreponerse á la razon hasta ofuscarla casi completamente. De aquí la inquietud y el sobresalto: el contraste y las luchas encarnizadas y sangrientas, el orgullo, el egoismo, la ambicion desenfrenada y todos los males, en fin, de que aun estamos amagados en parte. La nueva sociedad tenia que pasar por la infancia, y sufrir los dolores y convulsiones de los cuerpos organizados hasta que se regulariza la vida; dolores que en la de los pueblos se manifiestan por trastornos y disturbios que conmueven y sobresaltan al cuerpo social.

Gracias, sin embargo, al mismo progreso, tantos elementos trastornados y disueltos se reunen y consolidan. La llamada clase media ha conquistado una posicion independiente y digna, á fuerza de trabajo y de economía. La masa general del pueblo, que disfruta derechos que ántes le estaban vedados, que participa de la vida intelectual reservada en otros tiempos á un puñado de hombres, aprovechando estos recursos de que han carecido nuestros padres, sabrá imitar el ejemplo de aquellos, elevando el nivel á que ha estado reducida sin aspirar á destruirlo. Esperemos confiados esta transformacion y prevengamos, en tanto, los trastornos y desórdenes á que puede dar lugar.

Pero los principios proclamados han despertado ya—á la vez que aspiraciones legítimas — ambiciones exageradas é insensatas entre la multitud; ambiciones que son la amenaza del órden existente. ¿Nos encogeremos de hombros y cruzaremos de brazos ante esta amenaza? A nuevos peligros apliquemos nuevos remedios. Busquemos el orígen del mal para arrancarlo. Hagamos conocer á esas clases honradas y laboriosas su verdadera posicion en el mundo, los beneficios con que les brinda la civilizacion moderna, las dificultades y peligros de que les rodea, y encaminémosla por el buen sendero. Enseñémosle á desconfiar de engañosas ilusiones y á buscar el fundamento de la dicha en el órden, en la prevision, en el trabajo y la economía, y sobre todo en las doctrinas de la sana moral. Proporcionémosle, en fin, la educacion conveniente á su estado y necesidades. Hé aquí el remedio de los males que nos amenazan; hé aquí el problema de la sociedad moderna.

II.

Con el nuevo órden social se destruyeron los lazos que impedian los movimientos y el desarrollo de la multitud, dejándola, sin em-

bargo, esclava de la ignorancia y subyugada al imperio de las pasiones.—"Sed libres, entrad en posesion de vuestros derechos,"—se decia á todos y no se pensaba en enseñarles en qué consiste la verdadera libertad, ni en prepararlos para que hicieran buen uso del poder que se depositaba en sus manos. Se les decia, sed libres, como pudiera habérseles dicho, sed ricos, sed dichosos, sin instruirles acerca de los medios legítimos de conseguirlo, y sin darles idea clara y exacta de los bienes que se les ofrecian en perspectiva.—Palabras huecas y vacías de sentido, propias mas bien para exaltar el ánimo que para honrar y enaltecer las clases que se trataba de emancipar.

Semejante conducta no podia ménos de producir los frutos que eran naturales. De aquí las perpetuas convulsiones y trastornos que estamos experimentando: el contradictorio lenguaje que escuchamos de un dia á otro en unos mismos labios; de aquí, en fin, el que hoy se ensalce al pueblo sin término ni medida, para denigrarlo mañana con los injuriosos epítetos de canalla y populacho. Tiene en esto á la verdad gran parte el egoismo de los que encumbrándose en sus hombros se apropian luego para sí y los suyos el nombre de pueblo, despreciando á los que han contribuido á su elevacion; pero la causa principal depende de ese mismo pueblo, que no alcanza á darse cuenta de su nueva situacion, ni acierta la conducta que debe observar porque no se le instruye convenientemente.

Atribuyéndose á la ignorancia este órden de cosas, no tardó en proclamarse como el remedio eficaz la ilustracion general, haciéndose ensayos inauditos para difundirla. Mas la instruccion por sí sola es impotente para agotar los manantiales del vicio, y léjos de hacer el bien templa á veces las armas del mal. Con las buenas ideas se propagan sofismas tan peligrosos como seductores, que ofuscan la inteligencia y se apoderan del ánimo de los que no están suficientemente preparados para descubrir su falsedad. La instruccion indiscreta despierta la ambicion de riqueza, de mando y de placeres, á costa del reposo, del honor, de la virtud y de todo lo mas santo que hay en la tierra; dando comunmente por resultado disgustos y sinsabores, y causando la desventura de los que no logran satisfacer sus desordenados deseos. La instruccion mal dirigida hace entrever acá abajo un paraiso cubierto de flores, cuya entrada no se abre, al parecer, á la multitud miéntras no sale de su esfera y abandona una posicion en que hubiera sido dichosa, para exponerse á los azares y contratiempos de locas é infructuosas tentativas. El falso saber inspira aversion y desden hácia los trabajos mecánicos: hace que el hijo se ruborice de las modestas ocupaciones en que ha vivido su padre con honradez y calma, y excita el orgullo que existe mas ó ménos encubierto en nuestro interior, y que nos impulsa á sobresalir y á elevarnos sobre el nivel de la generalidad, colocándonos en una posicion violenta y precaria, por falta de fuerzas para sostenernos en ella. He aquí los amargos frutos de una instruccion indigesta que ha lanzado de su puesto á multitud de hombres para engrosar las filas de los descontentos y revoltosos, pasar la vida alternando entre la miseria y el crimen, y robustecer las fuerzas de los agentes del desórden y la destruccion.

Ante semejantes peligros no es de extrañar que se estremezcan de su obra los que con mayor fé y energía han contribuido á difundir la instruccion, y que retrocedan con espanto al tocar el resultado de sus afanes. No es de extrañar que, malogrados sus esfuerzos y contrariadas sus esperanzas, lleguen á dudar de la eficacia de la propagacion de las luces y se asocien á los partidarios del imperio de la ignorancia; á los que especulan con la credulidad pública para conservar privilegios injustos que se les escapan de las manos. Así es como á una época de ciego entusiasmo por la instruccion general suele suceder otra de desconfianza, en que asociados los hombres de buena fé con los

que obran por puro egoismo, reprueban á una voz el desarrollo intelectual de las masas y hacen inútiles esfuerzos para contenerlo. Concíbese bien la ignorancia completa del pueblo en otras épocas, llevada hasta el punto de que desconociese la dignidad humana. Hoy que han cundido las ideas entre la multitud, que han penetrado las buenas y perniciosas doctrinas hasta las aldeas mas solitarias y apartadas, no hay fuerzas humanas capaces de reprimir su desarrollo. Los medios empleados para hacerlas retroceder lograrian á lo sumo desviarlas de su marcha regular, extraviarlas, exponiéndose á que en lugar de la luz, se generalizasen el error y los sofismas, y que sustituyesen á la ignorancia conocimientos falsos y erróneos, mil veces mas funestos. Aunque fuese justo y hacedero privar á la generalidad de los hombres del desarrollo de las facultades con que les ha dotado el Criador ¿no seria esto en la actualidad, poner un instrumento ciego á disposicion del mas audaz, cuando los acontecimientos ó las pasiones de los hombres promueven la agitacion y el desórden? No es, pues, la ignorancia medio á propósito para conjurar la fermentacion naciente; ni alcanza tampoco á prevenirla la fria luz de la inteligencia. La instruccion del pueblo ha de preparar el terreno para extender las semillas del órden, del trabajo y de la virtud; ha de ser un elemento de educacion, y de educacion profundamente moral y religiosa.

La instruccion solo ofrece peligro cuando se la considera como objeto y no como medio; cuando se abusa de ella por la perversidad de los hombres. Si es puramente material sin alma y sin corazon; si nutre el espíritu de quimeras irrealizables y extravia la inteligencia, es un azote terrible para el individuo y para el cuerpo social. Por el contrario, cuando se encierra en justos límites produce beneficios inmensos. Enséñese á la multitud á buscar los recursos para satisfacer las necesidades propias de su situacion, haciéndola comprender al mismo tiempo que el hombre cumpliendo sus deberes, es digno de aprecio y consideracion en todos los estados y posiciones, y se apagará esa sed, al parecer insaciable de cambios y novedades. Hágasele conocer que la dicha depende de una vida tranquila, sencilla y laboriosa, y se cegará el orígen impuro de la ambicion y el orgullo. Para esto, encamínese la instruccion, ante todo, á formar el carácter; á arraigar y desenvolver en el corazon las inclinaciones virtuosas, á engrandecer el espíritu, á desarrollar el juicio, á fortalecer la razon é ilustrar la conciencia. Hé aquí en qué debe consistir la instruccion popular.

Organizar esta instruccion, prescindiendo del actual estado de la sociedad y de los progresos de la civilizacion, seria abrir un abismo: reducir la instruccion por temor al abuso es exponerse á falsearla y corromperla: darle una extension desmedida equivale á fomentar el gérmen de males ciertos é inevitables. El problema está en determinar cuál ha de ser la esencia y cuáles los límites de los conocimientos que se propaguen entre el pueblo, y cuáles los medios de hacerlos útiles y provechosos y de evitar el abuso.

La educacion popular debe proporcionar la instruccion necesaria para desenvolver las facultades del hombre como hombre, y los conocimientos elementales de aplicacion inmediata en las profesiones á que se destina la generalidad. Debe ante todo atender al desarrollo intelectual en perfecta armonía con el moral y religioso, y en segundo término, á facilitar el trabajo y hacerlo mas llevadero con los recursos que suministra la ciencia, en cuanto puedan ponerse al alcance de los que están privados de estudios especiales, subordinando todas las enseñanzas al principio moral y religioso.

Sola la religion, en efecto, la fé cristiana, puede servir de base sólida é indestructible al deber, porque es el único principio verdadero que ha resistido y resistirá los embates de los siglos. La religion que nos revela nuestro orígen y el fin para que hemos sido criados; que sin romper con la antigua tradicion humana favorece el progreso y nos

lleva hácia la perfeccion; que nos enseña la ley de lo pasado y la del porvenir, es el seguro guía del hombre en todos tiempos, — especialmente en medio de la confusion y vaguedad de ideas y opiniones encontradas que se propalan sin cesar en nuestro siglo— y debe constituir los cimientos de toda educacion. El sentimiento religioso y moral, profundamente arraigado, prepara el terreno para hacer fecundas las eternas verdades que han de germinar en él. Despues de desenvolver el sentimiento no necesita la masa del pueblo la explicacion de las teorías de la moral, ni el análisis ó exámen de los artículos de la fé, sino sanos preceptos y dogmas puros, presentados con toda la autoridad que llevan en sí mismos por su propio orígen, y hábitos virtuosos que conduzcan irresistiblemente á obrar bien, aun sin esperar el impulso superior que se manifiesta en el fondo de la conciencia. Con tales disposiciones no habrá que temer la difusion de las luces y el desarrollo de la instruccion entre la multitud.

Todos los elementos sociales influyen simultánea ó sucesivamente en esta educacion, de suerte que el hombre aprende con el ejemplo de cuanto le rodea, y se impregna en las ideas dominantes sin buscarlo y hasta sin advertirlo. La iglesia, los libros, la prensa periódica, la enseñanza directa y metódica, las relaciones sociales, el espíritu nacional, las tradiciones que constituyen en gran parte la vida del pueblo, son influencias que es preciso aprovechar para restablecer el respeto á la autoridad, debilitado en nuestros dias; respeto que en los pueblos libres realza la dignidad humana, porque es una consecuencia de la voluntad ilustrada y no de la fuerza material, y para arraigar en el corazon sanas doctrinas y hábitos saludables y duraderos.

Entre estas influencias la escuela de la niñez tiene grande importancia, porque ejerce acaso el primero y mas poderoso impulso en favor de la educacion popular, imprimiendo hondamente en el ánimo ideas y convicciones que suelen dominar al hombre en el resto de la vida. En ella, pues, deben concentrarse las miras de los gobiernos, y de cuantos se interesan por el bien-estar y los verdaderos progresos sociales; pues que en su modesto y olvidado recinto empiezan á formarse las generaciones que nos van á suceder, y desde entónces es preciso someterlas á una direccion acertada y conveniente. Allí ademas del bien que se prepara, la esperanza del porvenir á vista de la inocencia, infunde aliento para no desanimarse en la obra de la regeneracion con el espectáculo del presente.

No es posible desconocer, sin injusticia, el impulso que ha recibido la primera educacion en nuestro siglo. Todos los paises se han impuesto costosos sacrificios en favor de las escuelas; pero apenas han penetrado las reformas hasta el fondo, hasta lo que debe constituir la esencia de tales institutos. Se ha modificado el aspecto exterior, se ha organizado la disciplina, se ha simplificado la enseñanza, pero falta mucho para que la educacion, á la vez que cimentada en sólidas bases, esté conforme en un todo con las necesidades de la época. Complétese la obra y desde entónces, rodeado el niño en la escuela de una atmósfera pura y saludable, protegido en los primeros pasos de la vida, ilustrada su razon, y sobre todo, bien dirigida su voluntad, apreciará la dignidad de la criatura racional, será hombre honrado y laborioso en todas circunstancias, ejercerá con habilidad la profesion á que se dedique, y se considerará y será realmente dichoso con el fruto de su trabajo.

Comiéncese la educacion popular bajo tan favorables auspicios y el influjo de los demas elementos sociales destinados á completarla será tambien fecundo.

Mariano Carderera.

LOS NIÑOS.

Cuando el cielo os ha permitido dar vida á un ser humano, cuando no ha querido que la planta se marchite sin producir fruto, cuando llega un dia en que os veis rodeados de retoños por cuyas venas corre vuestra sangre, conoceis que vuestra existencia se perfecciona y que desde este momento queda cumplida una ley física y moral de la naturaleza. Esta concesion del amor, esta nueva alma que viene por nosotros á tomar un destino entre los destinos de la humanidad, es la primera bendicion que recibimos y el último eslabon de la cadena de órden con que aprisiona la sociedad á sus miembros honrados.

La aparicion de un niño en una casa es un acontecimiento que marca un aniversario en la historia de la familia, es un hecho de que se derivarán otros hechos muy importantes, es un sonido que ha de repercutir en lo futuro. Todos los allegados al padre y á la madre se acercan á la cuna para reconocerlo, todos los amigos comparten este placer y de las entrevistas que con este motivo se verifican, muchas veces resultan acalladas algunas discordias particulares, siempre resultan beneficios positivos que establecen la ternura y el cariño: un recien nacido, pues, es una necesidad que se cumple, una gota de miel con que los ángeles de guarda endulzan los bordes del vaso de nuestras amarguras, un lazo mas que estrecha los corazones. No conviene que envejezcan todos los que componen una familia; urge que siempre haya un vástago que crezca junto al tronco, menester es que se advierta una prolongacion de nuestro nombre; es de gran importancia para el sostenimiento de los afectos y la consecucion del equilibrio moral, que unos suban en tanto que otros bajan, que brillen unos astros cuando los otros se eclipsan.

Silencioso estaba el hogar en que no habia niños: los dueños y criados reian apénas ocupados en los negocios domésticos: los mas jóvenes se mantenian melancólicos pensando en un enlace próximo: todos experimentaban deseos de ir á buscar algun divertimiento en medio del bullicio de las calles y de las plazas públicas; pero sobrevino un amor honesto, del amor un matrimonio, del matrimonio un hijo y de aquí llovió el maná de las alegrías sobre la heredad de la mujer fecunda. Las pisadas sonoras del pequeñuelo que corre por los aposentos, su voz melodiosa resonando en el último rincon, han cambiado el aspecto de la casa, han mejorado las fisonomías taciturnas de sus moradores, han acordado el instrumento cuyas cuerdas parecian destempladas, han hecho un largo dia de fiesta de lo que no era mas que un dia de penosas tareas. El mundo que estaba fuera ya está dentro. Se interrumpe sin embargo á cada instante la unidad del movimiento doméstico, pero como en ningun estado se hace esperar mucho la compensacion; lo que se ha perdido en tiempo y trabajo, se ha ganado en tiernas sensaciones.

Entrais en vuestro aposento para depositar en el papel lo que habeis pensado, lo que teneis en el corazon; para preparar una idea que vender á la publicidad, para rimar lo que no se puede decir en prosa, y bienaventurados entónces si se os presenta la inspiracion anhelada en el rostro encantador de aquella criatura que habeis hecho nacer. Juguetona y bulliciosa ojea los libros que están á vuestro alrededor, sube á la silla en que estais sentado, rie, canta, os interroga, distrae vuestra atencion para proporcionaros tal vez un pensamiento mejor; baja, vuelve á subir, extiende sus manos en torno de vuestro cuello, y la proyeccion de su sombra adorada es para el espíritu lo que el soplo del céfiro sutil para las arpas eólias. El literato favorecido así con la presencia de un objeto hermoso y querido, se modifica en sus abstracciones y se hace insensiblemente bueno y amable, da treguas á sus ocupaciones; con lo que fortifica y renueva sus ideas, y mantiene con mas razon el fuego sagrado que

arde en su mente. Ni la severidad de los estudios metódicos, ni el hábito de la meditacion, ni el interes que encierra el libro que se tiene á la vista, son motivos que podrian hacer prorumpir al literato en un arranque de cólera en la hora feliz en que se acerca á perturbarle uno de aquellos que provienen de él, que han dormido en su seno los primeros sueños, que son pedazos de su propio corazon. "Algunas veces, dice Victor Hugo en armoniosos versos, al remover el fuego en la chimenea nos ponemos á hablar de la patria, de Dios, de los poetas, del alma que se eleva en sus plegarias; pero aparece el niño y adios el cielo y la patria y los poetas santos! La grave conversacion queda detenida en una sonrisa." El niño es en este sentido un sostenedor de la inspiracion, un ente casi indispensable en las sociedades privadas; sirve de estímulo para los buenos sentimientos, sirve para desarrugar la frente del filósofo, para hacer soñar al pintor, para templar en tonos celestiales el arpa del poeta.

Sobreviene el deber que tenemos de educar á los que dependen de nosotros y se siente un regocijo secreto al ir perfeccionando lentamente nuestra obra. Muerta de una vez la austeridad paterna y agonizante el despotismo escolástico, la via por la cual encaminamos á los niños los conduce fácilmente á aquellas regiones apacibles en que mana agua bendita el limpio raudal de la instruccion verdadera. En esta hora comienza á efectuarse la mision de mas trascendencia que venimos á cumplir en la tierra. El interes de hacer de los niños unos hombres útiles, impulsa los conocimientos y establece la correspondencia mutua entre los que vienen á la vida y los que van á la muerte; así está ordenado para que se mantengan las ilusiones y se multipliquen las esperanzas: así está dispuesto para que se vayan renovando las sociedades, para que se desarrolle la ciencia, para que haya flujo y reflujo, para que sea constante el renacimiento, para que permanezca la juventud que es la fuerza motriz que hace mover la máquina moral.

El papel que representan los niños en los pueblos es en todos conceptos digno de severo estudio, porque de ellos provienen las generaciones y no sé que haya algo mas importante que la primera palpitacion de la robusta vena de las sociedades: ellos son el embrion de lo que está por venir y si no ponemos gran empeño en la organizacion de lo desconocido, mañana tocará á nuestras puertas Caligula y querrá dejarnos una serpiente que nos devore; Neron procurará incendiar una ciudad para perseguir á los que tengan fé en el Cristo; resusitará Alarico; vendrá el caballo de Atila y donde ponga las plantas no volverá á nacer yerba.

Del alimento cotidiano que hemos de dar á la infancia dependerá la salud de la pubertad y la hermosura del estado viril. Tenemos que preparar el terreno en que hemos sembrado el arbolillo y si es posible limpiar la atmósfera que le circunda de aquellos fluidos nocivos que se exhalan en las cercanías para que las condiciones exteriores no interrumpan los fenómenos nutritivos: tenemos que separar los vegetales inútiles que pueden ahogar su existencia: tenemos que regarlo, que presentarlo á la luz, para que encuentre en el agua y en el aire las sales de los elementos de sus órganos; para que se alimente y crezca.

El amor á los niños moderará las inclinaciones, hará delicioso el hogar, estrechará los vínculos de la familia, é impulsará constantemente el progreso hácia su esfera indefinida. Vemos sin embargo que muchos de estos desgraciados pequeñuelos nacen sin culpa á probar todo lo que tiene de amargo el crímen, y el abandono brutal de tantas criaturas inocentes es todavía un hecho que encuentra imitadores. Miéntras haya una mujer infame que deposite en las puertas de un templo un bulto en que deja un pedazo de sus entrañas, miéntras haya jóvenes que tomen parte en uno de esos proyectos en que no solo se ataca á los nacidos, sino muchas veces á los que están por nacer, es evidente que la maldad y la ignorancia se están dan-

do un beso impuro en la oscuridad y que está por tanto amenazado el reposo público.—Violentar pues el primer instinto, envilecer la maternidad, asesinar á un ser indefenso ó contribuir á su asesinato, exponer los niños á que los devore el diente del animal que pasa, es echar un plomo odioso en el platillo de la balanza de la conciencia, es desordenar la armonía moral, es socavar por su base la obra perfecta de Dios. ¿Cuál será el que en tal estado de cosas cumpla con la ley á que está sujeto? El filósofo que piensa, el poeta que canta, el que protege las ciencias y alienta las artes, el que funda colegios, el que por cualquier medio esparce en torno suyo la luz regeneradora, el que abre los ojos al ciego.

Al contener la esterilidad el curso apacible de los acontecimientos naturales, no solo hace llorar de pesadumbre á los dioses penates, sino que hace aparecer como maldecida la raza y funda así el tedio entre los enlaces íntimos. Dignos de proteccion por su debilidad, agradables por su belleza, interesantes por su incierto destino, los niños son los llamados á remediar un órden de cosas que es contrario á la felicidad, y reclaman el cariño de grandes y pequeños: perverso es aquel que no dice al verlos: *Dejadlos que vengan á mí!* En ellos encontramos un espejo de nuestro pasado, una continuacion de lo que somos y una esperanza de lo que será el porvenir del género humano. Por eso os he manifestado que cuando el amor hace gracia de la fecundidad á nuestras mujeres, hemos recibido la primera bendicion y ántes que os lo asegure yo ya lo han asegurado las eternas verdades de la historia y la ley de las armonías del universo.—¿Qué haces, patriarca de Israel, sentado durante el mayor calor del dia á la puerta de tu tienda en el valle de Mambré? Tu esposa es anciana y su criada la ha despreciado porque es un árbol sin flor, porque no ha dado á luz un ser que le sobreviva; tu rostro indica que no estás contento, tus ojos fijos en la tierra han dado á entender á los viajeros enviados del Señor que hay en tu alma alguna melancolía. ¿En qué piensas? Te hace falta un niño que perpetúe tus virtudes, porque eres el elegido para caudillo de gente fuerte; desarruga tu ceño, pronto nacerá Isaac, *et habebit filium Sara uxor tua!*

Juan Clemente Zenea.

BOSQUEJOS LEVANTINOS.

EL HAREM—LAS ESPOSAS—LAS ODALISCAS—EL RETRATO.

Una vírgen turca ha inspirado amor á un desconocido, y miéntras va al baño, invisibles manos siembran ramilletes de jacintos por su camino. Las sirvientes de los baños que hacen el oficio de Mercurio, le hablan de cierto *efendi* que aspira á poseer su corazon, como un ruiseñor suspira por la posesion de una rosa. La rosa no sabe escribir, y por lo tanto no se expone á comprometerse con billetes amorosos; pero la mediadora se encarga de responder al efendi que sus obsequios no desagradan. Este se dirige entónces al padre y le pide la mano de su hija. Dado el consentimiento se manda á la jóven que ame, honre y obedezca á su marido. Fijado el dia del enlace, se casan ante el cadí, y los rayos que se desprenden de las miradas del efendi se reflejan por la primera vez, en el aposento nupcial, en los ojos de la desposada.

Todas sus compañeras envidian el cambio ocurrido en su situacion: si es la única mujer de su esposo, reina en el serrallo sobre una tribu de esclavas, y si, al contrario, su marido tiene dos ó tres mujeres mas, participa con ellas de los placeres de su imperio doméstico. Cada semana su marido le da periódicamente una prueba de su afecto conyugal: entra en el serrallo á las doce y vuelve despues de ponerse el sol, cuando ha acabado sus pa-

seos sucesivos por los diferentes bazares. Hace sus abluciones vespertinas; una de sus mujeres le perfuma la barba con una botellita de esencia de rosa, miéntras que otra le presenta un espejo con mango de nácar, y la tercera le alarga una servilleta bordada. Las mujeres están en pié durante las comidas de su señor ó marido, y cuando ha acabado de comer, traen para ellas cierto número de manjares adicionales. La crianza consiste en comer sin glotonería las golosinas que les presentan y á las que son sumamente aficionadas.

Cuando se ha acabado la cena, se retiran los criados, y los concurrentes beben *rosolí*; he visto á algunas señoras turcas que tomaban tres ó cuatro copas en el espacio de diez minutos. El amo del serrallo recibe por lo comun su pipa de manos de una jóven esclava que se la presenta de rodillas, y por la mañana una de sus mujeres le da el café, besándole respetuosamente la mano. En esta hora del dia solo se atreven á sentarse delante de él las que tienen el honor de ser madres; pero despues de la comida vespertina se destierra toda etiqueta, porque no es cierto, [como dice el señor Pouqueville] que los turcos conservan su gravedad aun en el interior de su serrallo: al contrario, se entregan á la mayor licencia en sus orgías nocturnas, y sus ruidosas carcajadas resuenan hasta las casas vecinas. Esta misma gravedad del *Osmanli*, durante el curso del dia, me parece resultado de los excesos de la noche anterior. Algunos he visto que permanecian todo el dia tendidos en sus almohadon, fumando su larga pipa, miéntras que una de sus mujeres, comunmente la preferida, le hacia cosquillas ligeramente con los dedos en la planta del pié. Este es uno de los mayores deleites del serrallo; y un aficionado al ópio me decia que en sus deliciosos sueños se imaginaba siempre que le hacian cosquillas las huris celestes de ojos negros.

Las mujeres se dedican continuamente á grangearse la voluntad de su comun esposo: una le borda un rico vestido; otra le divierte con un instrumento parecido á una espineta; y la tercera ostenta bailando la elegancia de su talle. Su señor no echa el pañuelo á la que prefiere, como se supone en una fábula popular; bástale una sonrisa. Luego que se conoce que una de las beldades del serrallo es preferida á sus compañeras, se la obsequia con el mayor respeto. Cuando va al baño se distingue por la altivez de su continente. ¡Desgraciado del cristiano que se encuentra entónces en su camino!—Las damas turcas de distincion me han insultado con mas frecuencia que las del pueblo. Parece que el fanatismo de las mujeres crece á proporcion que su categoría. Es menester que el viajero se acostumbre á oirlas murmurar en sus oidos, cuando pasa á su lado: "ojalá la peste caiga sobre tu casa! ¡ojalá los pájaros ensucien tu barba pelada, y que la mujer con quien te cases sea estéril!"—Estos son sus cumplimientos acostumbrados con los extranjeros; por lo ménos tal nos trataban ántes de la guerra de Oriente, pues parece que despues estos instintos de repulsion se encuentran modificados.

Un dia que yo me hallaba dibujando en la llanura de Delma-Batchi, se acercó á mí una mujer turca acompañada de un esclavo negro y de algunos niños, y despues de haber contemplado mi dibujo por encima del hombro se colocó en frente separando el velo y haciéndome seña de que la retratase. Consideréla atentamente y empecé á delinear sus facciones. Era tan bonita que no pude ménos de enviarle un beso con la mano como hacen los niños en Francia. Púsose colorada y llenándome de denuestos hizo un ademan como si fuese á desenvainar un sable. Conocí mi imprudencia, y fingiendo no reparar en su cólera seguí dibujando una vista de Escútari. Cuando observó que no continuaba su retrato me hizo una caricia en el hombro con voz suave y halagüeña. Cediendo á la seduccion de estos halagos iba á volver á mi grata tarea, cuando espantada por notar que se acercaban algunos turcos, se retiró prontamente echándome miradas significati-

vas. Apénas habia desaparecido cuando se me acercaron muchas jóvenes que miraron mi dibujo, tiraron mi sombrero, me escupieron el rostro y huyeron arrojándome piedras. «*¡Ah, signore!* me dijeron en italiano unas señoras griegas que presenciaron esta escena, *¡son cattiva gente, gente bárbara, canaglia; non turbatevi, signore, son maladetta gente senza fede!*»

Toda la educacion que reciben las mujeres turcas parece dirigida á escitar su fanatismo é intolerancia. Cuando una dama quiere visitar á sus amigas, se lo avisa con antipacion para que no haya hombres en el interior del serrallo. Al instante que entra se quita el velo y recibe los *salems* de todas las mujeres que estan presentes, fuma una ó dos pipas, y despues la obsequian con frutas, conservas y sorbetes. La conversacion recáe comunmente sobre los adornos ó sobre anécdotas escandalosas. Cuentan que se sospecha de una hermosa vecina que ha bordado un bolsillo de seda para un extranjero, que levanta su velo en la calle y habla con los hombres. Todas las circunstantes expresan entónces un sentimiento de horror por tanta depravacion, escupen en el suelo en señal de desprecio, y se manifiestan contentísimas cuando les dicen que el marido se ha interpuesto y que ha castigado á su culpable esposa arrojándola al mar. Asistí un dia á una conversacion de esta clase, y quedé pasmado al ver que las mujeres aplaudian las feroces venganzas del hombre en vez de compadecer á la desgraciada víctima.

La mujer querida y única de un hombre rico no tiene grandes motivos para quejarse de su suerte. Léjos de estar cautiva se pasea libremente en un carro dorado, tirado por un par de bueyes: se divierte embarcada en su elegante esquife por las risueñas orillas del Bósforo, reina en el serrallo como en el corazon de su esposo, y Metastásio hubiera podido decirle «*Siete schiava, má regnate nella vostra servitú.*»

M. de E.

SECCION SEGUNDA.

GRANDEZA DE DIOS

EN SI MISMO Y EN SUS OBRAS.

IMITACION DEL SALMO 103.

¡Bendice, ¡oh alma mia!
Bendice de tu Dios la omnipotencia,
Y difunde con ecos de alegría
Su sábia providencia!
Es ¡oh Señor! la inmensidad tu asiento;
La luz tu vestidura;
Tarima de tus piés el firmamento;
De tu querer el universo hechura.
Las brillantes estrellas
Son de tus pasos luminosas huellas;
Tus ministros los fúlgidos querubes;
Tus agentes los puros elementos;
Tus carrozas las nubes;
Tus corceles los vientos.

Tu mano abrió las puertas de la aurora;
Tu dedo al sol le señaló carrera,
Haciendo que su luz germinadora
La vida difundiera;
Y al eco de tu acento sacrosanto,
La noche triste y grave
Acudió envuelta en magestuoso manto,
Brindando al mundo su solaz süave.

Mandaste al mar que *fuera*,
Y el mar se alzó rugiente
Cual si á los astros apagar quisiera;
Mas allí do tu diestra omnipotente
De humilde arena le trazó barrera,
Allí rompe sus ímpetus pujantes,
Y con ronco gemir rinde obediente
Las olas espumantes.

Por la ecuórea llanura
Nadan séres sin cuento,
Que hallan albergues en su sima oscura
Y en su salobres ondas alimento;
Miéntras la surca lento
—Alzando al resollar chorros de espumas—
El gran mónstruo marino
Que reina entre las olas y las brumas;
Y naves arrogantes,

Tendiendo al aire su turgente lino,
Para playas distantes
Se abren entre ellas líquido camino.

Tú alzaste las montañas;
Tú extendiste los llanos;
Tú henchiste de la tierra las entrañas
Con preciosos metales;
Tú la cubriste de árboles lozanos;
Plantas medicinales;
Salutíferas yerbas que sustentan
A brutos numerosos;
Flores fragantes, que á la par que ostentan
Matices primorosos,
—Con que á los campos esmaltar te plugo—
Le brindan en sus senos virginales
A la industriosa abeja el grato jugo
Que convierte en dulcísimos panales.
Tú haces, en fin, que la fecunda tierra,
—Que tesoros encierra—
Cumpliendo tus designios soberanos
Brote, cual madre amante,
El pan del hombre en suculentos granos;
Y aun mas próvida y rica
El vino, que restaura y fortifica,
En los racimos de la vid flotante.

Tú haces correr las fuentes
Por los valles umbríos;
Tú señalas el curso de los rios
Regando las campiñas; tú despeñas
En sonoras cascadas los torrentes;
Tú de los centros de las rudas peñas
Desatas manantiales
En que apagan su sed los animales;
Y á cuyo placidísimo murmullo
Desde su nido, que en la roca esconde,
La enamorada tórtola responde
Con querelloso arrullo.

En lóbregas honduras
El topo sabe procurarse asilo;
Trepa ligero el corzo á las alturas;
Busca albergue tranquilo
La liebre temerosa entre las breñas;
En los ásperos montes el venado;
El cuervo en agujeros de las peñas;
Y al ejército alado
Le anuncian la estacion de los amores
Bandadas de cigüeñas,
Que ántes que broten las primeras flores
Van á dejar sus nidos
De las ramas del cedro suspendidos.
Cuando la noche espesa
Envuelve al mundo en lúgubres crespones,
Demandando su presa
Se lanzan de sus grutas los leones;
Mas cuando el alba pura
Se asoma por las puertas del Oriente,
La caterva rugiente
Torna en tropel á su guarida oscura;
Y sin recelo el hombre
Que al trabajo condenas,
Sale á emprender sus útiles faenas,
Bendiciendo tu nombre.

¡Cómo brilla tu sábia providencia
En tus obras sublimes,
Y cómo el sello de tu gran clemencia
En todas ellas poderoso imprimes!
¡Tú eres, mi Dios, tú eres
El Padre universal! Todos los séres
Claman á tí por su alimento, y vano
Nunca fué su clamor. Tú abres la mano
Y se sácian de bienes,
Que para todos preparados tienes;
Mas si de ellos se aleja tu mirada
Túrbanse al punto con pavor profundo,
Y si retiras tu hálito fecundo
Se vuelven á la nada.
Que es tu soplo la vida,
Tu voluntad la ley del universo;
Y tu bondad—que del insecto cuida—
Ni aun del hombre perverso
Que tu poder desconoció, se olvida.

¡Mas huyan los ingratos!
¡Disípense cual humo los impíos!
Y tú ¡fé santa! con mayores bríos,
De la esperanza á los acentos gratos,
Por cuanto alumbra el sol y el mar abarca
Tiende las alas con que al cielo subes,
Clamando:—"¡Gloria al inmortal Monarca
Cuyos agentes son los elementos;
Sus ministros los fúlgidos querubes,
Sus carrozas las nubes,
Sus corceles alígeros los vientos!"
"¡Gloria al Rey de la altura
Cuyas sagradas huellas
Son lucientes estrellas;
La luz su vestidura;

La inmensidad su asiento;
Tarima de sus piés el firmamento,
De su querer el universo hechura!"

G. G. de Avellaneda.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

ASPASIA.

Nació Aspasia en Mileto, ciudad de Jónia, y recibió su educacion en Aténas. La extraordinaria belleza con que la favoreció el cielo no debe ser apreciada como su primer título á la fama que alcanzó entre los griegos y que nos ha sido trasmitida al traves de las edades: la ilustre mujer que enriquece hoy la interesante *Galería* que vamos presentando á nuestros lectores, fuè tambien uno de los mas bellos talentos del siglo de Pericles; uno de los astros esplendorosos que brillaron en el cielo de la Grecia en aquellos últimos tiempos de su dominacion y de su gloria.

La morada de Aspasia, templo de la hermosura y de las artes, reunió desde luego cuanto de mas selecto encerraba en su recinto la *ciudad de Minerva*, y Sócrates, Pericles y Alcibiades no se desdeñaban de recibir de la jóven Milesiana, lecciones de elocuencia. Honrábanse igualmente con tenerla por maestra las doncellas mas distinguidas, y esta circunstancia presta grande apoyo á la opinion de los que juzgan calumnias de la envidia y de la maledicencia cuantas acusaciones se lanzaron contra las costumbres de Aspasia; pues—como observa con justicia uno de sus biógrafos—ó su conducta no era en realidad la que sus enemigos le atribuian, ó toda Aténas era tan corrompida como ella; puesto que los hombres mas ilustres enviaban sus hijas para que se instruyesen en su escuela.

Prendado ciegamente Pericles de los encantos de la bella preceptora, repudió á su mujer para elevarla á su tálamo, redoblándose entónces, como era consiguiente, las ensañadas censuras. El partido adversario de aquel grande hombre, queriendo herirle en lo mas vivo del alma, llevó su encarnizamiento hasta el extremo de acusar á Aspasia ante el Areópago como corruptora de las costumbres públicas. Pericles se presentó al tribunal acompañando á su nueva esposa, y ésta, alentada en vista del tranquilo é imponente aspecto del que tenia en su mano los destinos de la Grecia, pronunció su defensa con elocuencia tan irresistible que, dejando confundidos á sus acusadores, arrancó de los jueces completa justificacion.

No desistieron, sin embargo, los furiosos contrarios de Pericles y en otra ocasion volvió á ser acusada la mujer por cuya influencia le suponian dirigido. Pretendíase probar entónces que Aspasia era impía, pues no prestaba crédito al poder de los dioses y se burlaba de los efectos que eran atribuidos á las constelaciones celestes: acusacion que si era fundada nos prueba hoy la superioridad de la que fué objeto de ella. Severo el Areópago respecto á esta clase de faltas, oyó sin desarrugar el ceño un bello discurso en que Pericles intentó justificar á su esposa, y notándolo ella, y vivamente afectada por el recuerdo de las graves penas con que era castigada la impiedad, prorumpió de repente en lágrimas y sollozos. Pericles—que sabia por propia esperiencia cuan bella era Aspasia cuando la poetisaba el dolor—se aprovecha hábilmente de aquel instante, y arrancando el velo que cubre á la acusada, muestra su rostro hechicero inundado en cristalino llanto. Los areopagistas, fascinados y conmovidos, decretan al punto la absolucion.

El poder de Aspasia sobre el corazon de su marido fué verdaderamente ilimitado, segun los historiadores, y aun parece cierto que abusó de él alguna vez para satisfacer venganzas imprudentes. Se le acusa de haber hecho emprender á los Atenienses una guerra, orígen de otra mas larga que la célebre de Troya, (1) por castigar á unos jóvenes megarienses del rapto de dos discípulas suyas. Sea de esto lo que fuere, nadie puede negarle á Aspasia la

---

(1) La guerra del Peloponeso, que fué emprendida por socorrer á los megarienses, é indemnizarlos de los estragos que hizo Pericles en su territorio.

gloria de haber contribuido poderosamente á inspirar á los atenienses el gusto por las bellas artes, de haberles dejado una Academia de elocuencia y poesía, de que durante su influencia, en fin, alcanzó aquel pueblo—cuya decadencia fué luego tan rápida—el brillante apogeo de su ilustracion y de su gloria.

G. G. de Avellaneda.

HISTORIA DE UN SUICIDIO. (1)

Dichosa tú que hallastes en la muerte,
Sombra á que descansar en tu camino,
Cuando corrias mísera á perderte,
Y era llorar tu único destino.

(ESPRONCEDA.)

Habia en esta comarca una mujer jóven y hermosa, de alma buena y de corazon nobilísimo. Amaba mucho, creia mas, y procedia mejor; por lo cual era admirada como raro dechado de pasiones generosas, de fé profunda y de caridad ferviente.

Como todas las criaturas racionales dotadas de esquisita sensibilidad, tenia mucha tristeza en la imaginacion, y bañaba siempre sus pensamientos en la fuente de melancolía con que enriquece la naturaleza á los corazones predestinados al martirio del desengaño.

De cuerpo era elegante, de genio dulce, de ánimo altivo.

En ocasiones se coloraban de repente sus pálidas mejillas, centelleaban sus grandes ojos negros, y se sonreia tristemente. El resplandor de oculta llama subia al rostro: el corazon se delataba en la mirada: la amargura del amor vago y estéril, ó del amor desengañado y vendido, se pintaba en los labios.

En la primavera de la vida perdió á sus padres; y convertida por esta terrible desgracia en cabeza de familia, sirvió de madre á sus hermanos pequeñuelos. Así, condenada á no gozar nunca los santos placeres de la maternidad, conoció y sobrellevó desde muy temprano sus graves deberes y sus tremendos sinsabores. Fué madre para amar y padecer: no para gozar y ser querida.

Amante sin galan, madre sin hijos.

La mujer que tiene ardor en la sangre, fuego en la imaginacion y orgullo en el carácter, renuncie á la felicidad, y créame: mas le valiera no haber nacido..... Pocos hombres son capaces de conocer y pagar el amor de una mujer semejante; y no conocido, no pagado, ese amor se convierte en asesino de la criatura que le ha concebido y que le abriga.

Para las mujeres de esta clase hay tambien otro caso de muerte: aquel en que, conocido y pagado, su amor es imposible en la tierra, por ser á los ojos del mundo ilegítimo. Ilegítimos llama el mundo, á las veces, los testimonios que da contra sus juicios y sus leyes la naturaleza.

Pues cuando una de estas dos cosas sucede, suena para la mujer la hora de su verdadero combate en la tierra.

Entónces la sangre, la imaginacion y el orgullo se levantan y combaten contra el cuerpo dentro del cuerpo.

Y la sangre dice: "Una fuerza irresistible y desconocida hace hervir sin cesar en tus venas y llevar los huracanes y las tempestades al corazon: aplácame ó pereces."

Y dice la imaginacion: "Esa fuerza irresistible y desconocida, tambien me lleva á mí por la tierra y por el cielo, como un coche de vapor sobre carriles de hierro hecho ascua, en busca de un bien que solo yo puedo concebir, y que no alcanzo: cede á mi voz, ó el fuego en que me abraso hará evaporar tu sangre, y reducirá tus huesos á cenizas."

Pero el orgullo responde: "Sufra y perezca el cuerpo, y desespere el alma, ántes que el mundo pueda decir: *yo te desprecio.* ¿Qué importa la voz de la naturaleza clamando dentro de tí? ¿Qué importa el fallo de la razon en favor

(1) La historia de este suceso, ocurrido en Sevilla el 19 de Marzo de 1844, es verdadera hasta en sus mas insignificantes pormenores, y creemos complacer á nuestros suscritores al reproducirla—tal como la hallamos en una publicacion de Madrid—no solo por su interes vivísimo, sino tambien por la circunstancia de ser debida á la pluma de un ilustre escritor americano, cuya pérdida reciente llorán todavía todos los amantes de las letras.

de la naturaleza? En vano la naturaleza y la razon te justifican ante la conciencia, que es el reflejo de Dios; porque los hombres han querido que tu razon sea muda, tu naturaleza insensible, y tu conciencia esclava."

Así blasfeman las pasiones humanas cuando no vuelan regidas por el freno saludable de la religion.

Ahora bien: el peor estado de la criatura racional no es el de ser desgraciada por la culpa cuando la culpa va acompañada del remordimiento; porque Dios ha querido que éste nos consuele al mismo tiempo que nos castigue y fortifique. Y nos consuela, porque rehabilita y aviva en nosotros las ideas de la justicia divina, nos reconcilia con nosotros mismos, y nos hace reconocer, con cierto noble orgullo, que aun tenemos fuerzas para elevarnos hasta la contricion y la enmienda. El remordimiento es la lanza de Aquiles con su virtud fabulosa de curar las heridas que hacia.

No: el estado peor de la criatura, su estado de muerte, es el de no poder ser dichosa por la accion que considera permitida segun su razon, al paso que la ve criminal segun el mundo.

En esta lucha del orgullo que huye de la vergüenza pública, contra el instinto y el pensamiento que tienden á emanciparse de la sociedad, padece el corazon el tormento de Tántalo: mas duro, mas cruel aun, por cuanto no es la fuerza ajena, sino la propia, mal dirigida, la que nos impide gozar del bien á que nos es imposible renunciar. Esa es la lucha de los Titanes contra el cielo: lucha desesperada en que las armas lanzadas contra los enemigos, se vuelven por sí mismas á herirnos, sin ofenderlos, en lo mas vivo de nuestra llaga. Es el combate imposible y monstruoso de uno contra todos, de la criatura contra el mundo, de la unidad contra lo infinito: combate triste, en que el vencimiento es la muerte, porque es el sacrificio; y en que la victoria es la vergüenza, porque es la felicidad adquirida por la culpa. El mundo perdona la felicidad que obtenemos engañándolo; no la que conquistamos venciéndole: mata el valor, corona la perfidia. La hipocresía obtiene el laurel: á la franqueza da el cadalso. Triunfa en él la adúltera solapada que lleva los ladrones al hogar paterno; y perece entre el fango la ramera que solo se daña á sí misma, y que tiene al ménos el valor de cargar con la responsabilidad de sus propios actos.

Al fin, el noble corazon incapaz de fingimiento, y demasiado débil ó demasiado fuerte para sobrellevar un tormento perpetuo, entra en cuentas consigo mismo, y suma los sufrimientos añadiendo á cada dia del año todas las horas del dia y todos los minutos de cada hora. El total es el suicidio.

¿Hace bien? ¿Hace mal? Compadezcamos, no condenemos. De la aritmética del corazon solo Dios conozca, solo Dios juzgue. Ningun corazon puede medir la fuerza ni la debilidad de otro corazon: nadie tiene la medida de su propio corazon: mucho ménos del ajeno.

Pues sucedió que esta mujer tuvo del amor las espinas, no las flores.

Cuando las leyes de la sociedad le permitieron amar, amó y no fué amada. Cuando las leyes de la sociedad quisieron imponer silencio al corazon, el corazon habló; pero habló consigo mismo: habló para el sacrificio, no para la fruicion. Cuando el corazon habla así, es como la madre que concibe y nutre á su hijo para entregarlo despues, crecido y bello, al cuchillo de un verdugo.

Y llegó un dia en que al mirar en derredor de sí, se halló sola: con su pasion sin esperanza. Así se halla algunas veces el que viaja en un desierto: con sed y sin agua. Y dijo: "beberé la lluvia del cielo, si cae;" y la lluvia del cielo no cayó.

La lluvia del cielo es la esperanza. Entónces la sangre, con el ánsia de la sed, se enardeció y corrió como fuego por las venas; quemó el corazon y trastornó la inteligencia.

Y cuando la inteligencia se trastorna, el pensamiento de la muerte es el pensamiento de la felicidad.

Yo ví su cadáver arrojado por las aguas del Guadalquivir á una playa desierta. ¡Qué cadáver! No se conocian sus facciones. Los ojos, comidos por los peces del rio, ya no existian: en su lugar habian quedado dos cavidades profundas llenas de arena, salpicadas de sangre. La nariz habia desaparecido casi enteramente; y las mejillas no eran mas que dos masas informes de carne lívida, jaspeada de vetas azules, moradas, rojas, amarillas: de todos los colores de la muerte. La boca se habia contraido de una manera horrorosa, formando con los labios

un hoyo del cual manaba, como de una sentina asquerosa y fétida, una agua negra á veces, á veces verdosa, las más sanguinolénta. Los piés y las piernas estaban desnudas, y es imposible describir los infinitos colores que tenian: eran los colores de una carne primitivamente blanca, y ya en putrefaccion. Lo ùnico que se conservaba intacto era el pecho: albo, turgente todavía: un pecho de vírgen, en el cual se veia, acaso por disposicion de la Providencia, el testimonio de la inmaculada castidad de la víctima. Los vestidos se hallaban pegados à trozos en el cuerpo: tal giron cubriendo parte de la deforme cabeza: cual otro la espalda: un refajo encarnado la cintura hasta las rodillas. Los cabellos yacian esparcidos sin órden, húmedos, pegajosos y salpicados de arena, por el rostro monstruoso y sobre el cuello horriblemente hinchado y partido con una soga de esparto. Esta soga fué empleada para sacar el cadáver del rio, y nadie habia querido ó se habia atrevido á quitársela.

Hubo muchas dificultades para conducir este cadáver desde la playa al cementerio de un pueblo cercano. Los mas querian que se enterrase allí, entre la arena, como una piedra despreciable: y en realidad, ménos que una piedra despreciable era aquel cuerpo, porque era la tabla rota de un naufragio.

Un hombre ébrio, cubierto de andrajos, y un mendigo inválido, se decidieron por fin á trasportarle, con la esperanza de ganar algunos cuartos abriendo el hoyo: el vicio y la mendicidad especulaban con la muerte de la suicida. No ví la compasion en ningun rostro: la caridad en ningun pecho. Los espectadores comentaban, cada cual á su manera, aquella muerte; y reparé que todos, unánimemente, la explicaban con motivos torpes ó siniestros. La mayor parte de los hombres no conciben que se pueda morir por virtud, por necesidad ó por gusto. ¿Depende esto de que son dichosos, ó de que son malos? Depende de que son egoistas y cobardes. Fingen ignorar que á la muerte voluntaria, no contando el caso comun de demencia, pueden conducir las mas nobles pasiones (extraviadas sin duda, pero dignas de conmiseracion), y atribuyen à cobardía ó á maldad el suicidio, para poder vivir con honores de valientes y virtuosos.

Por fin se decidió que podian hacerse las preces de la iglesia en favor del alma que habia animado á aquel cuerpo, y que no habia inconveniente en echar á éste encima la misma tierra que á todos, en el lugar que á todos pertenece.

Miéntras el sacerdote rezaba por lo bajo las sublimes oraciones que la religion católica ha consagrado á los muertos, unos pocos amigos de la difunta, que como únicos doloridos asistian á su entierro, examinaban atentamente su cuerpo desfigurado tapándose las narices. A algunos se les ocurrió arrepentirse de hallarse allí; alguno hubo que al ver tal ó cual parte destrozada del cuerpo muerto, observó que cuando vivo debia haber sido bellísima: solo tres lloraban.... y uno de estos, para impedir la profanacion del cadáver, cubrió con sus propias ropas el rostro deforme y el pecho desnudo de la infeliz.

Abierto el hoyo, se trató de bajarla á él: pero era poco ménos que imposible esta operacion, por cuanto el cadáver se deshacia más y mas á cada instante.

El hombre ébrio propuso volcar las andas desde lo alto de la sepultura; pero quiso ajustar ántes su trabajo. "¿Quién me paga y cuándo se me paga?" gritó; y el mendigo inválido indicó el precio. Concertados ó no de antemano entre sí para obtener por medio de una farsa mas dinero, ello es que aquellos dos miserables discordaron en este punto, vomitando el uno contra el otro denuestos é imprecaciones horribles que hacian herizar los cabellos. Fué preciso calmarlos conviniendo en pagar el precio señalado por el hombre ébrio, que era el mayor.

Seguido el consejo, fué arrojado el cadáver á la sepultura desde lo alto del monton de tierra extraida de ella, y cayó dando un gran golpe que le deshizo. Por lo comun vemos descender los muertos á la huesa decentemente vestidos, y con cierta compostura y solemnidad. Colócanse sus manos cruzadas sobre el pecho en la actitud del ruego y de la oracion, cual si implorasen la misericordia divina: sus ojos, cuando abiertos, si bien fijos y vidriosos, miran al cielo. El cadáver de la pobre mujer, con la caida quedó desnudo, expuesto á las miradas desvergonzadas de aquellos hombres sin alma. Y cayó con el rostro hácia la tierra; y sus brazos abiertos en opuestas direcciones, la abrazaban cual si lucharan con ella. Tal estaba, que me

imaginé verla en el fondo del rio mordiendo furiosa la arena y pugnando en su agonía por desprenderse del peso de las aguas para hallar aire y luz. Sus ojos ya no miraban al cielo ni á la tierra..... ¡no tenia ojos!

¡Justicia de Dios, justicia de Dios! ¿por qué tal vida, por qué tal muerte al inocente?

Así dije en un rapto de dolor: pero despues he pensado que la Providencia ha dado en aquella muerte grandes y espléndidos testimonios de su justicia.

No basta vivir como buenos: es preciso morir como tales. Muévanse las manos del hombre para conservar la vida del hombre, no para quitársela.

El dolor es sagrado. Purifíquese el hombre por él, y no perezca á sus manos.

Respete el hombre la obra de Dios y la semejanza de Dios en su propio cuerpo y en su propia alma.

Piense que vivir es padecer y padezca. El dolor tiene sus deleites y su felicidad. La felicidad del dolor es la resignacion: los deleites del dolor son los sacrificios.

La muerte siempre llega pronto: está fuera y dentro de nosotros. Espere el hombre á que llegue, porque esperar es ser fuerte, es ser sabio, es ser cristiano. Salir precipitadamente al encuentro del peligro es querer pasarle pronto: es temerle.

¡Justicia de Dios, justicia de Dios! Te ví en aquella sepultura, en aquel cuerpo deforme, en aquel olvido de todos, en aquellas vilezas, en aquella profunda miseria, en aquella desolacion espantosa.

¡Justicia de Dios, justicia de Dios! Creo en tí, te confieso y adoro: ten piedad de nosotros: que en tí sea nuestra vida y nuestra muerte.

Y tú, pobre alma atormentada, que escogiste para salir de la vida terrenal la puerta vedada á donde, como á la del infierno, no se llega sino despues de haber perdido la esperanza: si desde el lugar en que Dios te ha colocado puedes volver la vista atras y pensar en los que te amaron, piensa en mí y compadéceme, como yo pienso en tí, y contristado y lloroso te saludo.

Sevilla y Marzo 30 de 1844.

R. M. Baralt

ELEGIA.

Imitada de Uhland.

I.

En noche oscura cabalgo
Por la pradera sombría,
Gimen los vientos helados
Ni luna ni estrellas brillan.
¡Cuántas veces esta senda
En otro tiempo seguia,
Cuando á los tiernos suspiros
De la alborozada brisa
La arboleda se agitaba,
El radiante sol lucia,
Murmuraban los arroyos,
Cantaban las avecillas!

II.

Solitario me paseo
Por la alameda sombría,
Desnudos gimen los árboles,
Caen las hojas amarillas.
En la estacion de las flores
Cuando amor todo respira,
Y cuando todos los seres
Renacen á nueva vida;
Cuánto me agradaba, cuánto!
Vagar con la amada mia
En estos mismos lugares
Que hoy solitario me miran!

III.

Murieron del sol los rayos,
Las flores están marchitas,
Y la virgen de mis sueños
Reposa en la tumba fria!
Y envuelto en mi negro manto
Cabalgo por la campiña
A los gemidos del viento,
Del viento helado que silba,
Y ni la pálida luna
El sendero me ilumina,
Ni una estrella solitaria
En el cielo opaco brilla.

Francisco Sellen.

1859.

LA CUEVA DE LA BRUJA.

III.

Con los cabellos sueltos agitados por el viento y los ojos fijos en el cielo en que retumbaba el trueno, parecia el espíritu de las tempestades evocando en torno suyo todos los elementos de destruccion.

Walter-Scott.

¿Y qué hacia entre tanto la asustada María? Llena de terror corria á cada momento á la puerta de su cabaña para fijar sus miradas en el lugar en que estaba situada la cueva de la bruja oculta entónces por las nubes. Sus ojos nada podian distinguir, pero en sus oidos resonaban haciéndola estremecer de espanto los agudos gemidos que de la caverna salian. Agitada entónces, bañada en un frio sudor, corria á arrojarse en los brazos de su madre que procuraba tranquilizarla sobreponiéndose á su propio terror.

—¡Cálmate, hija mia!—exclamaba la buena anciana—Dios tendrá piedad de nosotros.

—¿Y él, madre?—preguntaba la jóven cuya voz ahogaban los sollozos:—¿Y él que quizá ahora mismo yace sin vida en el fondo de algun precipicio?

—Nada debe haberle sucedido, porque no habrá llevado el atrevimiento hasta el extremo de querer coger orchilla con el tiempo que hace.

—¿Y por qué no viene entónces?

—¡Vendrá, vendrá, no lo dudes!

En aquel momento salió de la cueva un gemido mas fuerte que los demas. María se quedó yerta de pavor llevándose maquinalmente las manos á los oidos.

—Oh! no, no vendrá;—gritó con desesperacion—Julian ya no existe. ¿No ha escuchado V. ese lamento? La bruja no llora así sino para anunciar alguna catástrofe..... Julian ha muerto léjos de mí, que le amaba con toda mi alma!..... No le volveré á ver mas!

—Pero hija .....

—No, no diga V. nada—gritó la jóven mezándose los cabellos.—Quiero ir donde él está; quiero reunir uno por uno los restos dispersos de su destrozado cuerpo..... ¡Quiero morir con él!

Y al concluir estas palabras se disponia á salir de la cabaña, pero su madre la detuvo llena de angustia exclamando:

—¿Quieres abandonarme, hija ingrata?..... ¿Quieres dejar á la infeliz anciana que te ha dado la vida y cuyo único apoyo eres?

—¡Julian ha muerto!—dijo María fuera de sí.

—¿Y porque él haya muerto quieres que muera yo tambien?..... Sí, tu ausencia me haria sucumbir de dolor porque yo no podria vivir sin la hija de mi corazon..... María, es tu madre quien te habla..... Mira estos ojos secos por la edad y que sin embargo vierten lágrimas para llorar tu ingratitud..... Míralos, y despues de haberlos contemplado vete si quieres!

Hay tanta elocuencia en las súplicas y lágrimas de una madre, que María no pudo ménos de ceder no obstante su desesperacion. En la juventud, aunque no tanto como en la niñez, se pasa pronto de un sentimiento á otro. Solo en la edad madura es cuando realmente las emociones dejan en el alma una huella que jamas se borra. Así es que alzando los brazos al cielo y despues precipitándose sobre el seno de la anciana la estrechó repetidas veces contra su corazon. Su afecto filial no pudo resistir á tan ruda prueba. La jóven loca de dolor, se convirtió al oir el acento querido de la que nunca habia tenido para ella mas que palabras de indulgencia y amor, en la hija cariñosa y sumisa cuando exclamó con voz interrumpida por los sollozos:

—¡Perdon, madre, no se lo que hago ni lo que digo!

—Dios recompensará tu obediencia—replicó la anciana—devolviéndote al que amas sano y salvo. Implorémos su divina misericordia. Si se halla en peligro, el mejor auxilio que podemos prestarle nosotras, débiles mujeres, es el de nuestras oraciones.

De acuerdo con estas palabras la madre y la hija iban á arrodillarse, cuando un trueno terrible cuyo estrépito solo podia ser comparable al que causa una avalanche de piedras desprendidas de la cima de una elevada montaña, las dejó inmóviles de espanto. Entónces, por un movimiento instintivo ámbas dirigieron la vista á la cueva de la bruja.

Al principio nada pudieron distinguir. Pero de improviso las nubes cual un velo que se rasga se abrieron y dejaron en descubierto aque-

lla parte del monte. La oscura entrada de la cueva estaba allí lóbrega, triste, solitaria. En su negro fondo uniforme se dibujaba una forma confusa que cual esas figuras caprichosas que asustan á los niños en una sesion de fantasmagoria, fué creciendo gradualmente haciéndose cada vez mas distinta hasta adquirir el aspecto y proporciones de una mujer; pero de alta estatura y de robustas formas. Vista confusamente al traves de los semi-transparentes vapores que por delante de ella pasaban, pareció á las asustadas aldeanas mas bien que una mujer un fantasma.

El terror de ámbas llegó á su colmo cuando el extraordinario objeto que las fascinaba despues de haber dejado la gruta subió á una eminencia inmediata donde resaltaba mas su estatura imponente. Allí, desafiando la furia del viento que agitaba su vestido y cabellos sueltos por una ráfaga que arrebatara el pañuelo que los cubria, permaneció inmóvil durante algun tiempo mirando tranquilamente el desórden que la rodeaba. Despues llevando sus manos á la boca, dió un agudo silbido.

Entónces como por encanto, en otra eminencia inmediata separada de aquella por una profunda quebrada en la cual encajonadas las nubes corrian velozmente agitadas cual las aguas de un torrente, apareció un hombre, el cual armado de una prolongada lanza que en la mano llevaba, la apoyó en un costado de la eminencia por un extremo, agarró el otro con las dos manos y lanzándose en direccion del montecillo opuesto, describió en el aire con su cuerpo un arco de círculo que fué á terminar en él, llegando así en un momento al lado de la que al parecer le llamaba.

Pero las nubes que habian permanecido apartadas se unieron y las dos fantásticas figuras desaparecieron á la vista de las aldeanas, ocultas detras de un impenetrable velo. Las tímidas y supersticiosas criaturas creian haber tenido delante una vision sobrenatural durante la cual la sangre habia casi dejado de circular en sus venas.

Todavía no se habian recobrado completamente de su espanto cuando se presentó un hombre en la puerta de la cabaña. Al pronto les pareció tener alguna semejanza con el que acababan de percibir en la altura vecina, pero no tardaron en tranquilizarse al reconocer al tio Pedro á quien estaban muy léjos de querer bien, participando del sentimiento de antipatía que generalmente inspiraba, pero cuya llegada les causó gusto en aquella circunstancia.

—La paz de Dios sea en esta casa!—dijo entrando en la cabaña y sacudiendo sus vestidos empapados por la lluvia.

—Ella venga con vos, tio Pedro—contestó la anciana.

—Mal tiempo á fé! Si el agua arrecia y se llenan los barrancos, mucho daño causará en la llanura.

—No lo permita Dios!—exclamó la anciana.

—Lo que es á nosotros, poco debe importarnos. En el Agua Mansa estamos seguros, á pesar de la mucha corriente del barranco inmediato. ¡Qué locura la de Julian en haber ido á coger orchilla por aquel lado!

—¿Cómo?—exclamó María vivamente tomando la palabra por primera vez.—¿Le ha visto Vd., tio Pedro?

—No hace mucho tiempo que le encontré en el camino. Le aconsejé que no fuese al barranco hoy, pero él no quiso hacerme caso. Julian tiene muy dura la cabeza, y temo que su terquedad ha de causarte mas de un disgusto si persistes en la idea de casarte con él, María.

—¿Cree V. que pueda correr algun peligro? —preguntó la jóven con ansiedad.

—Los locos siempre están en riesgo y lo hacen correr á los demas..... Pero ¿á qué apurarse? El que busca el peligro, perecerá en él, dice el refran.

—¡Ay! calle V., por Dios!—exclamó la jóven asustada.

—¡Bah! ¿Y á tí qué te importa que ese mala cabeza caiga en un precipicio? Si él muere, otro mejor vendrá. Cuando una moza es bonita como tú, no puede faltarle marido.

—Tio Pedro, no sin razon dicen que es V. un hombre malo, que se complace en afligir á los demas—dijo la anciana. —¿Por qué habla V. de esas cosas delante de mi pobre hija?

—¿Y yo qué he dicho al fin y al cabo? Siempre he mirado con buenos ojos á María y me intereso por su bien. Quisiera, pues, que no se casara con ese loco de Julian, que porque habla frecuentemente con los señores en la Villa, cree que sabe tanto como ellos y se burla de nosotros los campesinos.

—Julian es un buen muchacho—dijo la anciana.

—Y no se expresaria V. en esos términos si se hallase él delante—añadió María indignada.

—¡Oh! Julian no me causa miedo—exclamó el tio Pedro en tono burlon.—Mas bien debe temerme él á mí que puedo mas.

—Usted!—dijo María con desprecio.

—Ten presente que no hay enemigo pequeño.

María en quien la indignacion se aumentaba por grados, no pudo contenerse ya. Acercándose á él le preguntó con ademan resuelto:

—¿Qué ha venido V. á buscar aquí, tio Pedro?

—Vengo—contestó hipócritamente el cabrero, á darte un buen consejo; no debes ignorar que mas sabe el diablo por viejo que por diablo.

—¿Y cuál es?—preguntó la jóven.

—Que si quieres ahorrarte mas de un disgusto, despidas á Julian.

—¿No es mas que eso?—preguntó María roja de cólera.

—¿No te parece bastante?

—Entónces ya nada tiene V. que hacer aquí, —exclamó señalándole la puerta.

—Entiendo! dijo el tio Pedro—el consejo no te gusta. No olvides que quien bien te quiere te hará llorar!.....

El cabrero se disponia sin duda á continuar, pero un silbido agudo que resonó á lo léjos detuvo las palabras en sus labios. Al mismo tiempo su semblante burlon se revistió de una seriedad que participaba de la inquietud. Hubo un momento en que pareció que iba á hablar, pero volviendo bruscamente la espalda salió precipitadamente de la cabaña para desaparecer entre la niebla.

La madre y la hija se miraron al principio sorprendidas y despues con temor. La misma idea se habia presentado á la mente de ámbas. ¿Qué relacion podia haber entre el tio Pedro y la mujer que habian visto poco ántes? Mucho tiempo pasaron en silencio sin osar comunicarse sus pensamientos. Ambas presentian una desgracia, pero de que no podian darse cuenta, y temian que la otra llegase á descorrer el velo que ocultaba el porvenir.

Pero si las dos guardaban silencio en el interior de la cabaña, fuera seguia haciendo oir su voz terrible la tempestad. Los mugidos del viento unidos al estampido del trueno hacian retemblar el espacio con su fragor y el débil edificio que las abrigaba parecia próximo á ceder al soplo del huracan.

—Dios está sin duda irritado con los hombres—dijo al fin la anciana—y ha elegido el dia de hoy para hacerles sentir su justo enojo. Oremos, hija mia; puede ser que nuestras súplicas logren atraer sobre nosotros su divina misericordia.

Y las dos cayeron de rodillas.

Pero no bien sus labios comenzaron á articular una de esas oraciones sencillas cuya fuerza mas bien que en las palabras consiste en la fé con que se pronuncian, se oyó el nombre de María fuera de la cabaña. La jóven impelida por un poder irresistible, se alzó del suelo y corrió á la puerta. Entónces pudo distinguir la alta estatura de una mujer que huia y en la cual reconoció al punto la que ántes habia visto delante de la cueva. Un gemido ahogado llegó al mismo tiempo á sus oidos haciéndola estremecer. Un frio glacial se extendió por la raiz de sus cabellos. Aquel gemido parecia salir de su mismo lado. A pesar suyo temblando, temerosa de descubrir la verdad, volvió la vista al fin..... Junto á la puerta estaba el cuerpo de Julian extendido en el suelo.—La jóven solo pudo lanzar un grito para llamar á su madre. Cual si hubiese sido herida por alguno de los rayos que en aquel momento pasando de nube en nube disipaban de vez en cuando la oscuridad con su deslumbrante resplandor, cayó desplomada en tierra.

IV.

> No era ni mujer ni hombre, ni sér viviente, ni forma definida; era una especie de vision en la cual se cruzaban lo verdadero y lo fantástico, como la sombra y la luz.
>
> VICTOR HUGO.

Tres semanas habian transcurrido despues de los acontecimientos que acabamos de describir. La union de María y Julian se habia retardado, ignoramos por qué. Pero á pesar de esta contrariedad, la tranquilidad habia vuelto á reinar en la cabaña de la hermosa jóven que solo pensaba en la dicha que la aguardaba al lado del elegido por su corazon.

Julian por su parte, loco de amor, contaba

con impaciencia los dias que le separaban del feliz momento en que podria llamar suya á María. Se hallaba en ese estado en que solo ideas de ventura se presentan á la imaginacion. Sin duda, ámbos amantes eran dichosos, porque ni aun en los instantes de abstraccion en que realmente se sueña despierto y en que todo sonrie visto al traves del prisma de la propia felicidad, sus deseos concretándose siempre á ellos mismos, jamas traspasaban los límites de sus cabañas. Exentos de toda ambicion el mundo era para ellos la pobre choza en que iban á pasar juntos las apacibles horas de su vida, y los únicos goces á que aspiraban, los que podia proporcionarles el puro sentimiento de que se hallaban poseidos.

Otra persona participaba de la dicha de los dos amantes: era la madre de María que creia sentirse revivir al contemplar las ingenuas gracias de su hija. ¡Con qué placer la miraba en el momento en que ébria de amor inclinaba su cabeza ante Julian para que éste adornase sus cabellos con el tomillo y las violetas silvestres que acababa de recoger al borde de las fuentes, que en aquel sitio tan abundantemente humedecen la base de las rocas, vertiendo entre los helechos y otras plantas *criptógamas* gota á gota su trasparente líquido! Entónces retrocedia á los floridos años de su juventud en que ella tambien habia amado y encontrado un corazon amigo, dispuesto á compartir con el suyo las alegrías y pesares de la existencia. Pero tal recuerdo solo duraba un instante. Su amor verdadero era el que le inspiraba María, la dicha de ésta su propia felicidad.

—Hijos mios—solia entónces exclamar la anciana con los ojos humedecidos, porque la ventura tiene tambien lágrimas como el dolor—Dios no puede ménos de aprobar vuestra union, porque los dos sois buenos. El no permitirá que el soplo de la desgracia penetre en vuestro pacífico hogar, apartando de vuestras cabezas el rayo destructor que tan frecuentemente se desprende en las tempestades de la vida. Ese mismo Dios que me oye y que ha de juzgarme un dia no lejano ya, os bendiga como os bendice esta pobre anciana á quien tan dichosa haceis con vuestra virtud.

Escenas como esta se repetian diariamente en aquella humilde cabaña convertida en palacio por el amor. El ángel de la felicidad que habia plegado sus blancas alas sobre su pajizo techo, parecia no querer abandonarla. ¿Pero cuándo la dicha ha sido duradera en la tierra? Hasta la alegría mayor tiene recuerdos de pesar que la anublan y entristecen.

Eran las siete de la mañana cuando María, segun su costumbre, esperaba á su amante á la puerta de la cabaña. Pero el tiempo transcurria velozmente y Julian no llegaba.—Aquella era la primera vez que los rayos del naciente sol, no dibujaban la sombra del mancebo en el umbral de la rústica habitacion. ¿Cuál podia ser la causa de su tardanza? María se impacientaba.

Al fin, unos pasos bien conocidos hieren sus oidos, y algunos segundos despues las manos de su amante oprimen las suyas, pero qué terrible alteracion se notaba en sus facciones! ¿De dónde podia provenir la palidez que tan notable contraste causaba con los colores del contento y la salud que el dia anterior campeaban en sus mejillas? Mas bien que Julian cualquiera hubiera dicho que era una sombra salida del sepulcro.

—¿Qué tienes?—le preguntó María llena de inquietud.—¿Qué ha sucedido?

—Nada, mi bien, nada que afligirte deba;—contestó Julian procurando disimular en vano el pesar que le devoraba.—Estoy á tu lado y... soy feliz.

—¿Pero por qué me lo dices de esa manera? No, no, tú me ocultas algo. En la expresion de tu rostro veo que me engañas.

Julian no contestó nada á estas palabras y solo á fuerza de caricias procuró destruir la triste impresion que su mústio semblante habia causado en la jóven.

Así pasaron algunos dias guardando el mancebo la misma reserva, y haciéndole María las mismas preguntas. Ni el primero lograba engañar á la segunda, ni ésta podia tranquilizarse. ¿Quién será capaz de alucinar al verdadero cariño que recela y espia?

Las cosas llegaron al fin á un estado que Julian no pudo evitar una explicacion. La inquietud de María era tan viva que éste consideró mas doloroso su silencio para ella que la misma verdad, por triste que debiera ser.

—¡Habla, Julian, habla por piedad!—le dijo ella un dia despues de haber agotado sus mas tiernas súplicas.—Si sigues callando, creeré que

has dejado de amarme y que no te atreves á decírmelo.

—¿No amarte yo?—contestó el jóven con vehemencia.—¿Qué otra cosa que el amor que te profeso, podria haber destruido la alegría, mi inseparable compañera, desde el feliz instante en que me hiciste dueño de tu corazon?

—¿Tu amor?—preguntó María sorprendida.

—Sí, este amor que es mi existencia, y al cual no renunciaré aunque el cielo ó el infierno me lo ordenen.

—No te entiendo!..... ¿Hay quién te ordena qne no me ames?

—Sí, desgraciadamente!-exclamó Julian con un acento que revelaba su desesperacion.—Yo hubiera querido ocultarte este fatal misterio; pero ya que exiges que hable, escucha: No habrás olvidado la última tempestad en que estuve á punto de perecer. Pues bien, una mujer fué la que me salvó en el momento en que la cuerda que me sujetaba, iba á ceder al peso de mi cuerpo. Aquella mujer me tomó en sus brazos y me depositó á la puerta de tu cabaña donde recobré el uso de los sentidos. Lo demas ya lo sabes. Pero lo que ignoras es que hallándome habrá como una semana en mi casa, oí que llamaban. Abro y veo una mujer á quien creí reconocer por haberla encontrado algunas veces en el monte. Pregúntole qué me quiere y..... ¡mas me hubiera valido morir en aquel momento!

—¡Prosigue, Julian, prosigue!—exclamó María con ansiedad.

—Despues de haberme manifestado que era ella la que me habia salvado de una muerte inevitable,..... me hizo saber la pasion vehemente que sin quererlo encendiera en su corazon. La malvada llegó hasta el extremo de amenazarme si no correspondia á su infernal amor.... ¡Y qué amenaza, Dios mio!

—¡Acaba!.....

—¡Ay! no tengo valor!—dijo Julian, estrechando convulsivamente la mano de María entre las suyas.—¿Sabes lo que exige de mì?..... me pone en la horrible alternativa de renunciar á tu cariño..... ó de causar tu muerte!.....

—¡Cielos!—exclamó la jóven sorprendida y aterrada á un tiempo.—¿Pero por qué la temes tú, que no retrocedes ante ningun peligro?

—¡Ah! tú ignoras quien es.

—¡Que rayo de luz!—gritó la jóven.—Ahora recuerdo que el tio Pedro.....

—Sí, el tio Podro es el instrumento de esa mujer que lo ha seducido y á quien obedece ciegamente.

—¿Pero qué poder es el suyo?..... ¡dime su nombre sin tardanza!—exclamó María con ansiedad.

—¡Su nombre!—repitió Julian, cuyos dientes chocaban unos contra otros como si se hallase en un acceso de fiebre.—No me obligues á pronunciarlo! su nombre te espantaria.....

—A todo estoy resuelta..... dilo!

—Sábelo pues de una vez..... esa mujer no tiene otro aqui que el de la bruja..... su habitacion es aquella cueva.

Un grito de horror fué la única contestacion de María, que cayó exánime en los brazos de su amante. Aquella revelacion terrible habia producido en ella el mismo efecto que el puñal en el pecho de la víctima; acababa de destruir para siempre sus mas hermosas esperanzas.

¿Y quién podrá describir los sentimientos que tumultuosamente luchaban en el pecho de Julian? El amor, el espanto y la desesperacion eran otros tantos instrumentos de tortura que desgarraban su corazon.

Sin embargo, al ver á la jóven desmayada, solo pensó en hacerle recuperar el conocimiento, lo que logró al cabo de poco tiempo.

—¡María, mi bien, vuelve en tí!—exclamaba estrechándola entre sus brazos, procurando reanimarla con su aliento.—Soy yo, Julian, quien te llama!

—Esa mujer pide tu amor—dijo con voz débil la pobre jóven renaciendo para el dolor al volver á la vida—esa mujer te quiere separar de mí!

—Nunca, nunca!-gritó Julian con resolucion. —Soy tuyo, tuyo únicamente; el infierno puede oponerse á nuestra felicidad, pero yo te amaré siempre, ¿lo oyes? siempre!.....

Al concluir Julian estas palabras, resonó en el aire un agudo gemido, y el cielo ántes claro y resplandeciente se cubrió de negras nubes.

—Bien! gritó Julian, desesperado, loco, estrechando convulsivamente contra su pecho el cuerpo casi insensible de María.—Pon en movimiento todos tus medios de destruccion, espíritu infernal que me persigues, no por eso lo-

grarás tu objeto. Para María amor inalterable, eterno; para tí, odio y desprecio!

Dicho esto, colocó á la jóven sobre su lecho y alzando al cielo los ojos en que brillaba una expresion feroz, se sentó en un banquillo como hombre que conoce la fuerza superior del enemigo contra quien lucha, pero que no obstante está decidido á pelear hasta morir.

Muchas horas transcurrieron de esta manera; las tinieblas de la noche habian sucedido á la claridad del dia. Ni una sola estrella brillaba en el cielo cargado de densos vapores que impelidos por el viento iban á humedecer la puerta de la cabaña.

María yacia sumergida en un profundo letargo; sus fuerzas estaban agotadas. El mas absoluto silencio reinaba en aquella estrecha habitacion, ántes morada de la alegría y la felicidad, y convertida en un momento por la desgracia en mansion de las lágrimas y de la desesperacion.

De repente Julian que permanecia inmóvil con la cabeza apoyada en las manos y pálido como la estatua del dolor, oyó tres golpes dados á la puerta. Estremecióse como si hubiese experimentado una conmocion elèctrica, pero reponiéndose en breve, corrió y abrió.

El tio Pedro con paso lento y oblícuo penetró en la cabaña. En su rostro iluminado por la débil claridad de la luz que alumbraba la habitacion; brillaba una alegría siniestra.

Julian al verle sintió un vehemente deseo de arrojarse sobre él y ahogarle entre sus brazos; pero el tio Pedro que conoció su intencion le detuvo poniéndole una mano en el pecho, diciéndole al mismo tiempo:

—Oye ántes lo que tengo que decirte.

Entónces se acercó mas á él, y despues de haber arrojado en torno suyo una mirada escudriñadora, le dijo algunas palabras al oido. Nadie sabe qué palabras fueron aquellas, pero su poder debia ser irresistible, cuando Julian abatido bajó la cabeza.

—¡Sígueme! exclamó con imperioso tono el tio Pedro señalando la puerta.

Y Julian olvidándolo todo, hasta su amada que no tenia conciencia de lo que á su vista pasaba, cual un dócil mastin cuya furia aplaca la voz de mando de su dueño, siguió al cabrero silencioso y sumiso, desapareciendo con él en las sombras de la noche.

Una hora habia transcurrido despues de la partida de Julian cuando María volvió en sí de su letargo. Su primer cuidado fué buscar á su amante con una mirada, pero á nadie vió. Entónces tuvo miedo.

—Madre! exclamó bajando de la cama.

Un profundo silencio respondió únicamente á su voz. La anciana habia ido desde el amanecer á la habitacion de una vecina algo distante, y no habia regresado todavía.

Asustada por primera vez de hallarse sola y agitada por una angustia que en vano trataba de dominar, recorrió la cabaña. Todo fué en vano: ni su madre ni su amante estaban en ella.

La puerta entre tanto se abria y cerraba al soplo del viento. Sin saber por qué, sus ojos tomaron la direccion de la cueva de la bruja, al mismo tiempo que sus labios pronunciaban el nombre de Julian. Un grito agudo, seguido de un gemido de agonía resonó lúgubremente en el aire.

—Qué es esto? exclamó casi yerta de pavor.

Algunos momentos de un silencio terrible siguieron á esta exclamacion.

Un nuevo grito ahogado salió de las tinieblas.

—¡Allí está! dijo María cuyo semblante iluminò súbitamente una expresion siniestra.

Y sin detenerse echó á correr con la velocidad de la cierva llamada por su hijo herido.

En un instante salvó María el espacio que separaba la cabaña de la cueva. Sus ojos siempre tan penetrantes, nada pudieron distinguir sin embargo, en la oscuridad aumentada por la densa niebla que le azotaba el rostro. Mas su desesperacion misma le sirvió de guia. Sin detenerse, sin tropezar llegò á la entrada de la caverna. El silencio interrumpido solamente por los silbidos del viento y las tinieblas reinaban en ella. Empero no por eso vaciló. Penetra bajo la bóveda y el agudo gemido (1) que tan familiar le era resuena en sus oidos. Al mismo tiempo su pié tropieza contra un objeto extendido en tierra. El contacto de aquel cuerpo difunde por sus venas un frio glacial como debe ser el frio de la muerte, la sangre detiene su curso en ellas, é incapaz de sostenerse por mas

(1) Ese sonido á que los campesinos atribuyen supersticiosos una causa sobrenatural no es mas que el que produce el viento al encajonarse en la cueva y al chocar contra los afilados ángulos salientes de la roca.

tiempo, vacila algunos instantes como un edificio ántes de desplomarse y cae sobre dos cadáveres calientes todavía.....
.....
.....

El sol despedia sus rayos sobre la tierra húmeda aun con la lluvia de la noche anterior, cuando María volvió en sí. Despues de haber contemplado con asombro el lugar en que se hallaba, bajó la vista para fijarla en el cuerpo que le servia de apoyo. ¡Horror! Aquel cuerpo era el cadáver de Julian cubierto de sangre que seguia brotando aunque lentamente por una profunda herida abierta en su frente. Pero el jóven no habia sucumbido sin luchar. Su mano derecha cual una tenaza oprimia fuertemente la garganta de una mujer de robustas formas que á su vez tenia en su diestra un pedazo de pedernal agudo y cortante, miéntras que con la izquierda agarraba los cabellos ensangrentados del infeliz mancebo.

María al ver aquel fúnebre cuadro guardó silencio. Ni una lágrima salió de sus párpados. Con un movimiento indeliberado se quitó el pañuelo que llevaba al cuello, y cubrió con él cuidadosamente el rostro lívido de su amante.

—¡Duerme, dijo, no interrumpamos su sueño!

Y levantándose del suelo prorumpió en una terrible carcajada.

Desde aquel momento recorre todas las poblaciones de la isla, obedeciendo á una necesidad de movimiento que no puede dominar. Pero ¡qué diferencia entre la jóven ántes tan bella y risueña y la infeliz y harapienta mendiga sostenida por la pública caridad! Es la que existe entre la frescura de la juventud y las arrugas de la vejez, que suceden á aquella despues del trascurso de numerosos años y que en ella solo necesitaron un dia para marchitar prematuras su pura frente y sus descarnadas mejillas. La que ántes cautivaba las miradas de cuantos la contemplaban con su hermosura, es ahora perseguida y befada por los chicos del pueblo que, implacables hasta con la desgracia, le arrojan piedras por las calles, gritándole: ¡Loca!—

Pero si al parecer ha perdido la memoria de sus desgracias, no ha olvidado el sitio donde las experimentò. De vez en cuando al regresar de sus vagabundas excursiones, conducida por el instinto que es la guia única de los infelices privados de la razon, se dirige al Agua Manza para hacer una visita á su cabaña, pero sobre todo á la caverna á la cual no se acercan sin temor los supersticiosos campesinos, y designada aun con el nombre de la *Cueva de la Bruja*.

E. Auber.

LA AZUCENA Y LA AMAPOLA.

FÁBULA.

Hermosa, de aroma llena
Y orgullo de los jardines,
Se mecia una azucena
Bajo un toldo de jazmines.
A sus piés una amapola
Modesta cuanto sencilla,
Desplegaba su corola
Del rio en la verde orilla.
"Ya ves, flor menospreciada,
(Dijo la azucena un dia),
Como nunca es comparada
Tu hermosura con la mia.
Aquí soy el ornamento
Y gala de estos jardines,
Y en un lujoso aposento
brillo luego en los festines."
La frente pura y serena
La amapola levantó,
Y á la insolente azucena
De este modo contestó:
"¿Acaso, flor orgullosa,
Juzgas tener mas valor,
Por ser mas fresca y hermosa?
¡Pues te engañas, pobre flor!
¿Mas méritos, por ventura,
Que yo y otras has tenido
Para lograr la hermosura
Que tanto te ha envanecido?
Pues si se lo debes todo
A Dios y á tu buena estrella,
Por qué insultas de ese modo
A quien juzgas ménos bella?.....

En alma y naturaleza
Iguales somos las dos:
Si Dios te dió mas belleza.....
¡Ríndele gracias á Dios!"

María Verdejo y Duran.

REVISTA DE MODAS.

LAS PERLAS FALSAS.

¿Qué méritos posee Lola para que cuando sale á paseo la sigan todos con los ojos, cuando asiste á un baile cien admiradores la rodeen, y cuando se pronuncia su nombre lo aclame á porfía la multitud?... Otros no le conozco que los de una bonita figura acompañada de desmedida presuncion. Lola que se considera el *non plus ultra* de la belleza y la elegancia solo vive para la disipacion y la vanidad. Las ocupaciones del tocador, el exámen de los figurines de Paris, y las visitas á las modistas absorben todos sus pensamientos. Pero á pesar de su frívola existencia el mundo la aplaude por lo mismo que hoy están en boga las *perlas falsas.*

En el tiempo en que Lola, adolescente aun, habitaba al lado de su viuda madre, solia la anciana señora decirle:

—¿Por qué ántes de recogerte, querida mia, no me pides la bendicion? Hé ahí una antigua costumbre que debiera ser siempre nueva. Ella conserva el respeto hácia los padres y hace que las alas del santo ángel custodio se extiendan blancas y protectoras sobre la buena hija entregada al sueño.

—¡Jesus, mamá! ¿Cómo puedo V. hablarme de semejantes vejeces?—replicaba la atolondrada jovencita.— ¡Pedir la bendicion! deje V. un hábito tan vulgar para las muchachuelas imposibilitadas de aspirar al título de señoritas á la moda.

Dias despues la viuda bastante sensata para conocer que marchaba su hija por torcido sendero, pero no bastante fuerte para conducirla por otro mejor, exclamaba á la hora solemne en que el ángel Gabriel saludó á la Vírgen anunciándole el sagrado misterio de la Concepcion:

—He notado que de algunos meses á esta parte no elevas tus preces al cielo á compas de las campanas del Ave María vespertino que recuerdan á los humanos una de sus primeras obligaciones. La de cumplir con Dios y con la Iglesia.

—Sospecho, mamá, que empiezas á *baisser*, como dicen los franceses de las personas cuya razon va la edad debilitando— murmuraba Lola encogiéndose de hombros.—Si no te empeñaras en educarme tan á la antigua sabrias que ya no se acostumbra rezar á la hora llamada de la oracion. Yo apénas me atrevo en ella á persignarme rápidamente y á escondidas por temor de que se burlen de mí.

—¿Quién osará mofarse de la mujer cristiana que cumple con los divinos preceptos? ¿Quién?

—Mamá, hablemos de otra cosa. Tú no entiendes palabra de los adelantos del dia ni de las innovaciones de la época.

—Si el escepticismo y el escarnio de la religion forman parte de los progresos á que aludes, me alegro infinito de quedarme atras, miéntras la multitud corre afanosa tal vez hácia su ruina. No soy retrógrada; pero me asusto al pensar que puede llegar una era en que el hombre soberbio como Lucifer pretenda emanciparse de la ley de Dios que nos guia á seguro puerto por medio de los escollos del mundo.

—Te has vuelto con los años muy pusilánime, mamá.

—Y tú muy atrevida, pues observo que me tuteas.

—Es otra de las modas que nos han venido de Francia, donde el esposo y la esposa se tratan de *usted*, miéntras padres é hijos usan entre sí el familiar *tú*. Convéncete, mamá, de que este pronombre indica toda la confianza que debemos tener en los autores de nuestra existencia.

—Mas no así toda la veneracion que los padres deben inspirar á sus hijos—repuso la viuda suspirando.— El *tú* anuncia la igualdad que la misma naturaleza impide que reine entre la edad madura y la juventud, entre el que ha dado la vida y el que la ha recibido, entre el que

enseña y el que aprende, entre el que obedece y el que manda. Aunque el respeto y la sumision no consisten en las palabras, se manifiestan en gran parte por medio de ellas.

—¡Qué sermon, madre mia, por tan poca cosa! Hasta en tu manía de reprender se revela que has nacido cuando se rezaba aun el rosario, se persignaba la gente al sentarse á la mesa, se hacia la señal de la cruz de continuo como si estuviera siempre el diablo en acecho, y los habitantes de la Habana se acostaban con las gallinas. Hoy gracias á Dios ya no nos hallamos en mantillas como entónces y es preciso que te resignes á mirarme caminar sin andadores. Otros tiempos otras modas.

—¿Qué tiene la moda que ver con nuestros hábitos y sentimientos?

—Mucho, mamá, mucho. Ella influye en todo de una manera ostensible. Ocurriósele antaño patrocinar la hipocresía y nos convirtió en unas beatitas que sin levantar los ojos del suelo lográbamos que por ellos se mataran en nuestra calle los galanes, segun vemos en las comedias de Calderon. Antojósele ogaño poner durante breves dias en auge el heroismo antiguo y aprovechándose de la revolucion francesa del 93 inspiró á todas las solteras el deseo de parecerse á Clelia, á las casadas el de parecerse á Porcia y á las viudas el de parecerse á la madre de los Gracos. Hasta la bella Cabarrus que en nada se asemejaba á la esposa del matador de César diz que al ceñirse la clásica túnica experimentaba sinceros impulsos de permanecer fiel á su Tallien. El hábito no hace el monje, pero lo identifica en cierto modo con el carácter de que lo reviste. Cuando la moda se declaró á favor de las grandes ideas y de los no ménos grandes sacrificios, Mme. Rolland pereció contenta por la patria y Mlle. de Sombreuil bebió sin morir de horror un vaso de humana sangre para salvar la existencia del autor de la suya. En la comedia del mundo se pasa sin saber cómo de la ficcion á la realidad.

Siguió la tierra dando vueltas sin cuidarse de las acciones de sus habitantes hasta que la moda, extravagante á menudo como un ingles atacado de *spleen*, se apasionó del puñal y del veneno cual si fueran cosas muy bonitas. Victor Hugo tuvo la culpa, mamá, produciendo su Han de Islandia, que sirvió de introduccion á las inverosímiles obras en que las nobles doncellas se prendaban de los bandidos, los mendigos y los verdugos representaban el principal papel, y hasta los horribles bufones léjos de causar espanto inspiraban, como Quasimodo, profunda admiracion. La moda entónces manifestó su ilimitado poder haciéndonos preferir el llanto á las sonrisas, los pálidos semblantes y las desgreñadas cabelleras á las mejillas sonrosadas y á los lucientes rizos, y lo feo, deforme y pavoroso, á lo bello, verdadero y amable.

—Tienes razon, hija mia. Muy influente y por lo tanto temible es ese espíritu de imitacion que moda llamamos, cuando consiguió en la época de delirio á que te refieres, que los hombres parodiaran envidiosos al frenético *Antony* y que las mujeres trastornadas por el vértigo general que introducia gérmenes de funesta disolucion en la sociedad y la literatura, no se avergonzaran de que las compararan con *Adela*. Pero dime ¿ha tomado la moda actualmente mejor rumbo para con nuestro sexo?

—Sin duda; hoy en lugar de mostrarse amiga del ataud, de los cementerios, de las lágrimas y de los ayunos, nos manda tener buena mesa, buen carruaje, buena casa, buenas talegas, y ser por nuestra alegría, habilidades, fausto y brillantez las perlas del universo.

—¡Ay! Quiera Dios que no os convierta en perlas falsas sustituyendo á los extravíos del corazon los que producen la vanidad y el egoismo que ni siquiera poseen por disculpa las románticas borrascas del sentimiento;—murmuró la anciana con tristeza.

Lola se echó á reir y continuó gozando de los placeres del mundo. Su ligereza de mariposa, pasajeras gracias y superficial ingenio, deslumbraban á la multitud. Hasta los que no la encontraban atractiva la obsequiaban por lo mismo que la obsequiaban los demas. Basta que dos ó tres aplaudan para que otros cien los imiten con frecuencia sin saber por qué. Pocos hombres hay capaces de tener una opinion contraria á la de la mayoría, de pensar por sí solos sin que influya en sus juicios el parecer ajeno.

Apesar de su frivolidad no carecia Lola de reflexion tratándose de la propia conveniencia. La jóven á la moda al danzar y reir no apartaba los ojos de la estrella de la utilidad positiva que alumbraba su horizonte. En una palabra,

Lola temerosa de no casarse nunca, se decidió á casarse á tiempo.

Dos pretendientes solicitaban su mano. Hallábase dotado el uno de todas las cualidades que labran la dicha de la mujer modesta. Poseia el otro los pingües caudales que constituyen la ambicion de la mujer vana. Lola no vaciló en la eleccion. Desviandò sus miradas de las flores del amor puro y verdadero extendió los brazos ansiosa hácia el estuche de diamantes.

Ya esposa de D. Jorge no por eso se moderó su presuncion ni se aplacó su sed de triunfos. Léjos su boda de convertir dos en uno, como dice Pope, despertó en Lola nuevos deseos de conservar su libertad para lucir ufana las riquezas que le habia traido. Sin embargo cuando la jóven fué madre aconsejóle D. Jorge apesar de su excesiva indulgencia que criara sus hijos.

—No me lo permite mi constitucion, respondió Lola prontamente.

—¿Es posible que haya hecho la naturaleza ménos por la especie humana que por las criaturas del instinto á todas las cuales ha concedido las precisas fuerzas para alimentar á su prole?—objetó el marido.

—¿Pretendes por ventura compararme con los animales, considerándome tan robusta como ellos?

—Por lo mismo que te juzgo muy superior no quiero que inferior les seas dejando de cumplir con los santos deberes de la maternidad.

—¡Bah! Esas son palabras huecas. He dicho que no puedo criar y no criaré;—exclamó la jóven enojada.

Una nodriza vino, pues, á lactar á la hija de Lola, que colocó sobre mercenario seno al tierno fruto de su corazon. La moda de las crianderas ha producido en la Habana mas daños que una epidemia contagiosa. Muchos matrimonios se han arruinado por su causa y muchos igualmente le han debido el raquitismo de sus retoños. ¡Qué vergüenza ademas para la mujer que lleva el sagrado título de madre haber negado á sus hijos el calor de su regazo por miedo de ajar sus atractivos ó de entregarse à las vigilias y afanes que constituyen el inefable placer, el santo orgullo, la corona de gloriosos sacrificios de las *madres verdaderas!*

Lola prosiguió corriendo de fiesta en fiesta como ántes de su enlace temiendo que la olvidara el mundo si se apartaba un instante de sus círculos bulliciosos. La perla falsa solo brilla en el tumulto de la existencia disipada y ociosa. A la luz de la lámpara sacrosanta del hogar doméstico se distinguen lo ficticio de su lustre y lo fugaz de su artificial belleza. Por eso la encontramos siempre en los lugares donde no hay ocasion de probarla en los crisoles de la abnegacion y la virtud.

Una noche al disponerse Lola á salir ve à su niña pálida é indispuesta. Conmoviéndose su alma no obstante su endurecimiento con los afectuosos impulsos que despierta la maternidad en el pecho mas insensible, experimenta ardiente anhelo de cubrir al angelito de besos y lágrimas. Pero contiénela la reflexion de que abrazando á la pobre niña se ajarian sus flores y sus encajes. La mujer á la moda se debe sobretodo á la sociedad que la reclama y la familia únicamente ocupa en su vida un puesto secundario.

Lola parte por consiguiente en vez de quedarse al lado de su hija enferma. Aunque al principio el ruido del sarao la ofende, presto produce en ella el acostumbrado efecto. Olvídase de que el tierno fruto de su seno llora y sufre al oir á sus admiradores llamarla reina de la hermosura, al ver al galan, cuyos homenages se disputan todas las bellas, suspirar á sus piés. Y el mundo que en secreto critica su comportamiento la aplaude, le sonrie y la elogia en alta voz porque hoy están en boga las perlas falsas.

Ya en el carruaje que los traslada de nuevo á su domicilio, se atreve Don Jorge á decir á su aturdida esposa:

—Mujer, comprometes mi honor con tu imprudente conducta. El fátuo Narciso osa perseguirte con sus obsequios y miradas.

—Mi corazon está al abrigo de todo incendio; —responde Lola bostezando.

—Entónces ¿por què permites á ese presumido creer lo contrario?

—¡Toma! Porque si le quito la esperanza se pasará á otra. Para permanecer á la moda, amigo mio, necesitamos las hijas de Eva despojarnos del ceño de áspera y adusta virtud. ¿Quién consentiria en servirnos si desde luego declaramos nuestra intencion de no pagar? Desengáñate; no se gana el cielo sin penitencias. No se adquiere tampoco sin sacrificios el dictado de marido de una dama á la moda.

—Es que yo no aspiro á formar parte de esos maridos, señora mia. No me agrada la moda de llamar la atencion á costa de sospechas ofensivas para mi honor. Bien sé que muchas veces las apariencias no son realidades. ¿Qué importa? Cuando oimos el ruido del torrente no nos detenemos á examinar si está su fondo limpio ó sucio.

—¡Majadero! ¿Quién se acordaria de tí si yo de la oscuridad no te sacara?

—Prefiero que nadie me vea á que con lástima me miren,—repuso D. Jorge con su acostumbrado buen sentido. ¡Malditas modas que autorizais al seductor á hacer la corte á la mujer casada y poneis en ridículo al esposo que se muestra legítimamente prendado de su compañera, que fomentais la conyugal desunion para exponerla en seguida á los sarcasmos de los burlones! Yo os execro como á pérfidas adversarias de la felicidad doméstica.

Al entrar en su casa halla Lola á su hija moribunda. La nodriza aprovechándose de la ausencia de la loca madre se habia marchado tambien á divertirse por su lado dejando á la niña en el lecho donde ámbas dormian. Cuando la infeliz criatura al despertar se encontró sola, por lo tanto comenzó á llorar desesperadamente. Pero como nadie acudiera á su socorro se agitó de tal modo sobre la cama, que cayendo al fin al suelo recibió un terrible golpe. Lola se apresuró á ponerla en manos de los médicos. Ay! Mas valiera que la hubiera dejado morir! La pobre niña quedó jorobada.

Primero padeció mucho la madre al contemplar el deforme cuerpo de su hija; despues se fué habituando poco á poco al doloroso espectáculo producido por su culpable negligencia. ¿A qué deplorar un mal ya sin remedio? La mujer á la moda necesita sonreir coronada de flores como brillante hada á quien no alcanzan las sombrías penas. Pero la primavera de la vida no dura siempre y cuando desvanecida para Lola halle ésta en su forzoso retiro en lugar de la fresca rosa destinada á consolarla y rejuvenecerla una triste jorobada, objeto de aversion para sí misma y de compasion para los otros, cuando vea á su hija llorar dia y noche su aciaga suerte que hace bella al lado suyo la fealdad comun, cuando registre su pasado y piense "Yo que hubiera debido defenderla de la desgracia he causado su desesperacion y aislamiento", — ¡Oh! entónces execrará á su turno (demasiado tarde) las impías modas que separan á la madre de sus hijos, á la esposa de su esposo, á la razon de la víctima de sus injustos mandatos. Entónces sí, detestará el título de *jóven á la moda* que tantas envidian y que á tantas pierde.

Mas al llegar aquí noto que hablándoos de las modas morales que considero peligrosas, me he olvidado de tratar de las modas de adorno que podeis seguir sin riesgo alguno, que ocupándome de las perlas falsas no he tenido en cuenta que las finas (estas sois vosotras, discretas lectoras del Album Cubano), esperan que les diga algo mi pluma de graciosas é inofensivas galas. Voy á reparar mi descuido describiendo dos trajes que llamaron la atencion por su sencilla elegancia en el brillante baile de la noche de S. Antonio en la poética quinta de los Molinos, trajes que citaré callando el nombre de sus dueñas, las cuales á pesar de su amable carácter se han molestado un poquito por haber quedado rezagadas, no deteniéndose á reflexionar que en aquel mar de gasas, tules y flores era imposible conservar en la memoria todas las *toilettes* dignas de mencionarse.

De trasparente gasa rosada uno de los indicados vestidos tenia cinco volantes angostos en la saya cayendo sobre cada uno de ellos otro de blanco tul. Diáfana túnica de tul blanco tambien bajaba hasta donde los volantes concluian recogiéndola en los costados lazos de cinta de color de rosa. Realzaban las afolladas mangas y el escotado corpiño guirnaldas menudas de flores rosadas y blancas como las que formando corona ceñian los negros cabellos de la airosa señorita prendida con tanto gusto.

El otro traje á que he aludido era de granadina azul claro con once vuelecitos en la falda guarnecidos de motas negras y punzó y salpicados graciosamente de lazos de los propios mátices. Adornaba el corpiño una berta cuadrada que se abria en los hombros donde flotaban dos bandas rojas y negras. En el tocado llevaba la gallarda dueña de este pintoresco atavío una corona de dalhias punzó, negras y azules que sentaban maravillosamente á sus trenzas rubias.

Respecto á manteletas de verano son muy bonitas las llamadas á *la Pompadour* aunque en nada recuerdan las modas que predominaron en el tiempo de la célebre favorita cuyos atractivos ensalzó el mismo Voltaire, probando así que

hasta los filósofos se dejan deslumbrar por las perlas falsas cuando forman su engarce el poder y la fortuna. Consisten esas manteletas en un pequeño centro de gró que se ciñe al talle y del cual desciende anchísimo volante de blonda que figura sobre el vestido una segunda falda. Tambien se usan mucho las manteletas á *la Dubarry* (la moda se ha declarado por las falsas perlas hasta en los nombres que da á sus caprichosas invenciones) las cuales tienen el corte de una pañoleta grande formada con un centro pequeño de seda tupida y con anchas guarniciones de blonda ó encaje.

Los rumores que anunciaron la muerte del malacoff no se han realizado. Como para contradecirles se le ha agregado ahora una especie de cola emballenada que comunica al vestido al barrer el suelo inusitada pompa. Pero la moda no contenta con manifestar al masculino sexo, ocupándose de su favorito, que clama en vano contra él, ha resuelto obligarle á adoptarle á su turno. Los pantalones (¿hay entre vosotras alguna *miss* que exclame *shocking* al leer esta palabra?) en enaguas se han convertido y pronto sin duda las ballenas aceradas los trocaràn tambien en globos. ¡Ah! ¡Qué buena ocasion se nos presenta de reir y criticar á nuestra vez, si no fuéramos mas indulgentes, tolerantes y generosas que los hombres!

Sí, con intenso placer lo digo. Aunque las tendencias del siglo nos empujan hácia el egoismo y la vanidad, aunque la moda participando del falaz espíritu de la época se ha propuesto proteger las perlas falsas, la mujer (exceptuando algunas como Lola) serà siempre la fina perla de la delicadeza, la abnegacion, la bondad y la indulgencia.

Felicia.

REVISTA.

La primera obligacion del cronista del ALBUM CUBANO en este momento es consagrar un recuerdo á la memoria del distinguido literato D. Ramon de Palma que ha muerto recientemente, y con tanta mas razon tenemos que tributarle este homenage, cuanto que en este periódico vió la luz uno de sus últimos cantos. Las musas cubanas están de luto con esta pérdida dolorosa, y el sentimiento general que ha causado es una prueba del mérito de sus talentos. No juzgarémos en este ligero escrito las obras de Palma; ni este es el momento á propósito, ni necesita demostrarse la razon porque le colocamos entre los miembros ilustres de nuestro parnaso. Poeta y novelista, sobresalió particularmente en la elegancia del estilo y en la correccion del lenguaje: sus trabajos revelan una inteligencia bastante cargada de conocimientos y un amor decidido por los progresos de la literatura. Su entonacion es sostenida, su versificacion fácil; por lo regular sabia mantener órden en los planes, y muchas veces conseguia remontar su inspiracion de un modo notable. Amado y respetado, habia adquirido un buen nombre dentro y fuera de la isla; contaba con gran número de amigos en los mejores círculos de la capital; á fuerza de laboriosas tareas habia alcanzado una fortuna que le permitia vivir con espléndida comodidad, y el cuidado cariñoso de las personas que se interesaban por el mejoramiento de su salud, vino á corroborar el valor del hombre y la simpatía que inspiraba el melancólico autor de las AVES DE PASO. El entierro del cadáver del querido literato tuvo efecto con el lujo que convenia, y fué seguido de un numeroso cortejo compuesto de personas distinguidas: se le tributaron los honores de que era digno aun en la muerte aquel que dió algunos dias de brillo á la naciente literatura de este pais.

De esta triste noticia tenemos que pasar á referir otros acontecimientos: el cronista se ve precisado á vagar por el laberinto de la historia de la quincena, y se encuentra en este lugar con un sepulcro, allí con un baile, acullá con un teatro. ¿Qué hacer? Contar con fidelidad lo ocurrido é ir tomando parte en los dolores y las alegrías para cumplir con su mision.

Entre lo mas importante es necesario citar la inauguracion de los trabajos del camino de hierro que debe unir el pintoresco pueblecito de Cojímar con la antigua villa de Guanabacoa. Reuniéronse en el paradero del lado opuesto de la bahía, el Ayuntamiento de Guanabacoa, las tropas de caballería é infantería con las correspondientes bandas de música, los Sres. Teniente Gobernador, Alcalde Mayor, Asesor Militar y Comisiones particulares: á la hora determinada llegaron el Sr. Capitan general Serrano,

el Sr. Marqués de la Real Proclamacion, y vários personajes. El tiempo empezó á descomponerse y un recio aguacero detuvo á la comitiva en la Quinta de Drake, ó de Ramiro: hermosas damas se hallaban en este sitio y los apreciables convidados no pudieron ménos que agradecer los obsequios con que la Sra. Marquesa de la Real Proclamacion supo hacer olvidar la imprudencia de las nubes. Serenada la atmósfera, emprendió marcha la ilustre comitiva hasta el sitio en que se levantaba un lindo edificio, dentro del cual habia sido colocada una imágen de Cristo y donde la religion debia bendecir y solemnizar la apertura del nuevo ramal. Despues de un acto solemne, puso la primera piedra el Sr. General Serrano cerca del altar, y segun costumbre se enterró en aquel lugar una caja que contenia algunos objetos que mas tarde en cualquiera escavacion puedan dar á conocer la época de este hecho: tuvo el cronista del ALBUM la honra de que se sepultara su última revista, y se considera muy dichoso por que esta mísera produccion dormite en el seno de la tierra entre otras que en aquellos mismos dias salieron á la luz para bajar pronto á la sombra.

El Sr. Marqués de la Real Proclamacion leyó una expresiva manifestacion sobre el objeto de aquella reunion, dando á conocer su importancia y entreviendo felices resultados en la nueva vía que se iba á preparar para la industria y el progreso de aquella parte de nuestra isla. Tomó la palabra el Sr. General Serrano y se expresó en términos lisongeros y agradables: prometió prestar siempre su apoyo á obras de esta clase y conmovió á los circunstantes con las ideas luminosas que expuso. El *buffet* preparado en la quinta,—al retorno de la comitiva,—fué servido con esplendidez. Mas tarde comenzó la orquesta á llenar el aire con las armonías de la contradanza, en una glorieta recientemente construida, y en seguida se presentó al Sr. General Serrano una comision de vecinos, suplicándole se sirviera colocar las bandas á las reinas de los partidos galleros con que en este año ha querido revivir sus antiguas glorias la alegre villa de las lomas. El Sr. General puso la banda azul á la Srita. Santa Cruz, y la banda roja á la Srita. Planas, y oyó con fina atencion y marcada amabilidad una composicion poética que le recitó la Srita. hija del Sr. Teniente Gobernador.

Los socios del Liceo pasaron un buen rato—no hace mucho—al presenciar la representacion de la comedia de Egnilas titulada: *Mentiras dulces*, que es una de las últimas inspiraciones de este conocido autor, y que por la naturalidad de las situaciones, la facilidad de la versificacion y la animacion del diálogo, es una obra digna de elogio. Las Sras. Zarza de Delgado y Corral de Acósta y el Sr. Ruiz, desempeñaron sus papeles respectivos con bastante acierto.

Púsose en escena en el Gran teatro el drama titulado: *El trapero de Madrid*, cuyo complicado argumento, y cuyas interesantes situaciones entretienen y conmueven al espectador. El Sr. Robreño caracterizó muy bien el tipo del protagonista y obtuvo ruidosos aplausos.

Mr. Achilles Nicholas ha abierto en los salones del Liceo un curso de *lecturas* literarias á que ha dado principio, ocupándose de la *Divina Comedia* del Dante. La concurrencia fué escasa. El Sr. Achilles Nicholas habló en frances con bastante franqueza por espacio de una hora, y mostró poseer bastante instruccion: dió muestras de conocer aquella obra gigantesca que es una de las mas completas glorias de la Italia literaria y una de las mas soberbias producciones del entendimiento humano.

La compañía ecuestre que actualmente trabaja en Villanueva, ha ofrecido algunas funciones á las que no ha dejado de asistir una regular concurrencia, si bien se atiende á que las lluvias continuas han sido un obstáculo que ha contenido á muchos pedestres. La Sra. Loyalle y el Sr. Edgard dieron pruebas de grande habilidad, y los demas artistas que se han presentado con ellos merecen que el público se acuerde de lo que acontece á la sazon en el Coliseo de la Puerta Nueva.

La compañía de Robreño volvió á representar la comedia titulada: *Los polvos de la Madre Celestina* y quedó con bastante lucimiento aunque es de sentirse, que por la misma causa que escaseó la concurrencia en Villanueva, escaseara en Tacon en aquella noche.

Háse publicado ya en algunos periódicos de esta capital, la noticia de que están trabajando algunas personas en el proyecto de organizar una sociedad científica, artística y literaria,

formada de individuos conocidos ventajosamente por sus luces, y tendrá por objeto contribuir á la propagacion de los estudios, estableciendo clases y certámenes y tratando por otros medios de reunir en un punto dado á lo mas distinguido de nuestra sociedad. ¿Será cierto? Bienaventurados nosotros si así sucede, porque es necesario acudir con tiempo á revivir el gusto por los ramos del saber humano y cada dia se hace mas indispensable que se tome una de estas medidas que dan honra y provecho á todos los que traten de llevarla á cabo.

Pero el gran suceso de estos últimos quince dias, lo que mas llama la atencion, es sin duda alguna el movimiento que se advierte en la vecina Guanabacoa con motivo de los bandos que se han establecido. ¡Qué alegría! ¡qué entusiasmo! ¡qué ideas! Ningun año ha sucedido lo que actualmente acontece; cuando digo á Vds. que hasta una dama abdicó de la corona de la hermosura, convendrán mis lectores en que es mas importante de lo que parece la historia de los reinados del año de gracia porque vamos atravesando.

La animacion que producen estas fiestas en la juventud habanera aumenta cada vez mas; unos militan bajo el pabellon azul, otros bajo el punzó: lo mismo da uno que otro: cada cual cuenta en el suyo una hermosura. Recuerdan estas diversiones otras épocas y otra civilizacion: es un juguete delicado en que toman participacion los amigos de las peleas de gallos y los apasionados por la contradanza. El objeto principal se dirige á dar alegría á los moradores de la capital y sus cercanías, y á dar movimiento al lujo. Hánse formado cortes como si efectivamente se tratase de festejar á personas reales: cada una tiene sus caballeros, cada una tiene voz de mando. El que escribe estas líneas ha sido uno de los tantos afortunados que han merecido un nombramiento, una gracia, un recuerdo de S. M. la Reina del bando punzó: hemos inclinado humildes la cerviz y acatamos las disposiciones de la soberana de la belleza.

"En atencion á los méritos y circunstancias que concurren en vos, D***, teniendo en consideracion los importantes servicios que podeis prestar cerca de mi Real persona, he tenido á bien nombraros por mi decreto autógrafo de esta fecha, *Trovador de mi Real persona*.—Por tanto: es mi voluntad que os presenteis en el Real Palacio de esta villa, situado en la calle de la Concepcion número 14, á recibir el correspondiente diploma y prestar el juramento de fidelidad á mi bando.—Dado en el sitio Real de la deliciosa villa de las lomas, á los 20 dias del mes de Junio de 1860."—Yo LA REINA.

Con este lenguaje nos habla S. M: esta es la copia del documento y aun ha duplicado sus mercedes agregando otro igual en que nos concede el título de *cronista*.

Se representa un drama parecido á aquel que vieron las hermosas y los galanes en la edad media: los tiempos de la caballeria van á resucitar: ya teneis imperando á la mujer hermosa: ya teneis trovadores: en Guanabacoa estan los castillos feudales en que ocurren estas cosas: tengo órdenes de preludiar el laud y ¡ay de mi! yo lo haria con verdadero placer si S. M. no se hubiera equivocado suponiendo en mí unos talentos de que carezco. Acepto la obligacion de cronista, que aunque no aceptara ya tengo con que entretenerme con la que me impone mi trabajo en el ALBUM CUBANO: me conformo y me contento.

Pero ¿qué he de decir de vos á las generaciones futuras? Si me dais á escribir la historia de vuestro reinado, tendré que contar que sois bella entre las bellas, y diré todo lo que acontezca para satisfacer las verdades históricas: justamente habeis supuesto gratuitamente en mí la fria inteligencia de las narraciones y era lo único que yo hubiera deseado poseer.

Pero..... ¿y el partido azul? Cronista del uno tengo por precisa necesidad que tratar de lo que pasa en el ejército opuesto, porque estableciéndose de comun acuerdo las operaciones entre este y aquel necesario se hace que vaya comunicando á mis lectores todos los sucesos de esta época, que para complaceros trataré de hacer que entre en el juicio de las generaciones que están por venir. Es mi voluntad,—me habeis dicho—que os presenteis en mi palacio;—y yo respondo que esa es la mia tambien.—Prestareis fidelidad á mi bando: agregais en tono Real. —Lo prestaré, contesto humildemente.

La fidelidad! ¿qué es la fidelidad? He aquí una proposicion que me he hecho sin querer. ¿Qué significa esa palabra en estas circunstancias? Tiene miedo S. M. punzó de que me traslade al terreno de S. M. azul? A su vez dirá lo mismo la azul á sus partidarios?—Con qué castigaria

el código penal de los bandos una desersion?.... La hermosura no debia exigirnos esta intolerante sumision: debia bastar el igual compartimiento de tiempo en uno y otro partido y la justa distribucion de admiracion entre la Reina azul y la Reina punzó.

No creais, sin embargo, que me empiezo á insurreccionar, ni que pretenda enseñar á los demas lo que á las mientes me asalta: una pregunta como la que he hecho no prueba mas que curiosidad y yo, cronista de un periódico dedicado á las damas, ainda mais trovador de S. M. la Reina del bando punzó, y cronista tambien de este partido por añadidura, amigo en extremo del sexo encantador..... soy curioso por naturaleza; y una mujer que lleva sobre su frente la diadema concedida á las gracias tiene un alma bastante magnánima para perdonar esta imprudencia del último de sus súbditos. Prometo mi fidelidad y deseo como el que mas que haya abundante cosecha de materiales para cuando tenga que fabricar la nueva columna de arena que me toca colocar cada quince dias en esta seccion del Album.

***

DE LOS CHALES DE CACHEMIRA.

La materia que sirve para fabricar los chales de cachemira, es una especie de vello parecido á la seda, que se halla mezclado entre el pelo de las cabras de aquella parte del Asia tan celebrada por la inimitable delicadeza de sus tejidos, que no han podido igualar hasta ahora todos los esfuerzos de los paises mas industriosos de Europa.

El gran mercado de aquella materia, á la que muy impropiamente se da el nombre de lana, se halla en Kilghet, ciudad situada á veinte dias de marcha de las fronteras de Cachemira. En ella se vende lana de dos clases, la una blanca que se presta mucho á la tintura, la otra cenicienta que se tiñe con mucha dificultad. Esta última se elabora comunmente en su estado natural. Cada cabra da al año unas dos libras de lana de cada clase. Separado con mucho cuidado el pelo con que está mezclada la lana, se lava ésta repetidas veces con agua de almidon de arroz, cuya operacion se ha reconocido ser de la mayor importancia para su preparacion.

Los habitantes de Cachemira atribuyen la belleza inimitable de los productos de sus fábricas á la calidad de las aguas de sus valles.

La mejor y mas hermosa lana en bruto se paga en Kilghet á una rupia (unos nueve reales y medio vellon) la libra. Cuando ya está lavada y espurgada, ha perdido una mitad de su peso, y por fin, despues de hilada se vende á razon de una rupia por una cantidad de hilo equivalente al peso material de tres rupias en dinero.

Los chales que se fabrican en Cachemira son de distintas formas y de várias dimensiones. Sus guarniciones se elaboran por separado, para que puedan adaptarse al gusto de los diversos mercados á donde se destinan. Ademas de los chales largos ó cuadrados, se hacen con la misma lana muchos artículos de lujo, como son: telas rayadas, medias negras ó de colores, guantes, cinturones y otros. Los chales que se envian á Turquía son por lo general los mas selectos y esquisitos por su finura y excelente calidad. Con el pelo de las mismas cabras y las partes mas ordinarias de la lana, hacen alfombras, mantas, etc.

De algunos años á esta parte no tienen los chales tanto consumo como ántes. Las principales causas á que se atribuye su menor demanda, son la destruccion de los genízaros, entre los cuales eran de uso general: la extincion de los reyes y córte de Caboul: la bancarrota de Luckerondec.

En tiempo de los emperadores de Mogol, la provincia de Cachemira podia tener en actividad 30,000 telares de chales. Este número fué reducido á 18,000 bajo el imperio de los príncipes de Afghans. En el dia apénas llegan á 6,000 los telares que están en movimiento. Poco puede haber influido en esta notable decadencia la rivalidad de los chales fabricados en Inglaterra Al principio que estos últimos aparecieron en la India, deslumbraron á los indígenas con la elegancia de sus dibujos y el brillo de sus colores, y muchos indios de la clase rica se apresuraron á comprarlos; pero muy pronto se disgustaron de ellos, reconociéndolos por muy inferiores á los de su propio pais, en cuanto á la delicadeza del tejido y de su consistencia.

No hace mucho tiempo que un especulador ingles que habia llevado á Delhi una partida

de chales fabricados en su pais, bastante crecida para formar la carga de un camello, se decidió á venderlos en almoneda pública para despacharlos con mas facilidad. A duras penas llegó a vender dos ó tres chales, porque el precio ínfimo á que se pregonaban, en vez de estimular á los indios, los retraia de comprarlos. Tan cierto es que un objeto de puro lujo, como un chal de la India, pierde mucho de su mérito á los ojos de los ricos consumidores, cuando por circunstancias particulares se abarata su precio hasta el punto de ponerse al alcance de las facultades de la clase media.

El valor de los chales que se exportan anualmente de Cachemira se calcula en 18 laigs de rupias ó sean unos 15 millones y medio de reales vellon.

El soberano actual de Cachemira, Runjeet Sing, percibe cerca de dos terceras partes de esta suma á cuenta de la renta ó tributo de aquella provincia, que paga unos 20 millones de reales. La cuarta parte de aquella cantidad de chales sirve para el uso particular del soberano, ó para hacer regalos á sus cortesanos. El resto se vende, y su producto va á aumentar el tesoro del príncipe.

Los derechos que los príncipes indios imponen sobre los chales, aumentan considerablemente el valor de éstos; pero aun lo hacen subir mas los que les hacen pagar los ingleses, que son unos 332 reales vellon por cada chal.

****

ANECDOTAS.

Luis XIV, que poseia indudablemente grandes cualidades, supo dar á su corte oportuna leccion del respeto que se debe al talento. Llegó á noticia de aquel monarca que los oficiales de su casa se desdeñaban de admitir á su mesa al célebre Moliére, alegando que habia sido un cómico, si bien desempeñaba entónces el cargo de ayuda de cámara del nombrado rey. Guardó éste silencio sobre ello, pero á la mañana siguiente cuando se vestia y le preparaban el desayuno—que acostumbraba tomar en su cámara y solo se componia por lo comun, de caldo, un pollo asado y una botella de vino—dijo familiarmente al poeta desairado:—Se asegura querido Moliére, que acostumbrais comer mal, porque no mereceis la honra de que os den asiento á su mesa los oficiales de mi servicio; así, pues, como es probable que tengais hambre y yo me levanto con excelente apetito, os convido á que demos buena cuenta del grueso pollo que constituye mi desayuno predilecto.

Terminando estas palabras mandó que le sirviesen poniendo dos cubiertos y despues de hacer que se sentase el atónito poeta, trinchó él mismo el ave, colocando un alon en el plato de aquel y otro en el suyo. En seguida dispuso se diese entrada á los personajes que alcanzaban la honra de ser recibidos familiarmente miéntras se desayunaba, y apénas los vió les dijo en voz muy alta:—Me encontrais, señores, en la ocupacion de hacer almorzar al autor del *Misántropo*, que mis criados no juzgan digno de comer con ellos.

Desde aquel dia toda la corte abrumó á Moliére con multitud de convites, disputándose los magnates la dicha de obsequiarlo.

Un inquisidor reconvenia severamente á cierto astrónomo, de quien se decia que aceptaba la idea de moverse la tierra y no el rey de los astros:— Pues qué! le argumentaba, ¿no sabe V. que consta en la sagrada Escritura que Josué mandó parar al sol?—Sí que lo sé, reverendo padre, respondió el acusado, y creo que tan de veras lo paró que jamas ha vuelto á andar.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Habiamos creido repartir figurines con el número que correspondia al 15 de Abril, para lo cual los habiamos pedido á Paris con sobrada anticipacion; pero motivos, que no son del caso referir, causaron la falta de la remesa. Hicimos nuevas diligencias para conseguir repartirlos con el número de esta fecha, y con sorpresa nuestra no solo no los ha traido el vapor en que debian haber sido embarcados, sino que ni aun hemos recibido cartas de nuestros corresponsales que nos habian prometido cumplir el encargo, y esto nos hace suponer un extravio de que no podemos darnos cuenta. No descansarémos hasta vencer todas las dificultades y llenar nuestro compromiso con nuestras bellas favorecedoras.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

EL TIEMPO.

Los antiguos decian que Saturno—padre de los dioses y de los hombres—devoraba sus hijos: ingeniosa alegoría por la que daban á entender que todo es creado y destruido por el tiempo. Bajo tal aspecto nos parece el tiempo un mónstruo espantoso destinado á aniquilarnos: así es que cada hora que da el reloj la sentimos como un golpe de la terrible guadaña con que Saturno va armado. Hé aquí una de las principales causas porque deseamos huir del tiempo, y esto con tal aturdimiento que nos quejamos inconsideradamente de su ligereza, de su duracion y de su mutabilidad. Los amantes le atribuyen su propia inconstancia, los desgraciados sus desdichas, los ambiciosos su caida, y hasta los imperios lo hacen causante de su ruina; de todo se le culpa, de los decretos del cielo, de la injusticia de la suerte, de los desvarios de los hombres: en medio de todo esto, la esperanza pugna porque acelere su marcha y el temor desea que la retarde.

Por lo que queda dicho se echa de ver que no ha sido conocido bien lo que es el tiempo; pues, de lo contrario, en vez de mirarlo como un enemigo destructor se le consideraria como nuestra verdadera existencia, como una propiedad que enteramente nos pertenece, como un caudal que podemos manejar á nuestro arbitrio con absoluta independencia: caudal que lo disipamos pródigamente y lo perdemos sin sentimiento, llegando á tal extremo nuestra insensatez que miramos con agrado á los que nos lo hurtan, al paso que perseguimos con furor al que nos quita otra cualquiera propiedad de mucho menor valía. Es para nosotros el tiempo una carga tan pesada, que no hacemos mas que discurrir el modo de desembarazarnos de ella; y por una de las frecuentes contradicciones que se notán en el espíritu humano, estamos siempre buscando los medios de *matar el tiempo*, al paso que nos quejamos de la brevedad de la vida.

Este abandono en un asunto tan esencial y de tan positivo interes, dimana de las falsas ideas que se han formado del tiempo, por no haber sabido definirlo. Por lo general se le divide en tres partes, considerándolo en lo pasado, en lo presente y en lo futuro: uno de los antiguos filósofos, Crisipo, decia que lo pasado no existe, ni tampoco lo futuro, sacando por consecuencia que lo único que poseemos es lo presente y que en él debemos únicamente ocuparnos. Otro filósofo, Arquidamo, afirmaba que lo presente no tiene una existencia real, por ser divisible en dos partes, de las cuales una pertene-

ce á lo pasado y otra á lo futuro. Adoptando las opiniones de estos filósofos podrémos decir que lo pasado no existe, que lo presente no es nada y que lo futuro no existe tampoco, deduciéndose que es el tiempo una quimera. Otros filósofos mas modernos, sin llevar tan al cabo la sutileza, comparan lo presente á la eternidad, reduciéndolo por este medio á un punto imperceptible: para los que piensan así no es la vida otra cosa que una corta peregrinacion, y el mundo una posada de muy poco descanso: sistema ciertamente tristísimo, porque segun él tiene el hombre que prescindir por completo de la realidad de la vida para ocuparse tan solo del incomprensible porvenir. Una variedad tan confusa de opiniones demuestra que aun no se ha podido descubrir la verdad sobre esta importante materia, y que entre tanto el tiempo, esto es, el Saturno del paganismo, sigue caminando impávido con su inconstancia, su rigor, sus alas y su guadaña.

A esta fabulosa deidad le dan los hombres diferentes géneros de culto: los que son reputados por sabios adoran solamente lo pasado; la esperiencia no les presenta la verdad sino por la boca de los muertos; la memoria reduce sus placeres al estudio de las bellezas destruidas; y solamente encuentran flores y frutos en las ruinas de la antigüedad. Los amantes de la gloria y los avaros solamente fijan sus miradas en lo futuro; la posteridad y una inmortal celebridad es lo que ven los primeros, y llenar completamente sus cofres es lo que esperan los segundos. El vulgo, que es gobernado generalmente por los sentidos, sigue sin reflexionarlo las doctrinas de Epicuro; se deja dominar por lo presente, ve con indiferencia lo pasado y se ocupa muy poco del porvenir.

No vemos, pues, otra cosa que estravíos en la aplicacion y uso del tiempo, y esto procede de no haberlo considerado como él es en sí, contentándose con mirarlo como lo figura la imaginacion. Ha querido hacerse del tiempo un sér independiente de nosotros que dispone de las cosas, de los hechos y de la vida; siendo así que la sucesion mas ó ménos rápida de nuestros pensamientos, de nuestros deseos y de nuestros afectos, es lo que arregla la medida del tiempo; pues hay en nuestras facultades mil medios para modificarlo, alargarlo, acortarlo, detenerlo y apresurarlo. Una hora no es la misma cantidad de tiempo para un hombre que duerme que para otro que está despierto, para el ocioso que para el ocupado, para el que goza que para el que sufre.

El tiempo, ha dicho un poeta, *es la imágen movible de la inmóvil eternidad.* Es, puede decirse tambien, un vacío infinito como el espacio; pero como solamente conocemos el espacio, su medida y sus dimensiones por los puntos ú objetos materiales que se hallan colocados en él, si faltasen éstos seria para nosotros la palabra espacio una voz ininteligible. Esto mismo sucede con el vacío infinito llamado *tiempo*, cuya existencia, medida y diuturnidad, no es otra cosa que lo que señalan el número y sucesion de nuestras ideas y sensaciones. Si todos los vivientes estuviesen siempre durmiendo no existiria el tiempo para ellos, y en este caso, así como no se le da marcha al espacio, no se le podria dar al tiempo: por tanto, los astros y todos los demas cuerpos y séres inanimados y animados, comprendiendo el espíritu del hombre, son los que moviéndose sin cesar en los dos grandes vacíos del espacio y del tiempo, constituyen la existencia y la medida del primero y del segundo.

El tiempo existe por entero en nuestra inteligencia bajo los nombres de memoria, pensamiento y prevision; así que, el uso que hacemos de estas facultades es lo que nos convierte el tiempo en mas ó ménos rápido: el pensamiento que tuve ó la memoria, es lo pasado: el pensamiento que ahora tengo, es lo presente: el pensamiento que tendré ó la prevision, es lo futuro: en este supuesto el tiempo nada puede sobre nosotros, por el contrario nosotros tenemos el poder de modificarlo. Ahora bien, pasemos á discurrir qué medios pueden ser los mejores para ha-

cer buen uso del tiempo y procurarnos una vida tranquila y agradable, aprovechando lo presente, única parte del tiempo sobre la cual es inmediata nuestra accion. Hablando de un modo metafísico, el tiempo presente es considerado como un punto, pero en lo moral se le puede dar mucha mayor estension; pues no tiene duda que nuestras obras buenas y malas dejan ciertas huellas de complacencia ó de remordimiento, que son una dilatacion de lo presente. Sucede tambien con bastante frecuencia que abandonamos lo presente para ocuparnos de lo futuro, entregándonos á proyectos quiméricos ó á esperanzas inseguras, resultando que desperdiciamos un tiempo precioso, el cual constituye nuestro mas verdadero y sólido caudal, que deberiamos invertir con mucha economía, pues no es tan cuantioso como algunos piensan.

La naturaleza nos ha concedido un corto número de años, de los que una tercera parte por lo ménos se van en el sueño, que es un parecido retrato de la muerte; la época de la infancia es una especie de vegetacion, y los años de la decrepitud son todavía algo ménos: añádase á esto el tiempo que usurpan las enfermedades y las pesadumbres, que son unos enemigos independientes de nuestra voluntad, y se verá cuán poco nos queda para gozar de nuestra existencia, y qué pérdida tan grande hacemos al desperdiciar un solo dia de los útiles de nuestra vida. Para gozar del tiempo presente es necesario saber buscar el camino de la felicidad, que es lo que mas se ignora y por lo que mas se ansía: entremos pues en esta carrera reflexionando que lo futuro depende de lo presente, y que como la mayor parte del tiempo la ocupamos en recuerdos de lo pasado, en la ansiedad de las esperanzas y en la agitacion de temores y recelos, este presente se nos hace molesto y huye sin que lo hayamos goza l o.

Para convencerse de que el tiempo no es largo ó corto, sino segun lo hacemos nosotros mismos, basta observar que cuando esperamos una cosa deseada parece que el tiempo se detiene haciéndose cada minuto una hora; esto no es mas que huir de lo presente, avanzar á lo futuro, envejecerse, dar pasos hácia la muerte: por el contrario, cuando se espera ó teme una desgracia, se hacen los minutos instantes, el tiempo vuela y se trabaja como para detenerlo.—¡Qué larga le parece la noche al culpable devorado por remordimientos! Lo presente le atormenta, lo futuro le horroriza; quisiera borrar estas dos partes del tiempo y retrogradar á los dias de la niñez.

¿Por qué nos parece la infancia la edad de oro de nuestra vida? Porque en ella no se retienen sentimientos de lo pasado ni se teme por lo futuro. Aquella felicidad se desvanece y disipa luego que somos dominados por la melancólica razon y por el activo é inquieto juicio previsor: estas dos facultades son sin embargo, las que nos pueden hacer felices, si obran dirigidas rectamente por la prudencia, que es la que modera los goces de lo presente, haciéndolo de modo que no puedan quedar remordimientos por haberlo mal empleado ni pesares por haberlo perdido, y sí por el contrario dulces recuerdos que convertirán lo futuro en un tiempo presente muy tranquilo y lleno de satisfacciones.

Lo pasado y lo futuro son los dos peligrosos escollos que constantemente nos amenazan en el curso de nuestra vida: si exaltados por las pasiones nos entregamos á los placeres con que ellas nos brindan de presente, sin prever los males que ocasionan en lo futuro, en este caso empleamos el placer en fabricar desgracias, y por un gusto pasajero nos atraemos largo tiempo de pesares; jugamos ciertamente la vida contra un minuto. Así es como la imprevision de los hombres los hace pródigos sin pensar en su futura ruina; crueles sin temer los remordimientos, la venganza; ambiciosos sin recelar la caida; intemperantes sin pensar en las enfermedades; egoistas sin presagiar el aislamiento que les espera. De todos estos peli-

gros se salvarian si para gozar de lo presente, escuchasen la voz de la prudencia, que es la que tiene presente lo pasado y ve algo de lo futuro. Si queremos dominar el tiempo y hacer su marcha sosegada y agradable, ocupémoslo con utilidad, moderemos nuestros deseos, disminuyamos nuestros temores, y gocemos de lo presente no solo sin causar perjuicio á otro, sino haciendo todo el bien que esté en nuestras facultades: de esta manera y no de otra podrómos desafiar á lo que llamamos tiempo. Cuando el sabio vuelve atras la cabeza no debe ver otra cosa que vicios combatidos, triunfos de virtudes y productos de su trabajo.

J. M. R. P.

BOSQUEJOS LEVANTINOS.

LOS TURCOS DE GRAN TONO

Un hombre de distincion ó *efendi* en Constantinopla, es un bípedo de paso lento y exterior imponente y grave. Lleva el turbante ladeado sobre el ojo derecho, un ramillete de rosas en el pecho, y se distingue de la muchedumbre por lo ancho de sus pantalones. Permanece sentado horas enteras fumando la pipa, entregado á una meditacion cuyo embeleso consiste en no pensar en nada. Se ha criado en el serrallo y ha llegado á los honores por la senda de la infamia, transformado de esclavo en ministro ó gobernador de una provincia. Lee y escribe bastante correctamente y puede repetir de memoria alguno de los principales capítulos del Alcoran; pero en esto consiste todo su saber, y casi siempre lo hace servir á sus miras codiciosas.

Aborrece á los cristianos por sentimiento y por hábito, como el cristiano aborrece al judío, el judío al griego y el griego al armenio. Por su parte el misionero llegado de Europa los anatematiza á todos, miéntras que el cielo, mas indulgente, los tolera. Tal es en resúmen el estado religioso de Turquía.

El turco difiere muy poco del cristiano en sus relaciones domésticas: las mismas pasiones agitan su corazon, é idénticos motivos determinan sus actos. Su cariño es el mismo en sus relaciones de familia; ama á sus hijos con igual ternura, considera á su mujer con no ménos deferencia, trata á sus criados con mas humanidad, muestra el mismo respeto á sus ancianos padres, cuyo ataud sigue al campo del reposo con un dolor en apariencia vivo. Su turbante difiere de nuestro sombrero, y su *caftan* de nuestro vestido; pero si se distingue fácilmente de nosotros por su aspecto exterior: no así en sus sentimientos íntimos.

Una hostilidad permanente contra los cristianos es el dogma principal de su ley, y la alevosía, que se cree recomendada por la ley como un deber, es el rasgo predominante de su carácter: digo que se cree, porque á pesar que el Alcoran recomienda de paso el exterminio de los cristianos en guerra abierta, está muy léjos de excitar aquel espíritu fementido y traidor que los ulemas miran como mérito en el Musulman. Pero el espíritu de persecucion es el pecado favorito de los teólogos de todas las sectas y de todos los paises. Las prendas distintivas del Musulman son una profunda ignorancia, un orgullo intolerable, una indolencia habitual, y aquella perfidia que dirige su política en el divan y gobierna su valor en el campo de batalla. Los efectos de su carácter fueron el resultado de una elevacion repentina y subsiste aun en la actual decadencia. Antes que la conquista y el robo hubiesen elevado á los turcos sobre las ruinas de otras naciones, eran fieles con sus amigos y generosos con sus enemigos. Entónces no presentaban la copa envenenada con la sonrisa en los labios ni hacian seña al asesino en medio de pro-

testas afectuosas; pero la traicion ha llegado á ser un acto diario de los turcos.

Volvamos á los hábitos especiales del *efendi*. Paséase por la ciudad con un rosario de ámbar en la mano, no mira ni á derecha ni á izquierda: el cadáver de un griego asesinado no llama su atencion; el judío trémulo se retira al verle, y él mismo se desvia de su camino para evitar el contacto de un Franco que se acerca á él. Llega al café á las doce del dia y es recibido por el dueño con una profusion de *salems*, le pone debajo de los piés la mejor alfombra, le presenta la taza mas hermosa, y besa el faldon de su vestido. Pero el café es ruin, el *efendi* se enfurece, el cafetero tiembla, jura por la barba de su padre que lo ha hecho con toda perfeccion, y el *efendi* le tira la taza á la cara vomitando mil imprecaciones contra él y la que le dió el sér. Entretanto llega un amigo del *efendi*, y despues de recíprocos saludos y *salems*, se entabla entre ellos un coloquio muy interesante, que se sostiene con monosílabos pronunciados cada cuarto de hora. El *efendi* enseña á su amigo un cortaplumas ingles, examina el mango y la hoja, fuma otra pipa y exclama: "*¡Dios es grande!*" Despues un docto ulema, letrado y teólogo á un tiempo, porque en Turquía el embrollo y la teología son una misma cosa, habla de astronomía y de política, dice como el sol luce igualmente en el Oriente y en el Occidente, y como alumbra en todas partes á Musulmanes; como los *giaures* (infieles) de Inglaterra forman una nacion mas grande que los *giaures* de Francia, supuesto que los cortaplumas que fabrican son los mas hermosos. Despues de haber escuchado este pedazo edificante, el *efendi* se levanta y se despide con esta pía exclamacion: *¡Mas chalia!* "¡Dios es admirable!" El mozo del café se inclina hasta el suelo como abrumado de reconocimiento por un maravedí que acaba de recibir. Adelántase entónces el *efendi* por las calles con su magestad acostumbrada. Si se detiene delante de unos títeres colocados al paso, los mira sin sonreirse, porque su gravedad es imperturbable. Anda como una marsopla arrojada en la playa: es evidente que la naturaleza no le ha hecho animal pedestre, y que mira con desprecio sus órganos locomotores. No crea el lector que este retrato sea una caricatura: es una copia exacta, cuyos tipos podrá encontrar cualquiera que vaya á Constantinopla."

M. de F.

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.

En el *Album Cubano de lo bueno y lo bello*, periódico dirigido por nuestra ilustre compatricia el gran poeta la Avellaneda, debe tener lugar, debe poseer un puesto, cuanto de *bueno y de bello* haya existido; por eso yo con el alma estremecida y con el temor de mi pequeñez, vengo hoy á presentar á templo que tiene tan eminente sacerdotisa, uno de los poetas modernos que mas prometia, una de las almas mas entusiastas fundida en el crisol del sentimiento; jóven de éstro vigoroso, cuya voz enmudeció al contar apénas 25 años; y cuya lira quedó rota á impulsos del Occeáno, envidioso de tanta armonía.... él, que le habia dado sus mas dulces inspiraciones! ... ¡él, sueño dorado del poeta, su delirio, su vida!

Aurelio Aguirre y Galarraga habia visto la luz primera en la ciudad de las calles tortuosas, de la lluvia contínua, de los grandiosos monumentos que van á perderse en el firmamento, hácia el cual miran: habia sentido deslizar su vida entre las espesas nieblas, que cubren la ciudad querida de Santiago,—que le cedió sus restos, para que los peregrinos de todas naciones viniesen á rendir sus ofrendas á la suntuosa catedral, sepulcro donde las edades le veneran, y don-

de la religion le conserva como santa reliquia de uno de los discípulos mas predilectos del divino Señor que con su sangre bendita selló nuestra redencion.

Dos amigos queridos de Aurelio y un admirador entusiasta de sus obras, se han ocupado diversas ocasiones del poeta y de sus gratísimas melodías. Eduardo Ruiz Pons, Eduardo Bustillo y Perez y Juan de Dios de la Rada y Delgado. La *Discusion*, *el Miño*, *la Sociedad literaria* de Villaamil en Madrid, y todo lo que era entusiasta, todo lo que encerraba en su seno inspiracion, belleza, idealismo, acogia á mi pobre amigo con afecto. Su genio remontándose en alas de su brillante y lozana entonacion, aspiraba á la inmórtalidad, y la inmortalidad le recibió dándole por lecho mortuorio las movibles ondas del Atlántico. En sus olas le arrebató el mar, gigante como su pensamiento, magestuoso como todo lo que comprendia, como todo cuanto imaginaba, como todo cuanto bullia en su ardiente cerebro.

Mas de una vez estrechó mi mano con efusion; me llamó su amigo, mas aun, su hermano; y Aurelio, Aurelio que no cabia en la tierra, aspirando por el cielo, de quien era hijo su talento, comprendia su breve desaparicion, y al contarme sus cuitas, me dejaba entrever que bien pronto tendríamos que lamentar su irreparable pérdida. El tambien lo presentia, cuando en una preciosa composicion que nos leia con su simpática voz en el Liceo de Santiago, al despedirse de nosotros para la Coruña, decia estos versos de los que no hago comentarios: el público inteligente, mas imparcial que yo, los ha juzgado mas de una vez:

No sé qué playa al abordar me espera,
Misterio ingrato á mis profanos ojos,
Mas si náufrago llego á la ribera
Cuando el mundo recoja mis despojos
—Era artista en sentir,—habrá quien diga
Pero su estrella le alumbró enemiga.—

Amigo de Pancho Curbía, le acompañaba en sus últimos momentos, recogia su suspiro, le hacia morir religiosamente, consolaba sus penas, terribles como las de todo el que muere lejos de su patria, léjos de sus amigos, léjos de sus afecciones, y para mas dolor, en un hospital, por caridad. En una de sus mejores poesías hace mencion de Curbía, y las lágrimas se agolpan á los ojos, y el corazon late admirando tanto sentimiento en tan pocas palabras.

Amigo tambien del desgraciado Ricardo Fresneda, del infeliz suicida que cortó el curso de sus dias en lo mejor de su edad, le aliviaba, y jóven, jóven aun, casi niño, sabia derramar en su corazon el bálsamo del consuelo, y si Ricardo le escuchara, hubiera recobrado su fé, hubiera conservado la patria un hijo querido; pero el pobre Ricardo tenia fiebre, y fué la fiebre quien lo mató. Dios le haya perdonado, como lo habrá hecho con mi buen amigo causa de estas líneas.

Hay en la vida de Aurelio dos episodios, episodios de los que cada uno daria asunto para una novela interesante: viviendo como viven los personajes (excepto el protagonista) los conozco y sé cuanto, cuanto de verdad se encierra en ellos. Los trazaré ligeramente, por no extenderme demasiado, separándome de los límites que me he impuesto.

Un dia encontró Aurelio frente á frente, en su camino, uno de esos seres que marcados con el sello de la reprobacion, han caido de su pedestal para confundirse con el polvo que ántes hollaban sus piés, y que mas tarde, segun expresion verdadera del tierno Eguilaz, *cubolariena al mismo lodo*. ¡Pobre mujer!... Aguirre se acercó á ella y vió resbalar por su pálida mejilla una lágrima, indicio seguro de que aun no se habia borrado el pudor de su alma: esa perla del sentimiento trazó á mi amigo la senda que debia seguir. Sin mas móvil que la caridad, sin mas interes que su desinteres, se propuso regenerar á esa mujer y la regeneró. Antes de esta época jamas la ví, pero despues la he tratado, y la pobre jóven, llena ya de virtudes, le llora, anhelando el dia en que el Eterno la llame,

para unirse á aquel á quien debe el nuevo bautismo, mas grande aun que el primero, de la contricion.

En dos magníficas octavillas, que pongo á continuacion, presenta mejor que nadie, esta época de su vida. Helas aquí:

Haz cuenta que fuiste un cuadro
Que con diestras pinceladas
En sus horas inspiradas
Un gran artista pintó;
Que vino otro artista luego,
Y con intencion impura
Aquella hermosa pintura
En sucio borron tornó.

Que luego del genio en alas
Vino otro artista tercero,
Que sin tener del primero
La grandiosa inspiracion,
El cuadro vió, y compasivo
Tomó paleta y pinceles,
Y sin afan de laureles
Tornó en pintura el borron.

Mas tarde Aurelio en su excursion á Vigo—primera vez que abandonaba á Santiago — conoció á la vírgen de sus sueños, y entónces comenzó esa pasion divina que lo engrandeció, y brotaron esos versos henchidos de armonía, hijos de la inspiracion mas pura, del cariño mas dulce, debido á una niña sensible, enferma y delirante.—Era el alma del poeta encarnada en otro ser; era su idea, era su mas bello idilio, su romance mas precioso.

F... le inspiró sus concepciones mas bellas y castas, que *la vírgen que adoraba era pudorosa sensitiva que apénas la tocaba el aire de sus amantes caricias, veladora de su encanto plegaba sus hojas ofendida de tanto delirio, de tanto amor.* La pobre niña le llamó á la Coruña, y el amante fué, y el mar se lo arrebató, y desde entónces el alma de la vírgen vaga por las noches sobre la losa del sepulcro de su amado, esperando la hora en que venga á buscarla para reunirse y confundirse los dos en un suspiro.

El 28 de Julio de 1858 la Coruña recibió sus restos: acompañábanlos con mudo silencio é iban detras de su carro fúnebre personas de todas clases, de todos colores políticos. El 3 de Agosto le dábamos sepultura en Santiago, ante un inmenso gentío que venia á tributar ese último homenaje á aquel á quien quiso y llora y llorará su patria.

Sus obras se publican en esa ciudad, imprenta de Mirás; y en Vigo, redaccion del *Miño*.

Cuando el sol de la literatura gallega descendia á su ocaso en Aguirre, aparecia en el horizonte galiciano una estrella de bellísimos fulgores, irradiando rayos de purísima luz, que se elevaba solitaria y triste sobre la tumba del poeta, alumbrándole con melancólico resplendor. Esta estrella es *Elvira Luna*: en otro artículo me ocuparé de ella. El genio no tiene patria. Tanto en los polos como en el ecuador, como en los trópicos, alcanza siempre trono. Vive en los tiempos y se pierde en la eternidad; en Dios de quien tomó la vida.

Habana 19 de Abril 1860.

F. Gonzalez Santos Ugarte.

SUEÑO Y DOLOR.

Cinco dias sin descanso ha pasado en mis brazos un ángel, de carne rosada como la aurora, y blanca como la corona de la Sierra que domina el valle.

El copo de nieve que posaba en mi falda era mi hijo. Un ¡ay! incansable, agudo y tristísimo exhalaba su boca entreabierta y moribunda. Su carne, sedosa y suave, estaba dolorida. Mi corazon ahogaba otro ¡ay! gemido de compasion, mezclado de esperanza y terror. El blanco y fresco rostro del hom-

bre naciente se marchita en los mismos instantes que el mio envejece. La carne rosada está reblandecida; la mia seca, contráctil, nerviosa, resistente. La carne del ángel se disuelve, la mia se petrifica.

La convulsion de la muerte da su último esperezo sobre mi pecho, poco ha empapado de jugo, ahora seco por la angustia. ¡Ah! vosotros los que padeceis mi dolor, no me alivieis, dejadme llorar, dejadme padecer, dejadme morir; no, no me le quiteis de mis brazos. Es consuelo apurar la hez del dolor. ¿No veis que está muerto? ¡Que está muerto! No le arranqueis de mis brazos. Yo puedo verle: no desfallezco: mi vida tiene la energía del dolor. Estoy buena, ágil, fuerte: el mártir no desfallece. ¡Está muerto! ¡Está muerto, sí! El pequeño corazon no late, las pomas de sus mejillas están marchitas, el ojo frio y turbio, la nariz afilada, la boca floja y amoratada, el rizo ondulante y sedoso parece que se ha revolcado en la tierra.

¡Angélio! ¡Angélio! gritaba yo con la voz penetrante del amor desgarrado, de una esperanza que deja su lugar á una verdad horrible. Angélio ya no volvia los ojos á la voz de su madre amorosa. ¡Angélio! ¡Angélio! repetia la voz de su amargura mas íntima, del dolor mas agudo, de la desesperacion mas honda. Vuelve, vuelve á la vida, le gritaba; yo padeceré, yo moriré por tí!

La carne muerta se mancha de rosas violadas: los labios se ennegrecen: suben gases pútridos á la atmósfera. Mi voz habia enronquecido de gritar en vano. El niño dormia el sueño del polvo. Habia cumplido la ley de su existencia, como la cumple la manzana caida en flor.

¡El sueño! ¿Qué es el sueño? La mitad de la vida. No es la negacion del ser, pero es la negacion de la voluntad. ¿Y qué es el ser sin la voluntad? La piedra, ménos que la planta, una ebullicion de cuerpos químicos, elaborando su ciega tarea. El sueño es la mitad de la creacion, que reanima la vida. Pero ¿y el sueño de la muerte? Es la creacion que se reproduce. El sueño, pues, de la vida y el sueño de la muerte, elaboraron aquí juntos sus químicas tareas. La cuna de mi hijo y mi cama ofrecen el cuadro de la muerte que descansa del dolor de la vida; de la vida que descansa del dolor de la muerte.

El no vive. Yo siento un inmenso dolor; pero el cansancio del dolor llama al sueño. ¡Qué! ¿No destruye el dolor al sueño?—¿Quién es mas poderoso? No lo sé. El dolor ahuyenta al sueño; el sueño ahuyenta al dolor. ¿Quién vence? No lo sé. Ambos poderes dominan la humanidad; ambas leyes cruzan sus espadas sobre el libro viviente.

¡Sueño! ¡poder encantador, poder fatídico! ¡Medalla reverso del insomnio! ¡reverso de la vida! ¡descanso del que padece! dolor del que goza! Tu creas horribles fantasmas al que se retiró de la fiesta con las imágenes doradas en la mente. Tu conduces al que gime en las cadenas, á los amenos campos de la libertad.

Dormí. No el sueño inquieto, sino el sueño profundo, estúpido. No sentia el dolor ni el descanso. El poder moral fué abatido por el poder físico. Es decir, las leyes de la humanidad fueron abatidas por la ley eterna de Dios.

¡Pero desperté! ¡Ah! Madres amorosas, llorad, llorad conmigo!

¡Despertar á la horrible y palpable realidad!.. el instante de despertar con la energía de la vida, renovada por el sueño, es el instante en que es mas imperioso el dolor. No lucha ya con el sueño, no con la flaqueza orgánica; el dolor es potente, inmenso, desgarrador. Antes de descansar se ha dudado del motivo del dolor, si no con la razon, con el sentimiento. Ya no se duda. Ahora se palpa la soledad del alma, se sienten las ideas, se distinguen, se descomponen, se analizan, se examinan las esperanzas rotas, la herida destilando sangre, la impotencia de una voluntad que no sabe crear ni aun esa misma impotencia.

Mi primer impulso, soñolienta todavía, fué anudar la idea perdida entre el último pensamiento del dolor, del sueño. Cogí el va-

so del éter para aplicarle á la boca que poco ántes exhalaba un quejido desconsolador. Pero mi falda estaba desierta, la cuna desierta, las habitaciones desiertas. ¡Cuánto silencio aterraba mi alma! No estaba él, no me miraba, no me llamaria ya nunca, ¡nunca! Ya no creceria bajo mi sombra; ya no contemplaria yo su sonrisa ni su sueño celestial, al traves de los tules de la colgadura de su cuna, ya no jugaria en mi falda, ya no velaria, no trabajaria, no padeceria por él. Padeceria por mí, por mí sola, porque le necesitaba para mis ojos, para mi razon, para mi alma sedienta de amor, que bebia solo en su puro manantial..... ¡Madres amorosas, llorad conmigo!

«Raquel lloraba por sus hijos, porque ya no son.»

¡Ay! Traédmele y me consolareis; no me digais para consuelo que existe mayor angustia. Traédmele, le abrigaré en mi pecho, le calentaré con mi aliento si está frio. ¿Creeis que no siente? Yo creia eso de los muertos; pero ahora dudo: no, creo que mi hijo siente dolor, frio, sed. Le daré mi pecho ¿dónde está? ¡Ay! Traédmele, que yo le vea. Mirad, estoy serena. ¿Estorban mis lágrimas para verle? Pues ya no lloro. Estoy tranquila. Ni siquiera laten mis arterias. ¿Me le traeis? — ¡Ay! ¡ay! Tened lástima de mí. Madres amorosas que comprendeis mi dolor, llorad, llorad conmigo. ¿Le habeis llevado, sin dejarme siquiera su retrato? Esto es cruel. Siquiera su retrato. ¡Ay, qué felicidad! Este es su rostro, ya tengo su retrato; pero esta no es su carne blanda y eléctrica, no es la vida; es la muerte perenne, la muerte que no descompone la materia: es la imágen de lo que no volverá á ser; es el sarcasmo de la naturaleza potente, burlándose del imbécil poder humano.

Turba de espíritus piadosos, consoladores, rodeaba mi cama, obstruia mis habitaciones, acariciaba mi cabello destrenzado, enjugaba los raudales que empapaban mis ropas, abrigaba mi pecho descubierto, componia mis vestidos ajados y rotos; pero yo no oia sinó el quejido perseguidor de mi hijo, no sentia sino mi angustia, no adivinaba sino un pensamiento; pero en duda aun, y me preguntaba á mí misma: —¿Pero nunca? ¿nunca le veré?—A esta desconsolada palabra, mi propio pensamiento me respondia con un grito feroz, que decia: —*¡Nunca, nunca!*—

Pasaron dias. Los que me consolaban midieron mi dolor por su caridad, y desaparecieron. Pero como el dolor crece con la certeza del motivo, lloré á raudales, sin que mano importuna enjugase mi llanto.

Busqué el retiro, y vagué por los campos. Escuché las melancólicas armonías de las aguas; los ecos de los vientos como llamándome á la meditacion; sentí con religioso miedo los choques de los cuerpos que ruedan, caen, se hunden, cambian de formas divididos en pedazos. No sentia la humedad de las arenas que pisaba en la playa del Mediterráneo, ni el fuego que despiden, ni la embestida de la ola brava, ni el dulce beso de la ola tranquila, sin hallar la imágen de mi hijo.

La reflejaban las aguas azuladas, la blanca corriente del arroyo, las brumas del mar; la luz del relámpago y la de los astros. El, rosado y sonriente, estaba entre los grupos de rosas del huerto, al confin de los parrales; se mecia entre las cintas de las humildes cañas; se escondia bajo los laureles sombríos; caian sobre sus rizos amarillos é iluminados las olorosas lluvias del azahar. ¡Hijo mio! hijo mio! Yo le contemplaba como una luz celeste, que en todas partes alumbraba mi triste fantasía.

A la desesperacion enérgica sucedió el dolor intenso; despues la melancolía profunda, la tristeza pacífica mas tarde. A este dolor incesante del alma, á esta niebla abrumadora siguió la tristeza filosófica. La contemplacion del universo me llevó á amar la humanidad, como se aman los átomos de un gran todo organizado.

El árbol, la piedra, la luz, el hombre, fueron á mis ojos miembros, átomos del gran

monstruo universo. El sonido, la electricidad, los vientos, fueron hálitos del espíritu universal. Naturaleza, creacion, universo, Dios, espíritu, voluntad, todo fué para mí sueño y dolor, muerte y vida, reposo y actividad. Sin embargo, todo, cuerpos geométricos á atracciones y repulsiones, todo sujeto á las leyes invariables, infalibles, eternas.

¡Vida y muerte! ¡Sueño y dolor! ¡Hé aquí el universo! La muerte es el principio de una vida, es un cuerpo organizado que cambia su vestido. Dios no es el agente de la destruccion. Dios no es la mano de la muerte; es el creador y reformador de los seres. Y si la vida y la muerte son cambios de las formas, ¿por qué el dolor à la presencia de ese cambio? Porque el dolor es otra ley de los seres.

No se troncha el ramo sin que la rama pierda su sávia.

Sin el dolor, los seres con voluntad no cumplirian la ley de la reorganizacion. El dolor es el preludio del amor de la madre. El dolor es el mandato de la reorganizacion, de la reproduccion. La ley natural ha creado el amor maternal, la ley social debe conservarle, la ley moral debe darle culto. Esparta, que no protegió este amor, fué siempre desmoralizadora, y no supo fijar sus leyes sociales. Creció Babilonia para caer en los abismos. Tiro para desaparecer, Nínive para borrarse de la faz de la tierra.

El Hombre-Dios, el intermediario entre la naturaleza y la sociedad, es decir entre la ley divina y la ley humana, Jesucristo creó en su piadosa doctrina la divinidad del amor, en la mujer angustiada del Calvario. Cuarenta siglos contaba la civilizacion, caminando por todas las sendas de las pasiones, y siempre incierta, retrocedia cuanto adelantaba. El pueblo de Israel se desmenuza y se pierde, como las aristas llevadas por los vientos. Semíramis desaparece, Sodoma se abrasa, Roma empobrece.

El símbolo de union universal, de amor, de organizacion social, está representado en la madre amorosa y desconsolada al pié de la Cruz.

La serpiente de la discordia enroscada en el árbol de la humanidad, arrastraba su cuerpo inmenso por las generaciones. La escamosa serpiente de cuarenta siglos, fué ahogada con la planta del divino mártir del Gólgota y las lágrimas de la madre.

Salve, amor cristiano; salve, madre apenada; salve, símbolo de los evangelios.

Sueño y dolor, es la vida individual: vida y muerte, es la vida universal.

Dolores Gomez de Cadiz.

(GRANADA.)

PENSAMIENTOS FILOSOFICOS

Y

MORALES.

El hombre es tan grande, que su grandeza se echa de ver hasta en el hecho mismo de reconocerse miserable.

La curiosidad no es mas que ignorancia y vanidad.

Si al llegar á una ciudad quereis saber qué hombre hay allí verdaderamente superior, ved quien es aquel contra el cual se conjuran recelosas todas las medianías.

La dulzura de la gloria es tan grande, que la amamos aun cuando se una con la muerte.

La justicia y la verdad son dos puntas tan sutiles que no poseemos instrumentos que puedan tocarlas exactamente.

Rara vez los que hacen profesion de decidores de agudas palabras son personas de generosas acciones.

Burlarse de la filosofía es filosofar.

SECCION SEGUNDA.

ALFONSO EL SABIO. (1)

I.

Del grande imperio de Augusto
Restaba un cadáver solo,
Del que ensañadas facciones
Se disputaban los trozos;
Y el de Oriente empobrecido,
Desmembrado de mil modos,
En convulsiones de muerte
Su fin anunciaba próximo.
La Francia tras largas luchas
Aun no alcanzaba reposo,
Y toda Europa seguia
Presa del vértigo loco
Que á sepultar la arrastraba
En el Asia, un siglo y otro,
Con esperanzas brillantes
Sus soldados y tesoros.
La ignorancia con la guerra
Do quier reinando en consorcio,
Ciencias y letras yacian
En orfandad y abandono,
Dando en medio de aquel cáos,
De desventura por colmo
La *ergotizante* escolástica
Crepúsculos nebulosos.
Tal era la faz del mundo
Cuando de España en el trono
Brilló el varon eminente
Que fué de su siglo asombro.
Fruto anhelado y querido
De un augusto matrimonio
—Que de Alemania y Castilla.
Cumplió los férvidos votos—
Tuvo por madre á Beatriz,
Flor del germánico tronco,
Y por padre al santo rey
Que aun es de España custodio.
Tuvo por patria á Toledo,
Y por nombre aquel sonoro
Que ya unido se encontraba
En nuestros fastos gloriosos
Con los epítetos *grande*,
Casto, valiente, católico.....
Y que el de *sabio* tambien
Mereció con gloria pronto.
Tuvo por dotes del cielo
Grande ingenio, juicio sólido,
Carácter grave y benigno,
Simpático y noble rostro.
Mostróse desde la infancia
Reflexivo, sério, probo,
Incansable en el estudio,
En el placer parco y sóbrio;
Y asociando á la prudencia
Aliento audaz y brioso,
Su primer campaña un reino
Dejó á sus piés por despojo.
¡Así lució la alborada
De aquella vida, que absorto
Vió el siglo décimo tercio
Y aun admiramos nosotros!
¡Así en su oriente aquel astro,
Rasgando negros embozos,
La luz anunció á Castilla
Que ella esparció por el globo!

II.

Se acercaba á su rüina
Aquel poder ominoso

---

(1) Esta composicion, inédita hasta ahora, fué escrita para un *Album de Españoles ilustres* que se proyectó publicar en Madrid, todo él en romances, con los asonantes del nombre de los personajes cuyas biografías figurasen en sus páginas. Leida la presente por su autora en una solemnidad literaria, le mereció la honra de recibir una corona de laurel, que á nombre de la juventud española le fué presentada por el distinguido orador y publicista D. Emilio Castelar.

Que á orillas del Guadaleto
Holló audaz el cetro godo;
Mas aunque de muerte herido
Aun era de España oprobio,
Sus mas hermosas provincias
Rigiendo el alfanje corvo.
Por ese apénas la carga
Del reino toma en sus hombros,
La espada del gran Pelayo
Desnuda el décimo Alfonso.

Tremóla presto en Xeréz
Su estandarte victorioso,
Y á Nebrija, Niebla y Arcos
Sujetando en tiempo corto,
Hace huir la media luna
—Por entre sangre y escombros—
Ya para siempre eclipsada
De aquel vasto territorio.

Mas aunque lidia cual héroe,
A par cual hábil piloto
Rige la nave del reino
Por entre sirtes y escollos.

Con Aragon firma pactos,
En Navarra extingue enconos,
Y aquí desbarata intrigas,
Y allá sosiega alborotos.
Previsor y vigilante,
Guerra declarando al ocio,
De todo abuso enemigo,
De toda justicia apoyo;

¿Qué se escapa á las miradas
De aquel genio?—Rudo, tosco,
Bárbaro el idioma patrio
Proscrito estaba del foro,

De la ciencia y poesía,
Dó el latin reinaba solo.
Acude Alfonso! A su acento
Cobra vigor, gracia, adorno,
Y se ostenta tan brillante,
Tan atrevido y lujoso,
Cual despues llenó dos mundos
Resonando en ámbos polos!

Pero otra empresa mas árdua
Se está agitando en el fondo
De aquella mente sublime
Que guarda de ciencia acopio.
No le basta ser modelo
De reyes, padres y esposos,
Al hombre cuya alma inmensa
Lo mide y lo abarca todo.

No le basta que se admire
Su alta justicia en el sólio,
Su prudencia en los consejos
Y en los combates su arrojo.
No le basta de las letras
Ser proclamado patrono,
Padre de la lengua patria
E inventor, de un metro heroico;
Pues ve sus pueblos regidos
Por un conjunto monstruoso
De *fueros desaguisados* (2)
De paz y concierto estorbo,
Y comprende que es la *ciencia*
De las leyes gran tesoro, (3)
Que en el dosel explotaron
Justinianos y Teodósios.
Lo comprende ¡ah! sí! mas mira
Bullir de su cetro en torno
Una nobleza potente
Que el bien comun tiene en poco;
Pues privilegios injustos
Contando cual patrimonio,
De la mas útil reforma
Parece temer desdoro.
¿Desmayará el alma egregia
Y á tanto desórden coto
No pondrá, con sábias leyes
Que hagan cesar el divorcio
De tantos pueblos distintos,
Que en un conjunto inarmónico
Se agitan bajo su cetro,
Sin alcanzar desarrollo?
Oh! sí! que es grande la empresa
Pero aun es mas grande Alfonso!.....
¡Vedle preparar los ánimos
Para un inmenso trastorno,
Y despues de estudios graves,
Despues de largos insomnios,
De Licurgo rival digno
Dar á España inmortal código!

III.

Sobre ese lauro sublime
Descansa ya, varon docto,
Miéntras la Europa en Castilla
Fija asombrada los ojos.

---

(2) Palabra del mismo rey en el prólogo del Fuero Real.

(3) "La ciencia de las leyes es como fuente de justicia, y aprovechase de ella el mundo mas que de otras ciencias."
Ley 8.—tít. 31.—par. 2.

Descansa!—Pero ¿qué anuncian
Los nuevos estudios hondos
A que sin pausa te entregas?
Oh! que ya miro á tu soplo
De las simas del olvido
Surgir los tiempos remotos,
Y enlazados por tu mano
Con eslabones de oro,
Legar á siglos futuros,
—De tu gloria eu testimonio—
De una historia nacional
El monumento grandioso.
¡Y no á España sola, al mundo
Alumbra ese astro, que rotos
Dejando oscuros celajes
Sus luces derrama pródigo!
¡Veo extenderse sus rayos
Mas y mas! El vítor oigo
De universal entusiasmo
Que llena al alma de gozo,
Cuando en medio de una corte
De árabes, caldeos, coptos,
—A los que hermana la ciencia
De España al redor del trono—
Publicando de los astros
Los movimientos ignotos,
Con las *tablas Alfonsinas*
Dota al mundo el rey astrónomo!
¡Pueblos que hoy á la cabeza
Marchais de Europa orgullosos,
Y de las luces del siglo
Os juzgais perennes focos!
Volved al décimotercio
La vista; volvedla atónitos,
Al mirar—entre las sombras
En que os hallábais vosotros—
Bajo el dosel de Castilla
Ostentar un hombre solo,
A par de la ilustre palma
Del sabio Lacedemonio,
La espada del gran Pelayo,
La áurea pluma de Herodoto,
Y el compas de Tolomeo
Y el sacro pléctro de Apolo.
Sí! tambien es gloria tuya
Nuestro rey ¡Castálio coro!
¡Tambien fué dulce poeta
El capitan valeroso,
El legislador profundo,
El literato filósofo,
El matemático insigne,
El coronista famoso!
¡Fué gloria tuya, y tu sello
En su frente reconozco;
Pues sobre ella el infortunio
Tendió su manto de plomo!
Fué gloria tuya, y cumpliendo
Con tu infausto sacerdocio,
Halló en su senda de triunfos
En vez de flores abrojos!
¡Fué gloria tuya, y por eso
Entre tantos fulgorosos
Resplandores que le cercan
Le columbro triste y torvo,
Víctima de ingratitudes,
Blanco de inflexibles odios,
Y faltándole en el mundo,
Excepto su genio.....todo!

IV.

Cual busca con preferencia
Las altas torres el rayo,
Así la desgracia busca
Los hombres extraordinarios.
El genio, luz misteriosa
Que alumbra con visos mágicos
Cuanto hay hermoso en la tierra,
Cuanto hay en el alma santo:
El genio, luz que la vida
Difunde en su inmenso rádio,
Y que deja en el trascurso
De siglos brillante rastro;
En el mortal que lo ábriga,
Del cielo por hondo arcano
Solo ilumina desiertos
De un corazon solitario.
Parece que esos fulgores,
Que llenan tiempos y espacios,
Son de tempestad perpetua
Del alma, tristes relámpagos.
Quizas Dios en su justicia
No quiso que un ser precario
Alcanzase impunemente
Del mundo el eterno aplauso.
Quizas en la infausta tierra,
Maldita por el pecado,
Como delito, la gloria
Debe lavarse con llanto.
Tal fué el destino de Alfonso;
Así su nombre preclaro

Se vió de infortunio acerbo
Por el crisol depurado.
La fama que aquel gran nombre
Iba do quier divulgando
Le alcanza una honra eminente
De los príncipes germánicos.
Se vió el Licurgo español,
El Salustio castellano,
Llamado á ser digno dueño
Del dosel de Carlo-Magno.

Mas ¡ay! la ciega fortuna
De su gloria burla el fallo,
Y arrollando la justicia
Se agitan furiosos bandos.

No abandona el noble electo
En tal trance el suelo patrio,
Donde inquieto bulle el Moro,
De su cetro tributario,
Y donde la civil tea
Atizan genios infaustos.....
¡Mas sostiene su derecho
Con teson por diez y ocho años!

Le sostiene como rey,
Le olvida como cristiano,
Pues sin dolor ni flaqueza,
Cual digno hijo de Fernando,
A la voz del pastor regio
Del católico rebaño,
Rinde en aras de la paz
Vasto imperio en holocausto.
Mas no, ningun sacrificio
Desarma el rigor del hado.....
La paz por que anhela Alfonso
No ha de volver á halagarlo.

La copa de acíbar llena
Que ya tocaron sus labios,
No ha de romperse en su diestra
Sin que apure el postrer trago.
.....
.....
...Aun corre por sus mejillas
Lloro ardiente, lloro amargo
Sobre la tumba que encierra
Su primogénito amado.

Y oye ya zumbar en torno
Del huracan los amagos,
Que estalla mas impetuoso
Cuanto mas quiere aplacarlo.
Ser mas grande que su siglo
Era el crímen del rey sabio,
Y llegaba el triste instante
De comenzar á expiarlo,
La ingratitud, la ambicion
Celebran odiosos pactos.....
Se arma contra el padre el hijo
Y contra el rey el vasallo.
¡Se arman, sí, y en junta inícua
De rebeldes y de ingratos
Le arrancan al noble Alfonso
Con baldon su imperial manto!
¡De aquel delito execrable
Guarda la historia el relato,
Mas nunca tú, ¡Poesía!
Con él deslustres tus fastos!

V.

¿Cómo está tan triste y solo
De España el gran soberano
Que ciñó nueve coronas;
reyes tuvo por vasallos?...
El que ostentaba por corte,
De todo el globo terráqueo
Los mas insignes varones
Que al siglo trece ilustraron?
El que la espalda del Bétis
Oprimió con tantas náos
Que amenazó hacerse dueño
Del aun rebelde occeáno?.....
¡Nada le queda en el mundo!
De todo lo han despojado!...
Mas nó!... conserva su lira
Que ostenta inmarchito lauro.
Con ella, en su fiel Sevilla,
(única ¡ay! que entre el contagio
De general rebelion
Su puro honor guarda intacto)
Con ella, en *fabla* doliente
Se queja del reino insano
Al que le dió tanta gloria,
Del que sufrió tanto agravio.
En ella con *mortal grita*
Levanta sentido canto,
Que atravesando seis siglos
Aun enriquece al Parnaso.
Oh, España, sí! del poeta
No apagaste el fuego sacro
Al despojar de su cetro
Al héroe septuagenario.
La estrella de su fortuna
Se apagó; mas nunca el astro

De aquella múltiple gloria
Que te orna de eternos rayos.
Murió Alfonso maldiciendo
De un mal hijo el nombre infausto.
Mas á tu nombre en herencia
Dejó sus timbres preclaros.
Sobre el sepulcro en que duerme
De tu injusticia olvidado,
Pasarán generaciones
Su gran memoria acatando;
Y las edades futuras
Y los pueblos mas lejanos
Dirán de tí, con respeto,
—¡Fué patria de *Alfonso el Sabio*!

Gertrudis G. de Avellaneda.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

CATALINA Ia EMPERATRIZ DE RUSIA.

Nació en 1689 en un pequeño pueblo de la Lavonia, de padres pobres que la dejaron huérfana en su mas tierna edad; habiendo sido educada por caridad en un colegio luterano de Mariemburgo. Catalina acababa de casarse con un soldado sueco de la guarnicion de aquella plaza cuando fué tomada, y hechos prisioneros todos sus habitantes; pero esta desgracia constituyó precisamente el orígen de su elevacion. Catalina fué dada como un bello presente al general vencedor, Mencicoff, favorito del emperador Pedro el Grande. Honrando éste en una ocasion á Mencicoff pasando á comer á su propia casa, se prendó lo bastante de Catalina para pedírsela á su poseedor, que se apresuró á hacer este sacrificio en obsequio del Czar. La fortuna de la jóven esclava tomó desde entónces un rápido pero bien merecido curso: aprendió á leer y escribir, tuvo todo el talento necesario para despojarse de la rusticidad de su orígen, y casada secretamente con Pedro el Grande, vió llegado el dia de ser proclamada emperatriz y coronada por su propio esposo. Este la era deudor de la salvacion de su gloria, y acaso de la de su existencia, pues cercado por los turcos en las márgenes del Pruth, Catalina que acompañaba á su esposo en las campañas,—dando al soldado raros ejemplos de sufrimiento y de valor que á todos cautivaban—negoció con el general enemigo, y supo sacar las mayores ventajas en obsequio de la desesperada situacion del Czar.—La muerte de Pedro el Grande sobrevino tiempo despues, y entónces fué Catalina proclamada emperatriz de Rusia. El primer acto de soberanía de esta mujer notable fué la abolicion de los suplicios de la horca y de la rueda, y todos los de su breve pero glorioso reinado se encaminaron á promover el bien público por medio de la reforma civilizadora tan felizmente inaugurada por su esposo.—Despues de un reinado que no llegó á año y medio, Catalina cayó en un estado de languidez que la llevó al sepulcro el 17 de Mayo de 1727, á los 38 de su edad. Hé aquí el retrato de Catalina hecho por el general Gordon: "Era—dice—una mujer airosa y bella, dotada de muy buen entendimiento; pero no de aquel talento sublime que algunos la atribuyen. El poderoso motivo por el cual fué tan amada del Czar, era su constante buen humor, pues nunca se la vió triste ni encolerizada." En efecto, admira el tacto con que supo desafiar los embates del violento y atrabiliario carácter de Pedro el Grande: en una ocasion en que intercedia con algun calor la Czarina por el perdon de una de sus damas, Pedro hubo de hacer pedazos de una puñada una hermosa luna de Venecia, y dijo á Catalina aludiendo á su antigua y humilde condicion: "Ya lo ves; basta que yo dé una puñada para que este espejo se reduzca á lo que fué..... á la nada." Catalina respondió con dulzura á esta bárbara amenaza: ¿Y te parece que tu palacio está mas hermoso despues de haber destruido su principal adorno?

***

EN UN ALBUM.

Hoy eres bella cual las puras flores
Del ameno jardin, y das con ellas
A los ojos encanto, al viento olores.

Mas siendo todo así, no olvides nunca
Que el tiempo abate la orgullosa palma:
Todo en la tierra se deshace y trunca;
¡Solo es eterna la virtud del alma!

Tomás Rodriguez Rubí.

DESALIENTO.

SONETO.

Que brille el sol espléndido y fulgente
O en negras brumas vele su aureola:
Que la flor entreabra su corola,
O la destroce el huracan rugiente.
Que apacible y sereno el mar se ostente,
O airado encrespe su irritada ola,
Que la tórtola gima triste y sola,
O celebre su amor alegremente:
Nada me importa! La natura entera
Mi corazon á conmover no alcanza.
Oigo un acento que me grita: *espera*!
Mas siento que vacila mi esperanza.....
Y vago errante, sola y abatida,
Cual hoja seca en el erial perdida!

Martina de Pierra y Agüero.

MELANCOLIA.

I

Corazon ¿de qué nos sirve
esta áureo-luciente lira,
si en vez de cantar suspira
dolientes ayes mi voz?
¿Qué te valiera ¡cuitado!
que con mi voz querellosa
una cántiga amorosa
cantase á mi ausente amor?

¿Que le pintara en mis versos
la tristeza que te aqueja,
la amargura que nos deja
esta ausencia, corazon?
¿A qué contarle mi llanto,
y mis angustias secretas,
si diz que de los poetas
fingimiento es la afliccion?

Y pues que necios lo afirman,
y tal vez Ella lo piensa,
oculta tu pena intensa,
ay! escóndela, por Dios.
Y en solitario retrete
sin ser de nadie escuchados,
nosotros los lastimados,
llorémos nuestro dolor.

Hagamos muy triste duelo
dando al pesar larga rienda,
y aunque Ella nunca lo entienda
gimamos á un mismo son.
Que no por ser conocida
del esclavo la vil pena,
se aligera su cadena
ni logra consolacion.

II

Llorémos, corazon, llorémos juntos;
y en esta triste y olvidada lira
caiga rompido el llanto,
é hiriendo el oro que sus cuerdas teje
un ruido forme que algo se asemeje
á lánguido y lejano, aéreo canto.
Mas no solo gemir será mi empleo,
que á quien sus males siente,
le es grato en misterioso devaneo
navegar por el mar de la esperanza,
y halla placer y holganza
en llorar y cantarlos juntamente.
Así tambien en la profusa selva
de las móviles hojas al murmullo,
el ave mezcla á su trinar alegre
un quejumbroso y dolorido arrullo.

III

Cantemos llorando ahora
que silenciosa la luna,
de todo el mundo señora,
se espeja en el ancho mar.
En ese mar que adormido
tan lánguidamente ondea,
que su murmurio recrea
sirviéndonos de compas.

Ella tambien quizá duerme
sin tener mas compañía,
que aquella inocencia inerme
que el alma nos cautivó.
Su inocencia encantadora
que es el ángel que la guarda,
y niega á pasion bastarda
albergue en el corazon.

Y junto á su cabecera,
ya que se aduerme tan sola,
el alma parta ligera
con la suya á platicar.
Que siendo cual Dios el alma
de la carne se desnuda,
y es fácil que á verla acuda
quedando tambien acá.

Al contemplarla tan linda
en los descuidos del sueño,
imposible es que prescinda
de un beso en su frente dar.
Un beso que no haga ruido,
ni manche su frente casta—
que á mí tan solo me basta
un beso de amor y paz.
Me basta, sí, pues la adoro
con tanto amor y pureza,
como ama en el cielo el coro
de serafines á Dios.
Y á fé que este amor merece,
porque es rosa peregrina,
que de su mansion divina
á perfumarme bajó.—
Mas ya la luna se esconde
tras nube esposa y sombría,
y el eco apénas responde
á mi flaca y débil voz.
Contigo se ha disipado
oh luna! el contento mio,
que es mi placer desvarío
que se deshace veloz.

Y pues que tristes estamos,
y Ella tal vez no lo piensa,
oculta tu pena intensa,
ocúltala, corazon.

Y sin cuidarnos de nada,
y aunque Ella nunca lo entienda,
dando al pesar larga rienda,
gimamos á un mismo son.

R. Matamoros.

LA MARIPOSA. (1)

Vagarosa
mariposa
blandamente vuela en torno
de las flores del pensil,
y un destello
del sol bello
matizando va el contorno
de sus alas de zafir.

Si un instante
liba amante
la miel que el nardo atesora,
ya rauda de flor en flor
vuela esquiva,
y así aviva
de mi niña encantadora
el afan perseguidor.

Anhelante
jadeante
tras las galas que despliega
corre la infantil deidad;
mas la hermosa
mariposa
de improviso incauta y ciega
va sus labios á besar.

Allí aleve
néctar bebe

(1) Estas originales composiciones (como otras que publicará el *Album Cubano*) pertenecen á un jóven obrero de Barcelona, verdadero genio poético y musical, á quien durante mi permanencia en aquella ciudad fuí deudora de singulares muestras de entusiasta simpatía. Las lindísimas canciones que escribe de una plumada, con pasmosa espontaneidad, son puestas en música por él mismo, y cantadas bajo su direccion en los conciertos semanales del *Jardin de Euterpe*, por un coro de obreros que alcanza ya general reputacion en España.

G. G. de Avellaneda.

y aletea dando enojos
á la niña pertinaz,
que burlada,
despechada,
lanza un rayo de sus ojos
y ¡ay! la abrasa sin piedad.

J. Anselmo Clavé.

LA PRIMAVERA.

Bella la Primavera
Flores y amor nos brinda:
Niñas, á cual mas linda,
Corren por la pradera
Dando al alma espansion.....
¡Bella es la Primavera,
Bellas sus flores son!

El fértil campo viste seductor
Las ricas galas del festivo Mayo:
Entre el ramaje trina el ruiseñor:
Y el eco dulce de su acento gayo
Respira amor.

Del aura al blando arrullo
Desgarran primorosas
Las mas galanas rosas
Su virginal capullo;
Y en torno dulcemente
Sus cálices derraman
Esencias que embalsaman
El fresco y puro ambiente.

En tanto las hermosas
Expresan cariñosas
Su gozo juvenil,
Besando á sus hermanas,
Las rosas mas lozanas
Que adornan el pensil.

El fértil campo viste seductor
Las ricas galas del festivo Mayo;
Entre el ramaje trina el ruiseñor,
Y el eco dulce de su acento gayo
Respira amor.

J. Anselmo Clavé.

SECCION TERCERA.

REVISTA DE MODAS.

IDEAS GENERALES.

Hoy está de moda el descontento. Cuando tenemos una cosa deseamos otra; cuando alcanzamos un bien ya no lo apreciamos bastante. ¿Llueve? Entónces suspiramos por la seca. ¿Abrense las cataratas del cielo? Entónces formamos votos porque cese el llanto de las nubes. En el verano nos quejamos del calor, en el invierno del frio, en todas estaciones del malestar que nos inspira la eterna inquietud de nuestra alma. Pero no os quejeis de antemano vosotras figurándoos que pretendo entablar en estas líneas grave disertacion. Solo me he propuesto estampar en ellas pensamientos generales relativos á la moda y voy á cumplirlo.

Sin necesidad de que yo os lo diga sabeis que la fantástica diosa no conoce obstáculos que la detengan ni imposibles que la asusten. Su albedrío á fuer de la mágica varilla de una hada lo arregla todo á su gusto. Realizando la fábula del Fénix renace cada dia mas fresca, mas bulliciosa, mas animada, de sus propias cenizas. No contenta con dictar órdenes respecto al traje pronúncialas tambien—segun os he indicado otras veces—respecto á los sentimientos y costumbres de cada época. Antes, verbigracia, para que elevara á un individuo sobre la multitud necesitaba él unir á la elegancia exterior superiores dotes morales ó intelectuales como manifestaron Arístipo, Alcibíades, y el mismo César que mezclando las altas cualidades del filósofo, orador y guerrero, con la risueña ligereza y amables atractivos que le sirvieron para disfrazar durante algun tiempo su ambicion, confundió en su frente las ramas de mirto con las de laurel. Hoy el dictado de hombre à la moda en vez de enaltecer desconceptùa porque solo significa el arte refinado de vestirse copiando fielmente los últimos figurines de Paris, y el *talento* del que lo lleva en montar á caballo ó bailar la polka. ¡Oh! Las variaciones y contrastes de la moda igualan á los que presenta la árida montaña junto al fértil valle ó la erguida palmera cerca del mezquino zarzal. Singular y

caprichosa como la naturaleza que ha creado el monte y la llanura, el frondoso árbol y el mísero abrojo, se complace en probarnos con la diversidad de sus productos y lo innumerable de sus invenciones, que sus recursos no poseen término.

Comparad la túnica de los antiguos romanos, el manto que los revestia de tanta dignidad, y la corona de flores ó de yedra que ceñia sus sienes á menudo con el prosaico atavío que los hijos de Adan usan hoy, y comprendereis que han transcurrido en efecto desde entónces acá, luengos años. La moda sin embargo ha hecho bien en convertir en vulgar paletó la toga romana, en sustituir á las guirnaldas de rosas ó de laurel el sombrero *californiano* y el de *sorbetera*. El magestuoso ropaje de los antiguos latinos pareceria un adefesio llevado en el muelle por ansiosos especuladores ó paseado por las calles por personas frívolas. La propia metamórfosis que en el vestido, ha ido verificándose por grados en las ideas de la humanidad. Antaño era moda subir al pináculo de la fama á fuerza de heroicas virtudes, morir como Leónidas y Régulo por el santo amor de la patria. Ogaño es moda sobretodo [salvo las excepciones que en toda regla existen] tener mucho dinero. La voluble diosa se ha vuelto tan codiciosa como Danae quizá por aficion á las lindas frivolidades del lujo que desconocieron los ínclitos varones citados. Hasta el celebérrimo Diógenes hubiera carecido de valor en nuestro siglo para encerrarse en su tonel. Caso que no lograra vencerlo el fastuoso espíritu de la época, hubiera sucumbido á la desconsoladora certidumbre de que nadie se inclinaria con respeto ante su remendada capa. Apresurándose á salir por consiguiente como el macao de su concha, hubiera buscado en lucrativas empresas los medios de obtener el aplauso público.

Mucho siento hallarme obligada á decirlo en obsequio de la verdad. No obstante la rápida marcha del progreso que sin duda nos conduce al perfeccionamiento de todas las cosas, á pesar de las excelentes teorías que proclaman los apóstoles de la civilizacion, el *yo* está ahora mas de moda que nunca. Dos amigos por ejemplo se encuentran en la calle, se detienen, y se preguntan respectivamente por su salud sin atender á veces á su mutua respuesta. En seguida Diego exclama mostrando á Blas un rollo de papeles:

—Este manuscrito te indica que me he dedicado como tú al cultivo de las letras. Se ha puesto tan en moda escribir para el público que no he podido resistir al deseo de ver tambien impresas mis lucubraciones. Como primer ensayo literario he compuesto un drama por el estilo de *Adriana de Lecouvreur* sin olvidar que Scribe ha exagerado en él un poquito el célebre *al grano, al grano* de Horacio, negando al espectador algunas esplicaciones precisas para la mejor comprension de la pieza.

—El autor dramático debe ser muy conciso—contesta Blas en tono de suficiencia.—Esa cualidad formó el principal mérito de Alfieri. Justamente ocupándome del particular, dije hace tiempo en uno de mis mejores artículos: "El buen escritor expresa mucho en pocas palabras. Los antiguos hablaban por sentencias destinadas á producir doble efecto que los largos discursos. El vulgo suele confundir la verbosidad con la elocuencia, pero el hombre sensato cuando al buscar el fruto solo encuentra vana hojarasca, la arroja con desden de pasto á los ignorantes. En mi concepto.....

—Sí, sí, recuerdo muy bien el artículo á que aludes, — murmura Diego interrumpiéndole. (Hoy es moda hablar siempre y no escuchar nunca). Ahora se trata únicamente de que vengas á formar parte del *comité* de amigos que se disponen á juzgar mi drama.

—Cuenta con mi imparcialidad. ¿Recuerdas al par lo que dije respecto á la materia en un folletin que gustó mucho? (Hoy está tambien de moda, lectoras mias, la propia alabanza segun la intrepidez con que cada uno *se echa fresco* á sí mismo). "Sed severo para con el amigo en vez de alucinarle con mentidos elogios. Execremos los tiros de la malevolencia, pero besemos la mano del prudente Mentor que nos riñe en voz baja para que jamas puedan los indiferentes reconvenirnos con justicia en alta voz. Si cuantos han escrito hubieran.....

—Tampoco he olvidado el párrafo á que te refieres—observa Diego bostezando.—Personas inteligentes lo han aprobado y eso llena mi corazon de halagüeñas esperanzas.

—Te agradezco la sincera parte que tomas en mis triunfos. Pronto publicaré otro artículo en que sostengo.....

y aletea dando enojos
á la niña pertinaz,
que burlada,
despechada,
lanza un rayo de sus ojos
y ¡ay! la abrasa sin piedad.

J. Anselmo Clavé.

LA PRIMAVERA.

Bella la Primavera
Flores y amor nos brinda:
Niñas, á cual mas linda,
Corren por la pradera
Dando al alma espansion.....
¡Bella es la Primavera,
Bellas sus flores son!

El fértil campo viste seductor
Las ricas galas del festivo Mayo:
Entre el ramaje trina el ruiseñor:
Y el eco dulce de su acento gayo
Respira amor.

Del aura al blando arrullo
Desgarran primorosas
Las mas galanas rosas
Su virginal capullo;
Y en torno dulcemente
Sus cálices derraman
Esencias que embalsaman
El fresco y puro ambiente.

En tanto las hermosas
Expresan cariñosas
Su gozo juvenil,
Besando á sus hermanas,
Las rosas mas lozanas
Que adornan el pensil.

El fértil campo viste seductor
Las ricas galas del festivo Mayo;
Entre el ramaje trina el ruiseñor,
Y el eco dulce de su acento gayo
Respira amor.

J. Anselmo Clavé.

SECCION TERCERA.

REVISTA DE MODAS.

IDEAS GENERALES.

Hoy está de moda el descontento. Cuando tenemos una cosa deseamos otra; cuando alcanzamos un bien ya no lo apreciamos bastante. ¿Llueve? Entónces suspiramos por la seca. ¿Abrense las cataratas del cielo? Entónces formamos votos porque cese el llanto de las nubes. En el verano nos quejamos del calor, en el invierno del frio, en todas estaciones del malestar que nos inspira la eterna inquietud de nuestra alma. Pero no os quejeis de antemano vosotras figurándoos que pretendo entablar en estas líneas grave disertacion. Solo me he propuesto estampar en ellas pensamientos generales relativos á la moda y voy á cumplirlo.

Sin necesidad de que yo os lo diga sabeis que la fantástica diosa no conoce obstáculos que la detengan ni imposibles que la asusten. Su albedrío á fuer de la mágica varilla de una hada lo arregla todo á su gusto. Realizando la fábula del Fénix renace cada dia mas fresca, mas bulliciosa, mas animada, de sus propias cenizas. No contenta con dictar órdenes respecto al traje pronúncialas tambien—segun os he indicado otras veces—respecto á los sentimientos y costumbres de cada época. Antes, verbigracia, para que elevara á un individuo sobre la multitud necesitaba él unir á la elegancia exterior superiores dotes morales ó intelectuales como manifestaron Arístipo, Alcibíades, y el mismo César que mezclando las altas cualidades del filósofo, orador y guerrero, con la risueña ligereza y amables atractivos que le sirvieron para disfrazar durante algun tiempo su ambicion, confundió en su frente las ramas de mirto con las de laurel. Hoy el dictado de hombre à la moda en vez de enaltecer desconceptúa porque solo significa el arte refinado de vestirse copiando fielmente los últimos figurines de Paris, y el *talento* del que lo lleva en montar á caballo ó bailar la polka. ¡Oh! Las variaciones y contrastes de la moda igualan á los que presenta la árida montaña junto al fértil valle ó la erguida palmera cerca del mezquino zarzal. Singular, y

caprichosa como la naturaleza que ha creado el monte y la llanura, el frondoso árbol y el mísero abrojo, se complace en probarnos con la diversidad de sus productos y lo innumerable de sus invenciones, que sus recursos no poseen término.

Comparad la túnica de los antiguos romanos, el manto que los revestia de tanta dignidad, y la corona de flores ó de yedra que ceñia sus sienes á menudo con el prosaico atavío que los hijos de Adan usan hoy, y comprendereis que han transcurrido en efecto desde entónces acá, luengos años. La moda sin embargo ha hecho bien en convertir en vulgar paletó la toga romana, en sustituir á las guirnaldas de rosas ó de laurel el sombrero *californiano* y el de *sorbetera*. El magestuoso ropaje de los antiguos latinos pareceria un adefesio llevado en el muelle por ansiosos especuladores ó paseado por las calles por personas frívolas. La propia metamórfosis que en el vestido, ha ido verificándose por grados en las ideas de la humanidad. Antaño era moda subir al pináculo de la fama à fuerza de heroicas virtudes, morir como Leónidas y Régulo por el santo amor de la patria. Ogaño es moda sobretodo [salvo las excepciones que en toda regla existen] tener mucho dinero. La voluble diosa se ha vuelto tan codiciosa como Danae quizá por aficion á las lindas frivolidades del lujo que desconocieron los ínclitos varones citados. Hasta el celebérrimo Diógenes hubiera carecido de valor en nuestro siglo para encerrarse en su tonel. Caso que no lograra vencerlo el fastuoso espíritu de la época, hubiera sucumbido à la desconsoladora certidumbre de que nadie se inclinaria con respeto ante su remendada capa. Apresurándose á salir por consiguiente como el macao de su concha, hubiera buscado en lucrativas empresas los medios de obtener el aplauso público.

Mucho siento hallarme obligada à decirlo en obsequio de la verdad. No obstante la rápida marcha del progreso que sin duda nos conduce al perfeccionamiento de todas las cosas, á pesar de las excelentes teorías que proclaman los apóstoles de la civilizacion, el *yo* está ahora mas de moda que nunca. Dos amigos por ejemplo se encuentran en la calle, se detienen, y se preguntan respectivamente por su salud sin atender á veces à su mutua respuesta. En seguida Diego exclama mostrando á Blas un rollo de papeles:

—Este manuscrito te indica que me he dedicado como tú al cultivo de las letras. Se ha puesto tan en moda escribir para el público que no he podido resistir al deseo de ver tambien impresas mis lucubraciones. Como primer ensayo literario he compuesto un drama por el estilo de *Adriana de Lecouvreur* sin olvidar que Scribe ha exagerado en él un poquito el célebre *al grano, al grano* de Horacio, negando al espectador algunas esplicaciones precisas para la mejor comprension de la pieza.

—El autor dramático debe ser muy conciso—contesta Blas en tono de suficiencia.—Esa cualidad formó el principal mérito de Alfieri. Justamente ocupándome del particular, dije hace tiempo en uno de mis mejores artículos: "El buen escritor expresa mucho en pocas palabras. Los antiguos hablaban por sentencias destinadas á producir doble efecto que los largos discursos. El vulgo suele confundir la verbosidad con la elocuencia, pero el hombre sensato cuando al buscar el fruto solo encuentra vana hojarasca, la arroja con desden de pasto á los ignorantes. En mi concepto.....

—Sí, sí, recuerdo muy bien el artículo á que aludes, —murmura Diego interrumpiéndole. (Hoy es moda hablar siempre y no escuchar nunca). Ahora se trata únicamente de que vengas á formar parte del *comité* de amigos que se disponen á juzgar mi drama.

—Cuenta con mi imparcialidad. ¿Recuerdas al par lo que dije respecto à la materia en un folletin que gustó mucho? (Hoy está tambien de moda, lectoras mias, la propia alabanza segun la intrepidez con que cada uno *se echa fresco* á sí mismo). "Sed severo para con el amigo en vez de alucinarle con mentidos elogios. Execremos los tiros de la malevolencia, pero besemos la mano del prudente Mentor que nos riñe en voz baja para que jamas puedan los indiferentes reconvenirnos con justicia en alta voz. Si cuantos han escrito hubieran.....

—Tampoco he olvidado el párrafo á que te refieres—observa Diego bostezando.—Personas inteligentes lo han aprobado y eso llena mi corazon de halagüeñas esperanzas.

—Te agradezco la sincera parte que tomas en mis triunfos. Pronto publicaré otro artículo en que sostengo.....

—¡Eh! Yo trato de mi drama y no de tus producciones—replica Diego impaciente.—Vienes por fin á presenciar su lectura?

—Imposible. Me lo impiden improrogables tareas. "El tiempo—como pienso decir en un folletin filosófico—vuela para las personas laboriosas. Solo el holgazan lo considera lento, solo".....

—Ya que no puedes ocupar tu puesto entre los jueces de mi pieza, te leeré en un momento sus mejores lances—exclama Diego comenzando á recitar una tirada de versos que Blas escucha sin oirlos.

—Prosaicas obligaciones no me permiten proseguir disfrutando de tu poética rima—murmura el último aprovechándose de una pausa del autor.—Corro adonde me aguardan. ¡Que el *comité* formule la opinion que ansías!

—Oye á lo ménos la escena final, en la cual la heroina quitándose una liga se ahorca con ella. Ahora están de moda en la escena dramática las ideas nuevas é imprevistas.

—Hum! Temo que los espectadores se rian de la liga convertida en garrote vil. Cuidado con ofender las leyes del buen gusto.

—Concédeme cinco minutos de atencion y desaparecerán tus recelos.

—Ni siquiera ese breve tiempo me es posible otorgarte. "Anteponed vuestros deberes á vuestros goces"—digo en el folletin á que he aludido.—Casualmente lo traigo en el bolsillo del paletó. Escucha, escucha.

Y el que alegaba la dificultad de conceder cinco minutos á la lectura de una obra ajena emplea veinte en recitar el exordio de la suya.

Muérdese Diego las uñas de cólera hasta que cansado de su suplicio grita:

—Basta, Blas. Me sé de memoria esas reflexiones que he estudiado con detenimiento en libros de fama.

—¿Cómo? ¿Pretendes por ventura acusarme de plagio, pretendes.....

—Leerte sin mas tardanza la peripecia de la liga. Voy á principiar.

—Y yo á concluir una conversacion que ha durado demasiado para una persona de mis ocupaciones. Adios y á *rivederci* como dicen en la patria del Tasso, ò hasta la vista como decimos en la de Calderon, Cervantes, Lope de Vega, etc. etc.

Por el citado diálogo habreis conocido que hoy la modestia no está de moda, quizá porque muchos la equivocan con la insignificancia, miéntras el petulante aplomo y el insufrible pedantismo deslumbran al vulgo dispuesto á confundirlos con el talento. ¡Cuántos errores en una época que se jacta de destruirlos!

Una moda que jamas adoptarán las almas rectas es la de no atender á la ancianidad cuando no le sirven de báculo repletas talegas. En los remotos siglos que llamamos bárbaros se tributaba á la vejez el culto del respeto. En el nuestro, que se precia de ilustrado, es ella objeto á menudo de desden y hasta de risa si no posee, repito, riquezas que le atraigan la consideracion. Así lo prueba la frecuencia con que vemos aquí á mas de un doncel ofrecer su brazo durante las noches de luna á la elegante señorita para pasearla por la plaza de Armas ó la Alameda de Paula, dejando que la mamá de su bella camine detras sola ó apoyada en aquella de sus hijas que carece de acompañante. Y no causa por cierto tanta sorpresa que el galan abandone á la anciana por la jóven como que esta sonria al descortés que vuelve la espalda á la venerable autora de su vida.

La moda de la música es una de las mas prepotentes en la Habana. Su imperio en el invierno no conoce límites. Discútese entónces con tanto afan, como si dependiera del espectáculo lírico el porvenir de la Isla, si vendrán el tenor fulano y el barítono zutano, si serán de este ó aquel género las anunciadas *prime-donne* y si han de ejecutarse aquellas ó estas partituras. No hay dama que no juzgue en dicha época indispensable tener palco en la ópera, galan que no se ocupe de Donizetti y de Bellini, papá que no torne á entusiasmarse recordando los tiempos del *di tanti palpiti* y del *piacer me balza il cor*. ¡Ah! Si segun se propone á cada rato la moda volvernos locos se propusiera convertirnos en sabios, de seguro que habriamos alcanzado ya el *non plus ultra* de la ciencia universal que nadie ha logrado poseer todavía.

Pero hé aquí que al aludir á la moda filarmónica se me ocurre referiros un lancecillo que ocurrió el año pasado en nuestra querida Habana. ¿Lo cuento? Quien calla otorga. Allá va pues.

La bella Elisa suplicó á su padre á principios del invierno último se abonase á la ópera. D. Roque para imponer silencio á sus exigencias

le compró con lo que debia costarle el abono un piano destinado á durar tantos años por lo ménos como meses duraria la lírica temporada. El Harpagon echaba bien sus cuentas. —Ya que hemos de gastar—pensaba—gastemos de modo que quede siempre en casa el dinero.

Aceptó el convenio Elisa merced á cierto jóven *dilettante* que se ofreció á darle (grátis segun creia D. Roque) lecciones de música. Mauricio llevó su flauta á la morada de sus nuevos amigos, Elisa aprendió á acompañarla con el piano y D. Roque regocijado con la idea de que su hija seguia la moda sin costarle nada, aplaudia el fervor con que ámbos *virtuosos* tocaban y cantaban á duo una *romanza* francesa cuyo estribillo era ¡*Toujours toi*! ¡*Toujours toi*!

Pero una tarde que se durmiera el buen viejo á compás del piano y de la flauta, indiscreto mosquito le picó en la nariz equivocándola con un tomate. D. Roque abre los ojos y se queda convertido en estatua como el tutor de Rosina. Mauricio representaba junto á Elisa el papel de Almaviva añadiéndole estas expresivas palabras ¡Siempre tú, angel mio, siempre tú!

Recobróse pronto D. Bartolo de su asombro y asiendo á Almaviva del brazo:

—A la calle traidor—gritó furioso—ó te rompo tu misma flauta en la cabeza.

—Cálmese V. papá—murmuró Elisa asustada —Mauricio me ha elejido por esposa y no ofenden á V. sus honradas intenciones.

—Ya sé por qué te elige—respondió D. Roque con sarcasmo.—Porque hoy están de moda las muchachas ricas. Pero no le pagaré tan caro como pretende el fementido sus lecciones de música.

—Y yo sé tambien por qué rechaza V. mis votos—exclamó Mauricio irritado á su turno. —Porque hoy están de moda los acaudalados yernos. Pero no por eso sacrificaré mi felicidad á la ambicion de un padre egoista.

En fin, despues de regalarse los oidos mútuamente con tales piropos la puerta se cerró tras Almaviva dejando á Rosina desesperada.

D. Roque tomó tan perfectamente sus medidas qué por espacio de muchos dias no supo Elisa de su amado. Pálida y doliente ignoraba que partido tomar cuando una noche oyó salir de próxima casa los dulces sonidos de una flauta. El melodioso instrumento decia sin palabras ¡*Toujours toi*! ¡*Toujours toi*!.

—Querido Mauricio—balbuceó la jóven cuyo pesar se trocó en repentino gozo.—Si, siempre tú, siempre tú.....

Durante algunas noches se consoló Elisa escuchando la flauta de Mauricio del dolor de no verle. Mas su padre que no era sordo la oyó al cabo tambien y sospechando la verdad apresuróse á cambiar de morada.

Siguiólos la flauta tenazmente. D. Roque podia impedir que Elisa comunicara con su amigo, pero no que el invisible mensaje de amor llegara tierno, expresivo, sentimental hasta ella.

El Harpagon anduvo errante por la Habana sin conseguir librarse de la obstinada flauta que tan pronto vibraba a la derecha como á la izquierda, al frente como á la espalda de su domicilio. Habia enflaquecido desde que Mauricio la tocaba tan á menudo. Sin embargo cuando ménos lo esperaba el suave instrumento calló de improviso. Dias y semanas transcurrieron sin que resonara en los aires su patética vocecilla. ¡Llégale pues el turno á Elisa de suspirar, gemir y enflaquecerse!

¡Para que la flauta hubiera enmudecido tan completamente era necesario que ya Mauricio no la amase ó no existiese!

¿Quién lo hubiera creido? Hasta D. Roque llegó á echar de ménos la flauta. Elisa se enfermó desde que no la oia y los médicos la declararon amenazada de consuncion.

El anciano no obstante su avaricia preferia su hija á sus talegas. Arrancándose pues los cabellos desesperado exclamó mirando sus ondas:

—¡Pereced vosotras y sálvese Elisa!

La flauta por lo tanto volvió á sonar mas agradablemente que nunca. Elisa que se desmayó al escucharla de nuevo creyó al recobrar el sentido que habia soñado. ¡Bendita realidad! El expresivo instrumento tocaba aun la cancion francesa cuyo estribillo era ¡*Toujours toi*! ¡*Toujours toi*!

Apesar de su regocijo la enferma no se sintió satisfecha. Mauricio habia perdido en inspiracion y ternura lo que ganara en arte. Amábala sin embargo todavía puesto que no se cansaba de repetirlo ¡siempre tú!

Por último; una noche que la jóven escucha-

ba pensativa el instrumento consolador penetró en su aposento otra melodía compuesta del propio tema sentimental. ¡Dos flautas tocaban á la vez! Elisa oyó absorta aquel concierto invisible. Pero habia en los sonidos de la segunda flauta tan profunda tristeza y dulzura tan conmovedora que la agitada vírgen venciendo al momento su indecision gritó alargando los brazos en la direccion de donde venian:

—¡Oh, Mauricio! Aunque alguno ha pretendido engañarme imitando tu voz mi alma ha reconocido la tuya y acude presurosa á su encuentro. ¡Allá voy! ¡Allá voy!

Y entregada al delirio hacia ademan de volar al cielo como si le hubieran nacido alas. Su padre acudió á sus gritos, la creyó loca y maldijo su codicia. Durante un mes luchó Elisa con la muerte. ¡Ah! ¡Los médicos no hubieran logrado salvarla si la flauta amiga y bienhechora no la detuviera en la tierra con lazos tan poderosos que la Parca no consiguió cortarlos!

Cuando la jóven volvió á la vida y vió á su amado á su cabecera supo todo lo ocurrido. Mauricio habia estado enfermo, su padre habia pagado un profesor para que el querido instrumento prosiguiera consolándola, y por eso una noche resonaron las dos flautas juntas. El sublime instinto del alma que adivina lo que no comprende la tosca materia hizo empero desde luego conocer á Elisa la tocata tierna, sencilla y melancólica del verdadero Mauricio.

La flauta de este no tardó en hacer oir con inefable amor el epitalamio de la boda ínterin Elisa apoyada en su hombro pensaba mirando retratarse en sus ojos el afecto sincero y fiel:

—¡Ah! Si es cierto que la moda proteje á menudo la vanidad, la codicia y el egoismo, tambien lo es que nunca logrará destruir en los rectos corazones los nobles impulsos, los generosos sentimientos y las afecciones desinteresadas!

A otra cosa ahora.

El ardor de la presente temperatura prueba que nos hallamos muy léjos todavía de la grata estacion en que reina la moda musical á que he aludido. ¡Paciencia y esperemos! Miéntras tanto las verdaderas elegantes continúan prefiriendo las telas ligeras, los colores claros, y las guirnaldas de flores para las *toilettes* veraniegas.

Con motivo de los bandos de Guanabacoa el azul y el panzó están á la *derniére*. Ambos son dignos de realzar los encantos de nuestras hermosas. El encarnado es el color del triunfo, del entusiasmo, y digámoslo así, de la gloria; el azul el de la delicadeza, la dulzura y digámoslo así, la poesía. Rojos son el rubí y el coral, la rosa y el clavel; azules el zafiro y la turquesa, la violeta y el *myosotis*. Unidos ámbos forman el brillante efecto que en la actualidad admira *la fashionable* multitud en las cortes de las hechiceras Soberanas Altagracia y Mercedes I, que sentando sus reales en la *vieja mamita* han conseguido rejuvenecerla.

¿Y qué novedades hay respecto á vestidos? —me preguntais probablemente. Os contestaré lindas amigas describiendo el prendido sencillo y gracioso conque tres señoritas que pueden servir de modelo de elegancia tuvieron el buen gusto de asistir al poético y concurrido baile con que acaban de inaugurarse las fiestas de verano en la glorieta de las Puentes.

Llevaba la gallarda M..... blanco traje de gasa de doble falda guarnecido de flequillos chinescos. El corpiño escotado tenia por único adorno las abrillantadas listas de la gasa que formando *draperie* se cruzaban sobre el pecho donde exhalaba sus perfumes un ramo de naturales rosas. Diáfano chal de tul ligero como la neblina flotaba en torno del enhiesto cuello. Algunos clavos de oro adornaban la ondeada cabellera resplandeciendo como estrellas entre sus rizos.

Tambien vestia de blanco la gentil L.... cuyo traje se componia de dos faldas de finísima tarlatana guarnecida la inferior con angostos vuelecitos y la superior con un ancho bullon. Las flotantes mangas eran á la odalisca. El corpiño escotado lucia una berta con tufos. Blancas camelias artificiales florecian (permitidme la hipérbole) sobre los cabellos y el seno de la encantadora L.....

El vestido de la simpática B..... era de gasa color de rosa cubierta la saya de ligeros volantes separados unos de otros por bullones de blanco tul, tufos de igual clase se mezclaban en el corpiño y las mangas cortas con otros de rosada gasa formando armoniosa union. Verde guirnalda ornaba la cabeza de la angélica jovencita que así ataviada parecia una aérea silfide, una náyade vaporosa.

Ni prendidas para los grandes bailes me ha-

bian parecido tan lindas como con ese sencillo traje las indicadas señoritas. Todas las mujeres se asemejan cubiertas de seda y pedreria. Solo las jóvenes y bellas brillan como diamantes cuando no llevan ninguno.

Por lo referido veis que la moda ha tenido ahora el buen juicio de elegir galas en consonancia con el carácter de la estacion. ¡Ojalá se mostrara siempre tan sensata!

FELICIA.

REVISTA.

La cosecha de materiales que me ofrece la historia de los últimos dias es harto abundante, y me alegro porque tenia necesidad de este gran recurso para no entretener con vagas ideas á los buenos lectores de la Revista del Album Cubano. Para que no falten novedades ha querido asomar en un cuadrante del cielo nada ménos que un cometa. La poblacion entera ha levantado los ojos atónitos durante las primeras horas de la noche, y al distinguir en el espacio inmenso aquella espada de fuego no acierta como esplicarse la aparicion de un fenómeno al que unos atribuyen futuras bienaventuranzas y otros consideran como signo seguro de temibles adversidades.

Para mí, sin embargo, el cometa es una favorable novedad, porque no solo me trae la hermosa idea de lo infinito cuando pienso en la asombrosa velocidad de su carrera y en el tiempo que tardará para volver á presentarse á las generaciones que pueblan nuestro planeta, sino porque como ustedes están viendo me proporciona motivos para entrar en amigable conversacion con mis lectores.

Guanabacoa ha presentado un cuadro cada vez mas animado: las cosas que allí han tenido efecto han ido sucediéndose en agradable ilusion, multiplicándose, y cada vez mas interesando á la alegre juventud. A principios de mes ocurrió la gran solemnidad de la coronacion de las reinas de la hermosura de la presente temporada y á esto se debió en gran parte el bullicio, el contento, la felicidad en que han vivido los partidarios de ámbos bandos. La cuestion era importante: poner en una frente juvenil la diadema acordada á la belleza no es juguete que se puede echar en saco roto; la diplomacia, la educacion, la alegria, demandaban mucho tiento y en gracia de la verdad tenemos que confesar que se llevó á buen término el gran acontecimiento que llamó la atencion de todos. La glorieta estaba adornada con sencillez y profusamente iluminada con gas de Bensul. Pasando por alto los preparativos y el movimiento de la concurrencia que no ofreció ningun carácter digno de ocupar el pensamiento del cronista, nos fijarémos en el momento notable en que se adelantaban hácia el punto de reunion las carrozas en que iban ostentando sus gracias la bella Mercedes Plana, reina del bando punzó, y la bella Altagracia Sicre, reina del bando azul. Ambas iban acompañadas de sus cortes respectivas y me permitirán ustedes que sea tan franco que confiese lo hermosa que me pareció una airosa Matilde que mostraba las insignias de abanderada. Los gentiles-hombres llevaban faroles caprichosos que daban una claridad en extremo agradable á la vista y que servian para ir alumbrando el camino. Susurran por todos lados las aclamaciones de la simpatía, los murmullos de la admiracion; suenan los vivas del gozo.—Viene en seguida Alta-gracia, que así la llamaron para que tuviera la dicha de oirse calificar propiamente por cuantos le dirijan la palabra, y el mismo entusiasmo estalla en la multitud, la misma alegría la acoje.

¿Qué es lo que estamos presenciando? Esto divierte á los buenos moradores de la Habana, esto llena de regocijo á los mas taciturnos, yo mismo que estoy hace tiempo tocando á retirada á tambor batiente no puedo ménos que tomar participacion en la fiesta y decir que hacen bien los jóvenes que echan á quemar así el corazon en aras del Molok del placer: que hacen bien los que rien pagando su homenaje á la edad y á las costumbres. Bienaventurados los que bailan!

Colocadas las dos reinitas en el trono, el Sr. Teniente Gobernador de Guanabacoa puso sobre las sienes de las dos elegidas las coronas

que para cada cual habian sido destinadas, y luego tomaron la parte que les correspondia los vates de tales circunstancias; resonó esa poesía sin pretensiones que cultivan en tales casos los improvisadores, y concluida su mision marcó la orquesta la hora del baile y se difundió en breve por todo el salon ese movimiento muelle con que se manifiesta la danza intertropical. Entónces se mezclaron los partidos, diéronse las manos azules y rojos, conversaron, sonrieron y se columpiaron en brazos del vértigo que producen la música, el baile, la juventud, el lujo y los perfumes.

Prolongose la fiesta hasta muy avanzada la noche y Dios sabe cuántos suspiraban por la duracion de aquellos bendecidos instantes para no interrumpir quizas una esperanza, un sueño; para ver realizada tal vez una de esas promesas que se pronuncian al oido, para ratificar un pensamiento, para aguardar una mirada!

Merece tambien particular mencion la visita que hicieron ámbas reinas á la hermosa Sra. Condesa de San Antonio, la que recibió á tan elegantes huéspedes con aquellos finos modales que la caracterizan.

Ocupáronse los periódicos de la Habana del viage que debia emprender Mr. Randoux, distinguido actor frances que fué compañero de la célebre y siempre llorada Rachel en su escursion por estos paises y que fué agraciado con el primer gran premio del Conservatorio Imperial y que es primer trágico del teatro frances en Paris. Por fin llegó ya, y debiendo permanecer algunos dias entre nosotros, piensa ofrecer en nuestro Liceo algunas *soirées* dramáticas. Entre otras piezas escogidas Mr. Randoux declamará el combate del Cid contra los moros, fragmento de la tragedia del inmortal Corneille titulada: *El Cid*. Declamará tambien *El sueño de Hamlet*, de Ducis, y los *Furores de Orestes* del gran Racine. Desde ahora preveemos un buen resultado á Mr. Randoux y nos complaceria que obtuviese la acogida de que es digno por su reconocido talento y su instruccion en el arte que cultiva.

Se ha dicho últimamente que Gottschalk debia salir para la América del Sur, pero nos queda la esperanza de que tiene que volver pronto porque en cumplimiento del contrato que ha firmado, se hará cargo de la direccion de la orquesta de la ópera. ¿Se embarcará el querido artista? No podemos asegurarlo, pero corre esta noticia y yo la comunico á mis lectoras que siempre miraron con particular cariño al eminente pianista.

La funcion que la compañía Robreño ofreció en beneficio de las viudas, heridos y huérfanos de los voluntarios de Cataluña, dió por resultado la cantidad de setecientos pesos, cincuenta centavos, de los cuales deducidos los gastos de propiedad del drama, comparsas, etc., quedan quinientos cinco pesos cincuenta centavos libres, sin que la compañía haya cobrado el alquiler del teatro. A pesar de lo avanzado de la estacion, la animacion que reinó en el Gran Teatro probó lo satisfecho que quedó el público del desempeño de las piezas que se pusieron en escena.

Pero decidme: ¿estuvisteis, caro lector, ó, benévola lectora, en la poética glorieta de Puentes-Grandes en la noche de su primer baile de temporada? Ah! qué momentos aquellos! ¡qué escogida y qué hermosa juventud! ¡Qué delicias las que allí sintió mi alma y la vuestra! —El conocido local, resplandeciente con sus centenares de luces, renovó en nuestra memoria las escenas de otros años y de otras felicidades.

Decir que la fiesta fué brillante es escusado cuando allí estaban las bellas de Armenteros, de irresistible mirada; las de Herrera, las de Leon, ese par de ángeles que nos vinieron del viejo mundo, las Fesser, tan distinguidas como graciosas, la de Gener, poética y dulce belleza, la señorita de Eulate, modelo digno de Miguel Angel y de Urbino, la de Jáuregui, de enloquecedores ojos, Rita Osma, siempre seductora y elegante, la linda señorita de Céspedes, la encantadora Paquita Bernabeu y su linda hermana; las de Duquesne, Alfonso, Vinageras y toda esa falange que constituye el encanto del círculo escogido, que do quiera que va lleva tras sí tantos corazones cuantos palpitan al mirarlas.

Allí tambien se encontraba Concha Rodriguez en cuyo rostro no encontrareis ni sombra de un defecto; mas allá las de Leon, risueñas siempre, siempre amables y graciosas. Y por do quiera encantadoras, que hacian fluctuar en la eleccion al mas absoluto en la admiracion de un tipo dado.

La vista no cesaba de estasiarse y cuando ya contábamos no distinguir otras hermosuras, nos seducia el rostro hechicero de la señorita de Vizcarrondo, el gracioso y distinguido de la de Cárdenas, los de las Andreu, y otras.

Villanueva ha seguido abriendo sus puertas á los amigos de las funciones ecuestres y la numerosa compañía que cuenta con el Sr. Isidoro y otros artistas de reconocido mérito, se ha esmerado últimamente en sus trabajos y diz que particularmente los chicuelos han estado de enhorabuena y aun se agrega que otros que ya no son niños por cierto tambien han gustado asistir al espectáculo.

Yo que ando por todas partes, como los duendes, fuíme no hace mucho al Carmelo y asistí á la corrida de caballos que allí se llevó á cabo. Un hermoso caballo llamado *Relámpago*, perteneciente al jóven D. Agustin Montalvo en competencia con el llamado *Catey* de D. Jaime Salicias se dió á correr y correr hasta que debia y queria, y era de verse lo que gozamos y nos divertimos y lo que nos prometemos para las nuevas carreras que se preparan en estos mismos dias.

Púsose en escena en Tacon el famoso drama de Scribe titulado: ADRIANA LECOUVREUR. Me acordé involuntariamente *de aquellos tiempos en que Dios queria* que anduviera la ilustre Rachel por el mundo y me asaltó á la mente la memoria de una noche deliciosa en que la oí pronunciar con un acento sin igual los magníficos versos de Fedra, y en que su apostura imponente y su accion inimitable, hicieron prorumpir al admirado auditorio en una esplosion de aclamaciones espontáneas.—¿Por qué moriste tan pronto? ¿Por qué no vives aun, musa trágica, señora de la escena, diosa del teatro?..... Si la hubierais visto! si la hubierais oido! qué palabra! ¡qué movimiento! ¡qué expresion en la cara! ¡qué contraccion muscular en los labios! ¡qué luz la de aquellos ojos que ha apagado el soplo del sepulcro!.....

Adela Robreño ha mostrado esta vez todo lo que puede su talento y nos confirma en la opinion que nos hemos formado de que está llamada á desempeñar un papel envidiable entre los buenos artistas de su clase. Es elegante en Adriana, viste con sencillez y la favorece mucho su accion distinguida y la pronunciacion clara con que marca los versos. Acogida de nuestro público con verdadero entusiasmo obtuvo ruidosos aplausos y debió quedar bastante satisfecha por las muestras generales de aprecio que recibió.

Acudió al Liceo una regular concurrencia en una de las noches que acaban de pasar y asistió complacida á la representacion de la comedia en tres actos titulada: *D. Tomás*. Compréndese que no tiene nada de particular que escasee la gente en toda clase de diversiones, porque ya saben ustedes que la estacion está rigurosa y *brava*, como decimos aquí; pero debe holgarse el instituto que recibe visitantes cuando nos comprime á su gusto en todos sentidos una atmósfera de fuego. El drama fué ejecutado con la inteligencia que poseen los amables aficionados de la seccion de declamacion y despertó nuestro interes la aparicion de la Srta. D.ª Rosa Marrero y Caro, conocida ventajosamente por los versos que ha publicado, que en esta ocasion tomaba parte en el desempeño del papel de una mujer entrada en años, y que, á decir verdad, no dejó nada que desear á sus numerosos admiradores.

En órden de fechas viene a ocupar este lugar en la revista el paseo de las reinas de los bandos de Guanabacoa, quienes habian convocado á sus respectivas cortes y entrando en lujosos coches se hicieron admirar nuevamente de la juventud de ámbos partidos que las aclamaba sin cesar como soberanas de la belleza.

Prepárase para este domingo, en que aparece la undécima entrega del *Album*, un nuevo paseo en Guanabacoa, en que las reinas volverán á ofrecerse à los ojos de sus admiradores, adornadas elegantemente y seguidas de sus córtes. Bien pueden las distinguidas soberanas entregarse al divertimiento inocente, porque con agradable sorpresa hemos visto que no solo se ocupan de las fiestas á cuyo lucimiento contribuyen, sino que han pensado en el modo de hacer bien á los afligidos. ¡Qué noble accion la de la buena Mercedes Plana! En medio del bullicio y del halago general, en medio de la lisonja y del ruido armonioso de las contradanzas, acuérdase la noble dama de los tristes, de los enfermos, de los abandonados de la fortuna, y se dirije, acompañada de su córte, al hospital de caridad, donde con mano generosa reparte algunas monedas, y hace cundir el deseo de aliviar á los pobres entre los que asistian atónitos á

este arranque espontáneo de un corazon sin manchas. Nada vale, por cierto, en la historia de los bandos lo que esta feliz inspiracion: el hecho prueba un alma religiosa y pura y una inteligencia superior. No basta bailar y sonreir; necesario es pensar en que durante el tiempo en que unos gozan otros padecen, y ántes de todo hay que meditar en los sufrimientos de la humanidad. En los momentos de partir para el lugar en que abre sus alas el ángel de las alegrías, se debe filosofar, extender la vista un poco mas léjos de lo que lo hacen los demas, acordarse de las obras de misericordia y cumplir con ellas, porque Dios nos está mirando y tendrá en cuenta los beneficios que hagamos.

Los ménos afectos á los partidos de gallos se han reconciliado con esta clase de fiestas, y mas de uno que no llevaba insignia ha tenido á bien pronunciarse á favor de la graciosa reina del bando punzó.—La bella reina del bando azul está igualmente dispuesta á imitar á su compañera, y se nos ha dicho que no tardará en proporcionar tambien alivio á los desventurados que reclaman la piedad de los que tienen medios de consolar á los tristes, dar de comer á los hambrientos, dar posada á los peregrinos y dar de beber á los que tienen sed.—De los reinados anteriores se acuerdan las gentes que en ellos se divirtieron, pero del reinado actual se acordarán todos, porque ¿quién echará en olvido un acontecimiento en que se pone á prueba el buen temple de alma de nuestras hermosas? ¿Quién será el que desconozca la pureza de un espíritu que sabe colocarse en su verdadera altura moral?—En verdad os digo que habeis merecido la aprobacion de grandes y pequeños; y, cronista fiel, siento orgullo y complacencia en que aquella que me encomendó la historia de sus triunfos, me haya dado oportunidad para un comento justo y algunas reflexiones útiles.

En la noche del juéves se sustituyó en nuestro Gran Teatro el interesante drama *Las travesuras de Juana*, con la nueva comedia: *Las mujeres murmuradoras* y el chistoso sainete: *Comer ó morir*, á causa de haberse indispuesto la inteligente y simpática *Adela Robreño*. En el desempeño de ámbas piezas, y con especialidad en el del sainete, la escasa concurrencia que asistió al teatro pareció quedar muy complacida, porque la última de las obras citadas abunda en felices ocurrencias à que supo dar carácter propio el Sr. D. Daniel Robreño. El título de la comedia es asaz llamativo, porque siempre se dijo del sexo débil que tenia la flaqueza de censurar los defectos ajenos. Trátase en esta obra de caracterizar lo mas posible á las mujeres habladoras; y no es poco ingeniosa la escena en que una jóven que promete guardar eterno silencio hasta el estremo de enmudecer arrepentida de los daños que ha ocasionado su versatibilidad, recobra de repente el uso de la palabra al oir manifestar su edad, y esto que el error de número no montaba algunas horas. ¿Será verdad que la murmuracion es cualidad de que no puede desentenderse la cara mitad de nuestra especie? Tendrémos que creer lo que pensaba un filósofo cuando aseguró que de lenguas de mujeres debiera estar empedrado el infierno? En este caso mas valiera resignarse uno al título del sainete: "comer, ó morir!"

Advierto que toma largas dimensiones esta crónica y sabeis á qué lo debo? A mis paseos nocturnos por la Alameda de Paula. Cuando se aproxima el dia en que tengo que recopilar los hechos de la quincena diríjome á aquel lugar encantador y evoco mis recuerdos, los ordeno en mi memoria, los comento y dóime por bien servido con que se me olviden pocas cosas de las que tengo que referiros. El aire del mar, la retreta, las mujeres, los jóvenes compañeros mios que allí asisten, la animacion, la elegancia, todo hace para mí de la antigua Alameda un sitio de delicia y felicidad y me alegraría que vosotras, lectoras del ALBUM, participaseis de este deseo y no faltaseis por las noches en aquel encantado recinto en que tienen su imperio el amor y la poesía.—Y á propósito de poesía: un íntimo amigo mio acaba de publicar en esta imprenta un volùmen titulado *Cantos de la tarde*, y, aunque no sé decir nada de su valor literario, me atrevo á recomendaros su adquisicion.

Para despedirme de vosotros me permitireis, ya que de bellas letras nos ocupamos, que haga insertar á continuacion los lindos versos que un jóven de talento ha consagrado á la memoria del poeta que acabamos de perder; y si comencé esta revista haciéndoos sonreir con la descripcion de lo ocurrido en las diversiones de la villa de las lomas, dejadme que concluya pidiendo á las almas sensibles una lágrima por nues-

tro querido Ramon de Palma. Hé aquí la composicion à que me refiero:

A CUBA

En la muerte de Ramon de Palma.

El genio, como el Sol. llega á su ocaso,
Mas deja un rastro fúlgido su paso!

G. G. de Avellaneda.

I

¡Cuán lentas pasan del dolor las horas!
¡Qué breve tiempo la esperanza dura!
Cuba infeliz, que por su muerte lloras
No esperes, no, consuelo en tu amargura.
La Patria, la Virtud, la Poesía,
Hallaron siempre en su ardoroso pecho
Inmaculado altar..... Y hoy en la tierra
Pedazos mil de su laud deshecho!
Y cual tigre sediento de oro y sangre
Envejece el malvado envilecido
A su Dios y su patria indiferente.....
Y el rayo en los espacios suspendido
Veloz no baja á devorar su frente!
Mas no á Palma..... tan solo tu amargura
Llora infeliz. Oh! patria idolatrada,
Que esos seres de Dios perfecta hechura
Ansian termine el tiempo señalado;
Que del mundo á la cárcel los destierra;
Que hay almas que se ahogan, mal su grado,
Con el polvo que se alza de la tierra.

II

Las glorias del Señor: el poderío
De su imponente magestad: los ayes
De la aterrada humanidad gimiendo
Ante el monstruo voraz que el Asia aborta;
Siempre arrancaron grave y magestuoso
Un himno á tu laud! Nunca á los hombres
En tu lira cantaste,
Como el águila audaz en libre vuelo
A otra region mas pura te elevaste!
La voz de las pasiones
De pobres y enfermizos corazones
Jamas se alzó hasta tí! La envidia fiera
Aunque sufriendo en su impotencia agravios
Ante tu frente pálida y severa
Juntó las palmas y selló los labios!

III

De mi niñez en los tranquilos dias
Mi espíritu ardoroso
De la vasta creacion se enseñoreaba,
Y al contemplar la luz del sol hermoso
Goces y triunfos y poder ansiaba!
Su tersa superficie el océano
De la vida mostróme indiferente;
Con qué delirio en su inocencia el alma
Las ondas contempló! Mas de repente
silbó furioso el huracan insano
Sublevando sus olas gigantescas,
El cáliz del dolor tocó mi mano;
Y sentí que en mi boca estremecida
Vagaba al apurarlo hasta las heces,
Esa amarga sonrisa que en la vida
El mismo sinsabor arranca á veces!
Bien me acuerdo!... una noche... la primera
Lágrima triste de dolor sombría
Expresion de un pesar desconocido,
Por mi mejilla pálida corria:
La luna melancólica en el cielo
Derramaba su luz, cuando á mi oido
Llegó, bañada en duelo,
La dulcísima voz de tus cantares
Y contigo lloré! Mi interna angustia
Dejóme reposar benigna un tanto,
Y de mi alma adolorida y mústia
Brotó un raudal benéfico de llanto!
Mas al morir el eco de tu acento
Tenaz la imágen del dolor volvia;
Cuán triste estaba yo! Cómo sentia
Que de la luna el rayo macilento
Mas que mi sien, mi corazon heria!
Yo desde entónces en silencio, Palma,
La voz robusta de tu lira admiro,
No extrañes, no, que te consagre el alma
Un recuerdo, una lágrima, un suspiro!

IV

Al bramar de las olas agitadas
Del Niágara espumoso
Se alza hasta el cielo la soberbia frente
De tu genio inmortal! Y como un eco

Que de entusiasmo electrizó las almas,
Suspiraron ¡oh Cuba! por tus flores,
Plácido y Milanés bajo tus palmas!
El soplo del destino ó de la muerte
Heló al pasar tu cítara divina,
Y el alma en ella con dolor advierte
En vez de lauros, punzadora espina.
Brotaron á la luz de tu mirada
Dos bardos mas..... Y al escuchar su acento,
Tambien viste venir la muerte airada
De nuevo á entristecer tu pensamiento:
Y hoy te deja cruel el hado impío
Dos poetas no mas en tu infortunio:
El Cisne de la Gota de Rocío,
La cantora inmortal de Alfonso Munio.....
Y en tanto el sol por la brillante esfera
Raudales vierte de su lumbre pura,
Y el Océano que halaga tu ribera
Himnos de eterna adoracion murmura,
Con la luz que te anuncia un nuevo dia;
Aunque en su eterno valladar opreso,
Sobre sus ondas con amor te envia
Los ecos de la gloria y del progreso,
¡Y el llanto de los párpados goteo!
Y el aura que besaba tu cabello,
La roja sangre de tu herida orea
Sorda á tu voz que se lamenta de ello!
Mas no tu corazon ceda al quebranto
De un eterno dolor que agudo empieza;
Enjuga de tus párpados el llanto,
Disipa de tu frente la tristeza!
Y aunque á tu pecho el fiero desconsuelo
De oculta pena sin piedad devora,
Si el alma del poeta era del cielo
Patria, en silencio, tus angustias llora.

Cárlos Navarrete y R.

LOS ZAPATOS Y EL SOMBRERO.

La benevolencia divina quiso sin duda hacernos pertenecer al número infinito de esos seres que sobran en todas partes, y que, si es permitido expresarse de este modo, á veces se sobran á sí mismos.

Con tan plausible ó tan no plausible motivo, nos entregamos comun y frecuentemente á la tranquila vida del hombre público, es decir, del hombre que vive en público, ó mas bien en la Puerta del Sol. En una palabra, somos casi vagos.

Dias há, y en uno de los breves ratos de que en nuestra *ocupada profesion* pudimos disponer, sin saber por donde, cómo ni cuando, vinimos á dar con nuestras moléculas todas (que son bien pocas) en un gabinete de lectura.

Con el aire mas españolamente orgulloso, tendimos el brazo derecho, le doblamos haciendo con él un ángulo agudísimo, y en seguida metimos los dedos índice y pulgar de la mano diestra en el bolsillo del chaleco, sacamos nuestro corto capital, y guiados por una inveterada costumbre, pedimos *La Ilustracion*, ahuecando la voz cuanto nos fué posible.

Ibamos recorriendo con satisfaccion las columnas del periódico, encontrando en ellas recreacion y aprovechamiento, cuando cata ahí que llegamos á distinguir el principio de un artículo titulado: *Un artículo para un sombrero.*

"Aquí está *Aimable* en todo su esplendor," dijimos para nuestra levita (porque hacia calor y no llevábamos capote).

Pasamos la vista sobre los primeros renglones y conocimos que no se trataba del célebre sombrerero (porque tambien hay celebridades sombrereras).

Leimos todas aquellas cosas dichas con gran perfeccion, mas no pudimos ménos de exclamar: ¡ah!

Este ¡ah! este lacónico ¡ah! era una contesion y encerraba en sus dos desamparadas letras toda una bella historia, un poema, casi un cuento de las *Mil y una noches.*

Con efecto, lector carísimo, esa exclamacion traducida al lenguaje vulgar, quiere decir: "Señor articulista, permítame V. que me oponga á las deducciones que V. hace en su *Revista.* Veo con profundo sentimiento que no conoce V. la mitad de las causas que obran poderosa y terriblemente en el ánimo del sér racional; y que, sobre todo, le es á V. completamente ignota la principal, la mas interesante, la que seca el corazon en brevísimo término."

No negaré que un sombrero pueda ejercer

alguna influencia en la parte espiritual de un individuo. Pero la significacion que tenga un sombrero, bueno ó malo, es ninguna, si se la compara con el valor moral de unas botas.

¡Las botas!..... Ay! qué placer tan pedestre se experimenta cuando van encerrados los piés en un aparato de charol que deslumbra con su brillo á los transeuntes!

A fé que si no fuera por miedo de cuernos, levantaríamos entónces nuestras extremidades inferiores á la altura de la cabeza, para tener el gusto de mirar con ellas por cima del hombro á nuestros prójimos.

Pero no siempre tiene el hombre la dicha de ser el dueño absoluto y el único poseedor de un par de botas, con todas sus incidencias y dependencias.

Un par de botas nuevas! Feliz mortal aquel que goza de tan rica propiedad.

Las gentes *comm il faut*, las personas elegantes y de gusto esquisito y delicado, nunca fijan su atencion en el sombrero, al mismo tiempo que siempre calzan ó se hacen calzar esmeradamente.

¿Y por qué? me preguntará el lector. ¿Por què? Porque un sombrero se arregla, se plancha, etc..... y adquiere cierto aspecto medio decente. Mas unas botas viejas no tienen arreglo, no tienen compostura posible.

Y adviértase que aunque Setanti dice como cosa siempre admisible, que *los males envejecidos no se pueden curar sin remedios fuertes*, segun mi opinion, á veces ni aun de este modo se curan.

¡Desdichado aquel pobreton que ve á sus botas ó zapatos (que para el caso es lo mismo) desdichado, repito, el que ve á sus botas perder la primitiva, elegante, aristocrática y afilada forma, para convertirse poco á poco en unos platos horribles!

Nada puede el ingenio humano contra tamaña desgracia Ni el betun, ni el barniz, ni el charol ingles, ni el unto craso, nada en fin puede influir en el aspecto público, en la perspectiva del mal aventurado adorno pedestre. Aquellos infieles aparatos brillarán mas, pero siempre serán feísimos, á la manera que ciertas viejas coquetonas que se adornan y se componen y cubren de brillantes que deslumbran con los infinitos resplandores que despiden, pero que siempre aparecen viejas tras aquellos mares de luz.

Al topar con tan tenaz resistencia el infeliz *deszapatado*, se halla en el triste caso de discurrir, pensar profundamente y calcular con severa frialdad ántes de lanzarse á la calle, más, mucho más que un general la víspera de una gran batalla. Y hay una poderosa razon para que esto sea así.

El general, siempre ó casi siempre cuenta con fuerzas bastantes para cubrir los flancos y ejecutar todas las maniobras que imagina, al paso que el mísero *boti-roto* encuentra siempre un flanco por el que está en descubierto..... algun dedo.

¡Ay, señor articulista! dichoso V. si no conoce las amarguras que secan el corazon del desventurado que mira incesantemente á sus piés y los ve mal encarcelados!

Aquel que es dueño absoluto de un sombrero viejo, le queda un gran recurso en medio de su infelicidad. ¿Tiene mas que echarla de pensador, de filósofo?

Quítese el sombrero y llévelo en la mano haciendo creer al público que es tanta la fuerza de sus ideas, que rechaza todo peso sobre el cráneo.

Este es un recurso, un remedio á sus males, por mas que sea forzoso.

¿Pero podrá hacer lo mismo el propietario de unas botas deterioradas?

¿Parecerá bien que las lleve en la mano?

—Nó, porque todo el mundo tendria por loco á quien tal hiciera, en lugar de considerarle filósofo ó distraido.

Tiene, pues, que llevar puestas las botas y sufrir impávidamente las curiosas, impertinentes y hasta insultantes miradas de cuantos observan las anticuadas bases sobre que camina.

Por Dios, que todo hombre que se halle en tal situacion, debe maldecir los amantes de antigüedades. Hoy mismo les comulgara yo por necios.

Sufre el pobre paciente esa revista de inspeccion de los curiosos y aun nota alguna maliciosa sonrisa que resbala por los labios de los ricos poseedores..... de un buen par de botas.

No le queda el recurso de aparentar distraccion ó aglomeracion y fuerza en las ideas, y por consiguiente se encierra en su casa y dis-

curre algun medio de disimular los estragos del tiempo.

Despues de pensar mas que Newton para la resolucion de un problema difícil, se dirige á una mesa, satisfecho de su inventiva, toma una pluma, la llena de tinta y enderezándola hácia cierta monstruosa raya que se deja columbrar á un lado de una de las botas, embadurna la calceta y consigue disimular aquella risa espantosa de su calzado; risa que le producia sudores y marcos sin cuento.

Lánzase triunfante á la calle..... anda veinte pasos..... las botas le están anchas..... se mueve la calceta..... y reaparece la infernal sonrisa mas tenaz, mas sarcástica que nunca. —Nuevos sudores; cree que todos le miran y conocen el secreto..... olvida su modo de andar..... apresura el paso y llega de vuelta á su casa con las piernas hechas una trenza..... que le cuesta mucho trabajo deshacer. Reflexiona, suspira, se desespera é inventa mil medicamentos, los aplica y siempre obtiene resultados fatales. Por fin, une á la calceta un pedazo de tela negra, á favor de algunas puntadas, y logra un envidiable triunfo.

Este es el paliativo que, como mejor, me atrevo á recomendar á cuantos se encuentren en la penosa situacion de los *boti-rotos*.

Todas estas desventajas hacen relacion á la vida de calle.

Llegamos á la posicion mas crítica y apurada en que puede hallarse un hombre de malos cimientos.

—Señor articulista, un hombre que disfruta un mal sombrero no debe apurarse porque una fuerza insuperable le obligue á hacer una visita de alguna etiqueta.

Deja su mueble de carton sobre una silla y es asunto concluido: puede hablar ya con desenfado y sin el mas mínimo temor.

No así el que use, ó por mejor decir, abuse de un par de malas botas. Este ha de sentarse, y una vez sentado avanzan sus piés mas que el resto de su cuerpo.

Sabido es que por regla general nos llama siempre mas la atencion aquello que se halla á menor distancia de nosotros, y mucho mas si ofrece alguna singularidad á la observacion.

De aquí nace que las miradas de nuestros interlocutores se dirigen á donde no quisiéramos. Esto nos obliga á encogernos: despues á colocar delante la bota ménos mala y á atrincherar la otra en la sombra que aquella proyecta.

De este modo se salva nuestro honor por un momento.

Se entabla una conversacion que por grados se anima: crece nuestra amabilidad: aumenta nuestro entusiasmo, se quentuplica nuestra distraccion, y cansados del enojoso encogimiento, colocamos una pierna sobre la otra, prosiguiendo el diálogo con absoluta confianza y sin fijar nuestra atencion en las miradas del prójimo.

Así pasa un momento.

De repente el sér desgraciado torna en sí, repara su atrevimiento y vuelve á encojarse, miéntras que un sudor frio sobre su encendido rostro y un temblor nervioso hace vacilar á su cuerpo..... y á su lengua.

En tanto la señorita de la casa, llena de perspicacia mujeril, ha notado todas sus evoluciones y le mira con el aire mas malignamente burlon que puede imaginarse.

El mancebo se encoge mas, balbucea, corta la conversacion, se levanta y sale de la casa tambaleándose y en un completo desórden, tropezando en cuantos muebles encuentra al paso y produciendo un estrépito *sebastopolitano*. ¿Pueden darse mayores calamidades? Pues aun hay mas. Un hombre con buenas botas y mal sombrero, puede hacerse amar por una mujer. Un hombre mal calzado, jamas logró hacerse mirar..... si no es para sufrir alguna sonrisa epigramática.

Yo tuve un amigo, (y esto no es cuento) tuve un amigo á quien amaba como á un hermano. Era tan desventurado como bueno: tan buen poeta como pobre. Y adviértase que no soy yo quien lo dice, si no la prensa toda.

Pues bien, ese amigo mio, tuvo siempre, desgraciadamente, muy malos zapatos y muy buen corazon. Amó primero á los hombres y despues á las mujeres. Los hombres sabian que Dios le habia dotado de gran talento, y las mujeres tambien lo supieron mas tarde.

Aquellos, no obstante, le miraban á los zapatos rotos y le desatendian. Ellas le observaron los mal vestidos piés y le despreciaron. Hoy un desengaño y mañana un desprecio, secan el corazon y marchitan las flores del alma.

La desesperacion viene detras.

Mi amigo murió en las cenagosas aguas del canal.

Su último pensamiento fué para su madre tan infeliz como angelical.

Tres amigos le acompañaron en su entierro.

La amable sociedad gozaba con los locos placeres del carnaval.....

Vea V. pues, señor articulista, como pruebo hasta con casos prácticos lo que me proponia probar. ¡Y tantos pudiera adicionar!.....

Es tanto lo que aun pudiera decir, que seria precisa una larga série de articulos como éste: pero yo en mi vaguedad constante, cortaré por lo sano y terminaré, señor articulista, (aunque á mi pesar no tenga el honor y el gusto de conocerlo) ofreciéndome siempre como su mas atento y seguro servidor, y recordándole que uno de nuestros buenos poetas ha dicho con muchísima verdad, que es mas fácil en el mundo

"vivir sin corazon que sin zapatos."

P. S.—Dispénseme V. que no haya contestado ántes y examinado uno á uno sus argumentos.

Causas independientes de mi voluntad han ocasionado tal retraso. Otra vez seré mas puntual.

Mi natural atolondramiento me disculpa de lo segundo.—VALE.

Loraduna.

ANECDOTAS.

Encontrándose Piron en una sociedad distinguida llegó á ella el Obispo de Bayona. Todos los presentes rogaron al chistoso poeta que hiciese alarde de su ingenio dirigiendo al prelado algun discreto cumplido.—¿Qué he de decirle, exclamó Piron, si nada sé de él ni le he visto hasta ahora?—No importa, le respondieron, no dejará de ocurrirnos cualquiera frase lisongera relativa á su obispado.

Piron oyendo esto se acercó al prelado diciéndole:—Monseñor, yo he tenido siempre predileccion decidida por los ricos jamones de vuestra Diócesis.

En 1814 tenia acampado su ejército Napoleon cerca de una aldea y fué á visitar al párroco de ella. Hallólo tostando café, y con severo gesto le dijo:—Qué es eso! ¿ignorais que el café es ahora género prohibido?—No, señor respondió tranquilamente el cura, y por lo mismo lo estoy quemando, como ve V. M.

Un príncipe aleman tuvo un sueño en el que vió tres ratas, una muy gorda, otra muy flaca, y la tercera ciega. Preocupado con la rareza de aquella vision mandó llamar á cierta charlatana de Bohemia que pasaba por adivina, y le ofreció magnífica recompensa si acertaba á esplicarle el significado de su sueño.—Es cosa clara, señor, respondió con prontitud la adivina: la rata gorda es vuestro primer ministro, la flaca vuestro pueblo, y en cuanto á la rata ciega ya debeis conocer que sois vos, príncipe mio.

Preguntando á Fontenelle cómo haria él la definicion de una mujer hermosa, respondió: —Es el paraiso de los ojos, el infierno del corazon y el purgatorio del bolsillo.

Lloraba una viuda la muerte de su marido, con muestras de tan profundo dolor que enternecia á cuantos la contemplaban. Trataron de consolarla con las razones mas propias, pero ella contestó:—No, señores, déjenme ustedes desahogar bien en estos primeros dias para no tener que pensar mas en esta desgracia.

Un príncipe extremadamente burlon daba bromas pesadas sobre su figura á cierto personaje muy grueso y muy feo, que habia sido su embajador en várias cortes extranjeras.—¿Sa-

beis,—le dijo por último riéndose de su propio chiste,—que se me ocurren dudas sobre si sois hombre ó buey?—Lo que yo puedo asegurar á V. A., respondió al momento el diplomático, es que he tenido la honra de representaros perfectamente en diversas ocasiones.

Un ministro protestante subió al púlpito para leer un pasaje de la Biblia. Despues de ponerse gravemente los anteojos comenzó así su lectura:—*Dióle Dios á Adan una compañera:*—concluia allí la hoja, y como al volverla pasase algunas más de la necesaria, continuó leyendo:— *estaba embreada por dentro y por fuera, y llena de toda clase de animales.*

—Los cortesanos de Canuto el grande admirados de sus triunfos, le lisongearon hasta cansarle; y habiéndole dicho repetidas veces: *Nada es imposible á vuestro poder;* fué á la ribera del mar á tiempo que subia la marea, y sentado en su trono gritó con tono imperioso: *Olas! yo os mando que no os acerqueis, sino que retrocedais;* pero las olas siempre iban avanzando, y volviéndose él á sus cortesanos, dijo: *Ya veis hasta donde llega mi poder. Reconoced bien que la potestad que me atribuis solo pertenece al Señor del Universo, aquel que con un soplo puede trastornar los mas sólidos edificios de la ambicion y vanidad humana.*

Paseándose Pisistrato por el campo vió un anciano que en un sitio pedregoso arrancaba alguna cosa: *¿qué es lo que te produce tu trabajo?* preguntó el monarca. *Mucha pena, y algunas plantas de salvia silvestre, y aun de esto hay que dar la décima á Pisistrato.* Al dia siguiente dió órden, declarando exento de todo tributo para siempre á aquel anciano.

Partiendo Leonidas con solo trescientos hombres para oponerse al egército inmenso de los persas, mandado por Gerges, dijo: *yo salgo á cerrar el paso de las Termópilas pero mi verdadero designio es ir á morir por mi patria.* Cuando se despidió de su muger, le preguntó esta si tenia que decirle algo de particular. *Nada,* le respondió, *sino que te cases con hombre de valor, que te dé hijos valientes.*

No merece el nombre de filósofo, decia Bion, sino el que recibe las injurias con tanta serenidad como los cumplimientos. Tambien decia: La impiedad es una compañía incómoda para la conciencia, porque es imposible que el hombre hable con serenidad cuando la conciencia le acusa y cuando sabe que ha merecido la cólera de los dioses.—

Pitágoras comparaba la vida del hombre á una feria, y decia, que así como unos van á la feria para acostumbrarse á luchar, otros para comprar y vender, y otros en fin solo para ver lo que pasa, en la vida los unos nacen esclavos de la gloria, otros de la ambicion, y otros solo se emplan en buscar la verdad.—

EPIGRAMAS.

I.

Seis colegiales reunidos,
De los de beca y manteo,
Hallaron en un paseo
A dos pacientes maridos.
De estos, el que hacia punta,
Dijo al colegial rector: —
"Guarde á la recua el Señor."
El contestó:—"y á la yunta."

II.

Dijo Pastrana á Melchor
(Como quien no dice cosa):—
"He dibujado una rosa
"Tan propia, que exhala olor."
Oyendo luego el rumor
De una música lejana
Dijo Melchor á Pastrana:—
"¿Sabes que música es esta?
"El boceto de una orquesta
"Que he pintado esta mañana."

H. Munárriz.

ALBUM CUBANO

DE

LO BUENO Y LO BELLO.

SECCION PRIMERA.

LAS PASIONES.

De tal modo está combinada la naturaleza del hombre, que del seno del dolor ha de deducir los elementos del placer. Si su estado fuese siempre el mismo, y dulcemente tranquilo, ó al ménos soportable, sus facultades se apagarian en la inaccion; porque ningun interes tendria en la actividad, ningun estímulo seria bastante para excitarlo. ¿Cuáles, pues, son las fuentes de donde saca esa asombrosa variedad de recursos que enriqueciendo su imaginacion sostienen su incansable actividad intelectual? ¿Cuáles son esos brillantes destellos que iluminando siempre de léjos el vistoso y variado cuadro de las ilusiones del deseo, embellecen la privacion con la esperanza, y en agradable conjunto forman la linterna mágica de una felicidad, que á cada momento cree tocar, y que siempre huye á corta distancia de él? Las pasiones, estos grandes resortes que dirigen por sus tonos sublimes la intencion de nuestras operaciones; que con su misteriosa mezcla de placer y de dolor sostienen el atractivo de la existencia, y dan á las facultades intelectuales ese asombroso ensanche en virtud del cual han llegado á dominar la creacion.

Apénas principia el hombre á relacionarse con los seres que le rodean, su sensibilidad le hace conocer los distintos efectos de las multiplicadas sensaciones, que se suceden rápida é involuntariamente sin que pueda prolongar la encantadora suavidad de las unas, ni evitar el áspero disgusto de las otras. Entónces se pronuncian las simpatías y sus contrarias: desea perpetuar las dulces impresiones y teme ver reproducida las desagradables: pone en movimiento todas sus facultades para conseguir este fin: el instinto irresistible de la felicidad le excita, y con tal estímulo crece el deseo, y la inquietud, y el padecer.....: Ya está declarada la pasion, porque el hombre sufre y se agita, al mismo tiempo que la imaginacion abriga la encantadora idea del objeto que, mejorando su situacion, le dará la suave calma á precio de la áspera inquietud; hará suceder la gustosa realidad al mortificante deseo, y la tranquila seguridad al azaroso temor. Estas dos ideas, á saber: la del deseo, y la del objeto que lo causa, son inseparables; pero de efectos distintos. La primera produce el dolor de la privacion; y la segunda la ilusion de la felicidad; y como esta siempre tiene en su auxilio la esperanza, el mal efectivo se compensa con el bien imaginario; y así se sostiene el equilibrio entre el placer y el dolor.

Todas las pasiones son buenas cuando las simpatías ó antipatías que las producen, están reguladas por la moralidad: cuando lé-

jos de enseñorearse de la razon como déspotas, reconocen su supremacía y se detienen donde ella las sujeta.

Nunca es mas peligrosa la pasion que cuando falta el equilibrio indicado ántes; esto es, cuando el deseo es mayor que la esperanza, pues como entónces el dolor se aumenta, crecen en la misma proporcion nuestros esfuerzos por librarnos del padecimiento, y esta doble excitacion amontona sobre la inteligencia en confuso tumulto un cúmulo de ilusiones, que la ofuscan hasta el punto de sobreponerlas con delirante atrevimiento á la razon, que es la fuerza niveladora de la potencia de las pasiones: en tal estado el juicio se estravía, confunde el verdadero interes é importancia de las relaciones que nos afectan, y el error grosero, funesto precursor del crímen, se apodera de nuestro destino.

No es este, empero, el preciso resultado de las pasiones: ellas son dones del cielo concedidos al hombre para formar su educacion intelectual en la escuela de las sensaciones: ellas le estimulan, le mueven, le agitan, haciéndole recorrer en breve tiempo una órbita inmensa de pensamientos, cuyo centro fijo es la felicidad. Si el hombre no fuese mas que ser racional conoceria el bien, pero no sabria amarlo. Dios le hizo racional y apasionado, para que con la luz que le permite ver la senda de la verdadera felicidad, tuviese el poderoso motor que le impulsa á posesionarse de ella.

Cuando las pasiones nos conducen á funestos extremos, es porque se ha alterado su base y su tendencia; porque el objeto que las excita no ha sido alumbrado por la razon, no merece su sancion soberana; ó porque en la fiebre loca de la impaciencia queremos precipitar la época de su obtencion, arrancándole violentamente del misterioso seno del destino. Cuando esto sucede, el hombre no disfruta en la satisfaccion de sus pasiones la apacible dulzura de los placeres de la inteligencia, ni aquella suave y pura tranquilidad que, despues de cumplido el deseo, llena el lugar de los trasportes, y forma la conciencia de la felicidad.

Las grandes pasiones son incompatibles entre sí: cuando dos se combinan en un mismo sugeto están en continuo choque, y ó la una extingue absolutamente la otra, ó ámbas envilecidas y degradadas se convierten en sumisas esclavas del caprichoso egoismo. Si el jóven amante corre al campo del honor, y alcanza con esforzado brazo gloriosos laureles para ofrecerlos á los pies de su amada y ostentarse digno de su mano, yo no veo más que un sentimiento exclusivo, que es el amor; pues los combates han sido los medios de conseguir aquel primero y único fin. Si el fascinante halago del triunfo, la embriagadora ambicion de gloria y de poderío, son móviles principales de aquel jóven, su pasion verdadera no es ya el amor, que subordinado y flaco es relegado á la clase de los recuerdos lisongeros: la deidad que le domina y de cuyas manos espera la felicidad es la ambicion de fama y potestad. Del mismo modo el hombre de quien se enseñorea la sed del oro no concibe ni el amor ni la gloria: para él la ventura está en sus arcas: el objeto de su vida no es otro que llenarlas. Miéntras tanto el artista, cuyo constante afan es producir lo bello, juzga igualmente extravagante al que cifra su bien en montones de oro ó en charcos de sangre derramada por su acero: si comprende mejor los votos del amor es porque tambien el amor nace de la belleza y aspira á poseerla: el amor al arte y el amor á la mujer son las únicas pasiones que se concilian.

Cuando la razon alumbra sin nube alguna á la voluntad, y la religion nos presta, ademas, sus sublimes revelaciones, entónces vemos con seguridad que nos engaña toda pasion que finje poder darnos la ventura completa; pues si son buenas en general como motoras del alma, ninguna es último fin de la aspiracion de aquella. Las pasiones mueren con el cuerpo, y el alma que es eterna no puede hallar su satisfaccion absoluta en lo que es precario y pasagero. Si profundizáramos la cuestion descubriríamos quizá que, despues de todo, las pasiones no son sino una sola en su esencia; esto es, *el amor*. Unos

aman á la mujer, otros á la gloria, otros á las riquezas, otros á la potestad, otros al placer de la venganza, pero todos *aman*: el artista que ama lo bello y el sabio que ama la verdad, son los que mejor y mas dignamente colocan su pasion. Pero uno y otro deben no olvidar nunca que Dios es la realidad suprema y la belleza absoluta, y que por tanto en Dios solo puede encontrar el amor su satisfaccion eterna.

J. G. V.

EL MATRIMONIO.

El acto mas importante de la vida, la suma completa de felicidad ó de infortunio que el hombre adquiere en su peregrinacion por la tierra, se encuentra simbolizada en esta sola palabra: matrimonio.

Nuestros antepasados, que miraban con razon el matrimonio como el hecho capital de la vida, y como el objeto de una noble felicidad, se complacian en rodearlo de las más preciosas garantías. No era entónces como en nuestros dias, un puñado de escudos lo que decidia la suerte de sus hijos; su cariño era mas elocuente y eficaz que el oro; tomaban especialmente en cuenta la simpatía que mediaba entre los futuros esposos, y examinaban si sus corazones, unidos por los estrechos vínculos del sentimiento y de la identidad de inclinaciones, se sentian arrastrados el uno hácia el otro por esa mágica é irresistible fuerza que nunca engaña: la fuerza de las primeras impresiones y de un verdadero amor.

Nuestro siglo que rebaja todo al poder del oro, ha manchado con el soplo impuro del interés la santidad del matrimonio; pero las familias animadas del deseo de labrar la felicidad de sus hijos, nunca se dejarán seducir por los cálculos de un sórdido interés; su cariño hablará en ellas en voz mas alta que el oro, y preferiran sin duda á una riqueza muchas veces engañosa, esa felicidad que solo puede brotar de la alegria y de la tranquilidad del alma.

Ese íntimo y cada vez mas estenso malestar que devora nuestra sociedad y la arrastra á tan incesantes y profundas convulsiones, reconoce por causa principal el rompimiento de esos afectuosos lazos de la familia, que llenaban de consuelos la existencia de nuestros padres. Ese encanto del hogar doméstico que hacia encontrar todas las tardes, despues de un dia afanoso, la esposa animada y satisfecha, y excitaba á una dulce intimidad, no reina ya sinó en algunas casas privilegiadas; el esposo, violentado en sus afectos, solo vé en su mujer un dote, y su corazon exhausto de toda simpatía, corre á buscar en la vida estrepitosa del mundo fugaces distracciones á una union indebidamente concebida y en mal hora realizada.

La inclinacion á los placeres fáciles ejerce, por otra parte, una triste influencia sobre la juventud; nuestros grandes centros de poblacion están llenos hoy de jóvenes que prefieren el frívolo bullicio y la agitacion insustancial á la felicidad de una afeccion recíproca; disgustados por el espectáculo de las discordias que estallan sin cesar en los matrimonios formados por la codicia ó por la vanidad, esperimentan un deseo instintivo de alejarse de la vida, á veces tan dolorosa, del hogar doméstico; de aqui proviene esa extraña manía de sublevarse contra el matrimonio, que se hace sentir de dia en dia.

Pasaron aquellos tiempos en que la familia, agrupada al rededor del hogar, gozaba en agradables veladas los placeres de una lectura amena é instructiva, ó en que en una conversacion llena de mútua confianza, el esposo y la esposa hallaban á todas horas puras y vivas las simpatías que les habian inducido á identificar sus corazones y sus destinos en la tierra. Los matrimonios verificados por el aliciente del oro, y disfrazados en nuestros dias con el título de matrimonios

de conveniencia han arrojado sobre nuestra sociedad un velo de tristeza, desterrando las francas y espontáneas costumbres de nuestros padres. Causa, en efecto, una penosa extrañeza, el ver esa contínua desaparicion de la alegría y la cordialidad que reinaban antiguamente; pero esto, aunque deplorable, no debe causar la menor sorpresa, puesto que el espectáculo permanente de una familia donde imperan la frialdad y la indiferencia, no es por cierto á propósito para inspirar al corazon esas vehementes y fecundas aspiraciones, exclusivo fruto de la felicidad conyugal, y del santo amor á los hijos.

Generalmente pasan desapercibidos á nuestros ojos esos pesares roedores que devoran los matrimonios, llevados á cabo por sugestion de una vergonzosa codicia. El hombre que solo se ha casado con un dote, mira con la mayor indiferencia á la mujer con quien se ha enlazado, y por consiguiente, su corazon no palpita á las mismas penas ni á las mismas alegrías; y por su parte, la mujer que no ha sabido distinguir el verdadero cariño, que siempre se oculta bajo el manto del respeto, es víctima del hastío pasados algunos meses, y se siente consumir lentamente en el vacío del corazon, considerándose muy dichosa en la triste soledad de su alma, si al fin una rival no siembra en secreto la perturbacion y la discordia en su interior, ya tan agitado.

Algunas veces, al través de esos mil dramas, tanto más terribles cuanto más secretos, se desprende un siniestro resplandor, y el suicidio viene á poner pavoroso término á los tormentos comprimidos durante mucho tiempo. La mujer que brilla por su lujo deslumbrador, se esfuerza muchas veces por enloquecerse y por ocultar á sus amigas, bajo las apariencias de un fausto engañoso, la falta irreparable de simpatía que la mata en silencio, por que el cariño no se compra á precio de oro, y la felicidad de un amor compartido, reside únicamente en la identidad de afecciones y sentimientos, de contemporizaciones y deferencias mútuas, fibras misteriosas del corazon, que solo al amor, no á los móviles sin fuerza de un bastardo interés, concedió el cielo la maravillosa facultad de poner en juego.

M. M. Flamant.

LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

A mediados del siglo tercero, cuando el Emperador Valeriano hubo dado la señal de la octava persecucion, los cristianos apénas podian encontrar un asilo donde orar al pié de la cruz; su Dios habia sido desterrado al fondo de los abismos, y solo los paganos tenian el derecho de incensar sus ídolos á la faz del sol. Los augures continuaban leyendo el porvenir en el vuelo de las aves y en las entrañas de las víctimas; los sacerdotes de Júpiter hacian sus procesiones acostumbradas, pero sus solemnes pompas no tenian mas que una vana apariencia.

El paganismo, vencido en la conciencia de los pueblos, no estaba protegido mas que por el despotismo imperial, y era preciso que la espada de los pretorianos viniese al socorro de los dioses que caian.

El porvenir del mundo estaba en las Catacumbas. Un dia en que reunidos los cristianos en estos subterráneos celebraban el santo sacrificio sobre la tumba de sus mártires, fué de repente interrumpida la ceremonia por un ruido desconocido que se oia en la galería que conducia al santuario. Creyendo el Pontífice que venian en nombre del Emperador á profanar la santa oscuridad de aquellos lugares, se lanzó fuera de la capilla seguido de algunos cristianos: un hombre cubierto de andrajos se prosternó ante el venerable pastor, que solícito trató de levantarlo, en tanto que le dirigia palabras llenas de cariñosa paz. Maravillado el desconocido de esta acogida, exclamó: ¿Es á mí á quien

dirigís esos testimonios de amor y de bondad? ¿Ignorais, hombres generosos, que no he nacido vuestro igual? Este que mirais es Lycides, un pobre esclavo. Hermano mio, dijo el Pontífice, no hay esclavos entre nosotros; estos que tú ves son los cristianos; esta mansion es su templo; sobre la tierra se han creado distinciones, pero aquí todos los rangos se confunden, y anticipamos en estos lugares la igualdad que esperamos en la muerte: te tratarémos como tratariamos al mismo Emperador si dejase su trono para venir á partir nuestra miseria.

¡Qué escucho! dijo el esclavo: ¿no me equivocaba cuando acusaba de injusticia al tirano que servia? pero ¿dónde podré colocar mis plantas? por todas partes se insulta mi desgracia, la sociedad rehusa admitirme en su seno, y las leyes mismas se encargan de autorizar las crueldades de mi dueño: estoy reducido á envidiar la suerte de los animales mas viles. En medio de todos estos tormentos, á pesar de las injusticias con que los hombres me abruman, sentia confusamente que era hombre como ellos, pero cuando osaba decirlo, se me trataba de loco, y se me contestaba con el látigo en la mano. Mis compañeros de infortunio habian concluido por ser insensibles á su desgracia; en vano traté de reanimar su estupor, pues carecian ya de la fuerza de voluntad suficiente para salir de sus males, y en su estúpida resignacion, soportaban su suerte como los muertos soportan la tierra que les cubre. Nadie me escuchaba: estaba solo en el mundo. Pasados tres dias me escapé, y despues de haber vagado en los bosques me interné en estos subterráneos. ¡Oh dicha! aquí encuentro lo que he buscado! hombres que me tratan como hermano: ¡el grito de mi conciencia no me habia engañado!

Sí, dijo el Pontifice, tú partirás nuestros placeres y nuestros trabajos. Orar, amar y sufrir, ved nuestra suerte. Te enseñaremos á conocer nuestro Dios; pero tu corozon está ya iluminado, y él era el que te decia que todos los hombres son hermanos, tal es la ley de nuestra santa doctrina. Ese cristiano que ves cerca de tí, es un antiguo rey de Oriente á quien los romanos han expulsado de sus Estados, y el mismo que en nombre de todos va á darte el beso de paz. El monarca de Asia dió un beso al esclavo romano.

Miéntras que en la Roma de los Césares se deificaban los vicios y los crímenes, la humanidad habia encontrado sus derechos en las Catacumbas, y sobre los restos de la esclavitud la nueva fé restablecia la igualdad primitiva.

(*Tomado del frances.*)

CARLOS INZENGA.

PALABRAS INGRATAS.—PALABRAS APROBADORAS.

Oid ese murmullo blando y melancólico de la brisa embalsamada; oid como murmura entre el follage llevando hasta vuestro oido su grato acento. ¡Qué deliciosa música para las almas tiernas, qué fuente de inagotables placeres para los corazones apasionados!—Oid, oid como ora se queja, ora suspira, ora canta, y siempre con igual armonía, siempre con dulces modulaciones, Jamas interrumpe el órden armonioso de sus acentos, jamas turba el curso sereno de sus murmullos suaves. Oidla, oidla. ....

¿Pero qué acento desagradable y ronco viene de súbito á interrumpir su acorde? ¿Quién grita, quién maldice y quién blasfema cuando la brisa canta? De una casa cercana han salido esos sones ingratos; una voz colérica esparce por los aires ecos que lastiman el oido y llevan hasta el alma su impresion desabrida. La voz es de mujer, y por esto el desagrado es mayor, la repugnancia suma.—¿Una voz de mujer puede nunca hacer oir acentos tan ingratos? Cuando Dios puso dulzura tanta en su inflexion,

cuando la hizo tan insinuante, tan suave, como voz que habia de oir el delicado órgano del recien nacido infante ó el pobre enfermo á quien sobresalta un leve ruido, ella reniega de su destino y se enronquece y se hace instrumento de sonidos tan broncos?—Ha profanado pues su órgano mas precioso; el que la naturaleza le ofreciera solo para encantar, para seducir y halagar no mas.

Que murmure la brisa tan dulcemente en Cuba en sus valles deliciosos; que en sus riberas haga oir el mar su murmullo sonoro; que tantas armonías encanten el oido en todas partes y á todas horas, ¿qué importa, de qué sirve, si al par resuenan interrumpiendo el concierto de la naturaleza de los trópicos, palabras tan ingratas, acentos tan roncos, voces tan desagradables?.....

Oid en esas casas, en el seno de muchas familias, los gritos en que se prorumpen, las imprecaciones que se lanzan y hasta las blasfemias mas inauditas con que se profanan oidos que no debieran percibir mas ecos que los de paz y dulzura.

Oid á esa madre de familia que no acierta á reprender sino por medio de exclamaciones saturadas, por decirlo así, con la hiel de la ira y de la cólera; oidla como grita á su hijo, á su esposo, á su esclavo, á todo el mundo; su lengua derrama acíbar, y parece querer ahogar con sus desapacibles acentos, toda otra armonía, todo otro arrullo que el viento lleve en sus alas. Desdichada madre de familia, tus gritos tambien ahogarán los puros y suaves sones que de otro modo dirigiria á tu oido tu tierno niño; las voces cariñosas con que tu esposo te arrullara y hasta las involuntarias bendiciones en que prorumpirian tus pobres siervos si fueras para ellos mas dulce, mas afectuosa, mas apacible. Templa esa ira, templa ese enojo, cuyos desahogos en vez de remediar los males que los han provocado, no harán mas que exasperar al que haya delinquido, sin procurar su enmienda.

Tú que eres madre, tú que has dado la vida á esos séres, pedazos de tí misma, no des la muerte á sus almas llenándolas de amargura, despojándolas de su candor con las revelaciones que tus iracundas palabras les hacen; y enséñales mas bien á endulzar, á suavizar la voz cuando alguna mala pasion algun afecto violento quiera desbordarse por su boca gritando y maldiciendo. Si no oyen en los dias de su infancia en torno suyo ninguna palabra santa, ninguna palabra dulce; si no oyen mas que juramentos terribles, blasfemias espantosas, el primer uso que harán mañana de su mal educado órgano será para maldecirte, quizas, ó por lo ménos para lanzar hasta tu oido palabras las mas ingratas, ecos los mas desapacibles.

Oh! no, ni una palabra ingrata, ni una imprecacion de ira, ni una blasfemia, ni una maldicion, turben nunca la armonía que debe reinar en los ecos que partan del santuario doméstico, del recinto en que se educa la familia, los tiernos niños que han de constituir mas tarde la sociedad.

Si las palabras sirven para la manifestacion de los sentimientos, para revelar lo que encierran el alma y el corazon, procúrese que solo palabras armoniosas, palabras dulcísimas, palabras arrobadoras, sean las que resuenen al oido del niño indefenso que no puede oponer aun fuerza alguna á la corrupcion, al vicio, á todo el mal que por su oido se introduce hasta su alma inficionándola, por medio de las palabras mas desconsoladoras y mas ingratas.

A los pájaros se les enseña á cantar con el organillo, es decir á endulzar, á perfeccionar sus facultades por medio de la educacion. Y á vuestro niño, á vuestro ángel, ¿no le hareis oir ninguna armonía, no le educareis el oido, para que no se verifique que miéntras el pájaro cante desde su jaula, vuestro hijo amado lance gritos de cólera si algo lo molesta, siendo eco fiel de los acentos que únicamente han vibrado desde su infancia en su tímpano?

No eduqueis únicamente su entendimiento, educad su oido, y para esto hacedle oir constantemente gratos sonidos, melodiosos arrullos. ¿De dónde pueden brotar con mas

dulzura para su oido que de la boca de su madre?

Palabras arrobadoras, sí, palabras que conmuevan, que agiten dulcemente las fibras mas recónditas, sean únicamente las que salgan de vuestra boca, y de este modo llevareis á donde querais á cuantos dependan de vosotros. Una reprension, un consejo, una advertencia cualquiera hecha con dulzura, con suavidad, hace mas impresion y consigue mas pronto el remedio que si se emplea para ello la aspereza y la violencia. El hombre quiere por bien, no lo dudeis; reios de los que sostienen lo contrario; del hombre se obtiene siempre todo, cuando se sabe tocarle en lo sensible, cuando se le hace comprender que le hemos perdonado su flaqueza y solo ansiamos su enmienda.

Los padres de familia, los maestros, los gobernantes y todo el que ha de dirigir hombres, sea en la categoría que fuere, saben bien cuan provechosos resultados pueden alcanzar por los medios insinuantes, por la blandura y por el ataque directo á los instintos nobles y generosos del corazon humano.

Bendiga Dios á todo el que así obra, á todo el que se complace en servirse de la palabra para halagar, para instruir, para derramar beneficios; bendiga Dios al que habla para proclamar su misericordia, su bondad, su amor infinito; y bendígalo hasta en los mas lejanos miembros de su generacion, el dia en que una palabra suya arrobadora, una palabra santa haya detenido la lengua del desdichado que fuera á lanzar una blasfemia, una maldicion, cuyo perjuicio á recaer iba solamente en algun hijo adorado, en algun sér, ídolo tal vez de su corazon.

F. de P. Gelabert.

[30 de Marzo de 1860.]

SECCION SEGUNDA.

LA MUJER ZELOSA. *

(Soneto inédito de Quevedo).

Ningun hombre se llama desdichado
aunque le siga el hado ejecutivo,
supuesto que en Argel viva cautivo,
ó al remo en las galeras condenado:

Ni el pobre loco por furioso atado,
ó el que perdido llora estado altivo,
ni el que á deshonra trujo el tiempo esquivo
ó por necesidad á humilde estado.

Sufrir cualquiera pena es fácil cosa,
que ninguna atormenta tan de veras
que no lo venza el sufrimiento un tanto:

Mas el que tiene la mujer zelosa
ese tiene desdicha, Argel, galeras,
locura, perdicion, deshonra y llanto.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

CATALINA II.

Pocas figuras nos presenta la historia que igualen en brillantez á la de la segunda Catalina que empuñó el cetro de Pedro el Grande. Hija del príncipe de Anahalt Zerbst, vió la luz en Stellin el 25 de Abril de 1729 y se casó con el heredero de Rusia en 1745, contando por consiguiente diez y seis años.

No eran las cualidades ni la conducta del príncipe Pedro Alexiowitsch las mas propias para inspirar respeto y amor á un alma superior como la que poseia Catalina, de lo que resultó que aquel matrimonio presentó desde su principio síntomas indudables de desavenen-

* Esta preciosa composicion ha sido facilitada por el ilustrado literato D. Juan Villa, rector de la Universidad de Sevilla.

cia y discordancia. Fué mas ostensible esta desgracia cuando por muerte de Isabel—emperatriz reinante, ó hija de Catalina I.ª—ciñó sus sienes con la corona de aquellos vastos dominios el sobrino á quien designó para sucederla, y que no era por cierto ménos indigno de tal honra que de la de poseer á la primera mas bella y distinguida de su siglo.

Coronado Pedro en 1761 dió á entender bien á las claras, en el absoluto desprecio con que trataba á su esposa y al hijo que de ella tenia, que no estaba remoto el momento en que se la viese lanzada por un repudio del solio que abrillantaba con su talento y sus gracias; pero no habia contado sin duda con la varonil energía de aquella audaz mujer. Aprovechándose sagazmente Catalina del descontento general que citaban los desaciertos y vicios del marido á cuyos desprecios correspondia con creces, supo ganarle de mano suplantándole en el trono del que fué ignominiosamente despojado. Hízose esta gran revolucion con rapidez y facilidad tan increible que pasmada la Europa apénas acertó á comprender si debia condenarla ó aplaudirla.

El desposeido Czar fué obligado á renunciar solemnemente sus derechos, y Catalina—como representante y sostenedora de los de su hijo—empuñó el cetro de la Rusia y supo mostrar desde sus primeras disposiciones que no era indigna de aquella gloria.

¿Será cierto que la manchó, sin embargo, con la sangre del hombre cuyo tálamo habia compartido? La muerte de Pedro, acaecida siete dias despues de firmar su deshonra, ¿deberá ser atribuida—como juzgan algunos—al dolor violento de su inaudita caida; ó—como piensan los mas—á los efectos de un tósigo, que indudablemente no pudo administrársele sin consentimiento de la Czarina?

No atreviéndonos á resolver tan delicada cuestion, nos limitarémos á decir que—como si quisiera borrar todos los recuerdos que reconocia nublos de su esplendor—Catalina desplegó tan fecundo anhelo por la prosperidad del imperio, tan extraordinarias facultades para alcanzar su objeto, que no tardó en conquistarse el cariño y la admiracion de sus súbditos.

Asombra la extension de sus miras y la inteligencia de sus disposiciones. Las artes, las ciencias, el comercio, la naciente industria, todo crece, se extiende, echa raices en aquella region en que poco tiempo ántes reinaba la barbarie; y no contenta la nueva soberana con elevar sus Estados á un grado de prosperidad y de esplendor que hubiera parecido imposible á no haberse tocado, ostenta el poder de sus armas, ensancha sus límites con la injusta cuanto célebre reparticion de la infortunada Polonia, y amenazando á la Turquía hace comprender á Europa todo lo que tiene que temer del espíritu de dominacion que enciende con su soplo en la nacion que tanto ha engrandecido.

Entre el aplauso y el respeto con que es pronunciado el nombre de aquella ilustre princesa por todos los modernos historiadores ¿cómo prestar oidos á las voces que nos dicen tambien que su gloria de monarca fué deslustrada no pocas veces por sus estravios de mujer? Tendamos piadosamente un velo sobre esas miserias reveladoras de la imperfeccion humana, y acordémonos solamente de que al desaparecer Catalina de la escena del mundo, en 1796, para presentarse á rendir cuenta al rey de reyes de sus actos de pecadora, el mundo que la juzgó solo por sus actos de reina, la dió los gloriosos títulos de *Licurgo del Norte* y *Madre de la Rusia*.

G. G. de Avellaneda.

CAMINO DEL CIELO.

BALADA.

La madre está de pechos
á la ventana,
viendo caer la nieve
lenta y pausada.
Todo blanquea;
rediles y collados,
campos y breñas.

No teme que á la cuna
do está su hijo

lleve cuajados copos
el viento frio.....
—¡Ay, pobre madre!—
Aquella cuna encierra
solo un cadáver.

Por eso miran tanto
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos:
por eso exclama
con doloridos ayes:
"¡Hijo del alma!"

"¿Por qué no murió un dia
"de primavera,
"como flor que á los cielos
"vuelve su esencia?
"¡Ay, cuántos pájaros
"fueran con él gozosos
"aleteando!"

"¡Oh! ¡pero en esta tarde,
"solo y sin guia,
"luchando con las nubes
"y la ventisca,
"mi pobre ángel
"irá muerto de frio
"por esos aires!"

Es ya la media noche.....
sigue nevando.....
—La madre abriga al ángel
en su regazo.
De la ventana
voló en su busca al cielo.—
¡Ha muerto helada!

Pedro Antonio de Alarcon.

EL AMOR.

—

Hay en Cataluña un pueblecillo que se espeja en el azulado Mediterráneo. Le circuyen altos montes cubiertos de viñedos, y el Tordera le canta alabanzas, murmurando entre los espesos cañaverales. Este pueblo se llama *Lloret de Mar.*

Imposible es que ningun paisaje del mundo ofrezca tantas bellezas como muestran sus contornos. Bosque de altaneras encinas, campos de flores, bulliciosos arroyos que se esconden entre la grama, pájaros atraidos por la espesura que llenan el aire de armonías, nada falta á este lugar de delicias para embelesar los ojos, para extasiar el alma. Luego el mar, cubierto de barquichuelos pescadores en cuya blanca vela juguetea la brisa—el mar siempre sereno y apacible, reproduciendo en sus ondas, cual en un espejo mágico, las casas agrupadas del pueblo y el promontorio donde se asienta la Ermita de Santa Cristina.

¡Oh! felices los que pueden pasar su vida en este asilo de la paz y la ventura. ¡Felices los que pueden saludar al sol cada dia contemplando estos bellísimos paisajes, en donde se muestra mas visible la imágen del Criador Omnipotente! Una naturaleza vírgen, un aura pura, saturada de perfumes, comunica brillantez á la fantasía y enaltecen el alma.

Yo pasé tres meses en aquel delicioso pueblecillo, y su recuerdo será siempre el mas grato de mi vida.

Una mañana me levanté con los pájaros cantores y me dirigí á la Ermita de la *Virgen de las Alegrias.* Bien pudieran llamarla de las rosas, porque el camino que conduce á ella está defendido á derecha é izquierda por altos y espesísimos rosales que le sirven de vallado. El cielo era sereno y azul, el sol doraba únicamente la cima de los montes, la yerba estaba húmeda con el rocío de la mañana. Mi corazon palpitaba, y de vez en cuando detenia mis pasos para oir los melancólicos trinos de un ruiseñor que llamaba á su compañera; ó contemplar las brillantes alas de una mariposa, que revoloteaba en torno de una flor, como buscando abrigo en su corola. ¡Cosa extraña! la flor parecia erguir unas veces su talle, y otras cerrar púdicamente su broche, como la cándida

vírgen que niega instintivamente lo que el amor la demanda.

Llegué á la Ermita, pero sus puertas aun estaban cerradas, y me ví precisada á continuar mi paseo. Sin embargo, quiso mi buena suerte que al llegar á un bosquecillo de naranjos, divisara á una de mis amigas sentada sobre el tronco de un árbol y leyendo atentamente. Al oir el ruido de mis pasos dejó caer el libro, y levantó la cabeza. Sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—¿Qué lees, Adela? la pregunté.

—*La piel de Zapa*, de mi autor querido, respondió, porque es el autor del infortunio; leo una novela de Balzac.

—¿Y qué es lo que en ella te ha conmovido tanto?

¡Oh Dios mio! la indiferencia de Fédora. ¿Pero crees, añadió tímidamente, que el amor de Rafael es el amor verdadero?

—El amor no tiene forma decidida, porque la recibe del alma que le engendra. En una palabra, el amor es como la luz, que se compone de siete colores y cada objeto absorve el que mejor se adapta á su superficie; sólo que en el amor los colores son tan infinitos como el número de los sères.

—¿Pero crees que el de Rafael—que no quiere á su ídolo sino revestido de púrpura y adornado de diamantes; que solo le adora sobre un trono de oro, rodeado de esclavos que le rindan vasallaje; que solo se encuentra bello contemplado á la luz de las antorchas, cercado de pebeteros que despidan embalsamados perfumes, y al son de música deliciosa—¿crees tú que el que ama así, ama bien, ama verdaderamente?... Porque en fin, dice una fábula de Iriarte que las opiniones son muchas; pero la verdad es una.

—¡Ay! ¿y quién puede jactarse de conocerla, pobre amiga mia? No obstante, si he de decirte lo que pienso, creo que en Rafael sobrepujaba la fantasía al sentimiento. Creo mas: creo que ese sentimiento no existia, y que él adolece de la misma falta que tan amargamente reprocha á Fédora. Creo que su pasion estaba en su mente, era idealismo de poeta, como la de Fédora era frivolidad y egoismo. ¡Pobre amor me parece en verdad, el que para existir necesita de los rayos del sol y del aplauso del mundo! Porque el que ama así se parece á un viejo gastrónomo, que necesita condimentos picantes y manjares raros para que sirvan de estímulo á su embotado paladar. Ese amor carece de vida propia: luego, ¿cómo ha de ser perfecto?

Mira si no, Adela mia, mira los pajarillos, cómo buscan la oculta espesura para entonar sus amantes cantinelas; mira las flores que solo á los pálidos reflejos de la luna abren su púdico broche, para ofrecer un asilo al adorado insecto. Todos los séres de la naturaleza esperan la luz velada del crepúsculo, para celebrar sus misteriosos esponsales. El amor que necesita para existir de un inútil oropel, es un amor bastardo, mezcla extraña de vanidad y egoismo, tan diferente del puro amor del alma como un diamante de una pelada guija. El sentimiento que se ostenta no es sentimiento; el amor del cual se hace alarde no es amor. Solo son hijas del corazon las lágrimas, que vuelven á caer sobre el mismo corazon, ignoradas del mundo entero.

—Señorita, una limosna,—dijo á este tiempo una voz dulce y melancólica á nuestro lado.

Volvime precipitadamente y ví á una anciana encorvada y descolorida.

Parecia que las pesadumbres, y no la vejez, habian sellado su rostro con prematuras arrugas, y en sus ojos brillantes se descubrian aun las huellas de la juventud marchita ántes de tiempo.

Tomad, madre Carolina, dijo mi amiga sonriendo, y poniendo en la mano descarnada de la vieja una moneda de cobre.

Yo seguí su ejemplo casi maquinalmente, porque estaba absorta contemplando la pobre anciana, en cuya dulce fisonomía me parecía leer toda una historia de sufrimiento.

La vieja se alejó colmándonos de bendiciones.

Entónces ví que la seguian dos niñas rubias y sonrosadas como dos ángeles de Rafael. La una arrastraba una silla, la otra llevaba un canastillo. Cuando llegaron á la puerta de la Ermita la vieja se sentó en la silla y se puso á hacer calcetas; las niñas fueron á coger rosas, sin duda para ofrecerlas ante el altar de la madre de los desvalidos.

—¿Te sorprende esa mujer? me preguntó Adela: pues si supieras cuán desdichada ha sido!... Su vida es una verdadera historia. ¿Quieres que te la cuente?

Yo por toda respuesta me senté á su lado sobre la rústica alfombra, y Adela habló asi.

Esa pobre mujer á la que ves tan agoviada y macilenta, tambien ha tenido su risueña primavera.—¿Quién sabe lo que harán de nosotras el tiempo y la desdicha, cuando hayan pasado algunos años? Carolina era huérfana y pobre: vivia con unos tios avaros y egoistas, que la hacian sufrir toda clase de martirios, pero era tan buena, tan dulce, tan resignada, que solo respondia á los castigos y á los reproches con palabras de ternura, y cuando la vejez enervó á aquellos séres desapiadados, cuando postrados en el lecho del dolor, no tuvieron mas amparo que el de Carolina, ella les pagó con usura—en caricias y desvelos,—todo el mal que la habian hecho.

Como todas las jóvenes del pais, hacia primorosas blondas, y merced á un trabajo asíduo podia subvenir á su subsistencia y á la de sus desdichados tios.

No obstante, cuando llegaba el dia de fiesta y se ponia su corpiño negro y su saya de muselina, á pesar de la sencillez del traje era la que se llevaba tras sí todas las miradas de todos. Porque dicen que era muy bella: tenia una tez de nácar, ojos azules y cabellos de oro. Los cabellos sobre todo eran tan sedosos y tan abundantes, que formaban una diadema sobre su pura frente. Muchos la amaron, uno solo obtuvo los tesoros de su corazon. Era un bello jóven, huérfano como ella, como ella sin fortuna. Se conocian desde la niñez, se amaban desde que se habian conocido. Su amor era tan puro como el que se profesan entre sí los serafines.

Un dia, [ámbos tenian veinte años] acababan de salir de la iglesia donde habian orado de consuno ante la madre del *Amor Hermoso*.—Carolina, la dijo el jóven, yo soy pobre, mi jornal es corto, y es preciso no obstante pensar en unir nuestro destino. He consultado cierto proyecto con el señor cura y él me ha dado su bendicion, ¿me darás tú la tuya?

—¿Qué quieres emprender, Jorge? preguntó Carolina palideciendo.

—Marcho á América á hacer fortuna. El capitan del San Antonio ha prometido llevarme consigo y cuidar de mí durante el viaje.

La pobre niña trató en vano de oponerse á esta idea. Jorge partió porque soñaba un tranquilo bienestar para su amada. Carolina le esperó diez años. Sus tios bajaron uno en pos del otro á la tumba y quedó sola. Era bella y la asediaron infinitos adoradores; los jóvenes mas ricos del pueblo la ofrecieron el título de esposa. Carolina contestaba siempre con melancólica sonrisa, que estaba prometida á otro.

—Jorge ha muerto ó te ha olvidado, la decian sus amigas.

No ha muerto, porque aun palpita mi corazon, respondia con sencillez la jóven; y si me ha olvidado ¡ojalá sea tan dichoso como yo deseo!

Pasaban dias tras otros dias, y la pobre huérfana trabajaba incesantemente para atender á su mezquina subsistencia.

Pero Jorge ni habia muerto ni la habia olvidado. Al cabo de diez años volvió á Lloret; pero volvió tan pobre como se habia ido. Cuando á costa de trabajos y penalidades sin cuento, pudo reunir un pequeño capital, se lo robaron las irritadas ondas.

Trabajarémos, dijo Carolina enjugando con un beso—el primero—las lágrimas que corrian por las pálidas mejillas de su amado.

Pero Jorge no solo no habia reportado ningun fruto de su penosa peregrinacion, sino que habia perdido la salud. Habia contraido una enfermedad de pecho que le hacia inhábil para el trabajo, y le conducia á pasos agigantados á la tumba. ¡Oh, cuanto aumentó Carolina sus vigilias para subvenir á las necesidades de los dos! ¡Cuántas lágrimas derramó en el silencio de la noche!

Habitaba en frente de Jorge cierta rica viuda y pasaba todo el dia asomada á su ventana. Carolina tuvo zelos, por que aquella mujer era bella y artificiosa.

Una tarde estaba sentada con su amante á la puerta de su casa, y contemplaba con secreta angustia los estragos que iba haciendo en su semblante la terrible enfermedad.

En aquel momento pasó la rica viuda: iba lujosamente vestida llevando en la mano un ramillete de flores. Al llegar delante de Jorge lo dejó caer; y fijó en él una lánguida mirada. El jóven lo cogió y quiso dárselo.

—Guardadlo, dijo la viuda con halagadora sonrisa y se alejó.

Carolina, ciega de celos, cogió el ramillete y lo estrujó entre sus crispados dedos.

—Niña! dijo Jorge con dulce reproche, ¿no sabes que eres la esencia de mi alma?

Pero aquella escena era demasiado fuerte para sus débiles fuerzas y no pudo resistirla. Se levantó tambaleándose y se marchó á su casa.

—Os haceis desgraciados mútuamente—dijo una oficiosa vecina que habia presenciado el lance. Tú sobre todo, sin quererlo y sin saberlo, labras su desdicha y le condenas á la muerte. Esa mujer le ama, y si tu le dejas se casará con él. Porque no hay que hacerse ilusiones; Jorge está malo, no puede trabajar, y su horrible posicion agrava su enfermedad. ¿Sabes lo que le ha dicho el médico? que si no toma prontamente las aguas de no sé donde, está irremisiblemente perdido. Ahora bien: si se casa con tigo se muere, y si se casa con ella se salvará y podrá ser dichoso.

Carolina cerró violentamente la puerta y fué á caer desmayada sobre una silla. ¡Sólo Dios sabe lo que sufrió durante aquella noche; sólo los ángeles saben cuan henchida de puras lágrimas estaba la copa de su amargura, que ofrecia al Eterno!

Al rayar la siguiente aurora abrió la puerta: estaba pálida como un espectro, y sus cabellos habian blanqueado. Llevaba un pequeño hatillo debajo del brazo. Dirijióse á casa de Jorge y oró largo tiempo debajo de sus ventanas; luego fué á la Iglesia y al cementerio, donde reposaban sus dos tios, y ántes que los habitantes del pueblo se dispertasen, tomó lentamente y llorando el camino de Gerona.

Era aun bastante hermosa para que se cebase en ella la maledicencia. Mucho se habló y se dijo sobre su extraña desaparicion. Al cabo de un mes, Jorge, ciego de despecho, se habia casado con la rica viuda. Mas ¡ay! que esta estaba muy lejos de parecerse á Carolina. Rosa, que asi se llamaba, era negligente, caprichosa y casquivana. Su amor hácia Jorge habia sido un capricho, y una vez satisfecho pronto lo reemplazó con otro. Jorge sufrió mucho, y á pesar de eso vivió, por que solo Dios puede contar los granos de arena de que consta la vida de los hombres. Nunca volvió á hablar de la prometida de su corazon; pero pasaba todo el dia en un huertecillo de su casa, todo sembrado de carolinas. Parecia que su vida estaba reconcentrada en aquellas flores, y cada nuevo boton le arrancaba una sonrisa, cada flor marchita una lágrima doliente.

No obstante tenia cinco hijos, pero cinco hijos educados en el desórden, que habian aprendido desde la infancia á despreciar á su padre.

Pasáronse quince años: los desarreglos de Rosa iban aumentándose á medida que la vejez surcaba de arrugas su semblante. Como por satisfacer cualquier capricho derramaba el oro á manos llenas, pronto quedó completamente arruinada, y la miseria se acercó á su casa desmantelada, con toda su horrible pompa.

Jorge, delicado siempre, y mas postrado entónces, no podia trabajar. Rosa no tenia recursos en sí misma, y sus hijos mayores, que nada sabían hacer, solo contribuían á acrecentar sus disgustos. No pudo sobrellevar tal cambio y enfermó gravemente: los amigos abandonaron á los tristes esposos: los hijos lejos de cuidarlos, cojian los objetos que aun no se habian vendido para satisfacer el hambre, y corrian á venderlos para entregarse al juego.

Era un espectáculo espantoso el que ofrecía aquella casa, y recordaba las palabras del Evangelio, que dice que la mujer indolente matará á su familia y destruirá su hacienda.

Un dia, cuando las sombras del crepúsculo iban amontonándose sobre el suelo, una pobre mujer se acercó al lecho de la enferma.

—Señora, dijo con voz trémula, necesitais una criada. Yo me ofrezco á serviros interin dure vuestra enfermedad. Ya me pagareis cuando vuestra suerte mejore.

Jorge, sentado en un sillon de cuero cerca de la ventana, dió un grito ahogado. La mujer se acercó á él y le estrechó la mano en silencio. Entónces las miradas de entrambos se encontraron y reflejaron con sublime elocuencia, toda una vida de amor, de abnegacion y sufrimiento. Jorge extendió su mano hácia el jardin, sembrado de carolinas; la mujer elevó sus ojos al cielo, resplandecientes de júbilo infinito.

Desde aquel dia ya no faltó lo necesario en aquella triste casa.

Carolina habia ido á Gerona donde habia ganado mucho con sus primorosas blondas, viviendo constantemente sola, siempre fiel á sus recuerdos. A la primera noticia de la desgracia de Jorge, todo lo abandonó; casa, intereses, reposo.

La enfermedad de Rosa duró tres meses: jamás una hija querida recibió tan solícitos cuidados como ella de Carolina, á quien por su fortuna jamás reconoció. La habia visto poco y estaba muy cambiada. Espiró en sus brazos llenándola de bendiciones. La muerte de Rosa aceleró la de su marido.

Una mañana, cuando Carolina entró á llevarle una tasa de leche caliente, Jorge la cogió la mano. No lo habia hecho hasta entónces; no la habia dirigido ni una sola palabra relativa á lo pasado.

—¡Me voy, la dijo sonriendo, y creo supérfluo decirte que te he amado siempre; tú ya lo sabes: no te daré tampoco las gracias por tus beneficios; tú no lo necesitas. ¡Me voy! te recomiendo á mis pobres hijos, que no tienen mas patrimonio en este mundo que las funestas semillas de una mala educacion. Una mujer virtuosa irradia sus virtudes sobre cuantos la rodean. Me voy tranquilo, por que quedas á su lado. Adios, mi ángel; mi Carolina, recibe mi bendicion!

Carolina se postró de rodillas: Jorge puso su mano sobre su frente y la bendijo.

—Adios, murmuró, voy á esperarte en el seno de Dios, donde se juntan los que se han amado sinceramente en este mundo!

Y fijó sus ojos en el cielo, y se dibujó en sus labios la sonrisa de los bienaventurados.

Carolina lloraba á sus piés. Cuando levantó la cabeza vió que su amado sonreia siempre; pero estaba inerte. Entónces se arrojó sobre él y besó con transporte aquel corazon, que solo habia palpitado para ella, y cerró aquellos ojos, que habian sido la luz de su existencia.....!

Adela se detuvo sofocada por la emocion.

—Y bien, la pregunté con interes, ¿qué hizo Carolina, luego?

—Carolina, pagó con el dinero de sus economías de quince años todas las deudas de Rosa, alquiló su casa, y solo se quedó con el cuartito en donde murió Jorge, y el huertecillo donde se ostentaban las flores que él amaba tanto! Allí habita con esas dos niñas pequeñas, que son gemelas. Los tres mayores los ha puesto en colegios, y como no tienen bastantes recursos para tantos gastos, implora la caridad pública para los huerfanitos, y trabaja para mantener se á si misma. He aquí su historia.

Yo me levanté transportada de entusiasmo, corrí á la Ermita y vacié mi bolsillo en la falda de la pobre vieja.

—Hé ahí como concibo yo el amor, esclamé volviendo al lado de Adela. El amor hijo de Dios, esencia de Dios mismo, está formado de caridad y abnegacion, sólo se alimenta de sacrificios y ternura. Es un ángel, suspendido por Dios en el espacio, tocando en la tierra con un ala y en el cielo con la otra: es el dulce intermediario entre el hombre y su Criador, que hace descender delicias del paraiso sobre este páramo de amargura, que eleva el alma hasta los espacios inmortales! Es por fin una anchurosa pira, en donde las impurezas del corazon se convierten en cenizas; en donde las virtudes, como el amianto, salen inmaculadas y brillantes.

¡Ah! cuando le veais rastrear sus alas sobre el cieno, cuando descubrais en él las huellas de las pasiones mundanas, no le deis el nombre de amor, por que es mancillar el precioso talisman que Dios ha entregado al hombre, como emblema de si mismo!

Angela Grassi.

A LA LINDA JULIA.

(En su album.)

¿Has visto la blanca aurora
su faz mostrar en oriente,
sacudiendo de la frente
perlas, que el campo atesora,
Miéntras que su luz colora
el cielo, y la tierra ufana
como novia se engalana,
sintiendo bajo su huella
brotar do quier nueva vida?
Pues mira, Julia querida,
tú eres mas bella.

¿Has escuchado el murmullo
del arroyuelo escondido;

de blan la brisa el gemido
cuando acaricia el capullo;
de la tórtola el arrullo;
del ruiseñor los cantares;
el cimbrar de los palmares,
cuando manso sopla el viento
bajo el trópico abrasado?..... ..
Pues es, oh vírgen tu acento
mas regalado!

Y aunque yo amo el alba pura
que entre flores perlas llora,
y amo la brisa sonora,
y amo la onda que murmura,
Y amo el canto de ternura
del insomne ruiseñor,
y amo el eco gemidor
de la tórtola amorosa,
y amo el suelo en que nací.....
Sábelo, niña donosa,
mas te amo á tí!

G. G. de Avellaneda.

(Madrid—1858.)

EL FALSO ARTISTA.

I.

Una de las hermosas noches de otoño, cuando todos descansaban en Roma, y la luna plateaba con sus rayos las ondas del Tíber, retratando en ellas los soberbios edificios que adornan la capital del mundo, cuando el pueblo dormia confiado en la severidad del Papa Alejandro, un hombre, á quien los romanos, y á quien la Europa entera admiran como el artista de su siglo; desceñido el cabello, cubierta la faz de mortal palidez, y con trémulo paso vagaba por las orillas del rio, fijando con aire imbécil su vista en aquellas aguas testigos de tantas glorias, depositarias de tantos crímenes.

En vano habia querido conciliar el sueño en su magnífico lecho: el pesar agudo que lo devoraba en su palacio lo siguió al campo.

Despues de una hora de silencio exclamó:

—¡Ay, envidian mi nombre, mi gloria! ¡Mi fama es una corona de hierro candente que me abrasa, y que yo no puedo arrancar de mi sien! —¡Daria mi palacio, mi casa de campo, mis riquezas todas por calmar mis remordimientos!— ¡Y aun hay quien diga que no los hay!—¡Ay, yo he hecho siempre todo lo posible por librarme de ellos..... y siempre en vano.

Yo me he postrado ante el confesonario de un sacerdote; he gemido, he golpeado mi pecho con dolor, he hablado, y..... el ministro del cielo con terror ha huido al escucharme.—Yo he asistido con jóvenes artistas por olvidar mi pena á voluptuosas orgías, y cuando el vino espumante rebosaba en los vasos y las hermosas nos brindaban con el placer, ansioso de perder la razon, ¡bebia, bebia, y bebia en vano! ¡Ay, el vino y las mujeres no tienen embriaguez para mí!

Para lograr la paz del alma he seguido á un solitario léjos del mundo, me he consagrado á la austeridad y á la penitencia, ¡y sin embargo, allí tambien tenia siempre fija, siempre clavada en mi cerebro la execrable idea!

En vano he buscado el sosiego en los brazos de un ángel, de una mujer pura; las virtudes de una esposa no han bastado á purificar mi alma, ni á callar los remordimientos.—Su voz celestial me mata, me asesina, me llama Ghigi, nombre execrable!—Los romanos, los extranjeros, mi mujer y mi hijo, todos me llaman Ghigi..... ¡y siempre Ghigi!—¡Nombre usurpado, y al que va unido tanto crímen! ¡Ghigi significa para mí, ingratitud, traicion, adulterio, robo, asesinato!—¡Oh, si la muerte fuese la nada! ¡si no hubiese una vida eterna de castigo, donde aun tenga que oir siempre ese terrible nombre: ¡Ghigi..... Ghigi!

Cayó, y alzando sus ojos convulsos al cielo, sacó del pecho un pliego grande sellado con tres sellos negros..... lo depositó sobre la arena..... miró suspirando por la última vez á la ciudad de Roma..... al palacio donde reposaban su mujer y su hijo, y el ruido sordo que hizo su cuerpo al caer en el agua, fué repetido á lo léjos por el eco, en medio del silencio profundo de la noche.

II.

A la mañana siguiente Roma lloraba consternada la muerte del gran pintor Ghigi. Las

conjeturas mas extrañas se hacian sobre la causa de su desastrosa muerte. Su tristeza, su melancolía desde que habia aparecido en aquella capital, emporio de las artes, le habian hecho abandonar sus pinceles, que le habian granjeado un renombre inmortal. En vano el Pontífice mismo habia deseado emplear sus talentos en el Vaticano. Ghigi se habia negado constantemente. El pliego que habia dejado el infeliz al suicidarse, revelaba un horrible misterio.

El miserable, cuyo cadáver habian arrojado las ondas del Tíber, y al que la ciudad entera se aprestaba á honrar como à un gran artista..... ¡no era Ghigi! ¡Se llamaba Antonio Ferragio!

Natural de Palermo, y jóven disoluto, una noche al salir de una orgía con otros compañeros de desórden insultó á una dama de distincion, y asesinó al hermano del gobernador de Sicilia.

Huyendo del cadalso aquella misma noche, solo y errante, cayó al amanecer desfallecido á algunas leguas de Palermo. No podia negar el asesinato, porque una de sus víctimas le habia reconocido; ni podia expatriarse por falta de recursos, ni podia tampoco encontrar un asilo, porque la venganza de las leyes alcanzaria al que le protegiese.

Iba á perecer.

Un jóven pasó en aquel instante á caballo. Al verle pálido, moribundo, víctima tal vez de algunos bandidos, le ofrece generoso socorro; y á fuerza de instancias le arranca su secreto, le monta á la grupa de su caballo, y le da un asilo en su casa de campo. ¡Le liberta de una muerte inevitable..... la muerte del cadalso!

La casa de campo, pobre en su exterior, se hallaba adornada interiormente con cuadros preciosísimos.

El generoso huésped reveló á Ferragio, en cambio del fatal secreto que éste le confiara, lo que á ningun mortal hasta entónces habia revelado.—Que era Ghigi, pintor napolitano, á quien hacia diez años suponian unos en Méjico, y los mas muerto. Al volver à Nápoles, de donde habia salido huérfano y desvalido, despues de quince años de ausencia y de haber aprendido la pintura, logró hacerse amar de la hermosa Paula, hija del conde de Rianzo.—Por evitar la venganza de una familia noble y poderosa, abandonó sus trabajos artísticos, robó á la hermosa Paula, se casò con ella, y bajo nombres supuestos habian hallado un asilo seguro en las cercanías de Palermo. En aquella casa vivian felices, ignorados del mundo.

Cultivaba Ghigi el arte de que era idólatra sin gloria, pero tambien sin envidia, sin los mezquinos zelos que el mérito engendra. Su ventura era completa, el miserable á quien habia salvado la vida la destruyó.

La soledad y la hermosura de Paula encendieron su sangre siciliana..... Un dia, fuera de sí, penetra en la estancia donde dormia Paula..... Paula fué suya.

A los gritos de la desventurada acude Ghigi á su socorro, y una puñalada lo derriba á los piès de Ferragio. La hermosa Paula espira de dolor.

Al asesinato sigue el robo. El oro, los cuadros de Ghigi son arrebatados..... y su cadáver mutilado horriblemente. Podria revivir aun... su lengua podria hablar, su mano podria escribir.

El asesino llega á Roma.

Se anuncia como el pintor Ghigi, que vuelve de Méjico, y expone al público alguno de sus cuadros, que fueron comprados con avidez. El nombre de Ghigi se repite con entusiasmo, adquiere gloria, es en poco tiempo rico, muy rico, y la celebridad y los placeres sofocan algun tanto los remordimientos, hasta que un suceso terrible al cabo de dos años vino á destrozar de un modo cruel su corazon.

Vió un dia el príncipe Borgia, hermano del Papa, uno de los cuadros que conservaba aun, una Vírgen dando de mamar á un niño Jesus. Deseó adquirirlo para su magnífica galería; pagó por él una suma considerable, y al conducir el cuadro al palacio de los Borgias, el pueblo entusiasmado á la vista de aquella obra maestra sigue á los conductores aclamando el nombre de Ghigi, y obliga á Ferragio á asistir á este triunfo improvisado, conduciéndole en una carrosa descubierta del príncipe Borgia.

Era tanta la multitud, que el fúnebre acompañamiento de un infeliz que conducian al cadalso tuvo que detenerse. Los gritos de alegría ahogaron el rezo triste de los agonizantes.

Era el reo un mendigo mudo y manco á quien la justicia del Papa condenaba al cadalso por el robo de un pan, á que le habia impulsado la necesidad.

Al oir el nombre de Ghigi, al ver al que lle-

vaban en triunfo, levantó la cabeza, estendió sus manos mutiladas hácia él, intentó en vano articular un sonido con su lengua cortada, y se desmayó.....

Era el verdadero Ghigi.

El asesino subió en triunfo al Capitolio; ¡el artista murió en el cadalso!

Un año despues los remordimientos del asesino le habian vengado.

III.

A los tres dias el cadáver del suicida era conducido en un carro, sin acompañamiento, privado de las oraciones de la iglesia, y arrojado á un muladar fuera de la puerta Scelerata, al mismo tiempo que la nobleza y el clero romano conducia al panteon otro cadáver exhumado del campo, donde la caridad cristiana sepulta á los infelices condenados á último suplicio.

El cadáver que honraba Roma con unos funerales dignos de un rey, era el de un infeliz mudo y manco, ajusticiado un año ántes por un insignificante robo.

La obra maestra que el infeliz habia encontrado conducida en triunfo al marchar al cadalso, precedia á su féretro.

El Papa mismo Alejandro VI, celebró una misa delante de la urna donde se depositaron los restos del gran artista, á quien condenó la justicia engañada de los hombres, y á quien la justicia divina devolvió en la posteridad su fama y su merecido renombre.

J. P.

SERENATA

En el album de la señorita D. M.

Como el ave que surca
Veloz la brisa
Dejando en pos las plumas
A su sonrisa,
Así el poeta
Deja en pos sus cantares,
De vida inquieta.

De la mia un recuerdo
Te dejo, Lola,
No sea fugaz disparo
De una pistola,
Ni su estampido
El que en tu seno muera
Eco perdido.—

Si esta página es solo
Tumba sombría
En que yace un recuerdo
Del alma mia,
Sean tus miradas
Lágrimas en su losa
Por él goteadas.

Dichosa tú que tienes
Un alma pura
Y el cáliz solo bebes
De la ventura;
No quien mil veces
Apuró el de las penas
Hasta las heces.

A darte el alma entera
Siempre me obligo,
Si en pago solo quieres
Llamarme *amigo*:
Así, Dolores,
Olvidara las penas
Que dan amores.

De la amistad el árbol
Produce flores,
No posan en sus ramas
Los sinsabores,
Y tu sonrisa
Para sus hojas fuera
La blanda brisa.

Arbol de amor, al punto
Florece..... y besos,
Pensamientos, nacidos
Entre embelesos;

Pasan los años.....
Tiene entónces espinas
De desengaños!

Yo en pos de mil soñados
Dulces amores,
Por coronar mi frente
Tomé sus flores.....
Se marchitaron,
Y espinas, solo espinas
Me coronaron!

Cuando cansada el ave
La paz reclama,
La ceiba ante su vuelo
Tiende una rama.
Yo dormiria,
Si me diera sus brazos
Tu simpatía.

Por eso á darte el alma
Toda me obligo,
Mas quiero ser, oh Lola,
Tu eterno amigo.
Tanta inocencia,
Las puertas me mostrara
De la existencia.

Guillermo Schweyer.

(Matanzas.)

LA MUERTE DE MOISES.

Ya el hambre, la inquietud, la rebeldía,
Los cálidos, tediosos arenales,
El rudo combatir, sierpes mortales,
Atras quedaron cual vision impía.

De flores ataviada y lozanía,
Cosechas ofreciendo sin iguales,
Al armónico son de sus raudales,
Se ostenta el suelo que Israel pedia.

A contemplar su realizado anhelo,
De su inaudito afan la recompensa,
Sube Moises al Nebo, goza y muere.

Despues de oscuridad, miseria y duelo,
A par de lauros y ventura inmensa
El genio tumba anticipada espere.

Emilio Blanchet.

[1860.]

EL NENUFAR.

A. D.

¿No viste nunca en linfa trasparente,
Que plácida, hechicera, sonreia,
Como el nenúfar con amor volvia
Al sol la bella, inmaculada frente?

Pura la amante, el amador ferviente...
Cuánta ventura, cuánta poesía!.....
Luego no viste, al espirar el dia,
Mústia la flor, hundirse en la corriente?

Guarda, medita, esa leccion, Dolores!
El pecho rinde á llama verdadera,
A noble llama, y su delicia apura!

Más si la extingue el hado en sus rigores,
Nueva pasion no admitas placentera,
Muere y no seas á tu fé perjura!

Emilio Blanchet.

[Matanzas, 1859.]

DEL POR QUE TERESA NO AMA.

Sabes que el poder divino,
Siempre de bondades lleno,
Manda á cada peregrino
La guarda de un ángel bueno
Que le guie en su camino.
Pues una vez sucedió
Que al nacer una criatura,
Dios un ángel le mandó,
Y al verla tan bella y pura
El ángel se enamoró.
Sus pupilas contemplaba

Con angélica alegría,
Y tanto en verla gozaba,
Que Dios al ángel llamaba,
Y el ángel á Dios no oia.
El exceso del amor
Dejó en su mente tal huella,
Que al increparle el Señor,
No halló disculpa mejor
Que decir: "¡Si era tan bella!"
Tanto á Dios le disgustó
Que así olvidase su sér,
Que del cielo le arrojó,
Y al pobre ángel condenó
A ser *alma de mujer*.
Y hoy, triste, al irse á entregar
A algun amoroso anhelo,
Entre el llanto y el pesar
Recuerda, que por amar
Le desterraron del cielo!...

F. Camprodon.

SECCION TERCERA.

REVISTA DE MODAS.

EL BAILE.

¡Gentil Terspcore! ¿Por qué has consentido siempre en someterte á la moda? ¿Por qué si necesitas un primer ministro que gobierne tus dominios en nombre tuyo no eliges alguno mas prudente y juicioso que ella? La caprichosa aliada por quien á ciegas te guias no posee suficiente criterio para dejarte airosa. Tan pronto te induce á igualar en severidad á una beata como en desenfreno á la bacante antigua; tan pronto forma de tus cuadrillas una lenta procesion como un loco torbellino; tan pronto permite apénas que el danzante doncel toque la mano de su compañera como precipita á ésta en sus brazos con inaudito atrevimiento. ¡Oh! Risueña musa en Cuba tan amada! Desconfia de la moda que pocas veces sabe dar buenos consejos.

Voy á probártelo sin tomarme el trabajo de retroceder hasta los remotos tiempos en que Cleopatra bailó en la popa de su galera, en que el sabio David bailó en torno del arca santa, ni en que la bella Salomé bailó ante el cruel Herodes, pues entónces la moda tal como la entendemos hoy no existia realmente. En aquellos dias la naturaleza y no el arte era la maestra de las costumbres, la sencillez y no la ficcion era la soberana de la tierra, y el candor y no la malicia era quien habitaba en el corazon de los hombres.

No extrañes que comience por tí ¡oh! grave minué, esta imperfecta reseña respecto á los cambios y rarezas que ha introducido la moda en la danza. Por tu antigüedad y categoría te pertenece semejante distincion. Contigo se abrian aun en el siglo pasado los saraos de la corte, tú tenias el honor de que reyes y príncipes, ministros y embajadores, se reunieran en tus filas, y tú por consiguiente debes marchar á la cabeza de los recreos de tu clase.

Es verdad que segun cuentan eras eminentemente fastidioso, pues hacias que un pié para adelantarse le pidiera licencia al otro, que el compañero y la compañera asidos de la punta de los dedos se saludaran con profunda veneracion, y que el baile en vez de un placer fuera un ridículo ceremonial. ¿Qué importa? La moda se habia propuesto convertirte en modelo de la mas rígida etiqueta. Nada de graciosos movimientos, de bonitas mudanzas, ni de agradables transiciones. Los que en tí tomaban parte parecian haber perdido la flexibilidad de los miembros, la alegría del corazon, el eléctrico entusiasmo de la juventud, todo en fin lo que ameniza el baile; como las flores, la campiña. Así es que no obstante tu dignidad, los rostros se alargaban, los bostezos se sucedian, los ojos se empañaban con la niebla del sueño, y el alma se sentia vieja y marchita miéntras resonaba tu monótona música.

Felizmente la moda se cansó al cabo de tí, respetable minué. Tocóle por lo tanto el turno de lucir al rigodon ménos imponente y narcotizante, pero demasiado ceremonioso todavía para que satisfaciera á la temprana edad amiga de libertad y de expansion. A pesar de los elegantes *balances* y hasta de los aéreos *battements* que lo animaban; á despecho de las variadas figuras de que se componia, la misma moda no logró hacerlo verdaderamente popular. Anunciaba unas pretensiones que no le

permitian causar entusiasmo; enfriábase, digámoslo así, la inspiracion á su estudiado compas, y la gracia con que la bella jóven ejecutaba sus *solos* no conseguia derretir el hielo de su conjunto.

Entónces la moda cambiando de improviso de ideas nos trajo, segun parece, de Alemania el vals á tres tiempos, ese famoso vals que indignó á Werther, que Mme. de Genlis mas virtuosa de palabras que de acciones quiso prohibir á las pudorosas vírgenes, y que inspiró á Byron una de sus mas punzantes críticas. El repentino tránsito de la danza de salon en que apénas rozaba el galan la mano de la dama, á aquella en que abrazaba su talle impunemente era demasiado violento para que no produjera una alarma general. Adoptóse sin embargo la última en todas partes y cuéntase que con tal fervor, que miéntras bajo doradas techumbres se bailaba con el cuerpo tieso como una estaca, la cabeza echada hácia atras y el pié derecho en el aire haciendo singular pirueta, en la calle tarareaban los pilluelos la *célebre* cancion de aquellos tiempos de Maricastaña:

La tierna Palmira
Mas bella que el sol
Bailando este valse
Le dice á su amor &. &.

Lanzada ya la moda en terreno mas de su gusto que el primero, siguió trayéndonos de los paises del Norte donde la necesidad de poner en circulacion la sangre convierte la danza en un violento ejercicio, los bailes vertijinosos. La frenética galop llegó como un torrente de las orillas del Rhin ó quizá de las nieves escandinavas á Madrid, Paris, y Lóndres, logrando la moda que adoptaran como un placer las mas delicadas señoritas el trabajo de las desenfrenadas carreras que desmelenaban sus perfumados cabellos y hasta las privaban de la respiracion. El solo nombre de *galop* indica su salvaje índole por provenir sin duda de la palabra *galopar*. Pero ¿quién se ocupaba entónces de su nombre, ni de su furiosa rapidez, ni del trastorno que causaba en las frágiles criaturas á quienes obligaba á volar sin alas? Estaba á la moda y eso la absolvia de todas las culpas.

Hasta los poetas, novelistas, y compositores líricos, se prendaron de tal modo de ella que la mezclaban con sus elucubraciones. Bailábanse en las óperas galops infernales á cuyo compas afilaban á menudo fantásticos enmascarados el puñal del conspirador; resucitaban los muertos en las novelas para deslizarse en el seno del sarao, rodear con sus brazos de esqueleto el talle de la beldad ya consolada de la pérdida de un amor infeliz, recordarle sus promesas de eterna constancia á la memoria de un difunto y arrastrarla en medio del torbellino de la galop al triste cementerio. ¡Oh! El referido baile obtuvo tal boga que los demas se vieron ofuscados por él. Hasta la cancion de la bella Palmira comenzó á parecer ridícula y por lo tanto era patente el triunfo de la brutal galop sobre el vals á tres tiempos.

Pero la moda profesaba á éste secreta preferencia á causa de la sensacion que produjo cuando sucedió al minué y al rigodon. Decidida á no abandonarle lo modificó haciendo que se bailara á dos tiempos con una velocidad enteramente contraria á su antiguo reposo. ¿Quién ignora *el furor* que causó el vals de Straus tanto tocado como bailado? ¿Quién no sabe que en los primeros salones de Europa y América ha girado la juventud palpitante, embriagada, radiante de ilusiones, miéntras la orquesta ejecutaba la *Gabriela, los Cantos del Danubio* y otras composiciones de igual clase destinadas á poner el sello al renombre de Straus? La moda consiguió pues que el vals recobrara completamente su prestigio

Bailóse al efecto, repito, á dos tiempos; ó mas bien á dos pasos, lo que en honor de la verdad no producia el mejor golpe de vista. Las señoritas delicadas se cansaron en consecuencia pronto de él. Entónces la moda resuelta á protegerle aun lo sometió á una nueva modificacion. Sin alterar el compas ordenó que á los pasos largos sucedieran otros menuditos y mas cómodos para la breve planta de las bellas. El vals de Straus prosiguió imperando merced á esta variacion. A pesar del ardor de nuestro clima tuvo tambien en la Habana su época de brillante triunfo, de ruidoso apogeo. No habia señorita á la moda que no expusiera contenta su salud por tal de descollar en él, de manifestarse mas firme y ligera que sus competidoras, de atraer todas las miradas por su resistencia en aquel ejercicio gimnástico de buena sociedad. ¡Cuántas se enfermaban de resultas de

tan violento trabajo! ¡Cuántas pagaban con meses enteros de tristes dolencias el fugaz aplauso de un instante!

Pero el vals pasó al fin, como todo pasa en este mundo. Arrepentida la moda de su caprichosa constancia se dedicó á favorecer otro baile al par oriundo de las rejiones frias. La polka llegó precedida de la trompeta de la fama á las playas de Cuba, donde gracias á la poderosa soberana que le ofrecia su apoyo, fué acogida con la mayor solicitud. La música de la polka-vals tan animada y alegre y la de la polka mazurca tan suave y por lo regular melancólica, agradaron aquí desde luego. La moda, la novedad, la variacion, todo se puso de su parte de tal manera que la contradanza indígena, el único baile que no fatiga en esta ardiente latitud, temió ver realizado á su costa el conocido proverbio: "De fuera vendrá quien de casa te echará."

Durante muchos dias efectivamente la juventud danzante solo habló de polkas, las orquestas solo tocaron polkas, y la moda se volvió completa polkista. ¿Inventaban las artífices del tocador una chaquetilla elegante? Para hacerla popular la llamaban polka. ¿Creaba el artífice culinario alguna nueva golosina? Para expenderla sin dilacion dábale verbigracia el nombre de *bizcochos á la polka*. Hasta hubo patillas á la polka, suspiros á la polka, y amores á la polka. ¡Qué polkeador entusiasmo! La moda se reia ufana al reconocer en él su ilimitada influencia.

Partidaria á menudo de lo que viene de *estranjis* introdujo tambien entre nosotros al poco tiempo la *schottisch*, la *warsoviana* y últimamente los *lanceros*. El carácter pausado de todos estos bailes (esceptuando la polka-wals) los hace á propósito para alternar con la criolla contradanza. Los *lanceros* sin embargo no han conseguido popularizarse. Esa especie de reformado rigodon asoma en vano la punta de la nariz en nuestros distinguidos salones y campestres glorietas. Acogido con tibieza no tardará sin duda en marcharse con la música á otra parte.

Hasta ahora únicamente hemos visto á la moda manifestarse tan versátil en las cuestiones danzariles como en todas las demas. No tendriamos, pues, de que acusarla respecto à la materia si no hubiera pretendido destruir el decoro del mas preciado recreo de los floridos años con descompasados movimientos. ¿Quién podria creerlo sino lo hubiera presenciado? ¡Llegó á hacerse moda bailar *sabroso*, es decir, marchitar con depravada malicia un placer honesto y permitido! Bailar con recato, con recogimiento, con prudente reserva, era bailar á *la antigua*, era no saber bailar. Abandonarse al vértigo de la desmoralizacion y de las ideas impúdicas era bailar bien. ¡Oh! castas é inocentes vírgenes que me leeis! ¡Con qué rubor sabriais que hubo salones de baile de buena fama, en los cuales se encargaron personas de respeto de observar á los bailadores y de mantener el órden en sus filas! ¡Cuántas lágrimas de púdica tristeza caerian de vuestros ojos al oir asegurar que existian jóvenes bastante insensatas para sacrificar á locas modas su corona de angélica pureza!

Una señorita conozco yo que llora amargamente aun por haber seguido la moda de bailar como no debe hacerlo nunca la mujer delicada. Amábala un mancebo que pensaba con la mayor sensatez respecto á la moral femenil. No creia, como Byron, que pierde la rosa su mejor perfume permitiendo que lo aspire de cerca aquel que la guia con respetuoso brazo por el dédalo del wals, pero creia, sí, que la doncella capaz de olvidarse de lo que se debe á sí misma en el círculo de la danza ofrece pocas garantías de ventura doméstica á su futuro esposo. Habia por lo tanto recomendado á su amiga la moderacion en el placer mas que en otra cosa alguna.

Separado de ella durante varios meses regresó de repente á la Habana una noche que se hallaba su prometida en una fiesta. Ocurriéndosele la idea de sorprenderla agradablemente, dirigióse, apénas mudó de traje, al punto donde la última se verificaba. Penetra en el iluminado salon, recórrelo con los ojos y no encuentra á la que busca. Entónces un grupo de jóvenes reunidos en torno de las señoritas que bailaban le llama la atencion por las risas y cuchicheos que brotaban de èl.

—Ninguna baila como esa trigueña—decia uno.

—¡Qué *templada* debe ser la niña! Voy á pedirle una contradanza tan *sabrosona* como la que está bailando con el simplote Pablo que no sabe sacar partido de ella.

Nuestro recien llegado fija su errante mirada en la imprudente muchacha que daba moti-

vo á semejante lenguaje y ve.....á su novia! Mortal palidez cubrió entónces su rostro. La que bailaba con tamaña desenvoltura, la que así se despojaba de la aureola de pudor que impone respeto al hombre mas atrevido no podria ser nunca esposa fiel ni madre timorata. Cuando la infeliz retornó de consiguiente á su asiento se le acercó severo, la contempló con dolor, y le dijo rechazando la mano que le alargaba ella:

—Te he visto bailar. No necesito pronunciar mas palabras para que comprendas que rompo nuestros lazos ántes que sean eternos. Adios para siempre.

La pobre jóven culpable, segun me consta, mas bien del pecado de ligereza que del de mala intencion hace seis años que llora en triste soledad lo referido. ¡Una contradanza imprudente le costó la felicidad de toda la vida!

Para honor de nuestro sexo la nociva moda de que trato pasó pronto. Hoy se baila con gracia y con soltura sin que padezca el decoro ni tengais vosotras, vírgenes modestas y recatadas, que avergonzaros por ajenas culpas.

En extremo animados y concurridos están los bailes semanales de la glorieta de las Puentes sin necesidad del perverso aliciente de modas dignas de vituperio. La cubana contradanza, amable amiga que nos distrae sin cansarnos nunca, allí reina sobre la polka y sobre todas las otras danzas extranjeras. Su delicada voluptuosidad, poéticas cadencias, y tranquilo atractivo, la hacen agradable hasta en el rigor del verano. Aunque los bailes exóticos triunfen de ella un momento disipado el encanto de la novedad, la misma moda como arrepentida de su injusticia vuelve á favorecerla con su prestigio.

Para las sencillas fiestas de temporada á que acabo de aludir, la diosa del florido cetro y de las alas de mariposa continúa eligiendo galas como las siguientes que han salido del acreditado obrador de la bien conocida modista D.ª Angustias de Flores:

Saya de tarlatana blanca cubierta de bullones colocados verticalmente y separados unos de otros por brillante cinta color de púrpura. Corpiño escotado y mangas afolladas con igual adorno. Tambien es muy bonito otro vestido de tarlatana azul salpicada la falda inferior de estrellas de oro y ramitos de flores blancas y azules. Lazos de flores azules y blancas recogen la superior en los costados, consistiendo el adorno del corpiño en primorosa berta de *draperie* y en ancha banda de gro azul que rodea el talle, prestándole gracia suma. Estos dos elegantes trajes han sido hechos en el establecimiento de la mencionada Sra. Flores para la Srta. Borrell.

La moda que no ha mucho concedió á los vuelos marcada preferencia se ha decidido ahora por los bullones. Pruébanlo los otros dos vestidos que describo á continuacion por parecerme su delicada sencillez á propósito para la estacion que atravesamos:

Es uno de tarlatana blanca de doble saya. Guarnecen la de abajo hasta cerca de la rodilla tufos separados por un ruló de seda azul; recogen la de encima que cae en forma de túnica rulós y lazos de la misma clase. El otro es al par de blanca tarlatana afollada toda la falda y salpicada de estrellas de plata y mariposas azules. Nada mas gracioso que estos vestidos cuyos *fichus* erizados de diáfanos bullones patentizan el arte de la hábil modista que ya cité.

Las manteletas de verano se hacen en la actualidad de tul blanco ó negro con vuelos guarnecidos de encaje y borlas de seda que descienden de los hombros con elegante negligencia. Por fin; tanto en los cambios que introduce en el baile como en los que introduce de continuo en el tocador, los muebles, los carruajes y hasta en las ideas, manifiesta la moda que segun dijo un gran poeta italiano de un personaje muy distinto:

I suoi pensieri dormir non ponno.

FELICIA.

REVISTA.

Con esta entrega concluye el primer tomo del ALBUM CUBANO y por tanto corresponde al humilde cronista cerrar con llave de oro,—si es posible,—este templo en que se ha rendido respetuoso culto á la divinidad de la literatura; corresponde á este pájaro del periodismo, á

quien tocan en suerte las últimas páginas, recoger los hechos mas interesantes y esmerarse en la relacion de los buenos sucesos para tributar tambien su debido homenaje á los autores que han depositado en este libro elevados pensamientos; y solo siente su insuficiencia por no poder dejar aquí una de esas obras que sean dignas de elogio entre las muchas obras de verdadero mérito que han ido viendo la luz en esta favorecida publicacion.

¿De qué hablaré en este momento? ¿Qué asunto será mejor para dar principio á mi crónica quincenal? Inspírame por esta vez, Musa pasajera de los pobres *revisteros*; ven en mi auxilio, arpa sonora de los bailes y las fiestas; no me abandones, encantada idealidad de los teatros.—Mis miradas buscan objetos bellos; mis oidos necesitan de los alegres acordes de la contradanza; mi alma se lanza con las alas abiertas á recorrer los paseos, las glorietas, los salones, los escenarios, y podria decir atrevidamente: *Ecce Deus* si en vez de verme obligado á trazar á la ligera cuadros fieles, me hallara en situacion de tener que cantar lo que he visto, en deber de contar lo que he sentido, de escribir versos en vez de martillar en el yunque de esta árida prosa.

Me ocurre leer la siguiente comunicacion:

BANDO AZUL.—ALTAGRACIA I.—"S. M. la Reina azul me manda diga á V. que es su Real voluntad el que todo súbdito suyo contribuya espontáneamente con la cantidad que deseen hacerlo, desde medio peso como minimum, á fin de formar una suma que se destinará parte al hospital de caridad de esta villa y lo restante al dote de una ó mas doncellas pobres de esta poblacion. Nuestra humanitaria Soberana espera que su pueblo, que siempre se distinguió por sus sentimientos filantrópicos, se apresurará á dejar satisfecho un deseo que llenará de placer su corazon al verlo realizado. Estas cuotas se depositarán en manos del Sr. D. Gaspar Contreras, Contador de la Renta de Lotería, y en Guanabacoa en las del Sr. D. Francisco Milá, calle de Palo-blanco. La cuota ó parte que corresponde señalar como dote, será depositada en el Banco Español hasta su aseguracion, y que percibirá la agraciada en uno de los casos de la ley.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Real sitio de la Reina azul y Julio 13 de 1860."

El Secretario particular de S. M. azul."

Me acuerdo en este instante sin querer de Bourdaloue:—"¡Cuántos pobres—exclamaba—están olvidados! ¡Cuántos permanecen sin socorro, sin asistencia! Este olvido es tanto mas deplorable cuanto que, de parte de los ricos, es voluntario, y, por consecuencia, criminal. Me explicaré: ¡cuántos desgraciados existen reducidos á los últimos rigores de la pobreza, y á quienes nadie consuela, porque no se les conoce, porque no se les quiere conocer! Si se supiese hasta què extremo llegan sus necesidades, á pesar de uno mismo, se tendria por ellos, si no caridad, por lo ménos humanidad.—¡Cuántos pobres existen,—continúa aquel célebre autor,—cuyos gemidos son demasiado débiles para llegar hasta nosotros y á quienes algunos no quieren acercarse para evitar el deber de escucharlos! ¡Cuántos pobres abandonados! ¡Cuántos desventurados en las prisiones! ¡Cuántos moribundos en los hospitales! ¡Cuántos hay que carecen de todo, miéntras que el rico permanece en la abundancia, en el lujo, en las delicias!"—Así habló al corazon sensible de Altagracia el espíritu de Dios; y sabed que su invitacion le será contada aquí abajo como una accion que prueba un alto grado de moralidad, y será estimada allá arriba como el pasaporte con que podrá entrar en los dominios de aquel que protege á los buenos y castiga á los malos.

El reinado de la hermosura de Guanabacoa en el año actual, será pues de hoy mas memorable, porque ya podeis juzgar por estos rasgos y por los que señalaron el de Mercedes I,—de que os hablé largamente en mi crónica pasada,—á cuanta importancia alcanzan las resoluciones de la divertida juventud. Bailar solamente era muy poca cosa: el objeto que debian proponerse las queridas señoritas que presiden á las peleas de gallos, debia remontarse á buenas y nobles ideas, y paréceme que cuando pasen estos dias se sabrá apreciar aun mas el entretenimiento que da tan provechosos resultados. Al fin pueden seguir los bandos sin temor al lado insustancial que en ellos podia verse; pueden proseguir en lo sucesivo otros bandos, que es ya seguro que no habrá jóven reina que olvide las lecciones de piedad que hemos recibido en la villa de las lomas y cuando se escriba la historia de la patria de

Pepe Antonio tendrá que detenerse en esta fecha el concienzudo comentador de lo que allí ha ocurrido.

Pocos dias despues de las limosnas, era una tarde lloviznosa y triste y se rogó al cielo para que se despejaran los horizontes, pues se deseaba el buen tiempo para que tuviera efecto el paseo que habian proyectado las dos reinas.—El ruego fué escuchado, porque los suplicantes habian hecho bien á los pobres, y héte aquí que las nubes se disiparon y la atmósfera recobró la deliciosa tranquilidad que por algunas horas habia sido interrumpida.

Reunida cada corte en su palacio correspondiente dióse en breve la señal de marcha. Apareció primero la Reina de los punzóes, sobre un escogido alazan, vestida con traje de Capitan general, llevando charreteras, entorchados, y sombrero de pluma blanca. ¡Qué me gustó esta capitana generala!—Os digo francamente que estaba bellísima y así lo creyeron los espectadores que prorumpieron en exclamaciones espontáneas de admiracion. Precedian el cortejo Real los clarines en traje de completa gala y seguíanle los paladines y los carruajes de las damas de honor. Al llegar frente al palacio de la Reina de los azules recibió ovaciones amistosas y saludó á su rival en gracia y encantos: á su vez se hizo en el palacio de los punzóes la misma recepcion á Altagracia I cuando pagó la visita á Mercedes. El cortejo de la Reina azul estaba muy bien dispuesto.

"Iba vestida Su Hermosura con elegante amazona de falda azul celeste, que remataba con un bordado ligero de lentejuela de plata, y chaquetica de terciopelo negro, con cuello y solapa de terciopelo azul celeste y las insignias de Coronel de su Guardia, bordadas con plata y lentejuelas en la bota manga. La chaquetilla, abotonada con tres botones, dejaba ver una camisa con cuello vuelto y corbatica de raso azul. El sombrero de castor negro estaba adornado con una pluma azul al lado izquierdo, caida hácia atras y pequeño velo de gasa del mismo color. En el pecho ostentaba una hermosa banda bordada de plata y sujeta al hombro con un broche, y una condecoracion imitando diamantes, pendiente de un collar. El caballo, con la crin trenzada con cintas, cabezada y bridas de galon de plata con borlas azules, una gran moña en la cola y cubierto con rica mantilla de casimir blanco bordado de oro, se movia airosamente, como vanidoso de la carga que llevaba."

La Reina azul bajó de su carruaje, se reunió á su compañera—simulando un acto de elevada diplomacia,—volvió á emprenderse la marcha y llegaron ámbas á la glorieta en donde bailaron juntas, como para dar la señal á sus respectivos partidarios de que era lícito abjurar de sus opiniones en aquellos momentos de felicidad.

A este acontecimiento siguió una nueva invitacion en que cada una de las Reinas prevenia á su corte que estuviese dispuesta para la visita que debia verificarse á la quinta de los Molinos en que residen los Exmos. Condes de San Antonio. Fueron citados los gentiles-hombres, las camaristas, y los más altos dignatarios. Como era de esperarse la animacion empezó á difundirse entre los de aquende y allende de la bahía y llegado el momento salieron las dos comitivas. Arriva al fin el vapor anhelado y la masa de curiosos impacientes que se habia apostado en el muelle abrió ojos y oidos para ver y oir. Iban las Reinas en un mismo coche en fraternal union y ocupaban el asiento opuesto las dos abanderadas. Precedian los clarines rojos y azules y seguian en confusion amigable los paladines de uno y otro bando. Desde el muelle hasta la quinta de los Molinos, el agrupamiento de gentes daba á entender gran curiosidad. Llega el coche á la residencia de los Exmos. Condes de San Antonio, echan pié á tierra las dos hermosuras, y son recibidas en el portal por los distinguidos señores que allí se encontraban. A las testas coronadas siguen las damas convidadas que van bajando á su vez, y á éstas siguen los hombres, y por último, no se pasa mucho tiempo sin que el espacioso colgadizo se vea invadido por la elegante juventud, y se dejen escuchar los acordes de una banda militar que llena el aire con las armonías de una contradanza criolla. Tocóse despues otra pieza de baile, y á eso de las nueve se despidieron las Reinas de S. S. E. E. emprendiendo el viaje de regreso en el mismo órden que habian ejecutado el de la llegada.

A estos paseos han seguido otros que no describiré porque ya me he extendido demasiado

en lo relativo á los de las Reinas y aun tengo que hablar de otras diversiones.

Sin embargo, no guardaré en silencio el primer anuncio de guerra de los heraldos. Corren todos al campo de batalla, se aprestan los combatientes, échanse los gallos en la arena, y ¡adios Madrid que te quedas sin gente! Salen los azules un poco mohinos porque han perdido las primeras peleas, y sonrien los rojos por que está decidida la suerte á su favor.

Volvamos la vista á otro punto: fijemos nuestra atencion en aquel edificio, á cuyo pié corre mansamente el rio de Puentes Grandes; observemos lo que pasa en aquella glorieta encantadora. Iluminado profusamente el salon estaba convidando al recreo; lleno de jóvenes alegres y de damas encantadoras, presentaba un cuadro bellísimo. Aquella hermosa entre las hermosas que pasa por allí es Rita Osma; aquella otra, copia delicada del tipo helénico, es Trina Coppinger; aquellas otras que se confunden en los muelles movimientos de la contradanza, son la elegante y simpática Irene Eulate, la rival de la rosa y émula de los ángeles Manuela Saladrigas, la preciosa Luisa Armenteros; las graciosisimas María Chacon, María Luisa Céspedes, Rita Duquesne, las Galarraga, la Vizcarrondo, Gustardoy, Andreu, Wegener, Galuzo, Vinageras, Azopardo, Valera, Porto, Lila Montalvo, María Antonia O'Farril, Conchita Herrera, Isabel de la Luz, Tica Jenckes, Lola Herrera, Julia de Cárdenas, Matilde Sterling, y tantas otras que con su presencia han hecho un lugar de inolvidables delicias de la glorieta de la pintoresca Puentes-Grandes.

En el palacio de la Reina azul tuvo efecto últimamente una recepcion en que no solo tomaron parte las damas y caballeros que con mas entusiasmo han acogido en este año las fiestas de los bandos, sino tambien algunos poetas entre los que merecen particular mencion la señorita Mercedes Valdés Mendoza, el Sr. Fornáris y la señorita M. de S. C. que se oculta bajo el pseudónimo de Amira.—¿Y quién es ésta Srita. M. de S C? preguntábamos á nuestro amigo Fornáris. Su contestacion fué un elogio verdadero y para corroborar la buena opinion que ha formado de sus talentos, nos leyó una composicion inédita que le habia dedicado y que quiso facilitarnos para que tenga lugar en nuestra revista. Mas que nosotros sabrán pues, decir quien es M. de S. C. los siguientes versos del popular poeta bayamés:

A AMIRA

DESPUES DE LEER SUS PRIMEROS VERSOS.

I.

De tu lira las cuerdas melodiosas
Seducen á mi ardiente fantasía;
Tus versos son cual las primeras rosas
Que el mes de Mayo en sus florestas cria.

Tus versos son como el primer aroma
Que del alma inspirada se desprende,
Y el ¡ay! de melancólica paloma
Que desde el árbol á la nube asciende.

¿Vienes tambien—oh vírgen inocente!—
Al altar de la santa poesía,
Y de la gloria en la difícil via
Buscas un lauro para ornar tu frente?...

¿Sueñas con Safo, buscas á Corina,
La fama de los bardos ambicionas,
Y en el férvido ardor que te fascina
No ves sino laureles y coronas?.....

Mas detente; renuncia la victoria,
Que hallarás entre lágrimas y penas
Cada laurel que arranques á la gloria
Empapado en la sangre de tus venas.

Ese férvido afan, esos delirios
Deslumbran ¡ay! tu candorosa mente,
Esa corona de nevados lirios
Aun mejor que el laurel está en tu frente.

La calumnia y la envidia se enfurecen
Y manchan el laurel con torpe boca,
Y en tí se cebarán..... y no merecen
Besar el polvo que tu planta toca.

Escúchame una vez, deten tu planta,
Detente por piedad, hermosa Amira,
Que espire la cancion en tu garganta,
Abjura del laurel, rompe la lira!.....

II.

Mas ¡ay no puede ser! Si en tus congojas
Tu cítara arrojaras por el suelo,
¿Quién cantara la flor de verdes hojas,
El sol naciente, y el azul del cielo?

¿Cómo romper el arpa que á María
Cantó al rugir del borrascoso trueno,
Cuando envuelta en dolor, en noche umbría
Murió sobre la cruz el Nazareno?

¿Cómo romper la lira que entusiasta
A tus padres cantó con dulce acento?
Lira así cual tu frente bella y casta,
Y llena como tú de sentimiento.

¿Cómo dejar el arpa que solia
Al son del aire y al gemir del agua,
Cantar contigo, dulce melodía
En los vírgenes bosques de Macagua?

No rompas no, tu lira melodiosa,
Que tu verás, oh virgen escogida,
Palidecer la envidia rencorosa
Cual sierva vil tras de tu carro uncida.

No temas no, la risa indiferente
Del insensible, ni su faz austera,
Que el poeta lo mismo que el torrente
Altos escollos salva en su carrera.

No rompas no, tu plectro, dulce Amira,
Oyeme por piedad, tu voz levanta;
No sofoques el númen que te inspira,
No abjures del laurel, suspira y canta.

Detente, por piedad! Juntos cantemos,
La virtud, la amistad y los amores,
Y en el vergel del mundo cogeremos
Espinas para mí, para tí flores.

Aun mejor en tu frente que en la mia
Está el sacro laurel..... tu canto entona,
Cantemos juntos que ya asoma el dia.....
Mas solo será tuya la corona.

José Fornáris.

Púsose en escena en el gran teatro ante una mediana concurrencia el drama en cuatro actos titulado: *Juan Diente ó el Idiota misterioso*, que siempre ha merecido una favorable acogida del público. D. José Robreño desempeñó el papel del protagonista, y es opinion general que lo desempeñó con bastante acierto. La obra es de buenos efectos dramáticos, no escasea de pasajes interesantes, y su desenlace oportuno es de tendencias útiles. En la misma noche tuvieron lugar para divertirse los concurrentes al Gran teatro con el tercer acto de los *Polvos de la Madre Celestina*.

Háblase con bastante entusiasmo de la reapertura del Louvre, en cuyo suntuoso edificio está introduciendo mejoras notables el conocido Mr. Legrand.

Villanueva abrió sus puertas para que pudiese entrar, Dios mediante, todo aquel que quisiera presenciar la tantas veces anunciada pantomima de gran aparato: *Los bandidos de la Calabria*. Despues de varios ejercicios y evoluciones ecuestres, púsose en escena la pantomima y nos divertimos bastante, porque á mas de ser muy interesante el argumento, fué desempeñada la pieza con bastante propiedad.

El Carmelo se vió invadido no hace mucho tiempo por un elegante enjambre de jóvenes de ámbos sexos que acudió á aquel lugar para entregarse al placer del baile. Allí tuvimos el gusto de ver á muchas de esas graciosas criollas que son gala de nuestros salones, y encontramos á los entusiastas amigos de la danza que no faltan jamas en los sitios en que una orquesta hace oir los acordes de algunas de las últimas contradanzas.

Hánse ocupado largamente los periódicos de la capital del gran *Café-concierto* que ha decidido establecer para el próximo invierno Mr. Randoux, actor del teatro frances de Paris, y que desde ahora bautizará con el nombre de *El Dorado*. Se construirá en este edificio un teatro en que se representarán operetas, fragmentos de las óperas italianas, francesas y alemanas, en que ademas habrá artistas que entonen canciones del dia, y en que siempre habrá una orquesta que amenice de tiempo en tiempo las *soirées* que allí se preparan. Si no son falsas las noticias que tenemos, se abrirá este establecimiento á mediados de Noviembre.

La compañía de Robreño ha trabajado con buen éxito en Tacon en *Lázaro ó el Pastor de Florencia*, de Bouchardy, en que el Sr. D. José Robreño con bastante talento desempeñó el papel que le corresponde en esta pieza.

En fin, para que veais que guardo en mi memoria todo cuanto ocurre en la Habana, sabed que segun corren voces por esos mundos de Dios, no ha de tardar mucho en que se establezcan en Marianao dos bandos, uno verde y otro amarillo, y cuenta la fama que una hermosa Lola y una hermosa Luisa serán las que ce-

ñirán en sus frentes juveniles las diademas designadas para la belleza, de lo que me alegro tanto como no es posible que pueda manifestar en estos momentos en que me siento fatigado y quisiera suspender la pluma hasta nueva ocasion.

Tocaron pues los bandos á retirada: ganaron en las peleas los gallos rojos y quedó concluida la dominacion de uno y otro reinado. Esa es la vida: ese es el resultado de todas las cosas habidas y por haber. La flor ha de marchitarse, el arroyo se ha de agotar, la fiesta ha de terminar y muchos de los convidados dejarán con anticipacion desocupado el lugar que les estaba asignado: la corona Real debia caer de las frentes augustas: era, pues, indispensable que sobreviniese una tregua para dar paso al nuevo desbordamiento de las actualidades. Pero sea bastante para vuestra gloria lo ocurrido: habeis reinado en todos los corazones del gran número de admiradores que han ido á Guanabacoa para sostener vuestras banderas: habeis recibido ovaciones y como habeis promovido algun bien en favor de los pobres, vuestro dulce recuerdo se conservará por algun tiempo en nuestra memoria.

No por la cesacion de estas diversiones encontrará por cierto la juventud obstruido el gran camino de la alegría: cuando se calla una voz, cuando se apaga una luz, resuena en otro lado un instrumento músico, se muestra una iluminacion en otro punto y puede continuarse el drama, puede proseguirse el placer. Plegan sus tiendas los nómades combatientes de la ruidosa villa de las verdes lomas y se trasladan á orillas del Almendares para hacer duradera la ilusion, para tomar parte en el entusiasmo comun, y adorar eternamente el poder de la hermosura: muerto allí el baile—si es que Guanabacoa puede cometer este crímen de lesa-vida —revive por este lado de la poblacion y echa raices el árbol bello de la felicidad juvenil.

Y perdonadme que confiese mi debilidad: todo me parece mejor cuando tiene efecto bajo el hermoso cielo de las Puentes. Direis que algun atractivo particular, que alguna memoria me hacen volver siempre los ojos hácia aquella deliciosa glorieta, que algun perdido amor de mis tiernos años me hace preferir este sitio de recreo à cualquier otro. Y bien! confesando que hay algo de todo eso, que efectivamente se me tuerce involuntariamente el corazon hácia deliciosas reminiscencias, tambien es cierto que este cuadro es mas bello, que las perspectivas son mas campestres, que el aspecto del conjunto de aquellas casas, que el curso de aquel rio, que la aparicion de aquella glorieta en el fondo de este horizonte, son positivos encantos.— Doy mi preferencia á las Puentes y me atrevo á rogar á las numerosas lectoras del ALBUM que continúen dispensándole su cariño; me atrevo à suplicar siempre su asistencia á este encantado recinto en que muy pocos hemos dejado de sentir una palpitacion, en que escasos son los que no han tenido que suspirar, en que parece imposible que haya quien viéndose bajo esta techumbre favorecedora de todo lo agradable, haya dejado de amar.

A pesar de tales ventajas, las Puentes de hoy no son las que fueron en aquellos tiempos no muy lejanos en que los moradores de la Habana corrian á visitarla en masa compacta los sábados por la tarde; en que se prolongaban frecuentemente las diversiones hasta el domingo inmediato, en que las familias allí residentes se complacian en reunir á su mesa las personas de su amistad, en que se hacia difícil hacer el viaje de retorno á causa del amontonamiento de pasajeros, y en que por último se verificaban aquellas regatas en su ancho rio.—Quien fué bastante dichoso para entrar en una chalupa en una de aquellas tardes de bendecida recordacion, quien oyó los acordes de algunas flautas, de algunas guitarras, turbando el silencio de los bosques, quien sentado junto á su dama, echó mano á los remos y se lanzó á competir en velocidad con la barca en que iban algunos amigos, ese solo puede dar cuenta de lo que fué Puentes Grandes en la época á que me refiero.

¿Por qué, pues, no retornan estas poéticas escenas? Bien sienta á la villa de las lomas el amor á las peleas de gallos y su decision por los bandos, pero á vosotros los que hallais mejor entregaros en brazos de la danza en esta tierra clásica de la fortuna y del deleite, hariais bien en promover la resurreccion de una fiesta tan delicada, tan romántica; un nuevo movimiento haria volver á grandes y pequeños á tomar participacion en tal placer, y á fé que sobra razon á cuantos quieran hacer valer la verdad de lo que se empeña en demostrar el humilde cronista del Album.

Hablando de todo un poco, os diré que el célebre Gottschalk está en convalescencia y fuera de todo cuidado de los males que le aquejaban y que no espera mas que restablecerse completamente para seguir su proyectado viaje á Sud América. Todos estamos unánimes en desearle un próspero y corto viaje y un retorno rápido.

* * *

REVISTA LITERARIA.

Cuando dimos á luz el prospecto del *Album Cubano de lo bueno y lo bello*, manifestamos nuestro firme propósito de no formular juicio crítico sobre ninguna produccion literaria publicada en esta Isla; pero nos reservamos al mismo tiempo el derecho de mencionar honoríficamente las que en nuestro concepto lo merecieran. Hoy, al terminar el primer semestre del periódico mencionado,—llenos de satisfaccion por la lisongera acogida que ha merecido del ilustrado público cubano, y en vista del movimiento literario que por todas partes revela la general tendencia á impulsar los adelantos intelectuales á la altura que alcanzan los materiales en este floreciente pais,—hoy, decíamos, creemos que es llegado el momento de echar una rápida ojeada hácia las publicaciones que de poco tiempo á esta parte hayan aparecido con legítimos títulos á la atencion de los verdaderos amantes de las letras.

No se suponga, sin embargo, á pesar del encabezamiento que damos á estas líneas—por la necesidad de ponerle alguno—que es nuestro pensamiento emprender una revista literaria propiamente dicha; pues no solo no disponemos del tiempo y el espacio necesarios, sino que ni siquiera se hallan á nuestra vista, en el retiro campestre en que trazamos de prisa el presente articulillo, las mismas producciones que deseamos mencionar segun el compromiso con nuestros suscritores contraido. Sin otros datos, por tanto, que los que nos suministre la memoria, es probable que hasta incurramos en involuntarias omisiones, y en tal concepto comenzamos por reclamar indulgencia para cuantas faltas podamos cometer á despecho de la buena intencion que nos dirige.

Consignarémos en seguida, con singular placer, que no conocemos poblacion alguna de nuestra ilustrada Antilla, siquiera sea de mediana importancia, en que no exista actualmente activa prensa periódica, probando este hecho notable que la inteligencia busca dondo quiera válvulas de espansion para ensanchar sus irradiaciones. Ademas del gran número de periódicos políticos y de intereses locales—entre los que se pueden citar algunos que por su parte literaria podrian figurar tambien en el catálogo de publicaciones de mas amena índole—tenemos revistas esencialmente científicas y literarias, várias de ellas muy apreciables, y de las que solo en la Habana, recordamos:—*El Liceo*—*La verdad Católica*—*La Revista de Jurisprudencia*—*Los Anales de la Isla de Cuba*—*El festivo Moro Muza*—*La Charanga*—*El Eco de la medicina, &c.*

Al mismo tiempo que las obras periódicas, vemos aparecer, sin largos intervalos, libros de mérito debidos muchos de ellos á jóvenes hijos de este suelo. Apénas acababa de arrojar la prensa al público elegante de la Habana la *Flor de los Recuerdos* del oriental bardo de Granada, y la amena novela *Antes y Despues* del galano y caballeresco autor de *García el Trémulo*, cuando ya asomaba por el horizonte de las letras el precioso drama de las *Seis mujeres* trazado por la hábil mano de nuestro compatriota Guerrero, que ha querido enriquecer los fastos literarios de su pais con un modelo *sui géneris* de esas obras, puestas en boga por algunos de los modernos novelistas franceses, en las que se envuelve bajo formas sencillas y graciosas, en estilo siempre li ;ero y á veces *humorístico*, cierto fondo filosófico mas ó ménos profundo. No recordamos si fué por entónces tambien la salida á luz de otra novela—que aun no hemos tenido el gusto de leer—debida á la infatigable pluma del fecundo Villergas—el cual, así en la jóven Cuba como en la vieja España, alcanza el envidiable privilegio de agradar á inteligentes y á iliteratos—lo que sí sabemos es que no tardó mucho en seguir *A la vida en el*

Chaleco, con que aquel jovial publicista dotó á la literatura amena, la aparicion de un volúmen de sentidos versos, que colocó á la Sra. Ruz de Montoro en el bello catálogo de escritoras cubanas, donde brillaban ya con anteriores derechos la correcta Felicia, la inspirada Luisa Perez de Zambrana, la malograda Mármol, la Mendoza, la Franchi Alfaro, la Molina, la Cepero, la Torre (D.ª Mercedes) y otras muchas cuyo sito número—que no permite especial mencion de todas—prueba la abundancia del estro poético bajo el brillante cielo de los trópicos.

¡Y cuántas más conocemos, cuyas producciones circuladas únicamente entre amigos íntimos de sus familias, prestan motivo, sin embargo, á lisongerísimas esperanzas! Díganlo sino los lindos ensayos de la Srita. Pierra—de que dimos una muestra en nuestro anterior número;—y los de Leoncia de Arteaga; y los de la niña Brígida de Agüero, naciente estrella del feliz Camagüey, que tantos claros ingenios ha producido y donde resalta en la actualidad una hermosa pléyada de jóvenes poetas que pueden disputar la palma á las brillantes lumbreras de que se enorgullece con razon la culta capital de la Antilla afortunada.

Ah! tristísimo recuerdo nos asalta en este instante deteniendo el curso de nuestras ligeras observaciones: recuerdo que afecta, como á las nuestras, á todas las almas que rinden homenaje á *lo bueno* y en las que *lo bello* despierta siempre un eco simpático y armonioso. Sí! la mas pura quizá, la mas resplandeciente de aquellas lumbreras literarias, se ha extinguido recientemente en el horizonte cubano. La muerte de Palma no solo priva á nuestra patria de uno de sus mas amantes hijos, sino que tambien arranca del campo de las letras uno de sus mas esforzados paladines. Los nombres de los Betancourts, de los Zambranas, de Reinoso, de Poey, de Mendive, de Fornáris, de Luaces, de Délio, de Costales, de Morilla, de Piñeiro, de Cárdenas, de Blanchet, de Suarez, de Borrero, de Leon, de Peoli, de Matamoros, de Navarrete, de Gelabert, de los Agüeros, los Guitéras, y tantos otros que aun le quedan á Cuba para mantener y aumentar la vigorosa sávia de su vida intelectual, no bastan á consolarla de ver al de su favorito Ramon de Palma figurando ya con los de Heredia, Delmonte, Plácido y Milanés en las tristes páginas de sus esperanzas perdidas. Mas no! no fueron perdidas: si esos nombres no pueden brillar en sus futuras glorias, allí quedan como sólidos fundamentos de las presentes, como justificantes solemnes de sus esperanzas en las del porvenir.

Perdonen nuestros lectores este involuntario extravío de la compendiosa reseña que veniamos presentándoles, y simpatizando con la disposicion de espíritu que nos impide continuarla, permítannos concluirla con la consoladora observacion de que al perder nuestra Isla uno de sus mejores poetas, la súbita aparicion de un nuevo libro, titulado *Cantos de la Tarde*, ha venido á confirmar la general creencia de que posee en el jóven D. Juan Clemente Zenea otro de los mas aventajados que puede anhelar su ambicion.

Sentimiento, buen gusto, correcion (poco comun por desgracia entre nosotros) son las principales dotes que echamos de ver desde luego al repasar las lindas hojas del elegante volúmen mencionado, que bastaria á conquistarle al autor un puesto honroso en la literatura, si la opinion pública no se lo hubiera asignado de antemano.

Nosotros alimentamos la halagüeña esperanza de que el movimiento intelectual en Cuba irá en feliz ascension, toda vez que ha entrado indudablemente en una de sus mas prósperas épocas, bajo el benigno gobierno del esclarecido prócer que reune á sus timbres de entendido estadista y bizarro general, su justa reputacion de hombre ilustrado, favorecedor de todo progreso legítimo, y tan amante de *lo bueno y lo bello* que buscó *su dichosa personificacion* para unirse *á ella* con lazos indestructibles.

G. G. de Avellaneda.

(Habana 29 de Julio de 1860.)

BALADA.

EL CABALLERO Y LA DAMA.

[De Adam Mickiewicz.]

I.

En medio de un verde bosquecillo una jovencita está recogiendo fresas; montado en un caballo oscuro llega un caballero.

La saluda con galantería; echa pié á tierra; la vírgen baja tímidamente los ojos y su rostro se enrojece.

—Querida niña, la dice, he llegado hoy por la mañana con mis compañeros de caza, y no puedo dar con la ciudad: enséñame el buen camino, linda campesina. ¿Crees que este sendero me conducirá fuera del bosque?

—Temprano podeis llegar al castillo. En la llanura hay un gran árbol; debajo de este gran árbol abundan las hojas secas y desde allí el camino toma la direccion de la aldea. Arriba está el trillo, á la derecha el rio, luego el molino y el puente, desde donde se ve la ciudad.

El caballero le estrechó tiernamente la mano, le dió un beso en la mejilla y llamó con un silbido á su caballo.

Montó, clavó las espuelas y desapareció. La jóven ha suspirado, pero yo no sé por qué.

II.

En medio de un bosque verde una jovencita está recogiendo fresas; montado en un caballo oscuro llega un caballero.

Desde léjos la dice:—Enséñame otro camino; hay un rió mas allá de la aldea, y no puedo pasar. No hay puente ni sitio por donde cruzar el rio. ¿Quisieras que se ahogase un pobre jóven?

—Pues entónces, seguid por el sendero que está á la derecha de la colina.

—Hermosa, Dios te recompense.

—Gracias, mi buen señor.

El sendero se pierde en el bosque. El cazador desaparece. La jóven suspira; ¡oh! yo sé muy bien por qué.

III.

En medio de un bosque verde una jovencita está recogiendo fresas; montado en un corcel oscuro llega un caballero.

Exclama él de nuevo:—¡Por Dios! niña pérfida, he caido en un foso; tu camino es un surgidero!

Hace largo tiempo que ningun sér humano ha recorrido estos desiertos á ménos que algun labrador no se haya internado en el bosque para cortar maderas.

Yo y mi caballo estamos andando sin cesar; el caballo está fatigado; el caballero apènas puede respirar!

Voy á bajar y á refrigerarme en el agua de este manantial; en seguida quitaré la silla á mi caballo y lo dejaré pastar un poco.

Saluda á la dama con galantería; echa pié á tierra; la vírgen baja tímida los ojos y su rostro se enrojece.

El guarda silencio: ella suspira. Algunos instantes despues él le hablaba en alta voz y ella respondia bajando el acento.

Pero como la brisa soplaba en otra direccion ignoro lo que se decian.

Mas si leo bien lo que veo en sus ojos y en su apostura, me parece que ya él no pregunta á la jóven las señas del camino.—*Z.*

ANECDOTAS.

Cuando intimaron á Anaxágoras la sentencia de muerte, respondió con la mayor serenidad: *hace mucho tiempo que la naturaleza ha pronunciado la misma sentencia contra mis jueces.*

Un filósofo llamado Lisias compuso á Sócrates una apología, para que se sirviese de ella ante los jueces. Sócrates la oyó y confesó que era muy buena, pero que no la aceptaba porque no le convenia. *¿Y por qué no te conviene,* le preguntó Lisias, *supuesto que convienes en que es buena?—Porque un vestido,* respondió Sócrates, *puede ser muy bueno y no estar hecho á mi medida.*

Arrojado Pseusipo, sobrino de Platon, de la casa paterna por sus vicios y desórdenes, buscó un asilo en casa de Platon, el cual le acogió y vivia con él como si no tuviera la menor noticia de la depravacion de su conducta. Los amigos de Platon le echaron en cara esta excesiva condescendencia; mas él les respondió que el mejor modo de corregir a Pseusipo era su ejemplo. En efecto el jóven se aficionó á la filosofía, y solo trató de imitar el modelo que tenia á la vista.—

La montaña maldita
15-18, 44-47

La dama de Amboto
109-112

La Flor del Angel
172-176, 208-214

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Pag.
Lo bueno y lo bello, por la Sra. G. G. de Avellaneda	3
La Cruz, por la Srta. Felicia	5
La Hermana de la Caridad, por el Sr. Catalina	8
Expiaciones, por el Sr. Blanchet	10
Pensamientos morales	11
A la Exma. Sra. Condesa de San Antonio	12
Soneto, por la Sra. Franchi Alfaro	12
Mujeres célebres	12
Remembranzas, por el Sr. Mendive	13
La montaña maldita, por la Sra. G. G. de Avellaneda	15
En un álbum, por el Sr. Ariza	18
El Aparecido, por V. B.	19
La primera violeta, por la Srta. G. de Avellaneda	20
Ultimo acto de la Traviata	21
A las Cubanas, por la Sra. G. G. de Avellaneda	22
Historia de los trajes mujeriles, por ***	22
Revista de Modas, por Celina	24
Revista de la quincena, por Periquito entre ellas	25
Aromas de las flores, del [Correo de la Moda de Madrid]	30
Anécdotas	31
Advertencias	32
Caridad en las mujeres, por Luisa P. de Zambrana	33
La Mujer, por la Sra. G. G. de Avellaneda	34
La música	37
Carta á la Sra. G. G. de Avellaneda, por R. Zambrana	38
Ciencia, estudio, genio, por M. Costáles	40
Pensamientos filosóficos y morales	41
Romance inédito de Lope de Vega	41
Galería de mujeres célebres: Safo	41
La lira rota. Epístola, por T. Guerrero	43
La montaña maldita, por la Sra. G. G. de Avellaneda	44
A una paloma viuda: poesía, por C. Aurora	47
La hermana de Velazquez: novela, por Pilar Sinués de Marco	47
A Lesbia: Anacreóntica	50
Farailda: Tradicion, por Dolores C. de Heredia	51
Tus ojos: Madrigal, por F. V. Aguirre	54
Ultimo acto de la Traviata, por J. Fornáris	54
Al Céfiro matinal: poesía, por Elena G. de Avellaneda	56
La moda en la hermosura, por Celina	56
Revista de modas, por Felicia	58
Parte telegráfico de la Elegancia	61
Crónica de la quincena, por V. Caballero y V.	61
De la libertad moral, por E. Castelar	65
Misterios del aire, por R. Zambrana	66
Literatura italiana, por E. Piñeyro	68
Pensamientos filosóficos y morales	73
A una dama: poesía, por F. M. de la Rosa	73
Galería de mujeres célebres	74
Efusiones á mi hija: poesía, por Luisa P. de Zambrana	75
Muérete y verás, por Juan de Ariza	76
La modestia: poesía, por la Srta. Verdejo y Duran	78
Dos palabras en recuerdo de la autora de los anteriores versos, por G. G. de Avellaneda	78
Contemplando el retrato de Célia: elegía, por T. Gonzalo Peoli	80
La hermana de Velazquez: novela, por Pilar Sinués de Marco	81
Del Traje, bajo el punto de vista de la historia, del gusto y de las artes	86
Revista de modas, por Felicia	88
Crónica de la quincena, por ***	92

Anécdotas. Advertencias..... 96
La Redencion, por A. Nicolás..... 97
Domingo de Ramos, por R. Zambrana..... 99
El arte en el siglo XIX, por J. F. Riaño... 100
Pensamientos morales y filosóficos..... 105
Entrada en Jerusalen: poesía, por Luisa Perez de Zambrana..... 106
Amor filial: poesía, por J. R. Betancourt... 106
Galería de mujeres célebres: Santa Teresa de Jesus..... 107
Las siete palabras y María al pié de la Cruz: poesía, por G. G. de Avellaneda.... 109
La dama de Amboto: tradicion Vasca, por G. G. de Avellaneda..... 109
Magdalena: poesía, por Enriqueta Lozano de Vilches..... 112
La hermana de Velazquez: novela, por Pilar S. de Marco..... 113
La Vírgen del Calvario: poesía, por Julia Perez de Montes de Oca..... 118
Del Traje, bajo el punto de vista de la historia, del gusto y de las bellas artes..... 119
Revista de modas: el Lujo, por Felicia 121
Revista de la quincena, por Atta Troll..... 124
Anécdotas. Advertencias..... 128
Los pobres, por Juan C. Zenea..... 129
El poeta, el escritor, la literatura actual, por J. H. G. de Quevedo..... 132
Educacion de la mujer, por María Verdejo y Duran..... 134
Máximas para las esposas..... 136
A Dios: poesía, por G. G. de Avellaneda... 137
Galería de mujeres célebres: Semíramis, por J. S. Milanés..... 138
El lucero de la tarde: poesía, por José Antonio Calcaño..... 140
La deuda mas olvidada: cuento, por J. E. Hartzenbush..... 140
Un año: poesía por Narciso Serra..... 144
La hermana de Velazquez: novela, por Pilar S. de Marco..... 145
La mujer soñada: poesía, por Emilio Blanchet..... 152
Campos de Cuba, por F. V. Aguirre..... 153
Revista de modas: Las flores, por Felicia. 154
Revistade la quincena, por Atta Troll..... 157
La fé, por Fernan Caballero..... 161
Al Eterno, por P. J. Morillas 163
Historia de la filosofía..... 164
Los trovadores, por V. B..... 167
Máximas para las solteras..... 169
Virtud y Ciencia, poesía por María V. y Duran..... 170
Galería de mujeres célebres: *Pan-Hóei Pan*. 170
A Dios, poesía, por Luisa Perez de Zambrana..... 171
La Flor del Angel, Tradicion Vascongada por G. G. de Avellaneda..... 172
A Herminia, romance por Rafael de Cárdenas y Cárdenas..... 176
La Hermana de Velazquez, novela por P. S. de Marco..... 178
Lo bello en la mujer, poesía por Salvador A. Dominguez..... 182
Ausencia, poesía por E. de J. Borrero..... 183
Los misterios de las flores, por J. C. Zenea..... 184
Revista de Modas, el Corsé, por Felicia.... 186
Revista de la quincena, por Atta Troll..... 189
Meditacion cristiana, por F. de P. Gelabert..... 194
Los jóvenes, por J. C. Zenea..... 195
Historia de la filosofía, (finaliza)..... 197
Carta del Sr. La Sagra, á la Sra. Avellaneda..... 201
Pensamientos morales y filosóficos..... 204
Himno al sol, por Gabriel G. Tassara..... 205
Galería de mujeres célebres, Victoria Colonna..... 207
La Flor del Angel, leyenda vascongada por G. G. de Avellaneda, (conclusion)... 208
Zelos, balada; por Juan A. Viedma..... 214
Madrigal, por V. Barrantes..... 214
La Cueva de la Bruja, leyenda, por E. Auber..... 214
Las mujeres y los niños, por A. Trueba.... 216
Revista de Modas, los Afeites, por Felicia... 217
Revista de la Quincena, por Atta Troll.... 220
Instruccion pública, por J. de C. y O..... 125
La mujer, por G. G. de Avellaneda..... 226
El Partenon de Aténas, por E. Guitéras... 229
Carta 2.ª del Sr. La Sagra, á la Sra. Avellaneda..... 231
Situacion actual del Artista..... 233
A la coronacion de la Sra. Avellaneda, oda, por R. de Palma..... 234
Galería de Mujeres célebres: Sofonisba..... 236
La Maga y el genio de la poesía venezolana, fantasía, por José Antonio Calcaño. 237
Romance, escrito en una hora de desvelo en las playas de S. Sebastian, por G. G. de Avellaneda..... 239
El Conde de Belalcázar, balada en prosa,

por P. de Madrazo..... 240
A la primavera, soneto, por Délio..... 241
La Cueva de la bruja, leyenda, por E. Auber..... 241
En el álbum de una hermosa niña, versos, por D. Verdugo..... 244
Dos lágrimas, poesía, por E. de J. Borrero. 244
A Venecia, poesía, por Angela Grassi..... 245
Revista de Modas, los Dengues, por Felicia..... 247
Correo de Madrid: Modas, por Eloisa G. de Santa Coloma..... 250
Revista de la quincena: por ***..... 253
Las uñas y los guantes, por Espínola..... 255
La razon y la voluntad, por J. de C. y O... 257
La mujer, por G. G. de Avellaneda. 259
Carta 3.ª del Sr. La Sagra, á la Sra. Avellaneda..... 262
Los Artistas, por M. D. de Gironella..... 264
Pensamientos morales y filosóficos..... 266
En el álbum de una niña, versos por J. Nicasio Gallego..... 266
Galería de mujeres célebres: Isabel la Católica, por G. G. de Avellaneda..... 266
Improvisacion, romance, por G. G. de Avellaneda..... 268
La monja negra, anécdota histórica, por Eloisa G. de Santa Coloma..... 270
A la mañana, poesía, por Merced Valdes Mendoza..... 274
La Cueva de la Bruja, leyenda, por E. Auber..... 275
A una niña, poesía, por D. Del-Monte y P. 279
Revista de Modas: el Tocado, por Felicia... 279
Revista de la quincena..... 283
Problemas de amor..... 287
El miriñaque ó sea el Malacoff..... 288
Agujas y alfileres..... 288
Del carácter y trascendencia de la educacion popular, por M. Carderera..... 289
Los niños, por J. C. Zenea..... 294
Bosquejos levantinos..... 296
Grandeza de Dios, poesía por G. G. de Avellaneda..... 298
Galería de Mujeres célebres, Aspasia, por G. G. de Avellaneda..... 300
Historia de un suicidio, por R. M. Baralt... 301
Elejía por F. Sellen..... 304
La Cueva de la Bruja, leyenda por E. Auber..... 305
La azucena y la amapola por María Verdejo y Duran..... 311
Revista de Modas: Perlas falsas, por Felicia..... 312
Revista de la quincena..... 316
Chales de Cachemira..... 319
Anécdotas..... 320
El tiempo, por J. M. R. P..... 321
Bosquejos levantinos, por M. F..... 324
Aurelio Aguirre Galarraga, por F. G. Santos Ugarte..... 325
Sueño y dolor, por Dolores Gomez de Cádiz..... 327
Pensamientos filosóficos y morales..... 330
Alfonso el Sabio, romance, por G. G. de Avellanéda..... 331
Galería de Mujeres célebres, Catalina 1.ª 335
En un álbum, versos, por F. R. Rubí..... 335
Desaliento, soneto, por Martina Pierra.... 336
Melancolía por R. Matamoros..... 336
La mariposa, poesía por J. A. Clavé..... 337
La primavera, poesía por el mismo..... 338
Revista de modas, Ideas generales, por Felicia..... 338
Revista de la quincena..... 343
A Cuba, en la muerte de Palma, por C. Navarrete y Romay..... 347
Los zapatos y el sombrero..... 348
Anécdotas..... 351
Las pasiones, por J. G. V..... 353
El matrimonio, por M. M. Fiamant..... 355
Los primeros cristianos..... 356
Palabras ingratas.—Palabras arrobadoras, por F. de P. Gelabert..... 357
La mujer zelosa: soneto de Quevedo..... 359
Galería de mujeres célebres: Catalina II... 359
Camino del cielo: balada, por P. A. de Alarcon..... 360
El amor, por A. Grassi..... 361
A la linda Julia: poesía, por G. G. de Avelleneda..... 365
El falso artista, por J. P..... 366
Serenata, por Schweyer..... 368
La muerte de Moisès y el nenúfar: sonetos, por E. Blanchet..... 369
El por què Teresa no ama, por F. Camprodon..... 369
Revista de modas, por Felicia..... 370
Revista de la quincena..... 373
A Amira: poesía, por J. Fornáris..... 376
Revista literaria, por G. G. de Avellaneda 379
Balada de Mickiewecz..... 381
Anécdotas..... 381

AVISO

A LOS SEÑORES SUSCRITORES

DEL

ALBUM CUBANO

DE LO BUENO Y LO BELLO.

TERMINANDO con la entrega número doce de nuestro periódico quincenal el primer tomo del mismo, y coincidiendo esta circunstancia con la de hallarnos atravesando lo mas riguroso de la estacion, época en que se halla ausente de la Habana gran número de familias, hemos creido conveniente suspender por dos meses la publicacion del *Album cubano*, segun se hace en otras partes con periódicos de su índole. Nos hemos decidido á ello con tanta mayor razon cuanto que habiéndonos expresado muchos de los Sres. suscritores su deseo de que hiciésemos semanal la publicacion de la nombrada Revista, y anhelando por nuestra parte mejorar cuanto sea posible sus condiciones literarias y materiales, nada mas á propósito para facilitarnos el cumplimiento de ámbas aspiraciones que esa tregua de algunas semanas ántes de comenzar el tomo segundo.

El *Album cubano* no dará principio por tanto á su último semestre hasta el primer Domingo de Octubre próximo, dia en que reaparecerá en la escena periodística con igual tamaño que el presente número, pero dividido su material, que constará como ahora de sesenta y cuatro páginas, en cuatro entregas mensuales, repartidas con exactitud todos los Domingos. Nada queremos prometer pomposamente respecto á las demas variaciones ventajosas que nos proponemos introducir al mismo tiempo, porque luchando desgraciadamente en nuestro pais toda empresa periodística—máxime si es meramente literaria—con numerosísimos obstáculos, algunos de ellos imprevistos, preferimos que nuestros favorecedores juzguen sin prevencion alguna lo poco ó mucho que pueda ganar el *Album* con la nueva forma en que volverá á presentárseles, á mostrarles anticipadamente una buena voluntad que aunque grande pudiera no ser suficiente para realizar las esperanzas que hiciera concebir con la manifestacion de brillantes propósitos. Haremos lo que podamos, y al público toca decidir si nos acercamos mas que hasta el presente á lo que nos proponiamos cuando fundamos el *Album cubano de lo bueno y lo bello.*

Reciba, miéntras tanto, nuestras cordiales gracias por la benevolencia con que se ha servido acoger nuestro modesto ensayo: recíbanlas cumplidísimas los constantes suscritores que nos favorecen, y muy en particular nuestras bellas suscritoras. Tambien se las debemos y se las tributamos complacidos á todos los distinguidos colaboradores de ámbos sexos que nos han ayudado en la difícil empresa acometida, y esperamos continúen honrando las columnas del *Album* en su segunda época, para la cual reservamos varios de los interesantes escritos que nos han hecho el favor de mandarnos y que no pudieron salir en la primera. Satisfecho el deber que nos imponia la gratitud solo nos resta advertir, que imposibilitados—por un conjunto de circunstancias raras y largas de explicar—de cumplir el compromiso contraido con nuestros suscritores de repartirles figurines de Paris alternando con piezas de música y dibujos para bordados, estamos dispuestos á compensar en lo posible aquella involuntaria falta—que no nos ha causado pocos disgustos—dándoles en el tiempo de suspension del periódico la primera remesa [próxima á llegar] de los tan esperados figurines, y repartiendo la segunda con el primer número del siguiente semestre. Esperamos que en lo sucesivo podremos continuar con exactitud y sin interrupcion igual reparto cada mes.

A los Sres. suscritores de año, que no se conformen con este cambio, se les devolverá el importe del segundo semestre presentando en la Administracion del periódico el recibo que se les dió. Todo el que no se haya borrado para el 15 de Setiembre, se entenderá que continúa suscrito y se le llevará la primera entrega del segundo semestre en el primer domingo de Octubre.

Habana 1º de Agosto de 1860.

La Redaccion.

NOTA.—La suscricion sigue abierta en la Administracion, calle de los Oficios núm. 40, en la librería de Charlain; en la Secretaría del Liceo y en esta imprenta, calle de Cuba núm. 281.

BOUND BY
HNM

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 074258838